



INÉS PLANA
MORIR NO ES
LO QUE
MÁS DUELE

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Mi amigo invisible](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Un hombre aparece ahorcado en un pinar a las afueras de Madrid, con los ojos arrancados de cuajo. En uno de sus bolsillos se halla un misterioso papel con el nombre y la dirección de una mujer: Sara Azcárraga, que vive a pocos kilómetros del escenario del crimen. Frágil, solitaria, bebedora de vodka en soledad, Sara rehúye cualquier contacto con los humanos y trabaja desde casa. El teniente de la Guardia Civil Julián Tresser se hace cargo del caso, asistido por el joven cabo Coira, que se enfrenta por vez primera a una investigación criminal, una investigación difícil, sin apenas pistas, con demasiados enigmas. A medida que el teniente Tresser avance en sus indagaciones, descubrirá unos hechos que darán un trágico vuelco a su existencia y le conducirán a un viaje a los infiernos que marcará su vida para siempre. Extraordinario thriller en línea con las novelas que se están vendiendo en la actualidad. Una trama hipnótica, elaborada y encajada perfectamente como un puzle, unos personajes logradísimos, con alma y de carne y hueso, y un ritmo que hace imposible dejar de leer.

INÉS PLANA

MORIR NO ES LO QUE MÁS DUELE


ESPASA

A mi padre, ese ser único que me enseñó a fabular.

In memóriam.

*A mi madre, a la que sigo admirando y amando
tan profundamente.*

In memóriam.

*A Narcís, mi gran compañero de vida y de pasión
por la escritura.*

*A mis hermanos, Queque y Santi, a Carmen y a mi
sobrina Ana, nuestro orgullo.*

*A mis primos José Mari y Elena. A Jesús y
Terebel.*

A mi familia Giné de Huesca.

*Aquí hay algo desconocido. Si supiésemos qué,
algunos de nosotros sentiríamos vergüenza y
otros, esperanza.*

ANTONIO GAMONEDA, «Ferrocarril de Matallana».

CAPÍTULO I

Se le escapaba la vida. Notaba una mano áspera que se anclaba a su pescuezo para ahogarla sin compasión. El agua comenzaba a inundar sus pulmones. Se acabó, temió. Entonces un pensamiento fugaz atravesó su mente: ya había vivido aquella situación y saldría de ella tan sólo abriendo los ojos. Los abrió, pero seguía bajo el agua, inmovilizada por cinco dedos adheridos a su garganta. Ahí terminaron sus esperanzas. Se estaba muriendo. De hecho, ya estaba muerta.

¿Cuántas veces habría muerto ya? Aturdida, Sara aún tardó unos segundos en constatar que el suyo era un cuerpo vivo sobre una cama de sábanas agitadas. Estaba sangrando por la nariz. Aquella pesadilla, a la que jamás le encontró sentido, había regresado una noche más y volvería otro día, quizá la semana próxima, quizá dentro de un mes, pero regresaría, porque vivía con ella desde hacía tantos años que ni siquiera recordaba cuándo fue la primera vez que se instaló en su existencia.

Apretó un pañuelo contra su nariz, se cubrió con las sábanas y se acurrucó como un feto felizmente acomodado en un útero imaginario, sin gana alguna de nacer al mundo. Dos timbrazos largos y rotundos la rescataron de aquel limbo. Miró el reloj de la mesilla: las ocho y media de la mañana. Confusa, se acercó a la ventana de su dormitorio, en la planta alta de su chalé. Abajo, ante su puerta, vio a dos hombres que alzaban sus cabezas hacia ella. Uno, el más joven, llevaba el uniforme de la Guardia Civil; el otro, que iba de paisano, levantó la mano con un movimiento ostensiblemente rutinario y le mostró su placa:

—¿Sara Azcárraga?

—Sí, soy yo.

—Debemos hablar con usted.

¿Por qué estaba su nombre en boca de la Guardia Civil?, se preguntó mientras casi se le detenía el corazón. Estaba en camisón, un camisón arrugado y sudoroso. Nerviosa, correteó por la habitación en busca de unos tejanos y una camiseta. Los encontró tirados sobre una silla. ¿Qué podían querer aquellos hombres? Se vistió con torpeza, se echó agua por la cara y, al hacerlo, se vio reflejada en el espejo como una delincuente: ojeras, cabello despeinado, lamparón en la camiseta, tejanos sucios. ¿Le daba tiempo a ponerse encima algo

más decente? No, no podía demorarse. Podrían pensar que iba a huir por la puerta trasera.

—Quizá está tardando demasiado, mi teniente.

—A mí no me lo parece, Coira —contestó lacónico Julián Tresser mientras observaba el pequeño y descuidado jardín de la casa, embrutecido por las malas hierbas, algunas ya secas tras el verano, otras ya coloreadas por el otoño.

La urbanización donde vivía Sara Azcárraga, en la localidad madrileña de Torrelodones, no se distinguía de otras tantas que habían colonizado los pueblos del noroeste de Madrid. Decenas de chalés adosados o pareados, configurados en forma de serpenteantes hileras, se agolpaban en nuevas avenidas o en las faldas de lomas y collados a las afueras de los centros urbanos. Por encima de sus tejados asomaban las copas de pinos, cipreses o encinas. Al fondo del paisaje, siempre las cumbres cercanas de la sierra de Guadarrama.

Sara abrió la puerta. Ante el teniente Tresser apareció una mujer joven, menuda y extremadamente delgada, frágil, de cabello corto y moreno, descuidado hasta tal punto que parecía haber sido cortado a mordiscos, con un rostro demacrado del que destacaban grandes ojos de color miel, afeados por oscuras ojeras. Le costó calcular su edad. Podría no haber cumplido los treinta, pero también haber sobrepasado ya los cuarenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó con inquietud.

—¿Nos permite pasar? —le inquirió el teniente—. Es importante.

—¿Importante? No entiendo.

—Ahora se lo explicaremos.

Les franqueó la puerta y ambos agentes entraron en un salón pulcro e impersonal cuyos muebles, pensó el teniente, sólo quedarían perfectos en la consulta de un dentista. En un rincón, junto a una de las ventanas, una mesa con un ordenador. En el centro de la sala, un sofá y dos sillones; al fondo, una mesa de madera con cuatro sillas y una cajonera con un pequeño televisor encima. El contrapunto a la falta de calidez del mobiliario se hallaba en las estanterías, repletas de volúmenes apilados de cualquier forma, amontonados los unos sobre los otros por una mano descuidada, por una mente, quizá, para la cual los libros resultaban un estorbo una vez leídos. Se sentaron los tres en torno a la mesa y la conversación comenzó rápidamente.

—Soy el teniente Julián Tresser, de la Policía Judicial de la Primera Compañía de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial —recitó con monotonía, como si fuera la lista de las preposiciones en la edad escolar—. Me acompaña el cabo Guillermo Coira. ¿Puede decirme su nombre completo y su edad?

—Sara Azcárraga Viñas, cuarenta años.

—¿Le importaría mostrarnos algún documento que acredite su identidad?

—¿Dónde narices podría estar su carné? Nunca lo llevaba encima y no recordaba ahora cuándo fue la última vez que lo usó.

—Tengo que buscarlo, pero no tardaré.

—¿Tiene a mano el de conducir? —le preguntó el teniente.

—Sí, creo que sí.

Sara se dirigió hacia una mesilla junto a la puerta de su casa. Allí encontró su bolso, sobre un desordenado pilón de correo sin abrir y publicidad buzoneada. Tras hurgar en el interior con manos nerviosas, halló el carné y se sentó de nuevo a la mesa. El cabo Coira le indicó con un gesto que era él quien debía recibir el documento. Ella se lo tendió y el agente lo estudió con la vaga atención de un burócrata.

—Está caducado desde hace un año.

—No lo sabía —contestó, esquivando su mirada como una niña avergonzada.

Durante aquella breve conversación, el teniente Tresser había extraído un pequeño bloc de su bolsillo y también un bolígrafo. Los colocó sobre la mesa y se dirigió a Sara.

—Hoy a las siete de la mañana ha sido hallado un hombre ahorcado cerca de aquí, en el cerro de Las Brumas, en Uvés. Le habían arrancado los ojos, siento ser tan explícito. Hemos encontrado en un bolsillo de su pantalón un papel en donde está escrito a mano su nombre, Sara Azcárraga, y su dirección. No hemos hallado documentación alguna en el cadáver y el caso es que, por ahora, como su nombre es lo único que tenemos relacionado con la víctima, debemos hacerle una primera pregunta: ¿puede decirnos dónde ha estado en las últimas doce horas?

—Aquí, en mi casa.

—¿Alguien lo puede confirmar?

—No, vivo sola.

—¿A qué se dedica, Sara? —preguntó con fría amabilidad el teniente.

—Soy correctora de estilo en una editorial. Trabajo desde casa. Recibo los textos y los envío corregidos a través de Internet.

—¿Tiene familia?

—Mi padre falleció en un accidente de tráfico cuando yo tenía pocos meses y mi madre vive en una residencia. Tiene alzhéimer desde hace tres años.

—¿Y su entorno? Quiero decir amigos, novio...

—No tengo amigos. Apenas salgo de casa y no suelo relacionarme con nadie.

—¿Y eso por qué? No parece muy normal.

—Siempre he sido así —afirmó con naturalidad, encogiendo los hombros.

—Pero el caso es que la víctima llevaba un papel escrito con su nombre. ¿Qué

explicación se le ocurre a usted?

En apenas cinco minutos, su nombre había pasado de la boca de la Guardia Civil al bolsillo de un ahorcado. En cinco minutos, un crimen unía su vida al mundo de los demás, el de los extraños. Una náusea ascendió desde el estómago hasta su garganta y temió vomitar allí mismo un escupitajo de bilis, porque no había consumido ningún alimento desde la tarde anterior.

—No me encuentro bien, disculpen un momento.

Se levantó de la silla y se dirigió a la cocina, donde calmó la angustia sirviéndose un poco de agua del grifo, con tal torpeza que el vaso cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Al oír el ruido del vidrio roto, Coira hizo ademán de levantarse, pero el teniente le detuvo el movimiento con gesto decidido. Iría él. Encontró a Sara con sus manos apoyadas sobre el fregadero y sus pies rodeados de cristales. Comenzaba a mostrar los primeros signos de un llanto histérico. El teniente cogió otro vaso, lo llenó de agua y se lo acercó.

—Beba un poco, despacio y a sorbos cortos.

Más que una invitación, a Sara le pareció una orden. Tomó el vaso entre sus manos y siguió las instrucciones: despacio, sorbos cortos.

—Tranquilícese, todo acaba teniendo una explicación. En cualquier caso, es necesario que acuda hoy mismo al Instituto Anatómico Forense de Madrid para que nos confirme si conocía o no a la víctima. Yo la esperaré allí.

Instituto Anatómico Forense, ese lugar horrible lleno de cadáveres mutilados, abiertos en canal como si fueran cerdos y cerrados con toscas suturas, un lugar donde las entrañas se extraen y se pesan en balanzas. Sara no soportaría el silencio de los muertos guardados en neveras, y mucho menos se veía capaz de enfrentar su mirada al rostro mudo de un cadáver con las cuencas de los ojos vacías.

—También vamos a tener que investigar su entorno. Necesitaré que me dé algunos teléfonos —le exigió el teniente.

Durante las dos horas que la Guardia Civil permaneció en su casa, Sara se vio obligada a proporcionar datos sobre los dos únicos personajes que actuaban en el escenario de su vida: su madre y su editor. En qué residencia geriátrica está ingresada su madre, desde cuándo, cuál es su dirección, quién es su médico, dónde está la editorial para la que trabaja, hace cuánto tiempo que colabora, cómo se llama su editor. «¿Qué pensará mi jefe al presentarse la Guardia Civil en su oficina y preguntar sobre mí? ¿Perderé el trabajo?», temió tras despedir en la puerta a los dos agentes. Se encontraba tan aturdida que ni siquiera se duchó para viajar a Madrid. Se vistió con lo primero que encontró y abandonó la casa con destino a la morgue.

Sara no soportaba ir a la capital en su coche. Le asustaba perderse,

equivocarse, chocar contra el de delante, recibir un golpe del de detrás o saltarse un semáforo inadvertidamente. De modo que siempre optaba por desplazarse en autobús, aunque le molestaba tener que compartir el espacio con los demás: unos olían mal, otros despedían fragancias intensas e inaguantables y algunos eran gordos y ocupaban parte de su asiento, obligándola a apretujarse contra la ventanilla. No soportaba el contacto físico, por mínimo que fuera, con otros seres humanos. Esta vez tuvo suerte y a aquellas horas, la una de la tarde, el autobús iba prácticamente vacío. No tenía ganas de leer durante el trayecto, a pesar de que el libro que llevaba en el bolso era un poemario de Emily Dickinson, su autora preferida, a la que más amaba, pero se sentía tan angustiada que le resultaba imposible concentrarse en su lectura. Relajó su mente ensimismándose en la monotonía que se exhibía tras el cristal: urbanizaciones de adosados, edificios de oficinas, restaurantes y asadores, más urbanizaciones y más edificios de oficinas a ambas orillas de la A-6, la gran arteria que llega hasta La Coruña y que comunica la zona noroeste de la Comunidad de Madrid con la capital. Qué se podía esperar de una autovía de acceso a una gran ciudad. Era un paisaje tan poco interesante que no pudo abstraerse lo suficiente como para evitar pensar en la cita que tenía en la morgue. Cambió de postura en el asiento, como si de aquel modo pudiera conjurar el desasosiego. Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando se quiso dar cuenta, estaba ya entrando en Madrid tras un rápido trayecto de poco más de treinta minutos. Como siempre, el intercambiador de autobuses de Moncloa tenía el aspecto de una nave de pollos, con gentes cruzándose con otras gentes de manera errática. Avanzó sorteándolas como pudo, evitando rozar sus cuerpos, y cogió un taxi. El Instituto Anatómico Forense se hallaba muy cerca de allí, de modo que en poco tiempo Sara abonaba la carrera al taxista y comenzaba a descender por las estrechas escaleras de acceso a la morgue. Aunque la entrada al edificio no tenía nada de especial, el hecho de que estuviera por debajo del nivel de la calle le produjo la misma sensación que si penetrara en una oscura gruta. Olía allí a una extraña mezcla de pescado podrido y alcohol de farmacia y sintió sobre su cuerpo un frío extraño, como aquel que, dicen, antecede a la inminente aparición de un fantasma.

—¿Está preparada? —le preguntó el teniente, quien ya la estaba esperando en una pequeña sala del recinto.

—No, no lo estoy. ¿Quién puede estar preparado para esto?

—Sólo serán dos minutos, se lo prometo.

Le infundía temor la visión de aquel muerto con dos orificios negruzcos y profundos en el lugar de los ojos, pero no fue así. El cadáver tenía los párpados abultados, anormalmente abultados, e imaginó que le habían colocado bolas de algodón para rellenar el hueco dejado por aquellos globos oculares arrancados de

cuajo. A pesar del mal trago por el que estaba atravesando, le reconfortó ver al muerto como sumido en un plácido sueño y con una levísima sonrisa marcada en los labios. Ni rastro del sufrimiento por el que debió de pasar aquel hombre en los últimos momentos de su vida. ¿Le arrancaron los ojos antes de ahorcarlo? No quería pensar en esas cosas terribles. Además, ahora se trataba de saber si su rostro le resultaba conocido o no. El teniente Tresser aguardaba tras ella, expectante.

—No le conozco de nada, no lo he visto en mi vida.

—¿Está segura?

—Completamente segura.

Sara apartó la vista del cadáver. «Ya está. Yo he cumplido con el trámite y espero que ahora os olvidéis de mí. No os quiero en mi vida, ni a vosotros ni al ahorcado. Habéis entrado en mi casa y habéis puesto sobre mi mesa a un muerto con mi nombre escrito en su bolsillo. ¿Y qué tengo que ver yo con eso? ¿Acaso no figuro en el listín telefónico, al alcance de cualquier capullo que quiera venderme una maldita línea de ADSL?». A veces Sara pensaba así. No se reconocía a sí misma, pero también era ella. Otra mujer habitaba en algún rincón profundo de su mente y de vez en cuando la asaltaba con su hablar deslenguado.

—¿Me ha oído, Sara?

—Disculpe, no.

—Le estaba diciendo que nos volveremos a poner en contacto con usted cuando identifiquemos el cadáver. Estamos investigando tres denuncias recientes de desaparición cuyos rasgos físicos concuerdan con los de la víctima. Posiblemente la llamemos en un par de días. Debo decirle que, de momento, tiene que estar localizable para nosotros. Hasta que sepamos de quién se trata, desconocemos qué hacían su nombre y dirección en uno de los bolsillos de la víctima. Tenga cuidado. Si viera algo extraño, llámeme. Ésta es mi tarjeta con el número de mi móvil. —El guardia civil se la tendió con un gesto rápido y preciso.

«Tenga cuidado», le había dicho el teniente. Aquellas palabras le causaban pavor. El viaje de vuelta a casa se le hizo eterno. El autobús, esta vez sí, iba repleto de pasajeros. Eran las tres de la tarde y ahora regresaban a casa los que trabajaban a media jornada y los estudiantes. A su lado se había sentado un escuálido adolescente que jugaba tan absorto con su móvil que parecía estar bajo un estado hipnótico. Por fortuna, apenas ocupaba espacio. «Tenga cuidado». ¿Tendría que blindar aún más su vida? De modo súbito, percibió cómo una mirada se clavaba en su nuca y un impulso la obligó a volver la cabeza. Detrás de ella, dos mujeres. Una leía una revista, la otra dormía con la boca abierta. El resto, cabezas con rostro desdibujado que asomaban por encima de los respaldos.

Volvió a su postura y reclinó la espalda en el asiento, pero la sensación persistía: dos ojos la miraban sin ser vistos. Estaban allí, tenía esa certeza, pero no quiso buscarlos por temor a encontrarse con ellos. ¿Se estaba volviendo loca?

Por fin en casa, ni siquiera se cambió de ropa para sentirse más cómoda. Entró, tiró su bolso sobre un sillón y se tumbó en el sofá para recrearse en su propia angustia. Solía hacerlo a menudo y aquel día, además, tenía motivos. No lograba alejar de su mente la visión de aquel cadáver que había irrumpido en su vida tan bruscamente, con violencia, así lo percibía ella, y sentía terror al pensar que su nombre se hallaba unido al de un ahorcado. ¿Por qué?, se preguntaba una y otra vez. Jamás iba a olvidar aquel 17 de octubre de 2007, miércoles, el día en que llegó la catástrofe a su vida y la apisonó.

Los cálidos reflejos anaranjados del atardecer otoñal iluminaban el salón y Sara cayó en la cuenta de que se había ido de casa sin bajar las persianas. A partir de ahora tendría que variar la costumbre de cerrarlas tan sólo por la noche, justo antes de acostarse. Ahora lo haría cada vez que saliera por la puerta. Ya no se sentía segura, y aquel sentimiento de vulnerabilidad le causó desasosiego. Se fue en busca de un ansiolítico, pero cambió de idea por el camino: se tomaría un vodka con hielo. A veces lo necesitaba. La liberaba momentáneamente de sus miedos. Era su única válvula de escape, junto con la lectura. No fumaba y casi nunca veía la televisión, salvo alguna película que otra, y últimamente ni eso, porque no soportaba los largos cortes publicitarios que le permitían, durante el intermedio, seguir dos o tres programas a la vez. Sentada ahora en un sillón, se sirvió la copa y la saboreó despacio. Se le ocurrió entonces poner un poco de música para no escucharse a sí misma. Eligió a The Carpenters. Comenzó a sonar su versión de *The end of the world*, una de sus preferidas. «El fin del mundo. Ojalá llegara en este mismo momento», deseó con tanta convicción como amargura mientras escuchaba la voz de seda de Karen Carpenter. Le seguía impresionando el hecho de que, tras ese timbre prodigioso y límpido, se ocultara —lo había leído en alguna parte— una mujer atormentada cuya nula autoestima la condujo a la anorexia y, a causa de ella, a una muerte temprana con tan sólo treinta y dos años. Entendía a Karen en su debilidad. En este mundo sólo sobreviven los fuertes, reflexionó, esa agresiva minoría que se hace sitio a codazos y arrincona a los débiles hasta aplastarlos contra la pared. Ahora sonaba *Rainy Days and Mondays*. Sara tenía debilidad por esta canción, tanta que se la sabía de memoria en inglés y la había traducido al castellano para canturrearla en su mente cada vez que la escuchaba.

*Lo que tengo es lo que suelen llamar melancolía.
En realidad nada está mal,*

*pero siento como si yo no encajara,
dando vueltas por ahí como un payaso solitario.
Los días lluviosos y los lunes siempre me han deprimido...*

Eran casi las cinco de la tarde y no había trabajado en todo el día en el ordenador. Tres libros aguardaban su corrección y uno de ellos urgía bastante. Ya se pondría más tarde a la labor, pero ahora disfrutaría de su vodka. Sí, ya notaba sus efectos. Comenzaba a relajarse e incluso a relativizar todo lo que le había sucedido. Apuró el último trago y se sirvió otra copa. Bebió de nuevo y notó cómo desaparecía esa angustia que habitaba permanentemente en la boca de su estómago. Y tomó otra más. Sintió mucha paz, tanta que hasta le entró un dulce sopor. No luchó contra él y se sumió en un plácido sueño en el que no hubo pesadillas. Cuando se despertó, ya había caído la noche. Se sorprendió al mirar su reloj y constatar que eran más de las ocho de la tarde. Sintió dolor de cabeza y hambre. Recordó entonces que llevaba ya una semana sin hacer la compra. Abrió la nevera, confiando en que quedara algo sustancioso. No había siquiera huevos para hacer una simple tortilla. Media hora más tarde llegaba con su viejo Ford Orion al supermercado donde acostumbraba a comprar.

El aparcamiento no era más que un pequeño solar repleto de hierbajos junto a la tienda, una vieja casa de piedra gris, humilde superviviente de la batalla ganada al pequeño comercio por parte de las grandes superficies. El establecimiento se hallaba junto a la carretera, cerca de varias urbanizaciones de chalés adosados. Sara estaba llegando al filo del cierre e intentó aparcar lo más rápido posible, cosa no demasiado fácil por la irregularidad del terreno. Los vodkas le martilleaban las sienes y le multiplicaban por cuatro su habitual sensación de angustia. Entró en el supermercado y recorrió los estrechos pasillos entre las estanterías como una rara zombi teledirigida por la prisa. En pocos minutos, ya estaba en la cola de una de las dos cajas. Mientras aguardaba su turno, la resaca la asaltó a traición: en una abstracción de apenas segundos la realidad le cayó encima, intentando aplastarla contra el suelo. Se sintió más infeliz y perdida que nunca. Tenía ganas de llorar. Le llegó su turno, pero, absorta como estaba, ni siquiera oyó cómo la cajera la invitaba a hacer avanzar su carro. Había salido del mundo.

—¿Sara? ¿Es usted? Qué casualidad.

Una voz que le resultaba familiar la rescató de su tiempo detenido. Era el teniente Tresser. ¿Qué hacía allí?, se preguntó.

—Estaba en la otra caja y la he visto. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien.

—Señora, avance, por favor —le apremió la cajera.

—Claro, disculpe.

Mientras el teniente regresaba a su caja, ella arrastró el carro hacia la suya y, con movimientos lentos y torpes, comenzó a extraer la compra. Lo colocó todo en un par de bolsas y, con la migraña a punto de estallar en su cabeza, apretó el paso para llegar cuanto antes al aparcamiento y evitar un nuevo encuentro con el teniente. Pero no lo consiguió: cuando ya iba a entrar en el coche, oyó su voz a su espalda. Se volvió hacia él. No se había dado cuenta hasta entonces de lo alto y corpulento que era, una corpulencia que se veía potenciada aún más por la recia cazadora negra de cuero que llevaba. A su lado, se sintió tan vulnerable e indefensa que deseó salir corriendo, tal era la inquietud que aquel hombre le causaba.

—¿Me permite que la invite a un café?

—Se lo agradezco, pero sólo quiero llegar a casa cuanto antes.

—Vamos, Sara, insisto. Le sentará bien.

A unos cincuenta metros del supermercado había una pequeña cafetería situada a la entrada de una urbanización y que surtía de tabaco, cafés, aperitivos, meriendas o copas a los residentes de la zona, que evitaban así coger el coche y hacer carretera para comprarse un simple Marlboro o tomarse una caña. Había algunos clientes en la barra, pero no los suficientes como para generar el bullicio ensordecedor de los bares que tanto molestaba a Sara. Ambos se sentaron frente a frente a una de las mesas. Ella pidió un café bien cargado. Él, un cortado.

—No estoy de servicio ahora mismo, y se lo digo porque no me gustaría que pensara que la estoy vigilando. Vivo cerca de aquí y suelo hacer la compra en este supermercado desde hace años. ¿Usted también?

—Sí.

—Seguro que hemos coincidido más de una vez, pero, claro, no nos conocíamos. ¿Le importa que fume?

—No.

—¿Fuma usted?

—No.

—Hace usted bien. Cualquier día prohibirán fumar en los bares, así que tengo que aprovechar.

El teniente extrajo del bolsillo de la cazadora un paquete de Winston y un Zippo. Con movimientos rápidos y precisos, que a Sara le recordaron a los que hacen los policías en las películas cargando sus pistolas, abrió la cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo, la cerró, la depositó sobre la mesa, prendió el pitillo, cerró el mechero de un golpe seco y lo dejó sobre el paquete, justo encima de la advertencia «El tabaco puede matar». Aspiró el humo, lo expulsó evitando apuntar la bocanada al rostro de Sara y preguntó:

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Tres años, desde 2004. Antes vivía en Madrid, pero cuando mi madre comenzó con el alzhéimer y la ingresé en una residencia de Torrelodones, decidí mudarme a la zona para estar más cerca de ella y alquilé el viejo chalé adosado donde vivo. Habría podido atenderla en casa si ella lo hubiera querido, pero, cuando notó los primeros síntomas, me pidió voluntariamente que la ingresara. No quería ser una carga para mí, pero yo lamenté su decisión. De todos modos, ya no importa. No me reconoce.

—Así que perderé el tiempo si voy a visitarla.

—Sí.

—Iré de todos modos.

Tenía al teniente frente a ella y Sara hacía verdaderos esfuerzos para esquivar aquellos inquietantes ojos de intenso color verde, felinos, depredadores.

—Pensaba llamarla mañana por la mañana, pero, ya que nos hemos encontrado por casualidad, le diré que esta misma tarde hemos identificado a la víctima. ¿Le suena el nombre de Tomás García Huete? Piénselo bien.

Sara nunca lo había oído. Hubiera deseado que no fuera así, porque de ese modo tendría la posibilidad de saber qué o quién la había relacionado con un hombre asesinado de modo tan salvaje.

—No, no me suena en absoluto.

—El hombre que hemos encontrado ahorcado esta mañana era profesor de Lengua y Literatura en el colegio público Faustino Cordón, en Uvés. Ayer salió de clase al mediodía, le esperaban en su casa para comer y nunca llegó. Hoy su mujer ha identificado el cadáver. ¿Dónde estudió usted el bachillerato?

—En el instituto Isabel Oyarzábal, en Madrid, pero no recuerdo a ningún profesor con ese nombre.

—¿Cursó estudios superiores?

—Sí, estudié Filología Hispánica en la Universidad Complutense.

—Y allí tampoco se relacionó con nadie, claro.

—No, con nadie.

—El problema sigue siendo que su nombre y dirección la relacionan con la víctima, aunque no sabemos si es de modo casual o se trata de un hecho intencionado. Es posible, por ejemplo, que por alguna razón Tomás García Huete quisiera contactar con usted. Quizá para encargarle la revisión de un libro, no sé, es lo primero que se me ocurre. Usted se dedica a la corrección de estilo, según nos ha comentado esta mañana.

—Sí, pero quien me encarga los textos es mi editor.

—También hablaré con él.

—Podría perder mi trabajo si usted me relaciona con un crimen.

—No se preocupe por eso. Mi trabajo, entre otras cosas, consiste en obtener información sin comprometer a terceros si no es necesario. No perderá su trabajo por mi visita a su editor, de eso puede estar segura, pero debo hacerlo porque de alguna manera está usted relacionada con el caso.

Relacionada, implicada, imputada. La migraña le clavó su agujón sobre el ojo derecho, y lo hizo con tal violencia que Sara no pudo evitar llevarse la mano a la frente con un gesto de dolor.

—Lo siento, me voy a casa. Tengo un terrible dolor de cabeza.

—La acompaño.

—¡No! —gritó.

El grito emergió de su garganta con la rapidez de una bala disparada desde sus entrañas. En cinco minutos había hablado más que en cinco años. La resaca, la migraña, el ahorcado, el profesor, el teniente: demasiado peso para una mente tan frágil. Deseó huir de allí y también que aquel guardia civil desapareciera de su paisaje para siempre. Notó cómo le ardían las mejillas, posiblemente incluso tuviera fiebre. Los párpados le pesaban como piedras y poco a poco se fue instalando en ella una paz dulce y tranquila. Se dejó llevar y cerró los ojos. Por primera vez en su vida soñó La Nada. Sentía una agradable sensación de vacuidad, un flotar en ninguna parte, y no quiso regresar de allí nunca jamás. Pero regresó. La primera señal de que el retorno era inminente fue un murmullo de voces a su alrededor. La segunda, dos leves cachetes en sus mejillas. Abrió los ojos y sobre ella aparecieron rostros desconocidos que la observaban. No entendía qué estaba ocurriendo, se sentía confusa. Transcurrieron unos segundos y empezó a comprender: se había desmayado. Su cuerpo estaba tendido en el suelo, con los pantalones desabrochados, las piernas en alto y sus pies reposando en uno de los hombros del guardia civil. Qué vergüenza, expuesta a las miradas de todos y con la bragueta abierta.

—Tranquila. Se pondrá bien enseguida.

El teniente pronunció estas palabras casi en un susurro, preocupado. Sara halló en sus ojos una mirada distinta. Ya no era la del felino depredador estrechando el cerco sobre su presa, sino la del perro sumiso tras recibir una reprimenda de su ama. Al fin y al cabo, su actitud inquisitiva la había llevado a la extenuación y a sufrir una lipotimia. Intentó incorporarse, pero desistió porque la cabeza le daba vueltas, así que no tuvo más remedio que continuar tumbada. A su alrededor todos eran hombres y sintió un repentino pudor. Se bajó el jersey para cubrir la bragueta desabrochada y retiró lentamente sus pies del hombro del teniente. Él y los demás hablaban entre murmullos y Sara, todavía aturdida, no entendía qué decían. La situación le resultaba ya insoportable. De nuevo intentó incorporarse y esta vez ya no sintió mareos. Todos intentaron ayudarla, pero el

guardia civil los detuvo:

—Apártense, por favor. Yo me ocupo.

Luego llegaría otra orden: el teniente la llevaría en el coche de ella hasta su domicilio y llamaría a un coche patrulla para que lo recogieran allí. Sara, al llegar a casa, debía prepararse una manzanilla y acostarse. Ése era el plan del teniente. Ella no tenía fuerzas para discutirlo.

Desde la cafetería hasta su vivienda distaban sólo cinco kilómetros, pero el viaje se le hizo interminable. Sentada junto al teniente, con su cuerpo escorado hacia la puerta, en medio de una oscuridad en la que sólo se interponían los puntos de luz del salpicadero, Sara mantenía la vista al frente e intentaba no pensar en nada. Le resultaba tan violento permanecer en un habitáculo tan pequeño sin cruzar palabra con aquel hombre que optó por cerrar los ojos y fingir que dormía. Era la primera vez que se sentaba en el asiento junto al conductor. Nadie hasta entonces había puesto las manos sobre el volante de su automóvil. Ella ejecutaba una conducción brusca y dubitativa, la del teniente la percibía tan suave y estudiada que le pareció ir en otro coche diferente al suyo. Hasta el ruido del motor le sonaba distinto. La carretera hacia Torrelodones era amplia pero sinuosa, con numerosas curvas, pero Sara apenas las notaba, tal era la destreza al volante de aquel guardia civil. Aun así, el trayecto parecía no acabar nunca. No pudo resistir la tentación de abrir levemente los ojos para saber en qué punto se hallaban. El teniente volvió la cabeza hacia ella.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, estoy mejor.

Ya no intercambiaron más palabras hasta llegar a la urbanización. Allí aguardaba ya un coche patrulla, con el agente Coira apoyado sobre el capó. Las once de la noche. «¿Qué pensarán los vecinos al ver a la Guardia Civil a estas horas en mi puerta?», pensó Sara mientras descendía del vehículo, al tiempo que también lo hacía el teniente.

—Esperaré a que entre en casa.

—De acuerdo.

—Procure descansar. Cuando haya más novedades, la llamaré. Buenas noches.

Cuánto detestaba a aquel hombre. Caminó hacia su casa mientras rebuscaba en su bolso las llaves. Las encontró y, al introducir las en la cerradura, se sorprendió al comprobar que la puerta estaba abierta. Se había ido sin cerrarla con llave. Y además, las luces del interior estaban encendidas y tampoco había bajado las persianas. Se avergonzó de su borrachera y de los despistes que le había ocasionado aquel día precisamente, cuando su nombre estaba unido a un crimen y se sentía menos segura que nunca. Sin mirar atrás, entró y cerró la

puerta con brusquedad. A los pocos segundos, oyó cómo el coche patrulla arrancaba. El ruido del motor se hizo lejano enseguida. Sentía un dolor difuso entre el estómago y el abdomen. Además la migraña proseguía, insistente. No se tomaría una manzanilla. Temió vomitar al segundo sorbo. Prefirió beber un poco de agua fresca. Lo hizo y luego se fue al lavabo. Sentía la vejiga a punto de estallar. Al bajarse las bragas, se sorprendió al verlas manchadas. No esperaba la menstruación hasta dentro de una semana. Qué vergüenza, además de la bragueta desabrochada ante extraños, le estaba bajando la regla en medio del desmayo. Desterró de su mente aquella imagen que le pareció bochornosa y salió del baño para dirigirse hacia la cocina y beber más agua. Tenía mucha sed. Llenó un gran vaso y, mientras bebía casi de un solo trago, se dio una vuelta por el salón. Bajó las persianas, apagó las luces y subió a su dormitorio. La estancia se hallaba fría aunque la calefacción permanecía encendida. Fue entonces cuando se fijó en la ventana de la habitación: estaba abierta y las cortinas marcaban un suave baile movidas por el aire gélido que penetraba del exterior. Probablemente también se hubiera olvidado de cerrarla, porque la abrió por la mañana cuando llegaron los dos guardias civiles. Sí, ésa era la verdadera razón por la que estaba abierta, no tenía de qué preocuparse. La cerró y buscó en el cajón de la mesilla su ansiolítico de cada noche, pero se tomó dos para asegurarse mejor el sueño. Se puso el pijama y se acurrucó bajo el edredón para entrar en calor. De repente, pensó: «¿Cómo no noté que penetraba el frío cuando me vestí esta mañana para ir a Madrid?». Una sombría sospecha cruzó su mente: la ventana estaba cerrada cuando se fue a la morgue, ahora estaba segura. Tuvo el impulso de incorporarse de la cama, encender la luz y analizar qué era lo que había podido ocurrir, pero el Lorazepam comenzaba a hacer su efecto, cerró los ojos y se entregó al sueño.

La noche era oscura. Ni estrellas, ni luna. Coira conducía el coche patrulla de camino a aquel supermercado de la carretera. El teniente no tenía ganas de hablar, y menos con un simple cabo que no llegaba a la treintena. ¿Aparentaría él los cuarenta y cinco que tenía? Muchos más, estaba seguro, aunque sólo fuera por las numerosas arrugas de expresión que se dibujaban en su rostro, bajo los ojos, a ambos lados de las aletas de la nariz, en la frente. Lo constataba cada mañana al afeitarse ante el espejo. Había envejecido prematuramente y en su semblante, además, se había instalado un rictus huraño.

—Ya hemos llegado.

—Mañana a las ocho hay reunión con el capitán en la Comandancia. Le veré allí.

—Sí, mi teniente, a las ocho.

Julián Tresser descendió del coche patrulla y caminó unos pocos metros hacia el aparcamiento del supermercado. Subió a su Honda Civic negro y arrancó el

motor. Abstraído como estaba, recorrió los quince kilómetros del trayecto hacia su casa sin ser consciente del tiempo. De repente se encontró aparcando en el garaje de su edificio, en una de las muchas urbanizaciones de pisos y apartamentos construidos para la clase media en la zona más llana de Uvés, porque la más elevada y la de mejores vistas, cercana al cerro de Las Brumas, se había urbanizado con chalés independientes destinados a las clases sociales más altas. La de Julián era una pequeña urbanización cerrada a la calle, con jardín y piscina comunitarios que él nunca usaba. Cuando entró en su vivienda, percibió un potente efluvio a detergente. Aquella asistenta que tenía era una auténtica obsesa de los productos con olor a pino, a lejía, a amoníaco perfumado. Siempre le dejaba la casa tan limpia y ordenada que parecía recién estrenada, pero aquellas fragancias a química doméstica quedaban fijadas en el ambiente varios días y Julián no lo soportaba. Subió las persianas del diminuto salón y, aunque livianas, su ruido al ascender le molestó. Se sentía cansado. Abrió las ventanas, por donde se coló la luz mortecina de las farolas de la urbanización, y dejó que penetrara el aire fresco y húmedo de las noches de otoño. Tenía hambre y en el congelador halló los suficientes platos precocinados como para saciarla rápidamente: espinacas a la crema y canelones de carne. Unos minutos en el microondas y unos pocos más para engullirlos. Julián solía comer para alimentarse, no para disfrutar, aunque le deleitaban los mejillones al vapor, los entrecots y, sobre todo, los huevos fritos con patatas y panceta que degustaba en casa de su madre cada vez que iba a visitarla. Llevaba varias semanas sin verla. Había quedado para comer con ella en un par de días, aunque no tenía demasiadas ganas de hacerlo.

Su madre le parecía una mujer reservada y antipática. Se le agrió el carácter más de tres décadas atrás, cuando falleció su marido, con sólo cuarenta y ocho años. Julián recordaba poco de su padre. Murió cuando él tenía once y debería albergar imágenes de su vida junto a él, pero no conseguía hallar muchas en su memoria. En la casa del pueblo donde veraneaba la familia, un día de agosto su madre se lo llevó del garaje donde solía jugar a ser mosquetero y le dijo: «Tu padre ha muerto de un infarto. Quédate en tu habitación hasta que yo te lo diga». No hizo ningún intento por consolarle, ni tampoco le dedicó palabra amable alguna. «Tu padre ha muerto», así, sin más. Hasta entonces había sido una mujer afable y una madre afectuosa, pero aquel día todo cambió. El pequeño Julián permaneció largas horas en su dormitorio, llorando unas veces, escuchando tras la puerta otras, desde la que le llegaban confusos bisbiseos. Ni abuelos ni tíos ni primos mencionaron nunca más el suceso. Si alguna vez se colaba el padre muerto en una conversación, todos bajaban los ojos y se quedaban en silencio, con una extraña actitud de corderos a punto de ser degollados. Su padre falleció

en un pequeño pueblo de Ávila donde veraneaba la familia, en la casa de los abuelos paternos. Ni él, hijo único, ni su madre volvieron por allí jamás. Ni siquiera acudieron a los funerales de los abuelos cuando éstos fallecieron. Varias veces estuvo tentado Julián de revolver en aquel pasado mudo, pero un extraño temor se lo impedía, un temor al que no acababa de encontrar sentido, pero al que se plegaba cada vez que pensaba en su padre.

Mientras comía las espinacas a la crema, intentó ordenar en su mente los datos sobre el crimen, pero no conseguía concentrarse. Se sentía exhausto, algo insólito en él, un hombre fuerte con una naturaleza inasequible al desgaste, esculpida en los lados oscuros de la existencia de los demás. Era agente de la Guardia Civil y eso le obligaba a blindar su mente para evitar derrumbarse ante la visión de cuerpos reventados a puñaladas, a patadas, a tiros, a pedradas, a bombazos. Julián había conseguido tal autocontrol que a veces llegaba a inquietarle: tanto dominio de sí mismo podría hacer estallar su psicología en mil pedazos, el día menos pensado y quizá por algo del todo irrelevante. Convivía con aquel temor, que le asaltaba fugazmente en los momentos en que se encontraba a solas, al afeitarse frente al espejo, al apagar la luz antes de conciliar el sueño o en uno de esos días libres que no sabía cómo rellenar. Sin embargo, ni siquiera perdió el control cuando su mujer le abandonó para irse con un constructor de Oviedo. Hacía ya nueve años de aquello. Él tenía entonces treinta y seis y llevaba dos casado. «Lo he intentado, pero no te entiendo. No sé quién eres», le dijo su esposa una mañana de abril cuando él estaba a punto de salir hacia el cuartel, vestido con el uniforme y con la pistola al cinto. Él tampoco la entendía a ella, así que la dejó ir sin discusiones. Tras firmar los papeles del divorcio, nunca más volvió a saber de ella.

Se le había echado la madrugada encima. Acabó la cena sin postre y se bebió el café de un solo trago. Percibía el cuerpo pesado y los músculos doloridos. En sus oídos sonaba un pitido agudo, tenue pero constante. ¿Qué tenía de diferente aquel caso para sentirse tan tenso? El sonido del timbre de la puerta le sobresaltó. No esperaba a nadie. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Fue al vestíbulo y clavó un ojo en la mirilla. Reconoció a uno de sus vecinos, un anciano con el que se había cruzado alguna vez entrando o saliendo de la urbanización. Le franqueó la puerta. El hombre, en zapatillas y con un abrigo sobre el pijama, llevaba en su regazo un gato negro.

—Disculpe que le moleste a estas horas. ¿Podría pasar? Sólo es un momento.

—¿Ocurre algo?

—En realidad, sólo quería pedirle un favor. Llevo horas pensando si se lo pedía o no y, al final, me he decidido a hacerlo.

El anciano entró en el pequeño recibidor y se quedó de pie junto a la puerta,

con el cuerpo encogido sobre su gato.

—Me llamo Raimundo Garrido y vivo tres puertas más allá de la suya, en la D. Creo que nos hemos cruzado alguna vez. La cosa es que mañana me ingresan en el hospital para operarme de una hernia inguinal. No tiene mayor importancia, pero estaré ingresado una semana y no puedo dejar a Greta sola tanto tiempo, porque soy viudo y mi hija vive en Bilbao. Usted me parece una buena persona y mi gatita no le molestará en absoluto, es muy independiente. Sólo le pido que se quede con ella estos días.

Su discurso era pausado y amable, pero decidido, y ahora, mientras acariciaba a aquella gata negra de ojos inmensamente azules, esperaba una respuesta. Julián la tenía muy clara: por supuesto que no. Pero sospechó que el anciano ya tenía diseñada su estrategia para endosarle al animal. La amabilidad es un arma muy agresiva si se sabe utilizar bien, y ahora su vecino iba a desarmarle con el chantaje emocional de un viejo solitario a punto de entrar en un quirófano.

—Lo siento, señor Garrido.

—Llámeme Raimundo, por favor.

—Mire, yo estoy todo el día fuera de casa y además nunca he tenido animales. No estoy acostumbrado. Seguro que entre los vecinos encontrará a alguien que se haga cargo de su gata.

—Pero yo le he elegido a usted. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Julián.

—Mi hermano, que en paz descanse, también se llamaba Julián. Éramos seis y sólo quedo yo, el mayor de todos, así de paradójica es la vida.

Raimundo, en un movimiento extrañamente rápido para su edad, le tendió a Greta y la gata se acomodó en décimas de segundo en el regazo de Julián, como si hubiera sido largamente entrenada para ese único gesto. Lo miró con sus vibrantes ojos azules y emitió un suave maullido de satisfacción.

—¿Ve?, ya sabía yo que se llevarían bien. A ella le gusta usted.

Unos minutos después, la inesperada huésped ya se había instalado en un rincón del salón, ovillada en sí misma y dormida plácidamente. Raimundo le había dejado todo lo necesario para la rutina diaria de un gato: un recipiente para hacer sus necesidades, un saco de arena, un cuenco para beber y varias latas de comida. «Le encanta el jamón de York, por si algún día quiere darle un premio», le había dicho el anciano antes de despedirse, emocionado y agradecido.

CAPÍTULO II

El capitán Díaz Visedo era un hombre voluminoso cuya gran pasión eran las setas. Nadie ponía en duda que lo sabía todo sobre ellas. Le enorgullecía la placa concedida hacía un año por la importante Sociedad Micológica Ogmios y que había colocado en su despacho de la Comandancia, junto al retrato del rey. El reconocimiento se debía a su descubrimiento de un nuevo hongo del género *Hydnum*, el mismo al que pertenece la seta lengua de vaca, de sabor muy intenso cocinada a la plancha. El hallazgo tenía doble valor porque esta seta es poco frecuente en Madrid. El capitán la halló en la sierra de Guadarrama, en el valle de La Barranca, cerca de Navacerrada. Tras estudiarla y examinarla en el microscopio de su casa, constató que se trataba de una nueva especie y la bautizó *Hydnum benemeritus*, como homenaje a la Guardia Civil. El mismo rigor maniático que requiere el estudio de los hongos, puesto que un leve error de apreciación puede resultar letal para quien se los lleve a la boca, lo aplicaba Díaz Visedo a las investigaciones que dirigía como jefe de grupo de la Policía Judicial de la Guardia Civil en la comandancia de Tres Cantos, en Madrid. Había resuelto con éxito varios casos y eso le había valido el respeto de sus superiores, pero estaba pensando en renunciar a la evaluación para comandante y el correspondiente ascenso en la escala porque, a sus cincuenta y seis años, por el momento prefería no promocionarse y aguardar los cinco que le faltaban para pasar a la reserva y dedicarse entonces a su otra gran pasión además de servir en el Cuerpo: la micología. La posibilidad de ascender le entusiasmaba más bien poco o nada. No le pedía más a la vida de lo que ya había recibido de ella: una esposa de la que seguía enamorado después de treinta años de matrimonio, una hija también guardia civil destinada en Tenerife y, por supuesto, las setas. *Sus setas.*

Eran las siete y media de la mañana y el capitán ya estaba en su despacho desde las seis. Tenía una reunión a las ocho con el teniente Tresser y antes quería estudiar de nuevo la documentación sobre el crimen de García Huete. Le preocupaba aquel hombre ahorcado, un asesinato limpio, sin huellas, sin rastros que seguir. Los vecinos de Uvés andaban alarmados y los periodistas, al conocer el hecho de que a la víctima se le habían arrancado los ojos, ya habían

especulado sobre un posible asesinato ritual de carácter satánico. No le preocupaban demasiado la prensa y las televisiones, pues el juez había decretado secreto el sumario y en un par de días acabarían por olvidarse de aquella noticia luctuosa para fijarse en otra distinta. Y así sucesivamente. Díaz Visedo se colocó las gafas y comenzó a leer con detenimiento el informe redactado el día anterior por el teniente Tresser y en el que se explicaba que:

Tomás García Huete, de cincuenta y cuatro años, llega el martes 16 de octubre al colegio público Faustino Cordon, en Uvés, donde enseña Lengua y Literatura. Aparca su Seat León en el área reservada a los docentes y durante toda la mañana imparte sus clases con absoluta normalidad. A la una de la tarde, en la secretaría del instituto se recibe una llamada en la que un hombre solicita hablar con el profesor, asegurando que se trata de un asunto muy urgente. Se la pasan a la sala de profesores, vacía en aquel momento por encontrarse todos en las aulas. No hay testigo alguno de la conversación. Según afirma la administrativa que atiende el teléfono, la voz es la de un hombre de mediana edad, con acento español y sin ninguna otra característica especial. A la una y cuarto de la tarde, quince minutos después de la llamada, la directora del centro afirma que se encuentra con Tomás García Huete en uno de los pasillos. El profesor le comenta que aquel día saldrá un poco antes porque debe hacer una gestión, aunque no especifica cuál. La directora observa en García Huete cierto nerviosismo, algo inhabitual en una persona como él, de carácter tranquilo y pausado. Le pregunta si le ocurre algo, a lo que él contesta que no, que sólo tiene prisa. García Huete tiene la costumbre de comer cada mediodía en casa, con su esposa y también con sus dos hijos de diez y ocho años, alumnos del mismo centro donde su padre imparte clases. Sin embargo, el profesor nunca llega a su domicilio. Su automóvil continúa aparcado en el mismo lugar donde lo había dejado a primera hora de la mañana. No está forzado ni se halla ningún indicio relevante, ni en el habitáculo interior ni en la carrocería. Alrededor de las tres y media de la tarde, la esposa llama al móvil del profesor, inquieta por su tardanza, pero el teléfono está apagado. Realizado el análisis de las últimas llamadas desde aquel número, ninguna ha aportado datos de interés. Del expediente laboral de Tomás García Huete se desprende que se trata de una persona normal, sin antecedente alguno de problemas en el centro. La directora, al igual que sus compañeros, asegura que era un buen hombre, excelente profesor, algo también corroborado por sus alumnos, y con una vida rutinaria, entregada a sus clases y a su familia. A las siete de la mañana del día siguiente, dos corredores que entrenan por el cerro de Las Brumas hallan a un hombre colgado de un pino, con los ojos arrancados. No lleva documentación alguna que permita identificarlo, pero sí se halla en un bolsillo un papel con el nombre y dirección de una mujer

llamada Sara Azcárraga, residente en la cercana localidad de Torrelodones. Por la tarde, la esposa de Tomás García Huete, Marija van Haalen, identifica el cadáver de su marido en el Instituto Anatómico Forense de Madrid. Tras las primeras investigaciones, consta que la llamada recibida en el colegio se hace desde la calle Tréveris, aledaña al centro escolar, y desde uno de los tramos de la vía donde no existe ningún establecimiento con cámara de seguridad. Se hace desde un móvil de prepago no registrado, posiblemente adquirido en el mercado negro. La última señal se ha localizado en la calle mencionada, donde no se halla rastro alguno del teléfono.

Conocía muy bien el capitán Díaz Visedo el lugar donde había sido asesinado el profesor: un cerro cubierto de pinos piñoneros donde él y su esposa, cuando su hija era pequeña, solían pasear las tardes de los domingos. Estuvo destinado varios años en Uvés y de hecho aún residía allí, a media hora en coche de la Comandancia. Le gustaba Uvés de San Juan, una localidad de treinta mil habitantes ubicada en el noroeste de Madrid, cerca de El Escorial y a tres kilómetros de la A6. En los años sesenta era tan sólo una pequeña urbanización de diez chalés adosados en medio de un páramo, junto al arroyo Uvés, en una de cuyas riberas se construyó. El santo se lo añadió el constructor, Juan Kindmüller García, de padre alemán y madre pacense, quien se hizo millonario urbanizando varias hectáreas de los solares rústicos colindantes con el primero que adquirió. Diez años después, a mediados de los setenta, Uvés, como solía denominárselo en la zona, ya se había convertido en un municipio, con una pequeña plaza que se construyó tan sólo para dignificar el edificio del ayuntamiento, dado que el resto de la localidad creció de modo horizontal, colonizando el paisaje con edificios de pisos en amplias avenidas y otros tantos chalés que reptaban por los cerros entre rocas de granito, pinares y carrascales. Cercano a las urbanizaciones más lujosas de la localidad, el cerro de Las Brumas tenía en su cumbre un microclima que le obligaba a convivir con la niebla la mayor parte del año, incluso también algunos días de verano en los primeros momentos del alba. Allí encontraron los dos corredores al ahorcado, con las cuencas de los ojos sangrantes y su cuerpo inerte balanceándose entre las brumas del amanecer. En aquel corazón del pinar, en un punto alejado de las amplias avenidas que lo circunvalaban, acabó la vida de Tomás García Huete. Sus ojos vacíos no le permitieron una desesperada mirada fugaz a un trozo de nube, a una piña a punto de caer de su rama, al vuelo nervioso de un pájaro; imágenes irrelevantes, pero que, en los últimos momentos de una vida, cobran una dimensión inusitada, reflexionó el capitán.

Según constaba en el informe pericial preliminar, había fallecido unas catorce horas antes de ser hallado colgando del árbol: entre las tres y las cinco de la tarde

del día anterior, poco tiempo después de recibir aquella misteriosa llamada. La sogá, de nylon, se cerró sobre la garganta de la víctima con un nudo hecho con la meticulosidad de un marinero o de un escalador. No era un nudo improvisado, en cualquier caso. El cadáver presentaba un fuerte golpe en la cabeza, en la zona occipital. En cuanto a los globos oculares, los forenses confirmaron que habían sido vaciados sin violencia aparente, lo que apuntaba a que la víctima no se resistió, bien por hallarse inconsciente o porque estaba ya muerta. Ni rastro de los ojos, a pesar de que fueron buscados en un radio de dos kilómetros. Tampoco se encontró ningún indicio de pisadas o de ruedas de automóvil en el terreno rústico que se utilizaba como aparcamiento del cerro de Las Brumas, dado que todo él era una densa alfombra de agujas de pino y hierbas humedecidas por el rocío que, en todo caso, siempre dejan una marca temporal, pues tras pisarlas vuelven de nuevo a su estado original. No había rastros visibles de que el cuerpo hubiera sido arrastrado hacia el lugar, de lo que podría deducirse que fue asesinado allí mismo, al pie del árbol. El pantalón y el abrigo del cadáver estaban limpios, sin manchas de tierra ni desgarros por un forcejeo defensivo. Tampoco se hallaron ni la cartera ni otra documentación. Tan sólo el papel con el nombre de Sara Azcárraga. Y nada pudo saberse tampoco de la piedra o el objeto contundente con el que supuestamente se habría golpeado a la víctima.

Díaz Visedo había tomado algunas notas mientras leía con atención el informe. Cuando se disponía a revisarlo una vez más, el teniente Tresser y el cabo Coira solicitaron permiso para entrar en su despacho. «¿Ya son las ocho de la mañana?», se preguntó el capitán mientras miraba el reloj. Se lamentó, como tantas veces lo había hecho, de que el tiempo carezca de la más mínima sincronía con las necesidades humanas. «O vuela demasiado rápido o avanza arrastrándose como un gusano», concluyó, molesto por la irrupción de los dos agentes, aunque fuera él mismo quien los había citado.

—Este caso ha causado mucha alarma y se habla de crimen satánico. Podemos descartarlo, ¿verdad, Tresser?

—Sí, mi capitán. No hemos hallado ningún signo característico de este tipo de ritual. El que apareciera con los ojos arrancados ya sabemos que puede significar que la víctima vio algo que no debería haber visto. O quizá podría tratarse de una venganza, pero García Huete era un simple profesor de colegio, con una vida supuestamente limpia que tendremos que investigar, por supuesto.

Coira se mantenía callado, tomando notas unas veces u observando otras a sus dos jefes con el gesto discreto del novato. El teniente Tresser lo había conocido el día anterior, la misma mañana en la que encontraron el cadáver del profesor. Cuando el guardia civil llegó al lugar de los hechos, aquel joven agente uniformado, corpulento pero de aspecto aniñado, de piel imberbe y cabellos

negros cortados al ras, fue enseguida a su encuentro:

—Mi teniente, se presenta ante usted el cabo Guillermo Coira, en comisión de servicio en su Unidad de la Policía Judicial —dijo cuadrándose ante su superior.

—Póngame al corriente.

—Un varón de unos cincuenta y cinco años ha sido hallado colgado de un árbol, con los ojos arrancados, por lo que el suicidio se ha descartado.

La visión de un ahorcado era la única que a Julián Tresser le provocaba una cierta aprensión, más que ninguna otra forma de muerte violenta. Siempre había sido así desde que vio al primero, un conocido poeta que se colgó de la barandilla de su balcón. Acababa de entrar entonces en el Cuerpo y pensaba que aquella angustia que le atravesaba el estómago se debía a que todavía no había visto demasiados muertos. Con el tiempo se fue acostumbrando a no percibirlos como seres humanos sin vida, sino como objetos de investigación, meras herramientas de trabajo, pero en el caso de los ahorcados era diferente, pues su mera visión le producía arcadas. Incluso había noches que soñaba con hombres colgados de árboles, de vigas, de puentes o de farolas que intentaban decirle algo que él no entendía porque hablaban un lenguaje desconocido. Cuando vio el cuerpo de Tomás García Huete pendiendo de un pino, no hubo excepción: volvió la náusea, amenazándole con el inminente vómito del café con leche matutino.

«Sigán con la inspección ocular, Coira. Ahora vuelvo», acertó a decir a duras penas mientras contenía el café en sus amígdalas. Se alejó cuanto pudo de la escena del crimen y en el camino se cruzó con los del equipo pericial, a los que sólo logró saludar alzando las cejas. Cuando había logrado distanciarse bastantes metros, el café con leche inició el camino de descenso hacia el estómago y, aliviado, el teniente pudo volver sobre sus pasos hacia el árbol del ahorcado. A medida que se acercaba, tuvo un presentimiento que consideró un tanto absurdo: aquél iba a ser un crimen ejecutado para ser perfecto.

—No estamos encontrando nada —le comentó Coira con las manos enfundadas en guantes de látex.

Faltaban los análisis del laboratorio y, por supuesto, la autopsia, pero aquel presagio del teniente no resultaba tan incoherente. De momento, no había nada. Tan sólo el nombre y la dirección de Sara Azcárraga.

—¿Qué sabemos de esta mujer, Tresser? —preguntó el capitán, cruzando los brazos sobre la mesa del despacho.

—Es correctora de estilo en una editorial y trabaja desde casa. Asegura no conocer de nada a la víctima, pero es la única pista que tenemos por el momento. De la conversación que mantuvimos ayer con ella se desprende que se trata de una mujer solitaria, demasiado, diría yo, para la edad que tiene, cuarenta años, aunque aparenta muchos menos. Su aspecto es el de una treintañera. Parece estar

bastante desconectada del mundo. Ayer por la tarde la sometí a vigilancia y la seguí hasta un supermercado, donde hizo algunas compras. Simulé un encuentro casual y, al acercarme a ella, percibí en su aliento que había bebido. Estaba bastante aturdida, así que insistí en que se tomara un café en un bar cercano. Una vez allí, sufrió una lipotimia y estuvo inconsciente durante unos minutos. Ya estaba a punto de llamar al Samur cuando volvió en sí. Decidí no presionarla más en ese momento y la acompañé en su vehículo hasta su casa. Conduje yo, obviamente.

El teniente recordaba muy bien la imagen de Sara la tarde anterior, ya al anochecer, bajando las escaleras del jardín de su casa dando tumbos. Tras regresar de Madrid, una vez que la viuda ya había identificado el cadáver de su marido, el guardia civil decidió acercarse aquella tarde a Torrelodones y vigilar a Sara sin que ella supiera que estaba siendo observada. No esperaba mucho, ya que la había creído cuando afirmó que apenas salía de casa. Su aspecto denotaba que tampoco comía demasiado. Quizá padeciera anorexia. Se había fijado en que las estrechas mangas del viejo jersey que llevaba ni siquiera lograban ceñirse al contorno de sus brazos, que se adivinaban esqueléticos, al igual que sus piernas, que daban la impresión de ser dos simples palos que sujetaban un cuerpo mínimo. ¿Qué le ocurría a aquella mujer? ¿Por qué era así? Si no salía de casa, al menos confiaba en que sacara la basura. Luego quizá revolvería en la bolsa, a ver qué encontraba. No habían transcurrido ni quince minutos de espera cuando la vio saliendo por la puerta, descendiendo por las escaleras intentando mantener el equilibrio. O estaba enferma o había bebido una copa de más, dedujo. Sara se subió a un viejo Ford Orion de color rojo, arrancó el motor y enfiló la calle de la urbanización castigando el coche con la primera marcha. El teniente no podía evitar que condujera en aquellas condiciones, pues de lo contrario descubriría que la estaba vigilando, pero la siguió a una distancia prudencial y comprobó que, a pesar de todo, conducía despacio y sin errores. Aparcó en aquel supermercado de la carretera y entró tras ella. La siguió por los estrechos pasillos del establecimiento y aprovechó para comprar leche, pan y unos donuts para el desayuno. Después, la observó con su carro de la compra en la fila de la caja, extrañamente inmóvil, con el rostro descompuesto. No desaprovechó la oportunidad y se hizo el contradizo. Al acercarse a ella, percibió su aliento a alcohol. La ocasión propiciaba una invitación a un café bien cargado, pues no iba a permitir que condujera borracha. Si ella se hubiera negado, el teniente no habría tenido más remedio que amenazarla con una denuncia, lo cual habría empeorado las cosas, porque se trataba de ganarse su confianza. Seguro que aquella extraña mujer tenía secretos, y quizá alguno de ellos se convirtiera en una pista a la que seguirle el rastro. Sin embargo, no la consideraba capaz de

asesinar.

—¿Usted cree que pudo ahorcarle ella? —preguntó el capitán.

—Carece de la fuerza física suficiente para colgar de un árbol a un hombre de unos noventa kilogramos de peso, como es el caso de la víctima —afirmó el teniente—. Sara es una mujer menuda y extraordinariamente delgada, casi anoréxica.

—Pero eso sólo quiere decir que no pudo hacerlo sola. Recordemos la misteriosa llamada que recibió la víctima poco antes de desaparecer. ¿Y si aquel hombre fuera su cómplice?

—No creo que ella sea sospechosa de colaborar en el crimen, mi capitán, aunque desde luego es una mujer con muchas incógnitas.

—Pues tiene que existir alguna conexión entre ella y el profesor, porque yo no creo que sea casual que su nombre y su dirección aparecieran en uno de los bolsillos de la víctima, y además escritos por el propio García Huete. Es así, ¿no, Tresser?

—Sí, mi capitán. Está confirmado ya en el preliminar de grafología. La esposa nos facilitó ayer un manuscrito de la víctima para establecer la comparación. No se trata de ninguna imitación. Esa nota fue escrita por él.

—Está claro que, por alguna razón, el asesino o asesinos tienen intención de que relacionemos a García Huete y a Sara Azcárraga. Pues hagámoslo. Investiguen hasta el último rincón de sus existencias. Por cierto, ¿qué hay de la viuda?

—Tenemos una cita con ella esta misma mañana, a las nueve y media.

—Pues ya son y cuarto. Van a llegar tarde.

El teniente y Coira todavía no habían llegado a la puerta del despacho cuando Díaz Visedo ya estaba de nuevo concentrado en la lectura de las diligencias. Ni siquiera se despidió. Fue ésta una de las pocas reuniones en las que el capitán no había recurrido a los símiles entre las setas y los humanos. A Julián no le interesaba lo más mínimo el micromundo de los hongos, incluso le resultaba un tema antipático, y más aún cuando el capitán establecía extravagantes semejanzas durante las tediosas reuniones de repaso de informes, en las que se veía obligado a exponer lo que antes ya había escrito y a escuchar en boca de otro lo que él ya había deducido. Uno de los símiles micológicos favoritos del capitán, para demostrar lo poco o nada que hay que fiarse de las apariencias en las investigaciones, era el del *Lactarius torminosus*, un falso níscolo tóxico. Resulta tan parecido al original que puede ser confundido por el profano si uno no pone atención al recolectarlo, pues sólo en ese momento es cuando se aprecia la diferencia: al cortarlo, del níscolo genuino emana un látex de color zanahoria, mientras que el del hongo impostor es lechoso. Además, puntualizaba siempre el

capitán, la confusión entre ambos puede ser fruto de un error de partida, de una búsqueda en la dirección equivocada: el níscolo verdadero sólo crece en pinares, mientras que su suplantador lo hace bajo abedules, robles y hayas. No creía que Sara Azcárraga fuera un caso de *Lactarius torminosus*, una impostora. Estaba casi seguro de que no era así. En Tomás García Huete quizá existiera más oscuridad. Aquellos ojos arrancados significaban algo, pero no sabía el qué.

Según los datos recabados por Coira, Marija van Haalen, nacida en la ciudad holandesa de Utrecht, tenía treinta y cinco años y llevaba doce en España, justo desde que se casó en ceremonia civil con Tomás García Huete, casi veinte años mayor que ella. La actividad que figuraba en la Agencia Tributaria era la de profesora de idiomas, aunque hacía cuatro años que no facturaba por ningún concepto y estaba dada de baja en la Seguridad Social. La familia vivía en la parte más meridional de Uvés, conocida como «Los filósofos», porque allí cada avenida tenía el nombre de un pensador de la Antigüedad clásica. La mayoría de las calles eran temáticas. La zona más lujosa, con chalés independientes junto al cerro de Las Brumas, se conocía como «Los océanos». Al igual que su capitán, el teniente también residía en Uvés, a muy pocos minutos de la Compañía de San Lorenzo de El Escorial y, además, con los precios de las viviendas mucho más asequibles. Julián Tresser nunca había querido residir en una casa-cuartel, porque necesitaba cierta intimidad en su vida y también porque la mayoría de los pisos de la Guardia Civil siempre tenían un problema u otro, al no hacerse las labores de mantenimiento o de rehabilitación con la periodicidad que se requería. Precisamente desde hacía unos meses, parte de los efectivos de San Lorenzo de El Escorial habían sido realojados en el puesto de Uvés, ya que algunas áreas de la estructura del edificio de la Compañía se hallaban afectadas por la aluminosis y al fin, después de mucho insistir, se habían iniciado las obras de rehabilitación. Ahora el teniente podía acudir al trabajo caminando, ya que el cuartel se hallaba a pocas manzanas de su vivienda, aunque prefería utilizar el coche porque ésa había sido siempre su costumbre. Residía en el barrio conocido como de «Las ciudades», al otro lado del río y relativamente cerca de «Los filósofos», donde habitaba la familia García Huete. Ambos compartían la misma morfología: edificios de pisos de cuatro plantas, agrupados en distintas urbanizaciones, todas con jardines y piscina comunitarios. Eran nuevos barrios-dormitorio de clase media, pues la mayoría de sus habitantes trabajaba en Madrid, aunque no fuera el caso de Tomás García Huete. Ninguna construcción se diferenciaba mucho del resto: modernas, de ladrillo a cara vista, con tejados de pizarra, con ventanas, sin balcones, dispuestos los bloques unos junto a otros en amplias avenidas con pocos años de vida, nacidas bajo el frenesí inmobiliario de los años noventa, con árboles que aún tardarían años en ofrecer una sombra decente.

El teniente y el cabo se adentraron en uno de los edificios, cuyo portal estaba revestido de mármol negruzco con erráticas vetas de color crema. Más que un portal de vecindad, a Coira le pareció la antesala de un tanatorio. Los agentes entraron en el ascensor, donde alguien había grabado con un punzón sobre la pared metálica: «Los reyes magos son los padres». Pulsaron el botón del cuarto piso.

—Coira.

—Sí, mi teniente.

—Mientras yo interrogo a la esposa, usted investigue la casa. Sobre todo me interesa el estudio o el despacho de la víctima, si lo hubiera. ¿Lo ha hecho alguna vez?

—No, pero no me dejaré ni un rincón.

—No se deje ni un centímetro sin escrutar.

—Ni un centímetro.

—Si halla algo, hágamelo saber, pero no delante de la esposa.

—Sí, mi teniente, no delante de la esposa.

—¿Por qué repite cada última frase de mis órdenes? No lo haga.

—Lo siento, mi teniente.

Julián ya había conocido a Marija en el Instituto Anatómico Forense, cuando la acompañó el día anterior para identificar a su marido muerto. Era de baja estatura, rubia y con un relativo sobrepeso. Ahora los recibía una mujer que, en apenas unas horas, parecía más delgada, con los cabellos más oscuros y un rostro repentinamente envejecido.

—¿Podemos pasar, señora Van Haalen?

—Claro, pasen por favor —los invitó con un hilo de voz apenas audible, pero sí lo suficiente como para constatar su leve acento extranjero.

Los tres se adentraron en el salón, que se hallaba en penumbra, con las persianas bajadas. Olía a café recién hecho y Marija les ofreció uno, que ellos rehusaron amablemente.

—¿Saben ya quién lo hizo? ¿Tienen alguna pista?

—Estamos investigando. Todavía es pronto —contestó el teniente—. Todo lo que usted nos pueda contar sobre su marido nos será de gran ayuda.

—Era una persona tan buena, tan normal, tan...

A Marija se le quebró la voz.

—Tranquila. Tómese su tiempo.

—¿Cuándo podré llevarme su cadáver?

—Estamos pendientes de los resultados de la autopsia. Imagino que será en muy poco tiempo. ¿Su marido tiene aquí alguna estancia de trabajo? Me refiero a un despacho, por ejemplo.

—Sí, al final del pasillo. Si quieren, los acompaño.

—No, no es necesario. Haga el favor, cabo.

Coira se levantó enseguida, salió del salón y desapareció por el pasillo.

—Necesitamos revisar los papeles y otros objetos de su marido. Agendas, fotografías, cuadernos. En cualquiera de ellos podríamos encontrar un dato que nos conduzca a una pista.

—Mi marido no tenía secretos, al menos para mí. Pregúnteme todo lo que necesite saber.

Coira apenas podía contener su excitación mientras atravesaba el estrecho pasillo hacia el despacho de Tomás García Huete. Era su primer crimen. Cuando acabó el turno la noche anterior, se fue a cenar con su novia, Lola, para festejarlo. Ella se lo reprochó. No le gustaba la idea de celebrar un hecho tan luctuoso.

—Lo sé, cariño, pero necesito mojarlo, en serio. Lamento mucho lo que le ha ocurrido a ese hombre, pero me he tragado tantos marrones burocráticos que ya me tocaba enfrentarme a un caso de verdad.

Tenía veintinueve años y había ingresado en la Academia a los diecinueve. Cuando le concedieron el destino a la Comandancia de Madrid, hacía sólo dos años, también lo celebró. Al fin iba a perder de vista aquella localidad de Ávila donde había estado destinado cinco años, tras casi dos de prácticas en el puesto de Baiona, en Pontevedra. En aquel pueblo abulense sólo había trifulcas por las lindes entre pequeños ganaderos o alguna que otra borrachera vandálica en las fiestas patronales. Se aburría enormemente. Cuando logró su destino en Madrid, donde ahora vivía con Lola, el mundo se iluminó para él. Pero la luz se apagó pronto, cuando constató que su rutina diaria consistiría en tareas administrativas. Era un vulgar chupatintas. No salía de la oficina y, aunque se trataba de una labor cómoda y sin riesgo, pues en el año 2005, cuando comenzó a prestar servicio en la Comandancia, la banda terrorista ETA suponía una amenaza constante para cualquier guardia civil, lo cierto es que a Coira le sabía a poco el trabajo que le habían asignado. Cada vez se arrepentía más de no haber estudiado Derecho en su momento, cuando terminó COU y aprobó la Selectividad. El título universitario le hubiera dado muchos más puntos para su promoción en el Cuerpo, pero en aquella época sólo quería centrarse en opositar y en concluir su formación en la Academia, ávido como estaba de lucir cuanto antes el uniforme. En su familia no había ningún guardia civil, y su padre y sus dos hermanos, todos pescadores gallegos de la Costa da Morte, seguían sin entender por qué el benjamín de la familia había dado la espalda a la mar para enfundarse el tricornio. Pero él nació con ese anhelo y ya desde muy pequeño se quedaba boquiabierto, hechizado, cada vez que veía pasar a una pareja de la

Guardia Civil. «Yo quiero ser como ellos», ansiaba.

Alcanzado el sueño de ser agente de la Benemérita, llegó la frustración. El camino hacia los ascensos es lento, no apto para impacientes como Coira, que tan sólo había llegado a cabo. Una vez logrado el destino en la Comandancia, solicitó hacer el curso de Policía Judicial. Llevaba un año esperándolo y no se lo concedían, porque dependía del número de vacantes. Cada vez que se le presentaba la ocasión, intentaba hacer méritos ante sus superiores, encargándose de más trabajo del que se le había asignado, mostrándose siempre disponible para lo que requirieran, sin importarle cubrir a compañeros de baja y echar las horas que hiciera falta. Pero no había manera. «Ten paciencia. Todo llegará», le decían. Ya se había resignado a seguir redactando denuncias y morir de puro tedio cuando el destino le premió con un hecho casual que resultaría decisivo para sus planes de futuro. Sucedió en agosto, cuando Coira y Lola se fueron un día de excursión a las salinas de Imón, en Guadalajara. En una de las bellas y solitarias carreteras de la comarca de Atienza, Coira detuvo el coche al ver en la cuneta a un niño llorando junto a su bicicleta. El chaval, de unos ocho años, acababa de sufrir una caída. Tenía un golpe en la cabeza, sangraba por la nariz, una de sus rodillas estaba en carne viva y posiblemente sufriera también un esguince de tobillo. Mientras Lola consolaba y tranquilizaba al crío, Coira efectuó desde el móvil una llamada al cuartel más cercano. Minutos más tarde, una unidad médica trasladaba al niño al hospital y la Guardia Civil localizaba a los padres, que veraneaban en el chalé familiar, a un kilómetro escaso de donde se había producido el accidente. Coira y Lola prosiguieron su excursión, pero a la mañana siguiente el cabo fue llamado al despacho del capitán Díaz Visedo. Una vez allí, su superior le tendió el auricular del teléfono. Al otro lado de la línea estaba un coronel de la Dirección Adjunta Operativa de la Guardia Civil, quien le agradeció su actuación ante el niño accidentado. Era su nieto. A consecuencia de la caída, el chaval había sufrido un coágulo cerebral que habría sido mortal si no se le hubiera atendido a tiempo. Dos meses más tarde, Coira era asignado en comisión de servicio a la Policía Judicial y se integraba en la investigación del crimen de Tomás García Huete. A partir de entonces, resultaría mucho más fácil y rápido acceder al curso. La suerte del principiante. Coira no la iba a dejar escapar.

Mientras el cabo comenzaba a escrutar el despacho, Marija volvía de la cocina con su segundo vaso de agua. Tenía la boca pastosa debido a los sedantes, tan pastosa que al cabo de dos sorbos ya volvía a tener la lengua seca, pegada a los dientes.

—Disculpe. ¿Por dónde íbamos? —musitó con la mirada perdida.

—Le preguntaba si había notado algún cambio de hábitos o de carácter en su

marido.

—No, ninguno. Era el mismo de siempre.

—¿Recuerda cómo transcurrió el día de anteayer, martes, cuando desapareció?

—No fue distinto a otros, al menos yo no noté nada especial.

—¿Sabe si tenía una cita con alguien?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—La directora del colegio nos comentó que se encontró con su marido a la una y cuarto de la tarde, cuando todavía no habían terminado las clases. Le dijo que tenía prisa y se fue sin dar más explicaciones.

—Es posible que necesitara comprar algún material docente, no sé... Tomás era un hombre muy metódico, tenía obsesión por mantener sus rutinas. Si hubiera tenido una cita con alguien, eso supondría romper con la costumbre y me lo habría dicho. Estoy segura.

—¿Le dice algo el nombre de Sara Azcárraga?

—No...

—Como le comenté ayer en el Anatómico Forense, el nombre y la dirección de esta mujer aparecieron escritos a mano en un papel que hallamos en uno de los bolsillos de su marido. —El teniente abrió una pequeña carpeta y de ella extrajo una cuartilla fotocopiada, que le tendió a Marija—. ¿Reconoce la letra?

Marija lo observó detenidamente. Su mirada se ensombreció.

—Sí, es la de Tomás.

—Su marido recibió ayer una llamada en el colegio y luego desapareció. No hemos podido localizar a la persona que llamó, pues lo hizo desde un móvil de prepago que luego se destruyó, pero la voz era la de un hombre español de mediana edad. Insisto. ¿No le suena de nada ese nombre, el de Sara Azcárraga?

—No... ¿Esa señora lo conocía a él?

—Ella afirma que no. Es licenciada en Filología Hispánica. Quizá se conocieran hace tiempo, en el pasado de ambos, en la universidad. Tomás estudió la misma carrera antes de hacer oposiciones a la docencia, ¿no es así?

—Sí, así es. ¿Qué edad tiene esa mujer?

—Cuarenta.

—Muchos menos que mi marido. Él tenía cincuenta y cuatro. Es improbable que compartieran aula.

—Por la manera en que apareció el cadáver, podría tratarse de algún ritual satánico. —Esa posibilidad ya había sido excluida de la investigación, pero el teniente necesitaba presionar a Marija y le pareció un buen comienzo—. No podemos descartar nada, por muy descabellado que pueda parecer.

—¿Un ritual satánico, dice? —preguntó, impactada—. Tomás era un hombre

agnóstico, vivía sin las preocupaciones del creyente, por decirlo de algún modo, pero era profundamente respetuoso. Yo soy holandesa y de religión protestante. Nunca tuvimos el más mínimo roce en cuestión de creencias. Si ha sido un ritual satánico, a Tomás lo eligieron al azar y... Discúlpeme, esto es demasiado para mí.

Marija se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. El teniente le ofreció un poco de agua, pero ella lo rehusó. Decidió darle un descanso.

—Vuelvo enseguida, señora Van Haalen.

Ella ni contestó.

El despacho de Tomás García Huete era una estancia pequeña. La cálida luz de la orientación al este iluminaba la habitación a aquellas horas de la mañana y evidenciaba una decoración austera: paredes desnudas de cuadros o pósteres, una estantería metálica con libros, un escritorio con un ordenador y una impresora, una silla giratoria y nada más. Coira encendió el PC y no necesitó ninguna contraseña para entrar, ya estaba prefijada, lo que le llevó a pensar que se trataba de un hombre sin secretos. Una rápida ojeada a los contenidos le confirmó que no iba a encontrar nada relevante, pues tan sólo aparecían documentos relacionados con el colegio: preguntas de exámenes, textos literarios para ser comentados por los alumnos y programas de los cursos. Conectó Internet, entró en el historial de búsquedas de Google y Yahoo y tampoco halló nada, pues todo parecía estar relacionado con su docencia. Además, el historial se limitaba tan sólo a la última semana. Sin embargo, en su correo personal, para el cual tampoco necesitó contraseña, halló entre diversos *mails* comerciales uno recibido hacía un mes, el 10 de septiembre, encabezado como «Grupo de docencia La Rosa Blanca» y remitido por anabelg333. En el escueto texto se leía:

Estimado Sr. García Huete, le comunicamos que, debido a su repetida ausencia en las reuniones de docencia de los últimos meses, procedemos a darle de baja, lamentando su falta de interés, que para nosotros resulta inexplicable. Un saludo. Anabel García. La Rosa Blanca.

«La Rosa Blanca... ¿Desde cuándo las reuniones de profesores tienen un nombre, como si fueran una banda de rock?», se preguntó Coira mientras conectaba la impresora para tener una copia de aquel *mail*. Abrió también los cajones del escritorio, que sólo eran dos. En uno de ellos encontró una agenda junto a una bandeja con grapas, clips y bolígrafos colocados todos con meticulosidad. La hojeó por encima y sólo vio fechas de exámenes, revisiones del coche, una comida con el profesorado, el cumpleaños de sus hijos y el de su

esposa y otras rutinas similares. Había un apartado de direcciones, más bien pocas, que habría que estudiar detenidamente, así que separó la agenda para incluirla en la documentación. En el otro cajón sólo aparecieron facturas irrelevantes, como una de El Corte Inglés por la compra de un reproductor de DVD. Tomás García Huete se retrataba en sus papeles domésticos como un hombre convencional con una vida rutinaria. Sin embargo, le llamó la atención encontrar entre las facturas algo aparentemente fuera de lugar: una fotografía en color en la que aparecían cuatro jóvenes sonrientes posando bajo una enorme encina. Miró el reverso, donde alguien escribió: «Verano 1973. Coca-Cola y simpatía».

—¿Ha encontrado algo, Coira?

La contundente voz del teniente le sobresaltó.

—Casi nada relevante, pero he hallado esta fotografía entre las facturas. Es antigua, de hace más de treinta años.

Coira se la tendió al teniente, quien observó la imagen. Los jóvenes, de unos veinte años, iban vestidos con tejanos y todos con camisetas de color rojo. Posaban haciendo la señal de la victoria con sus dedos índice y corazón. La encina bajo la que estaban era extraordinariamente grande. Al verla, el teniente recordó que, en sus veraneos de infancia en el pueblo de sus abuelos, solía jugar bajo una encina que siempre percibió como gigantesca y misteriosa. Sus ramas se retorcían a medida que ascendían hacia la copa, creando extrañas formas que a Julián le generaban una mezcla de inquietud y fascinación, sobre todo en las últimas horas del atardecer, cuando la luz franquea la puerta a las sombras y la naturaleza pierde su inocencia.

—¿Ha encontrado algo más?

—Sí, un *mail* firmado por un grupo de profesores que se llama a sí mismo La Rosa Blanca. Resulta raro que se reúnan bajo un nombre concreto, ¿no?

El teniente fijó la vista en la pantalla del ordenador y lo leyó detenidamente.

—Haga las gestiones pertinentes para que se identifique a esa tal Anabel García y así saldremos de dudas.

—A sus órdenes, mi teniente. Si le parece, me llevaré el disco duro y también su agenda personal para estudiarlos.

—Hágalo.

El teniente entró en el salón seguido de Coira, con la CPU y la agenda sujetadas entre sus brazos. Marija estaba hablando por teléfono cuando llegaron.

—Sí, cielo. No te preocupes. Esta tarde pasaré a recogeros. Portaos bien con la abuela. Adiós, cariño, un beso muy fuerte. Os quiero.

Colgó el auricular y dirigió su mirada triste al teniente.

—¿Han encontrado algo?

—Poca cosa. Nos llevamos algunos objetos de su marido por si pudiéramos hallar algún dato interesante.

—Mi teniente —Coira se atrevió a interrumpir la conversación—, si le parece, voy llevando al coche la documentación y hago unas llamadas.

Tras despedirse de Marija con un gesto de cortesía, el agente abandonó la vivienda. El teniente Tresser se sentó en el sofá.

—¿De verdad que no quiere un café, agente?

—No, se lo agradezco. ¿Conoce esta fotografía? La acabamos de encontrar entre las facturas de Tomás.

Se la tendió y Marija la observó detenidamente. De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas. Señaló con el dedo a uno de los jóvenes.

—Éste es Tomás. Es igual que mi hijo Óscar. Se parecen tanto...

—¿Sabe quiénes son los otros jóvenes?

—No, es demasiado antigua...

—Está fechada en el verano de 1973, pero no se indica dónde se tomó. ¿Es ésta la letra de su marido? —le preguntó, mostrándole el reverso de la fotografía.

—No, no me suena que lo sea, aunque se hizo hace tanto tiempo que no sabría decirle. Cuando era joven, Tomás trabajó algunos veranos como monitor de campamentos infantiles, lo que antes se llamaban colonias. Quizá esta foto sea algún recuerdo de aquellos años. En todo caso, no mantenía contacto con sus antiguos compañeros de campamento. Lo recordaría.

—¿Tiene idea de quién los organizaba?

—Se lo preguntaré a mi suegra. Por la tarde iré a su casa a recoger a los niños. Está también con sedantes, como yo, no sé si hoy podrá decirme algo.

—Intente que sea lo antes posible. ¿Cómo eran las relaciones de su marido con la familia? Me refiero a sus padres, hermanos, suegros, cuñados, ya sabe.

—Su padre falleció hace un par de años de un infarto. Su madre, mi suegra, es una mujer maravillosa por la que Tomás sentía admiración. Era hijo único.

—¿Usted tiene hermanos?

—Sí, uno, Gherardus, de treinta y nueve años, cuatro más que yo. Es capitán de la marina mercante y vive en Santander.

—¿Llegaron juntos a España desde Holanda?

—No, él llegó antes, para hacer un grado en Logística. Fue quien nos presentó a Tomás y a mí.

—Así que su hermano y su marido ya se conocían cuando usted llegó aquí...

—Sí, Gherardus se ganaba un dinero dando clases de inglés y así conoció al que luego se convirtió en mi marido. Se hicieron buenos amigos. En aquella época Tomás estaba opositando para ganar una plaza de profesor.

—¿Su hermano está casado?

—No. Siempre dice que es muy difícil mantener una relación estable siendo marino mercante.

—¿Dónde está ahora?

—En Hong Kong. Está intentando conseguir un vuelo hacia Madrid.

—Tendré que hablar con él.

—Sí, por supuesto. Le han dado unos días de permiso.

—Una última cuestión. ¿Su marido acostumbraba a reunirse con otros profesores?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a algún tipo de reuniones o encuentros entre personal docente para intercambiar ideas, experiencias...

—Las únicas reuniones de profesores a las que asistía eran las propias del colegio. Alguna que otra vez fue a algún seminario y cosas por el estilo, pero no era frecuente. ¿Es importante?

—Todo es importante, aunque no lo parezca. ¿Cómo era la relación de su marido con sus compañeros? Me refiero a si mantenía amistad con alguno de ellos, más allá del ámbito docente.

—Se llevaba muy bien con Geli, la directora. Hace cuatro años padeció un cáncer y tanto Tomás como yo estuvimos muy pendientes de ella. Como es soltera y vive sola, la ayudamos en todo lo que pudimos. Me ha llamado esta mañana. Está destrozada, pobre. Apreciaba mucho a Tomás.

Marija parecía denotar que conocía hasta el más ínfimo detalle de la vida de su marido. Sin embargo, nada supo decir de aquel extraño grupo docente denominado La Rosa Blanca y en cuyo *mail* una tal Anabel García le reprochaba sus repetidas ausencias. ¿Quizá estaba escrito en clave y el profesor mantenía una relación sentimental clandestina? No quiso comentarlo con la viuda porque antes quería identificar a la misteriosa mujer que lo escribió, pero el teniente abandonó la casa de Marija con la sensación de que la mujer sabía mucho menos de su marido de lo que ella presumía. Por experiencia sabía que precisamente son las personas más metódicas y transparentes a los ojos de los demás las que mejor ocultan lo que requiere ser ocultado. Lo insertan entre sus férreas rutinas hasta que se confunde con ellas, y es tan difícil identificarlo como distinguir un par de calcetines de color azul oscuro en un cajón lleno de calcetines negros: hay que sacarlos a la luz para diferenciar bien los unos de los otros, pero lo más habitual es que no se haga y uno se ponga los azules pensando que son negros.

CAPÍTULO III

«**E**sto no avanza, yo no avanzo, nada avanza», asumió Sara con desesperación. Las diez y media de la mañana y estaba bloqueada ante el ordenador. Se había levantado consumida por la resaca de los vodkas de la tarde anterior y no lograba concentrarse. Cada vez que aliviaba su angustia vital con el alcohol, al día siguiente descendía a abismos donde los monstruos de la vergüenza y el remordimiento le retorcían las entrañas. «Ni una copa nunca más», se prometía entonces. A lo sumo cumplía su palabra durante una semana, hasta que su precario estado emocional, cautivo de sí mismo, amenazaba con estallar si no se le procuraba un bálsamo. Sólo una copa. Una más y se acabó. La tercera ya le sumergía en sensaciones placenteras a las que se entregaba sin resistirse, pero a la vez la sentenciaba al tormento de la culpa. Hacía casi una hora que permanecía ante la pantalla con un texto que aguardaba su corrección de estilo. Su trabajo consistía en ocultar las carencias de los autores, los latigazos que infligían a la sintaxis y las torturas a las que sometían al lenguaje. Corregía todo tipo de libros divulgativos, escritos para lectores que no deseaban profundizar en ningún tema, pero sí adquirir unos conocimientos básicos sobre aspectos de la historia, el arte, la salud, la psicología, la gastronomía o los animales. En aquellos momentos tenía que enfrentarse a un libro sobre enfermedades de perros y gatos. El texto estaba muy mal escrito y sin apenas acentos, lo cual la desesperó aún más.

La gente la conoce como enfermedad del gusano del corazón pero se llama filiarosis, es una parasitaria grave que la sufren sobre todo los perros y un poco menos los gatos. Las larvas las llevan los mosquitos en lugares húmedos y cálidos, como las playas, sobre todo en verano, y al picar al animal le introducen un parásito que será un gusano de hasta 30 centímetros que carcome el corazón y los pulmones y acabará con la vida del animal si no se trata a tiempo.

A Sara le daban ganas de vomitar. Desde luego no era el mejor texto para corregirlo con resaca y el estómago revuelto, y había tenido que documentarse

en Internet para saber algo más de tan escabrosa enfermedad perruna, ya que el autor la explicaba de forma tan burda y atropellada que incluso temió que hubiera datos erróneos, algo demasiado habitual. Sentía arcadas imaginando al gusano reptando por las entrañas del perro para devorarlas, y eso se unía en su mente al ahorcado con su nombre en el bolsillo y a las imágenes de su desmayo en el bar, con la bragueta abierta ante el guardia civil. Además, aquella noche había sufrido de nuevo la pesadilla de siempre. Volvió a encontrarse con la mano que la ahogaba bajo el agua y que le arrebató la vida una vez más. Se despertó más asustada que nunca. Tenía náuseas y corrió aturdida al baño para vomitar un caldo marrón de jugos gástricos. Eran las seis de la mañana y ya no pudo volver a conciliar el sueño. Iba muy retrasada en su trabajo, así que se puso a la tarea tras una ducha y un escaso desayuno de un par de tazas de café y una magdalena. Pero no lograba concentrarse. Su cerebro parecía estar seco y lo imaginaba tan arrugado como una pasa.

También conocida como «enfermedad del gusano del corazón», la filariosis es una patología grave que afecta sobre todo a los perros, aunque en menor medida a los gatos. Se contagia por picaduras de mosquitos, que inyectan al perro la larva de un parásito. Una vez dentro de su organismo, se desarrollará hasta convertirse en un gusano que puede medir hasta treinta centímetros. Provoca graves alteraciones en el corazón y los pulmones y puede resultar mortal si no se trata a tiempo. Los lugares húmedos y cálidos, como es el caso de las playas, son los que presentan mayor riesgo de contagio, que se produce especialmente en verano.

Al fin había conseguido poner algo de orden en aquel texto y aún quedaba una última revisión, pero el tiempo invertido resultaba inadmisibles: una hora. Tendría que comunicar a su editor que iba a retrasarse en la fecha de entrega del libro, porque ya sabía en aquellos momentos que no podría finalizarlo a tiempo. Le escribió un correo electrónico, pero tan excesivamente cargado de disculpas que le pareció ridículo, así que decidió dejarlo para otro momento y comer algo para reponer fuerzas. Abrió el frigorífico para hacerse una ensalada y tomar alguna fruta. No veía los dos tomates que había comprado el día anterior. Los encontró y, al ir a cogerlos, sus dedos se toparon con una sustancia gelatinosa colocada sobre uno de los platitos de su juego de café. La observó detenidamente. Se trataba de dos pequeñas bolas blancas y sanguinolentas en cuyo centro había algo parecido a una pupila y un iris que parecían observarla. Eran dos ojos arrancados de sus cuencas.

En aquel mismo momento, el teniente Tresser acababa de abandonar la casa

de Marija. Un helado viento otoñal, pues se había anunciado que se estaba acercando una insólita ola de frío polar en pleno octubre, perseguía por la acera las hojas caídas sin concederles respiro. Se ajustó la cazadora de cuero antes de entrar en el coche, ya que le habían asignado uno con la calefacción estropeada y no se pudo conseguir otro en condiciones. Ya estaba acostumbrado a la precariedad con la que se trabajaba en el Cuerpo y lo había asumido con la resignación de quien padece una enfermedad crónica. «Demasiados mandos y demasiados despachos. Ellos se lo llevan todo», se lamentaba cada vez que sufría la escasez de medios. Se subió el cuello de la cazadora y entró en el vehículo. En el interior hacía casi más frío que en el exterior. Coira aguardaba ante el volante arrebujado en su anorak.

—¿Alguna novedad, además del frío que hace aquí dentro?

—Sí, mi teniente. La autopsia ya está lista.

—Entonces acérqueme antes al Instituto Anatómico Forense y usted ocúpese en Uvés de que se analice el ordenador de García Huete y de que identifiquen a la firmante del *mail*, la tal Anabel García. Quiero resultados rápidos, Coira. Y otra cosa: que se acerque un coche patrulla a casa de Sara Azcárraga para comprobar que todo está en orden.

—Ya lo han hecho, pero me han dicho que no contesta nadie.

—No es una mujer que salga mucho, como sabemos. Que vuelvan a insistir.

—A sus órdenes, mi teniente.

La autopsia se había resuelto en tan poco tiempo, sólo un día después del hallazgo del cadáver, que Julián temió que hubiera pocas novedades. Le recibió el doctor Guix, con el que ya había trabajado en varias ocasiones. Pequeño y con rostro de gnomo, desconcertaban un tanto sus andares nerviosos y el hábito indisimulado de morderse las uñas. Cuando el teniente lo conoció, varias autopsias atrás, pensó de modo equivocado que sus movimientos apresurados y aquellas uñas que apenas se mostraban en los dedos denotaban un pensamiento atolondrado y disperso. Sin embargo, había demostrado ser un forense meticuloso en su trabajo y perspicaz en sus deducciones.

—No murió a causa del ahorcamiento, teniente —le manifestó. El cadáver de Tomás García Huete yacía desnudo sobre la camilla, con una sutura en forma de Y mayúscula que recorría su tronco desde los hombros hasta el ombligo—. Cuando le colgaron del árbol ya había fallecido. No hay hematomas en el surco equimótico, el producido en el cuello por la soga, lo que indica que ya no circulaba la sangre por su cuerpo cuando fue ahorcado. Tampoco se han hallado otros signos de asfixia, como la protrusión de la lengua o la espuma en la laringe y en la tráquea.

—Entonces...

—A eso iba. La víctima murió por una parada cardiorrespiratoria a causa de un traumatismo craneoencefálico severo en la región occipital del cráneo.

—Así que fue el golpe en la nuca el que le causó la muerte.

—Exacto. Falleció en el acto, en apenas dos segundos y alrededor de unas catorce horas antes de que fuera encontrado, por lo que fue asesinado sobre las cuatro o cinco de la tarde del día anterior.

—¿Y con qué objeto se le asestó el golpe mortal? No hemos hallado nada en el escenario del crimen.

—Ni lo encontrarán, posiblemente. El golpe se efectuó aquí —señaló la zona de la nuca—, donde se aprecia un gran hematoma. Sin embargo, y como puede comprobar, no hay herida de contacto como la producida por una piedra u otro objeto duro. Me atrevería a aventurar que se produjo con la mano. El hueso metacarpo del meñique y el músculo abductor poseen una consistencia lo suficientemente rotunda como para causar un traumatismo severo si se sabe utilizar el movimiento. Se puede morir fácilmente de varios golpes, de una brutal paliza, pero de un solo golpe en la nuca, tan certero y mortal como éste... Eso sólo puede hacerlo un experto en artes marciales.

—¿Y los ojos?

—Tampoco al vaciarlos de sus cavidades orbitarias se utilizó ningún objeto punzante. Existen desgarros en los tejidos, pero no hay cortes limpios. En mi opinión, los ojos fueron arrancados con los dedos. La víctima estaba ya muerta, pues no se aprecia trasvase sanguíneo en la zona ni tampoco hematomas.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que murió hasta ser encaramado al árbol?

—Poco. Una hora, como máximo.

—¿Pudo ser asesinado en otro lugar diferente? Una hora da para mucho, doctor.

—En mi opinión, lo mataron allí mismo y por la espalda. En la analítica se ha encontrado una inusitada cantidad de glucosa en la sangre. A no ser que la víctima fuera hiperglucémica, lo cual no consta en su historial médico, podría indicar que las glándulas suprarrenales produjeron bastante adrenalina en un corto espacio de tiempo. Esa gran liberación indicaría en este caso que la víctima estaba en alerta al sentirse amenazada o bien que sufrió una fuerte impresión. Quizá fue consciente de que su final se hallaba cerca. Sin embargo, no se aprecia en el cuerpo ninguna herida defensiva, por eso creo que se le mató a traición. La víctima pesaba en el momento de su muerte ochenta y siete kilos. Utilizando con la cuerda el efecto de una polea, bastaría una persona para encaramarlo al árbol.

—Entonces, una mujer no podría hacerlo.

—Podría, pero tendría que ser una mujer corpulenta. —El doctor Guix se desfundó los guantes de látex y se sentó en un taburete de la sala con las

piernas encogidas.

—¿Por qué se le ahorcó si ya estaba muerto? —pensó el teniente en voz alta —. ¿Para qué tomarse la molestia de colgarlo del árbol? Y además le arrancaron los ojos. En este crimen hay odio, una evidente voluntad de ensañamiento. No sé qué pudo hacer un profesor de instituto con una vida aparentemente inmaculada para morir de esa manera.

—Pues hay algo más, teniente, que no sé si le servirá de mucho.

—Cuénteme.

—La víctima tenía un adenocarcinoma en la vesícula.

—¿Cáncer? Su esposa no lo ha mencionado...

—Es un tumor en fase muy temprana y sus síntomas son difícilmente evaluables. Quizá ni él lo supiera. En ese estado inicial habría sobrevivido. Es una lástima. ¿Tiene algún sospechoso del crimen?

—Encontramos en uno de los bolsillos de la víctima un papel con el nombre y la dirección de una mujer. —Estaba ya cansado de repetir una y otra vez aquel hecho; en un solo día se había visto obligado a mencionárselo al capitán, a Marija y ahora al forense. Era lógico, no había más remedio, pero empezaba a estar harto.

—¿La han interrogado?

—¿A quién?

—A la mujer cuya dirección estaba escrita en el papel.

—Sí, la hemos interrogado, pero asegura no conocer a la víctima.

—¿Es de complexión delgada?

—Sí. Es menuda y de aspecto frágil.

—Pues le puedo asegurar que ella sola no hubiera podido hacerlo. ¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años, pero aparenta muchos menos. Apenas sale de casa...

—¿Tiene algún tipo de discapacidad?

—No, no. Es una mujer solitaria.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué le da la impresión de que es una persona solitaria?

—Vive sola, dice no tener amigos y trabaja para una editorial desde casa, no sé.

—¿Y eso le parece raro?

—Pues sí, doctor, me parece raro, pero también le diré que no pienso en ella como sospechosa, al menos hasta el momento.

—Yo tampoco tengo amigos, vivo solo y me relaciono con cadáveres. Le diré más: no tengo coche y vivo de alquiler. Si por alguna razón se me relacionara

con un crimen, la vida que llevo sería considerada un tanto extraña y quizá fuera un agravante a la hora de repartir sospechas. Sin embargo, soy incapaz de matar a una mosca, literalmente. Cuando alguna me molesta, le abro la ventana para que salga. ¿Usted vive solo, si me permite la indiscreción?

—Sí.

—¿Y tiene amigos?

—No tengo tiempo —respondió el teniente en un tono vago—. ¿A dónde quiere llegar?

—A ningún sitio, sólo que me ha parecido entender que esa condición de mujer solitaria la señalaría aún más en el caso de que acabara siendo sospechosa.

—Tiene problemas emocionales, un cierto desequilibrio, intuyo. En la última conversación que mantuve con ella estaba borracha, sufrió una lipotimia y permaneció inconsciente varios minutos.

—Vaya, lo que está claro es que se trata de una mujer que sufre, y eso, como le digo, la señala aún más, injustamente. Hace un par de semanas hice la autopsia a un niño de once años. Se había caído desde un quinto piso. Estaba en su habitación mientras sus padres veían la tele en el salón. En la primera inspección ocular del cadáver se observaron ciertas lesiones antiguas, cicatrices de cortes en antebrazos y muslos y también hematomas ya amarillentos en la frente. Ante la sospecha de malos tratos e incluso de homicidio, se citó a declarar a los padres y acabaron imputados, pues eran los culpables perfectos: el padre trabajaba cerca de doce horas diarias y tenía frecuentes ataques de ira, mientras que la madre sufría fuertes depresiones. Sin embargo, en la autopsia se descubrió que, por las trayectorias de los cortes en piernas y brazos, las heridas habían sido autoinfligidas. En cuanto a los hematomas en la frente, en un lugar muy concreto y siempre en el mismo punto, fueron provocados por cabezazos que el niño se dio contra la pared repetidas veces. En la piel de la zona se hallaron minúsculas partículas de pintura, la misma que la de la pared de su dormitorio. El chaval, como luego se supo, sufría un constante acoso escolar por parte de dos compañeros de clase. Sentía tal desprecio por sí mismo y tenía una autoestima tan baja que se castigaba autolesionándose. Cuando el tormento no fue suficiente, se tiró por el balcón. Sus padres quedaron libres de la imputación, pero ya ve usted, fueron víctimas del prejuicio de los demás, porque sólo eran dos personas con problemas y posiblemente a causa de ello no supieron leer entre líneas a su hijo. ¿Pero cuántos progenitores no perciben o no saben percibir las señales de socorro de un hijo en apuros? Muchos. A veces lo que queremos ver oculta lo que realmente es.

—La infancia puede ser muy complicada para algunos, sí.

—No le quepa duda. Nacemos los humanos sin armadura y la vida nos la va

forjando a golpes, pero ya muchos años después de la niñez. Para algunos puede ser demasiado tarde.

El teniente iba a decir algo, pero sonó su móvil.

—Discúlpeme. —Contestó la llamada—. Novedades, Coira.

—Estoy en el domicilio de Sara Azcárraga. La acabo de encontrar en estado de *shock*, no sé qué ha pasado. He pedido refuerzos y una ambulancia y he dado parte para que se acerque un equipo pericial.

—¿Han llegado ya?

—No, los he llamado hace apenas un minuto. Estoy solo.

—¿Que ha ido usted solo?

—Sí, lo siento.

—Voy inmediatamente para allá.

El teniente guardó su móvil al tiempo que se dirigió con rapidez hacia la puerta de salida de la sala de autopsias. A punto de llegar a ella, frenó en seco y dio media vuelta: se había olvidado de despedirse del forense.

—Tengo que irme, doctor. Ha ocurrido algo que tiene relación con el caso.

—¿Dónde?

—En casa de Sara Azcárraga.

—¿La mujer solitaria?

—Sí, la mujer solitaria.

Mientras hablaba por teléfono con su superior, Coira permanecía junto a Sara. Tenía pulso, pero estaba inerte. Sobreponiéndose a la excitación de haber sido el primero en acudir al lugar de los hechos, intentaba entender la extraña situación que se había encontrado al entrar en la casa. Tal como le ordenó el teniente, telefoneó a Sara varias veces, pero no atendía las llamadas. Tenía el palpito de que algo sucedía allí. Sólo tardaría diez minutos desde el cuartel de Uvés hasta Torrelodones. Si al llegar comprobaba que todo estaba en orden, mala suerte, un exceso de celo de principiante. Por si se trataba de una falsa alarma, no movilizó a ningún coche patrulla de la zona. Como todo novato, temía quedar en ridículo ante sus compañeros. Al llegar al domicilio de Sara, vio su Ford Orion aparcado en la puerta, señal de que podría estar en casa, pues en aquella urbanización, como en tantas otras de la zona, resultaba difícil ir a por el pan sin subirse al coche. Pero, si estaba dentro, ¿por qué no contestaba al teléfono? La puerta de acceso a la pequeña parcela del chalé estaba abierta. Coira entró y llamó al timbre, pero nadie acudió a abrir. Se adentró en el descuidado jardín y observó que las persianas estaban subidas, lo cual le permitió asomarse al interior a través de las ventanas. Vio el salón, con el ordenador encendido y sin rastro de Sara por ninguna parte. Se acercó a la otra, la que correspondía a la cocina, y entonces la vio, sentada en el suelo, frente al frigorífico abierto, con la espalda

apoyada en la lavadora y las piernas sobre las baldosas. La llamó, pero no obtuvo respuesta. No sabía si estaba viva o muerta, así que, sin pensárselo demasiado, rompió con la culata de su pistola el cristal, introdujo la mano, abrió la ventana y se coló por ella. Primero fueron sus pies y luego su trasero los que aterrizaron sobre el fregadero, para luego situar todo su cuerpo en el suelo mediante un rápido salto.

—¿Está usted bien, Sara? —le preguntó mientras miraba a su alrededor empuñando el arma.

Ella no contestó, pero Coira observó que sus párpados se movían. Estaba viva. Antes de atenderla, y por la seguridad de ambos, debía cerciorarse de que no había ningún intruso en la casa. El corazón le latía con tal fuerza que parecía impulsarse hacia la boca. Sujetando con ambas manos la pistola, acariciando el gatillo, con los brazos extendidos y rígidos, Coira hizo una inspección ocular de la casa. La primera que hacía con el arma desenfundada desde que salió de la Academia. Temblaba ante la posibilidad de que tuviera que usar su pistola, tenía miedo de que le dispararan, de que no pudiera defenderse, de recibir un tiro mortal, pero se sobrepuso enseguida: era un agente armado y debía controlar la situación. Sintió en sus manos el contacto de la piel sudorosa con el gélido metal de la culata y, ejecutando la coreografía de reconocimiento que le habían enseñado, irrumpió en cada una de las habitaciones de la casa con movimientos insonoros, rígidos y precisos, forzando cuanto pudo los sentidos de la vista y el oído. Miró bajo la cama del dormitorio. Se asomó a la ventana y observó el jardín y el tejado. No había nadie más, ni dentro ni fuera. Todo parecía estar en orden. Debería alegrarse, pero se sintió ridículo. No habían transcurrido ni dos minutos desde que entró en la casa, pero los percibió como si hubieran sido sesenta. Mientras se acercaba de nuevo a la cocina y enfundaba su pistola, hizo con su móvil las llamadas pertinentes, incluida la del teniente. Se acercó a Sara, que seguía inmóvil en el suelo.

—Vamos, contésteme.

Ahora tenía los ojos abiertos, pero ausentes. Coira paseó su mirada por aquel cuerpo inerte y no observó ningún signo externo de agresión. Le dio dos cachetes suaves en una mejilla. Nada. Paseó su dedo índice por delante de sus ojos, pero las pupilas no se movían. Miraban al frente, congeladas en un punto indeterminado del frigorífico, que estaba abierto, y dedujo que le había dado un ataque, o lo que fuera que le sucediera, al abrir la nevera. Por pura inercia, miró en el interior del aparato. Vio una caja de leche, yogures, margarina, fruta. Lo normal en un frigorífico. Pero algo llamó su atención junto a un par de tomates, pues su aspecto no encajaba con el resto de alimentos. «¿Qué narices es esto?», se preguntó. A primera vista le parecieron dos extraños huevos cocidos, tan

pequeños que semejaban dos canicas. Quizá incluso estuvieran podridos, por su aspecto sucio y viscoso. Se hallaban sobre un platito de café, en el borde de uno de los estantes. Con sumo cuidado acercó el rostro para escrutarlos de cerca. Despedían un intenso hedor. Se asombró al comprobar su verdadera naturaleza. «¡Joder, son dos ojos humanos!», exclamó. La impresión le provocó un temblor en las piernas y a punto estuvo de tirar el platito al suelo. De repente sonó el timbre de la puerta y, al mismo tiempo, Sara vomitó un líquido de color café con leche mientras su mirada seguía ausente.

En apenas un instante, la casa se llenó de gente con uniformes de distintos colores. Naranja sanitario, verde guardia civil, azul policía municipal. Llegaron también dos hombres de blanco, enfundados en trajes con capucha que sólo dejaban entrever el rostro. Venían a buscar indicios, huellas, pruebas. El equipo médico intentó reanimar a Sara, pero no lo consiguió, así que fue trasladada en ambulancia al hospital, custodiada por la Guardia Civil. Si aquellos dos ojos pertenecían a Tomás García Huete, ella se convertiría en testigo judicial del caso. Ahora sí estaba relacionada oficialmente con el crimen.

El teniente se sentía tenso al volante. Al enterarse de la noticia, había abandonado rápidamente la sala de autopsias y antes de subir al coche llamó de nuevo a Coira, quien le informó del insólito hallazgo de aquellos dos ojos en el frigorífico de Sara. Apretó tanto el acelerador por la A6 desde Madrid hacia Torrelodones que tardó muy poco tiempo en recorrer el trayecto. Le fastidiaba reconocer el error de no haber sometido a Sara a una vigilancia más estricta. ¿En qué estaría pensando? O mejor dicho: ¿en qué no pensó? Debería haber dejado un coche patrulla ante su puerta y no lo hizo. Hubiera sido el procedimiento correcto. Le costaba admitirlo, pero era un fallo imperdonable. Buscó consuelo a su desazón en aquellos dos globos oculares. Si pertenecían al profesor, unirían definitivamente los nombres de Sara y Tomás. ¿En qué momento de sus vidas coincidieron y por qué? Había que investigarlo a conciencia. Sólo así podría descubrir al tercer personaje de la historia, el que había colocado los ojos en la nevera y el que quizá también asesinó a García Huete. No tenía ni la más remota idea del porqué. En realidad, no sabía casi nada. A Julián le vino a la mente aquel cajón que existe en las casas donde se guardan todo tipo de objetos inservibles por estar mutilados. Nunca se tiran porque se alberga la esperanza vana de hallar la pieza que los devuelva a la vida activa. No faltan allí el reloj despertador con el tiempo detenido, el mango sin destornillador, el pequeño bote huérfano de tapa o la vieja lupa sin cristal. Ahora el teniente tenía ante sí un cajón parecido, transmutado en pistas vagas, agujeros insondables y testigos mudos. Las piezas que faltaban había que buscarlas en la vida de Sara, un cajón cerrado, sin llave y tan extraordinariamente blindado que sólo podría abrirse con

una carga de dinamita.

Cuando el teniente visitó el día anterior la pequeña urbanización de adosados donde residía Sara, no se cruzó en la calle con vecino alguno. Aquellos chalés, como los de la mayoría de la zona, parecían habitados por fantasmas. Nadie salía al jardín ni se asomaba a la terraza. Sólo los fines de semana, sobre todo cuando lucía el sol, las casas cobraban algo de vida y exhibían algunos de los estereotipos de la vida pequeñoburguesa. Los niños salían a las calles con sus bicicletas, los padres trajinaban en los garajes y las madres trabajadoras aprovechaban para ponerse al día con la colada o dar un repaso a la casa. Pero ahora la presencia de coches patrulla había sacado a los vecinos de sus viviendas y formaban corros espontáneos en torno al precinto policial frente a la puerta de la casa. El teniente descendió de su coche y dirigió sus pasos hacia allí justo en el momento en que Coira salía del chalé. Al ver a su superior, apresuró el paso hasta él.

—Ahora mismo iba a llamarle. Creo que hemos encontrado algo. Huellas de calzado y cabellos que parecen no corresponder a Sara.

—¿Y en el jardín no hay nada? Tenemos que saber cómo entró quienquiera que fuese.

—Es curioso, pero las únicas huellas que se han encontrado en el exterior están delante de la puerta de la casa.

—¿El intruso pudo llamar al timbre y franquearle ella la entrada? —preguntó el teniente, sorprendido.

—Cabe esa posibilidad, sí. Lo cierto es que la puerta no está forzada ni tampoco ninguna ventana.

—¿Sara afirma que no se relaciona con nadie y le abre la puerta a alguien que podría llevar en el bolsillo los ojos del hombre al que ha asesinado para dejárselos en el frigorífico? Es absurdo, no tiene sentido.

Al teniente le agobiaba no haber dispuesto de tiempo para reflexionar sobre el caso, pues los sucesos se encadenaban unos a otros y se dio cuenta de que, desde que fue hallado muerto el profesor, menos de cuarenta y ocho horas antes, no había parado un instante. Necesitaba hallar la lógica interna del crimen, pero no tenía refuerzos y él se veía obligado a estar en todas partes, sin posibilidad de sentarse a ordenar los escasos datos que estaba arrojando la investigación. Era habitual que siempre sucediera así, ya estaba más que acostumbrado a la falta de recursos, pero esta vez le molestaba más que nunca.

—¿Alguien ha visto algo extraño en torno al chalé, Coira?

—Hemos organizado un dispositivo puerta a puerta y preguntado a todos los vecinos. Nadie ha visto nada raro, o eso dicen.

—¿Se ha establecido vigilancia en la habitación del hospital donde está Sara?

—Un guardia estará ante su puerta día y noche.

—¿Y se han detectado indicios de agresión sexual?

—Según los forenses, a primera vista, no. Sólo han informado de que ha sufrido un *shock*.

Coira iba a añadir algo más, pero vio cómo el teniente le daba la espalda y enfilaba sus pasos hacia la vivienda de Sara. En efecto, se habían encontrado huellas recientes de calzado en el pequeño umbral de tierra que antecedió a la puerta de la casa. La humedad ambiental había permitido que una de ellas quedara lo suficientemente fijada como para analizarla con comodidad. Identificadas y descartadas las de la propia Sara, por el número de pie, y las del teniente y Coira, pues ambos habían visitado la casa, ahora tenían ante sí una huella reciente, clara y limpia, la de un pie izquierdo. El teniente se agachó y la observó de cerca. Podría tratarse de un calzado militar, afirmaron los agentes encargados de la inspección ocular. El dibujo impreso en la tierra, del que ya se había hecho un molde, mostraba surcos muy gruesos y profundos, similares a los de las pesadas botas que calzan los soldados en sus ejercicios en campo abierto. Correspondía a un número cuarenta y cuatro de pie, lo cual indicaba que se trataba de un individuo alto y, a juzgar por la profundidad de la huella en el suelo, también corpulento.

—Coira, ¿le han dicho los sanitarios cuánto tiempo podía llevar Sara en el estado en el que la ha encontrado?

—Posiblemente haya sucedido esta mañana tras el desayuno, porque ha escrito un correo electrónico a su editor a las once y treinta y cinco. Ahora son —miró su reloj— las tres de la tarde y yo la he encontrado sobre la una.

—¿Cuál es su impresión?

—¿Mi impresión? —A Coira le sorprendió esa pregunta.

—Usted la ha encontrado, ¿no?

—Sí, por supuesto, pero aún no tengo claro qué ha podido ocurrir. Tal como la hallé, creo que abrió el frigorífico, se topó con los ojos y sufrió el *shock*. O bien sufrió el *shock* al descubrir a un extraño en su casa, que fue quien depositó los ojos en la nevera. En cualquier caso, alguien los dejó allí. Sara no pudo ser, claro. Pensaba que estaba muerta cuando la encontré.

—¿Dónde están los globos oculares ahora?

—Se los han llevado a la Científica para hacer el análisis de ADN.

—Es urgente saber los resultados. Sólo faltaría que fueran los ojos de otro, de un desconocido.

—Espero que no, mi teniente. Al menos, son del mismo color que los de García Huete según consta en su ficha. También hemos revisado el ordenador de Sara y sólo se han encontrado los textos de los libros que corregía para la

editorial. Esta mañana estaba con uno sobre una enfermedad de perros que tiene nombre de gusano o algo así. Tenía también la pantalla del correo abierta, porque, como ya le he comentado, a las once y treinta y cinco se encontraba escribiendo un *mail* a su editor avisándole de un retraso en la fecha de entrega. No lo envió. Quizá todo sucediera en aquel momento.

—Subamos al dormitorio.

La habitación de Sara era un espacio desabrido, nada allí había sido colocado para resultar acogedor. Las paredes desnudas y sedientas de pintura, la impersonal cómoda de madera deslucida y el viejo colchón sobre un somier de muelles metálicos evidenciaban la desidia vital de su dueña. Sobre la mesilla de noche reposaban varios libros apilados. El que estaba encima de todos era los *Cuentos* de Edgar Allan Poe. Al teniente le sorprendió que una mente tan frágil y quizá tan torturada como la de Sara se recreara en la lectura de unos relatos tan morbosos. Julián Tresser leía pocos libros, pero éste sí lo conocía y recordó lo mucho que le inquietó su lectura. «*Y porque nuestra razón nos aparta violentamente del abismo, por eso nos acercamos a él con más ímpetu*». Aún retenía en su memoria aquella frase de «El demonio de la perversidad», uno de los cuentos que más le habían impresionado, porque definía de modo tan exacto como brutal los impulsos de la autodestrucción. El libro se lo había regalado una chica para su cumpleaños cuando estudiaba quinto de Derecho. Se llamaba Rocío, era compañera de la facultad y también su compañera sexual durante todo el curso. Recordaba aquella relación como la más libre y gratificante de su vida, pues sólo les unía el disfrute del placer físico, sin que ninguno de los dos se sintiera preso de los afectos. Tras finalizar la carrera, nunca más volvió a saber de ella. No sería extraño que un día se la encontrara como jueza instructora de algún caso que él investigara. Sintió pudor al pensarlo.

—¿Ve, mi teniente? Esta ventana, como las demás, no está forzada.

—Sólo Sara puede explicarnos qué ha ocurrido aquí. ¿Y si se olvidó de cerrar la puerta de casa y fue ese descuido el que permitió entrar al intruso? Tal como es ella, no sería muy disparatado pensarlo. ¿Qué hay de los cabellos?

—Se han encontrado aquí, justo debajo de la ventana —respondió Coira mientras señalaba la gastada tarima de madera que cubría el suelo—. Son dos cabellos blancos, teniente, lo cual indica que el intruso no es un individuo joven.

—¿Qué edad tiene usted, Coira?

—Veintinueve.

—Observo que tiene algunas canas en sus sienes.

—¡Ah! ¿Se ha fijado? Pensaba que no se notaban demasiado. En mi familia todos hemos comenzado muy jóvenes a peinar canas. Tiene razón. No todos los individuos canosos son de edad madura.

—Exacto. En este oficio no puede darse nada por supuesto, nunca, recuérdelo, pero ahora lo importante es que tenemos una pista. Un individuo alto y corpulento, quizá de mediana edad, aceptemos que por eso tiene canas, y es posible que haya seguido un entrenamiento militar. No sé si será exactamente así, pero por algo hay que empezar. Según el forense, la víctima pudo ser desnucada con un golpe marcial. ¿Cómo buscar al sospechoso entre los cientos de personas que tengan un nivel alto de kárate? Va a ser una tarea lenta, lentísima, y apenas tenemos medios —se lamentó el teniente, desanimado.

—Trabajaré lo que haga falta, se lo aseguro —le manifestó Coira con diligencia—. ¡Ah! Ha llamado la viuda de García Huete. Lo siento, tenía que habérselo dicho antes. Su suegra no recuerda con exactitud en qué campamento estuvo su hijo en el verano de 1973, cuando se hizo la foto que hemos encontrado esta mañana, pero asegura que fue en la provincia de Ávila y que las colonias las organizaba la parroquia de Santa Beatriz de Padua, en Madrid. Tomás formaba parte de un grupo de jóvenes catequistas que trabajaban los veranos de monitores en los campamentos.

—Ya tenemos una pista más. A ver si hay suerte con ella. Haga una visita a esa iglesia y hable con el párroco. Y no se olvide de visitar al editor de Sara. Intentaré que el capitán nos asigne un agente más, aunque ya sabe lo mal que andamos siempre de efectivos. Otra cosa, Coira: la próxima vez que acuda solo a un lugar en el que exista riesgo sin informarme antes, tendrá problemas conmigo. ¿Le queda claro?

—A sus órdenes, mi teniente.

Debía reconocer que el joven era listo y resolutivo, aceptó mientras se dirigía hacia su coche para ir al hospital donde se había ingresado a Sara. No le gustó en su momento que el capitán le asignara en comisión de servicio a un simple cabo sin experiencia alguna, no acababa de entenderlo. Acató la orden sin evidenciar su malestar, como siempre hacía. Lo cierto es que los agentes con los que había trabajado en otras ocasiones no se encontraban disponibles. Uno estaba recuperándose de una operación de hernia discal, a otro se le había dado la baja psicológica por depresión severa y el resto ya estaba desbordado por otras investigaciones cuando fue hallada la víctima. Además, todo se había complicado aún más con el realojamiento en Uvés de algunos efectivos de San Lorenzo de El Escorial, mientras se ejecutaban las obras de rehabilitación del edificio. Estaba decidido a solicitar un refuerzo. Se lo insinuaría al capitán cuando tuviera la oportunidad, decidió mientras se disponía a entrar en el coche. Al abrir la puerta del vehículo, vio un papel sobre el parabrisas con un texto escrito en el ordenador. Miró a su alrededor. Las calles de la urbanización estaban de nuevo desiertas. Recogió la nota, se introdujo en su automóvil y se

dispuso a leerla.

Hola, gordi, sobre las nueve y media de la noche de ayer miré hacia la ventana de la vecina rara y tenía la luz encendida, pero sabía que ella no estaba porque la vi salir en su coche una hora antes o así. No estaba ella, pero sí había un tío, joder. ¿Qué hacía allí, tras su ventana, mirando para fuera, todo vestido de negro y enfundada la cabeza con un gorro con visera? Parecía un terrorista, alto y fornido. Daba miedo. De repente pensé que me miraba y me escondí. Luego volví a mirar y ya no estaba. Rompe el papel cuando lo leas. Si no lo haces, te mandaré a mi padre, que ya sabes que es abogado, jajaja. Te quiero, gordi.

Ya estaba habituado el teniente a que los testigos de un suceso se resistieran a hablar y proporcionaran los datos de forma anónima, como sospechaba que había sucedido en este caso. Les resultaba molesto, cuando no comprometido, ser citados para declarar en los juicios. Temían sobre todo que el acusado fuera finalmente absuelto y buscara venganza entre sus delatores. Pero el miedo le traía sin cuidado, el propio y el ajeno. Se guardó la nota en el bolsillo, salió del automóvil y se acercó de nuevo hasta el chalé adosado de Sara. El de enfrente, separado por la estrecha calle de la urbanización, tenía una ventana en la planta alta desde la que se podía ver perfectamente el dormitorio de ella. Demasiado fácil, ¿pero por qué no probar? Se acercó hasta la casa, llamó al timbre y un perro comenzó a ladrar. En aquel momento recordó que tenía una gata, Greta. Le había dejado comida aquella mañana antes de irse. Ella se lo agradeció con un maullido. Era la primera vez que se comunicaban y le había gustado.

—¡Mos, cállate ya! —exclamó la voz de un adolescente tras los setos que rodeaban el pequeño chalé—. ¿Quién es?

—Guardia Civil.

—¿Guardia Civil?

—Sí.

La puerta del jardín se abrió y tras ella apareció un chico escuálido de unos quince años que sujetaba a su perro labrador por el collar. Seguía ladrando, pero el muchacho le acarició la cabeza y el animal se quedó en silencio, aunque sin dejar de observar al extraño.

—Soy el teniente Tresser, de la Policía Judicial de la Guardia Civil —dijo mientras le mostraba su identificación—. ¿Están tus padres en casa?

—Sólo mi madre. Mi padre está trabajando.

—¿Y tus hermanos?

—No tengo.

—¿Cómo te llamas?

—Raúl.

—Bien, Raúl, gracias por tus datos. Nos serán de gran ayuda.

—¿Qué datos?

Una voz femenina interrumpió la conversación.

—¿Quién es usted? —preguntó una mujer de mediana edad, rubia, alta y corpulenta.

—Guardia Civil, señora. —El teniente mostró de nuevo su placa.

—Si es por lo que ha ocurrido en la casa de enfrente, ya se lo he dicho a sus compañeros policías. No hemos visto nada. Aquí vivimos de puertas adentro —afirmó con cierta irritación. Su rostro estaba salpicado de motas de pintura y entre sus manos, también manchadas de color, sostenía un fino pincel. La mujer despedía un intenso olor a aguarrás.

—Aun así, tengo que hacerles unas preguntas. ¿Cuál es su nombre?

—Eli Racedo.

—Señora Racedo, sólo serán unos minutos. ¿Me permite entrar?

Julián no entendía de pintura ni le interesaba lo más mínimo. Cuando la mujer se vio obligada a invitarle a pasar al salón de la casa y vio los cuadros que invadían las paredes, todos con grandes flores ejecutadas con trazos torpes que a él le parecieron incluso chapuceros, tuvo la sensación fugaz de estar encerrado en la viñeta de un tebeo. Se ratificó en su idea de que la única pintura auténtica fue la que legaron los hombres de las cavernas. De pequeño, en la escuela, se sentía fascinado cuando contemplaba en los libros aquellos bravos bisontes de las cuevas de Altamira, que imaginaba pintados con la sangre de animales descuartizados tras una dura cacería. «Todo lo demás es decoración», pensaba sin darle más vueltas.

—A ver, qué quiere saber —inquirió la mujer en tono desafiante.

—¿Quién utiliza la habitación superior cuya ventana da al chalé de enfrente, el número diecinueve?

—Es el dormitorio de mi hijo.

El teniente dirigió su mirada al muchacho.

—¿Qué viste desde tu ventana ayer por la noche, Raúl?

—¿Yo? Nada.

—Eso no es lo que cuentas aquí —afirmó mientras mostraba al chico el anónimo que había encontrado en su coche—. ¿Lo reconoces?

—¿Pero de qué está hablando? —exclamó la mujer mientras miraba con perplejidad a su hijo.

—No lo sé, mamá —contestó rápidamente.

—Puedo solicitar una orden para requisar tu ordenador. Aunque hayas

eliminado del disco duro lo que has escrito, lo encontraremos y eso supondrá un problema para ti —le amenazó con frialdad.

—¿Me permite ver la nota? —preguntó la madre.

—Sí, claro. —El teniente se la tendió.

La señora Racedo la leyó rápido y, con cierto desdén, se la devolvió.

—Esto no dice nada.

—Dice más de lo que imagina. Quien la escribió afirma que, sobre las nueve y media de la noche de ayer, vio a un hombre con un gorro con visera y vestido de negro en la ventana del dormitorio de Sara Azcárraga. Era alto y fornido. ¿Qué más, Raúl?

—No contestes, hijo. Voy a llamar a tu padre inmediatamente.

—¿A dónde, mamá?

—¿Qué dices?

—Que a dónde le vas a llamar, si hace dos años que no sabemos nada de él.

—¡Cállate! —exclamó la madre—. ¿Por qué me haces esto?

—Sólo quería ayudar. Voy a ser policía, ya te lo dije el otro día.

—¿Policía? ¡Pero si hasta te han suspendido en Educación Física!

La señora Racedo encerró el rostro entre sus manos con gesto derrotado. Permaneció así unos instantes. Luego enfrentó su mirada al teniente.

—Agente, por favor, no permita que mi hijo se vea involucrado como testigo en un juicio.

—Si se diera esa situación, le aseguro que su hijo estará siempre protegido, porque es un menor. Le doy mi palabra, pero sólo si colabora. Es importante que lo haga. Raúl, cuéntame todo lo que viste, sin dejarte un solo detalle.

El teniente extrajo de su bolsillo su bloc de notas y el chaval, repentinamente animado, comenzó su relato:

—Estaba en mi habitación haciendo los deberes en el ordenador. Eran las nueve y media de la noche, me acuerdo porque a esa hora es cuando pongo la radio para escuchar mi programa de música favorito, el *Heavy Nation*. Tengo la mesa del escritorio frente a la ventana, así que veo perfectamente la de la vecina. Nunca saluda, es bastante rara. Iba a bajar el estor cuando de repente vi a un hombre fornido en el interior de la casa, moviéndose por lo que supuse era el dormitorio, porque todos los adosados de la urbanización son iguales por dentro. Como sé que la vecina vive sola, me extrañó. La verdad es que las luces de la casa estaban todas encendidas y por un momento pensé que sería algún familiar, pero también podía ser un ladrón, así que apagué la luz de mi habitación y lo observé. Era un hombre corpulento, vestido de negro y con una gorra azul que me impedía ver su cara, sólo un poco de la barbilla. Se movía en torno a la ventana, que estaba abierta. De repente se quedó quieto, mirando en dirección a

mí. Me asusté y me agaché. Así estuve unos minutos. Luego volví a mirar, pero ya no estaba.

—¿Viste en aquel momento algún coche aparcado cerca de la casa y que no hubieras visto antes en la urbanización?

—No se me ocurrió mirar.

—¿Y por qué no llamaste a la policía? Sin duda era un intruso...

—Me dio miedo dar mi nombre y meterme en follones. No iba a decir nada, pero, cuando hoy he visto que se llevaban a la vecina en ambulancia, he tenido mala conciencia. Por eso he escrito el anónimo y lo he dejado en su coche. Le he visto cuando ha llegado y me he fijado en cómo se cuadraba en su presencia un guardia civil, así que he supuesto que usted sería un jefe o algo así. Estaba seguro de que pillaría el doble sentido de la carta.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó la madre con inquietud.

—Raúl se ha convertido en un testigo ocular y le citaremos para declarar. Si tuviéramos algún sospechoso, también se le llamará por si pudiera identificarlo.

—¿Le hizo algo el ladrón a la chica? —preguntó ahora el hijo.

—No puedo contestar a eso, lo siento. ¿Recuerdas algo más, Raúl?

—Pues sí. Resulta que, efectivamente, la vecina rara no estaba cuando entró el hombre —afirmó el muchacho con seguridad—, pero con eso no le digo nada nuevo, porque la vi llegar ayer sobre las once de la noche precisamente con usted y había un guardia civil esperando en la puerta, el mismo que hoy se ha cuadrado ante usted. Ya ve que he seguido el caso desde el principio y es todo muy extraño. A lo mejor soy yo quien tiene preguntas para usted —dijo con descaro.

—¡Raúl, no seas impertinente! —le gritó su madre.

—Déjelo, señora. Al menos la información nos será útil. Ahora debo tomar algunos datos sobre su hijo, señora Racedo.

—¿Quién cobra más, un guardia civil o un policía nacional? —preguntó el chico con desparpajo.

—No sé lo que cobra un policía —zanjó el teniente con prisas.

«Lo único en lo que piensan los jóvenes es en la pasta», se quejó Julián mientras entraba en su coche. No entendía a la juventud, y eso lo percibía como un síntoma de que se estaba haciendo mayor. Arrancó su coche con brusquedad y asustó con el estrépito a los gatos que, ya al atardecer, se acercaban a los cubos de basura de la urbanización en busca de comida. Por fin tenía un testigo. Al principio, al ver a aquel adolescente desgarbado y de cabellos enmarañados, pensó que iba a perder el tiempo. «Éste no se molestaría ni en escribir la lista de la compra. Mucho menos un anónimo», supuso. Pero se equivocó, de lo cual se alegró.

Mientras conducía hacia el hospital con la esperanza de poder interrogar a Sara, el teniente aprovechó aquel tiempo muerto para reorganizar el caso en su cabeza. Por algún motivo todavía sin determinar, alguien citó a Tomás García Huete con urgencia mientras estaba dando sus clases. En aquella llamada pudo existir una amenaza y por esa razón no explicó a dónde iba ni con quién, o quizá se trataba de un hombre al que conocía y no deseaba que se supiera. De algún modo, sospechaba que el profesor no era tan transparente como aseguraba su mujer. No hay vidas de cristal. En todas se tejen remiendos, se ocultan manchas que no desaparecen o se maquillan golpes. El individuo desconocido convenció o intimidó a García Huete para que se subiera a su coche y no utilizara el suyo propio. Durante el trayecto pudo producirse una discusión o, por el contrario, únicamente un tenso silencio, porque tal vez el hombre misterioso, solo o acompañado de otros, ya tenía claro que lo iba a matar. ¿Lo tendría también claro el profesor? Imposible saberlo, pero tampoco se defendió ni intentó zafarse de quien iba a acabar con su vida. Podría tener razón el doctor Guix cuando conjeturó que la víctima recibió el golpe mortal a traición, por la espalda, posiblemente cuando intentaba huir. A partir de aquel momento, todo era una incógnita. No se sabía el motivo por el cual se le arrancaron los ojos de cuajo y para el teniente había sido una sorpresa que luego fueran colocados en el frigorífico de Sara. ¿Con qué intención? No lograba encontrar la lógica a todo aquello. «Pero la hay, siempre la hay», se dijo convencido. Aparcó a pocos metros de la puerta del hospital. Eran algo más de las seis de la tarde y el cielo, de un intenso añil, anunciaba la muerte de un día más. No le costó encontrar la habitación de Sara: un guardia civil se hallaba ante la puerta. Se identificó con su nombre y rango. El agente se cuadró al instante y le franqueó la entrada.

—¿Cómo está seguro de que soy realmente quien digo ser? No ha comprobado siquiera mi placa. Asegúrese siempre de la identidad real de todo el que entre aquí, ¿está claro?

—Lo siento, mi teniente —se disculpó.

—¿Alguna novedad?

—Han informado de que la paciente va a ser trasladada a la Unidad de Psiquiatría esta noche o mañana por la mañana —contestó.

—¿Quién la trata?

—La doctora Mabrán.

—Llámela, por favor.

El teniente entró en la habitación reconfortado tras abroncar al guardia. Aunque consideraba que tenía razón en su reproche, hacer alarde de su autoridad le permitió descargar un poco de tensión. Un diminuto fluorescente sobre el cabecero de la cama irradiaba sobre el rostro de Sara una luz mortecina. Su

cuerpo diminuto apenas daba forma a la sábana que lo cubría. Estaba dormida y aun así dos lágrimas resbalaban perezosas por su rostro hasta morir en el cuello, fundidas con el sudor. Hacía mucho calor en aquella habitación. Julián se quitó la cazadora de cuero y pasó su mano por el interior del cuello alto de su jersey en un intento de aflojarlo, intento vano porque rápidamente volvió a su posición original. Acercó una silla a la cama sin reparar en el ruido al arrastrarla, con la esperanza de que eso despertara a la paciente, pero seguía dormida, con esas dos lágrimas adheridas extrañamente a su piel. Al observar su rostro sereno pero afligido a la vez, a Julián le vino a la mente la imagen de un sueño recurrente que le acompañaba prácticamente desde su juventud: una niña lloraba y se despedía de él con la mano desde el asiento trasero de un automóvil. Soplaba ventisca y en el sueño Julián se veía a sí mismo de niño, junto al coche. También él quería despedirse de ella, pero no lograba liberar las manos de sus bolsillos, pues las sentía agarrotadas por el frío. Al final conseguía desbloquear una de ellas, pero entonces el coche partía a toda velocidad y él nunca llegaba a tiempo para decir su adiós. Julián se encontraba cansado y la tenue luz y el calor de la estancia empezaron a sumergirle en una suerte de sopor. Intentó superarlo variando de postura en la silla. Entonces sucedió que ella abrió los ojos y los enfrentó a los de Julián. Sin saber por qué, vio en esa mirada la de la niña de su sueño y oyó con claridad la voz de Sara:

—Adiós...

Luego volvió a cerrar los ojos. Julián, confuso, se incorporó del asiento. No sabía si acababa de despertarse de un adormecimiento súbito o bien si aquel *adiós* había sucedido en realidad. Cuando se disponía a entrar en el baño de la habitación para refrescarse la cara, se abrió la puerta y apareció una mujer joven, alta, de andares elegantes y delicados, con un cuerpo tan bien proporcionado que parecía esculpido por un artista, con cabellos de color azabache que caían rectos sobre los hombros y unos intensos ojos negros sobre córneas blancas y brillantes. Aquella mujer tenía un encanto especial y su visión le proporcionó el momento más agradable del día.

—Soy la doctora Adelaida Mabrán, de la Unidad de Psiquiatría. ¿Y usted?

—Teniente Tresser, de la Policía Judicial de la Guardia Civil.

Ella le estrechó la mano con fuerza y a Julián le llegó una fragancia de jazmines. La doctora se dirigió hacia la ventana de la habitación, la zona más alejada de la cama, e invitó con la mirada al teniente a que la siguiera hasta allí.

—Aunque la hemos sedado y está ahora dormida —dijo en voz muy baja, casi en susurros—, posiblemente tenga pequeños despertares y es mejor no arriesgarse a que nos oiga hablar. ¿Sara tiene familia? —comenzó sin más preámbulos.

—Su padre murió y su madre padece alzhéimer. Está en una residencia — contestó el teniente, también entre susurros.

—¿Hermanos tampoco?

—No nos consta.

—Bien, pues cuénteme qué ha pasado.

Una vez más, el teniente se vio obligado a repetir la historia del papel en el bolsillo, la mujer solitaria, el ahorcado sin ojos y ahora los globos oculares hallados en el frigorífico. Relató a la doctora la secuencia de los hechos y, al hacerlo de modo ya tan rutinario, le recordó a cuando recitaba de niño la tabla de multiplicar.

—¿Es sospechosa del crimen, teniente?

—De momento se la considera testigo.

—¿Pero podría ser sospechosa?

—En una investigación no se puede descartar nada.

—¿La han presionado ustedes?

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe a qué me refiero. —La doctora exhibía ahora un tono brusco, casi antipático. A Julián le sorprendió aquella voz de hierro en una mujer que olía a flores.

—La hemos interrogado, por supuesto, pero no se la ha presionado en ningún momento y el trato ha sido correcto. Sabemos hacer nuestro trabajo, doctora, como imagino que usted sabe hacer el suyo. ¿Cuál es el estado de Sara ahora mismo?

—Sufre un *shock* postraumático de carácter grave y permanece en un estado catatónico con inmovilidad motora. Está absolutamente ausente del mundo. Dada la posible intrusión de un extraño en su domicilio, la ha examinado una ginecóloga y no se han encontrado contusiones ni tampoco signos de agresión sexual. Sin embargo, se han descubierto cicatrices muy antiguas de desgarró y laceración vaginal y, lo más llamativo, tiene una extraña cicatriz sobre su abdomen, una especie de «X» marcada toscamente, quizá con un palo. La cicatriz es bastante antigua, pero la herida que se le infligió fue tan profunda que aún se puede apreciar claramente su dibujo. Es posible que Sara fuera víctima de abusos sexuales en su infancia o en su adolescencia y esa «X» formara parte de aquellos abusos o bien fuera un castigo por resistirse a ellos. El asunto es delicado y, como comprenderá, no puedo recomendar un interrogatorio cuando despierte.

—Lo entiendo, pero nosotros tenemos que proseguir con la investigación de un crimen y Sara es nuestra única pista, y ahora aún más con todo lo que me ha contado. Si es preciso, solicitaremos una orden al juez de instrucción del caso,

pero estoy seguro de que no será necesario.

—Insisto en mi recomendación, teniente, al menos hasta que yo valore su estado emocional cuando le retiremos la sedación. No sabemos a qué Sara nos vamos a encontrar cuando abra los ojos y, si ella prosiguiera en el estado catatónico en el que ha llegado al hospital, yo me convertiría en la mejor aliada de su investigación. Si es usted inteligente, y no lo dudo, seguirá mis indicaciones.

—¿Cuándo le retirarán la sedación?

—Mañana al mediodía.

—La llamaré.

No era la primera vez que el pundonor médico le obstaculizaba un interrogatorio en un hospital, pero nunca con esa prepotencia que había percibido en la doctora. «Los hombres jamás nos acostumbraremos a que una mujer nos dé órdenes». Se alegró de que en el Cuerpo fuera improbable que una guardia civil llegara a teniente general. Se sentía molesto con la actitud hostil de aquella psiquiatra, pero a la vez también animado: ahora disponía de nuevos y valiosos datos sobre el pasado de Sara. Si sufrió una violación siendo niña, tendría que hallar la conexión entre aquel hecho y el crimen de García Huete. Estaba seguro de que existía. Se había revisado toda la vida civil y laboral del profesor, sin hallarse borrón alguno en su historial. Si había violado a Sara, no constaba en ningún lugar. Lo más probable es que no se hubiera denunciado en su momento. Décadas atrás, y lo peor es que seguía sucediendo en la actualidad, la violación era percibida como un acto vergonzoso y solía quedar sepultada bajo el silencio impuesto por los familiares de la víctima, que preferían renunciar a la justicia antes que someter a las hijas o a las esposas a una nueva violación, la de su intimidad. Quizá fue eso lo que sucedió con Sara, conjeturó Julián, y su vida quedó rota para siempre ante el silencio cómplice de su familia. Aquella «X» marcada sobre la piel añadía, además, un ensañamiento brutal. Si se descubría que García Huete fue quien abusó de ella, ahora años después alguien lo había ahorcado, le había arrancado los ojos y los había colocado en el frigorífico de Sara, tal vez para demostrarle que aquel crimen contra su sexualidad no quedó finalmente sin castigo.

Julián abandonó el hospital ya de noche. Cuando llegó a su casa, mientras abría la puerta, se acordó de Greta, su gata prestada. Allí estaba, en medio del salón, sentada sobre sus patas traseras, enfrentando su magnética mirada azul a la de su amo adoptivo. Se acercó a él y, con el lomo arqueado, rozó sus piernas varias veces mientras emitía un suave ronroneo. Julián nunca había tenido gatos y pensó que le estaba solicitando comida. Le llenó de pienso el cuenco, pero ella pasó de largo por delante de su ración, se situó a los pies de su dueño y se tumbó

panza arriba. Intuyó que le estaba invitando a mimarla y con un movimiento tímido, propio de quienes no conocen a los animales y temen sus reacciones, le acarició suavemente la tripa. La gata ronroneó a gusto, hasta que su amo se cansó y, entonces sí, Greta fue hacia su comida y disfrutó del menú. Después se acurrucó en el sofá y se quedó dormida. Julián ni siquiera cenó. Tenía el estómago cerrado. De repente decidió que lo que necesitaba era tomarse una copa.

Se fue a un bar cercano a su casa donde conocía a algunos compañeros de barra, fijos de cada noche. Allí estaban cuando llegó: el funcionario jubilado, el electricista, el maquetador de revistas y el agente inmobiliario. Había algunos más, pero eran nuevos. Los encontró a todos embobados ante el televisor, pues se estaba disputando un partido de fútbol. No le interesaba demasiado ese deporte, pero se mimetizó con los demás y, con un whisky entre las manos, incluso recriminó al árbitro un claro penalti que no pitó. Tras el partido, él y sus compañeros ocasionales conversaron a lo largo de tres copas más. Aunque Julián jamás opinaba en público sobre ninguna cuestión política, escuchó a sus contertulios hablar del presidente del Gobierno, sobre el que todos estuvieron de acuerdo en que era un absoluto inútil. No tenían mejor opinión del líder de la oposición, de quien el maquetador de revistas dijo que tenía andares de autómatas, quizá porque su cerebro fuera en realidad una consola de la Play, lo cual provocó risas entre los demás. Todos estaban de acuerdo en que se avecinaba una gran crisis que el Gobierno no quería admitir. Hacía pocos días, les recordó el funcionario jubilado, el presidente había afirmado que no veía atisbos de recesión y que la economía española tenía «muy buenos fundamentos». El agente inmobiliario replicó: «¿Pero qué se toma el presidente cada vez que habla en público? Por supuesto que hay crisis y nos va a dejar sin un céntimo. La venta de pisos está bajando a la velocidad de un Ferrari». También todos estuvieron de acuerdo en que serían los trabajadores los que, como siempre, pagarían los platos que no habían roto. Finalmente, se solidarizaron con el teniente por los atentados de ETA, seis desde que había comenzado aquel año de 2007. Luego, cada uno se fue a su casa. Julián durmió aquella noche como un niño. La última imagen que se fijó en su mente antes de cerrar los ojos fue la del rostro perfecto de la doctora Mabrán.

A la mañana siguiente, el agente Coira le arrancó abruptamente del sueño con una llamada de teléfono.

—Mi teniente, ya sabemos quién envió el *mail* firmado por La Rosa Blanca. El titular de esa cuenta de correo es Gherardus van Haalen, hermano de la viuda de García Huete.

Durante unos segundos, Julián no supo de qué le estaba hablando. Tenía la

sensación de que su cerebro se había convertido en un pesado pedrusco. Miró el reloj de la mesilla: las ocho y media de la mañana. Recordó fugazmente que era viernes y que había quedado para comer con su madre, pero enseguida regresó a la noticia que había recibido de Coira. ¿Gherardus era la tal Anabel García del *mail*? ¿Qué pintaba el cuñado de la víctima en la historia?

CAPÍTULO IV

El avión que traía a Madrid desde Hong Kong a Gherardus no aterrizaría en el aeropuerto hasta la madrugada del sábado. El teniente decidió no comentarle nada a Marija sobre el extraño correo electrónico que su hermano había enviado a su marido. Prefería esperar a ver qué daba de sí el interrogatorio. Tenía una ligera resaca por las copas que había tomado la noche anterior, pues tan sólo bebía muy de vez en cuando, y se planteó cancelar la comida que tenía con su madre aquel mediodía. Nunca le apetecía demasiado visitarla, pero la mujer ya era mayor y algún día, cuando ya no estuviera, lamentaría no haberla visto más a menudo.

Amelia Castañar, viuda de Tresser, residía en la madrileña calle Linneo, a pocos metros del Puente de Segovia y del agradable Parque de Atenas, a un paseo corto de la catedral de La Almudena y muy cerca del Campo del Moro, los versallescos jardines del Palacio Real de Madrid. A pesar de aquel entorno monumental, la calle Linneo y otras del barrio eran tan corrientes como tantas, con edificios construidos en los años setenta, aceras estrechas, pequeñas tiendas de alimentación y bares donde pasar la tarde. Amelia vivía en un quinto piso interior pero luminoso, pues algunas de sus ventanas daban a un gran patio que se abría a los cielos de Madrid, con sus atardeceres siempre tan hermosos.

Aquel día, el interior de la vivienda de Amelia olía a aceite caliente. Había patatas friéndose en el fuego y el chorizo, la panceta y los huevos aguardaban en la vieja encimera de formica, a la espera de que llegara su hijo. «Lleva ya veinte minutos de retraso, precisamente hoy», refunfuñó. En aquel preciso momento sonó el telefonillo del portero automático: «Soy yo, abre», ordenó Julián, sin más. Mientras subía en el ascensor, aspiró la intensa fragancia a colonia barata que llenaba todo el habitáculo, la misma que había olido durante toda su adolescencia. Treinta años después, la vecina del cuarto seguía utilizando el mismo perfume insoportable, aunque ya fuera una anciana. No olvidaba las veces que prefirió bajar los cinco pisos por las escaleras para no impregnarse de aquel olor dulzón y aparecer ante sus amigos del barrio oliendo a flores. Si pensaban de uno que era marica, estaba acabado.

Hacía cuatro semanas que Julián no veía a su madre y se sorprendió cuando

observó que sus cabellos blancos, siempre recogidos en un moño, habían adquirido ahora un artificial tono violáceo. Habitualmente le recibía con ropa corriente, esa que sólo sirve para andar por casa, pero aquel día llevaba una elegante blusa de raso con flores lilas y grises y una falda negra que acentuaba aún más su delgadez. Al besarla en las mejillas, percibió que llevaba perfume, algo inusual en ella.

—Te veo guapa, mamá —la piropeó, por decir algo.

—¡Qué tonterías dices! Pasa a la cocina, tengo algo que contarte.

Las patatas seguían friéndose en la sartén y Amelia colocó otra sobre el fuego con abundante aceite.

—¿Quieres tomar algo mientras se hacen el chorizo y la panceta?

—No, déjalo. ¿Qué tienes que contarme?

—¿Te acuerdas de Gastón?

—No.

—Sí, hombre. Sus padres eran del pueblo y emigraron a Francia tras la Guerra Civil. ¿Cómo es posible que no te acuerdes?

—Pues no, mamá, no me acuerdo. ¿A dónde quieres llegar con esta historia? —preguntó, impaciente, pues no se acababa de acomodar, a pesar de los años, a aquella costumbre adherida a su madre que consistía en relatar las vidas de los demás para concluir con un hecho irrelevante de alguno de sus protagonistas.

—Gastón debía de tener unos cinco años más que tú y era un diablillo, no paraba quieto ni un segundo. Su hermana Silvia me ayudaba en casa cuando tenía yo aquellas anemias que me dejaban sin resuello. ¿De verdad que no te acuerdas? A lo mejor es que no quieres hacer el esfuerzo. —La madre pronunció estas palabras en un tono severo que no quiso disimular.

—No tengo ganas de discutir, mamá —le advirtió.

—¿Es que esto es discutir? Sólo quería contarte que Gastón me ha llamado. Vive en Ávila, en la ciudad, pero quiere volver al pueblo y comprar nuestra casa de allí. La de su familia la demolieron porque se caía a pedazos. Le he invitado hoy a tomar café.

Hacía años que Julián no pensaba en el hogar de sus veranos. Habían transcurrido décadas sin echarlo de menos. Guardaba en su mente imágenes difusas de aquella casa grande y tan oscura a pesar de estar orientada al sur, pues siempre se hallaba en penumbra para resguardarla del sol del estío. El recuerdo que en aquel momento rescató de su memoria fue verse a sí mismo de niño, en cierta ocasión, hurtando nocilla en un rincón de la despensa mientras observaba a escondidas cómo sus padres se besaban en la cocina. Estaban abrazados, de pie, junto al fregadero, y se susurraban cosas al oído entre risas. Luego salieron de allí cogidos de la mano. Aquella debió de ser la única vez que los vio besarse.

—Haz lo que quieras, mamá. ¿Tú quieres venderla?

—Ya llevamos años sin ir allí, ¿para qué la queremos? Yo no pienso volver, desde luego. Y tú, por lo que veo, tampoco.

—No voy allí desde que murió papá, ya lo sabes.

Amelia no contestó. Ni siquiera le miró. Casi nunca le miraba a los ojos cuando hablaba del padre muerto. Siempre encontraba una excusa para no hacerlo.

—El aceite ya está en su punto. ¿Cuánta panceta quieres?

—Ponme cuatro lonchas.

—¿Y chorizo?

—Uno pequeño.

—¿Querrás uno o dos huevos fritos?

—Dos, como siempre.

Se sentaron a la mesa del comedor. Vetustos y sin belleza, los muebles que acompañaron la infancia y adolescencia de Julián no se habían movido ni un milímetro de donde estuvieron. Tampoco existían otros nuevos que dieran vida a aquella estancia que la madera de caoba llenaba de oscuridad aunque penetrara el sol. Madre e hijo comieron en silencio y sólo en el postre, como acostumbraban, intercambiaron algunas palabras.

—La comida ha estado estupenda, mamá. Me tengo que ir.

—Gastón está a punto de llegar. Anda, cómete otra naranja con miel y espera, que no tardará.

—Tengo que estar en un sitio a las cinco de la tarde y ya son las cuatro y media. Es importante.

—También es importante que estés aquí. ¿Y si intenta timarme con la venta?

—¿Cuánto le vas a pedir?

—Primero que hable él.

—Vale. ¿Y cuánto crees que te va a ofrecer?

—No lo sé.

—Deja que él haga una oferta y tú le dices que te lo vas a pensar. Y entonces hablamos.

—Siempre vienes con prisas y te vas con prisas. A veces pienso que me evitas, que no te gusta verme —le dijo su madre sin levantar la vista del plato.

—Siento que pienses eso, porque no es cierto —contestó Julián al tiempo que se limpiaba los labios con la servilleta y se ponía en pie.

Era verdad, debía reconocerlo: no le agradaba visitar a su madre. Aunque se esforzaba en ocultarlo, estaba claro que no lo había conseguido. No le perdonaba que hubiera borrado a su padre de su vida, hasta el punto de guardar sobre él pocos recuerdos, como aquél besuqueando a su madre junto al fregadero. Intentó

despedirse de ella con dos besos en las mejillas, pero la mujer apartó la cara y siguió comiendo su naranja. Julián cogió su cazadora y abandonó la casa materna sin decir adiós. Pulsó el botón del ascensor, pero estaba ocupado. «Y ahora me cruzaré con el tal Gastón», temió. Así fue. Cuando la máquina llegó a su rellano, se abrió la puerta y apareció un hombre de mediana edad vestido con tejanos, camisa de cuadros y una americana pasada de moda. Su rostro era ostensiblemente redondo, esférico, y su piel estaba tan curtida como la de los campesinos.

—¿No serás tú el hijo de Amelia? —le preguntó con una franca sonrisa.

—Sí. Y tú debes de ser Gastón, ¿no? Mi madre te está esperando.

—Me he retrasado un poco, lo siento. Es que vivo en Ávila y no me aclaro con el metro. Me he equivocado de estación y, en fin, soy un cateto en la gran ciudad. ¿No te quedas a tomar café?

—No, me tengo que ir a trabajar.

—Tu madre me ha dicho que eres guardia civil.

—Así es. —A Julián no le gustaba hablar de su profesión con desconocidos y consideró que su madre había cometido una indiscreción al hacerlo.

—Ya sabes que estoy interesado en compraros la casa del pueblo, así que espero verte otra vez si os interesa mi oferta.

—¿Y qué oferta es?

—Bueno, primero tengo que ver en qué estado está la casa.

—Avísanos con tiempo cuando quieras ir a verla, para que yo pueda acompañar a mi madre. Tengo que irme, Gastón.

—Claro, por supuesto, no quiero entretenerte.

Envuelto de nuevo en los efluvios del perfume de la vecina del cuarto, Julián descendió en el ascensor con el gesto contrariado. Le fastidiaba tener que volver al pueblo y maldijo a Gastón por entrar en su vida y haber alterado el orden de las cosas, que estaban bien como estaban. Durante su infancia, una vez su balón se coló por la ventana de una casa del pueblo, abandonada desde hacía años. Decían que estaba maldita y que en ella habitaba un fantasma que guisaba a los niños. Prefirió perder su pelota antes que entrar a buscarla y toparse con aquel espíritu glotón. De aquel modo se sentía ahora Julián ante la inminente visita al pueblo. «No entraré en la casa ni saludaré a sus fantasmas. Esperaré a mi madre en el coche. Ya me inventaré algo», decidió. Cuando salía a la calle, sonó su teléfono móvil. Era la doctora.

—Sara ha despertado.

A Adelaida Mabrán le disgustaba el teniente y estuvo a punto de no hacer la llamada que había prometido en cuanto la paciente abriera los ojos. Le irritaba aquel hombre, no soportaba su arrogancia y en absoluto estaba dispuesta a que se

entrometiera en su trabajo. Así se lo había comunicado a su jefe del servicio, pero no recibió su apoyo: «Tenemos que colaborar con la investigación, en ésta y en todas. Ya lo sabes, Adelaida. No quiero líos». Una vez más debía acoplarse y, en este caso, permitir que el guardia civil se pegara a ella como una lapa durante el tiempo que Sara estuviera hospitalizada. Detestaba claudicar sin marcas de lucha en el cuerpo y admitir renglones torcidos en su caligrafía de líneas rectas. Desde hacía un tiempo, sus colegas ya no contaban con ella en las cenas mensuales y en las reuniones médicas del equipo apenas la escuchaban. En la última de ellas, cuando les habló de Sara, todo fueron comentarios vagos. «Es un caso de estrés postraumático, no tiene mucha complicación. Aplícale las pautas habituales de medicación y ya seguimos hablando», le recomendó su jefe con cierta indiferencia. Ya no le importaba caminar sola.

—¿Qué tal te encuentras, Sara?

—¿Quién es usted?

—Soy la doctora Mabrán.

—He tenido un sueño extraño —comentó, somnolienta.

—¿Quieres contármelo?

—Un perro veía a una urraca en el jardín y se lanzaba a por ella. La atrapaba entre sus dientes, pero la urraca movió las alas y se lo llevó volando.

—Pues sí, es un sueño extraño, pero la mayoría lo son. ¿Sabes por qué estás aquí, en un hospital?

—No sé, tengo ganas de dormir.

Cerró de nuevo los ojos y comenzó a emitir pequeños ronquidos acompañados. Estuvo dormida alrededor de una hora, el tiempo que la doctora invirtió en hacer su ronda vespertina con el resto de los pacientes. Cuando volvió, decidió despertarla sin más dilación. «Ya es suficiente, Sara. Tienes que volver al mundo». Le dio un par de cachetes en la mejilla y, justo en aquel momento, el teniente entró en la habitación.

—¿No me había dicho que estaba despierta? —preguntó tan decepcionado que ni siquiera saludó a la doctora.

—Lo estaba, pero se ha dormido de nuevo. Siéntese y permanezca en silencio, por favor.

Ya había atardecido y, a través de la ventana, se veía un trozo de cielo con nubes escarlata que parecían desgarrarse entre sí y cuyo reflejo teñía la habitación de un cálido tono rojizo. El teniente se sentó en un sillón arrinconado en una esquina, disgustado por el papel de convidado de piedra que le acababa de adjudicar la doctora.

—Sara, vamos, despierta. —Le zarandeó suavemente un brazo.

Ella entreabrió los ojos.

—¿Mamá? —preguntó.

—No, soy la doctora Mabrán.

—¿Dónde está mi madre?

—Ahora vendrá, no te preocupes —le mintió. Ahora se trataba tan sólo de seguirle la corriente.

—¿Dónde estoy? ¿De qué va esto? —preguntó con desconfianza.

—Estás en un hospital. ¿Recuerdas algo de lo que te ha sucedido antes de llegar aquí?

—¿En un hospital, ha dicho? ¿Qué mierda es ésta? ¡Joder, quiero largarme de aquí! —exclamó.

El teniente, sorprendido por aquel lenguaje, se incorporó rápidamente para impedir que se levantara de la cama. La mirada de la doctora le invitó a seguir sentado, lo cual hizo muy a su pesar.

—Tranquilízate, Sara. —La psiquiatra utilizó un tono de voz suave y conciliador—. Has sufrido un *shock* y has llegado inconsciente al hospital. Cuanto más colabores, antes podrás irte, ¿lo entiendes? Intenta recordar qué hacías antes de llegar aquí. O al menos, dime lo último que recuerdes.

—Estaba preparándome para un examen de Filosofía del Lenguaje y no recuerdo más.

—¿Qué estudias?

—Quinto curso de Filología Hispánica, un coñazo de carrera, pero mi madre se empeñó —explicó ahora más calmada, en medio de un ostentoso bostezo.

—¿Y qué te hubiera gustado estudiar?

—Nada. Lo que yo quería era abrir una librería, una librería propia.

—Bueno, eres joven y aún estás a tiempo de hacerlo. ¿Qué edad tienes?

—Veintiún años. ¿Esto es un interrogatorio?

¿Veintiún años? Al teniente se le desvanecieron las esperanzas. Imaginaba que despertaría sin recordar y que poco a poco iría recobrando la memoria, pero aquel lenguaje faltón y, sobre todo, aquel inesperado regreso mental a su vida de universitaria le habían sobrepasado. De repente, Sara volvió su rostro hacia la esquina de la habitación y advirtió su presencia.

—¿Quién es éste?

—Es alguien que quiere ayudarte, como yo.

—No necesito ayuda, lo que quiero es largarme de aquí. Además, ¿en qué me va a ayudar? No le conozco de nada.

El teniente no iba a permitir que la doctora le identificara como agente de la Guardia Civil, apartándolo entonces de toda posibilidad de ganarse la confianza de Sara. Estaba claro que no lo había reconocido. Se levantó de su sillón, se acercó a ella y le dijo:

—Soy psicólogo. Me llamo Julián.

La doctora miró al teniente con perplejidad a través de sus intensos ojos negros, que ahora fulguraban. Su boca se abrió y parecía que iba a decir algo, pero en lugar de palabras expulsó un ronquido suave y a la vez estremecedor. Le faltaba el aire y resultaba evidente que tenía serios problemas para respirar. Salió enseguida de la habitación.

—Ahora volvemos, Sara —musitó el teniente, al tiempo que seguía a la doctora.

—No vuelvan —contestó ella, con gesto indiferente.

Ya en el pasillo, la psiquiatra palpó nerviosa uno de los bolsillos de su bata y extrajo un inhalador que rápidamente se llevó a la boca.

—Soy asmática —dijo con un débil hilo de voz.

«Vaya, no eres tan perfecta como creías», pensó Julián con malicia. ¿Había llegado demasiado lejos haciéndose pasar por psicólogo? Se había planteado la misma cuestión cuando presionó tanto a Sara que sufrió un desmayo en aquel bar, pero tenía bien adiestrada la culpa, siempre amordazada para que nunca le clavara su agujón. ¿De qué otro modo, pensaba, podría dedicarse al oficio de guardia civil?

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua? —se ofreció, solícito.

—No, gracias, ya estoy mejor. ¿Se da cuenta de la estupidez que ha hecho?

—Lo lamento, pero no tenía otra salida. Sara es la única pista que tenemos para resolver un crimen horrible. Está claro que existe una conexión entre ella y Tomás García Huete, y debo hallarla. Ahora resulta que aquella tímida mujer a la que interrogué hace un par de días se despierta de un *shock* diciendo tacos y presentándose como una universitaria de veintiún años, cabreada porque no sabe qué hace aquí. Tengo que ganarme su confianza y si me identifico como teniente de la Guardia Civil créame que empeorarían mucho las cosas para mí. Usted lo sabe y yo también. ¿Había otra alternativa mejor? Y no me refiero a *su* paciente, sino a *mi* testigo.

—Mientras Sara permanezca en el hospital, es antes *mi* paciente que *su* testigo. Aquí decido yo —dijo conteniendo su indignación—. A partir de ahora, no le toleraré en el hospital ninguna actuación que no haya sido pactada previamente conmigo. ¿Me entiende, teniente?

Al tiempo que escuchaba sus reproches, Julián entretuvo la mirada en el cuello de la doctora, tan esbelto; habría sido perfecto si no exhibiera aquel recorrido sinuoso de la arteria yugular, que crecía y decrecía al compás de su airado tono de voz. Deslizó su mirada hacia el escote, casi escamoteado a los ojos ajenos de no ser por los dos únicos botones desabrochados de la bata, que le permitían intuir el inicio del angosto cauce entre los senos.

—¿Me está escuchando?

—Por supuesto, doctora.

—Trabajaremos juntos y no hará nada a mis espaldas, ¿de acuerdo? Es la mejor opción que le voy a ofrecer.

—¿Qué es eso de que tiene veintiún años y estudia una carrera?

—Es una regresión defensiva. Cuando el presente es conflictivo, las personas con traumas emocionales importantes pueden retroceder mentalmente a un pasado que les resulte cómodo e instalarse en él. Posiblemente su vida de universitaria transcurriera apacible y sin sobresaltos, y tal vez por eso el subconsciente haya elegido ese periodo de su existencia. Estoy segura de que Sara sufrió abusos sexuales de niña. Aunque las víctimas intenten olvidar el suceso, quedan heridas emocionalmente durante toda su vida. A veces manifiestan un carácter irritable e incluso agresivo, como ha sucedido ahora, y otras permanecen taciturnas y con dificultad para relacionarse con el entorno, como parece que ha sido hasta hoy. Sara ha desarrollado, por lo que veo, una combinación de ambas. De cualquier modo, estas personas son seres frágiles y muy vulnerables ante cualquier conflicto, por muy banal que sea. Tenga cuidado en su relación con ella, porque lo que para usted puede resultar intrascendente, para la psicología de Sara puede ser demoledor.

—¿Hay algún modo de devolverla al presente?

—Vamos a intentarlo, pero no se haga muchas ilusiones. Será un proceso lento.

¿Lento? ¿Qué más le daba ya un obstáculo más? Aquel caso que debería haber sido uno de tantos se había convertido en una incógnita constante en la que cualquier empeño por resolverla parecía no servir de nada. Telefonó a Coira. Quería saber si había alguna novedad, por mínima que fuera. Pero el cabo no respondió a su llamada. Para él también el día había resultado complicado.

«No existe el crimen perfecto, sino la investigación imperfecta». Coira no dejaba de repetirse aquella sentencia tantas veces escuchada a sus profesores de la Academia. ¿Y qué podía hacer él, cuando los informes que había recibido durante todo el día resultaban tan decepcionantes? Todos salvo uno, el de informática, gracias al cual se había descubierto que Gherardus era el autor del *mail* firmado por La Rosa Blanca. Le sorprendió tanto el hallazgo que se atrevió a llamar a su teniente a las ocho y media de la mañana para comunicárselo, aun sabiendo que no entraba de servicio hasta por la tarde. Le notó al teléfono la voz pastosa y le gustó imaginar que se había tomado algunas copas de más la noche anterior. Eso le convertía en un ser humano, pues desde que lo había conocido pensaba que en su psicología no existía orificio, por diminuto que fuera, por donde pudiera colarse la luz. Díaz Visedo había asignado al caso dos guardias

que acababan de finalizar sus prácticas, un hombre y una mujer, David Hernández y Lucía Brancho. El cabo Coira, en ausencia del teniente, los había estado dirigiendo desde las siete de la mañana de aquel día con mano firme, encomendándoles las tareas de gestión poco comprometidas. Tras numerosas llamadas y largas esperas ante el fax y el correo electrónico, al fin reposaban sobre la mesa algunos informes preliminares. Los resultados no estaban siendo reveladores. La huella del calzado hallada en la vivienda de Sara correspondía a una bota táctica específica para cuerpos de seguridad, un modelo de la marca británica Magnum y del cual se venden al año cerca de un millón de pares sólo en España, sobre todo a cuerpos policiales y militares, pero también a cazadores. La cuerda que ahorcó a García Huete era una de nylon de veintiséis milímetros de grosor, muy usada para trepar por ella en gimnasios, campamentos militares, entrenamiento de bomberos, escuelas de circo y de teatro o yincanas infantiles. ¿Por dónde empezar a buscar? El informe de psicografología sí que aportaba un dato interesante: la víctima no escribió el nombre y la dirección de Sara Azcárraga aquel martes en que murió, sino varios días antes, y lo hizo bajo un estado psicológico absolutamente normal, sin presión ni amenazas. ¿Qué podía significar aquello? ¿Es que García Huete llevaba siempre encima el nombre de Sara? Hacía escasos minutos que había llegado otra confirmación: la sangre hallada en los globos oculares pertenecía al mismo grupo sanguíneo que el del profesor asesinado. «Al menos es algo», se consoló a la espera del análisis de ADN. No existían en aquellos ojos otros indicios interesantes, tan sólo restos de partículas de látex, lo que evidenciaba que habían sido manipulados con guantes para no dejar la más mínima huella. Ya lo sospechaba Coira y no fue nada nuevo constatarlo. Cada vez tenía mayor convencimiento de que una de las claves, o al menos una muy importante, se hallaba en la fotografía que encontró entre las facturas de la víctima. Hizo una fotocopia de la imagen, dejó a Hernández y Brancho reuniendo en un solo informe todos los demás y por la tarde se fue a buscar respuestas a la madrileña iglesia de Santa Beatriz de Padua. Antes de irse, intentó contactar con el editor de Sara, pero estaba de viaje en el extranjero y no volvería hasta la próxima semana. No le importó. Ahora lo que más le interesaba era visitar la parroquia. Hacía treinta años, cuatro jóvenes catequistas posaron bajo una encina de un campamento infantil. Uno de ellos era Tomás García Huete. ¿Quiénes eran los otros? ¿Dónde se tomó esa foto? Coira se vistió de paisano y salió del cuartel de Uvés. Al no llevar el uniforme, podría permitirse tomar una ración de calamares con Lola después de interrogar al párroco. No podría estar con ella aquella noche porque el vuelo de Gherardus llegaría durante la madrugada, por eso necesitaba ver a su novia siquiera por unos minutos. La investigación le estaba obligando a presionarse demasiado y sólo Lola podría

calmar su ansiedad.

Ya en la iglesia, Coira recordó que hacía mucho tiempo que no visitaba una, desde la muerte de su abuela, siete años atrás. En ella pensó fugazmente al ver la virgen que centraba el retablo del altar, una dama vestida de colores pastel que parecía hacer equilibrios sobre una bola del mundo azul con estrellas doradas. Como buena gallega, su abuela, que fue mariscadora hasta que falleció de un cáncer fulminante que dejó desolada a su familia, era una devota de las vírgenes, de los santos, de las reliquias y de las supersticiones. Él no había heredado esas querencias e incluso percibía las iglesias como espacios hostiles y mortecinos donde se sentía desprotegido. La de Santa Beatriz de Padua no era una excepción, a pesar de que sus esbeltas vidrieras y el inmaculado color blanco de sus altas paredes la dotaban de luminosidad y de cierta calidez. Había unos cuantos feligreses, no más de veinte, orando dispersos por los bancos. Le sorprendió que no hubiera más, tratándose de un viernes por la tarde. «Estarán en El Corte Inglés, seguro. Al menos allí tienen buena calefacción», se dijo, porque en aquella iglesia hacía frío. Bastante frío. A pesar de ello, cuando se presentó ante el párroco, observó que el cura tenía la piel empapada en sudor, tanto que en su camisa gris exhibía dos grandes manchas húmedas bajo las axilas. Era un hombre pequeño y nervioso. No alcanzaba los treinta años, de eso estaba seguro, pero su rostro enjuto y su incipiente calvicie le otorgaban un inquietante aspecto de anciano prematuro. Conversaron en una discreta esquina del altar, bajo un gran cuadro en el que la princesa Salomé mostraba sobre una bandeja de plata la cabeza decapitada de Juan el Bautista, una imagen que Coira consideró demasiado explícita y escabrosa para exhibirla en una iglesia. Incluso a él le resultaba desagradable hablar con el cura bajo aquella testa sangrante. El guardia civil ya imaginaba que el párroco no sabría quién ocupaba su plaza en fechas tan remotas como cuando Tomás y sus amigos se hicieron aquella foto. Así fue.

—No tengo ni idea, lo siento —afirmó, encogiéndose de hombros—, pero voy a echar una ojeada a los archivos, por si acaso. ¿Año 1973, dice?

—Sí, exacto. Le agradezco el esfuerzo. ¿Quiere que le ayude?

—No hace falta. Intentaré solucionarlo rápido, porque en una hora tengo que celebrar la misa de ocho y antes debo atender el confesionario.

El sacerdote desapareció por la puerta de la sacristía. Coira aguardó treinta largos minutos a que le diera una respuesta. Permaneció sentado en el primer banco, frente al altar, observando a aquella virgen sobre la bola del mundo, que por alguna razón le recordó que en pocos minutos se encontraría con Lola.

—Ya lo he localizado, agente —le dijo el cura cuando al fin llegó, sentándose junto a él—, aunque dudo que le sirva de algo. Por aquella época el párroco era

Fermín Lasheras Rodríguez, pero desgraciadamente falleció hace ya veinte años. Dios lo tenga en su gloria. Me lo han confirmado en el arzobispado. Lo siento. ¿Puedo ayudarle en algo más? Ya le he comentado que tengo que confesar y celebrar una misa.

—Sólo una cosa más, por favor. Mire esta fotografía. —Coira se la mostró—. Se hizo en 1973. Al parecer, son cuatro monitores de las colonias que organizaba su parroquia en la provincia de Ávila. Sabemos quién es uno de ellos, Tomás García Huete, cuya muerte estamos investigando, como ya le he comentado por teléfono antes de venir a verle. ¿Hay algún modo de saber quiénes son los demás y en qué lugar exacto de Ávila se hallaba el campamento?

—Estoy aquí desde hace pocos meses y le confieso que me he encontrado el archivo hecho un desastre. Tardaré meses en ponerlo al día —aseguró con gesto de impotencia—. Resultaría imposible que pudiera localizar ahora a los monitores por los que usted me pregunta, y eso en el caso de que sus nombres hubieran sido registrados. De todos modos, obviamente no será hoy. Sin embargo, le diré que mi congregación posee una casa de retiro en la sierra de Gredos y era allí donde se organizaban colonias infantiles durante los veranos. Pero de eso hace ya muchos años. Ahora es una residencia para nuestros ancianos.

—¿Dónde está exactamente?

—Pertenece al municipio de Hoyo de las Aguas, en Ávila.

Coira conocía ésa y otras muchas pequeñas localidades abulenses, pues había estado destinado por esas tierras durante cinco años, pero no recordaba que en Aguas, así se conocía al pueblo en la zona, existiera una casa religiosa de retiro. La geografía de Gredos está tan salpicada de casas aisladas, separadas unas de otras por varios kilómetros de prados, rocas de granito y vacas, que no le resultó extraño desconocer la existencia de aquélla, seguramente oculta tras umbríos pinares. Antes de despedirse, el párroco le facilitó la dirección y el teléfono.

—Pregunten por el padre Huidobro. Es muy anciano y lleva allí en Gredos muchísimos años. Yo creo que si alguien les puede ayudar, será él.

«Para ser el primer crimen que investigo, te aseguro que no me lo están poniendo fácil, Lola. Sólo te pondré un ejemplo: la única huella de calzado que existe del sospechoso es de una bota de la que se venden más de un millón al año en España», le confesó Coira a su novia poco después de abandonar la iglesia, mientras ambos degustaban una ración de calamares y otra de callos en un ruidoso bar del centro de Madrid. Sabía que no debía comentar los casos con personas ajenas a la investigación, pero él sentía a Lola como una parte indisoluble de sí mismo. En pocos minutos tendría que despedirse de ella, pues empezaría su turno como ayudante de cocina en el restaurante donde trabajaba.

Lamentó no haber dispuesto de más tiempo para estar con ella, pero la visita a la iglesia de Santa Beatriz de Padua le había llevado dos horas.

—Lola, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le dijo mientras acercaba su rostro para besarla. Fue en aquel momento cuando Coira percibió en ella una mirada sombría que le inquietó—. ¿Te ocurre algo? —le preguntó.

A Lola se le llenaron repentinamente los ojos de lágrimas. Un sinsentido atravesó como un rayo la mente de Coira: ¿me va a abandonar? Pero no era ésa la causa del llanto. Le explicó que a su íntima amiga Alicia se le había diagnosticado un tumor de mama y la operaban de urgencia. Estaba tan preocupada que había decidido ir a verla a Valencia, donde residía. Se había pedido el fin de semana libre en el restaurante y por ello recibió una gran reprimenda de su jefe, pero estaba dispuesta a ir. Le comentó a Coira, entre sollozos, que tenía miedo por lo que pudiera pasarle. Eran amigas desde la infancia. Él la abrazó con fuerza. Nunca la había visto llorar de aquel modo y eso le partió el corazón. Quería decirle tantas cosas en aquel momento que no supo por dónde empezar y prefirió el silencio. Luego la acompañó hasta el metro y vio cómo se alejaba con pasos tristes. Miró su móvil: tenía una llamada perdida del teniente. Aquel bar donde había estado con Lola era muy ruidoso y no había oído el teléfono. Marcó el número, pero ahora era el teniente quien no atendía la llamada. Esperó varios tonos y, cuando iba a dejarle un mensaje, contestó.

—Sí, Coira.

—Mi teniente...

—Ahora no. Le llamo más tarde.

Y colgó.

El teniente no estaba para nadie en aquel momento. Si hubiera podido, se habría dado de cabezazos contra la pared. Tras el ataque de asma de la doctora, ambos habían entrado en la habitación y hallaron a Sara inconsciente en el suelo, junto a la cama, sentada en la misma postura en la que fue encontrada ante el frigorífico de su casa. Sus constantes vitales eran buenas y se le hicieron todo tipo de pruebas para descartar cualquier lesión orgánica, pero no se detectó ninguna. Había entrado en un coma psicógeno, un estado de inconsciencia sin causa física alguna y que afecta especialmente a quienes padecen problemas psiquiátricos, según le explicó la doctora. Apenas reaccionaba a los estímulos externos y, aunque estaba fisiológicamente despierta, se resistía a mantener los ojos abiertos y cerraba los párpados cada vez que intentaban abrírseles. Cuando la doctora salió de la habitación para localizar al médico de cabecera de Sara, el teniente recibió la llamada de Coira. No quiso hablar. Necesitaba pensar mientras aguardaba no sabía qué, sentado en aquel sillón de la esquina. Una

enfermera le estaba introduciendo a Sara sus dedos en las fosas nasales, ante la perplejidad del teniente.

—¿Para qué sirve lo que está haciendo?

—Es una de las maniobras para intentar despertarla. Los pacientes en este estado pueden reaccionar mejor a las cosquillas en la mucosa nasal que a los estímulos dolorosos. ¿Es raro, verdad? Pero a veces funciona —comentó la sanitaria con una amplia sonrisa.

«Aquí no tengo nada que hacer. Me voy». A Julián todo aquello le sobrepasaba.

—He contactado al fin con su médico de cabecera. —La doctora volvió cuando el teniente ya estaba saliendo de la habitación—. Me ha dicho que le receta un ansiolítico desde hace años, Orfidal, porque le cuesta conciliar el sueño y tiene episodios de ansiedad.

—¿Sólo eso?

—Sí, nada más. La ha tratado los últimos dos años y nunca ha padecido ningún problema serio, ni psiquiátrico ni de otra índole. Algún catarro, poco más.

Volvió a sonar el móvil del teniente. Esta vez era su madre. Recordó que tenía que haberla llamado para saber cómo había ido la reunión con Gastón, pero no quería hablar con ella en aquel momento. Dejó que sonara el teléfono hasta que el timbre enmudeció.

—Disculpe, doctora. ¿Qué me decía?

—Aunque Sara no tenga un historial de problemas psiquiátricos, eso sólo quiere decir que no han sido diagnosticados, porque este tipo de pseudocoma suele afectar a personas con esos antecedentes. Lo que usted me ha contado sobre ella y lo que yo he visto al tratarla hace muy factible que su posible pasado traumático se haya reactivado con lo sucedido ayer en su casa. A cualquiera le hubiera impresionado encontrar dos ojos humanos en el frigorífico. En el caso de Sara, ha resultado demoledor. Es una lástima que no se pueda contactar con sus familiares, porque ayudaría mucho a entender lo que ha sido su vida hasta hoy.

—Iré a ver a su madre, aunque no creo que sirva de mucho. Ya le he dicho que padece alzhéimer.

—Aun así, es posible que pueda conseguir información. Tenga en cuenta que esta enfermedad borra la memoria inmediata, pero mantiene intactas algunas de las conexiones vinculadas con el pasado remoto. Quizá la madre de Sara no sepa cómo se llama o no pueda recordar qué ha hecho cinco minutos antes, pero sí algún hecho relevante de hace tres décadas.

—¿Quiere decir que podría recordar qué le ocurrió a su hija treinta años atrás, por ejemplo? —preguntó el teniente repentinamente animado.

—Si se estimula su memoria adecuadamente y se va con mucho cuidado, es posible.

—¿Y cómo se hace eso? Tendrá que explicármelo.

—Puedo acompañarle a verla, si quiere.

—¿Lo haría?

—El de Sara es el primer coma psicógeno de estas características con el que me encuentro. Me interesa —contestó, escueta.

—Se lo agradezco. La investigación nos está resultando muy difícil en estas circunstancias, como comprenderá.

—¿Nunca ha trabajado en un caso en donde las claves esenciales haya que buscarlas en personas con trastornos psíquicos?

—No de esta forma.

—Son problemas incógnitos que no pueden resolverse al ritmo al que estamos acostumbrados. La mente humana, cuando quiere ser aún más compleja de lo que es, se convierte en un pozo profundo y oscuro. Puede usted permanecer asomado al fondo durante horas, incluso durante días, y no ver más que un agujero negro donde todo es silencio. Sólo se puede llegar a la luz cuando se aprende a ver en la oscuridad.

CAPÍTULO V

En una sala de las dependencias policiales del aeropuerto de Barajas, el teniente Tresser y el cabo Coira habían tenido tiempo más que suficiente para repasar varias veces todos los datos de la investigación. El vuelo que traía a Gherardus van Haalen desde Hong Kong se había retrasado. Lo esperaban a las doce y media de la noche, ya eran las dos de la madrugada y el avión seguía sin aterrizar. Ambos empezaban a percibir el cansancio de un largo día que todavía no había llegado a su fin.

—¿Le importa si echo una pequeña cabezada? —Coira tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener los ojos abiertos.

—Hágalo, le irá bien.

—¿Y usted?

—Puede que también lo haga.

El teniente tenía órdenes del capitán Díaz Visado de permanecer en el aeropuerto hasta la llegada de Gherardus, a pesar del retraso. Al llegar el vuelo a horas tan intempestivas, la ventaja era que Marija no iría a recibir a su hermano, por lo que Gherardus pisaría tierras españolas sin haber tenido ningún contacto previo que pudiera contaminar el interrogatorio. Los agentes a cargo de las dependencias de Aduanas de la Guardia Civil les habían ofrecido un par de bocadillos, refrescos y café, algo que el teniente y Coira agradecieron porque estaban hambrientos. Coira se durmió en su silla pocos segundos después de solicitar permiso para hacerlo, pero Julián no lograba conciliar el sueño. ¿Por dónde se empieza a reconstruir una vida partiendo de la nada? Cuarenta años, los de Sara, que habían transcurrido sordos y mudos. Si ahora muriera, nadie la echaría de menos, ni siquiera su madre, que incluso había olvidado que tenía una hija. Julián se acordó de Greta. Llevaba sola todo el día y continuaba sola ahora, de madrugada. Aunque sabía que los gatos son seres que soportan con impasibilidad las ausencias, le desasosegó imaginarla en una casa todavía extraña para ella, pero en contrapartida le reconfortó saber, lo había leído en Internet, que los gatos se aburren poco porque duermen mucho. En aquellos momentos también a él le hubiera gustado abandonarse a un profundo sueño reparador, pero en su mente no hallaba la paz suficiente. Tampoco se sentía

cómodo en aquel sillón de oficina donde estaba sentado, duro como una tabla. Y hacía frío. ¿Es que en aquellas dependencias apagaban la calefacción por la noche? Le costaba creerlo, pero así parecía ser. Tenía las manos heladas. Empezaba a sentirse harto del caso García Huete, de aquella investigación dispersa donde parecía imposible que *algo*, por mínimo que fuera, encajara con su otro *algo*, y posiblemente el interrogatorio a Gherardus no resolviera demasiado. El hermano de Marija se hallaba en la otra punta del planeta cuando su cuñado fue asesinado, aunque aquel *mail* enviado hacía un mes y firmado en nombre de La Rosa Blanca quizá arrojara un poco de luz. Ya había quedado con Coira en que ambos irían cuanto antes a aquella casa de retiro en Gredos. Con un poco de suerte, quizá el tal padre Huidobro que había mencionado el párroco recordara algo de aquellos campamentos infantiles en los que Tomás García Huete fue monitor. Los curas ancianos, estaba convencido Julián, pertenecen a una suerte de casta superior al resto de los mortales, porque suelen mantener la memoria intacta aunque la vejez les pudra todo lo demás. Recordó entonces las tres llamadas perdidas de su madre en el móvil. Ella nunca dejaba ningún mensaje en el buzón de voz, porque se sentía incapaz de hablarle a una máquina, como siempre le decía, pero sabía perfectamente el motivo de tanta insistencia: ya había quedado con Gastón para ir a ver la casa de Aguas y él tendría que dejarlo todo para acompañarla; de lo contrario, comenzarían los reproches de siempre sobre su absorbente trabajo. A su madre nunca le gustó tener un hijo guardia civil, porque siempre había soñado con presumir de hijo abogado. Aun así, logró que Julián estudiara la carrera de Derecho, aunque al final prefiriera opositar a la Guardia Civil en vez de dedicarse a la abogacía. Nadie en su familia había pertenecido al Cuerpo y Julián nunca manifestó que quisiera ser militar o policía, de ahí la sorpresa de su madre al recibir la noticia.

—¿Se puede saber por qué te ha dado por ahí? —le preguntó en su momento, con evidente disgusto.

—No lo sé, mamá. Es lo que me apetece ahora.

Lo cierto es que tomó la decisión sin saber realmente las razones. Un año después de finalizar la carrera vio un anuncio sobre oposiciones a la Guardia Civil y decidió informarse. El temario no le pareció difícil y las pruebas físicas no serían duras para alguien como él, que acudía al gimnasio una hora al día para matar el tiempo. Además, convertirse en un funcionario policial le resultaba más atractivo que opositar a la Administración, que había sido hasta entonces su primera opción. Era una persona metódica y disciplinada, por lo que primero cursó un grado en Criminología en la Universidad Complutense. Tras formarse en la Academia de Úbeda y adquirir el grado de sargento en la de Baeza, ambas en Jaén, para opositar en la Escuela de Oficiales de San Lorenzo de El Escorial,

en Madrid, Julián se convirtió en teniente de la Guardia Civil. Le aguardaba promocionarse a capitán, pero ya había renunciado una vez al ascenso porque no quería arriesgarse a un cambio de destino que pudiera alejarle de su madre. Aunque su relación con ella no fuera la mejor, la mujer padecía una cardiopatía isquémica y ya había sido sometida a dos intervenciones quirúrgicas. No quería separarse de ella, por lo que pudiera pasar. Aún se le permitían dos renunciaciones más al ascenso, así que todavía había tiempo para replanteárselo. No tenía cargas familiares y, aunque su sueldo no era ni mucho menos alto, vivía sin estrecheces. Para qué complicarse la vida, pensaba.

Las dos y media de la madrugada y nada se sabía todavía del vuelo en el que viajaba Gherardus. Coira continuaba durmiendo plácidamente, con la cabeza apoyada en la pared y con la boca ligeramente abierta. De vez en cuando emitía leves ronquidos y luego chasqueaba la lengua, para quedarse de nuevo en silencio. El teniente decidió estirar las piernas y se levantó de su incómodo sillón. Al hacerlo, sintió un crujido en una de sus rodillas, señal de que sus articulaciones estaban entumecidas. «¡Maldita silla de mierda!», gritó, sin importarle que alguien pudiera escucharle y mucho menos despertar a Coira. Un largo y estrecho pasillo comunicaba todas las salas de interrogatorios. Al pasar por delante de una de ellas, oyó a una mujer hablar a gritos en un idioma extranjero, quizá ruso. Uno de los guardias que les había ofrecido café salió en aquel momento y se encontró con el teniente.

—Está histérica —le susurró con gesto de complicidad.

—Y quién no lo está a estas horas. Por cierto, ¿qué pasa con ese vuelo de Hong Kong?

—¿No le han traído aquí al pasajero? —preguntó, extrañado.

—Pues no...

—He mandado a un compañero para que le avisara de que el vuelo ya había llegado y que estaban escoltando al pasajero hasta aquí. ¿No le han dicho nada?

—No, no me han dicho nada —reiteró el teniente con evidente malestar—. ¿Se da cuenta usted del tiempo que llevamos esperando?

—Le pido disculpas. Voy a informarme ahora mismo.

—Hágalo —le ordenó, enfadado.

El guardia civil recorrió apresurado el pasillo y desapareció tras una de las muchas puertas. «¡Inútiles!», murmuró de mal humor Julián mientras entraba de nuevo en la sala de espera. Allí seguía Coira, durmiendo plácidamente.

—Vamos, despierte. —Le dio unas palmadas en el hombro.

Coira abrió los ojos y, al ver a su superior frente a él, se levantó de la silla casi de un salto.

—El hermano de Marija viene para acá. Le da a usted tiempo de refrescarse la

cara. De vuelta, intente conseguir dos cafés bien cargados.

—Sí, mi teniente, bien cargados.

Coira seguía con aquella molesta costumbre de repetir las dos últimas palabras de cada orden, pero en aquel momento no tenía ganas de recriminarle de nuevo, cansado como estaba y con un interrogatorio a punto de comenzar. Tenía que haberse refrescado la cara él también, porque ahora, precisamente ahora, empezaba a notar cómo el sueño intentaba vencerle. Oyó voces en el pasillo, abrió la puerta y se asomó. Gherardus van Haalen, escoltado por dos agentes, avanzaba hacia la sala al tiempo que murmuraba palabras airadas en holandés, un idioma de sonidos guturales que le pareció endiabladamente incomprensible. A medida que se acercaba, el teniente observó lo mucho que se parecían Gherardus y Marija, aunque él era más alto, más rubio, más apuesto y más delgado que su hermana. Vestido con un traje caro e impecable de color oscuro, con camisa blanca y corbata negra, iba perfecto para ir de funeral.

—Señor Van Haalen, soy el teniente Tresser, de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Pase, por favor —le indicó, franqueándole la puerta hacia una pequeña sala, sin ninguna ventana, con una mesa y cuatro sillas.

—Me han escoltado desde que ha aterrizado el avión como si fuera un delincuente. ¿De verdad era necesario todo esto? —preguntó con indignación mientras se aflojaba el nudo de la corbata—. Vengo a enterrar a mi cuñado, aún no puedo creerlo, y ustedes... ¿De qué va esto?

Al contrario que su hermana, Gherardus hablaba un castellano perfecto, sin trazos de acento holandés.

—Tome asiento y tranquilícese. Si usted me aclara algunas dudas, podrá irse enseguida —le aseguró el teniente.

Mientras ambos se sentaban, entró Coira con dos cafés humeantes y también tomó asiento.

—Señor Van Haalen, me acompaña el cabo Coira, en comisión de servicio en la investigación de la muerte de Tomás García Huete. ¿Le apetece un café?

—No, quiero irme a casa cuanto antes. ¿Qué es lo que ustedes quieren saber?

—Le informo de que no se le ha acusado de ningún delito y, por lo tanto, no es usted sospechoso de nada hasta el momento. Esta conversación va a ser grabada —le explicó el teniente, mientras Coira colocaba sobre la mesa una pequeña grabadora—. ¿Quiere usted colaborar voluntariamente contestando a las preguntas que vamos a hacerle?

—¿Voluntariamente? ¿Usted cree que he llegado aquí voluntariamente?

—¿Quiere usted colaborar? Conteste sí o no, por favor.

—Sí... —aceptó con resignación.

Coira accionó la grabadora y el teniente comenzó con las preguntas.

—Dígame, ¿cómo se llevaba usted con su cuñado? —entrelazó las manos sobre la mesa y detuvo cualquier otro gesto para manifestarse ostensiblemente opaco ante el interrogado.

—Aunque por mi trabajo nos veíamos poco, manteníamos una relación cordial, sin ningún tipo de problemas —contestó con una voz trémula que expresaba desconcierto y también temor.

—¿Conocía usted a Tomás antes de que se casara con su hermana?

—Sí, desde unos años antes. Estudié en la Escuela Superior de Náutica en Santander y luego cursé en Madrid un grado en Logística Mercante. Me ganaba algún dinero dando clases de inglés y así conocí a Tomás. Nos hicimos amigos y luego le presenté a mi hermana en una ocasión que vino a visitarme a España. Se enamoraron y se casaron. Eso es todo.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—Este verano, en agosto, en Cantabria. Vinieron todos, Tomás, Marija y mis dos sobrinos, a pasar unos días en mi casa de Galizano, un pequeño pueblo costero cerca de Santander. —Gherardus se acomodó nuevamente en la silla; era la tercera vez en escasos minutos que variaba ligeramente la postura, según contabilizó Coira.

—En aquellos días, ¿percibió en su cuñado algún cambio de comportamiento?

—No, en absoluto, era el mismo de siempre.

El cabo ya estaba resignado a asistir como mero espectador. El teniente ni siquiera le miraba. Eso le desanimó y no pudo evitar evadirse unos momentos. Al escuchar la pregunta sobre el cambio de comportamiento de Tomás, pensó en Lola, su novia. Se había mostrado tan ausente cuando le comentó aquel mismo día por la tarde que se iría a Valencia a visitar a su amiga enferma que al despedirla en el metro tuvo el presentimiento de que no le había dicho toda la verdad. ¿Y si en realidad el viaje fuera por otro motivo oculto?, sospechó. «No, eso es imposible, Lola no me mentiría nunca», se convenció.

—El pasado 10 de septiembre, alrededor de un mes antes de ser asesinado —prosiguió el teniente—, su cuñado recibió un *mail* que procedía de su cuenta de correo electrónico anabel ge tres tres tres arroba yahoo punto es.

—¿Una cuenta mía? Se equivoca.

—El que se equivoca es usted. La cuenta está a su nombre, aunque el correo lo firme una tal Anabel García. Coira, proceda a leer el contenido. —Era la primera vez que el teniente se dirigía a él en todo el interrogatorio.

El cabo pasó rápidamente las páginas de un bloc de notas y se detuvo en una, que comenzó a leer.

—El texto va encabezado como «Grupo de docencia La Rosa Blanca» y en él se escribe: «Estimado Sr. García Huete, le comunicamos que, debido a su

repetida ausencia en las reuniones de docencia de los últimos meses, procedemos a darle de baja, lamentando su falta de interés, que para nosotros resulta inexplicable. Un saludo. Anabel García. La Rosa Blanca».

Gherardus permaneció en silencio unos segundos y luego aseguró:

—No es lo que usted cree, teniente.

—¿Y qué es lo que yo creo?

—No tiene nada que ver con lo que le ha ocurrido a Tomás, se lo aseguro.

—Convénczame de eso.

—No puedo, lo siento. Di mi palabra.

—¿A quién?

—A Tomás.

—Desgraciadamente su cuñado ya no está. Si pudiera vernos desde algún lugar ahora mismo, seguro que agradecería que usted colaborara para desentrañar el crimen del que fue víctima. ¿Qué es La Rosa Blanca?

—Así nombraba Tomás a un grupo de amigos que fueron monitores en un campamento infantil, hace ya muchos años.

—¿Dónde tenía lugar el campamento?

—No lo sé exactamente, creo que por la sierra de Gredos, en Ávila. Mi cuñado no hablaba mucho del tema, supongo que le resultaba ya muy lejano.

—¿Y no le mencionó algún suceso relacionado con aquella época?

—No, que yo recuerde.

—¿No sabe tampoco quiénes eran aquellos monitores de las colonias?

—No, ya le he dicho que Tomás no hablaba de ello.

—No entiendo por qué ustedes dos se enviaban *mails* con pseudónimos, cuando podían haber firmado con sus nombres. Explíqueme eso.

Gherardus inspiró aire y lo expulsó en varias fases entrecortadas. Tardó unos instantes en contestar:

—Cuando yo viajaba a Madrid, a veces nos reuníamos sin que lo supiera mi hermana.

—¿Y eso por qué?

—Ya le he dicho que di mi palabra.

—Tiene que contestar, porque de lo contrario ahora mismo le llevaré a declarar a la Comandancia y luego lo hará ante el juez que instruye el caso, y esa situación sí que no podrá ocultársela a su hermana.

—*Verdomme!* —exclamó en holandés—. ¡Maldita sea! Tomás tenía cáncer.

—Lo sé —contestó el teniente impasible, ante la mirada de asombro de Coira, que ignoraba esa información—. El forense lo descubrió al hacerle la autopsia. ¿Y qué más?

—Tomás me pidió que no se lo dijera a Marija hasta tener todos los

resultados.

—¿Cuándo se lo pidió?

—En septiembre. Quedamos en vernos ese mes en Madrid, aprovechando que aquellos días yo estaba relativamente cerca, en Atenas. Cogí un vuelo de ida y vuelta en el mismo día. Le estuve esperando en la cafetería donde solíamos encontrarnos, pero no acudió. Me enfadé y por eso le envié el correo electrónico que ustedes han leído.

—¿Sabía su hermana que usted iba a viajar a Madrid aquel día?

—No... —dijo bajando la mirada.

—¿Sabe, Gherardus? Me está costando convencerme de lo que usted dice. Yo creo que se conocieron en aquellos campamentos de verano, que algo sucedió allí, que ustedes y el resto de amigos de La Rosa Blanca hicieron un pacto de silencio y que ahora están asustados por este crimen, que sin duda está relacionado con lo que allí ocurrió. ¿Conoce o le suena el nombre de Sara Azcárraga? Y no me mienta de nuevo.

—¿Sara Azcárraga? No había oído ese nombre en mi vida... ¡Y yo no estuve en ese campamento! Ni siquiera conocía a Tomás por aquel entonces. Mi cuñado fue monitor mientras estudiaba y yo llegué a España con veintidós años, mucho tiempo después de que él terminara la carrera. No tengo ni idea de quién pudo asesinar a Tomás y estoy destrozado por esta muerte absurda que mi hermana y mis sobrinos no superarán en la vida. Ni yo tampoco.

—La relación de usted y su cuñado era más estrecha de lo que Marija cree y de lo que usted está intentando hacernos creer. Vamos, Gherardus, usted sabe más de lo que cuenta, es ya muy tarde y se me agota la paciencia. Volvamos a La Rosa Blanca y díganos algo más. Haga memoria.

—Es que no sé qué más decirle. Le pregunté a Tomás qué era eso de La Rosa Blanca y me dijo que era un grupo de cuatro catequistas que estuvieron un verano de monitores en un campamento infantil organizado por una parroquia, ya se lo he dicho.

—No, no me lo ha dicho. Es la primera vez que menciona la parroquia y que eran cuatro los amigos.

—*Alstublieft!*; ¡Por favor! —exclamó pasándose las manos por sus rubios cabellos—. Se me habrá olvidado, no sé, no le di importancia en aquel momento.

—Gherardus, ¿qué pensará su hermana cuando descubra que usted y su marido se enviaban *mails* para reunirse en Madrid a sus espaldas?

—¡No! ¡No deben decírselo! —exclamó—. ¡La destrozarían aún más!

El teniente siempre había sospechado que Tomás García Huete guardaba secretos en su desván, como la mayoría de los mortales. Aquellas férreas rutinas, aquella vida exhibida ante los demás como modélica, en la que todo encajaba

como una maquinaria de precisión, no eran más que el telón que ocultaba el escenario. No le dio más vueltas, tuvo una corazonada y le preguntó sin preámbulos:

—¿Mantenían ustedes una relación sentimental? ¿Es eso lo que está intentando esconder?

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído.

—Eso forma parte de mi intimidad, ¿no cree? —se quejó Gherardus.

—No en este momento. Conteste.

Pero Gherardus no lo hacía. Permanecía cabizbajo y esquivo.

—Conteste, le he dicho —le apremió el teniente.

—Está bien... No sé cómo explicarlo, es difícil.

—Inténtelo —le animó con frialdad.

—No voy a entrar en los detalles, pero ninguno de los dos pudimos evitarlo —afirmó desviando su mirada, en un vano intento por esquivar las de los guardias civiles—. Desde el primer momento nos sentimos atraídos el uno por el otro de un modo que no entendíamos, porque ni a él ni a mí nos habían interesado nunca los hombres. O quizá sí, pero no se habían dado las circunstancias. Sucedió de repente y perdimos el control sobre la situación. Cuando Marija se enamoró de Tomás, mi cuñado cortó nuestra relación sin explicaciones y se casó con ella. Eran otros tiempos y estas cosas había que esconderlas, quizá ahora hubiera sido diferente, al menos me gusta pensarlo así, aunque no sea del todo cierto porque sigue siendo muy difícil, créame. Cuando Tomás se casó con mi hermana, nunca más volvimos a hablar del tema hasta hace dos años, en Navidades, aquí en Madrid. Tras la cena de Nochebuena en su casa, me acompañó en coche al hotel, porque me inventé una excusa para no dormir en la casa familiar. Durante el trayecto me dijo que no podía más, que la culpa no le dejaba vivir, que había traicionado a Marija y a sus hijos y que nunca se lo perdonaría. «Pero si ya no tenemos relación, Tomás», le dije, tranquilizándole. «Ése es el problema, que quiero volver», me contestó. Yo me quedé atónito y sorprendido a la vez. Y empezamos con los *mails* y con las citas clandestinas de nuevo. El resto ya lo saben.

—¿Es posible que mantuviera otra relación con alguien más?

—Rotundamente, no. Tomás vivía atormentado por su sexualidad. Ya le costaba bastante aceptar lo nuestro como para complicarse más la vida. Teniente, a pesar de todo, mi cuñado fue un buen esposo para Marija y un buen padre para sus hijos. Lo que acabo de revelarles no tiene nada que ver con su crimen. Si Marija se enterara de la verdad, no podría soportarlo, la matarían, porque supondría para ella una doble traición, la de su marido y la de su hermano.

—¿Está seguro de que Marija no lo sabe? —preguntó por vez primera Coira, animado por la tensión que se respiraba.

—Sí, totalmente seguro. Tuvimos mucho cuidado. Ya sé que es horrible lo que hicimos, pero créanme que era más fuerte que nosotros.

—No estamos aquí para juzgarle, Gherardus —afirmó el teniente—, sólo hemos pedido su colaboración para resolver el crimen de su cuñado. ¿Hasta cuándo se va a quedar aquí?

—He pedido una semana de vacaciones, aunque no sé si me la darán porque los buques mercantes no pueden quedarse sin capitán. Mi hermana me va a necesitar para superar esto y, aunque no lo crean, la quiero muchísimo y nunca la hubiera traicionado de haber podido evitarlo.

—Puede irse a casa —le dijo el teniente—. Si necesitamos hablar con usted de nuevo, se lo comunicaremos. Facilite su número de móvil al cabo Coira y nosotros le daremos los nuestros, por si recuerda algo de interés. Buenas noches —se despidió mientras se levantaba de la silla y abandonaba la sala.

«Marija, pobre ilusa», pensó mientras caminaba junto a Coira por el aeropuerto, que parecía doblemente inmenso al hallarse casi vacío en la madrugada. El teniente estaba habituado a descubrir tantas mentiras detrás de supuestas verdades que ésta la había digerido como una más.

—¿Cómo se le puede hacer eso a una hermana?

—Ya se acostumbrará a estas cosas, Coira.

—Supongo que sí, me acostumbraré.

El teniente miró de reojo a su subordinado, que proseguía con el insidioso hábito de repetir su última frase, pero estaba tan cansado que lo dejó pasar. Sin embargo, no pudo evitar impartirle una lección apresurada sobre la investigación criminal:

—En este trabajo hay que dejar las emociones en casa antes de salir, de lo contrario no lo soportará. Lo que ha escuchado hoy no es lo más grave que va a oír en su oficio. —Ya en el *parking*, el teniente no encontraba las llaves de su coche y temía habérselas dejado en la sala de interrogatorios—. Si le afecta tanto una simple historia de amor prohibido y de traición, ¿qué pasará cuando tenga que escuchar la confesión de una madre que ha asfixiado a su bebé con la almohada o la de un padre que ha violado a su hija de cinco años? —Al fin las encontró en un bolsillo de su cazadora, donde nunca solía guardarlas—. Nosotros no juzgamos, sólo investigamos, y si tiene la tentación de reprochar o de emitir juicios morales, siempre equivocará el camino. O lo asume usted o dedíquese a otra cosa.

Tras darle aquella pequeña clase a Coira, se despidió y se subió a su coche. Coira también había traído el suyo particular, pues así lo había decidido el

teniente previendo que el interrogatorio acabaría tarde. Hubiera supuesto un engorro más desviarse para entrar en Madrid y dejar al cabo en su domicilio antes de proseguir camino hacia Uvés. Eran casi las cuatro de la mañana. Julián estaba somnoliento y tenía que conducir casi cuarenta kilómetros hasta llegar a casa. Resignado, arrancó el motor e inició el viaje. Otra pista fallida, pensó con desasosiego. Una vez más se repitió a sí mismo que la clave estaba en Sara. De nuevo regresaba al punto de partida. La autovía de circunvalación M-50 estaba prácticamente vacía a aquellas horas y eso le permitió llegar a su destino en menos tiempo del previsto. Cuando entró en su piso, no vio a Greta acurrucada en una esquina del sofá, como era su costumbre. La encontró en el dormitorio, sobre la cama, durmiendo plácidamente. Al percibir la presencia de su amo, la gata se desperezó, saltó del colchón al suelo, arqueó el cuerpo para desentumecerse, ronroneó unos segundos entre los tobillos de Julián, saltó de nuevo a la cama, se ovilló y cerró los ojos. La sola idea de dormir con la gata le soliviantó.

—¡Greta! ¡Baja de ahí! ¡Vamos!

Ella ni se inmutó. La cogió entre sus brazos con la torpeza de un padre primerizo y la depositó en el suelo del pasillo. La gata lo miró y le lanzó un maullido lastimero mientras dirigía sus pasos silenciosos hacia el salón. Hasta allí la siguió Julián y vio cómo se acomodaba en una esquina del sofá, la suya de siempre.

—Las normas están para cumplirlas, Greta. Éste es tu territorio y el mío es el mío, ¿entiendes? —puntualizó, sintiéndose un poco ridículo por hablarle a un animal.

Cuando se despertó pocas horas después, la gata seguía en el sofá, en el mismo sitio, en la misma esquina. Le dio lástima haberla expulsado de su cama, así que le colocó en el plato doble ración de pienso. Tenía el día libre y pensaba utilizar aquel sábado para descansar, que bien lo necesitaba. Su plan era ducharse sin prisas, desayunar con lentitud, tomarse un aperitivo en alguna cafetería de su barrio, pasear por el parque, comer en casa algún plato preparado, dormir una siesta en el sofá e invertir la tarde en revisar el caso de nuevo. Sin embargo, a las diez de la mañana le llamó su madre para decirle que había quedado con Gastón para verse en el pueblo a la una de la tarde. Ni siquiera le preguntó si le era posible acompañarla aquel día y a aquella hora, pero sí le recriminó no haber contestado a sus llamadas. Julián no entendía tanta premura por enseñarle a aquel hombre la casa del pueblo. Hasta entonces nunca la había puesto en venta, más por desidia que por otra cosa, porque a su madre el dinero le hubiera venido bien. La mujer vivía con una buena pensión de viudedad, pero siempre pasaba apuros y él le nutría el saldo de la cuenta cada mes, aunque ella

nunca se lo agradeciera. ¿En qué se gastaba el dinero?, se preguntaba muchas veces. En más de una ocasión se planteó hacerle un seguimiento, porque sospechaba que le gustaba el juego y acudía con frecuencia a los bingos, pero siempre acababa por desechar la idea. Cualquier reproche supondría un conflicto. No quería enfrentarse a ella.

Las doce de la mañana. Julián ya llevaba diez minutos de espera en la calle y su madre seguía sin aparecer por el portal. Aprovechando que viajaba a Ávila, visitaría también la casa de retiro de Gredos. Al principio iba a ir solo, pues no quería fastidiarle a Coira su día libre, pero tras mantener una conversación telefónica con Díaz Visedo para ponerle al tanto sobre el interrogatorio a Gherardus, el capitán llamó al cabo, le preguntó si accedería a ir y la respuesta fue afirmativa. Y ahora, tras haberse dado tanta prisa por llegar desde Uvés a Madrid para recoger a su madre, seguía esperándola en la puerta. Se sentía estúpido por haber transigido en acompañarla al pueblo. Incapaz siempre de darle una negativa rotunda, ahora pagaba las consecuencias. Habían convenido con Coira en que los dos llegarían por separado a Gredos. Julián no le dio explicaciones del porqué. Dejaría a su madre en Aguas, luego conduciría hacia la casa de retiro, no muy lejos de allí, y más tarde acudiría de nuevo al pueblo, mientras Coira iniciaba por su lado el camino de regreso a Madrid. Y todo ello debía llevarse a cabo en el menor tiempo posible, porque además el teniente había decidido complicarse aún más el día quedando por la tarde con la doctora Mabrán para ir al geriátrico donde residía la madre de Sara. Le soliviantaba la acelerada secuencia de citas a que se había visto obligado, pero se conformaba si al menos con ello avanzaba la investigación. Ya irritado por la tardanza de su madre, tuvo la fantasía de salir del coche y aporrear el timbre del portero automático, pero justo en aquel momento la vio dirigirse hacia la puerta del portal con pasos lentos y tranquilos. Siempre olvidaba que su madre era una mujer de setenta y tres años con dos operaciones de corazón en su equipaje vital. Reprimió su enojo y la ayudó a subir al coche con la paciencia de un enfermero.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó, al verla con una bolsa de plástico en la mano.

—Un termo con café caliente. En la casa del pueblo hay cafetera, pero no hay corriente eléctrica. No sé si estamos saliendo muy tarde —rezongó mientras se acomodaba en el asiento.

—Llevo un cuarto de hora esperándote en la calle, mamá. Digo yo que ya está bien. —Julián no disimuló su enfado.

—Pues mira, el mismo tiempo que yo he estado esperando el ascensor. No sé qué pasa hoy que lleva toda la mañana ocupado. Venga, arranca, que no llegamos.

—Me podrías haber avisado de esto con más antelación —le reprochó Julián mientras ponía en marcha el motor e iniciaba la marcha.

—Te estuve llamando ayer toda la tarde y *tú* no cogiste el teléfono.

—Estaba trabajando —se defendió con resignación.

—Sí, claro, tu trabajo es lo primero, ya lo sé. —Cerró la frase con un suspiro.

Durante la hora y media que duró el trayecto, apenas cruzaron palabra alguna. Amelia tenía el rostro vuelto hacia la ventana, entretenida con el paisaje, que cambió bruscamente una vez dejaron atrás la autopista y circunvalaron la ciudad de Ávila para ascender por la sinuosa carretera que penetraba en la sierra de Gredos. La naturaleza exhibía ahora una grandiosidad que Julián ya había olvidado. Los collados se sucedían unos a otros, enmarcando pastizales y riachuelos donde el ganado ejercía su reinado tranquilo. A ambos lados de la carretera se aglutinaban los pinos, las encinas y los robles, y la humedad del otoño ya había colonizado de musgo y liquen las rocas graníticas. Aunque habían dejado Madrid con un cielo soleado, ahora el firmamento tenía un color ceniciento que restaba calidez al paisaje, pero, a la vez, lo revestía de un halo misterioso que a Julián le recordó a los cuentos de gnomos.

—¿Ya has pensado cuánto le vas a pedir a Gastón? —Habría querido preguntárselo al principio del viaje, pero entonces no le apetecía hablar. Ahora consideró que era un buen momento, a poca distancia ya del pueblo.

—Con diez millones me conformo. De pesetas, claro. No sé cuánto será en euros.

—Sesenta mil. ¿No crees que la casa vale más? La recuerdo enorme, con tres pisos, la parcela, el patio, el jardín, el pozo.

—Pero está en un pueblo perdido. ¿Quién va a querer irse a vivir allí? Ya que hay alguien que la quiere comprar, es momento de aprovechar la oportunidad. Por supuesto, te daré una parte del dinero.

—No me des nada, no lo necesito, pero yo la vendería por noventa mil, quince millones de las antiguas pesetas. Piensa que habrá que pagar impuestos, notaría, etcétera.

—Ya veré, hijo. Me gustaría venderla cuanto antes.

—Como quieras. —Julián optó finalmente por desentenderse.

—Y además no sé lo que va a ofrecer Gastón.

—Claro, mamá. Mira, ya estamos llegando. —Al salir de una curva cerrada, Aguas apareció en medio del paisaje como una irregular mancha blanca y gris encajada entre collados—. Por cierto, te dejaré en la casa y luego volveré a buscarte.

—¿Pero qué dices? ¿No te vas a quedar? —preguntó, airada.

Julián se felicitó por haber dejado aquel detalle para el final del trayecto.

—Tengo que hablar con alguien, pero es muy cerca de aquí.

—Para una vez que te pido algo, me dejas abandonada con un desconocido. Y además, esta mañana me he levantado especialmente cansada. Deberías quedarte conmigo.

—Vamos, mamá, tú misma has dicho que conoces a Gastón desde que era pequeño. ¿Sabes que para mi capitán estoy de servicio en este momento? No me lo pongas más difícil, por favor.

Amelia refunfuñó unas palabras ininteligibles con el rostro vuelto hacia el cristal de la ventanilla. Faltaban unos pocos metros para doblar y enfilarse la estrecha carretera que conducía directamente al pueblo.

—Entra por el campo de fútbol, Julián.

—¿Y eso? —Hacerlo así suponía dar un enorme rodeo.

—No quiero pasar por la calle principal y encontrarme con conocidos. Entra por el campo y así aparcas detrás de la casa, junto al garaje. ¿Qué más te da?

—Es una vuelta estúpida, pero si es lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero.

De mala gana, Julián varió el trayecto y se adentró en un camino sin asfaltar repleto de pedruscos que sobresalían de la tierra, puntiagudos y amenazantes. Su destreza al volante evitó que arañaran el chasis, sobre todo durante el tramo que bordeaba el pequeño campo de fútbol del pueblo, tan sólo reconocible por las dos vetustas porterías a ambos extremos. El terreno de juego estaba devorado por los hierbajos y apenas se distinguía de aquellos abruptos parajes de arbustos y granito. El coche se adentró ahora en un camino igual de tortuoso que terminaba en una pequeña era, justo en la parte trasera de la casa. Habían llegado. Mientras aparcaba el coche, Julián recordó cómo aprendió en aquella era a montar en bicicleta mientras espantaba a las gallinas cuando se las dejaba libres para picotear. Se fijó en la alambrada del gallinero del patio, reducida ahora a un ovillo de metal oxidado.

—Entremos por el garaje. He traído la llave —dijo Amelia mientras Julián la ayudaba a descender del coche—. No veo a Gastón. Hemos llegado veinte minutos tarde —le recriminó.

—¿Te ha dado su número de móvil?

—No usa móvil. Me llamó al fijo de casa.

—¿Y cómo te localizó?

—Y yo qué sé, no se lo pregunté. Supongo que me buscaría en el listín telefónico. ¿Qué importa eso ahora?

—Vale, no importa, pero resulta que si le ha surgido algún imprevisto, no hay manera de saberlo.

—Ya llegará, tú no te preocupes. Toma la llave y abre el garaje —le ordenó

con premura mientras miraba con inquietud a su alrededor—. Date prisa, no querría encontrarme con alguna vecina.

—No me apetece entrar, mamá. —Julián se resistía a hacerlo—. Y además tengo prisa, ya lo sabes.

—¿Vas a permitir que sea yo quien arrastre esa pesada puerta de hierro?

—Está bien, de acuerdo.

Se consideraba un estúpido complaciendo siempre a su madre, cumpliendo sus órdenes sin rechistar. Se sentía una persona distinta ante su presencia. Toda la férrea psicología que había adquirido en la Guardia Civil se desvanecía como humo ante aquella mujer huraña y distante. Se volvía débil ante ella, paciente y resignado. Mientras introducía la llave en la puerta del garaje, la odió profundamente y deseó verla muerta. No encontró en aquel momento ningún motivo para avergonzarse de tan oscuro sentimiento.

Julián imaginó que aquella puerta de hierro se le resistiría como una losa, después de permanecer varias décadas sin abrirse, pero bastó introducir la llave, girarla suavemente y, tras escuchar un límpido clic, se abrió sin emitir el más leve quejido. La primera luz que irrumpió desde el exterior rompió la quietud pasmada de los objetos guardados allí durante tantos años, que ahora aparecían como bultos desiguales entre las sombras. Cuando penetró más la claridad, su mirada se topó con su vieja bicicleta, apoyada sin cuidado sobre un montón de cajas, frente a la puerta.

—Voy a subir a la casa para abrir las ventanas. Vete si quieres, ya me las arreglaré —le dijo su madre mientras se dirigía a una puerta interior del garaje.

—¿Y si no viene Gastón?

—Te he dicho que ya me las arreglaré.

—Como quieras. Intentaré volver lo antes posible.

Julián se quedó allí, solo, en aquel garaje que contenía los veranos de su niñez. Debía irse, ya llegaba tarde, pero se encendió un pitillo y se apoyó sobre unas cajas cubiertas por una tela vieja y polvorienta. Se le pasó por la cabeza buscar por algún rincón la espada de plástico y el sombrero de mosquetero con los que se disfrazó tantas veces en sus aventuras imaginarias. Le dolía la pérdida de la infancia. Nunca hasta entonces había sentido aquella pesadumbre extraña. Apuró el cigarrillo y lo tiró al suelo, para apagarlo bajo su zapato mientras, concentrado en sus pensamientos, contemplaba el oscilante movimiento de su pie.

Cuando levantó la vista, sus ojos se toparon de repente con un ahorcado.

Aquel cuerpo pendía de una cuerda en medio del garaje, con los pies colgando sobre un hueco entre las sombras. Julián no pudo ver más, porque todo acabó volviéndose negro a su alrededor. Sintió que le flaqueaban las piernas y se

desplomó sobre el suelo, inmerso en tinieblas que le producían un pánico intenso y desconocido. Allí permaneció paralizado durante un tiempo que bien podrían haber sido minutos, pero también horas, hasta que, de forma súbita, unas manos que percibió como grandes y fuertes le agarraron de un brazo y tiraron de su cuerpo hasta levantarlo del suelo. A medida que se incorporaba, fue regresando la luz a sus ojos. Ya no estaba el ahorcado, sino la figura de un hombre cuyo rostro le resultaba familiar. Era Gastón.

—¿Pero qué te ha ocurrido? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —contestó, aunque se sentía confuso.

—Estaba aparcando el coche en la puerta cuando he visto cómo te caías al suelo. Creo que te has desmayado. ¿Dónde está tu madre?

—Arriba, en casa —acertó a decir, todavía aturdido.

—Voy a ver si hay agua corriente y te bajo un vaso.

—Sí, por favor. —Julián deseaba estar solo, entender qué había ocurrido, y aceptar su ofrecimiento le permitía deshacerse de aquel hombre sin tener que dar más explicaciones.

—Tardaré un minuto. —Gastón parecía dudar sobre si irse a por el agua o permanecer allí, porque se quedó unos segundos mirándolo con gesto inexpresivo, como atontado. Aquellos instantes a Julián le parecieron eternos—. No te muevas, ahora vuelvo —concluyó finalmente.

Cuando el hombre se fue, Julián no se lo pensó dos veces: fue hacia su coche, arrancó el motor y se alejó rápidamente de allí. Enfiló el automóvil hacia no sabía dónde y acabó en el viejo campo de fútbol. Aparcó detrás de una de las porterías, descendió del vehículo y vomitó. Le temblaban las piernas. La visión del ahorcado en medio del garaje seguía clavada en su mente de forma tan nítida, tan irrefutable, que le costaba creer que aquella imagen hubiera sido una alucinación. Desde hacía muchos años aparecían ahorcados en sus sueños, pero era la primera vez que veía a uno de aquellos inquietantes muertos a plena luz del día y hallándose despierto. Aunque notaba el estómago revuelto, decidió que necesitaba fumarse otro pitillo para calmarse. Aspiró la primera bocanada y expulsó el humo rápido, en una furiosa línea recta que se desintegró enseguida en el aire. No tenía que haber vuelto al pueblo, nunca le gustó la idea, se lamentó mientras daba otra calada. La ausencia de avances en la investigación del crimen de Tomás García Huete quizá le estaba desbordando emocionalmente y tal vez la excesiva presión le había jugado una mala pasada, asumió con resignación al tiempo que exhalaba el humo del cigarro, ahora lentamente y con hastío. El ahorcado del garaje nunca existió y resultaba inútil buscarle un sentido, zanjó arrojando la colilla al suelo mientras se preguntaba por qué su madre no le había llamado al móvil para ver cómo se encontraba tras el desmayo. Arrancó el motor

del coche y se alejó de allí pisando hasta el fondo el acelerador. Hubiera querido huir de aquel pueblo para no volver jamás, pero tendría que regresar a recoger a su madre. «Maldita mujer», murmuró.

CAPÍTULO VI

Coira llevaba esperando media hora y ni rastro del teniente. Esperaría cinco minutos más y le llamaría. Había aparcado el coche a unos cincuenta metros de la casa de retiro, un imponente edificio de piedra gris, oculto entre los pinos en lo alto de una colina. Acababa de llamar a Lola, que ya habría llegado a Valencia, pero el teléfono de su novia estaba desconectado. No pudo despedirse de ella la noche anterior, porque cuando llegó a casa de madrugada, tras interrogar a Gherardus, ella estaba dormida y no quiso despertarla. Cuando él se levantó por la mañana, ya se había ido. «Te llamaré. Te quiero. Lola», le había dejado escrito en una nota sujeta con un imán al frigorífico. Coira no tenía el teléfono de aquella amiga. Había dedicado tanto tiempo a la investigación que se le olvidó pedírselo. Pero tampoco a ella se le ocurrió facilitárselo, ésa era la verdad. Había en aquel viaje un aliento extraño que no sabía definir, pero que le inquietaba. Vio acercarse por fin el automóvil del teniente, que aparcó junto al suyo.

—Ya sé que vamos muy retrasados, Coira —afirmó con un tono de voz áspero mientras cerraba su coche con un sonoro portazo—. Vamos para allá.

A paso ligero, los agentes enfilaron la pequeña cuesta hacia la casa de la congregación. No cruzaron palabra. El gesto huraño del teniente disuadió a Coira de hablar siquiera del tiempo. Hacía frío, un frío intenso e insólito en un mes de octubre, un frío que olía a musgo y a pinos. El color ceniza del firmamento anunciaba lluvia o quizá incluso nieve, puesto que se hallaban en alta montaña, a más de mil quinientos metros de altitud. Cuando llegaron al edificio, Coira pulsó el timbre de un gran portalón de madera labrada y brillante, sin una mota de polvo. Al otro lado se oyeron los pasos tranquilos de alguien que parecía no tener prisa por llegar. Esperaron eternos instantes, el portalón se abrió y apareció una monja anciana, pequeña y obesa, vestida toda de negro, incluida la toca.

—Son ustedes los de la Guardia Civil, ¿verdad? —les preguntó con una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes torcidos y negruzcos, montados unos sobre otros, como si lucharan a codazos por hacerse un hueco en la boca.

—Sí, hermana. Lamentamos el retraso —contestó el teniente.

—Síganme, por favor —les invitó sin perder su fea sonrisa.

Caminaron tras ella por un ancho pasillo de suelo reluciente. Ella se desplazaba con pasos muy cortos pero rápidos, balanceando su orondo cuerpo de lado a lado, mientras su falda y su velo negros bailaban briosos en el aire y semejaban el vuelo de un cuervo. De repente, la monja se detuvo y señaló una puerta.

—Entren aquí, el padre Huidobro los espera. Deben saber que está ciego, debido a la diabetes que padece, aunque tiene la cabeza muy bien para su edad, no crean —advirtió, bajando el tono de voz.

Al teniente le contrarió aquella ceguera que eliminaba la posibilidad de que el sacerdote identificara la vieja foto donde aparecían Tomás y sus amigos. Al llamar a la casa de retiro para concertar la cita, Coira se había enterado de que aquel anciano era precisamente el antiguo director de los campamentos infantiles. Estaba ciego, pero al menos seguía vivo más de tres décadas después. Lo aguardaba en una gran estancia prácticamente desnuda de mobiliario, sentado en un gran sillón, sin ninguna mesa ante él y de espaldas a un gran ventanal desde el que ahora se veían caer pequeños copos de nieve. Tenía una cabeza minúscula que sobresalía de una sotana negra que le quedaba grande. Su cuerpo era también diminuto, tanto que la tela oscura que lo acogía se arrebujaba en pliegues desordenados, sin lograr ceñirse a una anatomía tan escasa.

—Padre, están aquí los agentes de la Guardia Civil. ¿Quiere que me quede por si precisa algo?

—No será necesario, hermana. Gracias —dijo con una voz débil y afónica, como si sus cuerdas vocales ya no dieran para más.

La monja mostró de nuevo al teniente su caótica dentadura con una sonrisa de cortesía y abandonó la estancia.

—Siéntense, agentes, por favor. Hay dos sillas junto a la puerta. Acérquenlas.

Coira las arrastró, las colocó frente al sillón y se sentaron los dos. El contraluz les impedía ver al sacerdote con nitidez, de tal modo que aparecía ante ellos como una mancha negruzca que parecía emerger del suelo en medio de aquel gran salón. Se sentían ciegos ante otro ciego.

—Padre, somos el teniente Tresser y el cabo Coira, de la Policía Judicial. Estamos investigando un asesinato.

—¿Asesinato? Qué terrible palabra... —musitó.

—Es posible que usted nos pueda ayudar. —Al teniente le seguía molestando no verle el rostro con claridad—. Verá, tengo entendido que usted dirigió aquí los campamentos infantiles de verano durante muchos años.

—Desde el año 1960 hasta 1973, cuando el obispado los clausuró y los

trasladó a una casa de la congregación en Segovia. Fue una pena, pero como dijo el apóstol Pablo, saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. El Señor siempre nos dará consuelo.

—¿Por qué se clausuraron? —preguntó el teniente, puesto que el año en el que se cerraron fue el mismo en el que se hizo la foto de los cuatro monitores—. ¿Hubo algún motivo concreto?

—No... —contestó el cura, dubitativo—, no que yo recuerde.

—¿Es normal hacerlo así, que se cierren unas colonias infantiles sin más?

—Supongo que el obispado consideró que las de Segovia eran mejores. Lo cierto es que las instalaciones estaban un poco viejas para albergar a tantos chiquillos. Sí, puede que fuera por eso.

—¿Recuerda en aquellos años a un monitor llamado Tomás García Huete? Pertenece a la parroquia de Santa Beatriz de Padua, en Madrid.

—¿Tomás García Huete? Claro que lo recuerdo, un buen chico —dijo sin pensarlo ni un instante—. Le tenía mucho aprecio. ¿Saben ustedes que ha sido de él?

—Lo lamento, pero ha muerto.

—Qué pena. Dios lo tenga en su gloria. —Se santiguó inmediatamente—. ¿Es el asesinato que investigan?

—Sí.

—¿Y por qué le han segado la vida?

—Eso es precisamente lo que intentamos saber. Discúlpeme, padre. ¿Le importa que cerremos un poco la contraventana? La luz nos da directamente a los ojos —le pidió el teniente.

—¡Oh! Por supuesto, hágalo. A mí desgraciadamente no me molesta en absoluto. Llevo ciego quince años, pero veo al Señor y eso me reconforta.

Coira, atendiendo a un gesto del teniente, se incorporó y cerró la contraventana, dejando un resquicio abierto a la luz. La habitación quedó entonces en penumbra, pero con una claridad suficiente como para descubrir, ahora sí, el rostro del sacerdote. Sus ojos apenas eran dos rayas lacrimosas sobre una nariz larga y afilada. Bajo la piel, tan fina que parecía casi transparente, se adivinaban pequeñas venillas azules que recorrían desordenadas todos los caminos posibles.

—Hablabamos de Tomás, ¿verdad? Sí, era un buen chico, siempre dispuesto a ayudar. Él y tres amigos más de la parroquia fueron monitores aquí durante los veranos del setenta y dos y el setenta y tres. Eran inseparables. Formaban un grupo de catequistas y se hacían llamar... No lo recuerdo, pero me acordaré, seguro.

—¿La Rosa Blanca? —le ayudó el teniente.

—Exacto. Supongo que el nombre era en honor de la Santísima Virgen María. Los cuatro eran muy piadosos y buenos cristianos. ¿Cómo lo sabía usted?

—Es nuestro trabajo, padre.

—Claro, qué pregunta más tonta les he hecho. La Rosa Blanca, pues sí, me acuerdo como si fuera ayer de aquellos cuatro muchachos devotos y tan sensibles. Componían canciones a la Virgen y luego las cantaban en las misas campestres. Tomás tocaba la guitarra, muy bien por cierto.

—¿Recuerda los nombres de los que integraban el grupo?

—Sí, por supuesto. Jonás Monzón, Alberto Valero y Jesús... ¿Cómo se apellidaba el gordito? ¡Ah, sí! Prado. Jesús Prado. El pobre falleció en un accidente de avión. Qué lástima, tan joven. Dios lo habrá acogido en su bondad infinita —dijo mientras se santiguaba nuevamente; Coira escribió los nombres en una pequeña libreta.

—¿Y ha sabido algo de los dos que aún siguen vivos?

—Si no me falla la memoria, Jonás se consagró al Señor y creo que es misionero claretiano en algún lugar de África. De Alberto Valero sí que no sé nada ahora. Hace un par de años me envió una postal de Navidad. Me dijo que estaba casado, que tenía dos niños y que vivía en Segovia. No he vuelto a saber más de él. A los viejos se nos va olvidando porque la gente ya no nos sitúa en este mundo.

—¿Le dice algo el nombre de Sara Azcárraga? —preguntó el teniente, confiado en los alardes de memoria que exhibía el anciano.

—¿Sara Azcárraga? No sabría decirles. En los campamentos no había monitoras, para evitar la convivencia entre jóvenes de diferentes sexos. Eso siempre ha sido y será un problema a ciertas edades —sentenció.

—No, no era monitora. Posiblemente fuera una de las niñas que acudió a los campamentos cuando fue monitor Tomás García Huete.

—¡Ah! Una niña... —El padre Huidobro suspendió unos segundos sus palabras—. En eso me temo que no les puedo ayudar, porque yo apenas tenía contacto con la chiquillería.

—¿Y no conservan ningún listado de nombres donde podamos comprobar si estuvo en las colonias?

—Hace treinta años no se llevaba lista de todo, como ahora sucede con esas computadoras. Se apuntaban en algún cuaderno los nombres de los padres de los niños y su teléfono, por si alguno se ponía enfermo, pero aquellas libretas no se conservaban una vez finalizado el verano. No es que las tiráramos a la papelera, pero tampoco se hacía esfuerzo alguno por guardarlas. Siento no poder ayudarles en eso.

—¿Recuerda si se produjo algún incidente? —El teniente se resistía a tirar la

toalla.

—¿Incidente? ¿A qué se refiere? —El padre Huidobro recompuso su leve figura en el sillón.

—No sé, imagino que los niños irían a bañarse al río y es posible que alguno les diera algún susto con el agua, por ejemplo.

—No recuerdo incidente alguno en ese sentido, agente —aseguró—. Nuestros monitores ponían mucho celo en el cuidado de los chiquillos. Nunca pasó nada. Yo era el director y si hubiera sucedido algo, créame que lo recordaría.

—¿Dónde llevaban a los niños a bañarse?

—Cerca de un pueblecito que no está lejos de aquí, Hoyo de las Aguas, en un arroyo de poca profundidad y con una pequeña playa de arena, por eso se la conocía como Playa Mansa. Los niños podían bañarse allí sin peligro alguno. Había grandes encinas que procuraban sombra fresca y amplia en verano. Era un paraíso, ahora no sé —musitó con el tono nostálgico de quien añora mundos perdidos para siempre.

«Playa Mansa», musitó el teniente dentro de su mente. Playa Mansa, el arroyo que acogió sus primeros chapuzones cuando veraneaba de niño en el pueblo. Cómo era posible que hubiera olvidado a aquellos críos desconocidos que cada estío invadían con su jaleo aquella amplia piscina natural que la chavalería de Aguas consideraba de su propiedad. Recordaba ahora cuántos días llegaron hasta allí en sus bicicletas él y su pandilla y tuvieron que darse la vuelta al comprobar que habían ocupado *su* playa «los de fuera», como los denominaban. Aquel remanso de agua se hallaba tan escondido que ni siquiera lo habían descubierto los domingueros de Madrid. Era del pueblo y para el pueblo hasta que llegaron «ellos», todos vestidos igual, con camisetas azules los niños y verdes las niñas. Plagaban toda la orilla de flotadores, toallas, balones y cantimploras, marcando su territorio como perros. Más de una vez él y sus amigos tuvieron ganas de ahuyentarlos a pedradas, pero no se atrevieron porque estaban vigilados por monitores. ¿Estaría ya entre ellos Tomás García Huete? ¿Sería Sara una de las niñas? Hizo un cálculo rápido. Tomás tenía nueve años más que él, por lo que en aquellas fechas ya tenía veinte, una edad que le capacitaba para controlar como adulto a la chiquillada. En cuanto a Sara, tendría por entonces seis años. Él ya había cumplido los once. ¿Coincidieron allí mientras él, desde su bicicleta, planeaba expulsarlos con una ráfaga de piedras?

—Y usted, teniente, ¿tampoco quiere un caldito caliente?

La frágil voz del padre Huidobro le rescató de sus recuerdos. Le costó unos instantes anclarse de nuevo a la realidad.

—¿Disculpe?

—Un caldito caliente. ¿Le apetece? Les sentará bien para el viaje de vuelta.

—No, gracias. Tenemos que regresar y ya se nos ha hecho tarde. Además, está nevando. —A través del resquicio de la ventana se veían caer los copos.

—¡Ah! No se preocupen por eso. Es nieve pesada, con más agua que hielo, la oigo caer aunque no pueda verla. Tengo el oído muy fino —afirmó, ante el asombro de los guardias civiles—. Ésta no cuaja.

—De todos modos, nos vamos a tener que ir. —Julián quería llegar cuanto antes al pueblo para recoger a su madre—. Le agradecemos mucho su colaboración, padre.

—No tienen que agradecerme nada. Confío en que encuentren a quien segó la vida de Tomás. Sé que estaba felizmente casado y con dos niños. Cada año me felicitaba las Navidades en un crisma que me leían las monjas. Nunca supo que me había quedado ciego, para qué se lo iba a contar. A nuestra edad no impresiona ya el estado de salud. Se puede uno morir de la coza de un conejo que a nadie le extrañaría. Esperen, que toco la campanilla para que la hermana los acompañe hasta la puerta.

—No hace falta, padre —contestó rápido el teniente, no queriendo demorar más la partida—. Conocemos la salida.

—Pues entonces vayan con Dios y que Dios los proteja.

Coira, una vez más, había sido desterrado del interrogatorio. Él tenía sus propias preguntas para el padre Huidobro, pero no se atrevió a hacerlas por temor a que el teniente se lo recriminara. Lo notaba de mal humor y esquivo desde que habían llegado. Además, durante la conversación con el sacerdote se había mostrado extrañamente ausente en algunos momentos, hasta el punto de que se crearon cortos silencios que Coira forzosamente no pudo rellenar. En aquellos intervalos mudos le hubiera preguntado acerca de la relación de Tomás García Huete con los niños. ¿Era cordial, demasiado cordial o, por el contrario, distante? ¿Y por qué el padre Huidobro pareció sentirse incómodo y recompuso su postura en el sillón cuando se le preguntó por qué se cerraron las colonias o si recordaba algún incidente en aquellos campamentos y se nombró a Sara Azcárraga? Él hubiera presionado más al anciano, ya que estaba convencido de que no había dicho todo lo que sabía. ¿Por qué no lo hizo el teniente? Ahora caminaba a su lado por aquel largo pasillo de la casa de retiro y su superior seguía inmerso en un silencio huraño. Se atrevió a romperlo cuando salieron al exterior:

—Si le parece, me ocuparé de investigar a Alberto Valero, el que vive o vivía en Segovia.

El teniente se detuvo en el umbral del edificio y elevó la vista al cielo, del que seguía cayendo aguanieve. Miraba hacia arriba de un modo raro, como si le recriminara al firmamento algo que sólo él y el cosmos sabían.

—Sí, investigue al tal Valero. Ahora vámonos a Hoyo de las Aguas. ¿Sabe, Coira? Resulta que precisamente es el pueblo de mis abuelos paternos. Allí pasaba yo los veranos de mi infancia, me bañé cientos de veces en Playa Mansa y vi a aquellos niños de las colonias. Ya ve usted qué coincidencia. No recuerdo ningún suceso extraño en aquella época. —El teniente dejó de mirar al cielo y comenzó a caminar hacia su coche—. Pero habrá que preguntar en el cuartel. Mi madre está ahora mismo en el pueblo, de visita, y mientras yo estoy con ella ocúpese usted de hablar con el comandante del puesto. A ver qué averigua.

Ahora entendía por qué había llegado tarde el teniente. Seguramente dejó a su madre en Aguas antes de acudir a la casa de retiro. «Vaya usted en su coche, Coira. Yo lo haré en el mío porque antes debo hacer una gestión», le había dicho. Pero qué importaba eso ahora. El cabo estaba exultante porque al fin se le permitía interrogar a alguien, al comandante del puesto del pueblo. Cada vez albergaba menos dudas: en aquellos campamentos sucedió algo relacionado con Tomás y Sara. Mientras se ajustaba el cinturón de seguridad del coche, pensó de nuevo en Lola. Le inquietaba no saber nada de ella. Comprobó el móvil. Ningún mensaje. La llamó y seguía desconectada. ¿Por qué? En los dos años que llevaban de relación, ésta era la primera vez que no atendía el teléfono. Siempre estaba disponible, y si no podía responder por estar ocupada entre los fogones, tardaba pocos minutos en devolverle la llamada. Arrancó el vehículo y, mientras lo hacía, observó que el teniente ya estaba en el suyo y lo vio absorto ante el volante, sin poner en marcha el coche. Pasó por delante y le saludó con un leve movimiento de cabeza, pero él ni se dio cuenta.

Julián estaba perplejo. Acababa de descubrir que quizá lo que unió fatalmente los destinos de Sara y Tomás se fraguó a escasos kilómetros del pueblo donde veraneaba, en Playa Mansa, donde él aprendió a nadar de niño y donde nunca más volvió tras despedirse de su infancia. Los diminutos copos de aguanieve cubrían el parabrisas de su coche como blancos confetis helados. Tenía que partir, porque quizá podría empezar a nevar de verdad. ¿Por qué continuaba allí, sin arrancar el motor, perdiendo el tiempo bajo la nieve? Se sintió estúpido y, algo peor, cobarde. Tenía que aceptar que acercarse de nuevo a Aguas le paralizaba. Acababa de soñar despierto con un ahorcado en el garaje de la casa familiar y ahora ya tenía la certeza de que García Huete estuvo en Playa Mansa, quizá también Sara, y en aquel pueblo falleció su padre y nadie quiso hablar jamás de aquello. Él nunca se atrevió a preguntar, aunque le parecía absurdo no haberlo hecho todavía. No entendía por qué guardar tanto silencio en torno a una muerte por infarto. Arrancó el automóvil y puso la primera marcha, decidido al fin a hablar muy seriamente con su madre. Había recorrido pocos kilómetros cuando dejó de nevar. Un sol minúsculo luchaba contra las densas nubes para

exhibir apenas un destello de luz. Ya eran las dos y media de la tarde. Se le echaba el tiempo encima. Confió en que pudiera llegar a Madrid a las seis para la cita en la residencia geriátrica. Cuánto le facilitaría las cosas que Sara despertara al mundo, pero no había recibido ninguna llamada de la doctora Mabrán. Todo seguía igual, pues, y en el caso de que despertara de aquel extraño coma, tampoco podía saber en qué estado lo haría. Empezaba a temer que pudiera permanecer muda y ausente durante toda la investigación.

Se acercaba ya a Aguas y Julián decidió entrar directamente por la calle Ancha, la pequeña arteria principal que cruzaba el pueblo de una punta a la otra. Lo que antaño fue una rudimentaria vía, amplia pero sin asfaltar, ahora se había convertido en una bonita calle adoquinada, con aceras bien perfiladas y farolas que nada tenían que envidiar a las de las ciudades. Las fachadas de algunas casas habían sido enjalbegadas de blanco brillante, mientras que en otras aún sobrevivía la tradicional mampostería de granito que recordaba de su niñez. No había nadie en la calle. En los pueblos pequeños la hora de comer tiene carácter sagrado, lo había olvidado. En poco tiempo el bar se llenaría de jubilados jugando a las cartas. Julián dobló por la estrecha callejuela que conducía en línea recta a su casa. Apenas la divisó, le dio un vuelco el corazón: dos coches patrulla de la Guardia Civil y una ambulancia estaban aparcados frente a la puerta. ¿Le habría sucedido algo a su madre? Detuvo el coche en seco y se fue corriendo hacia allí. A medida que se acercaba, vio a Coira hablando con otros guardias y a las gentes del pueblo alrededor de los coches, en silencio y con gesto apesadumbrado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a su cabo con el rostro descompuesto.

—Mi teniente, su madre...

Y detuvo sus palabras. Estaba claro, pensó Julián, que no sabía cómo dar la noticia. Le exasperó su pudor.

—¡Hable, joder!

—Es su madre. Ha sufrido un ataque al corazón.

—¿Está viva?

Qué tontería de pregunta. No, no lo estaba. Sabía perfectamente que, de haber sobrevivido, la ambulancia no estaría allí, sino camino del hospital más cercano. Pero se aferraba al absurdo, a lo improbable, a la esperanza vana que se alberga instantes antes de confirmarse una muerte.

—Lo siento. No se ha podido hacer nada. Acabo de llegar e iba a llamarle precisamente al móvil cuando le he visto.

Julián apartó de su camino a Coira y anduvo los escasos metros que le separaban de su casa. Allí, ante la puerta, estaba Gastón, sentado en el suelo, con la cabeza sobre sus rodillas. Se dirigió hacia él, en busca de respuestas. Uno de

los agentes de la Guardia Civil se cruzó en su camino. Le dijo algo que no escuchó y siguió andando, directo hacia la última persona que la había visto con vida.

—¿Qué ha ocurrido?

Gastón levantó la cabeza y, al verle, se incorporó enseguida.

—Lo siento, Julián —murmuró, evitando mirarle a los ojos—. Todo ha sucedido muy rápido. Estábamos en el comedor de tu casa tomando un café y hablando de la venta de la casa cuando, de repente, me dijo que se encontraba mal. Se llevó la mano al pecho, parecía que iba a vomitar. Luego cerró los ojos. Cuando vi que no despertaba, salí enseguida a pedir auxilio, porque no tengo móvil.

—Mi teniente, si quiere vaya con su madre. Yo me ocupo de todo —se ofreció Coira.

Julián no le contestó. Cruzó la puerta y penetró en la casa de sus veranos. La escalera que conducía al piso principal estaba oscura, como siempre lo había estado. Ninguna ventana le regaló nunca luz alguna, y esa oscuridad, en aquellas circunstancias, le confería ahora el aspecto tétrico de una casa encantada. Ascendió con pasos lentos, retrasando todo lo que pudo la llegada al rellano. Cuando lo hizo, le turbó el silencio que allí reinaba, teñido de una soledad tan profunda que le pareció ajena a la Tierra. Se asomó tímidamente al espacioso comedor, una estancia que sólo se utilizaba en acontecimientos señalados, como las fiestas del patrón del pueblo o el cumpleaños del abuelo. El resto del verano permanecía cerrado para que no se desgastaran los muebles con el uso diario. Siempre se le prohibió entrar allí de niño, así que apenas recordaba las dos vitrinas de caoba, la gran mesa de comedor con el pie de madera labrada y aquellas pesadas cortinas de damasco. Su madre se hallaba recostada sobre una silla tapizada en terciopelo púrpura, junto a la mesa, con sus manos colgando de los reposabrazos. Su postura resultaba tan natural que parecía haberse quedado traspuesta tras una copiosa comida. Las cortinas adamasgadas estaban descorridas y, tras ellas, los visillos blancos proporcionaban a la habitación una luminosidad tan tenue que a Julián le pareció incluso lúgubre. No se atrevió a acercarse a la madre muerta y permaneció observándola desde la puerta del comedor. Tenía la piel del rostro blanca, pero aquél era un blanco sucio, con matices grises difuminados, y las sienes mostraban un feo tono amarillento que combinaba mal con sus cabellos de color violáceo. A pesar de haber visto tantos cadáveres, el de su madre le impresionaba tanto como si fuera el primero. Había un pensamiento que pugnaba por salir de su escondite y estallar en su mente como una bomba de racimo, llegando hasta el último rincón de su cerebro para causar el mayor daño posible. Julián se resistió y lo desterró varias veces, pero

acabó vencién­dole: unas horas antes, mientras abría la puerta del garaje de la casa, deseó que su madre estuviera muerta y no sintió por ello remordimiento alguno. Ahora la culpa empezaría a hacer su trabajo y él dejaría que le clavara sus zarpas.

—¿Quiere que recemos juntos una oración?

Alguien había quebrado el silencio sagrado y necesario. Volvió la cabeza y vio la figura negra de un cura con un rosario blanco enredado entre sus manos. ¿Qué hacía allí, asaltando bruscamente su intimidad? Deseó que ardiera en el infierno.

—No voy a rezar. Me gustaría estar solo —exigió. El sacerdote no replicó y se fue por donde había venido.

Pero Julián no logró permanecer mucho tiempo a solas. Poco después llegaron los de la funeraria con el ataúd y también el médico que había atendido a su madre. «Fue fulminante. No sufrió nada, se lo aseguro», le reconfortó. ¿Y qué sabría él? ¿Estaba dentro de su cuerpo para valorarlo? ¿Acaso no es también sufrimiento saber que uno se está muriendo, que ya no hay vuelta atrás, aunque todo suceda en pocos segundos? Permaneció en un rincón del comedor, inmóvil y voluntariamente ajeno a los protocolos de la muerte que ejecutaron los empleados de la funeraria. «Me da igual. Elijan ustedes el más caro», les dijo con indiferencia cuando le mostraron un catálogo de ataúdes. Cuando los operarios iniciaron la colocación del cadáver en el féretro, abandonó la estancia. No quería ver cómo manipulaban a su madre para encajarla en la caja. Abajo, en la calle, los vecinos seguían alimentando su curiosidad. Todos volvieron la cabeza hacia él cuando le vieron aparecer, aunque ninguno se acercó para darle el pésame. No le sorprendió, pues su ausencia durante décadas lo había convertido en un extraño para ellos. La ambulancia ya había abandonado el lugar y ahora ya sólo quedaba allí el coche fúnebre, esperando a su madre. No vio a Gastón, pero sí a Coira. El joven cabo se acercó a él.

—Ya está todo preparado, mi teniente.

—¿Preparado para qué? —Se sentía aturdido y no entendía de qué le hablaba. Tenía la impresión de estar viviendo dentro de un mal sueño.

—Para ir a Madrid, al tanatorio.

No quería pensar en eso, no quería pensar en nada, y, aun así, le dio a Coira varias instrucciones: cancelar la cita de aquella tarde con la doctora Mabrán, comunicar al capitán lo que había sucedido y hablar con el comandante del puesto de Aguas para indagar si se había producido algún incidente en aquellos campamentos. Incluso también le apremió para que localizara cuanto antes a Alberto Valero, el antiguo monitor infantil que compartió la foto de la encina con Tomás García Huete. Al final, le preguntó por Gastón.

—Estaba muy afectado y se ha ido a su casa. Aquí ya no tenía nada que hacer.

—¿Le ha contado algo más de lo que sucedió?

—Que su madre no sufrió, que fue todo muy rápido, poco más.

Comenzaba a caer de nuevo aguanieve cuando el coche fúnebre abandonó Aguas rumbo a Madrid. Tras él, un exiguo cortejo que sólo incluía a Julián al volante de su coche. Cuando el teniente dejó el pueblo, Coira no tardó ni un minuto en hablar con el comandante del puesto, el sargento Juan Ortigosa. Era un extremeño cincuentón, un hombre cordial que llevaba en Aguas ocho años, tras pasar otros diez en un pueblo de Cáceres. Tras separarse de su primera esposa, conoció durante unas vacaciones en Benidorm a la que sería su segunda mujer, también separada. Ella había nacido y vivía en la localidad abulense de Arenas de San Pedro y no quería mudarse fuera de Ávila, así que el guardia civil solicitó allí el destino para iniciar una nueva vida juntos, pero no había plazas vacantes. La de Aguas, sí. Y allí vivían los dos felices, junto con sus dos hijas de siete y cuatro años.

—Vamos al cuartel y empecemos a buscar, a ver qué encontramos —le invitó el sargento.

Suponía Coira que llevaría poco tiempo hallar en los archivos del puesto de Aguas los atestados de la década de los setenta, pero la labor se prolongó horas. Ya se acercaba el ocaso y Ortigosa continuaba abriendo y cerrando cajas. El edificio se había reformado hacía poco tiempo a causa de un problema de humedad, tan grave que a punto estuvo de deshacer las viejas vigas de madera como si fueran un pastel de nata. Algunos documentos ya habían empezado a deteriorarse por la acción de los hongos y hubo que trasladarlos a otra estancia y volver a reorganizarlos, labor que todavía no había concluido. Cuando Coira constató aquel caos, pensó que tendría que pasar la noche allí, lo cual le impediría acudir al tanatorio para acompañar a su teniente. Pero el sargento y los guardias del puesto se pusieron enseguida manos a la obra y eso le dio ánimos. Mientras ellos buscaban afanosamente, Coira recibió la ansiada llamada de Lola. Le explicó que llevaba todo el día en el hospital, en la habitación de su amiga, y que se vio obligada a desconectar el móvil para no molestarla. Su voz continuaba sonando triste. El cansancio y la tensión del día, supuso Coira. Y no pensó más en ello al saber que pronto podría abrazarla.

—¡Lo tengo! —exclamó Ortigosa con una sonrisa de satisfacción. Él también quería acabar cuanto antes y llegar a su casa a la hora de la cena—. 23 de agosto de 1973. Creo que es el atestado que buscamos, porque aparece el nombre que usted me ha mencionado, Sara Azcárraga. Ha costado, pero lo tenemos. Veamos qué pone aquí...

Sujetó el primero de los tres folios entre sus manos y comenzó a leer en

silencio las primeras líneas. De repente, detuvo la lectura y miró a Coira con gesto grave.

—Esto no le va a gustar, me temo.

—¿Por qué, mi sargento? —respondió Coira con inquietud.

CAPÍTULO VII

La investigación del crimen de Tomás García Huete acababa de iniciar un descenso directo a los infiernos y Coira se sentía perplejo y perdido. Qué canalla puede ser la vida, se dolió cuando pensó en el teniente. Telefoneó enseguida a su capitán solicitándole una entrevista urgente. Díaz Visedo se dirigía en aquellos momentos al tanatorio, pero se avino a esperar a que Coira llegara desde Gredos, dada la gravedad de lo que le había adelantado durante la conversación. El cabo sentía estar traicionando a su inmediato superior citándose con el capitán a sus espaldas y, a pesar de estar convencido de haber tomado la decisión correcta, percibía tal desasosiego que incluso le había provocado una migraña. El viaje hacia Madrid desde Ávila se le hizo largo y pesado, aunque el trayecto no llegaba a las dos horas. Ya entrando en la ciudad, a punto estuvo de saltarse una señal de *stop* porque no lograba concentrarse al volante, y oyó bocinas indignadas en un semáforo que ya había cambiado al verde y él ni se había enterado. Tal era su zozobra.

A las once de la noche, Coira entraba en una cafetería muy cercana al tanatorio. Allí se había citado con su capitán, quien acudió sin el uniforme, con un traje gris y brillante algo pasado de moda. Escogieron un discreto rincón, alejado de la barra y del insistente sonido de las tragaperras. Pidieron dos cafés.

—¿Ha traído la copia del atestado?

—Sí, por supuesto.

—Luego me la dará. Ahora resúmame usted —le ordenó con impaciencia.

—Es terrible, aún estoy impactado. Resulta que el 23 de agosto de 1973, una niña de seis años, ya con toda seguridad Sara Azcárraga, fue violada en Playa Mansa. Era el arroyo a donde se iban a bañar los niños de los campamentos de verano de la parroquia madrileña de Santa Beatriz de Padua. Al parecer, la chiquilla fue atacada por un desconocido cuando salió del agua y se alejó un poco de la orilla para secarse bajo la sombra de una encina. Los monitores oyeron sus gritos, acudieron al lugar y vieron a un individuo huyendo en un Seat 131 blanco, del que alguien memorizó la matrícula. La Guardia Civil del pueblo identificó enseguida al propietario. Era Julián Tresser González, el padre del teniente.

Coira interrumpió su relato. Le seguía impresionando el hecho y le causaba espanto enunciarlo.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Díaz Visedo con el rostro demudado.

—Sí, mi capitán, todo está en el atestado. Los guardias del puesto —prosiguió— se trasladaron inmediatamente a la casa del sospechoso. Cuando llegaron, lo encontraron ahorcado en el garaje de su casa. En cuanto a Sara, su madre llegó a Aguas y se negó a que el médico del pueblo le hiciera reconocimiento médico alguno más allá de una cura de urgencia. Les dijo que prefería trasladarla a un hospital de Madrid. Me cuesta entender que no quisiera ingresarla en el de Ávila, mucho más cercano. Tampoco quiso poner una denuncia. Se la llevó de allí en su coche a toda prisa y nunca se volvió a saber de ellas, hasta hoy.

—Esto es una tragedia —musitó el capitán, apesadumbrado.

Díaz Visedo sabía por el propio teniente que su padre había fallecido de un ataque al corazón cuando él era un niño. Al parecer, eso era lo que le contaron en su momento. Ahora, cuando estaba enterrando a su madre, se enteraría de la verdad. ¿Cuánto tiempo necesitaría para asimilar una noticia tan terrible? Quizá toda una vida no fuera suficiente.

—No me queda otro remedio que apartar a Tresser del caso —sentenció en tono grave—. Se lo comunicaré al juez de instrucción esta misma noche, aunque lo saque de la cama. Ahora las piezas del puzle encajan todavía menos. ¿Quién ha asesinado entonces a García Huete y por qué? El culpable de violar a Sara se ahorcó hace años. Aquí hay algo que se nos escapa. Vuelva a ese maldito pueblo e investigue paso a paso lo que sucedió. Hable con los vecinos, localice al antiguo comandante del puesto que estaba al cargo en los años setenta, si es que todavía vive, y también al médico que la atendió. En fin, ya sabe, reconstruya aquel suceso al detalle, como si hubiera ocurrido ayer.

—A sus órdenes, mi capitán.

Coira iba a decir algo más, pero le sonó el móvil.

—Es él.

—Conteste.

El cabo dudó un instante. No sabía cómo abordar aquella llamada.

—¡Vamos, coja el teléfono!

—Claro, disculpe. ¿Sí, mi teniente?

—Coira, estoy en el tanatorio. Imagino que ya habrá llegado de Gredos a estas horas.

—Ya estoy en Madrid, a punto de aparcar. ¿Cómo está?

—Estoy, simplemente. Cuando le vea por aquí, quiero pedirle un favor.

—Sí, por supuesto, lo que usted ordene.

Julián colgó el teléfono y recompuso su postura en uno de los sillones de la

sala del tanatorio. Ya había probado varios. Primero estuvo en el que se hallaba ubicado frente al ataúd de su madre, expuesto tras un cristal y rodeado de cuatro coronas de flores blancas que había encargado. Le preguntaron si deseaba que se expusiera abierto, con el cadáver a la vista de todos, a lo que se negó. Aun así, tras una hora sentado ante el féretro cerrado, no soportó más su visión y se fue a otro de los sillones, más alejado. Luego se cansó, dio unas vueltas por la estancia y se sentó en otro distinto. Fue entonces cuando llegaron varios compañeros de la Compañía de San Lorenzo de El Escorial y del puesto de Uvés para presentarle sus respetos. Charlaron de pie durante un rato y se fueron al poco tiempo, quizá por la poca receptividad que demostró el teniente. No tenía ganas de hablar y no le preocupó evidenciarlo. Los acompañó hasta la puerta y aprovechó para fumarse un cigarrillo en la zona exterior, un gran patio de luces con bancos y macetones, la zona común para los invitados forzosos de la muerte ajena. Algunos allegados charlaban en voz baja entre ellos, mientras que otros permanecían taciturnos y solos en algún rincón o sollozando mientras hablaban por el móvil. Cuando Julián le daba la segunda calada a su cigarrillo, vio acercarse a Gastón.

—Hola, Julián. —Le estrechó la mano. El hombre olía a colonia barata y llevaba un traje que le iba pequeño, con una corbata negra que no había sabido ajustarse bien al cuello—. Lo siento mucho, no sé qué más decirte. Todo ha sucedido tan rápido que aún me cuesta asimilarlo. Durante la primera conversación que mantuvimos tu madre y yo me dijo que había sufrido dos operaciones de corazón, pero yo la veía muy bien. No sé qué pudo ocurrir.

—¿Y qué ocurrió?

Julián quería cerciorarse de que se hizo todo lo posible por ella, porque Gastón no tenía móvil y esa circunstancia le inquietaba: pudo retrasar la ayuda médica.

—Cuando te vi desmayado en el garaje y subí a por el vaso, no salía agua del grifo. Bajé de nuevo, por si querías que me acercara al bar a por una botella, pero ya no estabas. Encontré a tu madre arriba, abriendo las contraventanas. Le comenté lo que te había ocurrido y me preguntó si estabas bien. Le dije que creía que sí y entonces me invitó a que viera la casa. Me gustó mucho, muchísimo, tengo que decírtelo. Me enseñó habitación por habitación e incluso subimos al desván. El caso es que luego nos fuimos al comedor para hablar de la venta. No habíamos siquiera empezado cuando me dijo que se sentía mareada y ocurrió lo que ya te he contado en el pueblo: le sobrevino una especie de arcada y luego cerró los ojos. Esperé unos segundos, pero no los abría. Intenté despertarla tocándole un brazo y fue entonces cuando me di cuenta de que no respiraba. Tenía la piel repentinamente fría, no sabía qué estaba ocurriendo y salí a la calle

a pedir auxilio. Alguien que pasaba por allí llamó por el móvil y no tardó mucho en llegar una ambulancia, pero no se pudo hacer nada. No sabes cuánto lo siento, Julián. Todo ocurrió de modo tan rápido que cualquiera que estuviera allí no habría podido reaccionar a tiempo, pero me tocó a mí y bien que lo siento. ¿Puedo pasar a verla?

—El féretro se expone cerrado. —Julián quiso advertirlo, por si acaso; no acababa de entender ese hábito morboso de contemplar a un cadáver amortajado.

—Eso me da igual. Me gustaría despedirme de ella, aunque no la conociera mucho.

—Si es lo que deseas, adelante.

Gastón entró y Julián se quedó fuera, cerca de la puerta de entrada a la sala, apurando su pitillo. Desde allí lo siguió con la mirada y vio cómo el hombre se acercaba al ataúd, se situaba frente a él, bajaba la cabeza y musitaba unas palabras. Le pareció que estaba rezando, porque momentos después se santiguó. Luego se acercó a Julián.

—Me voy ya. Aún me queda camino para llegar a Ávila y es de noche. Cuando pasen unos días, te llamaré. La casa del pueblo me sigue interesando, pero ya hablaremos.

—Sí, ya hablaremos.

Ambos se estrecharon las manos y Julián observó cómo Gastón se alejaba por el tanatorio, cruzándose en su camino con una mujer joven que lloraba con gritos ahogados y apenas se sostenía en pie. Dos hombres, quizá sus hermanos, la sujetaban por los brazos, porque parecía que estaba a punto de desplomarse. Gastón pasó por delante de ellos y ni los miró. Siguió andando, ajeno a aquella secuencia de dolor. Había contemplado toda la escena y Julián pensó en lo extrañas que pueden llegar a ser las gentes de los pueblos. Recordaba cómo hacía muchos años aquel coche fúnebre sin coronas de flores atravesaba lentamente la calle Ancha de Aguas. Las puertas de las casas estaban cerradas y no había nadie en las aceras. No entendía aquella indiferencia. Al vehículo sólo le seguían, en un Simca 1000, cuatro personas: su madre, sus abuelos paternos y él, el niño Julián. Rememoraba aquella imagen con nitidez, como si acabara de suceder. El muerto era su propio padre y siempre le sorprendió que nadie del pueblo quisiera despedirlo. Tampoco ahora nadie de allí había acudido al tanatorio a decir el último adiós a su madre. El cigarrillo estaba a punto de quemarle la piel, pues se había apurado solo entre los dedos. Sonó su móvil. Era Gherardus.

—Siento llamarle a estas horas de la noche, teniente.

—Ahora no es un buen momento.

—Ya sé que es tarde, discúlpeme. Es que he recordado algo, me gustaría

comentárselo.

Julián no estaba dispuesto a hacer el más mínimo esfuerzo por penetrar en la realidad, de la que se sentía absolutamente ajeno.

—Mañana le llamo, pero ahora no puedo hablar, insisto.

—Precisamente mañana incineramos a Tomás. El juez ya nos ha dado la autorización.

—¿Dónde va a ser la cremación?

—En el cementerio de La Almudena, a la una.

—Allí nos vemos. Tengo que colgar.

Al día siguiente, Julián daría el último adiós a su madre en el mismo cementerio y la misma mañana en la que se iba a incinerar a la víctima del caso que estaba investigando. Le contrarió que la casualidad uniera a aquellas dos personas en su definitiva despedida del mundo. Ambos, además, quedarían reducidos a cenizas con poco tiempo de diferencia. Su madre había expresado en vida su deseo de ser enterrada, pues la cremación no le parecía digna de cristianos, pero Julián no soportaba la idea de que ella se estuviera pudriendo bajo tierra mientras él gozaba del privilegio de la vida. Además, su padre también fue incinerado, a pesar de que en aquella época la Iglesia no lo permitía. Evocó de nuevo aquella mañana de agosto, el paso del exiguo cortejo mortuorio por la calle Ancha y la llegada al cementerio del pueblo. No entendió por qué el coche fúnebre pasó de largo por el camposanto y, sin embargo, que su abuelo no lo siguiera, sino que detuvo el vehículo en la misma puerta.

—Bájate del coche, Julián, y vete a casa con la abuela —le ordenó su madre—. Tenemos que llevar el féretro a Madrid. Ya llegaremos.

—¿Pero no vamos a enterrar a papá aquí?

—No, ahora no. Más tarde. Ve a casa. No me lo hagas repetir otra vez.

Obedeció la orden materna a regañadientes y permaneció todo el día en casa con su abuela, que se entretuvo vaciando y limpiando los armarios de la cocina.

—¿Para qué vuelves a limpiarlos, si ya lo hiciste el domingo pasado? —le preguntó.

—Me va bien para los nervios —le contestó, sin mirarle.

—¿Te ayudo?

—No.

Anduvo toda la mañana aburrido y triste, zanganeando por la casa. En la galería se comió un pedazo de pan con queso, en su dormitorio jugó con su espada de plástico y en el patio persiguió a las gallinas. Cuando ya atardecía, llegaron su madre y su abuelo.

—Vamos, hijo, tenemos que irnos.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó al observar que su madre sujetaba entre sus

manos una caja de metal con letras de colores que decían: «Galletas y Chocolates La Palentina».

—Las cenizas de tu padre, y no preguntes más —contestó con gesto adusto.

¿Por qué le habían quemado? Le aterrorizó imaginarlo envuelto en llamas sin poderse defender. A sus once años, aún no comprendía del todo la muerte. Siendo aún más niño todavía, su abuelo le relató un episodio de la batalla del Ebro y le pareció tan cruento que no podía creer que hubiera sucedido de verdad.

—Pero luego los soldados a los que mataron volvieron a casa cuando acabó la Guerra Civil. Todo era de mentira, ¿no?, como en las películas.

—¿Se puede saber qué tienes en la cabeza? ¿Serrín? Estaban muertos, Julián, no podían volver. ¿Qué te crees que es la guerra? ¿Una excursión, un juego? Como digas tonterías como éstas, no llegarás a nada en la vida —le reprochó el abuelo.

Su padre muerto cabía en una caja de galletas. Le impresionaba tanto que no dejaba de observarla a hurtadillas mientras aquel caluroso atardecer de un agosto que, según decían, era el más sofocante en muchos años, su madre, él y sus abuelos paternos ascendían en silencio por un collado cercano al pueblo, acompañados tan sólo del monótono e insistente canto de las chicharras. Ninguno abrió la boca, ni siquiera para rezar, cuando la viuda destapó la caja y, con un brusco movimiento, lanzó las cenizas al viento. Luego, el reducido cortejo descendió en silencio. Julián sólo vio llorar a su abuela. Él tampoco lloró, porque su madre no lo hizo en ningún momento y pensó que eso era lo correcto en tales casos, aunque las lágrimas pugnaron por salir del escondite de sus ojos en varias ocasiones. Al fin y al cabo, era su padre.

Julián entró de nuevo en la sala del tanatorio y se sentó en otro sillón diferente del anterior. Aún no se había acomodado del todo cuando tuvo que levantarse de nuevo, pues en aquel momento llegaron Coira y el capitán.

—Le acompaño en el sentimiento, Tresser —le dijo su superior mientras le estrechaba la mano sin fuerza y evitando mirarle a los ojos, lo cual le extrañó—. ¿Cómo se encuentra?

—No sabría decirle. Ha sido todo muy rápido.

—Claro, es lógico.

Los guardias civiles se sentaron en tres sillones dispuestos en fila, unos junto a otros. Permanecieron en silencio un par de minutos que a Julián se le hicieron interminables. ¿Por qué tenía que empezar a hablar él? No sabía qué decirles, salvo para comentarle a Coira el favor que necesitaba de él. Querría haberlo dejado para el final, cuando se despidieran, pero el insólito mutismo del capitán y del cabo le estaba poniendo nervioso.

—Ya le he comentado antes que quería pedirle algo, Coira.

—Lo que usted ordene, mi teniente.

—Un vecino de mi casa me ha dejado a su gata unos días porque está en el hospital y yo voy a pasar la noche aquí acompañando a mi madre. Temo que se le haya acabado el agua y la comida y me preguntaba si podía pasarse por mi casa a ver cómo está. No me relaciono con el resto de los vecinos, así que no tengo a quien acudir.

Coira y el capitán cruzaron una mirada furtiva. Sin duda les sorprendía aquella extravagante preocupación por una gata, que ni siquiera era suya, mientras velaba el cadáver de su madre. Además, Díaz Visedo sabía que al teniente le interesaban poco o nada los animales. De él contaban que, algunos años atrás, un día apareció por el cuartel de la Compañía un perro perdido, viejo, triste y sucio. Se tumbó en la puerta y lamía la mano de todo el que le acariciaba. Los guardias civiles se encariñaron con él y le dejaban cada día comida y agua. Él movía el rabo, contento, cada vez que un agente entraba o salía por la puerta, mostrándoles siempre su gratitud. Al teniente, sin embargo, le ladraba, porque nunca le hizo el menor caso. Al cabo de unos meses, el animal murió una noche, mientras dormía. Todos los guardias lo lamentaron mucho, excepto Julián Tresser, que no sólo no hizo el más mínimo comentario, sino que apremió a los guardias para que se llevaran cuanto antes de allí el cadáver del perro. Y ahora, iba a obligar a Coira, que residía en Madrid, a recorrer varios kilómetros hasta Uvés para cuidar a una gata que ni siquiera le pertenecía. «Nunca se conoce a las personas del todo. En cada una habita una sorpresa o una decepción», se le ocurrió pensar al capitán.

—No se preocupe, mi teniente, yo me ocupo de su gata. —Cuánto le fastidiaba a Coira el encargo, pero ya había asumido que debía llevarlo a cabo.

—Greta, se llama Greta.

—Ah, Greta —musitó Coira, simulando interés.

—Mi capitán...

—¿Sí, Tresser? —Díaz Visedo temió que le pidiera a él otro favor tanto o más estrambótico.

—Me acaba de llamar Gherardus, el hermano de Marija. Dice que ha recordado algo que nos puede interesar.

—Ahora no se preocupe por esas cosas.

—El caso es que mañana incineran a Tomás García Huete en La Almudena, por lo visto ya ha dado su permiso el juez, y eso ocurrirá cuando yo incinere también a mi madre en el mismo cementerio.

—Pues sí que es casualidad... —comentó el capitán; ya sabía que se había entregado el cadáver del profesor a la familia, pero desconocía que lo fueran a incinerar precisamente en La Almudena. Le irritaba aquella coincidencia—. Ya

se ocupará Coira de hablar con Gherardus. Usted no se centre en otra cosa que no sea despedirse de su madre.

—En todo caso, hablamos de ello después de la cremación, si le parece bien.

—Creo que es mejor que mañana se tome el día libre. Y además es domingo. Le irá bien. Para hablar siempre hay tiempo, ¿no cree? —Necesitaba un día de margen antes de comunicar al teniente que estaba apartado del caso y las dolorosas razones por las que lo hacía.

—Mi capitán, con el debido respeto, preferiría permanecer activo. Necesito trabajar.

—Es una orden, Tresser —sentenció su superior con fingida amabilidad—. Hágame caso.

Julián acató el mandato como si se tratara de un castigo. No deseaba estar ocioso tras dar el último adiós a su madre. Ahora no le iba a quedar otro remedio. Maldijo a su superior por su torpeza. Como hiciera el capitán cuando llegó, también ahora Julián le estrechó la mano sin fuerza al despedirse, como si a través de aquella flacidez pudiera enviarle el mensaje de su desacuerdo.

Coira y Díaz Visedo habían permanecido junto al teniente escasos minutos. A uno y a otro les había resultado incómoda la situación, así que aprovecharon cuando él quiso salir de la sala para fumarse un cigarrillo para abandonar el tanatorio. El cabo ya llevaba consigo las llaves y la dirección del domicilio del teniente. Tenía tanta prisa por hacer el encargo y llegar a casa cuanto antes para llamar a Lola y charlar con ella un largo rato que se despidió de su superior de forma apresurada y no tuvo la cortesía de acompañarle hasta su coche. Confió en que el capitán no se lo tuviera en cuenta, pero en aquellos momentos sólo deseaba hablar con su novia. Enfiló la M-30 madrileña para conectar con la autovía A6, la que le llevaría a Uvés, presionando el acelerador más de lo que acostumbraba y con la migraña insistiendo sobre su ojo derecho. Ya en el punto de destino, su agobio disminuyó cuando introdujo la llave en la vivienda del teniente. Al fin había llegado. Al encender la luz del salón, le llamó la atención la decoración tan austera e impersonal: estanterías casi vacías, tanto de libros como de adornos y recuerdos, un sofá barato, una sencilla mesa de centro y un televisor que ni siquiera era de pantalla plana. Y nada más. No vio allí a la gata y se adentró en el pasillo. La puerta del dormitorio estaba abierta y allí la encontró, dormida sobre una cama de matrimonio que carecía de cabecero.

—Vamos, gatita, que tengo prisa —le dijo mientras la cogía entre sus brazos.

En la cocina, pequeña y tan pulcra que parecía que allí no se habían usado jamás los fogones, halló los recipientes de agua y de comida que, en efecto, estaban casi vacíos. Los rellenó, le hizo un par de caricias a la gata y la dejó allí, concentrada en engullir el pienso. Cerró la puerta y se fue. El trayecto de vuelta

a Madrid no le llevó mucho tiempo. Aunque era sábado por la noche, Lola y él vivían lejos del centro y de su incesante bullicio nocturno, en el distrito de Puente de Vallecas, en el sureste de la capital. Cuando Coira llegó al fin a su casa, se sirvió una cerveza y un sándwich de jamón y marcó el número de Lola. Esperó varios tonos, pero ella no contestó. Posiblemente no quería molestar a su amiga enferma. A los pocos minutos, recibió un mensaje en el móvil: «Mira en el cajón de mis medias y calcetines. Te he dejado una carta». ¿Una carta? ¿Qué significaba eso?, se preguntó desconcertado mientras se dirigía hacia el dormitorio. Abrió el cajón que su novia le había indicado y ahí encontró un sobre cerrado. Iba a abrirlo, pero detuvo el gesto. Tenía miedo, mucho, porque estaba seguro de que allí dentro aguardaba una despedida, por muy absurdo que le pareciera. Empezaba a sospechar, si ya no lo había hecho antes, que aquel viaje a Valencia era oscuro y falaz, porque fue a partir de entonces cuando se torcieron las cosas. La cobardía pudo más que él y se fue a la cama sin abrir el sobre. No durmió apenas. A la mañana siguiente, se duchó medio dormido, no le apeteció desayunar, siquiera un café caliente, y se dirigió al cementerio con la carta en el bolsillo, apretujándole desde allí el corazón, matándole de tristeza aun sin conocer su contenido.

Coira no conocía la necrópolis de La Almudena. Cuando atravesó uno de los grandes arcos de piedra de la monumental entrada, se sintió abrumado por aquel inconmensurable paisaje de nichos, tumbas y monumentos funerarios que se exhibían casi hasta el infinito. Era una gélida mañana de domingo y en el camposanto había muchos visitantes, incluso vio algunos grupos de turistas que atendían las explicaciones de los guías. Había oído en algún lado que éste era uno de los cementerios más grandes de Europa y temió perderse en aquel imponente laberinto de muertos. ¿Cuántos habría? ¿Un millón? ¿Cinco millones? Era tan inmenso que resultaba difícil calcularlo. Afortunadamente no buscaba una tumba entre las cientos de miles, sino el edificio del crematorio. Anduvo más de media hora hasta que lo encontró, y podía haber invertido mucho más tiempo si no fuera porque uno de los guardas le indicó el camino. Cuando llegó, había algunas personas ante la puerta principal, agrupadas en pequeños corros, afligidas, hablando entre susurros, pero no vio entre ellas ni a Marija ni a su hermano. El capitán le había ordenado evitar que el teniente y Gherardus intercambiaran palabra alguna en el cementerio, puesto que ignoraban qué era lo que había recordado el cuñado de la víctima. Se le había intentado localizar, pero tenía el móvil apagado. Coira optó por esperar sentado en un banco a pocos metros del crematorio, mientras luchaba contra la tentación de abrir el sobre de Lola, pero sólo se limitó a palparlo en el bolsillo de su anorak. Transcurrió media hora hasta que observó cómo Marija, del brazo de Gherardus,

abandonaba el crematorio con una pequeña urna entre las manos. La mujer estaba empequeñecida y encogida sobre sí misma, y aún más delgada que cuando la había visitado en su casa con el teniente, sólo tres días antes. Algunas de las personas que aguardaban en el exterior se acercaron enseguida a los dos hermanos y se abrazaron unos a otros entre sollozos. Se fijó detenidamente en cada uno de ellos. No sería la primera vez que el asesino acudía al entierro de su víctima. Reconoció a algunos de los profesores del instituto a los que ya había interrogado. Nadie le llamó la atención especialmente, así que esperó a que Gherardus reparara en su presencia. Cuando lo hizo, enseguida se dirigió hacia el agente. Lo vio acercarse, compungido, y no pudo evitar un sentimiento de rechazo. Le indignaba que aquel hombre hubiera traicionado a su hermana de aquella forma. Ahora lo veía acompañándola en su dolor, degradándola con su mentira, y no lo soportaba.

—Le acompaño en el sentimiento, Gherardus —le dijo con un tono rutinario que no evitó disimular.

—Gracias. ¿No ha venido el teniente?

—No, ha fallecido su madre y vengo yo en su lugar.

—¡Oh! Lo lamento. Transmítale mi pésame.

—Lo haré. No quiero entretenerle. ¿Qué es lo que quería decirle?

—Le he dado muchas vueltas a aquellos campamentos de verano en los que Tomás fue monitor, ya que he visto que para ustedes es importante. Ayer recordé que mi cuñado me comentó que una de las niñas del campamento fue víctima de una violación. Un suceso terrible, la verdad, no entiendo cómo he podido olvidarlo.

«A buenas horas. No nos va a decir nada nuevo», lamentó Coira.

—¿Tomás le comentó algo más sobre aquel suceso?

—No recuerdo sus palabras exactas, únicamente que los gritos de la niña alertaron a los monitores y que el individuo salió corriendo de allí.

—¿Pudo ver al agresor?

—No lo sé, pero me dijo que el sospechoso apareció ahorcado. No veo la relación que pueda tener con el asesinato de Tomás, pero por si acaso me ha parecido que debían saberlo. Por cierto, ¿tienen ya alguna pista?

—Tendrá que hablar con el capitán Díaz Visado. Él le informará. Yo no estoy autorizado. ¿Cuánto tiempo se quedará en España?

—Menos del que quisiera. Me han negado el permiso de una semana. Me iré en un par de días.

—No dude en llamarnos si recuerda algo más.

—Lo haré. Espere, agente...

—¿Sí?

—Mi vida ya nunca se pondrá de nuevo en marcha, quería que lo supieran.

—Y yo lo lamento, pero eso no nos incumbe. Nosotros sólo nos centramos en la investigación —le contestó con toda la frialdad de la que fue capaz.

—Lo entiendo. Discúlpeme, debo atender a mi hermana —se despidió sin mirarle a los ojos, considerando quizá que ya no debía rebajarse más ante aquel guardia civil.

Gherardus se unió de nuevo a Marija, que se aferraba a su pequeña urna como si albergara un tesoro en su interior y temiera que alguien pudiera arrebatárselo. De nuevo del brazo de su hermano y seguida en silencio por sus allegados, Coira la vio alejarse del lugar con pasos arrastrados, con la tristeza bajo sus pies.

—¿Dónde está Tresser?

La voz del capitán que oyó pegada a su espalda le sobresaltó. Coira se volvió hacia él. Llevaba el mismo traje gris que el día anterior, pero se fijó en que había cambiado la corbata gris por una negra.

—No ha llegado, pero no creo que tarde. —A Coira le entristeció que sólo él y su superior acompañaran al teniente en aquel día. No había nadie más, ni siquiera Gastón, el hombre que estaba con la madre cuando murió.

—¿Ha hablado con el cuñado de la víctima?

—Sí, pero no ha dicho nada que no estuviera ya en el atestado.

—A ver, cuénteme.

Mientras Coira ponía al corriente a Díaz Visedo, Julián se acercaba al crematorio por una de las sendas de La Almudena, preso de un dilema: dónde esparcir las cenizas de alguien, su madre, que no fue feliz en ningún lugar. Había declinado seguir con su automóvil al coche fúnebre que transportaba el féretro. En vez de hacerlo así, decidió llegar paseando. Tras permanecer toda la noche en el tanatorio, quería desentumecerse dándose una caminata y la enormidad de aquel camposanto se lo permitía. Se había levantado un viento demasiado helado para aquel mes de octubre, pero lucía el sol aunque amenazado por densas nubes. Pensar en el destino final de las cenizas le aliviaba el duelo. Tenía sentimientos encontrados, porque tan pronto lamentaba la definitiva ausencia de su madre como se sentía liberado por esa pérdida, aunque eso, una vez más, le avergonzara. Ella se lo había buscado, por la frialdad con la que siempre le trató, se defendió Julián. Se le ocurrió que contrataría una misa en su memoria en la parroquia del barrio donde ella vivió. Seguía cavilando sobre qué hacer con las cenizas cuando pasó por delante de una tumba en cuyo epitafio se leía: «*Nada es más fácil que censurar a los muertos*». Julio César. Era la última morada de un tal Gabriel Tabós García, enterrado en 1961, pero Julián pensó que se trataba de un mensaje que le enviaba su madre. Cómo era posible, si no, que se topara precisamente con esa tumba cuando en aquella necrópolis había cientos de miles.

Aquel día lúgubre se sentía habitante de otra dimensión y permitió a su mente fantasear con casualidades mágicas y jugar con su sentimiento de culpa. Continuó caminando entre sepulcros y sorteando visitantes, absorto en sus tribulaciones, para luego adentrarse en un camino perfilado a ambos lados por altos y densos cipreses. Consultó el plano que llevaba en el bolsillo y comprobó que ya estaba muy cerca del crematorio. Al levantar la vista, observó a un pequeño grupo de personas que avanzaba hacia él desde el extremo opuesto. A medida que se aproximaban, Julián reconoció a Gherardus y a Marija. Aquel día también incineraban a Tomás García Huete, lo había olvidado. Pensó en buscar un desvío para no encontrarse con ellos, pero temió perderse en aquel colosal cementerio y faltaban tan sólo quince minutos para que comenzara la cremación. Ya era tarde para variar el rumbo y se resignó a un encuentro inevitable. Fue Gherardus quien lo reconoció primero, adelantándose al grupo unos pasos para llegar rápidamente hasta él.

—Teniente, me acabo de enterar de que su madre ha fallecido. Me lo ha dicho el guardia civil que estaba en el aeropuerto con usted. Lo siento mucho, de verdad —le dijo mientras le estrechaba la mano.

—Gracias. Ahora precisamente voy hacia el crematorio y llego tarde. Tengo que irme, disculpe.

—Sí, por supuesto. Ya he hablado con el agente y él le contará.

Julián recordó que Gherardus le había telefoneado cuando se encontraba en el tanatorio la noche anterior para comentarle algo.

—¿De qué han hablado? —Julián no pudo resistirse a saber de qué se trataba.

—No quiero entretenerle, teniente.

—No, adelante, resúmame.

—Es que he estado pensando mucho por si se me había pasado algún dato que les pudiera ayudar. Ayer recordé algo que me dijo Tomás. Al parecer, alguien violó a una niña en los campamentos. Cuando los monitores se dieron cuenta, el agresor huyó y luego lo encontraron ahorcado. Es lo que recuerdo, teniente.

Aquella revelación le impresionó. ¿Sería Sara la niña a la que violaron? Si fuera así, el padre Huidobro había silenciado el hecho voluntariamente, porque resultaba imposible que el director de los campamentos no lo supiera. Y ese violador que luego se ahorcó, ¿quién era? ¿Sería de Aguas? Tuvo que dejar de hacerse preguntas porque Marija ya había llegado hasta ellos, abrazada a la urna con las cenizas de su marido.

—Le acompaño en el sentimiento, señora Van Haalen.

—Se lo agradezco —contestó ella con la sonrisa rota—. ¿Había venido a despedir a Tomás?

—En realidad voy a enterrar a mi madre, que falleció ayer.

—¡Oh! Cuánto lo siento... No quiero entretenerle en estos momentos. ¿Puedo llamarle mañana?

—Por supuesto.

—Es que necesito saber qué han averiguado. Este crimen no puede quedar sin castigo, ¿entiende?

Marija rompió a llorar. Su hermano la abrazó y la animó con un gesto a que siguiera caminando. Julián reanudó el paso pensando en aquel nuevo ahorcado al que se había referido Gherardus, otro ahorcado en su vida, como si no fueran suficientes. Cuando llegó al crematorio, tan sólo su capitán y Coira aguardaban junto al coche fúnebre que transportaba a su madre en su último viaje. Acariciaba la esperanza vana de que hubiera acudido alguien más, acaso Gastón, tal vez algún familiar, pero la verdad era que no había llamado a nadie para comunicar la noticia. Perdió la pista de sus primos y tíos hacía años y ya no conocía a las gentes del pueblo. Posó una mano sobre el féretro, consciente de que muy pronto ya nada quedaría de su madre, tan sólo cenizas, y no quiso demorarlo más: autorizó a los operarios que iniciaran el proceso. Ahora sí que todo había terminado.

—Necesito trabajar, mi capitán. Perdone que insista —le rogó a su superior mientras comenzaba la cremación—. Me acabo de cruzar con Gherardus y hay novedades sobre el caso, supongo que estará al corriente.

El capitán y Coira intercambiaron sus miradas. Al final, se habían encontrado. Las coincidencias, cuando se empeñan, son muy tozudas.

—Sí, Tresser, hay novedades —contestó Díaz Visedo—. Tenemos que hablar sobre ello y no creo que sea ahora el momento, pero ya que usted se empeña, le espero hoy en la Comandancia cuando le resulte posible.

Tras sus palabras, el capitán se dio la vuelta y se marchó, sin despedirse.

—¿Ocurre algo que yo no sepa, Coira?

—¿Por qué lo pregunta? —acertó a decir el cabo, tragando saliva.

—Gherardus asegura que una niña fue violada en Playa Mansa cuando Tomás era monitor y que el agresor se ahorcó.

—Así es, mi teniente.

—¿Y qué más?

—Con el debido respeto, tengo órdenes de no comentar nada del caso hasta que usted hable con el capitán.

—Así que hay más.

—Tendrá que hablar con él. Lo siento.

Pocas horas después, Julián aparcaba su coche en la Comandancia de Tres Cantos, en Madrid, con las cenizas de su madre en el maletero. Dirigió sus pasos hacia el despacho de su superior y llamó con los nudillos a la puerta. Oyó la voz

del capitán que le autorizaba a entrar.

—Coira, déjenos solos y cierre la puerta al salir —le ordenó cuando entró el teniente.

El cabo se cuadró ante sus superiores y abandonó la estancia. Un sudor frío le recorría hombros y espalda y notó que la camisa se le pegaba a la piel. No sabía cómo iba a reaccionar el teniente al conocer la noticia de que su padre se ahorcó tras violar a Sara, la pobre Sara. ¿Qué haría él ante una situación así? No se le ocurría nada, porque tampoco su mente parecía estar dispuesta a albergar un suceso de tales dimensiones. Decidió aguardar en el pasillo, no sin antes acercarse a la puerta y arrimar el oído, una vez comprobado que no pasaba nadie por allí en aquel momento. Pero sólo escuchó silencio y eso le inquietó. Palpó aquel sobre que llevaba en el bolsillo y que le había atormentado todo el día. Sentía la urgencia de abrirlo de una vez y terminar con aquella angustia que le atenazaba. Lola le iba a abandonar, de eso estaba seguro cuando sus manos desdoblaron el folio que tenía ahora ante sus ojos.

Querido Guille, antes de que sigas leyendo, quiero que sepas que siempre te querré, ocurra lo que ocurra, porque la decisión de seguir conmigo va a ser tuya. Yo ya tomé la mía, y cuanto antes te la diga, mejor: he viajado a una clínica de Valencia para someterme a un aborto. No he querido hacerlo en Madrid, no sé por qué, pero qué más da ahora. Cuando leas estas líneas, todo habrá concluido. Hace unas semanas me enteré de que estaba embarazada, aún me pregunto cómo pudo pasar, porque siempre tomo mis pastillas y no recuerdo haberlas dejado de tomar ni un solo día. Pero ocurrió. Tengo sólo veinticuatro años, mi trabajo en la hostelería es muy esclavo pero me gusta, y ya sabes que sueño con montar mi pequeño restaurante. Ahora no puedo ni quiero ser madre. Si te hubiera dicho que estaba embarazada, me habrías convencido para seguir adelante y yo lo hubiera hecho, aunque no fuera lo mejor para mí, porque la maternidad, ahora, habría detenido mi vida. Tu trabajo te exige muchas horas y el mío, también. No era mi momento. Me costó mucho tomar la decisión, porque no sólo he renunciado a un hijo, sino que por ello me arriesgo a perderte. Podría haberme inventado otra historia y tú nunca habrías sabido la verdad, pero no podría vivir contigo con esa mentira a mis espaldas. Sé que no vas a comprender mi decisión, pero espero que podamos hablar sobre ello. Te quiero y siempre te querré. Lola.

No se puede amar demasiado, porque siempre acechará la decepción. Fue el primer pensamiento que tuvo Coira. Sabía que aquel amor desmedido por Lola tenía sus riesgos y aun así se plegó a aquel sentimiento que le arrollaba y le

vencía. Ahora, tras leer la carta, quería abandonarse a la furia para apaciguar su dolor, pero se quedó allí quieto, como un bobo, con el papel entre sus dedos. Ni siquiera se acercó al teniente cuando lo vio abandonar el despacho y pasó a su lado dejando tan sólo la huella del aire movido, como lo haría un fantasma. Julián se fijó en la presencia de Coira apenas un instante, porque inmediatamente después vio reflejada su figura en el cristal de una ventana del pasillo: no era él, sino un animal apaleado huyendo hacia no sabía dónde.

—¿Qué hace aquí parado en medio del pasillo como un idiota, Coira? ¡Pase ahora mismo! —le gritó el capitán desde la puerta de su despacho.

Nunca lo había visto tan cabreado, ésa era la palabra exacta. Cabreado. El capitán tenía el rostro desencajado y bajo los ojos le habían crecido repentinamente dos bolsas abultadas y violáceas. Acababa de asestarle al teniente un golpe mortal, pero Coira también había recibido el suyo tras leer la carta de su novia. La orden de entrar en el despacho le obligó a recomponer sus emociones en cuestión de segundos para centrarse en las instrucciones de su superior: Tresser iba a estar de baja durante las próximas semanas, recibiría atención psicológica, había que vigilarlo de puntillas por si cometía alguna tontería y, a partir de ahora, los guardias Hernández y Brancho ayudarían a Coira a proseguir con la investigación, dirigida muy de cerca por el capitán.

—Llame al móvil del teniente cada hora. Si no contesta, arrégleselas para tenerlo siempre localizado. Hable con el tal Alberto Valero, el monitor de los campamentos, y después viaje a Hoyo de las Aguas para reconstruir minuto a minuto lo que sucedió aquel día.

—Tenía también pendiente una cita con el editor de Sara, que estaba de viaje.

—¡Olvídese del maldito editor, Coira, que ahora no es lo más importante! —exclamó con enojo—. Haga lo que le he dicho y manténgame informado en todo momento. Puede marcharse —le ordenó mientras se colocaba las gafas y se refugiaba en la lectura del primer papel escrito que encontró sobre su mesa. Coira distinguió claramente que se trataba de una promoción de Carrefour.

Cuando el cabo ya abandonaba el despacho, las palabras de Díaz Visado detuvieron su movimiento:

—Imagínese que nada sucedió como pensamos. Busque alternativas y reescriba la historia. Yo tengo mi teoría. Si usted elabora la suya y coinciden las dos, estaremos en el buen camino.

—A sus órdenes, mi capitán.

Mientras avanzaba por el pasillo, Coira arrinconó los sentimientos de pesar hacia su teniente y dejó que fluyeran libremente los de su odio hacia Lola. Nunca le perdonaría su traición. Sentía unas ganas irreprimibles de estamparla contra la pared una y varias veces hasta convertirla en un guiñapo. En aquellos

momentos tenía el alma bestia y notaba cierto placer dejando que la brutalidad le recorriera el cuerpo. Tras aquel día intenso y sucio, en el que dos muertos fueron incinerados y un vivo, el teniente, recibió una noticia brutal que bien podría haberle enterrado también, a Coira le aguardaba una jornada difícil tras leer la carta de su novia. Dio vueltas con el coche por Madrid sin un rumbo determinado, hasta aparcar en el centro de la ciudad, entrar en un McDonald's y comerse una hamburguesa sin demasiadas ganas. Cuando llegó la noche, decidió que no quería dormir en la casa que Lola y él habían compartido. A pesar de que nunca se le había pasado por la cabeza golpear a una mujer, seguía queriendo abofetearla. Se avergonzaba de su brutalidad, pero no hallaba otro modo de calmar su tormento. ¿Quién se había creído que era, tomando una decisión tan grave sin consultarle? Aun así, no le dolía tanto la pérdida del hijo como la osadía de la que hasta entonces había sido la mujer de su vida. Decidió pasar la noche en un hostel. Encontró uno limpio y barato y desde allí telefoneó al teniente, que no contestó. Le inquietaba que no lo hiciera, ¿pero qué podía hacer él a aquellas horas? ¿Coger el coche y presentarse en su casa de Uvés? Se acordó de que aún tenía el juego de llaves del piso del teniente, al que había ido la noche anterior a dar de comer a su maldita gata, pero se sentía tan exhausto que decidió posponerlo todo para el día siguiente y abandonarse al sueño. Durmió mal aquella noche, a trompicones, porque Lola le rompió el sueño en varias ocasiones. Al amanecer se levantó, se duchó, desayunó churros recién hechos en la cafetería del hostel, se subió al coche y se fue a su cuartel provisional de Uvés. Cuando entró en la pequeña oficina de la Unidad de la Policía Judicial, observó a los guardias Hernández y Brancho absortos en el trabajo ante el ordenador; hubiera deseado sorprenderlos vagueando para echarles una bronca y así calmar su furia. Sin saludarlos, se sentó a una de las mesas y llamó de nuevo al teniente, pero seguía sin contestar. Lo que se había descubierto sobre su padre resultaba terrible, ignominioso, pero lo consideraba incapaz de suicidarse. «Demasiado arrogante para quitarse la vida», concluyó. Intentaría contactar con él más tarde. Ahora se iba a ocupar de localizar a Alberto Valero, el monitor al que se había referido el padre Huidobro. Tras navegar por el SIGO, el sistema informático de la Guardia Civil, en poco tiempo supo que vivía en Segovia desde hacía veinte años, que tenía tres hijos y era empleado de banca. Le telefoneó, pero nadie contestó a la llamada. Claro, era lunes y estaría trabajando en el banco. Lo volvió a llamar unas horas más tarde, a las cuatro y media. Al otro lado del auricular respondió una voz de niña.

—Hola, ¿quién es?

—¿Está Alberto Valero?

—Sí.

Y no dijo más. Oyó cómo dejaba el auricular y se alejaba del teléfono trotando a través de un pasillo, o al menos eso le pareció a Coira. Se mantuvo a la espera dos largos minutos, durante los cuales no pudo evitar pensar de nuevo en Lola. ¿Por qué no le había llamado para saber si había leído la carta? ¿A qué se debía aquella indiferencia? ¿Era tan cobarde que no se atrevía a hablar con él? «Y yo no voy a llamarla, desde luego», decidió con altivez mientras seguía esperando a Alberto Valero. Estaba claro que la niña se había olvidado de llamar a su padre. Cuando iba a colgar y volver a marcar el número, alguien se puso al teléfono.

—¿Quién es? —preguntó un hombre con voz adormilada.

Recabar datos mediante una llamada telefónica a alguien que posiblemente acababa de despertarse de la siesta no era la situación ideal, pero viajar hasta Segovia tampoco. Apartado el teniente de la investigación, a Coira le iban a faltar días para cumplir con las misiones que le había encomendado el capitán. Temió que le pusiera bajo las órdenes de algún sargento, pero si no lo había hecho en aquellos momentos críticos, dudó de que lo hiciera ya. La precariedad de recursos en el Cuerpo había jugado a su favor y quería demostrarle a su superior que podía controlar la investigación. Desterrando a Lola de sus pensamientos, con la intención de recrearse más tarde en su amargura, se sentía de repente pleno de autoridad y convencido de que iba a hacer las cosas bien. Se identificó ante Alberto Valero y dotó su voz del tono más amable que pudo para comunicarle la mala noticia: Tomás García Huete había sido asesinado. El hombre se quedó mudo unos instantes. Coira dudó si ello se debía a que no recordaba a su antiguo compañero o a que la muerte de alguien cercano siempre paraliza.

—¿Señor Valero? ¿Sigue usted ahí?

—¿Cómo sabe que fuimos compañeros en las colonias infantiles? —preguntó sin disimular su desconfianza.

—Es nuestro trabajo.

El antiguo monitor no se mostró muy colaborador cuando comenzó a hacerle preguntas sobre el campamento y Sara Azcárraga. Percibía en su tono de voz matices oscuros, pantanosos, resistencias tejidas por el inconsciente para no franquear puertas cerradas y selladas. Apenas fluían sus palabras, todo eran síes y noes, sin aderezos. Coira necesitaba respuestas. «¿Qué hubiera hecho el teniente en mi caso?», se preguntó.

—Señor Valero, creo que lo mejor será que *vayamos* a visitarle —enfaticó el plural, deseando que imaginara a toda una patrulla de la Guardia Civil en la puerta de su casa—. Comprendo que le resulte difícil hablar de lo que sucedió aquel verano en Playa Mansa. Quizá el teléfono no sea lo más adecuado...

—No, no, está bien así. No es necesario que vengan, lo que ocurre es que

sucedió hace mucho tiempo.

—Claro, lo entiendo perfectamente. ¿Qué recuerda de aquel día?

El hombre se extendió en un largo preámbulo sobre la experiencia que vivió como monitor en aquel campamento infantil, con un discurso monótono en el que destacaban palabras como «responsabilidad», «confianza» o «entrega», hasta que el lenguaje se quedó huérfano de sustantivos huecos y aquella desnudez sintáctica le condujo hacia el puerto donde no quería arribar.

—Todo sucedió muy rápido. Estábamos vigilando a los niños durante el baño y oímos unos gritos. Tardamos unos segundos en saber que procedían de la zona de las encinas. Tomás fue el primero en ir corriendo hacia allí. Según nos contó luego, cuando se encontraba a unos cuarenta metros vio a un chico atacando a Sara. Al verse descubierto, huyó campo a través para subirse luego a un Seat 131 blanco y arrancar a toda velocidad, pero a Tomás le dio tiempo a memorizar la matrícula.

—¿Está seguro de eso? —le preguntó sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—¿De qué?

—De que era un muchacho y no un hombre adulto quien atacó a Sara.

—Sí, eso nos dijo Tomás. Era un chico moreno, de unos dieciséis años. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca, pero no le pudo ver bien la cara. Todo sucedió muy rápido, como le he dicho.

—¿Y fue ese mismo chico el que se subió al coche?

—Tomás nos contó que lo vio perfectamente.

—¿Sabían que el propietario del vehículo era un hombre de Hoyo de las Aguas que fue hallado ahorcado en el garaje de su casa?

—Sí, nos enteramos más tarde. Tomás insistió ante la Guardia Civil en que la persona que abusó de Sara, la misma que huyó en el Seat, era un chico joven. Pero culparon a aquel hombre y dieron el caso por cerrado.

—¿Alguno de ustedes pudo hablar con Sara?

—No, fue imposible. La niña estaba mal, en estado de *shock*. Tenía una gran herida en el vientre y las piernas llenas de sangre. Tomás y yo detuvimos un coche en la carretera y la llevamos al pueblo, a la casa del médico. Los otros dos monitores se quedaron en Playa Mansa con los niños, que afortunadamente no se enteraron de lo sucedido porque estaban jugando en el agua.

—¿Y por qué Sara estaba en las encinas y no en el río, con los demás?

—Le hizo una aguadilla a otra niña, algo que tenían totalmente prohibido. Le ordené que saliera del agua y se quedara en la orilla, castigada, pero en lugar de permanecer allí se fue hacia el encinar. Imagino que estaba enfadada. Yo la vigilaba y comprobé en dos ocasiones que estaba sentada junto a una gran

encina, envuelta en su toalla. Al cabo de un rato oímos sus gritos. Si hubiera estado más pendiente, nada de aquello habría sucedido. ¿Sabe qué ha sido de ella?

—Sara está bien, no se preocupe. —Coira juzgó innecesario decirle la verdad; para qué añadir más dolor a la culpa.

La línea telefónica se quedó en blanco. Alberto Valero volvió a enmudecer, pero estaba allí, al otro lado del auricular. Escuchaba su respiración.

—¿Señor Valero?

—Sí, perdone...

—Ustedes formaban un grupo de catequistas denominado La Rosa Blanca. ¿Es así?

—¿También sabe usted eso?

—Pues sí.

—Era una tontería llamarlo grupo porque sólo éramos cuatro, pero a todos nos gustaba cantar y tocar la guitarra e incluso componíamos canciones para las misas. Nos pusimos ese nombre porque nos impactó la historia de unos estudiantes cristianos en la Alemania nazi. Fueron decapitados por lanzar por las calles de Múnich folletos contra Hitler, contra su militarismo y su tiranía. Se hacían llamar La Rosa Blanca. Era nuestro pequeño homenaje a ellos. ¿Pero esto tiene alguna importancia?

—Sólo quería confirmarlo —contestó Coira, a quien le impresionó aquella terrible historia de resistencia. No se la esperaba.

—Quiero que sepa que durante todos estos años he pensado mucho en lo que sucedió aquel día. Todos nos fuimos muy mal de allí, sobre todo Tomás, que era quien lo había visto todo y al que nadie hizo caso. Si le hubieran hecho la autopsia al hombre que hallaron ahorcado, estoy seguro de que habrían descubierto que no fue un suicidio. Alguien quiso que pareciera el culpable, no sé por qué razón. En cualquier caso, quien le hizo eso a Sara sigue libre, es lo que siempre he pensado. Y ahora, treinta años después de aquello, Tomás está muerto, asesinado. —Su voz se quebró y apenas la mantuvo entera unos segundos—. Leí la noticia en la prensa, debo confesárselo ahora. Llevo varios días sin dormir.

—Tendrá que hacer una declaración, señor Valero.

—Sí, claro. Tengo que colgar.

No se despidió.

«Sigo siendo un novato», se lamentó Coira. En algún momento tenía que haber pensado con la cabeza, porque las cosas hay que analizarlas y él, lo aceptaba con resignación, había dado por bueno un atestado que quizá no se ajustara a la realidad. Se había dejado sobrepasar por los hechos, noqueado por

la irrupción brutal del padre del teniente en la investigación, la muerte repentina de la madre, la vida rota y catatónica de Sara, las mentiras de Tomás García Huete y, cabalgando a galope sobre todo ello, Lola y su traición. «Cada investigación tiene sus ángulos muertos», recordaba ahora cuántas veces insistía en ello uno de los profesores de la Academia. «Sucede igual que con los retrovisores de los coches: hay una zona que queda oculta al ojo humano y no aparece en nuestro ángulo de visión. Eso puede resultar fatal, por ejemplo, en un adelantamiento. En una investigación hay que mirar mucho más allá de los simples hechos, indagar en los ángulos ciegos, los que no se ven si no hay una voluntad de mirar». En aquellos momentos, Coira se sentía un aficionado, un imbécil con ambiciones. Iba a quedar ante el capitán como un guardia inútil y chapucero y posiblemente su error malograra su curso de Policía Judicial, pero debía informar cuanto antes a su superior sobre aquella sorprendente novedad que volvía a dar un giro radical al caso. Poco tiempo después y sin dilación, el cabo se hallaba en la Comandancia relatándole a su superior su conversación con Alberto Valero.

—Lo que me cuenta usted, Coira, resulta muy revelador, pues podría confirmar una sospecha que yo albergaba. ¿Y si nos hallamos ante un falso culpable? —le dijo el capitán en su despacho mientras entrelazaba sobre la mesa sus grandes manos de uñas gordas y abultadas, aunque pulcramente cuidadas—. Anoche leí detenidamente el atestado y me fui a la cama pensando que allí había algo que no encajaba. Esta mañana he vuelto a leerlo y, efectivamente, hay un detalle que me ha llamado la atención: o quien lo redactó se hizo un lío con las horas y los minutos o realmente el padre del teniente Tresser ya estaba muerto cuando se produjo la violación de la niña, puesto que cuando lo hallaron ahorcado, y cito de memoria, a las dos menos diez de la tarde, el médico, del que no se especifica si era forense o no, y eso tendremos que comprobarlo, el médico escribió, digo, que la víctima llevaba muerta más de dos horas, es decir, desde por lo menos las once de la mañana. Sara, según el atestado, fue violada cerca de la una, casi dos horas después. Y además ahora sabemos, tras su conversación con Alberto Valero, que Tomás García Huete vio lo que ocurrió y siempre aseguró que quien atacó a Sara era un hombre joven, un muchacho. ¿Qué chapuza de atestado hicieron en aquel cuartel?, me pregunto. Dudo incluso de que el médico que dictaminó el suicidio fuera forense, porque no consta en el atestado. Y si se cerró el caso de un modo tan chapucero y el padre del teniente no fue el violador, ¿fue una casualidad que, cuando ya estaba muerto, un chaval cogiera precisamente su coche, fuera a Playa Mansa y atacara a la niña? Yo creo que no.

Coira estaba avergonzado. ¿Cómo no se dio cuenta de este importante detalle

cuando leyó el atestado? Estaba claro que no había visto más allá de la palabra escrita, que no había mirado en el interior de los ángulos muertos. El teniente nunca se lo iba a perdonar. En aquellos momentos pensaba que sus ambiciones debieron morir en la oficina de la Comandancia donde trabajaba de chupatintas. A pesar de todo, su instinto de supervivencia pudo más que la vergüenza y no sólo no pidió disculpas, sino que prosiguió hablando del caso con el capitán.

—¿Cómo es posible que cerraran la investigación, sin más?

—Hace treinta años, y más en un pueblo perdido entre montañas, las cosas se hacían de otra manera. Aquella España de entonces era tan antigua, tan subdesarrollada, que la única explicación que se me ocurre es que les vino muy bien aquel ahorcamiento para cerrar el caso, sin importarles las consecuencias. El error en el atestado es tan grave, tan burdo, que sólo puedo pensar que existía la voluntad de hacerlo así. ¿Qué hubiera pasado en el pueblo, en las familias, con un violador libre rondando por allí? Alguien les sirvió al culpable en bandeja, lo que no sabemos es por qué. Quizá se trate de una venganza. No sabemos nada del padre del teniente, porque lógicamente, hasta hoy, no había motivos para investigarlo. Ahora tendremos que hacerlo.

—Si fue una venganza, quien lo hizo podría haberlo ahorcado sin más, en lugar de añadir más dolor a la familia violando a Sara y huyendo en el coche del padre del teniente.

—Quizá la violación no estaba prevista —conjeturó el capitán—. Comprobamos muchas veces en nuestro oficio que la violencia, el sexo y la muerte pueden formar parte de la misma secuencia, una pulsión lleva a otra. De todos modos, sospecho que el objetivo era causar el mayor daño posible. En cuanto a García Huete, ya podemos descartarlo como violador y apuntarlo como otra víctima más de la historia. Cuesta creer que ahora, más de tres décadas después, alguien lo haya asesinado quizá para eliminarlo como testigo, pues fue quien lo vio todo. ¿Ése ha sido el móvil? ¿Por eso se le arrancaron los ojos? Y, lo más importante, ¿dónde está ahora ese muchacho que supuestamente fue quien atacó a Sara? Hay que ponerse a trabajar.

—Sí, mi capitán. Dígame por dónde empiezo —se ofreció Coira, solícito.

—Los guardias Hernández y Brancho me acaban de confirmar que el teniente se halla ahora mismo en el pueblo. El comandante del puesto se ha acercado hasta la casa familiar y allí está su coche aparcado. Le he ordenado que vigile con discreción sus movimientos. No olvidemos que sigue creyendo culpable a su padre y es un hombre desesperado. Tiene órdenes de acudir inmediatamente a la capitán psicóloga, pero ayer abandonó mi despacho tan impactado que no he querido insistir. Me acaba de llamar la psiquiatra que está al cuidado de Sara y también el agente que la custodia. Tresser se presentó ayer en el hospital, entró

en la habitación de Sara y, sin mediar palabra alguna, se abrazó a ella susurrándole al oído palabras ininteligibles. Cuando el guardia se acercó a él, se alejó corriendo por el pasillo del hospital. Sara ha estado llorando toda la noche, pero no ha despertado, sigue en *shock*. Es extraño, desde luego. Hoy hablaré con más calma con la doctora, para que me lo explique.

—Sí que resulta extraño, mi capitán. Si ha estado llorando, de alguna manera está despierta, ¿no cree?

—No sé si usted va a poder con todo esto.

—¿A qué se refiere?

—Usted carece de experiencia y ahora mismo no tengo libre a nadie de un rango superior al suyo, ya sabe que en el Grupo somos pocos. Por otra parte, tampoco quiero que nadie se entere de lo que le ha sucedido al teniente, es un tema delicado.

—No le fallaré, mi capitán.

—Pues debo decirle que la falta de atención que ha cometido con el atestado no le pone a la altura —le recriminó.

Era inevitable, tarde o temprano llegaría el reproche. Pero ya había decidido que seguiría remando en medio de la tempestad.

—Ha sido un error imperdonable, tiene razón. No tenía que haber dado por bueno un atestado de hace treinta años sin verificar los hechos. No volverá a suceder. Póngame a prueba y se lo demostraré. He llevado a cabo la investigación a las órdenes de mi teniente y ya tengo bastante camino recorrido en el caso. Y, por otra parte, mi interrogatorio a Alberto Valero creo que ha sido correcto y valioso, si me permite decirlo.

—Déjese de historias, Coira. Un nuevo error y se acabó. Volverá a redactar denuncias. ¿Le queda claro?

—Sí, me queda claro.

—Preséntese en el pueblo hoy mismo, hable con el comandante de puesto y que le ayude en la investigación, coméntele lo del atestado, recabe información sobre el padre del teniente, reconstruya lo que sucedió aquel día y hágase con los nombres de todos los varones, incluso de los veraneantes, que en 1973 tuvieron entre catorce y dieciocho años y se hallaran en Hoyo de las Aguas. Tire de la madeja, a ver hasta dónde nos lleva. En cuanto a Tresser, invéntese una excusa y conviértase en su sombra. ¿Podrá hacerlo todo a la vez? ¿Se ve capaz?

—Sí, mi capitán. ¿Debo decirle la verdad al teniente, lo que hemos descubierto?

—No, ahora no. Y, en todo caso, no le correspondería a usted informarle.

—A sus órdenes.

¿Por dónde empezar?, se preguntó el cabo. Lo primero que se le ocurrió, antes

de viajar hasta Aguas, fue recoger en Uvés a la gata y, además, buscar en el armario del teniente una camisa y unos pantalones limpios, por si acaso a él no se le había pasado por la cabeza, en su lógica zozobra, llevarse una muda. Todo ello le serviría de excusa para presentarse ante él. No estaba de acuerdo con que se le siguiera ocultando la verdad y le causaba pesadumbre que en aquellos momentos siguiera convencido de que su padre era un pederasta, pero debía cumplir las órdenes. Obediencia ciega, ya lo sabía. A pesar de todos los lamentos y quejas del animal, puesto que no se entretuvo demasiado en *explicarle* que se iban de viaje, al filo del mediodía Coira y Greta se hallaban ante la puerta de la casa del pueblo, ante un Julián Tresser ojeroso, despeinado, con barba incipiente y con los pantalones y zapatos llenos de barro, como si se acabara de sumergir en una ciénaga.

CAPÍTULO VIII

El rostro arrogante y cateto de Daniel Boone. Aquel póster seguía en la misma pared donde Julián lo había colgado con entusiasmo un verano de su infancia, cuando logró hacerse con él tras intercambiarlo por sus más valiosos cromos sobre La Biblia. La serie televisiva *Daniel Boone*, interpretada por el actor Fess Parker, fue durante años su preferida y posiblemente hubiera sido capaz de regalar todo su álbum bíblico con tal de tener en su dormitorio a aquel explorador amigo de los indios que nunca se desprendía de su gorro de piel, arrancada a algún mapache atrapado en una de sus ingeniosas trampas. Ni siquiera cuando se enganchó al fervor adolescente por las legendarias artes marciales de Bruce Lee desterró a aquel aventurero de la pared. Y allí continuaba décadas después, mirando en lontananza rifle en mano, con su chaqueta y sus botas de flecos, a punto de disparar. Mientras detenía la mirada en su héroe infantil, Julián desentumeció sus músculos al tiempo que se preguntaba qué hacía despertándose en su habitación de Aguas, tumbado sobre la pequeña cama de su niñez, colocado de lado y encogido sobre sí mismo como un número cuatro mal trazado. La luz tempranera de un cielo de nubes sucias penetraba en la estancia sin los matices ni contrastes que dibujan los rayos de sol, iluminando todos sus recuerdos infantiles con tal claridad y pulcritud que parecían haber sido colocados instantes antes. El póster del trampero, la estantería con más tebeos que libros, el banderín del Atlético de Madrid, equipo al que apoyaba cuando aún le gustaba el fútbol, el sombrero de mosquetero y una gran estampa de Jesucristo con su fulgurante corazón rojo aprisionado en una corona de espinas, que siempre estuvo allí por empeño de su madre.

Julián se despertó vestido, con los zapatos puestos, que le pesaron como losas cuando intentó variar ligeramente de postura. ¿Por qué estaban mojados? Transitando desde la somnolencia hacia la vigilia, los hechos le sobresaltaron con la potencia de una descarga eléctrica. Su padre se había ahorcado tras violar a Sara, ésa era la verdad de su vida que le había expulsado de sí mismo. Se encogió aún más sobre la cama y se sintió tan desesperado como un reo a punto de ser ejecutado. En su mente los pensamientos negativos ejecutaban una macabra danza, cogidos del brazo de la más profunda vergüenza y de la

necesidad acuciante de perdón. De su conversación con el capitán el día anterior sólo recordaba el momento en el que su superior le comunicaba que le retiraba del caso y le obligaba a una baja laboral por depresión. «Es lo mejor, Tresser, tiene que alejarse de todo esto», le escuchó decir a Díaz Visedo mientras él se ocupaba de su propio tormento. Aquella imagen enlazaba en su mente con otra que le llegaba más confusa: se veía a sí mismo junto a la cama de Sara, en el hospital, impotente ante aquella vida rota por un hombre, su padre, al que deseaba que se pudriera en los infiernos. ¿La habría visitado realmente en el hospital o aquello era tan sólo un juego de su imaginación, jaleada por el remordimiento?

No lograba enfocar con nitidez lo sucedido tras abandonar el despacho de su capitán. Era como despertarse tras una borrachera, con lagunas mentales que no conseguía rellenar. Ahora entendía a su madre, el porqué de su carácter tan áspero y tan poco afectuoso. Tuvo que vivir buena parte de su vida con la mancha oscura e indeleble de ser la viuda de un depravado, pero ya era tarde para contarle la verdad y apaciguar su amargura. Estaba muerta y sus cenizas reposaban en el maletero de su coche. Le avergonzó que todavía estuvieran allí, y aquella vergüenza le impulsó a incorporarse de la cama, pero únicamente para sentarse sobre el colchón, porque en aquellos momentos no sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Se fijó de nuevo en sus zapatos mojados y en las suelas con restos de barro. ¿Por qué estaban así, si el día anterior no llovió? O quizá sí, porque tampoco recordaba haber hecho el viaje desde Madrid hasta Aguas. Sin embargo, allí estaba, frente a la mirada rústica de Daniel Boone, al que ahora, desde su amargura, ya no percibía como el héroe de su infancia, sino como un maldito colono que le arrebató las tierras a los indios y que asesinaba a los animales. Poco a poco otra escena iba cobrando vida en su mente: se veía a sí mismo la noche anterior, adentrándose en las gélidas aguas de Playa Mansa, en aquella negrura nocturna donde un día Sara disfrutó de su último baño feliz, porque instantes después un monstruo le robaría para siempre su vida y sus sueños. Ahora sí recordaba que deseó enterrarse bajo aquellas aguas malditas y envolverse para siempre en el cieno del fondo. Pero sólo le cubría hasta la cintura. Un suicidio estúpido. No quería morir como un cobarde, viviría con dolor, para no olvidar, eso sería lo valiente, así que arrastró con torpeza hasta la orilla sus pies helados y entumecidos. Había dejado encendidos los faros de su automóvil, porque ni siquiera la luna quiso iluminar aquel escenario que un día fue tan sombrío. Entonces se fijó en aquella gran encina centenaria, que seguía retorciendo su enorme tronco, estrangulándose a sí misma. Sí, era ésa, la reconoció, ya no tuvo ninguna duda de que bajo ella se hicieron la foto Tomás García Huete y los otros tres monitores del campamento infantil. Ahora encajaba

todo. Allí debió de estar también la pequeña Sara, secándose bajo su sombra sin saber que ya le acechaba la bestia. La memoria se abre y se cierra tan caprichosamente como una puerta bandeada por el viento, se quejó en la habitación mientras se descalzaba los zapatos mojados y movía absorto los dedos los pies, agarrotados por la humedad y el frío. ¿Por qué tenía que ser ahora, precisamente, cuando percibía que un recuerdo atroz se estaba desparejando en su mente tras un largo letargo? Ahí estaba, tomando forma, proyectando imágenes en la pantalla de su alma, tiñendo de horror su pobre espíritu.

Aquella lejana mañana de agosto Julián no pudo ir a bañarse a Playa Mansa, porque se había pasado la noche tosiendo y se despertó con unas décimas de fiebre. Su madre y su abuela se fueron a hacer la compra a la plaza del pueblo, su abuelo salió temprano para cortar leña y empezar a hacer acopio para el otoño y su padre se había ido a la cacharrería para comprar alambrado con el que reparar el corral. Permaneció en la cama leyendo algunos tebeos del Capitán Trueno. Aburrido, porque ya se los conocía todos, decidió holgazanear en pijama por la casa. Se preparó una rebanada de pan con mantequilla y estuvo jugando con su espada en las escaleras, convirtiéndolas en su imaginación en la proa de un imponente galeón asaltado por bucaneros. Pero también se aburrió de guerrear contra sus adversarios ficticios y decidió bajar al patio para entretenerse con las gallinas. Entonces se fijó en la puerta del garaje. Se hallaba abierta, cuando lo normal era que estuviera cerrada para que las aves no se colaran. Entró y ojalá no lo hubiera hecho nunca. En medio del garaje, lo que en un primer momento le pareció un gran muñeco oscuro colgado del techo resultó que era su padre. Quiso preguntarle: «Papá, ¿qué haces? ¿Me estás haciendo una broma?». Pero ni las palabras querían salir de su boca ni tampoco su cuerpo se avenía a dar un solo paso. Se sentía igual de paralizado que en sus pesadillas infantiles, donde era perseguido por enemigos y no tenía voz para pedir auxilio ni tampoco le respondían las piernas para salir huyendo. No acudía a su memoria lo que había sucedido entre la visión del padre ahorcado y el momento en el cual su madre le tomaba de la mano para conducirlo escaleras arriba, desde el garaje hasta su dormitorio.

—¡Papá está colgado del techo! —gritaba entre sollozos, resistiéndose a llegar hasta su habitación, casi arrastrado por la mano materna que agarraba su brazo.

—Tienes fiebre otra vez. —Le puso la mano en la frente. Con gesto apresurado y a la vez ausente, le acostó en la cama y le arropó con brusquedad —. Has tenido una pesadilla, Julián.

—¡Pero si no estaba en la cama!

—¿No ves que estás en pijama? Venga, vuelve a dormirte.

Él insistía:

—¡No ha sido una pesadilla, mamá! He estado leyendo *El Capitán Trueno* y jugando con mi espada en las escaleras, y eso ha pasado de verdad. ¿Dónde está papá?

Su madre exhibía un rostro extraño, como si hubiera envejecido en pocos minutos. Le pareció una anciana fea, una bruja de cuento.

—Tu padre se ha puesto enfermo en la cacharrería y se lo han llevado al hospital —le aseguró sin derramar una lágrima.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé.

Julián permaneció acurrucado y asustado bajo las sábanas hasta que, no sabía cuánto tiempo después, su madre entró de nuevo en la habitación. Seguía con aquel repentino rostro de anciana y con su mirada ausente.

—Papá ha muerto de un ataque al corazón. Quédate aquí hasta que yo te diga. —Y salió de la habitación sin darle consuelo.

Un día más tarde, las cenizas de su padre abandonaban una caja de galletas para reunirse con el viento.

Fue a partir de entonces cuando su madre se transformó en la mujer antipática y esquiva que fue. Julián, ahora lo reconocía, acabó por enterrar en una recóndita gruta de su mente aquella visión real de su padre muerto y se acomodó a la ficticia: todo había sido un mal sueño y aquella muerte se produjo por un ataque al corazón. Ahora entendía sus pesadillas con ahorcados y por qué sentía náuseas cuando, por su oficio de guardia civil, veía un cadáver con la soga al cuello. La alucinación que había sufrido en el garaje de la casa, horas antes de que su madre falleciera, había sido el aviso de la inminente liberación de una reminiscencia amordazada. Sentado sobre la cama de su habitación de niño, frente al ahora odioso Daniel Boone, temió entonces que aquella laguna escondida no fuera la última. Un pensamiento tenebroso irrumpió en su mente y la llenó de ponzoña. ¿Y si su padre abusó de él cuando era un niño y había enmudecido también aquel terrorífico recuerdo?

Comenzaba a sentirse mareado y tuvo la necesidad de refrescarse la cara. Fue al baño, abrió el grifo y no salió ni una gota de agua. Tampoco había luz. ¿Cómo había logrado llegar hasta la cama la noche anterior, con la casa completamente a oscuras? No soportaba hacerse más preguntas ni enfrentarse a más respuestas. Estaba allí en aquel momento y punto. Qué importaban los pequeños detalles. Descendió por las escaleras y entró en la cocina. Buscó la toma general del agua y, mientras lo hacía, pensó que no serviría de nada, pues la casa se hallaba deshabitada desde hacía años. Sin embargo, giró la llave, abrió el grifo del fregadero y el agua comenzó a fluir, al principio turbia y a trompicones, pero

enseguida limpia y generosa. A pesar de que su madre no había vuelto por allí en décadas, debió de seguir pagando el suministro, quién sabía por qué. Con el frescor líquido sobre su rostro, encajó la primera sensación placentera entre las costuras de la aflicción, pero a la vez no pudo evitar hacerse otra pregunta: si el depravado de su padre ya estaba muerto, ¿qué pieza del tablero representaba Tomás García Huete? Alguien llamó a la puerta golpeándola con los nudillos. Claro, no había luz. Cayó en la cuenta de que el automóvil aparcado junto a la casa delataba su presencia en el pueblo. No quería ver a nadie, no deseaba hablar con nadie, todo le resultaba ajeno, así que confió en que desistiera quien fuera que llamara. Pero volvió a oír los golpes, esta vez de modo más insistente. Subió a su dormitorio y, a través de los visillos, pegó la nariz al cristal de la ventana. ¿Qué hacía allí Coira? El joven cabo elevó la mirada y descubrió a Julián agazapado tras las cortinas.

—¡Mi teniente, le traigo a su gata! ¿Puede abrirme?

Greta... Se había olvidado de ella por completo.

Descendió las escaleras con el ánimo hosco y le franqueó la puerta.

—Pensé que le gustaría tenerla con usted. Durante su ausencia me hubiera resultado difícil ir cada día a darle de comer y tampoco podía dejarla desatendida. Me ha parecido una buena idea traérsela. —Le mostró a Greta entre sus brazos; la gata se había pasado todo el viaje maullando, malhumorada, quejándose por haber sido encerrada en una caja de cartón.

—Usted debe de creer que soy imbécil, Coira.

Greta se retorció en el regazo del cabo, hasta que consiguió zafarse de él y ejecutó un elegante saltó hacia Julián, quien la recibió acariciándole el lomo.

—Mi teniente, no he venido únicamente por la gata. Tengo órdenes de mi capitán de hablar con el sargento Ortigosa, el comandante del puesto.

—Pues hágalo, ¿a qué espera?

—También le he traído de su casa de Uvés una bolsa con una muda. Lo primero que he encontrado. No sabía si usted había pasado por allí antes de venir a Aguas. Espero que no le moleste que lo haya hecho así. ¿Me permite pasar? Sólo quería asearme un poco antes de ir al cuartel. Será sólo un minuto.

—Un minuto. Luego no vuelva por aquí.

El teniente se adentró en la vivienda y Coira lo siguió hasta llegar a la cocina, que le pareció grande y luminosa. En ella cabrían tres salones como el de su casa.

—Lávese en el fregadero. No hay toallas, pero en aquel cajón de la izquierda encontrará paños de cocina limpios.

—Gracias. Quería decirle que siento mucho...

—Déjelo, Coira. Lávese y váyase. —La gata ronroneaba entre sus brazos.

Cayó en la cuenta de que no tenía comida para ella.

Tras aguardar impaciente a que el cabo se aseara, le acompañó hasta la puerta y la cerró de un portazo, sin delicadeza alguna. No le importó mostrarse antipático y descortés. Lo cierto es que no le importaba nada de lo que sucediera a su alrededor. Greta, él y la nada. Así es como quería Julián la realidad, sin ningún otro aliento. No se podía permitir la esperanza. La gata maullaba con insistencia. Reconocía ya aquel tipo de maullido lastimero. Estaba hambrienta. Debía conseguirle alimento, aunque para ello tuviera que abandonar su refugio. Si no hubiera fallecido su madre en la casa familiar de Aguas, nadie lo habría reconocido tres décadas después de aquel día desdichado. Podría haberse tomado un café en el bar como un foráneo más y no le habrían identificado, pero ahora ya sabían quién era: el hijo del pederasta. No deseaba cruzarse con ellos, temía ser señalado, la vergüenza le palpitaba mientras se cambiaba de ropa gracias a que a Coira se le había ocurrido traerle una muda, pues él ni había pensado en ello. Tampoco se le pasó por la cabeza agradecerse.

Subió a su coche y se dirigió al pueblo de al lado, a unos pocos kilómetros de allí. El mal estado del asfalto hacía rodar por el maletero la urna funeraria de su madre. Oía el ruido de su traqueteo en la parte de atrás y quiso percibirlo como una queja. «Es verdad, mamá, no te mereces este vapuleo». Detuvo el coche en la cuneta y abrió el portaequipajes. Imaginaba ya las cenizas esparcidas sobre la moqueta, irrecuperables para siempre, pero el receptáculo precintado seguía intacto, inmóvil en un rincón, junto al estuche de las cadenas para la nieve. Lo tomó entre sus manos con delicadeza y lo colocó en el asiento delantero, junto al suyo, sujeto por el cinturón de seguridad, aunque dudó de que sirviera de algo, pues resultaba demasiado diminuto. Asumió que acababa de cometer una ridiculez. Cualquiera que descubriera allí la urna pensaría que estaba loco, pero se sintió reconfortado llevando al lado lo que quedaba de su madre. Puso el coche en marcha, llegó a la gasolinera, compró una bolsa de pienso para gatos y al oler a pan recién hecho en el horno notó quejidos de hambre en su estómago. Las tres de la tarde. La última vez que había comido algo fue durante el desayuno del día anterior, antes de acudir al cementerio. Más de veinticuatro horas sin probar bocado, aunque no había tenido apetito hasta aquel momento. Tampoco le extrañó, con el cúmulo de desastres que habían sacudido su existencia. Decidió tomarse un bocadillo en algún bar. Tenía muchos donde elegir allí, pues aquella era una localidad turística, la puerta de entrada a la Plataforma de Gredos, donde comienza la ruta hacia el gran circo glaciar de La Laguna Grande. La calle principal estaba salpicada de cafeterías, restaurantes y hostales de montaña. Eligió el bar más oscuro y vacío que encontró. El interior le pareció perfecto: sólo recibía la discreta luz de un día frío y nublado como aquél

colándose por dos ventanucos, a ambos lados de la puerta. Las distintas mesas, cada una entre dos bancos, estaban separadas entre sí por altas mamparas de madera, lo cual le permitiría pasar desapercibido. Pidió un bocadillo de queso y una coca-cola y extrajo del bolsillo de su cazadora la cajetilla de tabaco, pero no vio ningún cenicero. Quizá aquél fuera un bar para no fumadores. Le fastidiaba que existieran. Aunque aún fueran pocos, cuando le apetecía un cigarrillo siempre le parecían demasiados.

—¿Se puede fumar? —le preguntó a la joven que le atendió.

—Prefiero que no —contestó sin dar más explicaciones.

Julián se resignó, guardó el tabaco y esperó con cierta ansiedad el bocadillo. Cuando llegó, lo degustó como si fuera un manjar. El pan era de horno de leña y el queso estaba muy curado, recio y de sabor intenso, como a él le gustaba. Cuando ya había saboreado la mitad, entraron dos personas charlando entre ellas. Una de las voces le resultó familiar: era la de Coira. A la otra no la reconoció, pero supuso que sería la del comandante del puesto de Aguas. «Qué difícil es pasar inadvertido en los pueblos», se lamentó mientras se arrinconaba contra la pared y hundía la cabeza entre los hombros. No quería ver a los dos guardias, no quería hablar con ellos, malditos estúpidos. ¿Por qué precisamente habían elegido aquel bar?

—Aquí hacen los mejores bocadillos de Gredos —le aseguró a Coira su acompañante, con un evidente acento extremeño—. ¿Le parece bien que nos sentemos?

Lo hicieron justo al lado de la mesa de Julián. La tenue iluminación del local, las mamparas entre las mesas y, sin duda, el despiste y la concentración en sus propios asuntos hicieron posible que no repararan en su presencia. Si no se espera encontrar a alguien en un lugar, esa mirada no está, desaparece.

—La verdad es que estoy hambriento. Hoy sólo he tomado el café del desayuno con un par de churros —oyó decir a Coira. Escuchaba a ambos con claridad sin necesidad de afinar el oído.

—Pues eso tiene que arreglarse. Le recomiendo el bocadillo de lomo adobado de jabalí, hágame caso.

—Pues venga, uno de jabalí.

—¿Qué quiere beber?

—Una cerveza sin alcohol.

—¡Sonsoles! —gritó Ortigosa—. Tráenos dos de jabalí y dos cañas sin alcohol, haz el favor.

—Mi sargento, ¿sabe de algún hostel que esté bien para quedarme esta noche? No voy a pedirle al teniente que me acoja en su casa, tal y como están las cosas. He pasado por allí a ver cómo se encontraba y casi me ha dado con la puerta en

las narices. No me siento cómodo en esta situación, pero debo cumplir lo que me ha ordenado mi capitán. El teniente no me perdonará jamás.

—¿Qué es lo que no le va a perdonar?

—Que le oculte la verdad.

—Sí lo hará. Él sabe lo que supone cumplir órdenes, somos militares. Aquí una orden no se juzga, se obedece y punto.

—Nunca pensé que mi primera investigación fuera así, tan complicada, con mi teniente tan implicado personalmente. Una coincidencia terrible.

—La vida tiene estas cosas raras, es muy puñetera. Uno siempre piensa que las sorpresas tienen que ser buenas, pero no es así. A ver si tenemos suerte y damos enseguida con ese joven, que ahora ya será un adulto, claro. Seguro que Fresnedal, el comandante del puesto en aquella época, nos dará alguna pista fiable. Mire usted que lo veo a menudo por el pueblo y hoy precisamente se ha tenido que ir a Ávila a una revisión médica. Está viejo, el pobre, pero tiene muy buena cabeza.

—¿Y usted cree que se acordará de los chavales de dieciséis años que vivían o veraneaban en el pueblo en 1973?

Aunque permanecía extraordinariamente atento a la conversación, Julián no acababa de entender el sentido de las palabras que estaba escuchando. ¿Qué verdad había ordenado el capitán que se le ocultara? ¿Y por qué tanto empeño en saber quiénes tenían dieciséis años cuando ocurrieron los hechos de Playa Mansa? Se hallaba tan concentrado que incluso le sobresaltó la llegada de la camarera.

—¡Ah, ya están aquí los bocadillos! Y calentitos, huelo el aroma. Gracias, Sonsoles.

—¡Qué buena pinta tienen! —exclamó Coira.

—No probará nada igual en Madrid. El lomo lo adoban aquí en el pueblo, todo es natural, sin porquerías.

Se produjo un silencio entre ambos. Julián imaginó que ya estaban entregados a sus bocadillos. La mitad del suyo seguía en el plato. Había dejado de comer cuando llegaron. No quería que nada le distrajera.

—Usted no se preocupe, que Fresnedal se acordará de todo. A sus setenta y seis años le lleva la contabilidad a su nieta, que es repostera y el año pasado abrió la única pastelería del pueblo, con eso se lo digo todo. Además, tengo la corazonada de que aquel muchacho que buscamos era de Aguas, o al menos su familia, aunque sólo sea porque, desde siempre, en Playa Mansa únicamente suelen bañarse los del pueblo. No es que se prohíba la entrada a gentes de otros lugares, ni mucho menos, pero cada pueblo tiene ya su propio arroyuelo y nosotros, el nuestro. Los domingueros tampoco se acercan, porque no hay zona

de aparcamiento y nunca ha habido voluntad de hacerlo. La gente deja el coche donde quiere o utiliza la bicicleta. Playa Mansa es como el pequeño tesoro oculto del pueblo. Ya le llevaré para que lo conozca.

—Sí, es una de las cosas que quiero hacer antes de regresar a Madrid.

—Qué pena que en un sitio tan bonito sucediera algo tan horrible. Desde luego, asesinar al padre del teniente y hacerlo pasar por culpable de la violación de aquella pobre chiquilla es algo premeditado, ideado para causar el mayor daño. Yo veo odio detrás de eso, veo rencor, venganza, no sé, pero lo que no veo es improvisación. Daremos con ese chaval y sabremos qué ocurrió, aunque sea tantos años después.

Lo que Julián acababa de escuchar le recorrió el cuerpo en zigzag, devastando todo lo que encontró a su paso. Su mente detuvo la maquinaria, sus ojos parecieron nublarse, la náusea halló cobijo en su estómago y un pitido agudo invadió sus oídos. Sólo fueron unos segundos de caos, durante los cuales tuvo la sensación de no existir. Luego llegó la rabia, que le impelía a levantarse, ir hacia Coira y estamparlo contra la pared, junto con sus mentiras y su deslealtad, como si aquel puñetazo pudiera también aplastar lo intangible. Tenía la boca repentinamente seca. Bebió un sorbo de coca-cola. Le temblaban las manos. Debía calmarse para analizar la situación, así que inspiró aire profundamente y lo expelió de un modo tan lento que los latidos cardiacos se colaron durante el proceso, entrecortando varias veces su respiración. Tenía que someterse a las circunstancias, y las circunstancias eran que a Coira le habían ordenado ocultarle la verdad para que no entorpeciera la investigación, dada su implicación personal en el caso. Debía reconocerlo: él hubiera hecho lo mismo. Pero también entendería que se le exigieran explicaciones, como Julián había estado a punto de hacer antes de tomar aliento y reflexionar. Se quedó agazapado en su asiento y se dispuso a recabar todos los datos posibles de la conversación en la mesa contigua. Así se enteró de que fue Alberto Valero, el monitor infantil del que habló el padre Huidobro, quien había asegurado a Coira que Tomás García Huete vio a un chico, y no a un hombre adulto, atacando a Sara, lo cual le convirtió en testigo ocular de lo que ocurrió y aquello, supuso, le costó la vida. Quizá por esa razón también se le habían arrancado los ojos, un ensañamiento como castigo por ver lo que nunca debió ver. Pudo haber sido un joven, pues, quien posiblemente violó a Sara, ahorcó a su padre y manchó el honor y la reputación de toda su familia. Su madre murió en la oscuridad, sin esa luz que siempre proporciona la verdad. No lo iba a perdonar. Pero al profesor lo habían asesinado treinta años después de aquello. No tenía demasiado sentido. Además, ¿por qué alguien, y más un chaval, querría hacerle tanto daño a su padre? Le aterró pensar en lo que aún podía descubrirse sobre él, pero ahora tenía que

seguir escuchando.

Hablaban en aquel momento del médico que atendió a Sara y que también acudió al lugar del crimen, porque ya era un crimen, no un suicidio, lo que llevó a su padre a la tumba. No había constancia de que se le hiciera la autopsia, lo cual lamentaron Coira y Ortigosa. «Una chapuza», pensó Julián. «Malditos cabrones. ¿Por qué no se la hicisteis, por qué no dudasteis?». Aquel médico estaba ahora hospitalizado, bastante grave, en las últimas. «Eliminado, ya no nos sirve», sentenció. Oyó cómo sonaba un móvil. «¿Sí, mi capitán?», contestó Coira. Y gracias a aquella llamada Julián se enteró de que Sara, al fin, había despertado. ¿Pero en qué mundo lo habría hecho? ¿En el universitario de nuevo o tal vez ahora lo hiciera en plena adolescencia? No se sentía con fuerzas ni con ganas para viajar a Madrid y comprobarlo. Además, ya se imaginaba a la doctora diciéndole lo de siempre: «Ahora no es posible interrogarla. Tengo que valorar su estado». Aquella mujer hacía de su trabajo un castillo inexpugnable: cualquiera que se acercara a él, sería tratado como invasor. Esperó a que ambos agentes terminaran su conversación, en la que ya no hubo nada nuevo.

—¿Sabe qué le digo, Coira? Quédese a dormir en mi casa. Tenemos una pequeña habitación de invitados para mis suegros, que vienen a menudo.

—No quiero molestar.

—Un guardia civil nunca molesta. Será un honor.

—Pues entonces déjeme pagar a mí este almuerzo, mi sargento.

Ambos abandonaron el lugar, pero Julián esperó tras la mampara un tiempo más. No quería ser visto y además se permitió unos minutos para brindarse un pequeño momento de dicha. Ya no era el hijo del pederasta. Estaba libre de aquella losa que lo había aplastado hasta pulverizarlo. La verdad le había devuelto a la vida.

Casi al mismo tiempo, Sara regresaba de su limbo. Despertó tras morir de nuevo en sus sueños. Otra vez bajo el agua, otra vez con aquella mano brutal que la anclaba al fondo. Era la pesadilla de siempre. Sólo tenía que aguantar la respiración durante unos segundos y esperar el salto abismal desde el sueño a la realidad. Pero el despertar no llegaba y, ya sin resuello, de nuevo comenzaba a entrar el agua en sus pulmones. No podía soportarlo ni un instante más. Con el último aliento que le quedaba, abrió la boca y, desplegando la furia de una leona hambrienta, clavó sus dientes en aquel brazo demoledor, que ni siquiera detuvo el movimiento e incluso presionó aún más sobre su cuello. Volvía a estar en el regazo de la muerte, inerte, flotando sin rumbo entre sucias aguas de cieno, acariciada con indiferencia por marañas de plantas que se movían lentamente, como si danzaran entre babas. Una de ellas, sin embargo, le arañó un tobillo y sintió dolor. ¿Cómo podía percibirlo si estaba muerta? Y entonces notó la vida.

Cerró los ojos y aguardó en la oscuridad.

—Está sangrando por la nariz. Alcánzame una gasa.

—¿Estoy viva?

—Sí, cariño. Estás en un hospital —le dijo una de las dos enfermeras que la estaban atendiendo cuando abrió los ojos.

«Ha despertado». Adelaida recibió la noticia en su despacho de la tercera planta, la de la Unidad de Agudos de Psiquiatría. Aquel mismo día la paciente había sido trasladada allí desde la planta de Medicina Interna. Hasta entonces no hubo disponibilidad de camas libres y a la doctora no le quedó más remedio que esperar para llevársela a su feudo. Eran las dos de la tarde y bajo la puerta del despacho se colaban los efluvios de las comidas que empezaban a distribuirse por las habitaciones. Oía a potaje y a pescado hervido y Adelaida notó el hambre en su estómago. Llevaba casi una hora reunida con el capitán Díaz Visedo. Al escuchar el relato de los hechos por parte de aquel guardia civil con sobrepeso y tan inexpresivo que había momentos en los que le desconcertaba, se sintió un personaje más dentro de una historia que le sobrepasaba como profesional de la psiquiatría. Nunca lo reconocería en público, y menos ante sus colegas, pero Adelaida sabía que la mayoría de las veces su trabajo tan sólo consistía en administrar medicamentos para sujetar los humores. Unos reducían la angustia, otros frenaban la ira, los había que euforizaban al melancólico o, por el contrario, adormecían a la bestia que había despertado de su letargo ancestral. Bastaba con reconocer el síntoma y aplacarlo con mayores o menores dosis de química. A pesar de sus efectos balsámicos, a la palabra sólo se le concedía el valor de mera herramienta para localizar el problema: una vez definida la causa que perturbaba el espíritu, todo quedaba en manos de la farmacología. La truculenta historia que le había relatado el capitán la trasladaba por momentos a un mundo sórdido donde no cabían ni la química ni las palabras, un mundo donde la verdad se desnudaba de sus trampas. Adelaida, cazadora de rebeliones psíquicas, se enfrentaba con perplejidad a una realidad ulcerosa y extraña. Una niña violada. Un testigo asesinado. Un falso culpable ahorcado. Un hijo aplastado por la vergüenza. ¿Cómo era posible que al teniente se le hubiera negado la verdad?, se preguntó, indignada. Pero al capitán parecía no importarle la suerte de su subordinado e insistía una y otra vez en lo importante que sería para la investigación que Sara abandonara su letargo. «¿Qué posibilidades hay de que despierte, doctora?», preguntó varias veces a lo largo de la conversación. «No lo sé, confío en que lo haga pronto», se limitaba a contestar ella. Lo cierto es que no tenía más respuestas, pero él volvía a reformular la misma pregunta con diferente enunciado. Aquella parecía una conversación de idiotas. «No lo sé, no lo sabemos, ¿qué parte de *no lo sé* no ha entendido?», le hubiera gustado

replicarle.

—¿Cuándo va a informar al teniente de que su padre no fue quien atacó a Sara y que posiblemente no se suicidó? —preguntó ella, sin ocultar su indignación.

—¿Por qué lo dice? —El capitán recompuso su postura en la silla; la pregunta le pareció impertinente.

—No hacerlo supone causarle un dolor innecesario. ¿Hay algún motivo para no contarle la verdad?

—Doctora, conozco al teniente Tresser desde hace años y le aseguro que, si bien al principio le aliviaría saber que su padre no tuvo nada que ver con lo sucedido a Sara, en el minuto siguiente saldría a la caza de quien lo ahorcó, y eso no lo puedo permitir. Ahora mismo prefiero su tristeza a su ira, aunque esto le suene atroz. Estoy esperando el momento adecuado, simplemente. Todo esto resulta más complicado de lo que usted imagina.

—Como psiquiatra, permítame que le recomiende que no retrase la noticia. —Adelaida no se daba por vencida—. Puede estar seguro de que ahora mismo estará sufriendo un auténtico tormento. Ayer por la tarde entró en la habitación de Sara, como ya le comenté por teléfono. Supongo que venía a suplicar su perdón. El caso es que ahora mismo sigue pensando que su padre era un pederasta y eso, debo decírselo, me parece cruel. ¿Recibe algún tipo de atención psicológica, al menos?

—Por supuesto. —Una pregunta más, pensó el capitán, y daba por zanjada la conversación. Pero reflexionó y finalmente concluyó que no le convenía sacrificar a quien tenía en sus manos las llaves para acceder al insólito mundo de Sara Azcárraga.

—¿Dónde está ahora el teniente Tresser?

—En su pueblo, descansando.

—¿En el pueblo donde sucedió todo? No creo que sea una buena idea. Discúlpeme por opinar sobre algo que no es de mi incumbencia, pero...

El capitán no daría un paso más en aquella dirección.

—Mire, doctora, en estos momentos hay un asesino que está libre, que ha violado a una niña, que tal vez sea el mismo que entró en la casa de Sara y le dejó en el frigorífico los ojos que le fueron arrancados a Tomás García Huete y que, posiblemente, también ahorcó al padre del teniente. Mi prioridad es descubrir quién es y detenerlo. Lo demás, ya iremos resolviéndolo.

Sonó el teléfono del despacho y la doctora recibió la noticia.

—Acaban de comunicarme que Sara ha despertado.

—Eso es excelente —comentó el capitán, animado—. Tal vez ahora pueda recordar quién la atacó en su casa y, sobre todo, confirmar la violación de Playa Mansa.

—No es tan fácil. Le aseguro que no va a ser cuestión de un día. Tenemos que ir muy poco a poco. Un paso en falso y nos arriesgamos a que entre de nuevo en *shock*. Necesito hacer las cosas a mi manera.

—¿Cuándo podré verla?

—Ya le avisaré.

—Recuerde que Sara no puede abandonar el hospital hasta que todo esto se aclare. Su seguridad está en situación de riesgo, como puede imaginar.

—Lo sé.

La doctora y el capitán se despidieron en el largo y estrecho pasillo de la Unidad de Agudos. Ella se alejó hacia uno de los extremos, caminando con paso firme, como siempre acostumbraba a hacer; el guardia civil se dirigió con su andar pausado hacia el extremo contrario, lamentándose durante el trayecto por esas Jornadas Micológicas a las que no podría asistir. No había faltado a la cita ni un solo año, pero esta vez se celebraban en Soria y le resultaba imposible solicitar un permiso de un par de días. Tenía que centrarse exclusivamente en la investigación, en Sara, en Tresser, en dirigir los pasos de Coira, los de los guardias Hernández y Brancho también, y estaba además aquella doctora resabiada e impertinente que parecía preocuparse más de la situación del teniente que de su propia paciente. Se sintió agobiado, aunque no era hombre de ahogarse en vasos de agua. Mientras esperaba el ascensor, recibió una llamada en su móvil. No era ningún número conocido, así que decidió devolverla más tarde y cortó la comunicación. Al cabo de unos segundos, el teléfono volvió a insistir, pero el capitán ya estaba en el interior del ascensor y la falta de cobertura acabó por enmudecer el sonido.

Sara había despertado con hambre y pidió algo de comida. «Espera a que venga la doctora. No tardará», le contestó una de las enfermeras que la atendían con un tono de voz rutinario. Supuso que cualquier otra cosa que le solicitara o le preguntara obtendría la misma respuesta. No sabía qué hacía allí y le inquietaba saber si padecía algo grave, tan grave que pudiera llevarla a la tumba. Acababa de morir en sueños y le asustaba ahora morir en vida. Una vez que las sanitarias le detuvieron la hemorragia nasal, abandonaron la habitación y, al salir, Sara pudo ver a un guardia civil junto a su puerta. ¿Estaba detenida por algo que había hecho y de lo que no se acordaba? Excavó desesperadamente en las arenas de su memoria y sólo emergieron imágenes confusas que le inquietaron. Se veía borracha, manteniendo difícilmente el equilibrio al descender por las escaleras de su casa, y se veía también tumbada sobre el suelo de un bar. Y sobre aquellas imágenes, otra aún más inquietante: el rostro de un cadáver sin ojos. ¿Lo habría matado ella? Sara percibía los latidos de su corazón tan intensos que le daba la sensación de que su cuerpo, el colchón e incluso la

habitación entera retumbaban al compás del tambor cardiaco. Y además, se dio cuenta de que sus muñecas estaban atadas a la cama. Se revolvió sobre sí misma para zafarse de ellas y, al hacerlo, vio junto a su mano un mando con varios botones. Atacada por la ansiedad, los pulsó todos confiando en que al menos uno de ellos fuera el de auxilio. El respaldo de la cama comenzó a elevarse, a la vez que también iniciaba el mismo movimiento la zona de los pies. Cuando temía quedar emparedada, como si fuera una loncha de jamón en medio de un sándwich, una mano ajena pulsó de nuevo los botones y el colchón volvió mecánicamente a su posición original.

—Tranquila, Sara. Soy la doctora Mabrán. ¿Cómo estás?

—¿Por qué estoy atada a la cama?

—Ahora mismo te libero, no te preocupes.

La doctora le sonrió mientras la desataba con movimientos suaves y tranquilos. A Sara no le gustó su sonrisa de dientes blancos y perfectos, pero envidió su cabello negro y lacio, brillante, con aquellas puntas rectas que reposaban sobre los hombros con una rara armonía, todas juntas, sin permitirse huecos de aire entre unas y otras. Consideró que tenía aspecto de pija, y no le gustaba ese tipo de gente. No se fiaba de aquella mujer.

—¿Qué hace un guardia civil en la puerta?

—Ahora te lo explico todo, pero vayamos paso a paso. ¿Sabes por qué estás aquí?

—No. ¿Es por algo grave?

—Te encontraron inconsciente en la cocina de tu casa y no sabemos por qué. Parece ser que algo te sucedió cuando abriste el frigorífico. ¿Recuerdas qué te ocurrió?

Sara temió que fuera una borrachera de vodka la que le había provocado el desmayo y llevado al hospital. Se sintió avergonzada, como cada vez que bebía.

—Me cuesta respirar.

—Tranquila. Tienes que estar relajada para que pueda ayudarte. Respira hondo y lentamente, sólo es un poco de ansiedad.

Sara inspiró lo más profundamente que pudo y expulsó el aire de sus pulmones de un modo trémulo. Lo hizo tres veces y comenzó a encontrarse mejor. Se sentía impotente ante las puertas cerradas que hallaba en su memoria. Sólo se abrían con nitidez las de los instantes más cercanos, como el de la enfermera colocándole una gasa en la nariz al despertar o el de aquella paloma gorda que la había observado unos minutos desde la repisa de la ventana de la habitación. Todo lo demás, aquel rostro de un muerto sin ojos, su cuerpo caído sobre el suelo de un bar, seguía apareciendo difuso en su cabeza.

—No recuerdo nada.

—Pues entonces, háblame de ti.

—¿De mí?

—Sí, de todo lo que se te ocurra, cualquier cosa.

—Tengo que entregar un trabajo en la editorial. —Se sorprendió de aquel pensamiento rápido que acudió sin ser llamado—. ¡Dios mío, lo estarán esperando y no lo he terminado! —exclamó con angustia.

—¿Trabajas en una editorial?

—Sí, soy correctora de estilo. Tengo que llamarles y decirles que no puedo cumplir con la entrega. ¿Puede dejarme un teléfono?

—Yo me ocuparé de hacerlo en su momento.

—¿Y qué sabe usted lo que tiene que decirles? No tiene ni idea. Prefiero hacerlo yo. A estas alturas, ya habré perdido el trabajo. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro días. Has estado en coma, no sé si te das cuenta de la gravedad. Ahora tu trabajo no es lo más importante, sino tu salud.

—¿Cómo que no es importante mi trabajo? —replicó Sara, enojada—. Claro, usted cobra su sueldo cada mes, pero yo, si no trabajo, no cobro. Qué fácil es verlo todo desde la comodidad de una nómina.

—Tienes razón. Charlemos unos minutos y luego solucionamos lo de la editorial, ¿de acuerdo? Continúa hablándome de ti, vamos.

—¿Y qué quiere que le cuente?

—Cómo es tu vida, por ejemplo.

A Sara no le costó esfuerzo construir ante la doctora su perfil más básico: edad, estudios, su afición a la lectura, su madre con alzhéimer. Se acordó entonces de ella y le preocupó no haberla visitado en aquellos días, aunque ya no la reconociera. Y le molestó que la doctora le preguntara por su vida sentimental.

—Nunca he tenido ninguna relación. Estoy bien así.

—¿Y amigos o amigas?

—Tampoco. No me siento cómoda con los demás.

—¿Por alguna razón?

—Ninguna en especial. Siempre he sido así.

—¿Incluso cuando eras niña?

—De mi infancia tengo muy pocos recuerdos.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé.

—¿Y no te parece extraño que no recuerdes casi nada de tu niñez?

—No, para mí es normal. No le doy muchas vueltas al asunto.

—¿Y qué es lo poco que recuerdas?

—Las pesadillas.

—¿Sueles tenerlas a menudo?

—Sí, casi siempre es la misma.

—¿Quieres contármela?

Sara se sentía sola y perdida, encajada a la fuerza en el mundo de los extraños. A pesar de haber cumplido los cuarenta, se veía a sí misma como una niña extraviada en la noche, en un bosque oscuro de donde nadie la iba a rescatar. Sin apenas familia, sin amigos, sin nada en qué apoyarse... Aquella habitación de hospital se había convertido en el lugar más seguro al que podía aspirar, y la doctora, aunque no se fiara de ella, era el único mástil al que agarrarse para no precipitarse al mar en su particular tempestad. Necesitaba a aquella aliada, así que hizo el esfuerzo de contarle cuántas veces había muerto ya ahogada en sus sueños.

—¿Nunca has visto el rostro de quien te ataca? —le preguntó tras escuchar el relato.

—No, sólo siento su brazo sobre mi cuello. Hoy le he clavado los dientes, pero ha continuado ahogándome, como siempre.

—¿Te da miedo el agua? Piensa ahora que te bañas en el mar o en una piscina. ¿Qué sientes?

—Terror.

—¿Recuerdas si alguna vez estuviste a punto de ahogarte?

—No.

—¿Ni siquiera cuando eras una niña y aún no sabías nadar? Piénsalo bien.

—No, ya le he dicho que apenas tengo recuerdos de aquella época.

—¿No te ibas de vacaciones de pequeña? Todas las familias lo hacen. Algunos días en la playa, ya sabes...

—Yo nunca fui a ninguna playa.

—¿Y al río? ¿Nunca te has bañado en un río?

—No, nunca.

Era verdad, no recordaba haberlo hecho jamás. Sin embargo, sí en sus sueños. Cuando tenía unos ocho años, durante un tiempo soñó a menudo con un riachuelo. Fluía precioso por su cauce, con aguas transparentes que refulgían bajo el sol. Oía voces cercanas de niños, los buscaba, los llamaba, veía sus sombras escondiéndose tras los grandes árboles de la ribera y caminaba hacia ellos para participar en el juego, pero de repente desaparecía el sol, el sonido del río, las sombras de los niños, y la noche se tornaba negra, inmensamente sombría. Entonces una fuerza bruta la lanzaba contra el suelo. Le parecía que se trataba de un animal, una bestia que le desgarraba a mordiscos el vientre. Sentía un dolor sobrenatural cuando le hurgaba entre sus vísceras. Entonces se despertaba gritando, llorando sin consuelo posible y abrazada a su madre con

desesperación.

—Ha sido una pesadilla, cariño.

—¡Me duele mucho la tripa, me ha hecho daño!

—Pero sabes que no es de verdad, sólo existe en tus sueños.

—¡Viene cada noche, mamá!

—Ya no vendrá más, te lo prometo.

Pero aquella pesadilla regresó bastantes noches más. Hasta que un día desapareció para siempre. Entonces llegó la otra, la que la ahogaba bajo el agua.

—Tengo hambre. ¿Puedo comer algo? —Sara decidió que no iba a relatarle aquel otro sueño. Estaba cansada de hablar. Sólo se sentía segura dentro del silencio.

—Ahora te traerán algo de comida.

—No me ha dicho aún qué hace ese guardia civil en mi puerta. ¿Acaso estoy detenida? ¿He hecho algo malo? —preguntó con inquietud.

Adelaida dudó unos instantes, pero decidió contarle una parte de la verdad. Sara no estaba colaborando y ella necesitaba información, atravesar su blindaje e indagar en los meandros psíquicos para descubrir sus secretos. Estaba segura de que recordaba mucho más de lo que le había dicho. No esperaba que liberara el trauma que le supuso aquella posible violación cuando era niña, era lógico que lo amordazara y en aquellos momentos todavía no tenía la intención de forzarla a desbloquearlo, pero al menos debía intentar hurgar en el presente más cercano, el que le había llevado directamente al hospital.

—Ese guardia civil está aquí para protegerte. Parece ser que alguien entró en tu casa. Tal vez descubrieras al intruso y eso te produjera el *shock* que te ha traído hasta aquí. —No quería comentarle todavía el hallazgo de aquellos dos ojos en el frigorífico; quería ir despacio, para evitar un nuevo retroceso.

—¿Y por qué entró en mi casa? ¿Me ha robado algo? ¿Mi ordenador? —preguntó, alarmada.

—Que yo sepa, no te ha robado nada, eso es lo más extraño.

—Sigue sin contarme qué hace el guardia civil en mi puerta. Me pide que yo haga el esfuerzo de recordar, pero usted no hace ninguno por decirme la verdad.

Adelaida se alegró de que Sara la presionara, de que aplicara la lógica en sus preguntas y le exigiera claridad en las respuestas. No se estaba comportando como una mujer derrotada, a pesar de todo lo que le había ocurrido. Había algo en ella que la impulsaba a luchar, aunque no sabía cuánto estaba dispuesta a perder durante el combate.

—La persona que entró en tu casa es peligrosa, Sara. La buscan como sospechosa de un asesinato.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—¿Cómo voy a saberlo? Me está asustando. —Adelaida vio en su mirada una desconfianza tan intensa que temió que se derrumbara.

—Aquí estás segura, no te preocupes.

—¿A quién ha asesinado esa persona?

—Ahora no vamos a hablar de eso. Ya te he dicho que vamos a ir poco a poco. Cuando llegaste al hospital, se te hizo un reconocimiento médico y lógicamente fue inevitable ver esa gran cicatriz en forma de equis que tienes en el abdomen. ¿Qué te ocurrió? ¿Sufriste algún accidente?

—Sí, cuando era pequeña. Yo no lo recuerdo, pero mi madre me contó que me atacó un perro vagabundo cuando yo pasaba el verano en una colonia infantil.

—¿Y no te acuerdas de nada de aquello? Un ataque de un perro es muy doloroso y cuesta olvidarlo. Esa cicatriz que te dejó en forma de equis es extraña, ¿no crees?

—¿Y qué importancia tiene eso ahora? Me mordió un perro y ya está, no hay más. Es algo que sucedió hace mucho tiempo. Qué empeño tiene usted en revolver sin cesar en el pasado, cuando lo único que tiene algún valor es el presente.

Sara no entendía la insistencia de la doctora en rememorar su infancia, una época de su vida que le aparecía siempre cubierta por la niebla. Sí, ya sabía que no era normal, que de la niñez se guardan siempre buenos recuerdos, pero a lo peor es que los suyos no eran tan buenos y por eso los había olvidado, como el de aquel perro que le mordió y que le provocó durante tiempo dolorosas pesadillas. Hasta donde ella podía recordar, tenía asumido que no fue una niña feliz. No asistía a los cumpleaños de sus amigas, tampoco ellas a los suyos, algo a lo que su madre nunca pareció concederle importancia. «¿Para qué vas a ir a esa fiesta, con lo poco que te gusta hablar y relacionarte con los demás? Tú dedícate a estudiar, que es lo que te labrará un buen futuro». Sólo los libros le procuraban el alivio y el aislamiento que ella necesitaba. Más allá del hábito de la lectura, no encontraba en su existencia un solo momento de alegría. ¿En qué instante se fastidió todo? No lo sabía, pero tampoco le preocupaba demasiado. Sólo le interesaba sobrevivir sin hacerse demasiadas preguntas.

—¿Cuándo va a llegar mi comida?

—Ahora mismo voy a ordenar que te la traigan. Luego continuamos.

—¿Me va a atar otra vez las muñecas?

—Ya no.

—¿Y por qué me las han atado antes?

—Estabas inconsciente y durante ese tiempo te hemos alimentado por vía intravenosa. Cualquier movimiento podría haberte dejado las vías al aire y

generar una infección.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

—Intentaremos que sea el menor posible.

—¿Dónde está mi bolso? Allí tengo el libro que estoy leyendo. Lo necesito. ¿Le importa acercármelo?

La doctora se dirigió hacia el armario de la habitación, con pocas esperanzas de hallarlo allí. Lo imaginaba en manos de la Guardia Civil, pero ahí estaba, en un rincón. Era un bolso negro y barato, comprado en algún bazar chino. En el interior, junto a un billetero y un juego de llaves, encontró un poemario de Emily Dickinson. La doctora no conocía a aquella poeta. Leyendo la semblanza de la contraportada se enteró de que vivió en el siglo diecinueve y de que era una de las grandes autoras de la lírica universal, con una poesía «sutil, gótica, armónica e intensa», se afirmaba en el texto.

—¿Te importa que le eche un vistazo al libro? —preguntó la psiquiatra. Le interesaban las lecturas de Sara.

—No, en absoluto, aunque no sé si le gustará si no está habituada a leer poesía.

Los únicos poemas que Adelaida recordaba haber leído eran los de Gustavo Adolfo Bécquer, y eso fue durante el bachillerato. No frecuentaba mucho la lectura, si acaso alguna novela histórica de vez en cuando, pero sintió curiosidad y hojeó algunas páginas. Su mirada se detuvo en unos versos:

*No era la Muerte, pues yo estaba en pie,
Y todos los Muertos, tumbados –
No era la Noche, pues todas las Campanas
Lanzaban sus Lenguas, al Mediodía. [*]*

—¿Cuál es el que está leyendo? —quiso saber Sara.

—Se titula «No era la muerte...».

No le dejó finalizar la frase.

—Es uno de mis preferidos, parece escrito sólo para mí.

Repentinamente animada, recitó de memoria con voz firme y tranquila, sin impostura:

*Pero, todo, como el Caos – Imparable – frío –
Sin Esperanza, ni Mástil –
O incluso sin un Informe de Tierra –
Para justificar – la Desesperación –*

—Son los últimos versos del poema. Bellos, ¿verdad?

—Me parecen tristes y desesperanzados, no sé.

A Adelaida no le gustaron y no creía que se debiera a no estar habituada a leer poesía. Había en ellos una aflicción excesiva que le repelía. Tampoco había descubierto en ellos belleza alguna, sólo pesimismo y amargura.

—¿Y qué pasa si son desesperanzados? Emily es así —afirmó refiriéndose a la autora por su nombre; la consideraba una amiga cuyos pensamientos poéticos la reconfortaban y la impulsaban a recrearse en su soledad y en su dolor, no sin cierto placer—. Me gusta la desesperanza. Es un modo de pensar y de vivir tan respetable como otro cualquiera, un sentimiento inteligente. No hay ilusión, luego no son posibles ni la decepción ni el tormento.

—¿Eso es lo que crees?

—Absolutamente. Podría explicarle por qué, pero ahora estoy muy cansada.

—¿Crees que ahora mismo te conviene leer este tipo de poemas, con todo lo que te ha ocurrido?

—¿Preferiría que leyera bonitos versos de amor? A lo mejor eso le hacía feliz a usted, pero no a mí. Por favor, deme mi libro y vuelva en otro momento —le replicó con indiferencia.

No le impresionó a Adelaida la desesperanza de Sara, la renuncia a que las cosas puedan mejorar y el abandono de cualquier ambición. Aquella percepción de la realidad era sólo un síntoma más de su estado depresivo, nada que no pudiera solucionarse con el tiempo. Ahora no le iba a conceder demasiada importancia. Formaba parte del proceso emocional que estaba viviendo. Si ella se sentía reconfortada con lecturas que la reafirmaban en aquel sentimiento, no iba a poner objeciones. Le interesaba más cómo había logrado enmascarar durante tanto tiempo la violación de la que fue víctima, convirtiéndola en el ataque de un perro rabioso. Tenía ganas de conocer a la madre, la que disfrazó la verdad de su hija. Se preguntaba cuántos recuerdos más le habría falseado, cuántos trozos de la vida de Sara habría manipulado para acomodarlos a una realidad inventada. ¿Cómo pudo hacerle algo así, educar a una hija en la debilidad y en la confusión? La pesadilla en la que Sara moría bajo el agua una y otra vez no era más que otra escenificación falsa del subconsciente sobre lo que realmente sucedió en Playa Mansa. En la vida de Sara, sólo los sueños le decían la verdad. Pensaba en todo ello mientras hacía cola en el *self-service* de la cafetería del hospital. Eran casi las cuatro de la tarde y llegó al filo de que se cerrara el turno de comidas. Había permanecido con Sara casi una hora, un tiempo que casi nunca concedía a ningún paciente. Empezaba a considerar el caso como un desafío. Le gustaba retarse a sí misma y las muchas particularidades de aquella trágica historia la animaban a hacerlo. Mientras

empezaba a comer un panaché de verduras, sonó su teléfono móvil. Era el teniente Tresser. Decidió no atender la llamada, porque se sentiría obligada a hablar desde la mentira a un hombre atormentado. No le correspondía a ella contarle la verdad, pero le desagradaba no poder hacerlo.

Al otro lado de la línea, Julián imaginó que la doctora estaba ocupada y finalizó enseguida la llamada. Con su despertar al mundo, Sara se había convertido en una esperanza reactivada, pero no quería demostrar impaciencia ante la psiquiatra. Lo intentaría más tarde. En aquel momento, las cenizas de su madre aguardaban en la casa del pueblo una ubicación provisional que a Julián le pareciera digna. Primero pensó en la vitrina del comedor, junto a la cristalería, pero fue en aquella estancia donde había fallecido y además le resultaba tan ajena que optó por situarlas en la repisa de la chimenea del cuarto de estar, pero también desistió, pues le pareció un sarcasmo situarlas cerca de un lugar donde no tardaría en encender un fuego. Al final, reparó en una estantería donde de niño dejaba sus tebeos recién leídos. Aún sobrevivían unos cuantos, como los de *Mortadelo y Filemón*, *Rompetechos*, *Carpanta* y *El Capitán Trueno*, sus preferidos. Greta ya había comido. Tras ronronear un rato entre sus piernas, se había quedado dormida sobre la repisa de una ventana. Algún día tendría que llamar a su verdadero dueño, pensó, pero ahora no quería pensar en la posibilidad de desprenderse de ella. Empezaba a quererla.

La casa estaba fría y hacía falta leña para alimentar la chimenea. También necesitaba velas. Comenzaba a atardecer y la luz natural que penetraba por las ventanas se iría debilitando hasta convertir los muebles en meras sombras. Tras las borrascas que le habían azotado en las últimas horas, percibía en su espíritu una rara calma, quizá la que precede a una nueva tormenta. Su padre ya no era un monstruo y eso le había aligerado la carga, pero se preguntaba qué pudo ocurrir para que alguien lo ahorcara y le hiciera parecer culpable nada menos que de la violación de una niña. Julián no albergaba apenas dudas sobre el sentimiento que alimentó aquel trágico escenario: el odio, siempre devastador, un motor eternamente sediento de combustible que, en ocasiones, se enmaraña caprichosamente con el placer. A lo largo de su profesión lo había visto en el rictus de extraña felicidad que exhibían los etarras y los maltratadores de mujeres cuando eran detenidos tras sus asesinatos. Y él mismo, ahora, también sentía placer con la sola idea de capturar al asesino y reventarle el cuerpo a golpes, de espaldas a su oficio de guardia civil. Su padre había sido un funcionario de carrera, director de un departamento del Ministerio de Economía, un cargo desde el que ni siquiera atendía al público. Sabía cuál había sido su profesión, conocía su afición por las estilográficas y pocas cosas más. Era casi un desconocido para él. Le resultaba imposible penetrar en una vida de la que lo

ignoraba casi todo. Su madre ya estaba muerta y jamás podría hacerle las preguntas que en vida nunca se atrevió a formular. ¿Qué pudo suceder aquel 23 de agosto de 1973?

La oscuridad ya le estaba ganando la batalla a la luz. Velas, necesitaba velas. En todas las casas las hay, aunque estén viejas y sucias. Con aquella convicción, Julián rebuscó en los cajones y armarios de la cocina, sin éxito. Aún le quedaba la despensa, donde tantas tardes se coló para hurtar más nocilla de la que le estaba permitida. Entró en aquel pequeño cubículo de apenas dos metros cuadrados, siempre sombrío porque sólo se alimentaba de la luz de la cocina. Aún permanecían en los estantes algunas latas sin abrir, décadas después de que aquella casa quedara cerrada para siempre. Palpó entre unas y otras y halló una vieja caja de zapatos. Dentro encontró las velas, sorprendentemente blancas y brillantes, sin estrenar. Con ellas entre sus manos iba a abandonar la despensa cuando recordó de nuevo aquel día de su niñez en el que desde allí, agazapado con su bote de nocilla, descubrió a sus padres besándose junto al fregadero. Aquel recuerdo aparecía ahora límpido en su memoria, como si estuvieran allí mismo en aquel momento. El padre acariciaba el rostro de la madre y besaba sus labios con dulzura. De repente, ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió, risueña y coqueta. Julián la vio tan claramente que casi parecía real. La oscuridad aprisionó su corazón. ¿Quién era aquella mujer? No era su madre.

CAPÍTULO IX

La cita con el antiguo comandante del puesto era a las seis de la tarde, pero Fresnedal ya llevaba una hora de retraso. El precoz anochecer otoñal había convertido los bosques y montañas de Gredos en débiles sombras, a la espera de que la luz del día les devolviera su grandeza. A través de la ventana del despacho de Ortigosa en la vieja casa cuartel de Aguas, Coira observaba las calles vacías de gentes en aquellas horas del ocaso, invadidas además por una densa niebla que todo lo desdibujaba. Sólo aparecían nítidos los reflejos de las farolas sobre los adoquines mojados. Percibió en aquel paisaje una soledad inmensa. Sintió frío y se enfundó en el cuerpo el anorak.

—Hace bien en abrigarse, Coira —afirmó Ortigosa—, porque la caldera de la calefacción funciona mal y, aunque lo hemos solicitado muchas veces, todavía no han enviado a nadie a arreglarla. No obstante, voy a ordenar ahora mismo que nos traigan la catalítica.

Un guardia trajo la estufa de butano, la encendió y en pocos minutos se notó en el despacho su reconfortante calor. Acababa de llegar el párroco del pueblo, don Pepín de las Heras, con una carpeta repleta de partidas bautismales. Nada más saludarse, el cura y Ortigosa se enfrascaron en una conversación sobre el clima, sobre la niebla que en los últimos dos días aparecía cada atardecer, sobre la insólita ola de frío polar que recorría el país aquellos días de octubre, sobre la nevada histórica en toda la provincia en 1996 y sobre el agresivo viento huracanado, inaudito hasta entonces, que había azotado el pueblo hacía una semana y del que culpaban al cambio climático. Coira estaba harto de aquella cháchara sobre el tiempo e iba perdiendo la paciencia poco a poco. De vez en cuando le llegaba desde el estómago el sabor del lomo adobado de jabalí que se había comido aquel mediodía con Ortigosa. Ya había perdido la costumbre de los recios embutidos que almorzaba cuando estuvo destinado en tierras abulenses y pensó en lo bien que le sentaría en aquellos momentos una infusión de manzanilla, pero entonces llegó Fresnedal. Apenas lo observó unos instantes, pero le bastaron para encontrarle tal parecido con el párroco don Pepín que pensó que ambos eran hermanos, aunque el anciano guardia civil era mucho mayor que el cura, que no debía de sobrepasar los sesenta años. Menudos de

estatura, delgados como palos, de piel muy blanca, nariz esculpida cual pico de águila, ojos diminutos y densos cabellos blancos cortados a ras, ambos eran dos personas casi repetidas en un pueblo de apenas cien casas. La única cosa graciosa que le sucedía a Coira en varios días.

—Tome asiento, señor Fresnedal. Tardaba tanto que ya pensábamos que le había ocurrido algo. —Ortigosa le señaló una silla al calor de la catalítica y allí se acomodó el jubilado, cabizbajo y sin siquiera saludar—. Nos acompaña el cabo Coira, que participa en la investigación. A don Pepín ya lo conoce.

—No tenía muy claro si venir o no. —A Fresnedal se le veía ciertamente abatido.

—¿No se encuentra bien? —preguntó el párroco.

—En estos momentos mi salud es lo de menos. Además, tengo la suerte de tener tan sólo pequeños achaques a pesar de mis setenta y seis años. Lo que ocurre es que me siento avergonzado. Les tengo que decir que cuando me ha llamado el sargento comandante Ortigosa y me ha puesto al corriente de lo que realmente sucedió en Playa Mansa, se me ha caído el mundo encima. No sé cómo arreglar esto, porque cometimos un error tan grave con el señor Tresser, ahora lo sé, que ya es demasiado tarde para reparar el mal. Manché a toda su familia para siempre y yo también me iré al otro mundo con esa mancha. —Musitaba estas palabras encogido sobre sí mismo y con las manos entrelazadas sobre el regazo, como un fiel entregado a sus rezos—. El hijo pertenece a la Benemérita, me han contado.

—Sí, es mi teniente —le informó Coira—. Estoy bajo sus órdenes.

—Al señor Tresser, el padre, lo recuerdo como un buen hombre, reservado, de pocas palabras, pero siempre amable. Era funcionario y sabía mucho de contabilidad, por lo que cada verano le echaba una mano con las cuentas a Cástor, el del bar, que era un poco zoquete. A todos nos extrañó mucho que se viera implicado en aquel caso tan feo. Tengo que hablar con el teniente y pedirle perdón, aunque no sirva ya de mucho.

—Solicitar el perdón siempre es liberador —sentenció don Pepín con solemnidad.

—El asunto es más complicado, señor Fresnedal —puntualizó Ortigosa—. El teniente no sabe la verdad. Tenemos órdenes de guardar silencio hasta que finalice la investigación.

—Entiendo —acató el antiguo comandante del puesto—. Hasta hoy he estado convencido de que fue el padre del teniente quien atacó a la niña, aunque nos extrañara tanto, pero como las apariencias engañan y la alarma en el pueblo fue tanta, no pensamos con la cabeza en aquel momento, ahora está claro. Era su coche, luego él apareció ahorcado, que es como suelen suicidarse los que sienten

una tremenda culpa por algo... En fin, no supimos ver más allá de los hechos. ¿Están seguros de que fue un muchacho quien atacó a la niña?

—Hubo un testigo que lo vio, un monitor del campamento, y precisamente acaba de ser asesinado, como ya le habrá informado mi sargento —le comentó Coira mientras se desprendía de nuevo de su anorak; ya se empezaba a notar calorcillo en aquel despacho—. Por otra parte, sabemos por el atestado que la niña, Sara Azcárraga, fue violada alrededor de la una de la tarde y para entonces el señor Tresser llevaba muerto hacía ya dos horas, según el informe del médico. Una autopsia hubiera corroborado este dato. ¿Por qué no se hizo?

—Otro gran error. Estábamos tan convencidos de que se trataba de un suicidio que nadie la vio necesaria, ni siquiera el juez que levantó el cadáver. Eran otros tiempos, claro, y a las cosas no se le daban tantas vueltas como ahora. Además, la familia también quería que todo acabara cuanto antes. No lo digo en mi descargo, por supuesto, pues sólo yo soy el responsable, pero Amelia, la señora Tresser, estaba destrozada, imagínense, se había convertido de repente en la viuda de un perverso. Ella no quería darle entierro en el cementerio y nos pidió al juez y a mí que consiguiéramos los permisos para incinerar el cadáver cuanto antes. Aunque la Iglesia había levantado la prohibición de la cremación, todavía no existía la costumbre y además estaba mal vista. Se pensaba que no era cristiano y no se pusieron muchos medios. De hecho, hubo que viajar a Madrid para hacerla.

—23 de agosto de 1973. ¿Qué recuerda de aquel día, señor Fresnedal? —se coló con rapidez Ortigosa; no le parecía conveniente hurgar más en las heridas.

—Pues yo creo que lo recuerdo casi todo.

El viejo guardia civil hizo un detallado relato de todo cuanto aconteció aquella trágica jornada, aunque no aportó nada nuevo a la sucesión de hechos que ya conocían. Coira decidió abordar el asunto desde otros ángulos.

—Durante aquel día o el posterior, ¿observó usted si alguna familia o algún muchacho del pueblo se comportó de un modo extraño?

—¿Extraño? ¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, ¿recuerda si alguien abandonó Hoyo de las Aguas de un modo precipitado o inesperado? Aquí se conocían todos e imagino que unos y otros estaban al tanto de cuándo llegaban las familias que veraneaban aquí y cuándo finalizaban sus vacaciones, aunque sólo fuera por los comentarios en el bar o en la calle.

—Tendría que pensarlo. Ahora mismo no se me ocurre lo que pudo parecerme especial o raro aquel día, además de la tragedia y todo lo que la rodeó, claro está.

—Tómese su tiempo, señor Fresnedal, porque es importante —le animó Ortigosa—. Mientras tanto, ¿qué ha encontrado usted, don Pepín?

El párroco colocó su carpeta sobre la mesa del despacho. Hasta entonces había reposado en su regazo, sujeta bajo sus manos con la misma delicadeza que si se tratara de un objeto de valor.

—Ya saben lo mucho que me gusta la meticulosidad, y con ese ánimo he reunido todos los bautismos que tuvieron lugar en la parroquia entre dieciséis y dieciocho años antes de 1973. Suponiendo que el chico hubiera sido bautizado en Aguas, algo que además era y es muy común en las familias que tienen aquí sus orígenes y no han perdido vínculos con el pueblo, pues suponiendo eso, como les digo, he señalado algunos posibles candidatos que ahora tendrán entre cincuenta y dos y cincuenta y cinco años. Dos de ellos emigraron a Venezuela y a Argentina con sus familias respectivas antes de cumplir los diez años, y ahí continúan, según me he informado en el pueblo. Quedarían pues descartados, ya que estaban al otro lado del Atlántico cuando tuvieron lugar los hechos. Otros dos han fallecido por enfermedad. Ya sabe, Ortigosa, me refiero al de los Joaquines y al de los Serafines.

—¡Ah, sí! —exclamó sin demasiado interés el sargento—. De todos modos, me consta que ni el uno ni el otro veranearon nunca en Aguas. Apenas venían aquí algún fin de semana, porque los agostos se iban al pueblo de sus madres, una de Ponferrada y la otra de Trujillo. Continúe, por favor, don Pepín —le animó.

—Otros tres, Monsálvez, Cerezo y Salcedo, siguen veraneando aquí cada agosto, ya con sus hijos. Me parecen buena gente, aunque no los conocí de niños. Quizá el señor Fresnedal los recuerde de aquella época.

El antiguo comandante del puesto no se dio por aludido. Había guardado silencio durante toda la conversación, entregado a sus pensamientos.

—¿Señor Fresnedal? —le rescató Ortigosa.

—Creo que sí, sí que hubo algo que llamó entonces mi atención, ahora lo recuerdo, pero quiero estar seguro, no vaya a ser que acuse de nuevo en falso. Ya les diré algo en un rato. Les pido disculpas, pero ahora tengo que irme y pensar.

Antes de que Ortigosa y Coira abrieran la boca para rogarle que se quedara y compartiera la información, Fresnedal estaba saliendo ya por la puerta.

—Hay que joderse —se le escapó a Ortigosa.

—¿Volverá? —preguntó Coira con inquietud.

—Sí, volverá o llamará —aseguró el sargento, sin ocultar cierta frustración en su tono de voz—. Está muy afectado, ya lo han visto ustedes, pero cumplirá.

Entre los candidatos del párroco que restaban, no halló Coira ningún perfil interesante para la investigación.

—Claro está que yo sólo he seleccionado a los que fueron bautizados aquí —advirtió el cura—. Habría que estudiar también el catastro, para saber qué

familias residían en el pueblo por aquel entonces, pero eso llevará más tiempo y ahí yo no podré ayudar mucho. Por otra parte, ayer estuve con los lugareños que se acercaron al mediodía a la casa de los Tresser cuando nos enteramos de que había fallecido la madre. Me extrañó que nadie hiciera ningún comentario, ni siquiera alguno compasivo hacia aquella pobre mujer, que murió pensando que su marido era un pederasta, cuando ahora sabemos que no era verdad, pero eso todavía lo desconocen.

—Y no deben enterarse por el momento, don Pepín —le ordenó Coira.

—Por supuesto, lo que ustedes manden. Deben entender que aquel suceso tan terrible no solo manchó a una familia, sino también al pueblo. Me temo que no quieren ni nombrarlo. Hace décadas que enterraron aquel ominoso recuerdo varios metros bajo tierra. Es una historia demasiado trágica. Ayer entré en la casa Tresser y me ofrecí a que el teniente rezara conmigo por el alma de su madre, pero me comentó que quería estar solo. Lo entiendo, pero se llevaron a la mujer en el ataúd sin ninguna oración para su tránsito a la otra vida. Es una pena.

—No se preocupe ahora de eso, don Pepín. Ha hecho un buen trabajo —le agradeció Ortigosa.

—Ojalá les hubiera resultado más útil. Ya sabe usted lo que me gusta leer a Arthur Conan Doyle, el de Sherlock Holmes, pero esto es la vida real y presenta más dificultades. De todos modos, a ver qué recuerda de aquel día el señor Fresnedal.

En aquel momento telefoneó a Coira el capitán Díaz Visedo. El agente salió a la calle con el móvil, por si acaso lo que tuviera que contarle fuera de carácter reservado. Una vez en el exterior, le asaltó a traición el frío. Estaba en medio de la niebla, de noche, a más de mil quinientos metros de altitud y se había dejado su anorak dentro del cuartel. Ya era tarde para volver. Su superior esperaba al otro lado de la línea.

—¿Sí, mi capitán?

—¿Alguna novedad, Coira?

—Esto va lento, aunque puede que tenga noticias en un rato. Parece ser que el antiguo comandante del puesto recuerda algo de aquel día que puede ser importante.

—¿Por ejemplo?

—Dice que tiene que pensarlo bien.

—¿Cómo que tiene que pensarlo? Si tiene alguna sospecha, su deber es informar cuanto antes. Él ha pertenecido al Cuerpo y debería saberlo. Llámeme enseguida cuando se decida a hablar. ¿Y Tresser? Le he llamado varias veces al móvil y sigue sin cogerme el teléfono.

—No quiere saber nada de nadie, mi capitán.

—¿Pero sigue en el pueblo?

—Su coche continúa aparcado en la puerta de su domicilio y hay luz en el interior, creo que de velas. Supongo que no hay electricidad, porque es una casa deshabitada desde hace años. Me he pasado por allí esta mañana y ahora por la tarde me he acercado de nuevo con Ortigosa, hace un rato. No hay novedad. ¿Quiere que le vaya a visitar?

—No, vigílelo, nada más. De todos modos, si le viera, dígame que atienda mis llamadas de una vez. Que le quede muy claro a Tresser que es una orden —sentenció.

—Sí, mi capitán. ¿Alguna cosa más que requiera de mí?

—Por lo visto, Gherardus ha desaparecido.

—¿El hermano de la viuda de García Huete?

—Sí, Coira, no hay otro Gherardus en la investigación. —El capitán no estaba de buen humor y no dudó en subrayar esa obviedad.

—¿Cree usted que tiene algo que ver con el caso?

—Pienso que no, pero ya veremos. Ahora voy a informar al juez, no tengo tiempo para darle más detalles. Recuerde lo de Tresser, que coja el teléfono cuando le llame, ¿está claro?

—Sí, mi capitán.

Durante la conversación con Díaz Visedo, Coira había oído el pitido de la llegada de un mensaje. Al comprobar que era de Lola, sintió un golpe de calor intenso que incendió sus mejillas y apaciguó el frío que le estaba entumeciendo el cuerpo. «Llámame, por favor. Necesito que hablemos», le escribía su novia. Coira no le contestó.

Unos minutos antes de hablar con su subordinado, el capitán acababa de despedirse de una desconsolada Marija van Haalen, la viuda de Tomas García Huete. Fueron sus llamadas perdidas las que no había podido atender horas antes cuando estaba saliendo del hospital donde se entrevistó con la doctora Mabrán. Al llegar a la Comandancia, tras comer en su casa de Uvés con su mujer, como acostumbraba a hacer siempre que podía, Marija ya le estaba esperando allí, en el vestíbulo, sentada junto a la máquina de café.

—Mi capitán, tiene una visita —le informó el guardia de la puerta—. Es la esposa de Tomás García Huete. Ya le he dicho que tiene que pedir cita, pero ha insistido en quedarse a esperarle. Está bastante nerviosa y asegura que es importante.

—Aguarde cinco minutos y que alguien la acompañe a mi despacho.

El capitán tenía verdadera urgencia por ir al lavabo. Estaba harto de su recién diagnosticada hipertensión, porque la medicación que pretendía controlarla le provocaba continuas ganas de orinar y apenas le concedía el respiro de una hora

entre una micción y la siguiente. También le fastidiaba que la sal hubiera sido expulsada de su dieta. La vida se le había vuelto amarga. ¿Qué sería lo próximo que le prohibirían? No estaba dispuesto a renunciar a los guisos de setas, al buen vino y a los chupitos de sobremesa compartidos con sus amigos micólogos. No era fumador, así que podía permitirse saltarse el guion de vez en cuando. «Qué sabrán los médicos de los pequeños placeres de la vida», protestó mientras esperaba a que el chorro de orina se agotara y pudiera subirse de una vez la bragueta del pantalón.

Cuando llegó a su despacho, Marija se estaba sonando la nariz, de pie, en medio de la estancia.

—Soy el capitán Díaz Visado. —El agente le estrechó la mano mientras la invitaba con un gesto rápido a sentarse. El rostro de la mujer parecía desencajado, todas sus facciones estaban tensas y sus ojeras hinchadas le conferían un aspecto de enorme aflicción.

—Disculpe que me haya presentado sin avisarle. El teniente Tresser no contesta a mis llamadas y me dio también su teléfono por si no lo localizaba a él.

—No tiene importancia. Cuénteme.

—Mi hermano ha desaparecido.

Había ocurrido a las ocho de la mañana de aquel mismo día. Al ver que Gherardus no acudía a desayunar, Marija entró en su habitación y comprobó que no estaba. Fue al baño, por si estuviera duchándose, y tampoco. Volvió al dormitorio y observó que la cama estaba hecha. En el armario seguía la ropa colgada y su maleta; sobre la mesilla de noche estaba su móvil, apagado, y también el billete del vuelo de regreso a Hong Kong. No halló por ningún lado su cartera. En el mueble del recibidor se hallaba la copia de las llaves de la casa que Marija le había proporcionado durante aquellos días.

—¿Está segura de que su hermano ha dormido esta noche en la casa?

—Sí, por supuesto. Además, ayer se fue directamente a la cama después de cenar, pues me dijo que se encontraba muy cansado. Fue un día intenso y difícil. Incineramos a Tomás y los dos nos sentíamos destrozados. Cuando estaba recogiendo la cocina, vino a beberse un vaso de agua y ya estaba en pijama.

El capitán le hizo entonces las preguntas que solían hacerse en tales casos: ¿notó algún ruido extraño en la noche? No. ¿Percibió a lo largo del día o cuando se acostó algún cambio extraño en su actitud, además del lógico dolor por la pérdida de su cuñado? No. ¿Intentó usted encender el móvil y ver las últimas llamadas? No. Marija ignoraba la contraseña.

—¿Por qué piensa que ha desaparecido? Es posible que sólo haya salido a dar una vuelta y pasar el día por ahí. Él, como usted, está viviendo momentos complicados y no es extraño que busque un rato de soledad.

—No, capitán, conozco bien a mi hermano. Nunca se iría sin decírmelo, aunque sólo saliera para dar un paseo. Llevo todo el día sin noticias de él y ya son casi las ocho de la tarde. Es de noche, hace frío en la calle... —Marija rompió a llorar, al tiempo que con un pañuelo se sonaba de nuevo la nariz, ahora de un modo casi compulsivo.

—Su hermano es marino mercante, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Ha hablado con su empresa?

—Sí, he logrado el teléfono de la delegación en España. Como todavía no se ha incorporado tras estos días de permiso, lógicamente no saben nada ni tampoco se ha puesto en contacto con ellos. También he llamado a Santander, a su casa de Galizano, pero no contesta. Incluso he contactado con la asistenta que va por allí una vez por semana. Como no vive lejos, se ha acercado al chalé, pero no había nadie.

—¿Se le ocurre alguna razón para que su hermano se haya ido de esta forma, sin decirle nada?

—No, ninguna. ¿Y si está relacionado con el caso de mi marido? Ustedes no me cuentan nada, no sé cómo va la investigación, no sé si han descubierto algo, me mantienen al margen, ni siquiera el teniente contesta a mis llamadas. Quien le hizo eso a mi marido sigue libre y ahora mi hermano desaparece sin una simple nota y se deja el móvil en casa. ¿Qué significado tiene eso? No puedo más... —Marija ya no lloraba y su tono de voz expresaba desesperanza.

—La investigación está dando sus frutos, puede estar segura.

—¿Y por qué nadie me lo ha dicho?

—Porque aún carecemos de las pruebas que necesitamos, pero algo sí le puedo adelantar.

El capitán comenzó a relatarle todos los avances, obviando el ahorcamiento del padre del teniente, pues no aportaba nada a las verdades que Marija necesitaba. Le comentó la posibilidad de que su marido hubiera sido testigo ocular de la agresión sexual que sufrió Sara en el campamento infantil de Ávila, lo cual podría ser la causa de su asesinato décadas después.

—¿Me está diciendo que a mi marido lo han matado por algo que sucedió hace tantos años?

—Es posible, sí.

—¿Así de sencillo?

—En esta investigación no hay nada sencillo, señora Van Haalen, empezando por que las claves hay que buscarlas tiempo atrás y la niña que fue agredida, hoy ya mujer, está ingresada en el hospital y no recuerda nada de lo sucedido.

—¿Y mi hermano? ¿Qué me dice de mi hermano?

El capitán no iba a añadir aún más dolor descubriéndole la relación clandestina que mantuvieron el marido y su cuñado, a pesar de que sospechaba que quizá fuera ése el motivo de su desaparición, el remordimiento, pues no hallaba por el momento ningún indicio que relacionara el hecho con la investigación del caso. Aunque nada debía descartarse, lo cierto es que Gherardus había dormido en su cama, se había molestado en dejarla hecha antes de salir, se llevó su billetero, pero dejó su móvil, algo lógico en quien no quiere ser localizado, y además tomó la precaución de abandonar la casa muy temprano, tal vez antes del amanecer, para que ni Marija ni sus sobrinos lo vieran salir. La huida de un hombre derrotado por la culpa, tan sencillo como complejo.

—Si esta noche sigue sin saber nada de Gherardus, le aconsejo que mañana por la mañana a primera hora denuncie su desaparición.

—¿Y no puedo hacerlo ahora mismo?

—Hay que esperar unas horas, aún es pronto. Tenga paciencia. De todos modos, Marija... ¿Puedo llamarla por su nombre?

—Por supuesto.

—Pues, como le digo, Marija, tiene que plantearse ciertas cosas... —El capitán se tomó unos segundos antes de proseguir—. Puede que la desaparición sea voluntaria, que por alguna razón necesite estar solo un tiempo sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera a usted.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

—Yo no tengo la respuesta a esa pregunta. Usted nos comentó que Tomás y Gherardus estaban muy unidos y que incluso fue su hermano quien le presentó a su marido, ¿no es así?

—Sí, así es, pero no es lógico que esté más destrozado que yo por su muerte y haya huido del mundo sin siquiera decirme adiós, como usted ha sugerido. ¿Por qué me ha hecho esto? Enterré a mi marido ayer y hoy me quedo sin mi hermano. ¿Qué más me puede suceder? Esto es demasiado para mí.

—Aunque le resulte duro, insisto en que espere hasta mañana. —El capitán no quería dar un paso más en aquella conversación repleta de tantas espinas como un zarzal: imposible adentrarse más sin que ella saliera herida.

Pero Marija ya no dijo una palabra más, ni siquiera cuando estrechó la mano del capitán y abandonó el despacho como un fantasma arrastrando sus cadenas. La inesperada visita de aquella mujer desesperada, que recurrió a él porque el teniente no la había atendido, le recordó las muchas llamadas que él mismo había hecho a Tresser, ninguna de las cuales tampoco fue contestada. Le fastidiaba aquella falta de respeto ante un superior, aunque su subordinado se hallara en una situación difícil. Volvía a tener otra vez ganas de orinar, y eso le

puso de mal humor. Marcó de nuevo el número del teniente, sin respuesta. Fue entonces cuando contactó con Coira y le dio la orden de que el teniente atendiera el teléfono, y así de paso se enteraba de si había alguna novedad. Le soliviantó el hecho de que el antiguo comandante del puesto hubiera recordado algo importante y estuviera pensando si lo comunicaba o no. ¿Qué desfachatez era aquélla? «¿Es que en este caso nadie va a estar a la altura?», se quejó con exasperación, mientras a la vez se apenaba por aquellas jornadas gastronómicas en Soria a las que había tenido que renunciar.

A Julián poco o nada le importaba lo que sucediera en el mundo y ya había decidido que no iba a contestar ninguna llamada, ni siquiera las de su capitán. Sentado a la mesa de la cocina, frente al fregadero, a la luz de un par de velas, se preguntaba una y otra vez quién era la mujer que se besaba con su padre aquel verano. «¿Y si aquello nunca sucedió?», se cuestionó. Muchas veces se guardan de la infancia recuerdos que no existieron, que quizá se soñaron y que por algún misterioso resorte se incorporaron a la memoria como imágenes reales. Si la tragedia no se hubiera ensañado con su padre de modo tan cruel, es posible que no hubiera concedido mucha importancia a aquel recuerdo, pero palpitaba en su interior la idea de un padre desleal, de un marido infiel. Exprimía su memoria, pero no aparecía en la casa de su niñez ninguna mujer que no fuera su madre, si exceptuaba a su abuela y a las dos hermanas solteras de su padre, ya fallecidas. ¿Cómo buscar a alguien que quizá nunca existió? Julián reproducía en su mente una y otra vez el rostro de aquella mujer desconocida mientras el frío se iba adueñando de su cuerpo. La casa estaba helada, era ya de noche y todavía no había conseguido leña para la chimenea. En el garaje hubo antaño una leñera y aún albergaba esperanzas de que siguiera allí, al menos con media docena de viejos troncos invadidos por el polvo. Le inquietaba entrar de nuevo en un lugar donde había visto ya dos veces a su padre ahorcado, pero estaba decidido a hacerlo. No quería pernoctar en la nevera que era aquella casa y, a medida que avanzara la noche, todo iría a peor.

Tenía su coche aparcado frente a la puerta del garaje, así que le bastó encender los faros y abrir la puerta para que la estancia recibiera suficiente luz como para hurgar cómodamente en sus rincones. La iluminación rebajó la atmósfera fúnebre que Julián, sin poder evitarlo, respiraba en aquel lugar. Le acompañaba Greta, ávida de aventuras y rendida a la curiosidad, como todos los gatos. La vio junto a él, caminando casi pegada a sus pies, pero al cabo de pocos segundos desapareció entre las cajas y los cachivaches. Evitando mirar al techo, de donde un día alguien colgó a su padre, Julián se dirigió al pequeño espacio, bajo la escalera, donde recordaba él la leñera. Y allí estaba, repleta de recios troncos, colocados allí desde hacía tantos años que se hallaban cubiertos de

pegajosas y sucias telarañas. Cuando comenzaba a apartarlas, un ruido le asustó. Lo percibió como el de un montón de canicas cayendo al suelo. Miró a su alrededor y vio cómo Greta salía corriendo veloz desde un montón de cajas, para desaparecer de nuevo entre otras tantas. Julián se acercó al lugar desde donde había huido la gata y encontró esparcidas por el suelo un gran número de estilográficas. No tuvo dudas: eran las que su padre había coleccionado durante toda su vida. Se imaginó a su madre expulsando del hogar y desterrando al garaje lo más querido por aquel marido que le había despedazado la existencia. Le extrañó incluso que hubieran sobrevivido, porque la basura o el fuego suelen ser las tumbas de los objetos que recuerdan o pertenecieron a seres infames.

En varias ocasiones, el padre había intentado que el hijo apreciara la belleza de las plumas, mostrándoselas una a una, con el ánimo de compartir aquella pasión, pero a Julián nunca le interesaron. Recordaba que algunas tenían nombres parecidos a los de cazabombarderos, imbuido como estaba en su niñez de los tebeos de *Hazañas Bélicas*. Ahora acudían a su memoria tres de aquellos nombres: Parker 51, Soffer 31 e Inoxcrom 41. Tiradas todas sobre el suelo del garaje, huérfanas ahora de su dueño y desprovistas ya del halo sacramental que les concedió, para Julián seguían careciendo de interés. Junto a ellas también estaba la vieja caja de zapatos Gorila donde fueron atesoradas. No le quedaba más remedio que tomarse la molestia de recogerlas y guardarlas de nuevo donde siempre estuvieron, aunque con la tentación de arrojarlas al fuego de la chimenea. Por el momento, las reunió sin delicadeza alguna y las lanzó al interior de la caja. Al hacerlo, algo en ella llamó su atención: en su fondo descubrió unas viejas cuartillas, amarilleadas por el paso del tiempo y en cuyos bordes la humedad había dibujado caprichosos fractales. Eran cuatro hojas y todas estaban repletas de una palabra: «Nené», con una larga tilde marcada con decisión sobre la é. *Nené*, escrita con estilográfica en tinta verde decenas de veces, de lado a lado de cada cuartilla y hasta su final, por ambas caras. Aquella era la letra de su padre. La reconocía por su trazo menudo, estrecho y a veces tortuoso, inclinado ligeramente a la derecha. ¿Qué sentido tenía aquello? Una palabra escrita cientos de veces, como un mantra. ¿Era aquél el nombre de la mujer con la que se besó en el fregadero? Y si así fuera, ¿dónde estaba su madre en aquel momento? ¿Es que no se enteraba de nada?, pensó tan enojado que, a pesar del frío, notó cómo finos torrentes de un sudor cálido se precipitaban por su piel. *Nené*. Sólo tenía aquel nombre. Podía significar mucho o no ser nada, un entretenimiento tonto de un coleccionista de plumas. «Tengo que hablar con Coira de una vez y que investigue a mi padre, toda su vida entera, sin dejarse ni un detalle», decidió mientras encerraba las estilográficas en aquella caja de zapatos que, probablemente, nunca más sería abierta. Decidió también que no las

tiraría al fuego. Consideró que el olvido definitivo en un rincón era peor que las llamas.

Mientras Julián, tras varios viajes con la leña, cerraba la puerta del garaje, con la voluntad de no volver a entrar allí jamás, Coira comenzaba una cena en familia con el sargento comandante Ortigosa, su mujer, amable y solícita, y las dos hijas del matrimonio, una de ellas simpática y ocurrente y la otra enfurruñada porque le habían obligado a apagar la Play justo cuando estaba a punto de culminar un juego. Ante su plato de acelgas con patatas y otro de bacalao rebozado que ya le aguardaba, Coira sintió la rara nostalgia de algo que ya nunca sucedería: Lola, él y el hijo de ambos —nunca pensaba en que fuera una niña—, los tres sentados a la mesa, un día cualquiera de su vida, escuchando al pequeño el relato de cómo le había ido en la escuela. «Si alguien te pega, defiéndete. No le tengas miedo a nadie», le diría tantas veces como pudiera, a lo que Lola contestaría: «No le metas esas ideas al crío, por favor. Lo que debe hacer es llevarse bien con todo el mundo». En aquella mesa, la de Ortigosa, habitaba la felicidad de un modo tan simple que Coira bebió un largo sorbo de vino para alejarse de aquel pequeño paraíso inventado por él y que ya nunca existiría. Sonó el timbre de forma insistente.

—¿Quién llamará a estas horas? —preguntó la esposa con un amago de inquietud.

—Mujer, que sólo son las diez de la noche. Voy a ver.

El guardia civil se limpió los labios con la servilleta, la dejó sobre la mesa de cualquier forma y abandonó la amplia cocina. Al cabo de un minuto, que a Coira se le hizo eterno porque no sabía qué decir, ni a la mujer ni a las niñas, se oyó la voz de Ortigosa:

—¡Coira! Venga un momento, por favor.

El guardia civil se levantó de la mesa.

—Discúlpeme, señora.

—No se preocupe. Vaya, vaya usted... —le apremió.

Cuando llegó al recibidor, halló a los dos comandantes del puesto de Aguas, el viejo y el nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Parece ser que el señor Fresnedal ya ha recordado.

—Sí, he recordado algo que aquel día me llamó la atención. Esta vez no me equivoco. ¿Dónde podemos hablar?

Se acomodaron en el salón de la casa y los dos guardias civiles escucharon con atención lo que Fresnedal había recordado.

Julián, por su parte, decidió retrasar la llamada a Coira, aunque consideraba prioritario ordenarle que investigara a su padre y no quería esperar al día

siguiente para hacerlo. Pero antes era urgente encender la chimenea. Cada vez hacía más frío. Las velas distribuidas por la sala de estar y las primeras llamas del hogar confirieron a la habitación un aspecto de catacumba, con inquietantes sombras que se agitaban sobre las paredes. Comenzó a percibir la llegada del calor y entonces extrajo de su bolsillo el teléfono móvil. Ahí estaban las numerosas llamadas perdidas, las de su capitán, varias de Marija y le llamó la atención que, entre ellas, hubiera una de la doctora, hecha tan sólo treinta minutos antes. Calculó que se produjo mientras él subía los troncos desde el garaje. En el silencio tan absoluto de aquella casa, le extrañó no haberla escuchado. Eran casi las once de la noche y no se atrevió a llamarla. Lo haría al día siguiente, con la esperanza de que hubiera novedades sobre Sara. Sonó su móvil. Era Coira. Precisamente quería hablar con él, así que decidió atender la llamada.

—Mi teniente, estamos yendo ahora mismo hacia su casa mi sargento y yo. No se mueva de allí, por favor.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos ya un sospechoso. Es del pueblo. Enseguida llegamos y le informo.

—Dígame quién es. ¡Ahora, es una orden! —exclamó, con impaciencia.

—Es Gastón, mi teniente.

—¿Gastón? —Julián recibió la noticia con sorpresa.

—Según lo que nos ha contado el antiguo comandante del puesto, podría ser el hombre que buscamos. O al menos habría que investigarlo cuanto antes.

Coira estaba asombrado de todo lo que había recordado el viejo guardia civil sobre aquel 23 de agosto de 1973. En el salón de la casa de Ortigosa, sentados los tres en el tresillo y con el único calor de un calefactor, pues no había dado tiempo a encender la chimenea, Fresnedal les había relatado:

—La misma noche del día de autos me encontré a la familia Arbilar en la puerta de su casa, cargando las maletas en el coche. Me extrañó verlos a aquellas horas con el equipaje, pues eran más de las doce. Lo recuerdo porque, después del papeleo y los atestados en el cuartel, me acerqué al bar del pueblo para tranquilizar a los vecinos y a los veraneantes, que estaban bastante impactados por lo sucedido. Sin darme cuenta, hablando con unos y otros en la terraza del bar, me dieron las doce y me fui a casa, ya que mi mujer y mi hija también estaban preocupadas. Yo iba en el coche patrulla y, al ver a los Arbilar cargando las maletas a aquellas horas, me detuve para preguntarles si ocurría algo. El padre, Vicente, un hombre más bien huraño, de pocas palabras, me dijo que habían decidido adelantar el final de sus vacaciones y que aquella misma noche partirían hacia Francia. Desde el coche observé cómo el hijo entraba en el

vehículo y el padre cerraba la puerta de un golpetazo. Era de noche, yo estaba con el pensamiento de lo que había pasado aquel día, tenía ganas de llegar a casa y me despedí de ellos hasta el próximo verano. He estado dando vueltas por ahí toda esta tarde, reproduciendo una y otra vez en mi mente aquella imagen de los Arbilar, y al final he logrado revivir detalles que entonces me pasaron desapercibidos. Ahora recuerdo a la madre llevándose la mano al pecho cuando me vio llegar, y también al padre, hablándome al tiempo que rehuía mi mirada, al hijo dentro del coche, acurrucado junto a la ventanilla, y a la hija, nerviosa, ajustando las correas de la baca. Era tan evidente que no había serenidad en aquella familia que no puedo creer que yo me comportara de un modo tan torpe. Tendría que haber sospechado, porque aquello parecía más bien una huida. De hecho, los Arbilar jamás volvieron por el pueblo. Sé que eso pasa en muchas familias, que los padres se hacen mayores, los hijos prefieren el verano en la playa en vez de volver por aquí y ya no se les vuelve a ver, pero en este caso pasaron los años y ni siquiera dieron señales de vida cuando una gran nevada hundió el tejado de su casa. Se les intentó localizar, pero sin éxito. Al final, hubo que demolerla porque se fue deteriorando y suponía un peligro. He preguntado en el pueblo y ahora sé que tanto Vicente como su mujer, Gabriela, han fallecido ya. No sé si todo esto que les cuento tendrá relación con el caso, pero no dejo de pensar que si uno huye precipitadamente el mismo día que han violado a una niña y que un hombre ha aparecido ahorcado, pues algo habrá.

Coira y Ortigosa habían escuchado muy atentamente el relato. El joven agente aguardó sin interrumpir a Fresnedal, para no trabar el hilo narrativo del anciano. Pero ahora llegaba el momento de hacer preguntas.

—¿Qué nos puede decir de la familia Arbilar?

—Aquí se los conocía como «los franceses», aunque eran de Aguas. Vicente emigró a Francia tras la Guerra Civil, ya que la casa donde trabajaba como portero, en Madrid, fue destruida por los bombardeos y el hombre no consiguió otro trabajo. También se decía que en realidad se fue porque simpatizaba con los republicanos. En cualquier caso, en la España de la posguerra había mucha hambre y en Francia encontró mejores oportunidades, como otros tantos. Si no recuerdo mal, trabajó como guardés en una finca del sur del país, pero no sé el lugar concreto. Nunca dejó de venir al pueblo cada verano. Sus padres, que se quedaron aquí, fallecieron de enfermedad, casi uno detrás del otro, poco después de terminar la guerra. Vicente se casó muy joven con una chica de Ávila, Gabriela, una mujer de pocas palabras, como el marido. Tuvieron dos hijos, ya nacidos en Francia. Silvia fue la primera y años más tarde nació Gastón.

—¿Gastón, ha dicho? —preguntó Coira, atónito.

—¿No era el que estaba en casa del teniente cuando murió la madre? —añadió

Ortigosa.

—¿Ha estado por aquí Gastón? —inquirió finalmente Fresnedal.

—Un momento, por favor —terció Coira, decidido a frenar aquella repentina batería de preguntas mutuas—. ¿Está seguro, señor Fresnedal, de que el chico se llamaba Gastón?

—Sí, claro que estoy seguro. No es un nombre muy corriente.

—¿Qué edad tenía entonces? —preguntó Ortigosa.

—Pues calculo que alrededor de dieciséis años. Ya he pensado yo también en eso, pues concuerda con la edad del muchacho que vio el testigo en Playa Mansa y al que yo, Dios me perdone, no le hice el menor caso. Gastón era un chaval muy gamberro, malvado diría yo. Aún recuerdo lo que sucedió un domingo en misa, en la fiesta de la Virgen de agosto. Estaba toda la iglesia llena. Cuando salió uno de los monaguillos, Alejandro, y se volvió de cara al altar, arrodillándose y tocando la campanilla, todo el pueblo desde sus bancos pudo ver el cartel que llevaba pegado a la espalda: «Soy maricón». Cuando el chaval, de unos doce años, se dio cuenta, huyó de allí y se fue corriendo a la sacristía. Su madre, una buena mujer, viuda, no dudó en ir tras él, entre los murmullos de todos los feligreses y las risotadas de los críos, ya se lo pueden imaginar. Hace treinta años, llamarle a un chico marica en un pueblo era de las peores cosas que se le podían llamar. Hasta el cura interrumpió unos minutos la misa para rogar silencio en los bancos. El pobre Alejandro se negaba a salir de la sacristía, escondido en un rincón y llorando desconsoladamente. Después supimos, por los otros monaguillos, que fue Gastón quien le colgó el cartel minutos antes de empezar la misa, y no sin amenazarlos con hacerles lo mismo si no guardaban silencio.

—¿Y por qué hizo eso Gastón? —preguntó Coira.

—Era su forma de ser, el hijo que nadie hubiera querido tener, y Alejandro se convirtió en la víctima perfecta. Diferente a todos los críos de su edad, prefería leer tebeos en vez de darle al balón, vestía planchadito, como suele decirse, y era estudioso e inteligente. Su madre hablaba siempre de él con mucho orgullo, pero el chico era un solitario. Jamás se integró en la pandilla del pueblo, porque no quiso o porque no le dejaron, quién sabe. El caso es que, a los pocos meses, la madre y el hijo se fueron del pueblo y ya no se les volvió a ver más por aquí. Sé que ahora es profesor de no sé qué en una universidad de Estados Unidos, pero poco más. Cuando le preguntamos a Gastón por qué había hecho algo así, nos contestó con desfachatez: «Porque es verdad, es un maricón de mierda». Hablé con Vicente, su padre, y recuerdo que me dijo: «Si quiere, méntalo usted en el calabozo cada vez que tenga oportunidad. Yo no puedo hacer más de lo que ya he hecho». Me lo confesó avergonzado, porque él también había estado aquel día

en la iglesia. Me preguntarán ahora si Gastón habría sido capaz de violar a una niña y de ahorcar a un hombre con tan sólo dieciséis años, y no tengo respuesta. Tampoco he logrado establecer alguna conexión entre Gastón y el padre del teniente Tresser, y mucho menos con la niña que fue atacada, que sólo estaba en el pueblo de paso, en un campamento de verano. Es todo lo que puedo decirles. ¿De qué conocen ustedes a Gastón?

—Ya sabrá usted que la madre del teniente Tresser falleció ayer en el pueblo —le explicó Coira—. Gastón estaba con ella en aquel momento. Al parecer, y según me comentó él mismo, quería volver al pueblo y comprarle la casa.

—¿La casa de los Tresser? —preguntó Fresnedal—. Pues le debe de ir muy bien en la vida, porque es una de las mejores. ¿Dónde está él ahora?

—Es lo que vamos a averiguar cuanto antes. Voy a llamar al teniente, para ir a verle y ponerle sobre aviso.

—Yo no voy a ir con ustedes. No sabría qué decirle. —El viejo comandante del puesto tenía la voz cansada y parecía abatido—. No necesito tanto su perdón como perdonarme yo a mí mismo, y eso me llevará tiempo.

—Váyase usted a descansar, señor Fresnedal —le aconsejó Coira—. Nos ha ayudado más de lo que cree y, si me permite el consejo, no le dé demasiadas vueltas al asunto.

El guardia civil intentaba animarle, pero Fresnedal ya no le escuchaba. Se incorporó del sofá, abandonó el salón, abrió la puerta de la casa y se fue.

—Dejémosle tranquilo, que ahora es lo que necesita. —Ortigosa ya se estaba poniendo el anorak para salir—. Lo importante ahora es hablar con el teniente. No sé si el capitán nos daría su permiso para ponerle al corriente. ¿Qué piensa usted?

—Es lo que iba a hacer en este momento. Voy a llamarle.

Mientras ambos caminaban por el pueblo hacia la casa de Julián, Coira telefoneó a Díaz Visedo. Eran cerca de las doce de la noche y su superior ya estaba en la cama, de ahí su voz somnolienta. Tras conocer los hechos, le ordenó:

—Informe a Tresser ahora mismo, coloque vigilancia frente a la casa y, sobre todo, que nadie entre en la estancia donde estuvieron el tal Gastón y la madre del teniente. Mañana a primera hora hablaré con la Comandancia de Ávila para que envíen un equipo pericial y pondré a trabajar a Hernández y Brancho para localizar al sospechoso. Y otra cosa, Coira...

—¿Sí, mi capitán?

—No sé qué iba a decirle... Ah, sí. Siga vigilando de cerca a Tresser. Cuénteles la verdad, ya no podemos ocultarla por más tiempo, pero que no investigue nada por su cuenta. Eso es todo. Mañana hablamos.

Pocos minutos después de telefonar al teniente, Coira lo vio acercarse, atravesando veloz una callejuela entre las brumas de la noche. El impacto de la noticia le había impulsado a salir rápidamente de la casa e ir al encuentro de los agentes. ¿Gastón?, se preguntaba desconcertado. ¿Ese hombre con cara de idiota? ¿Qué tiene que ver ese individuo con mi familia? Fue al escribir en su mente la palabra «familia» cuando le asaltó una sospecha: su madre estaba precisamente con él cuando falleció. No le daba tiempo a hacer más conjeturas. Ya estaba frente a los dos guardias civiles.

—¿Qué es eso de que Gastón es sospechoso, Coira?

El teniente exhibía una voz alterada, bronca, cuyo eco retumbaba en el silencio de las calles. Su aspecto era aún más desaliñado que aquella misma mañana, cuando Coira se presentó en su casa con la gata. Habían transcurrido sólo unas horas desde entonces y al joven cabo le parecían ya semanas, tal era la intensidad con la que estaba viviendo aquella jornada.

—Mi teniente, si nos permite ir a su casa, se lo explicaré todo con calma.

—Más le vale, Coira. —El teniente mostraba una barba incipiente que le endurecía los rasgos y, sobre todo, la mirada—. Explíquemelo usted y, como detecte de nuevo una mentira, una sola más, por pequeña sea, le hundiré.

—Mi teniente... —Ortigosa inició la frase, pero no la pudo terminar.

—Usted cállese, sargento. ¿Le ha quedado claro, Coira?

—Con todo el respeto debido, yo nunca le he mentado. —Coira no sabía a qué se refería. No podía imaginar que el teniente ya estuviera al tanto de todo, tras escuchar la conversación que había mantenido con Ortigosa aquel mediodía en el bar.

—Ahora veremos si usted me ha mentado o no. Vamos a mi casa.

El teniente se dio media vuelta e inició el camino de vuelta. Coira y Ortigosa le siguieron, al tiempo que el comandante del puesto solicitaba por el móvil un coche patrulla para que vigilara la vivienda. Una vez en el portal, les invitó a entrar con un gesto huraño que no ocultó. Cerró la puerta de golpe tras ellos y les advirtió:

—No tengo luz, sólo hay fuego.

Envuelto en sombras titilantes que danzaban sobre las paredes, aquel pequeño cuarto de estar tenía el aspecto de una caverna, tan sólo iluminado por las nerviosas llamas crepitantes de la chimenea. El teniente cedió a los dos guardias civiles el viejo sofá tapizado en un deslucido color verde, mientras él prefirió la mecedora en la cual su madre le tejió jerséis que siempre le fueron pequeños. Coira, disfrazando su temor hacia su superior de impostada solemnidad, inició el relato de los hechos que Julián ya conocía: el muchacho que violó a Sara, el padre que murió inocente, el falso ahorcamiento, la autopsia que no se hizo. No

estaba el teniente de humor para volver a escucharlos.

—Eso que me cuenta ya lo sé. Avancemos. —Greta se colocó de un salto en su regazo y Julián acarició despreocupadamente su cabeza.

—Discúlpeme, mi teniente... ¿sabía ya todo lo que le estoy contando? —A Coira se le secó repentinamente la boca, pero no se atrevió a pedir un vaso de agua.

—Hemos almorzado juntos los tres este mediodía, mesa con mesa. Ustedes hablaban y yo he escuchado.

—Vaya... —musitó Ortigosa.

—¿Cuándo iba a decirme que mi padre no fue quien violó a Sara?

—Mi teniente, me he limitado a cumplir órdenes al no comunicarle ciertos hechos, pero ahora ya tengo autorización de mi capitán para hacerlo, lo cual es un alivio, porque personalmente, y si me permite comentárselo, creo que usted debería haber estado al corriente de todo desde el primer momento.

—¿Qué importa ahora? Ya está hecho. Lleguemos de una vez a Gastón. — Julián dejó de acariciar a la gata y se encendió un cigarrillo, el último que le quedaba. Arrojó el paquete vacío a la chimenea.

—Sí, por supuesto. —El cabo se sentía estúpido; ¿cómo no se le ocurrió comprobar si había alguien sentado en la mesa contigua, dado el carácter confidencial de aquella conversación?—. Verá, mi teniente, el caso es que acabamos de hablar con el antiguo comandante del puesto, Fresnedal, y nos ha contado que la noche de aquel 23 de agosto de 1973, cuando ocurrieron los hechos, Gastón y su familia cargaron las maletas en el coche y se fueron del pueblo para no regresar nunca más. En aquel momento Fresnedal no le concedió importancia, pero hoy le ha dado vueltas al asunto y piensa que podría tener relación con lo que sucedió.

—Parece ser que Gastón era un chaval conflictivo —comentó Ortigosa.

—A ver, qué conflictos montaba, pónganme un ejemplo —les exigió con impaciencia.

Coira le narró el suceso en la iglesia con aquel pobre monaguillo, pero al teniente no le pareció suficiente para señalar a un sospechoso.

—¿Eso es todo? ¿Por una gamberrada de mal gusto podemos conjeturar que es culpable de violar a una niña, asesinar a mi padre y a Tomás García Huete y quién sabe si a mi madre también?

Julián percibía que se le agotaba la paciencia, porque no quería adentrarse otra vez en ese callejón sin salida que es la falta de pruebas. Necesitaba certezas y aún no tenía ninguna. Se sentía cansado, no porque el reloj estuviera a punto de sobrepasar las doce y media de la noche, sino porque en veinticuatro horas había enterrado a su madre, su corazón se detuvo después al saberse hijo de un

monstruo, luego recuperó el pulso cuando se enteró de que su padre estaba libre de culpa, pero se paralizó de nuevo al conocer que alguien lo ahorcó en el garaje de su casa. Sí, estaba cansado, un cansancio que nacía del miedo a saber más de lo que podría soportar.

—Tiene razón, mi teniente, pero mañana a primera hora vendrán los de criminalística para inspeccionar el comedor donde Gastón estuvo ayer con su madre. Seguro que encuentran algún cabello que le pertenezca. Bastará cotejarlo con el que se recogió en casa de Sara y, si coincide el ADN, estaremos en el buen camino. ¿Se ha puesto en contacto con usted Gastón en las últimas horas?

—Apareció ayer por el tanatorio, pero no lo he vuelto a ver. No sé dónde vive y tampoco tengo su teléfono. No tengo ni idea de cómo consiguió el de mi madre. Me dijo que residía en Ávila, lo cual puede ser falso, claro. Tampoco entiendo qué relación puede tener con mi familia y no lo recuerdo en absoluto de cuando yo era niño. Quiero preguntarle algo, Ortigosa.

—Usted dirá, mi teniente.

—¿Es posible que alguien del pueblo pudiera conservar alguna foto de los chavales de aquellos años? Ya sabe, imágenes de las fiestas patronales o de algún partido de fútbol. Tal vez en alguna de ellas aparezca Gastón.

—La voy a buscar, no le quepa duda.

—Búsquela, pero, sobre todo, encuéntrela. Quiero ver el aspecto que tenía Gastón en aquella época. Además, esa foto será muy valiosa si la doctora Mabrán nos permite enseñársela a Sara. ¿Se sabe algo de ella, Coira?

—Por lo visto ha despertado, pero el capitán no me ha comentado nada más.

—Eso también lo sabía —replicó con cierta arrogancia el teniente—. Se estaba comiendo usted un bocadillo de lomo de jabalí adobado cuando el capitán le llamó para comunicárselo.

—Quizá no sepa usted que Gherardus ha desaparecido. —Coira quiso responder a su soberbia con una novedad que su superior desconocía.

—¿Esa desaparición tiene alguna relación con el caso?

—El capitán cree que no.

—Entonces no me interesa —zanjó el teniente—. Veamos, Ortigosa, ¿le suena a usted el nombre de Nené?

—¿Nené?

—Sí, Nené. He encontrado en casa unas cuartillas en donde mi padre escribió ese nombre cientos de veces.

—Tendré que preguntarle a Fresnedal, porque en el pueblo nunca he oído ese nombre. Espere... ¿Dice Nené? Ahora que lo pienso sí que me suena, pero es una tontería, no sé.

—¿Y qué tontería es ésa? —El teniente formuló la pregunta con hastío,

convencido de que seguramente sería una bobada.

—La verdad es que la única Nené que me viene a la memoria es la hermana de la emperatriz Sissi. Ya les he dicho que es una tontería. El caso es que a mi mujer le encantan las películas de Sissi, ya saben, aquella emperatriz de Austria o de por allí. Más de una vez se ha empeñado en contarme la historia y yo la he escuchado sólo por complacerla, ya que son cosas que no me interesan. Nené, si no recuerdo mal, fue la hermana de Sissi. Según mi mujer, era la elegida para casarse con el emperador, pero éste la rechazó y eligió a su hermana, Sissi, que era más guapa.

—Pues sí, sargento, eso es una bobada —replicó el teniente.

Coira sintió cierto bochorno ante aquella salida extravagante de Ortigosa, pero a la vez le sugirió una relación de ideas:

—Sin embargo —apuntó el joven cabo—, esto me recuerda que Gastón tenía una hermana, creo que Fresnedal dijo que se llamaba Silvia.

—¿Qué se sabe de ella y de los padres?

—De ella no sabemos nada y los padres están muertos, mi teniente —se aventuró a contestar Ortigosa—. Fallecieron ya hace años.

—Mañana quiero hablar con Fresnedal y que me cuente todo lo que recuerde de esa familia. Imagino que el capitán ya habrá dado órdenes a los guardias Hernández y Brancho para que investiguen el paradero de Gastón. Dígale, Coira, que hagan lo mismo con su hermana.

Gastón. ¿Quién narices era en realidad aquel hombre? Desde que Julián lo conoció en el ascensor de la casa de su madre, le pareció un individuo sin importancia, de ésos con los que uno puede coincidir cada día comprando el pan y, aun así, cada vez diera la sensación de que era la primera. Hay personas que nacen con un físico olvidable y Gastón era una de ellas. No encontraba en él nada que pudiera destacar, salvo su sonrisa estúpida, pegada a su boca como en una viñeta de tebeo, sobre un rostro redondo y grande que coronaban unos cuantos cabellos blancos. Era alto, con una mezcla de corpulencia y sobrepeso, pero aquellas dimensiones tampoco componían una figura que pudiera recordarse. Hay personas cuyo espíritu vulgar transmite su mecánica a todo el cuerpo, a las facciones, a los andares y a la forma de vestirse, de tal modo que esas gentes entran a formar parte de la masa, sin nombre ni apellidos propios, porque uno se olvida de ellos por mucho que se los cite. Gastón era un nadie, un nada, pero si realmente se convertía en sospechoso, bajo ese nadie y bajo esa nada habitaba un demonio. Julián se sentía ya preparado para respirar sus azufres.

—Mañana volveré a Madrid y solicitaré al capitán mi reincorporación al caso.

—Haga lo que deba, mi teniente. —Coira recibió la noticia con escepticismo;

dudaba mucho de que se lo permitieran.

—Es tarde y, ahora que lo pienso, no les he ofrecido nada. Sólo tengo agua. ¿Quieren que les sirva un vaso?

—Sí, gracias —contestaron Coira y Ortigosa a la vez; el bacalao de la cena y también la intensidad de la conversación les habían provocado sed y ninguno de los dos se había atrevido a pedirla.

Ambos la bebieron de un solo trago, como dos chiquillos, sin ocultar lo mucho que la anhelaban. Julián tenía prisa, necesitaba ordenar en su cabeza todo lo que había escuchado. Les dio las buenas noches y estuvo tentado de darles también las gracias, pero no lo hizo, así que despidió a los agentes en la puerta sin ceremonia alguna de cortesía. Cuando ya estaban a punto de salir, sonó el móvil de Coira. Era Lola.

—¿Es el capitán? —preguntó el teniente.

—No, mi teniente, no es nadie. —Coira apagó el teléfono.

Mientras sintiera hacia ella aquel odio profundo, no quería hablar con la que fue su novia hasta hacía tan sólo cuarenta y ocho horas. Caminaban Ortigosa y él por el pueblo en la noche. Se había despejado la niebla, quizá barrida por el repentino viento helado que soplaba y que impactaba en sus rostros con el ímpetu de un bofetón. Coira oía hablar a su compañero, pero no le escuchaba. Prefería recrearse en su amargura.

—¿No me escucha, Coira?

—Sí, claro que le escucho, mi sargento.

—Es sólo una hipótesis, claro. ¿Cree que tengo razón?

Demasiado tarde. No había escuchado ni una sola palabra. Más le valía que no fuera importante.

—Pues sí, la tiene.

Aquella noche, Coira apenas logró conciliar el sueño. En una habitación acogedora como aquélla, con la calidez de la calefacción y en una cama tan amplia que se sentía pequeño en medio del colchón, tenía que haber disfrutado de la hospitalidad de Ortigosa, pero en su mente Gastón y Lola libraban una batalla, enredándose ambos en una maraña de pensamientos que alimentaban el insomnio. Despreciaba tanto a Lola que tuvo que aceptar que la seguía queriendo. Se imaginaba con el bebé entre sus brazos y aquella imagen le provocaba ternura: él con su criatura, felices los dos. Pero quizá no era el momento adecuado para ser padre, cuánto le dolía pensar así y darle la razón a Lola, aunque no iba a perdonarle que hubiera tomado la decisión por su cuenta. Era *su* princesa y ahora la percibía como una bruja fea y desdentada. Gastón se coló entonces en su mente y lo agradeció. Desde que aquel hombre había irrumpido en la investigación como sospechoso, se encontraba más perdido que

antes de que se abriera esa posibilidad. Cuando lo interrogó tras la muerte de la madre del teniente, le pareció un hombre normal, un pueblerino de modales toscos que se sorbía sus mocos sin ningún pudor. ¿Era aquél el mismo hombre que violó a una niña y asesinó a dos personas? ¿Acabó también con la vida de la madre del teniente? Y si fuera así, ¿por qué se expuso tanto, irrumpiendo ahora en las vidas de aquellas gentes? No se le ocurrían respuestas, al menos hasta que se estableciera algún vínculo entre Gastón y la familia Tresser. Si se confirmaba que aquel individuo era realmente un asesino y un pederasta, al teniente le aguardaba una travesía aún más extenuante, quizá en la dirección que conduce directa al abismo.

A la vez que a Coira le martirizaba el insomnio, Julián había trazado varios planes para la que, ya lo había decidido, sería su última noche en el pueblo. Primero aseguró todas las ventanas y puertas. Gastón era un misterio, lo desconocía todo de él y se sentía vulnerable por vez primera en su vida, así que no dudó en coger del coche una de sus dos pistolas —la otra, la reglamentaria, se la había retirado su capitán— y enfundársela en la cintura. Dio de comer a Greta y esperó a que se quedara dormida sobre el sofá, para que no le molestara mientras volvía la casa del revés, pues así se lo había propuesto: buscar a su padre, a Nené, descubrirlos en los armarios, en los cajones, entre las ropas, con el anhelo desesperado de empezar a comprender. Las cuartillas con aquel nombre cientos de veces escrito fueron deliberadamente escondidas en una caja de estilográficas, un lugar en donde nadie iba a hurgar porque a ningún miembro de la familia le interesaron aquellas plumas. Se eligió el espacio íntimo de un coleccionista, perfecto para ocultar lo que jamás debía ser visto. Si su padre tuvo una aventura con una mujer, existía la posibilidad de que aquel desliz fuera el desencadenante de todo lo demás, aunque Julián no supiera de qué forma y por qué. Investigar un crimen consiste en descubrir mentiras y estaba dispuesto a indagar en la verdad hasta exprimirla como un limón, sin dejar una sola gota. Con la linterna en la mano, alterando la oscuridad, Julián sembraba un ladrón en su propia casa.

Los armarios estaban casi vacíos de cosas importantes, tan sólo un par de camisas y algún que otro vestido. Y lo mismo sucedía con los cajones. Los abrió, los palpó hasta sus fondos más oscuros y únicamente encontró eso: nada. Revolvió la casa, las páginas interiores de los escasos libros que allí existían, las maletas arrinconadas, reptó con sus manos por los huecos sombríos de la despensa, de las cómodas y de un viejo secreter, pero no hubo suerte. Ni rastro de Nené o de amantes ocultas. No entró en el comedor, convertido ahora en un escenario inviolable que aguardaba ser escrutado hasta en sus rincones más nimios, pero en su búsqueda frustrada halló un viejo sobre con una decena de

fotos de sus padres, tal vez de su viaje de luna de miel, porque en ellas ambos aparecían muy jóvenes en un lugar junto al mar, cogidos de la mano y felices, o al menos eso parecía. A Julián le soliviantó ver a su padre rodeando la cintura de su esposa, sabiendo que acabaría escribiendo en un papel el nombre quizá de otra mujer que no era la suya. En una de las imágenes, su madre, tan joven que casi parecía una adolescente, posaba con un mar calmo a su espalda y, en medio de él, las ruinas de lo que parecía una vieja torre, anclada en las aguas, blanca y luminosa, con sus piedras tan mordisqueadas por el tiempo que semejaban un termitero en el lugar equivocado. Su madre sonreía a la cámara, sujetándose los cabellos con la mano para que no los revolucionara el viento. Miró el reverso de la foto y allí estaba escrito, con pluma, en tinta verde y con la inequívoca letra del padre: «Torre de Tamarit. Santa Pola. 1956». Su abuelo paterno había nacido en Alicante, aunque su abuela era de Aguas, donde se instalaron para montar una serrería y donde también nació su padre. Quizá por aquella razón hicieron un viaje por tierras alicantinas. Julián pensó en aquel momento que Tamarit podría ser el lugar donde su madre debería reposar en su descanso eterno. Al fin y al cabo, era el único sitio donde la había visto sonreír. Cuando todo terminara, cuando surgiera luz de entre las tinieblas, viajaría hasta allí con las cenizas de su madre, lejos de los paisajes que la condenaron al dolor y a la vergüenza.

CAPÍTULO X

*Hoy ya no sale el sol,
el cielo se ve nublado,
hoy que lloviendo está
yo te esperaré para pasear...*

La dulce y añorada voz de Karina iluminaba en estéreo el alma de Gastón cada mañana. La versión más sinfónica y vibrante de *Concierto para enamorados*, aquella vieja y famosa canción de los años sesenta, la sentía en todo su cuerpo, lo recorría depositando alegría en cada víscera y en cada centímetro de piel, despertaba su mente y la llenaba de gozo. Desde la primera vez que la escuchó de adolescente, en la máquina de discos del bar de Aguas, Gastón la había elegido para ser la música de su vida. No siempre la pudo llevar con él, pero ahora podía disfrutarla cada mañana a un volumen de sonido muy alto, casi atronador. Aquella melodía energética le hacía sentirse habitante de la Tierra durante algunos minutos, pues el resto del tiempo le resultaba extraño formar parte de ella. «Únicamente se puede soportar el mundo estando borracho», le aseguró en más de una ocasión Halcón, la única persona en quien confiaba. Ambos eran capaces de beberse una botella de vodka Stolíchnaya en menos de una hora, precisamente para soportar el mundo, aunque ninguno de los dos lo enunciara en voz alta. Ya hacía mucho tiempo que Gastón no probaba el alcohol, porque detestaba beber en soledad. Ahora estaba Luba, pero ella no bebía. Sólo tenía doce años. ¿Le habría preparado ya el huevo pasado por agua del desayuno, cocido hasta el punto exacto que a él le gustaba, ni muy líquido ni muy cuajado? Se puso una camisa limpia sobre su cuerpo recién duchado mientras Karina seguía subiéndole el ánimo con su canción. Terminó de vestirse y se dirigió a la cocina. Olía intensamente a café. Cuando atravesó la puerta, Luba lo estaba vertiendo sobre la taza y en la mesa ya se hallaban dispuestos el huevo, las tostadas con aceite y sal y el zumo de tres naranjas. Ella siempre tomaba leche con cola-caó y un donut, a veces dos. Era muy golosa, pero aun así tenía un aspecto escuálido. Todo lo que ingresaba en el estómago parecía autodestruirse en segundos, sin tiempo para engrasar la maquinaria metabólica.

Luba había irrumpido en su vida seis meses antes.

Fue una mañana de abril cuando Gastón recibió una llamada de Halcón. Su voz sonaba diferente, ronca, y el aire que expelía parecía agotarse entre palabra y palabra.

—Me muero, Búho. —Hacía tiempo que nadie se dirigía a él con ese nombre —. Estoy enfermo y jodido. Se me va el oxígeno con tan sólo parpadear, así que no hagas preguntas y escúchame bien. —Tras cada frase, permanecía en silencio para coger resuello y proseguir—. ¿Sigues viviendo donde me dijiste?

—Sí, ¿necesitas algo? —se ofreció Gastón, todavía sin sobreponerse. Le costaba aceptar que, de repente, el gran Halcón estuviera consumiendo sus últimos días de vida. Se lo imaginaba anclado a una botella de oxígeno para ganarle aún una última partida a la muerte: más tiempo. Pero su voz, casi estertórea, lo situaba ya de camino hacia la tumba.

—Necesito que me hagas un favor. Dentro de un par de días te mandaré a Luba y tendrás que cuidar de ella. Tiene doce o trece años, no lo sé exactamente, pero no te dará problemas. Te entregará una carta donde te lo explico todo, ahora no puedo hablar más. Debes prometerme que te harás cargo de ella. ¿Puedo confiar en ti, amigo?

¿Quién era esa tal Luba?, ¿alguna pequeña zorra de la que su amigo se había encariñado?, se preguntó Gastón.

—Por supuesto. No te fallaré.

—Es muy importante para mí.

—Siento que estés tan mal.

—Cuando te toque a ti, te esperaré con el vodka y el kalashnikov. Si existe otro mundo, me gustaría verte allí, aunque sea en el infierno. Ahora tengo que colgar.

Aquella inquietante llamada le había sorprendido recién levantado. No le gustó despedirse para siempre de su amigo en calzoncillos y sin afeitarse, pero la muerte siempre es inoportuna. Dos días después, Gastón observó a través de la ventana cómo un monovolumen de color blanco y con las lunas tintadas se acercaba a su casa, atravesando los extensos páramos de la finca de veinte hectáreas donde residía. Vivía allí desde hacía cinco años, en lo que antes habían sido unos antiguos corrales. La familia propietaria de aquellas tierras, a pocos kilómetros de Ávila, los restauró y quedaron convertidos en una amplia casa de piedra de una sola planta. Era bonita y estaba decorada con sencillez, pero con gusto, con demasiado gusto quizá para una persona tan poco sofisticada como él. Cuando la vio por vez primera, le perturbaron aquellos muebles de estilo colonial tan bien dispuestos, las robustas vigas de madera a la vista que atravesaban el techo, el diáfano salón con una moderna chimenea de hierro en

forma de cubo, los dos dormitorios, cada uno con su baño, y un pequeño jardín de arbustos, diseñado para que apenas requiriera cuidados. Aquella vivienda le pareció tan refinada que no sabía cómo afrontarla, por eso le sorprendió el precio del alquiler: sólo trescientos euros al mes, la factura del agua incluida. Había llegado hasta allí respondiendo a un anuncio en la prensa. La familia, que residía en León y apenas se acercaba por la finca, pues era fruto de una herencia inesperada y la mayoría de las tierras las tenía arrendadas para pasto y cultivos de forraje, necesitaba a alguien que habitara allí y vigilara sus dominios, para que no se colara ganado de otras lindes, ni paseantes a caballo o en bicicleta, ni buscadores de setas ni motos gamberras. Puesto que, falseando su identidad, se había presentado como militar retirado de las Fuerzas de Paz de Naciones Unidas, viudo y sin hijos, resultó que Gastón era, para aquellos terratenientes, la persona idónea para custodiar el feudo. Desde la casa, en medio del paisaje, aislada de la humanidad que a él tanto le molestaba, podía observar todo lo que se moviera en un ángulo de trescientos sesenta grados. Sí, iba a disponer al fin de un paraíso solitario que no tendría que compartir con nadie, ajeno al mundo y adaptado a su propia realidad. Además, no tuvo que ejercer apenas de guardián. La mayoría de las veces que recorría la finca en su todoterreno no halló a nadie en su camino. Alguna vez veía a algún ganadero en los pastos vigilando a sus vacas, pero él nunca se acercó a saludar. En los otoños, eso sí, en más de una ocasión tuvo que expulsar de los dominios a buscadores de setas furtivos. «Esto es una propiedad privada y las setas también lo son. Si no se van ahora mismo de aquí, tendré que pedirles que lo hagan y no seré tan amable», les decía desde el coche, con gesto hostil y dejando a la vista una escopeta en el asiento de al lado. Lo que más le inquietaba era una visita de la Guardia Civil, pero nunca se acercaron a la casa, que se hallaba oculta tras una media luna de álamos. Más de una vez había visto coches patrulla a lo lejos, atravesando los campos, pero nunca se aproximaron lo suficiente como para preocuparse. Tenía domada a la suerte, de tal modo que La Dama había acudido siempre a él sin que hiciera falta llamarla. Pero aquel coche tan blanco con ventanas tan negras, que ahora ya estaba a poco más de cien metros de la casa, podría quebrar la tendencia. La llegada de la misteriosa Luba le llenaba de malos presagios y percibió que La Dama se alejaba repentinamente. La veía caminar dándole la espalda por vez primera, con una indiferencia que le intranquilizó.

Cuando llegó el automóvil, se abrió la puerta trasera y descendió del vehículo una adolescente esmirriada con una pequeña maleta. Casi no había empezado a observarla desde la ventana cuando el coche, sin que viera a ninguno de sus ocupantes, arrancaba de nuevo y se alejaba por las landas, dejando una furiosa estela de polvo y tierra entre los arbustos en flor. Le inquietaba que unos

individuos de los cuales lo ignoraba todo conocieran su paradero, aunque llegaran hasta allí avalados por su amigo Halcón. Gastón había organizado su existencia para que nadie llamara a su puerta, ni siquiera el cartero, pues había contratado un apartado de correos a más de cien kilómetros de allí, en un barrio periférico de Madrid. Disponía de varios carnés de identidad y pasaportes falsos para conducirse por la vida. Si un día le buscaban o le perseguían, jamás le encontrarían. Ahora una intrusa se hallaba ante su puerta, quieta como una estatua, esperando a ser recibida. La escrutó antes de franquearle la entrada. Tenía cabellos rubios mal cortados casi a ras del cráneo, era menuda, extremadamente delgada, de piel nívea, blanquísima, que contrastaba con su vestido corto de florecillas de colores y su chaqueta de lana azul. Llevaba unas botas camperas que parecían recién estrenadas. Gastón esperó a que ella hablara.

—Soy Luba. Me ha dicho Halcón que eres mi padre y que vas a cuidar de mí.

La niña se lo dijo sonriendo, pero con los dientes apretados. Parecía temer una respuesta airada. Sólo le faltó apretar también los párpados, como si los ojos fueran en realidad oídos y al cerrarlos el sonido pudiera enmudecer. «¿Mi hija? ¿De qué va esta historia, Halcón?», se preguntó, desconcertado.

—Mi madre se llamaba Maida.

Maida. Se acordaba de ella. La capturó con su grupo de mercenarios una noche, en la ciudad de Foča, cuando la joven huía de un fuego cruzado a través de las mezquitas destruidas por la guerra, la de Bosnia. Aquel día tenían ya un botín de veinte bosnio-musulmanas y ella sería la número veintiuno. La arrastraron a patadas y a culatazos de kalashnikov hasta el sótano donde tenían instalado el campamento y allí la encadenaron a la pared, como a las demás. Maida estaba tan sucia y tan ensangrentada que Gastón no se dio cuenta de lo hermosa que era hasta que la violó por primera vez y pudo observarla de cerca. Aquella niña de apenas quince años le gustaba tanto que impidió a sus compañeros que le pusieran la mano encima. La quería sólo para él. Y aun así, Maida tuvo suerte, porque sus compañeras de suplicio eran violadas por todos y a todas las horas del día y de la noche. «Deberías agradecermelo», le recriminaba Gastón. Cuando él la penetraba, Maida se quedaba quieta y permanecía muda, con la mirada perdida, como si también estuviera ciega, pero él la obligaba a resistirse, a removerse sobre su pequeño cuerpo, para que de este modo pudiera someterla como a él le gustaba, con su fuerza bruta. Fue su esclava sexual durante los últimos cuatro meses de la guerra. Cuando ya era inminente el armisticio, en el invierno de 1995, Gastón, Halcón y el resto del grupo de mercenarios desmantelaron aquel campamento subterráneo. Iban a empezar a ejecutar a las prisioneras, pero tuvieron que huir inmediatamente al ser alertados de que se acercaban los cazas de la OTAN. El bombardeo era

inminente. Gastón no supo nunca nada más de Maida ni le importó la suerte que corrió en aquella escaramuza. Hasta hoy, hasta ahora.

—Me ha dicho Halcón que traes una carta para mí.

—Sí, la tengo en mi maleta.

—Dámela.

Gastón se preguntó por qué le había endosado a aquella adolescente que aseguraba que era su hija, cuando podría habérsela quitado de encima antes de morir y evitar así problemas. Le costaba imaginarse a su compañero en el lado del bien, porque siempre estuvo mucho más allá del extremo opuesto.

Búho, amigo:

Si no fuera porque me estoy muriendo, no habrías conocido a Luba. ¿Te acuerdas de Maida? Fue tu prisionera en el campamento de Foca. Pensaba que la habíamos matado, pero por lo visto se libró cuando nos atacaron. Resulta que a los dos años de terminar la guerra, Maida se me acercó en una calle de Mostar. Me reconoció a mí, yo a ella no. Pedía limosna y parecía una anciana, a pesar de que yo creo que no había cumplido los dieciocho. Llevaba a una niña pequeña en brazos y me dijo: «Es Luba, la hija de Búho. Me sirve para mendigar, pero ahora que Alá te ha puesto en mi camino, quédatela y dásela, si no acabaré matándola». La puso entre mis brazos y se alejó sin mirar atrás. Meses más tarde me enteré de que Maida había muerto. Se ahorcó, me contaron. Cuando me entregó a la niña, lo primero que pensé fue en dejarla tirada por ahí, ya la recogería alguien, no iba a tomarme la molestia de llevarla a un orfanato. Pero decidí que no podía hacer eso con la hija de un amigo. Tendremos decenas de hijos por ahí tú y yo, seguro, pero sólo conocemos a ésta. Yo sabía que en aquel momento estabas por el Cáucaso y me quedé a Luba, pero siempre con la idea de entregártela, pues es de tu sangre, amigo mío, se parece a ti, pero me encariñé con ella y fue pasando el tiempo... Hemos vivido los últimos años en Málaga, en Estepona, desde donde he seguido trabajando en lo mío. Luba es buena, no se queja nunca y es leal. No te dará problemas. Ahora ya no puedo ocuparme, estoy en las últimas y mañana será peor. No la quiero dejar sola, sin papeles, porque no la he registrado en ningún lado. Estoy seguro de que la cuidarás. Siempre quise ahorrarte el problema, pero ahora ya no es posible. Le he dejado un sobre para ti con dinero, para los gastos. Espero que no te lo tomes a mal, pero así he querido hacerlo. Gracias, amigo. Un abrazo. H.

Una cuartilla plegada con mimo, con dedos limpios y cuidadosos, pero manchada por unas letras enlazadas abruptamente, apelotonadas unas junto a

otras, escoradas tanto hacia la izquierda que casi lamían el papel. Gastón tuvo que esforzarse en leer aquellas líneas arrodilladas y nada de lo que leyó en ellas le gustó, porque no quería tener una hija. La sola idea de compartir su vida con alguien le abrasaba la mente. Observó que la niña había heredado los ojos grises de Maida, que siempre le recordaron a los de una gata, y tuvo que aceptar que aquella nariz recta y grande, así como su amplia boca de labios finos, sin apenas carne, eran similares a los suyos. Reconocerse en las facciones de alguien desconocido no sólo le resultó insólito, sino también desagradable.

Luba continuaba ante la casa esperando una invitación a entrar, cuando él ya estaba pensando en matarla y zanjar el asunto. Sin embargo, le franqueó la puerta, la condujo al que sería su dormitorio, la encerró allí con llave, pues todas las estancias de la casa tenían cerradura, siempre se preguntó por qué, y se fue. Anduvo un par de horas por aquellos campos prestados, maltratando con el pie cada una de las piedrecillas que hallaba en su camino, intentando conciliar la lealtad hacia su amigo con la ira que le atenazaba el estómago. Se sentía obligado a cumplir la última voluntad de Halcón, pero al mismo tiempo lo odiaba por aquella debilidad tan estúpida. Llegó a la pequeña laguna donde solía acudir por las tardes para sentarse cerca de la orilla y entregarse a pensamientos sobre cosas sin importancia que a los pocos minutos ya había olvidado. Pero aquel día era diferente, con Luba aguardándole tras una puerta cerrada. Al contemplar aquellas aguas calmas y escuchar su débil rumor al ser acariciadas por el viento, regresó a su mente aquel verano, aquella Playa Mansa, aquella niña que tanto le gustaba. Sara. Sabía su nombre, pues había prestado atención cuando los monitores pasaban lista a toda la chiquillería del campamento infantil. La observaba escondido todas las mañanas cuando se bañaba, cada vez que chapoteaba abrazada a su enorme pelota de Nivea, siempre que se reía de modo exagerado, como hacen los niños. Era preciosa. Le excitaba su cuerpo canijo, sus delicados movimientos, y sentía la pulsión de poseerla. No se atrevió a hacerlo hasta aquel 23 de agosto de 1973, el día en que lo perdió todo. Aunque habían transcurrido muchos años, aún mantenía viva en la memoria la imagen de Sara y no olvidaba lo mucho que le decepcionó.

Abandonó de mal humor la laguna y se dirigió hacia la casa, bajo el cielo del atardecer, que parecía incendiado por el intenso color escarlata de unas nubes que se desgarraban entre sí. Encontró a Luba en su habitación asomada a la ventana, frente a los campos que él acababa de atravesar. Nadie hasta entonces había observado sus pasos por aquellos parajes, lo cual avivó aún más su enojo.

—No puedo echarte porque sabes demasiado sobre Halcón y sobre mí, pero en cualquier momento puedo acabar contigo. Esta misma noche, mañana, cuando me apetezca. No avisaré. ¿Te queda claro?

—No te crearé problemas. ¿Quieres que te prepare la cena? —se ofreció la niña, frente a él, mirándole con los mismos ojos grises de Maida, que nunca decían nada, dos piedras en medio de la cara—. Sé guisar bien con lo poco que encuentre en la nevera.

A Gastón no le gustaba cocinar. Había aprendido en sus guerras, en sus guaridas, en sus sótanos, que la comida en lata era suficiente para alimentarse, así que tenía su despensa llena de ellas. Luba eligió tres y sirvió un raro plato de albóndigas con lentejas y mermelada de ciruela. Gastón vigiló cada uno de sus movimientos, por si en medio del trajín culinario vertiera en su plato algo que no fuera comida. Tenía sobrados motivos para vengarse de él.

—¿Qué sabes sobre tu madre? —le preguntó justo antes de llevarse a la boca una cucharada de lentejas con sabor dulce.

—Sé que fue tu prisionera en una guerra. Luego nací yo, pero ella no me quiso porque en las guerras no hay amor, me dijo Halcón. Te doy las gracias por permitirme estar aquí —agregó con un acento malagueño que hasta entonces Gastón no había percibido.

—Hoy estás aquí. Mañana, no lo sé. ¿Entiendes lo que te digo?

Observaba a su hija con la desconfianza de un animal hacia otro que estuviera adentrándose en su territorio, pero la veía tan tranquila, engullendo una de las dos únicas albóndigas que se sirvió por cena, que Gastón se preguntó qué tipo de vida habría tenido con Halcón para no plegarse al miedo ante quien acababa de amenazarla con una muerte sin previo aviso. El miedo, él lo había constatado, es un fuego que sólo prende si hay imaginación, si existe la capacidad de anticiparse a lo que no ha sucedido, ideando imágenes que aún no forman parte de la realidad. Los soldados no piensan, no hay tiempo para imaginar, por eso no temen, o no temen igual que los demás. ¿La habría adiestrado Halcón en ese arte?

—He visto que falta leche para mañana en el desayuno. Y si te gusta el café, tampoco queda —advirtió la niña tras rebañar su plato con pan y dejarlo tan limpio como recién lavado.

—Hazme una lista y ya veré.

—No sé escribir ni leer. Halcón me dijo que no era necesario.

Así que era una analfabeta. Aquella noticia le alegró, relajó su desconfianza hacia ella e incluso, repentinamente animado, le dijo:

—La cena que has hecho me ha gustado.

Cuando la acompañó hacia su dormitorio, antes de cerrar la puerta y echar la llave, pues ya había decidido que así lo haría siempre, Luba le hizo una pregunta para la que no estaba preparado.

—¿Quieres que duerma contigo? Halcón me enseñó.

Ella estaba de pie, con las piernas juntas, su pequeña cabeza ligeramente inclinada hacia delante y ambos brazos pegados a su cuerpo. A pesar de lo mucho que le atraían las niñas, y ahora acababa de enterarse de que a Halcón también, no se le había pasado por la cabeza abusar de ella. Por primera vez en su vida sintió pudor.

A medida que transcurrieron los días, Luba se fue convirtiendo en parte imprescindible de la casa. Cocinaba guisos inventados por ella, mezclando carnes con pescados, pastas con frutas, frutas con arroces. Las latas fueron desterradas de la despensa, el frigorífico estaba bien surtido de todo tipo de alimentos y nunca faltaban los donuts, la comida favorita de la chiquilla. Padre e hija hablaban poco entre sí, pues sus conversaciones se limitaban a comentarios tan sencillos como: «Se acabó el verano», «Falta detergente para la lavadora», «Quizá hoy caiga nieve, mañana traeré más leña» o «Aquí anochece antes que en Estepona». Veían un rato la televisión antes de acostarse, sobre todo los concursos. Ninguno de los dos hacía el menor esfuerzo por adivinar las respuestas. Ella era analfabeta y a él le parecían una idiotez, pero no cambiaban de canal. Después, la encerraba con llave en su habitación. Nunca le deseó las buenas noches y Luba dedujo que ella tampoco debía hacerlo. ¿Era aquello una familia, aunque fuera diminuta?, se preguntaba Gastón, porque no se reconocía a sí mismo en aquella inesperada relación. Cuando pensaba en Halcón y lo imaginaba en la cama de Luba, profanando su cuerpo, lo maldecía. «Cuando baje al infierno, iré a por ti, cabrón».

*Yo te acariciaré y tú cogerás mis manos,
yo te abrazaré, tú me besarás y yo te besaré.
Hoy yo me debo a ti y siempre estaré a tu lado,
el tiempo pasará y yo te amaré cada instante más...*

Eran mediados de octubre y ya habían transcurrido seis meses desde la llegada de Luba. Aquella mañana a una hora muy temprana, mientras bebía el zumo preparado por su hija, le pareció a Gastón que la canción de Karina, en cuya letra, a pesar de su simpleza, percibía sentimientos hondos, sonaba aquel día con una música diferente, más briosa, más excelsa, quizá porque se sentía especialmente contento. Había decidido hacer una oferta en firme a Julián Tresser: ciento cincuenta mil euros por su casa del pueblo. En aquella España de 2007 todos ofrecían mucho dinero para comprar viviendas y pedían mucho más para venderlas. El país entero se había convertido en una melé de especuladores inmobiliarios, desde los más pequeños, los meros aficionados, hasta los más grandes, las promotoras. Era una época en la que nadie se escandalizaba por los

altos precios, por eso Gastón quiso ofrecer tres veces más de lo que consideraba era el valor de aquella casa, para no destacar ni llamar la atención. Necesitaba hacerla suya, sentía que le pertenecía. Quería iniciar allí una nueva vida junto a su hija. Lo tenía todo preparado al detalle, pero se había llevado una desagradable sorpresa cuando, un par de días antes, la madre de Julián falleció de repente, antes siquiera de hablar de dinero. Ocurrió mientras ambos tomaban los primeros sorbos de café: dos extraños ronquidos, los ojos en blanco y la muerte. Sucedió muy rápido. La mujer estaba muy decidida a venderla, le había comentado, pero no sabía Gastón si Julián tendría la misma voluntad.

Tras aquel desayuno con la melodía de Karina haciendo danzar su alma, dejó a Luba encerrada en la casa y arrancó el motor de su todoterreno rumbo a Hoyo de las Aguas. Esperaba encontrar allí a Julián, en la casa familiar, sumido en el duelo por la pérdida de su madre. Le transmitiría de nuevo el pésame, le invitaría a un café, se inventaría buenos recuerdos sobre sus veranos en el pueblo, se invertiría de nostalgia por los paraísos perdidos de la infancia, le expresaría lo importante que era para él regresar al pueblo con su hija y le haría la oferta. Julián era guardia civil y serían inevitables las preguntas. ¿Dónde vives? ¿A qué te dedicas? Y sobre todo: ¿por qué quieres comprar precisamente esta casa en vez de construirte la tuya propia? No le explicaría las auténticas razones, sino otras inventadas. Tras las verdades que se proclaman bajo el cielo brillante y azul se ocultan mentiras sucias que habitan en grutas malolientes llenas de orines. Gastón guardaba el cofre que las contenía y no era el momento de abrirlo. Tal vez no lo hiciera nunca. Sólo deseaba aquella casa e instalarse allí con Luba. Hacía pocos días que se había sacudido de encima a quienes, por alguna maldita casualidad de la vida, podrían entorpecer su plan para convertirse en un hombre respetable. Ya no temía a los testigos que quedaban de lo que sucedió aquel remoto verano en Playa Mansa. Le resultó más fácil de lo que esperaba asesinar al bocazas de Tomás García Huete y Sara no iba a representar un problema, pues él le había arrebatado su cordura. Gastón quería ahora suelos limpios y brillantes en los salones de su pasado, sin muebles viejos y pesados que afearan el conjunto, sin fantasmas en los pasillos ni demonios bajo las camas. El crimen, la muerte eran para él la única forma, la más sencilla y eficaz, de solventar sus problemas. Manejaba bien su propio lenguaje, el de matar, y las guerras en las que había participado le enseñaron a caminar seguro sobre las sendas de la impunidad.

Todavía no eran las nueve de la mañana cuando atravesaba con su coche la calle principal de Aguas. Tal vez fuera demasiado temprano para hacerle una visita a Julián, pero quería cerciorarse de que se encontraba en el pueblo. Si así fuera, se tomaría un café en el bar para entretener el tiempo. Deseó que no

hubiera cambiado nada, que continuaran allí la máquina de discos donde descubrió la canción de Karina que le acompañaría toda su vida, las mesas de formica gris siempre desordenadas, colocadas de cualquier forma, algunas con demasiadas sillas a su alrededor, otras sin ninguna donde sentarse, la enorme bola de chupa chups y aquella televisión, casi siempre con interferencias en la imagen, contra la que un día estrelló una silla porque se averió justo en el momento en el que estaba viendo la noticia del asesinato de la actriz Sharon Tate a manos de la secta satánica de Charles Manson. A consecuencia del impacto de la silla, el aparato sufrió un cortocircuito y se incendió. Su padre tuvo que pagar a plazos un nuevo televisor y a Gastón se le prohibió entrar en el bar. «No vuelvas jamás. Como te vea merodear por aquí, te arrastro a patadas al cuartelillo», le advirtió Cástor, el dueño. Gastón no pudo volver, pero la perrita de la mujer del propietario apareció muerta pocos días después, colgada del larguero de la portería del campo de fútbol. Ahora, muchos años después, ya no le reconocerían si se tomaba un café como un foráneo más, aunque ya tenía decidido que no dejaría propina. Se disponía a torcer por una callejuela hacia la casa de Julián, para comprobar antes si estaba o no allí, cuando frenó el coche en seco: en la puerta había dos coches de la Guardia Civil y observó a tres hombres enfundados en trajes blancos de la cabeza a los pies, charlando con Julián y un par de agentes más. No tuvo dudas. Era un equipo pericial y su trabajo consistía en buscar huellas, muestras e indicios. ¿Pensarían que él había matado a la madre del guardia civil? No tenía sentido, sobre todo porque murió de un infarto y así se certificó. Tampoco había percibido nada extraño en la actitud de Julián cuando lo visitó en el tanatorio. «Sólo faltaría que me convirtiera en sospechoso del único crimen que no he cometido», pensó, desconcertado. Se alejó del pueblo discretamente. La casa que le pertenecía tendría que esperar, al menos hasta que supiera con certeza qué estaba sucediendo allí. Un día más sin poder cerrar la venta, un día más que le alejaba de su gran anhelo.

Llega un momento en el que ya nada puede empeorar más, y entonces sobreviene una extraña calma y el miedo es desterrado a una isla que no aparece en los mapas. Así lo entendió Julián antes de abandonar aquella mañana la casa familiar de Aguas, dispuesto a descubrir la verdad, sin temor a lo que pudiera revelar, como un soldado adentrándose en campo abierto, disparando y sorteando a la vez las balas enemigas. Un equipo de criminalística de la Guardia Civil ya había escrutado hasta el último rincón del comedor donde había fallecido su madre y donde también estuvo Gastón. Con el lugar acordonado, varios vecinos se habían agrupado frente a la vivienda para entretenerse mirando el trasiego de forenses y guardias civiles. Los lugareños le miraban y Julián también los miraba a ellos. «¡Mi padre era inocente!», les gritaba desde el fondo

de su alma, pero aquel grito enmudecía antes de llegar a su boca. «Qué más da. Ya no volveré más por aquí». Se recogieron cabellos, huellas dactilares y muestras de saliva de las tazas en las que Gastón y la madre de Julián tomaron café. Si el ADN coincidía con el del cabello hallado en el domicilio de Sara, sería un indicio suficiente para detenerle. Aun así, sólo podrían acusarle de minucias: un simple delito de intrusión, y ni tan siquiera con uso de la fuerza, porque Sara no había sido agredida. Tampoco aquellos ojos, quizá los de Tomás García Huete y que alguien colocó en el frigorífico, podrían relacionarse con Gastón si no se lograba vincularlos de otro modo con el asesinato del profesor.

Tras la reveladora conversación de la noche anterior con Coira y Ortigosa, Julián había dormido mal, intentando descifrar en sus sueños qué le decían los ahorcados, los de siempre, que regresaron aquella noche para hablarle de nuevo con palabras que no comprendía. Se despertó sudoroso, a pesar del frío. Había decidido dormir en el sofá, junto a la chimenea y con Greta a sus pies, para que le diera calor, pero, cuando despertó de sus pesadillas, los rescoldos se habían muerto y sólo quedaban ya cenizas. Tenía sus cabellos helados, así los percibió cuando los palpó, mientras que un sudor cálido se deslizaba por su cuerpo y le producía picor en la piel. Tuvo la rara sensación de que lo estaban devorando miles de hormigas. Se incorporó del sofá y buscó un cigarrillo. Lo encontró medio deshecho en el bolsillo de su cazadora, pues ya había agotado el último paquete la noche anterior. Se sentía aturdido y le pareció que su cerebro estaba guisándose en su propia salsa dentro de la olla del cráneo. «¿Quién eres, Gastón?». Ése fue el último pensamiento antes de cerrar los ojos y también el primero cuando los abrió y todavía no había amanecido.

Después de colocar la urna funeraria de su madre en el maletero del coche y a Greta en el asiento trasero, dentro de una gran caja de cartón agujereada, como antes ya había hecho Coira, Julián cerró la puerta de aquella casa maldita como si sellara una tumba. Antes de abandonar el pueblo, quiso hablar con Fresnedal y se acercó al cuartel. Quería escuchar de nuevo el relato sobre los Arbilar y conocer más detalles acerca del sospechoso, pero el viejo comandante del puesto se había despertado por la mañana con fiebre.

—Mi teniente, más que enfermo, Fresnedal está hundido —le comentó Coira, al que se encontró, junto con Ortigosa, cuando ambos salían de tomarse un café en el bar—. Se siente responsable de todos los errores cometidos en lo que ocurrió en Playa Mansa.

—Ayer nos comentó que quería disculparse ante usted, pero estoy seguro de que lo hará cuando se recupere —añadió Ortigosa—. De todos modos, puedo repetirle palabra por palabra lo que nos relató anoche.

—Da igual, estoy harto. Quiero dejar este lugar cuanto antes. —A Julián le

pesaba el pueblo como una losa, incluso pensó que, si permanecía allí un minuto más, le caería el cielo encima—. Fresnedal sabe que no le voy a perdonar y eso es lo que le ha provocado la fiebre. Pues miren, me alegro. Si no puedo hablar con él ahora, ya no me sirve para nada. Coira...

—¿Sí, mi teniente?

—Le veré por la tarde en Uvés. Ahora tengo que gestionar en Madrid el papeleo sobre el fallecimiento de mi madre. —Mentía, no pensaba hacerlo aquel mismo día, aún tenía margen, pero no se le ocurrió mejor excusa para evitar acudir al cuartel; tenía otros planes—. Y otra cosa: de la misma manera que no voy a perdonar a Fresnedal, tampoco puedo perdonarle a usted, aun sabiendo que cumplía órdenes. Enterré a mi madre pensando que ella era la viuda y yo el hijo de un monstruo.

—No pude hacer otra cosa, cumplía órdenes, como usted ha dicho. Lo siento muchísimo. —Coira tenía asumido que había perdido su confianza, aunque estaba convencido de que hallaría el modo de recuperarla.

—Ahora ya da igual. No perdamos el tiempo y avancemos. Necesito que se incluya en la investigación a mi padre. Yo no soy el más indicado para hacerlo, obviamente, pero debemos reconstruir su vida para hallar alguna relación con Gastón Arbilar, que ahora es sospechoso de asesinarle y seguimos sin saber por qué. Y usted, Ortigosa...

—¿Sí, mi teniente?

—Buen trabajo, gracias.

—A sus órdenes, mi teniente.

Un águila de gran envergadura planeó sobre sus cabezas con osadía, pues su vuelo era sorprendentemente bajo. No era nada habitual observar a una rapaz sobrevolando las calles de un pueblo, lejos del campo abierto. Coira y Ortigosa siguieron con la mirada su trayectoria, que se perdió cerca del campanario de la iglesia. Cuando bajaron la vista, el teniente ya les había dado la espalda y caminaba hacia su coche.

—Si yo estuviera en el pellejo de Tresser, me temería a mí mismo —comentó Ortigosa.

—Ése va a ser el problema, mi sargento —contestó Coira.

Julián no tuvo un viaje agradable desde Ávila hasta Uvés. Greta había maullado sin cesar, enfadada por haber sido confinada en una caja. La urna precintada que contenía las cenizas de su madre también se quejaba a su modo, rodando de nuevo de un lado a otro por el maletero del coche. Podía oír los golpes desde el volante. Ahora le perturbaba tenerla cerca durante el trayecto y la había apartado de su lado. Mientras atravesaba el túnel de Guadarrama hacia Madrid, le pareció que le susurraba al oído, con aquel timbre de voz siempre tan

agrio: «Déjame descansar en paz de una vez. No te lo repetiré más veces». Julián le contestó en voz alta mientras adelantaba a un camión: «Lo siento, mamá, pero ahora no puedo ocuparme de ti». La prioridad en aquellos momentos era Gastón: buscarlo, encontrarlo y, si realmente era el culpable, hallar las pruebas que lo incriminaran. Regresaba de Ávila con una foto donde aparecía a los quince años. Se la había dado Ortigosa, que a su vez la había recibido de manos de don Pepín, el cura del pueblo. El teniente estaba apartado del caso y sabía que no podía apropiarse de objetos de la investigación, pero le había dicho a Coira con cierto descaro:

—Me la quedo unas horas en calidad de testigo. Esta tarde la llevaré al cuartel.

—¿Se lo comunico al capitán?

—¿Qué pregunta es ésta? Por supuesto que sí.

Gastón aparecía junto a un grupo de jóvenes hinchas que exhibían en alto un trofeo tras un partido de fútbol. «Aguas 5- Siniero 1. Esta victoria hará historia. Fiestas de la Virgen, 1972», escribió alguien en el reverso de la fotografía. Aunque tomada muchos años atrás, la imagen en blanco y negro aún conservaba calidad. El rostro del joven aparecía nítido, con densos cabellos negros y un rostro que, si ocultaba realmente a un demonio, allí aparecía con sonrisa afable y una mirada que le pareció inocente. ¿Pero acaso Lucifer no fue ángel antes que diablo?, reflexionó mientras abandonaba la A6 para adentrarse en la carretera que le conduciría en pocos minutos a su casa de Uvés. Allí dejaría a la gata, hallaría provisionalmente un espacio decente para las cenizas de su madre, se daría una ducha purificadora después de dos días sin apenas rozar el agua y conduciría unos kilómetros hasta Torrelodones, donde había quedado con la doctora Mabrán. La había telefoneado aquella misma mañana, antes de abandonar Aguas, para pedirle de nuevo que le acompañara a visitar a la madre de Sara en la residencia, a lo que ella accedió sin objeciones, aunque antes le advirtió: «Hay un problema con Sara».

Sí, había un problema: la paciente quería solicitar el alta voluntaria. Lo cierto es que Adelaida percibía el caso como una sucesión casi infinita de incógnitas, de ecuaciones que no lograba resolver. Había conquistado muros más altos que los de Sara, erigidos por mentes incapaces de adecuarse a la realidad, pero con una ingeniería emocional dedicada exclusivamente a blindar sus extraños castillos. Sin embargo, no había conseguido hasta el momento escalar aquella muralla, ni siquiera unos metros, y se desesperaba cuando ella contestaba a sus preguntas con palabras vagas, vacías de contenidos que ella pudiera analizar. Si fuera otro tipo de paciente y no estuviera implicada en un asunto tan escabroso, ya le habría dado de alta con un seguimiento clínico y farmacológico, pues al fin

y al cabo se trataba de una persona que, aun con sus graves problemas, había estudiado una carrera, trabajaba y vivía de forma independiente. Si no era un peligro para sí misma ni para los demás, podía tratarla sin necesidad de mantenerla hospitalizada. Aunque no había detectado en Sara rasgos psicóticos ni bipolares, sí padecía todos los síntomas inequívocos de estrés postraumático, uno de los trastornos de ansiedad más destructivos. Posiblemente fue violada de niña y décadas después todavía no había sido capaz de resolver aquella experiencia atroz. La evitaba en su mente, no existía, pero, al cerrar la puerta a aquel suceso, se abrieron otras no menos hostiles. Su desapego del mundo, su rechazo a relacionarse con los demás, su percepción de la realidad como una amenaza constante, más aquellas pesadillas recurrentes se habían convertido en los barrotes de su propia prisión. Ahora, además, tenía nuevos compañeros en su cárcel imaginaria: el crimen, el bolsillo de un ahorcado donde aparecía su nombre, un guardia civil en la puerta de su habitación y aquel teniente que aguardaba unas respuestas que Sara posiblemente nunca le daría. Adelaida tenía soluciones para ella, todas las que podía proporcionar la psiquiatría, incluida la hipnosis clínica, que le permitiría acceder a aquel recuerdo traumático, enfrentarla a él y ayudarla a superarlo. Pero ella se negaría, bien lo sabía. Inútil intentarlo. Su paciente invertía buena parte de su inteligencia únicamente en eso, en evitar recordar. Manejaba su amnesia de un modo extraordinario, aunque el resultado fuera letal para ella, pero la psiquiatra no quería tirar la toalla y consideraba el caso como un reto personal. Detestaba perder. Aquella misma mañana la había puesto la primera en su lista de las visitas diarias a sus pacientes. Se preguntó con qué actitud la recibiría, seguro que diferente al día anterior. Su estado emocional subía y bajaba constantemente por una especie de montaña rusa, sin que la paciente pareciera marearse en ningún momento.

«Ahí fuera, en el pasillo, están los locos. Y me han confundido con ellos», se repetía Sara en su cabeza. Cuando se despertó por la mañana en su nueva habitación de la Unidad Psiquiátrica de Agudos, a la que había sido trasladada el día anterior desde la planta de Medicina Interna, entendió en toda su intensidad lo que aquello significaba. Lo había visto en las películas y lo había leído en los libros, gentes normales que eran confundidas con locos, ingresadas como tales y que, al final, acababan perdiendo realmente la cordura. «Tengo que salir de aquí», decidió. Se sentía presa en su nueva habitación, desde la que sólo veía un gran patio interior por donde nunca transitaba nadie, tan sólo las palomas. Si hubiera querido suicidarse lanzándose al vacío desde aquella tercera planta, no lo habría logrado: el cristal estaba sellado y carecía de sistema de apertura. Tampoco podía recorrer los pasillos y recrearse en su hastío, como solían hacer los pacientes, porque ahí fuera sólo encontraría mentes trastornadas con la

mirada perdida, vagando como zombis, drogados con pastillas. Y además tenía a un guardia civil vigilando su puerta día y noche, «por tu seguridad», le había insistido la doctora. «¿Sigues sin recordar nada?», le preguntaba ella con insistencia. ¿Pero qué era lo que tenía que recordar? O mejor dicho, ¿qué querían ellos que recordara? «Vamos a trabajar ahora sobre este aspecto: piensa por qué eres así, por qué no te relacionas con nadie, por qué parece tener miedo de los demás», le había propuesto. Sara nunca se lo planteó. No echaba de menos otra forma de vida y le parecía normal ser así aunque no se sintiera una persona feliz. A veces le asaltaba con furia una ola angustiosa que se iniciaba en el estómago y estallaba en su cerebro, ensordeciéndola con un pitido agudo. Cuando eso ocurría, se tomaba un ansiolítico o un vodka, cualquiera de los dos o ambos a la vez, pero por la noche soñaba otra vez con la mano brutal que la ahogaba bajo el agua. «Tus pesadillas, Sara, escúchalas», le había aconsejado la psiquiatra. «¿Qué tengo que escuchar? No quiero seguir por ahí», se limitaba a contestar. No, no quería penetrar en aquellas cuevas a las que estaba siendo invitada a entrar. Sabía que dentro habitaban bestias que la aguardaban en los rincones más oscuros, para despedazarla y combatir entre sí por sus despojos.

Las diez de la mañana y Sara seguía pensando en los locos. Sentía tal angustia y ansiedad que intentó apaciguarlas con la lectura de algunos versos de Emily Dickinson:

*No estoy acostumbrada a la Esperanza –
Podría entrometerse en –
Su agradable desfile – profanar el lugar –
Preparado para el Sufrimiento –*

*Podría ser más fácil
Fracasar – con la Tierra a la Vista –
Que alcanzar – mi Península Azul –
Donde perecer – de Placer – [**]*

Leer poesía la reconfortaba tanto como a otros la religión, porque ella nunca había percibido que existiera un dios y tan sólo hallaba su fe entre los poetas. Siempre que se sentía perdida, regresaba a Emily, a sus poemas más sombríos, porque en sus universos de desesperanza hallaba la paz. Percibía una unión tan íntima con ella que, cuando la leía, en ocasiones tenía la sensación de que era la propia autora quien le pasaba las páginas del libro, con una dulzura que la emocionaba. La sentía a su lado, percibía su respiración, que era pausada, tranquila, como suponía que sería la de cualquiera que se hallara sumido en el

sueño eterno. Otras veces se la imaginaba presa de sus propios enigmas, recluida en su casa, en su habitación, donde permaneció ajena al mundo los últimos años de su vida, siempre vestida de blanco, refugiada en la escritura de versos. «Los demás son los extraños, no hay que mezclarse con ellos», se repetía Sara, mimetizándose con esa excéntrica mujer a la que tanto admiraba. «Mañana volveremos a las pesadillas», le había advertido la doctora. Mañana era ahora. No tardaría en aparecer por la puerta y someterla a un nuevo interrogatorio. Pensar en ello le causó desasosiego. Se encogió sobre sí misma en la cama y cerró el libro de poemas. Alguien llamó a la puerta con dos toquecitos suaves y asomó la cabeza. Se asombró al ver aquel rostro y pensó si eso no era también poesía.

—Mamá...

Su madre estaba tan elegante como siempre, con su pelo blanco y suave, su melenita con flequillo, cortada recta a la altura de las orejas, como el príncipe valiente de los cuentos.

—Mamá, qué sorpresa... ¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado tu doctora y me han traído para que pueda verte —dijo mientras se acercaba a la cama de su hija. Iba vestida con un jersey y unos pantalones negros, con un collar de perlas y unos finos zapatos de tacón bajo, también negros. A Sara le conmovió verla tan guapa. Ambas se cogieron de las manos y se sonrieron. Durante unos segundos se dijeron muchas cosas desde el silencio.

—Entonces, ¿te sigues acordando de mí?

—Claro, hija, cómo no voy a acordarme. Siempre lo he hecho, aunque no te des cuenta.

—¿Qué tal estás?

—Hoy estoy bien, otros días no tanto, pero sobrevivo. ¿Y tú? ¿Qué te ha ocurrido?

—No lo sé. Alguien entró en casa y me encontraron desmayada. Pero ahora ya estoy bien.

—He visto a un guardia civil en tu puerta. Me preocupas.

—Está aquí por mi seguridad, mamá. No pasa nada. ¿Estás bien en la residencia? ¿Te tratan bien?

—Oh, sí, muy bien. A veces estoy confusa y no sé si es la hora de comer o de cenar, pero me ayudan a recordar, aunque dudo que eso sea bueno. Por cierto, ¿qué hacía tu nombre en el bolsillo de un hombre que murió asesinado? Me lo ha contado la doctora. ¡Pobre niña mía! —exclamó, acariciando sus cabellos—. Qué mala suerte has tenido en la vida...

Sara no había recordado hasta aquel momento al hombre ahorcado y el

corazón le golpeó con violencia. Su mente le mostró repentinamente el cadáver en la morgue, con sus ojos vacíos disimulados con algodones, y a aquella imagen sórdida se le unieron otras que le causaban igual o mayor angustia: el teniente que la acosaba, su borrachera de aquel día, su desmayo en el bar y aquellos dos ojos humanos en su frigorífico, que detuvieron su respiración y la desterraron a lugares inhóspitos de su mente. También recordó que había tenido un sueño recientemente, pero no sabía cuándo: aquel hombre antipático, el teniente, lloraba junto a su cama del hospital, y ella también lo hacía, sin saber por qué. Ahora el llanto volvía de nuevo, pero el pánico que le producían aquellos recuerdos frenó las lágrimas y su cuerpo sólo fue capaz de acercarse a su madre y abrazarse a ella.

—Tranquila, Sara, eso ya pasó. Tienes que apartar al hombre muerto de tu cabeza. —Ahora le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Te acuerdas de pequeña cuando jugábamos a matar los malos recuerdos enterrándolos en el parque? Pues ahora tienes que hacer lo mismo, matarlos y enterrarlos. Si se los cuentas a alguien, no te dejarán vivir. Pensarán que estás loca. ¿Me harás caso?

—Sí, mamá, te lo prometo —musitó con un timbre de voz tan leve que apenas se escuchó a sí misma; un instante más tarde, su ánimo se ensombreció y elevó el tono—. Pero no estoy loca, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Jamás pienses eso, forma parte de sus trampas. Siempre están ideando otras nuevas. ¿Quieres que recemos juntas la oración del Niño Jesús, como cuando eras pequeña? Ya verás como te reconforta.

—¡Sí, hagámoslo! —exclamó repentinamente animada.

«*Jesunito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón. Tómallo, tómallo, tuyo es, mío no*», recitaron ambas a la vez, cogidas de la mano, con los ojos cerrados.

—¿Ahora te sientes mejor?

—Creo que sí.

—¿Ves? Ya te lo había dicho. Rezar siempre reconforta, calma el espíritu, que es lo que ahora necesitas. Ahora tengo que volver a la residencia, cariño. Sólo me han permitido estar contigo cinco minutos.

—¡No, por favor, no te vayas! Quédate un rato más conmigo. Túmbate a mi lado en la cama y dormimos un poco, juntas las dos.

—Claro, mi niña. Anda, hazme sitio.

La madre se acomodó y Sara se apretujó contra su espalda, abrazándola mientras aspiraba el aroma de su piel, el mismo de siempre, con aquel olor a limones frescos que tanto le gustaba. Se durmió de un modo dulce y tranquilo. Cuando despertó, su madre ya no estaba, pero sí la doctora, junto a su cama.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Mi madre ha estado aquí y acaba de irse. ¡Por favor, déjeme salir al pasillo para despedirme de ella! —exclamó—. Se lo ruego...

Adelaida vio en sus ojos una tristeza tan intensa que temió que volviera a recaer.

—Ha sido un sueño, Sara. Tu madre está en una residencia. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Me está diciendo que no ha estado aquí? Es imposible. Mis manos huelen a limones —dijo mientras las acercaba a su nariz y aspiraba el aire encerrado entre ellas—. Ella siempre huele a limones frescos. ¿Quiere comprobarlo?

Acercó las manos al rostro de la doctora, pero no olían a cítricos, sino al regusto dulzón de las galletas del desayuno.

—No estamos progresando, Sara.

Con movimientos decididos, ella se incorporó de la cama y se situó de pie frente a la doctora.

—¿Progresar? ¿Progresar hacia dónde? ¿Qué es lo que quiere de mí? Está empeñada en que recuerde, siempre es lo mismo. ¿Y si yo no quiero? ¿Usted recuerda todo lo que le ha pasado en la vida? Seguro que no. Pues yo tampoco. No soporto ni un día más aquí y quiero que me dé el alta. —El tono de Sara sonaba ahora desafiante—. Dígame qué papeles tengo que firmar para irme a casa. Además, estoy harta de ese guardia civil que está siempre ante mi puerta, como si yo fuera una delincuente.

—Está aquí para protegerte, ya te lo he dicho varias veces, y si te fueras a tu casa, tendrían que seguir protegiéndote. Te encontramos inconsciente en tu cocina, alguien entró, no sabemos quién, y te dejó algo extraño en el frigorífico. ¿Tampoco lo recuerdas?

—Ese recuerdo está enterrado, como todos los demás. Si fueran cadáveres, ya no quedarían ni los huesos —afirmó con un tono de voz sombrío—. Necesito que me dé el alta, insisto.

Al escuchar aquellas palabras, Adelaida decidió finalizar la partida. Tenía que hablar con el capitán Díaz Visedo, pues suponía al teniente sumido en su propia aflicción, y plantearle la situación: no podía retener por más tiempo a Sara en el hospital y se vería obligada a darle el alta voluntaria si ella así lo solicitaba. Su móvil le reclamó. Era el teniente.

—Ahora vuelvo, Sara —le dijo antes de abandonar la habitación.

Ella no replicó. Se tumbó en la cama y se encerró de nuevo en la lectura de los poemas de Emily Dickinson.

—¿Cómo se encuentra, teniente?

Julián ignoró la pregunta de la doctora.

—Quería pedirle un favor importante.

—Siento el fallecimiento de su madre. Imagino lo duro que es todo esto para usted. ¿Está recibiendo algún tipo de ayuda psicológica?

El guardia civil volvió a ignorar la pregunta.

—Doctora, ¿podría acompañarme hoy a visitar a la madre de Sara? Usted se ofreció en su momento y por eso me atrevo a pedírselo de nuevo.

Adelaida estaba sorprendida. Dos días antes lo había encontrado en el hospital casi arrodillado ante la cama de Sara, desesperado, solicitando su perdón, y ahora su voz sonaba decidida, sin pesar alguno. ¿Sabría ya que su padre era inocente de la violación de Sara? Si todavía lo desconociera, lo cual le parecería de una crueldad inmensa por parte de su capitán, el teniente estaría incubando un trastorno de estrés postraumático, el mismo que padecía Sara, por motivos diferentes pero ambos, a la vez, conectados. Se le pasó por la cabeza llamar a Díaz Visedo para conocer cuál era la situación actual del guardia civil, pero desistió. No quería involucrarse más de lo que lo había hecho, que ya le parecía demasiado.

—¿Hoy mismo, ha dicho?

—Sí. Ahora estoy en Hoyo de las Aguas, en Ávila, pero estaré allí al mediodía. Debo conocer a la madre de Sara lo antes posible. Es importante.

—Pensaba que estaba de baja, teniente. Vino a visitarme ayer su capitán y me contó que...

Julián no quería adentrarse en esas cuestiones, así que la interrumpió.

—Ahora mismo eso no es relevante, doctora. Seguramente me reincorporaré al caso en pocas horas. Lo que le pido es un favor personal.

—Antes debo decirle que hay un problema con Sara.

—¿Qué problema?

—No quiere permanecer más en el hospital. Me ha pedido el alta.

—Eso no puede ser, especialmente ahora. Tiene que retenerla porque corre peligro. Se lo explicaré cuando nos veamos. ¿Accede a venir?

—De acuerdo —se plegó Adelaida, sorprendida de sí misma. Acababa de pensar que se había implicado demasiado en aquel caso y, sin embargo, aceptó acompañar al teniente.

—Ya sabe que la residencia está en Torrelodones. ¿Toma nota de la dirección?

Julián no albergaba muchas esperanzas de que la madre de Sara aportara alguna pista, algún recuerdo vago de lo que su hija pudiera relatarle sobre aquel día fatídico en Playa Mansa, pero al menos la visita le serviría como excusa para convencer a la doctora y que permitiera a Sara ver aquella foto, la del joven Gastón de mirada limpia. Sólo tenía posibilidades de lograrlo si la alejaba de su

feudo, el hospital, y la emplazaba en un terreno neutral. No estaba haciendo lo correcto, lo sabía, pues se hallaba apartado del caso, pero prefería arriesgarse a una sanción que permanecer alejado de una investigación que le comprometía de modo tan hiriente. Si Sara pudiera reconocer en aquella imagen a quien le atacó décadas atrás, no resultaría tan difícil estrechar el cerco sobre Gastón. El delito ya había prescrito y la justicia ya no haría nada por ella, pero su nombre en uno de los bolsillos de Tomás García Huete podría relacionar los hechos. Recordaba aquel axioma de cuando estudiaba Derecho: «La suma de indicios probables y acreditados pueden dar lugar a una prueba válida». ¿Por qué Gastón la implicaría en el crimen de forma tan estúpida y gratuita, dejando su nombre escrito por Tomás en un bolsillo y sus ojos en el frigorífico?

Mientras aparcaba el coche en el garaje de su casa, Julián lamentó, como tantas otras veces, y más como guardia civil que como licenciado en Derecho, que los delitos tuvieran fecha de caducidad y eso permitiera crímenes impunes, perfectos. «Veinte años y un día después de un homicidio, un asesino que no hubiera sido juzgado por su crimen podría bailar sobre la tumba de su víctima y pregonar su atrocidad a quien le quisiera oír, que nadie podría ponerle las esposas», se dijo con estupor, al tiempo que cerraba la puerta de su coche con fuerza iracunda. Continuó abundando en sus reflexiones una vez en casa, ya en la ducha, bajo el agua caliente que le debería haber resultado placentera y que no lo fue, porque no la disfrutó. Cuando cerró el grifo, ni siquiera recordaba si se había enjabonado el cabello. Le soliviantaba que, de todos los crímenes que hubiera podido cometer Gastón, si es que realmente los perpetró, sólo llegaría ante un juez el del profesor García Huete. El ahorcamiento de su padre jamás podría ser castigado, y tampoco la violación de Sara. Dejó de pensar en ello sólo unos minutos, los que invirtió en dar de comer a Greta y en ubicar las cenizas de su madre en el mueble modular del salón, en un pequeño armario que siempre estuvo vacío, no sabía por qué, aunque realmente su casa tenía muchos huecos sin rellenar. Concluidas estas tareas, siguió dando vueltas a la cuestión de la impunidad mientras se subía al coche de nuevo, rumbo a Torrelodones. Iba a poner la primera marcha tras arrancar el motor cuando su espíritu recibió un bandazo de una fuerza casi salvaje, tanta que se llevó una mano al estómago porque lo confundió con una náusea. En una abstracción que duró segundos y que lo dejó absorto ante el volante, entendió al fin el lenguaje de los ahorcados de sus sueños. Llevaban años hablándole de forma ininteligible, porque nunca había conservado entre sus recuerdos el de su padre muerto, colgado del techo de un garaje, pero ahora aquella imagen brutal ya existía, él la vio de niño y la seguiría viendo hasta el final de sus días, como una sentencia a cadena perpetua. No, aquel bandazo no era una náusea, sino la potencia indómita de un deseo:

aquellos ahorcados le pedían venganza. Por vez primera en su vida lamentó ser guardia civil, encarcelado entre fronteras que no podría traspasar sin perder el honor. Apartó de su mente aquella palabra elevada, *honor*, que ahora le resultaba tan ajena, y enfiló desde Uvés la carretera hacia Torrelodones. Había quedado con la doctora en la puerta de la residencia geriátrica Elisenda de Murney, un nombre tan pomposo que imaginó que se trataría de un palacete de lujo para ancianos con una buena jubilación. Sin embargo, a medida que se iba acercando, comprobó que tan sólo era un simple chalé adosado, uno más entre una larga hilera de ellos que bordeaban una avenida dividida por abetos, plátanos y pinos que proporcionaban la calidez de la vegetación a un paisaje acotado por cerros graníticos, algunos formados por gigantescos bolos de piedra que parecían estar a punto de rodar cuesta abajo y aplastarlo todo. Un cielo oscuro que presagiaba tormenta los tornaba aún más amenazantes.

Julián encontró enseguida aparcamiento. El lugar se encontraba lejos del centro. Aunque Torrelodones le parecía una localidad con bastante encanto, resultaba endiablada para estacionar el coche, como sucedía en la mayoría de los pueblos de la sierra madrileña, que nacieron para albergar cien casas y ahora la burbuja inmobiliaria había quintuplicado las viviendas mientras las calles continuaban tan estrechas y ajustadas como antaño. Al descender del vehículo, vio a la doctora en la puerta de la residencia. Se habían citado a la una. Faltaban aún diez minutos. Nunca la había conocido sin su bata médica y le resultó agradable verla vestida con tejanos y una ajustada cazadora de cuero con cuello de piel de borrego, similar a las de los aviadores. ¿Habría llegado en moto y por eso se le había adelantado?, se le ocurrió.

—Buenos días, doctora.

—Buenos días, teniente.

Julián querría haberle dicho: «Entremos». Sin más preámbulos. No le gustaba perder el tiempo en pequeñas ceremonias de cortesía, pero notó que ella se encontraba tensa. Le rehuía su mirada y en su rostro observó una expresión demasiado seria, quizá de disconformidad. ¿Por qué? ¿Quizá se estaba arrepintiendo de haber accedido a acompañarle? Cuánto le molestaba pedir favores. Ahora le iba a pedir otro:

—Estoy de baja y oficialmente no puedo actuar en el caso, por lo que convendría que fuera usted quien preguntara en recepción. ¿Le importa hacerlo así?

A ella pareció no molestarle el plan que le había propuesto y, sin más, le dijo:

—De acuerdo. Entremos.

En aquel chalé adosado de tres plantas reconvertido en geriátrico se había aprovechado el pequeño recibidor para adecuarlo como improvisada sala de

recepción, con tan sólo un mostrador, dos sillas de espera y un ficus tan vigoroso y verde que posiblemente fuera artificial. Les atendió una joven con un rostro donde sería difícil que cupiera una peca más y con un cabello pelirrojo repleto de rizos. Mientras la doctora iniciaba la conversación con la recepcionista, a través de una puerta abierta Julián entretuvo su mirada en un luminoso y amplio salón con varios sillones. En cada uno de ellos habitaba un anciano o una anciana, todos sentados y en silencio, algunos perdidos en sus pensamientos, otros dormitando. No le gustó que se exhibiera la intimidad de la vejez a cualquiera que entrara por la puerta. Un día le tocaría a él, y confiaba en que no hubiera tantos testigos cerca. Uno de aquellos ancianos llamó su atención, porque su cara le resultaba conocida, aunque no sabía de qué. Sintió curiosidad y decidió acercarse hasta él.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo a la doctora.

Pero Adelaida no escuchó lo que le decía. Ya se había presentado ante la recepcionista y esperaba una respuesta.

—Pues verá, el caso es que faltan cinco minutos para la una y estamos a punto de dar las comidas. Será mejor que vuelvan por la tarde. El horario de visitas es a partir de las cuatro.

—Sí, lo entiendo, pero ya le he comentado que es muy importante. ¿Podría llamar al médico de guardia, por favor?

—¿Cómo ha dicho que se llama la paciente que buscan?

—Es la señora Azcárraga, madre de Sara Azcárraga.

—¿Azcárraga?

—Exacto.

—La señora Azcárraga... —La joven detuvo sus palabras y reflexionó unos segundos—. Va a tener que hablar con el doctor. Aguarde en la sala de espera. Yo le avisaré.

—¿Pero reside aquí esa señora? —preguntó, impaciente.

—El doctor se lo explicará ahora, yo no puedo decirle nada más. Lo siento.

—De acuerdo, gracias. Esperaré —se conformó.

Fue entonces cuando Adelaida se dio cuenta de que el teniente no estaba junto a ella. Miró a su alrededor y lo vio en el salón, conversando con uno de los ancianos. No tenía noticia de que en la residencia tuviera algún conocido, pero no le dio más vueltas y se limitó a esperar en la recepción.

Lo que había sucedido es que Julián había reconocido allí a Raimundo, el dueño legítimo de Greta. Se hallaba sentado en uno de los sillones, formando parte del grupo de los que dormitaban. Lo suponía en el hospital recuperándose de su operación de hernia inguinal, que es lo que le había dicho en su momento, pero ahora lo encontraba en un geriátrico, más envejecido y delgado que cuando

lo conoció, apenas una semana antes.

—¿Raimundo?

—¿Quién eres? —preguntó el anciano, encogido sobre sí mismo, con la barbilla hundida sobre su pecho y desperezando sus pequeños ojos legañosos.

—Soy Julián, hace unos días me encargó que me ocupara de Greta. ¿Se acuerda?

—Julián... —El anciano le sonrió—. ¡Ah! Claro que me acuerdo, el vecino al que yo elegí para cuidar a mi gatita. Greta... mi querida Greta. ¿Ella está bien? —Pareció animarse de repente e incluso recompuso su postura, desencogiendo su figura y dotándola ahora de una mayor dignidad.

—Sí, está muy bien. No esperaba encontrarle en una residencia.

—Pues la verdad es que yo tampoco a usted. ¿Qué hace aquí?

—He venido a visitar a una persona que conozco. Me dijo usted que iba a estar hospitalizado unos días...

—Le mentí, y deberá perdonarme por ello, porque no tenía otra opción. Si le hubiera dicho la verdad, no habría accedido a mi petición. En realidad me estoy quedando ciego, por eso estoy aquí. No quiero irme a Bilbao, donde vive mi hija, porque trabaja todo el día y yo no puedo ocuparme de mí. Sólo veo sombras a mi alrededor. Usted seguramente no lo notó cuando fui a visitarle a su casa con Greta, porque he aprendido a moverme usando la intuición. Tengo memoria de las formas, por decirlo de algún modo, pero cada día es peor que el anterior. No sabe usted cuánto echo de menos a mi gatita, muchas veces lloro por ella. ¿Podrá quedarse con usted para siempre, entonces? —le preguntó con una mirada pequeña y extraviada que se dirigía a un punto indefinido del techo, como buscando en las alturas un poco de luz para sus ojos.

—Claro que sí. Ella y yo nos llevamos muy bien. —No le importó comprometerse. Le costaba imaginar ya su vida sin Greta.

—¿Le ocurre algo, querido amigo?

A Julián le sorprendió aquella pregunta. «¿Tanto se me nota?», pensó. Le hubiera gustado desahogarse con aquel hombre, un desconocido para él, pero quizá la única persona del mundo que le inspiraba confianza en esos momentos. «Pues sí, Raimundo, me ocurre que la historia de mi vida la han escrito otros, a mis espaldas, y debo reescribirla de nuevo. Tengo miedo de lo que me falta por descubrir, pero es mayor el temor a morirme sin descubrirlo». Sin embargo, ninguna de aquellas verdades salió de sus labios.

—¿Por qué piensa que me ocurre algo?

—Percibo en su voz mucha tristeza. Estamos tristes los dos, ¿verdad? La diferencia es que a usted se le pasará, porque es joven y aún le esperan muchas tristezas más, y también muchas alegrías, por supuesto. Hablando de alegrías,

me pregunto si un día podría venir a sacarme a pasear y traer a mi gatita, para acariciarla y que sienta que no me he olvidado de ella. ¿Me haría ese favor?

Raimundo volvía a sorprender a Julián con su amable desfachatez.

—Teniente...

La doctora se había asomado al salón y le llamaba. Le pareció que estaba tensa y supuso que se habría molestado por dejarla sola. No sabía cuánto tiempo había permanecido charlando con Raimundo. No era mucho, le parecía a él, pero quizá fuera demasiado para ella.

—Tengo que dejarle —le dijo al anciano—, pero volveré con Greta, se lo prometo.

—Le esperaré. No se olvide de mí.

Julián se acercó hasta la doctora. Sí, realmente parecía enfadada. Lo advirtió en su rostro, que dibujaba cierta crispación.

—Tenemos que hablar, teniente, pero no aquí.

—¿Qué sucede?

Ella no contestó. Se despidió de la recepcionista pelirroja y salió del geriátrico. Él la siguió, sin entender qué estaba sucediendo. Una vez en la calle, Adelaida le comentó que había estado más de veinte minutos conversando con el médico que dirigía la residencia. La información que recibió resultaba sorprendente.

—La madre ya no está aquí, teniente. Falleció hace tres meses de una neumonía. Aun así, Sara ha seguido acudiendo al geriátrico una vez por semana, cada viernes. La primera vez que lo hizo, el doctor con el que acabo de hablar le explicó cuál era la realidad, le recordó que fue ella misma quien le organizó el funeral, pero Sara insistía en que, a pesar de que estuviera muerta, su madre no debía enterarse y necesitaba visitarla para que ella no se preocupara. Al verla en aquel estado, intentaron localizar a algún familiar, aunque sin éxito, por lo que optaron por ponerse en contacto con el Ayuntamiento. Hace un mes, cuando llegó como cada viernes, le estaba esperando una trabajadora social. Intentó hablar con ella, pero no le dijo ni una sola palabra. Se subió a su coche y se fue. Desde entonces no la han vuelto a ver por aquí.

Sara estaba peor de lo que Julián imaginaba. Qué difícil iba a resultar ahora que la psiquiatra le permitiera enfrentarse a aquella foto que llevaba consigo, porque si realmente reconocía en Gastón a quien rompió su vida para siempre aquel verano en Playa Mansa, el impacto podría ser brutal. Se preguntó cómo era posible que hubiera transcurrido casi toda su existencia sin cordura y que nadie lo hubiera percibido. Ni los profesores que la examinaron en la universidad, ni el editor para el que trabajaba, ni el médico de cabecera, que se limitó tan sólo a recetarle ansiolíticos. Una vida rota. Nadie se molestó en agacharse para recoger

del suelo siquiera algunos pedazos y dárselos a su dueña, para que al menos supiera que le pertenecían. Ahora todo había empeorado, pero Julián se resistía a alterar sus planes.

—Doctora, vamos a hablar de esto con calma. Ya son cerca de las dos de la tarde. ¿Me permite que la invite a comer?

CAPÍTULO XI

Cuánto se arrepentía Adelaida de haber accedido a la petición del teniente. ¿Por qué lo habría hecho? Una vez más, lamentó aquella pulsión que la abocaba a sentirse necesaria en la vida de los demás. Le gustaba que la percibieran como un ser imprescindible, capaz de hacer magia con los problemas complejos y conseguir soluciones perfectas. Cuando lo lograba, a veces disfrazaba de humildad su espíritu y empequeñecía el valor de sus actos para recrearse en el placer de escuchar los agradecimientos. Últimamente, a aquellas vanidades les faltaba alimento. A pesar de que tenía un buen historial profesional y se sentía candidata a dirigir el Servicio de Psiquiatría del hospital, no había conseguido el ascenso cuando la plaza estuvo vacante. Reconocía que su soberbia la había alejado de los pasillos y despachos donde se cocinaban los ingredientes y se asignaban los platos, y tampoco había hecho esfuerzo alguno por ganar adeptos en la gerencia del centro. Sara y el teniente llegaron a su vida, a su hospital, justo cuando más necesitaba una saludable cura de reafirmación. La complejidad del caso y el hecho tan especial de que estuviera relacionado con un crimen alentaron de nuevo su afán por los retos y reavivaron aquel espíritu guerrero que la caracterizaba. Pero ahora, en plena calle, bajo una incipiente lluvia y frente a aquel guardia civil que la invitaba a comer, se sentía herida, y casi ridícula, porque aquella madre enterrada y aquella hija que la imaginaba aún viva habían derrumbado su propio mito. A pesar de sentirse un hada, no supo adivinar los secretos de Sara y el teniente había sido testigo de su ineptitud.

Llovía cada vez con mayor intensidad. Lo que había comenzado minutos antes con pequeñas gotas, ahora eran chuzos fríos y gruesos. Ninguno de los dos llevaba paraguas, así que ambos retrocedieron para refugiarse bajo la pequeña marquesina de acceso al geriátrico.

—Conozco un restaurante no muy lejos de aquí. Vayamos en mi coche y luego le acerco al suyo, si le parece —se ofreció el teniente—. Lo he aparcado a sólo unos metros.

—Prefiero ir en mi moto. No me importa que llueva, voy preparada. Usted conduzca, que yo le seguiré —replicó.

Adelaida no iba a lugar alguno sin su moto, aunque le cayera encima el

Diluvio Universal. Era motera desde bien pequeña, cuando pasaba más horas sobre su triciclo que jugando con muñecas. Luego creció y llegó la bicicleta, más tarde la vespino, la vespa, los *scooters* italianos y, cuando consiguió su plaza de psiquiatra en el hospital, una flamante BMW. Las motos eran para ella la libertad desnuda, la esencia de algo que no podía definir, pero que le permitía sentir la plenitud, la violencia del viento sobre su cuerpo, aspirar los olores del aire y crear un mundo sólo para ella y su máquina. Hacía un año que había estrenado la última. Su pareja durante casi un lustro, un periodista con el que mantuvo un tormentoso duelo de egos, la abandonó de un día para otro sin explicaciones. Lo primero que se le ocurrió para curar la decepción fue cambiar de moto. Vendió su BMW y se compró una de las más lujosas del mercado: la Honda Goldwing. Adoraba aquella imponente máquina que ya había desfogado durante el pasado verano en un viaje en solitario por el oeste de Francia, recorriendo la Bretaña y Normandía, bordeando la costa y sus acantilados, sin temor a los días lluviosos, que fueron muchos y no le importaron, pernoctando cada día en un pueblo distinto, visitando el Mont Saint-Michel, que le impresionó más de lo que imaginaba, y alquilando los últimos días una pequeña casa rural en las cercanías de la villa medieval de Vitré. Allí se dedicó a no hacer nada, salvo leer una novela sobre la princesa de Éboli bajo los árboles del jardín, pasear cada mañana por el centro histórico, entre las antiguas casonas del medievo con entramados de madera y el hermoso e imponente castillo-fortaleza del siglo XI, visitar los evocadores parques y degustar por las noches en buenos restaurantes las muchas variedades de *crêpes*, vieiras frescas y quesos bretones. Desde que finalizó su relación con el periodista había decidido practicar gozosamente la libertad de viajar sola. Además, casi todas sus amigas tenían hijos pequeños con los que no estaba dispuesta a compartir sus vacaciones. La experiencia le había resultado tan gratificante que ya estaba planeando un viaje por toda la cornisa cantábrica durante la próxima Semana Santa.

—He aparcado la moto cerca de aquí. Tardo dos minutos —le dijo al teniente. Le hubiera invitado a ir de paquete, para que sintiera aquella maravilla de motor, pero estaba convencida de que él no habría aceptado viajar en el asiento de atrás.

Adelaida se alejó y caminó unos metros calle arriba. Julián la vio moverse bajo la lluvia sin prisa, con cierta arrogancia, como si fuera paseando durante un día soleado. Al verla aparecer con su cazadora de aviador, se rio de la ocurrencia de imaginar que había llegado en moto, pero ahora resultaba que era verdad. A los pocos minutos, apareció sobre aquella voluminosa máquina de un brillante y ostentoso color dorado. Julián la reconoció enseguida, la Honda Goldwing, no se veían muchas así. Le sorprendió que la doctora cabalgara sobre ella y la imagen le resultó decepcionante. No le gustaba ver a una mujer sobre una moto

poderosa, y menos sobre ésa tan fastuosa, un armario sobre ruedas, un caballo pura sangre de acero cromado sobre el que la doctora montaba enfundada en un chubasquero negro desde el cuello hasta los pies, impasible como una esfinge bajo el aguacero. Se preguntó quién era aquella psiquiatra. La había invitado a comer y no sabía cómo era su vida más allá del hospital, si estaba casada, si tenía hijos, pero fijó en su mente el detalle de que tuviera aquella Honda tan inmensa que si se le cayera encima, la aplastaría en segundos. ¿Qué necesidad había de tanta ostentación? Eso la convertía en un ser más complejo de lo que imaginaba.

Iniciaron el trayecto. Él delante, ella detrás, como habían convenido. Todo fue bien hasta que se adentraron en una de las estrechas calles del centro del pueblo. Uno de tantos autobuses que conectaban Torrelodones con Madrid inició la marcha después de una de las paradas y se interpuso entre el coche y la moto. «La he perdido», se dijo Julián con tal intensidad que lo vivió como una pequeña tragedia. Qué vulnerable se sentía. Se preguntaba dónde estaba aquel hombre compacto cuyas emociones había cosido con hilos de hormigón durante buena parte de su vida. Y ahora, ¿qué era? Un guardia civil sin placa mendigando favores. «Si quieres llegar hasta el final, trágate el orgullo aunque sea un pedrusco cinco veces mayor que el tamaño de tus amígdalas», se impuso en aquellos momentos.

Llovía cada vez con mayor furia, tanta que aquel chaparrón de otoño parecía una histérica tormenta de verano. Las imágenes que él percibía a través de los cristales del coche le llegaban descompuestas, difusas. Ni rastro de los faros de la moto, no los veía. Era imposible detenerse en medio de aquella callejuela sin entorpecer el tráfico, así que subió el vehículo sobre la acera y aguardó a que pasara el autobús para recuperar así a la doctora. La moto llegó, traspasó el coche y se orilló delante. Ya estaban de nuevo juntos. Ahora le tocaba a él incorporarse a la calle, sobrepasar a la doctora y guiarla hasta el restaurante. Qué viaje más tonto aquel, parecía un absurdo sainete. Cuando iba a hacer la maniobra, un automóvil se detuvo a su altura. A pesar de que el aguacero dificultaba la visión a través de los cristales, reconoció enseguida un todoterreno de la Guardia Civil. Bajó el cristal de la ventanilla y observó cómo, desde el coche patrulla, lo hacía también un hombre pequeño, gordo, cejijunto y con la cabeza encajada en el tórax, sin apenas cuello. Con cara de bulldog y gesto de asco, aquel agente efectuaba movimientos bruscos y ostensibles con los brazos para que el coche y la moto abandonaran la acera y avanzaran. Julián conocía a aquel guardia civil, conocía de vista a muchos de la zona, pero éste le resultaba insoportable, un tipo malcarado y de lenguaje soez, con muy mal perder en las cartas, decían. Como parecía no reconocerle, tuvo ganas de salir y obligarle a cuadrarse, pues era un simple cabo y él un teniente, pero desistió porque eso le

iba a hacer perder tiempo y la motorista aguardaba soportando el agua a la intemperie. Subió la ventanilla, arrancó, señaló su inminente salida con el intermitente y se incorporó de nuevo a la calle, con una maniobra lenta para que el coche patrulla les pasara por delante.

Al fin llegaron al restaurante tras aquel accidentado trayecto. A Julián le costó encontrar un hueco para su coche en la Colonia de Torrelodones, un apéndice urbano del pueblo en torno a la estación de ferrocarril. Su geografía era muy simple: una calle repleta de comercios y cafeterías y otras tantas que la cruzaban perpendicularmente, tranquilas y silenciosas, con chalés o pequeñas urbanizaciones a un lado y al otro, de las que sobresalían frondosos árboles que ahora sufrían los bandazos del aguacero. La doctora, al contrario que el teniente, aparcó sin dificultad en un amplio hueco entre dos furgonetas, insuficiente para un coche pero perfecto para aquella moto arrogante. Además, hizo la maniobra sin esfuerzo alguno, pues la pomposa Honda disponía de marcha atrás eléctrica. Julián sacó de la guantera un paraguas plegable y la doctora fue a su encuentro con otro. Ya no llevaba el chubasquero negro ni su casco y se había recogido la melena en un moño improvisado. Su rostro resplandecía entre las cortinas de agua.

—Siento haberla perdido por culpa del autobús. Siempre es complicado conducir con lluvia, aunque sea en un pueblo, pero el restaurante está a sólo unos metros. Es agradable y cocinan bien —comentó el teniente por decir algo, ya que no supo cómo rellenar los escasos minutos que invirtieron en caminar juntos hasta el lugar.

—No se preocupe, seguro que me gusta —se limitó a contestar ella.

Eran más de las dos de la tarde y en el restaurante, el más veterano y concurrido de la Colonia, ya no quedaban mesas libres, así que se acomodaron en la terraza cubierta, que a Julián le parecía más agradable y, sobre todo, más tranquila. Tan sólo había cuatro personas comiendo; la razón, supuso, se debía a que no estaba tan calefactada como el interior, pero el camarero, solícito, enseguida les colocó cerca una pequeña estufa catalítica. Sustentada por robustas columnas de madera, coronada por un techo de tejas árabes y abrigada por puertas correderas de cristal, integrarse en el paisaje de aquella terraza era lo único placentero que le había sucedido a Julián en muchos días. «Se está bien aquí», pensó.

—¿Le apetece una ración de chopitos o de calamares mientras pensamos qué pedimos de menú? Los hacen muy buenos. —Recordó que la última vez que los degustó allí fue con su madre, uno de los pocos domingos que ambos salieron a comer juntos.

—Me parece bien. Me encantan los chopitos —dijo Adelaida.

Los degustaron mientras hablaban de cosas intrascendentes, como el frío y el mal tiempo que hacía aquel día, la calidad de vida en los pueblos cercanos a la capital o la Honda de la doctora, que Julián quiso mencionar para entender el porqué de aquella elección.

—Sí, ya sé que llama mucho la atención —comentó ella—. Es muy aparatosa, pero soy motera y ya no admitiría en mi vida un *scooter*. En esto de las motos, como en casi todo, la ambición nos impulsa a mejorar. Supongo que usted no será toda la vida teniente y tarde o temprano ascenderá a... ¿Qué viene después?

—Capitán —contestó él.

—¿Y cuándo será eso?

—Hace sólo unos días no habría sabido qué responderle, pero tras el fallecimiento de mi madre quizá lo haga pronto. El problema de los ascensos es que te arriesgas a que te cambien de destino y no quería alejarme de ella. Ahora todo ha cambiado y tendré que replantearme las cosas.

—Discúlpeme, no era mi intención conducirlo a hablar de su madre. Es un tema doloroso para usted, por supuesto.

—Lo es, pero no tiene por qué disculparse. Ha ocurrido hace sólo dos días y resulta inevitable que se cuele en la conversación.

—Si quiere hablamos sobre ello —se ofreció la doctora.

—No, mejor no —replicó Julián sin dar más explicaciones, lo cual generó un pudoroso silencio entre ambos que se rompió cuando llegó el camarero, retiró el plato de chopitos, en el que no quedó ni uno, y les tomó nota del menú del día: tomarían dos ensaladas de gulas con salsa vinagreta y luego canelones de espinacas, ella, y entrecot, él. Para beber, dos copas de un tinto a elegir. Optaron por uno del Somontano.

—Permítame que insista, teniente, pero me gustaría saber cómo se encuentra. Se lo pregunto desde la amabilidad, no como psiquiatra.

Su rostro desplegaba tal encanto que Julián se sintió intimidado.

—Y yo se lo agradezco, pero estoy bien. —No se hallaba en disposición de exponer sus heridas y le molestó que la doctora perseverara—. Por mí no se preocupe, ya se lo he dicho.

—Permítame que lo dude. Le han sucedido cosas terribles en estos últimos días. Estuve hablando con su capitán. Me indignó, y así se lo comenté a él, que le ocultara datos tan valiosos e importantes para usted. Imagino que ahora ya estará usted al tanto de lo que en realidad sucedió con su padre.

—Sí, lo estoy. ¿Le importa que fume?

—Preferiría que no. Soy asmática y me pone nerviosa el humo cerca de mí. ¿Le supone algún problema? —preguntó con cordialidad.

—No, en absoluto.

El camarero les sirvió el vino y una pequeña cesta con panecillos recién hechos. Despedían un olor tan apetitoso que, de repente, apareció un gorrioncillo que se posó con descaro sobre la mesa, junto al pan. A los pocos segundos, llegaron tres más y se colocaron, más discretos, sobre el respaldo de la silla vacía junto a la de la doctora.

—¿Por dónde se han colado? —preguntó Adelaida, con asombro.

—Por cualquier pequeño agujero. En los meses fríos hay escasez de comida para ellos y en estas terrazas cubiertas de los bares la tienen asegurada. Incluso los he visto colarse por la puerta, andando. Esperan a que alguien entre o salga y aprovechan ese momento, como si hubieran olvidado que pueden volar y colarse por el tejado. No nos tienen miedo, ya lo ve, pero en realidad son muy molestos.

Julián iba a ahuyentarlos de un manotazo como si fueran moscas, pero pensó en su gata Greta y tan sólo se limitó a agitar levemente la mano. Asustadizos como son los pájaros, el gesto fue suficiente para que huyeran volando con un ruidoso aleteo.

—Tiene usted razón, me han sucedido cosas terribles —prosiguió Julián con la conversación—, pero ahora eso no importa. Tenemos ya un sospechoso y en estos momentos se le está intentando localizar. Hemos conseguido una fotografía de él a los quince o dieciséis años, la época en que se supone asesinó a mi padre y violó a Sara. Si ella pudiera reconocerlo, si confirmara que fue él quien la atacó...

Adelaida no le permitió continuar.

—¿Se da usted cuenta de lo que me está planteando? Acabamos de descubrir que Sara es una mujer más desequilibrada de lo que imaginábamos. No siga por ahí, teniente.

—Escúcheme, doctora, y escúcheme bien, porque quiero que tenga muy claro lo que está ocurriendo.

—No, escúcheme usted a mí —dijo ella elevando ligeramente la voz; un segundo después pareció arrepentirse y bajó el tono—. Disculpe, pero es que ni hemos empezado a comer y ya me está planteando un conflicto. Entiendo perfectamente que quiera resolver este caso que tanto le implica personalmente. Me ha comentado esta mañana que le han dado la baja y yo no debería estar comiendo con usted por un asunto relacionado con las pesquisas. Si he accedido es porque me parecía que podía ayudarle, pero no me pida más de lo que yo pueda darle.

—Sólo le ruego que me escuche durante un par de minutos, sólo eso, y después aceptaré su decisión. ¿Me lo permite?

—Claro, por supuesto.

Mientras degustaban las ensaladas, el teniente le resumió todos los

pormenores del caso. Al relatar aquellos hechos que habían bombardeado su existencia, descubrió que ya no sentía dolor al enunciarlos, que podría volver a hacerlo cientos de veces sin que se quebrara su ánimo. Le pareció extraño que tal cosa ocurriera. «Tarde o temprano reventaré», se dijo, pero no iba a ser precisamente ahora. El relato duró mucho más de los dos minutos que había prometido. De hecho, lo finalizó cuando el camarero ya estaba sirviendo el entrecot y los canelones.

—Así que ahora, doctora, hay un individuo que posiblemente haya asesinado a dos personas y desconocemos su paradero. Estaba con mi madre cuando falleció, hace dos días. La localizó, no sabemos cómo, para comprar nuestra casa familiar del pueblo, ignoro por qué. En pocas horas sabremos si los cabellos que se recogieron allí coinciden con los hallados en casa de Sara, cuando un intruso dejó en su frigorífico aquellos ojos.

—¿Es posible que también asesinara a su madre, teniente? —preguntó Adelaida con inquietud. Los canelones de espinacas le estaban pareciendo deliciosos, pero percibía aquella conversación tan sombría que notaba cómo el estómago le estaba cerrando sus puertas.

—Mi madre falleció de un infarto. Tenía problemas de corazón, era una mujer mayor y, en fin, no se le hizo la autopsia. Tampoco podíamos sospechar que la última persona que viera en su vida pudiera ser un asesino. Pero volvamos a Sara, permíteme que insista. Debo decirle que el juez podría obligarla a ver esa foto, porque es un testigo en la instrucción del caso, pero no me interesa ir por ahí ahora, se lo aseguro. Prefiero que lo decida usted después de todo lo que le he relatado. Ella está en peligro, eso no lo dude, pero tiene vigilancia en su habitación y también la tendrá en su casa cuando le dé el alta. No tiene por qué ocurrir nada. Pero mi pregunta es: si usted accediera a que viera esa imagen, ¿qué consecuencias tendría para Sara? ¿Cómo piensa usted que reaccionaría?

—A eso no le puedo contestar ahora mismo. Es un tema complejo, como usted supondrá.

Adelaida ya no tenía apetito. La comida había transcurrido entre relatos de crímenes, infartos, asesinos que andaban sueltos, ojos arrancados de sus cuencas, Sara en peligro... No eran desde luego los mejores temas de conversación para conducir una digestión, pero aun sin apetito hizo el esfuerzo de proseguir con los canelones, pues no le gustaba dejar nada en el plato. Su abuela solía repetirle cuando era pequeña: «Si hubieras vivido una posguerra como yo, no dejarías ni los huesos del cocido». El teniente, sin embargo, degustaba su entrecot con avidez. Se notaba que tenía hambre y Adelaida supuso que apenas habría comido durante su estancia en aquel pueblo de Ávila donde se le acumularon tantas desgracias. Le miró a los ojos y por vez primera se fijó en que los tenía de un

intenso color verde cristalino. Eran lo único sereno en su rostro, pues sus facciones aparecían tensas, como si una mano invisible las hubiera retorcido y cada una de ellas se hubiera desplazado de su sitio para huir del dolor. También sus oscuras ojeras denotaban cansancio y pesadumbre.

—¿Puedo retirar ya los platos? —preguntó el camarero.

Durante el transcurso de la comida, la terraza se había ido llenando de jugadores de cartas. El camarero iba o venía con cafés, whiskys y chupitos y el lugar había dejado de ser tranquilo, pues el murmullo de voces era cada vez mayor. Los gorriones revoloteaban ahora de mesa en mesa, de silla en silla, a la caza de las migas que habían quedado sobre los manteles, y aquello a nadie parecía importarle. Adelaida miró el reloj con disimulo: casi las cuatro de la tarde. Habían transcurrido dos horas desde que habían llegado al restaurante sin que percibiera que fuera tanto el tiempo. Tan intensa había sido la conversación. Continuaba lloviendo y pronto comenzaría a morir la tarde. Pidieron dos cafés.

—Pienso que Sara no está preparada para ver esa foto, teniente, ni para esa foto ni para nada. Y además, ya sabe que ha pedido el alta voluntaria.

—Sí, y eso puede complicar las cosas.

—Puedo intentar convencerla de que permanezca ingresada un día más a lo sumo, y con mayor motivo ahora, cuando sabemos que cree viva a su madre muerta. Está peor de lo que yo suponía y lamento no haberlo detectado.

—No se culpe, por favor. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—Mediante una simple llamada al geriátrico. No sé cómo no se me ocurrió.

—En todo caso se me debería haber ocurrido a mí, pues es mi trabajo, pero ya ve que tampoco lo hice. Al saber que la madre padecía alzhéimer, no lo consideré prioritario.

—Pero yo sí que debí considerarlo así, aunque ya es tarde, qué más da —replicó Adelaida con un mohín de disgusto—. Si ella se empeña en irse, tendré que acceder. Créame si le digo que he visto cómo pacientes psicóticos, una vez superada la crisis que los ingresó en el hospital, han llevado a un juez hasta la habitación y han conseguido el alta por orden judicial, en contra de nuestro criterio. Si toman su medicación, si se considera que no son un peligro ni para sí mismos ni para los demás y quieren irse, nosotros no podemos hacer nada. De todos modos, ¿tiene una copia de la foto? No le prometo nada, pero debo estar segura de que usted no lo tomará como un compromiso por mi parte. —Adelaida se sentía agotada tras compartir parte del día con el guardia civil. Llevarse consigo aquella fotografía le permitía zanjar la conversación. Ya pensaría qué hacer con ella. Miró de nuevo el reloj, esta vez sin disimulo—. Se me está haciendo tarde, teniente. Debo irme.

—No se preocupe, esto es cuestión de un minuto. Tengo dos copias. Aquí

tiene una de ellas. —Extrajo de su cazadora un sobre y se lo tendió—. Permítame que le señale quién es.

—No quiero saberlo —tomó el sobre con resolución y lo guardó en su bolso—, pues yo podría influir en Sara y se trata de que lo reconozca por sí misma, ¿no es así?

—Sí, así es. Me parece muy inteligente por su parte. Entonces, ¿entiendo que es posible que se la muestre?

—Tengo que estudiar esa posibilidad, pero ya le he dicho que sin compromiso. Deme tiempo.

—Tiempo es lo que menos tenemos.

—Lo sé, pero yo necesito el mío y debe confiar en mí. Tengo que irme, insisto.

—¿No se toma el café?

—¡Ah! Es verdad.

Lo bebió en dos sorbos.

—¿Sabe, teniente? Le veo demasiado entero para todo lo que le ha sucedido y eso no es normal. Sospecho que ni siquiera toma algún tipo de ansiolítico.

—Cuando todo esto haya terminado, me derrumbaré, se lo prometo. No es ironía, doctora, es que ahora no puedo hacer otra cosa.

—No voy a insistir, pero imagínese que detienen a ese hombre, el sospechoso. Si se demuestra que cometió todos esos crímenes, incluido el de su padre, le va a ser difícil sujetar el sentimiento de venganza. Imagino que se lo habrá planteado. ¿Qué hará usted?

«Pues me gustaría matarlo, doctora», pensó sin dudarlo, pero contestó:

—Dejaré que actúen los jueces, por supuesto.

La lluvia continuaba cayendo con la misma intensidad que hacía dos horas, llenando el aire con un zumbido sordo e insistente. Julián acompañó a la doctora hasta la moto, ambos luchando contra los elementos, porque ahora también soplaba un viento helado. Adelaida pareció perder pie al pisar un charco y él, instintivamente, la sujetó para evitar que cayera. Durante aquel instante que rozó su cintura se olvidó de sus tragedias y percibió en su ánimo un aliento luminoso desconocido para él.

—¿Cuál es la salida más cercana a la A6 hacia Madrid? —preguntó ella.

Ya habían llegado hasta la moto y la doctora se disponía a colocarse su impermeable. Julián se hallaba tan absorto intentando retener aquel momento mágico que no atendió a la pregunta.

—Teniente, ¿me ha oído? Le preguntaba por la salida a Madrid.

—¡Ah, sí! En la primera rotonda gire a la izquierda y siga todo recto. Enseguida verá la salida. Está muy señalizada, la verá a pesar de la lluvia.

—Gracias por la comida. Le llamaré.

—Soy yo quien tiene que agradecerle su ayuda, doctora. Conduzca con cuidado.

—Lo haré.

Embutió la cabeza en el casco, arrancó la pesada moto activando la marcha atrás eléctrica y avanzó entre la lluvia hasta perderse dentro de ella. Julián se dirigió hacia su coche, casi saltando para evitar los charcos, algunos tan anchos que resultaban infranqueables. Aquella mujer le atraía, aunque se resistía a aquel sentimiento insólito que le había asaltado minutos antes, cuando la sujetó por la cintura para que no resbalara. No encontraba ningún punto de conexión con ella. «Ni siquiera recuerdo su nombre», pensó mientras buscaba el lugar exacto donde había aparcado su coche, en una angosta calle que moría, cuesta abajo, en la estación de ferrocarril. Al fin lo halló, más lejos de lo que había supuesto, y entró en el vehículo. Cuando se disponía a arrancar el motor, oyó la voz de Gastón detrás de su nuca:

—Hola, Julián.

El teniente se giró bruscamente hacia él, al tiempo que buscaba el arma no reglamentaria que siempre guardaba bajo el asiento.

—No la busques, la tengo yo —le advirtió.

Aquel gesto hostil por parte del guardia civil le despejó cualquier duda. Sí, estaba claro que ocurría algo, aunque no sabía qué.

—Y tengo otra pistola además de la tuya. Estoy apuntando precisamente con ella a tu espalda. Si te mueves, te parto en dos.

Julián no había bajado la guardia durante todo el día, porque creía posible que Gastón apareciera de nuevo en su vida. Y así había sucedido: el sospechoso se hallaba en el asiento trasero de su coche sin que él lo hubiera podido evitar. Notaba sobre su espalda la presión del cañón del arma. A través del espejo retrovisor observó su rostro, su mirada inexpresiva, tan inquietante como la de un muerto, y escuchó también su timbre de voz agudo, casi femenino. No se había fijado en aquel detalle hasta entonces.

—¿Qué quieres? —preguntó Julián con su frialdad acostumbrada, a pesar de que ya era imposible salir de allí sin una bala en el cuerpo.

—Quiero tu casa de Aguas. Tengo una hija adolescente y lo mejor para ella ahora es un pueblo tranquilo, *mi* pueblo. Te voy a pagar ciento cincuenta mil euros por una casa que no vale ni sesenta mil. Hoy iba a hacerte la oferta definitiva, mejorando mucho la que iba a hacerle a tu madre. A primera hora de la mañana he ido al pueblo para contártelo, porque imaginaba que estarías allí, y resulta que me he encontrado tu casa rodeada de policías. ¿Qué pasa?

—Se te considera sospechoso de asesinar a Tomás García Huete y a estas

horas ya se habrá dictado la orden de busca y captura contra ti. Has dejado tu rastro por todas partes y era cuestión de tiempo.

—No tengo ni idea de lo que me estás contando. Yo sólo quiero que lleguemos a un acuerdo para poder vivir en tu casa del pueblo. Necesito volver allí, a mis raíces, aunque allí maté muchos gatos y a lo peor sus fantasmas me esperan tras las esquinas, pero siento que debo volver.

—No sólo mataste gatos, Gastón.

—También maté perros, sí.

—Y personas. Eres un jodido asesino.

—Qué sabrás tú lo que soy yo.

—Un asesino, ya te lo he dicho, de lo contrario no me estarías apuntando con un arma y habríamos tenido esta conversación tomando un café. ¿No lo has pensado? Probaré que ahorcaste a mi padre y que violaste a Sara, entonces una niña de seis años, y que todo ello guarda relación con el asesinato de Tomás García Huete, el único de tus crímenes que aún no ha prescrito. Me pregunto de dónde coño sales tú, quién narices eres. No te recuerdo de niño, no sabía que existías hasta que te presentaste en casa de mi madre hace cuatro días. La última vez que la vi con vida estaba contigo en el pueblo. ¿Tuviste algo que ver con su muerte?

—Por supuesto que no. ¿Por quién me has tomado? Se murió ella sola, de repente, mientras bebía su café. No gano nada con su muerte, al contrario, porque contigo la negociación para tener *mi* casa va a ser más dura.

—Gastón, esa casa nunca será tuya. —En aquel momento Julián decidió que, si lograba salir vivo de aquel coche, la demolería hasta reducirla a un montón de pedruscos—. ¿De verdad crees que voy a permitir que vivas en el mismo lugar donde ahorcaste a mi padre y manchaste de mierda su nombre? No me conoces de nada y, sin embargo, me tratas como a un idiota.

—Sí que te conozco, Julián. Cuando eras un bebé, muchas tardes de aquellos veranos en el pueblo yo jugaba alrededor de tu cuna, disfrazado de indio sioux. Te había secuestrado para intercambiarte por las armas de los rostros pálidos y tú no parabas nunca de llorar.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—¿Y qué tonterías dices tú? No tienes pruebas contra mí y me llamas asesino. ¿Así trabajáis en la Guardia Civil? Sois unos cutres, no tenéis ni idea de la verdad.

—Tú sí que eres un cutre, Gastón, porque tú mismo te incriminaste entrando en casa de Sara y dejándole aquel *regalo* en el frigorífico, por no hablar del papel en el bolsillo del profesor. Hay que ser estúpido.

—¿A qué papel te refieres?

—¿Cómo que a qué papel me refiero? En el bolsillo de tu víctima había un papel con el nombre y la dirección de Sara Azcárraga, escritos por el propio García Huete. ¿Se lo hiciste escribir y luego te olvidaste de llevártelo? ¡No me lo puedo creer! Eres un maldito chapuzas.

—Vamos a ver, Julián, yo no soy el malo que habla por los codos antes de disparar. Soy el que dispara, sin más, y te estás pasando, ten cuidado. Sólo quería vivir en mi pueblo con mi hija, como una familia decente y normal, y tú lo acabas de fastidiar.

—Tú no eres normal y mucho menos decente. ¿Por qué mataste a mi padre?

—Se acabó la conversación —zanjó—. Si pudiera, te mataría aquí mismo, pero no quiero que se me complique aún más la vida cargándome a un picoletto. Pon las manos sobre el volante y átate a él con estas esposas. —Se las mostró colocándolas delante de su rostro—. Recuerda que te estoy apuntando, no te arriesgues.

Pero Julián se arriesgó. Se las colocó, sí, pero aprovechando el ruido ensordecedor de la lluvia sobre la carrocería del coche, no cerró del todo la que ceñía una de sus muñecas y ocultó el ardid cerrando la otra sobre el volante con un sonoro clic, al tiempo que le gritaba, para distraer su atención:

—¡Te encontraré y acabaré contigo, cabrón!

—Pase lo que pase, Julián, te tengo aprecio —le replicó él, impasible—. Eres una víctima de los demás, como yo. Ya lo entenderás. Volveremos a vernos.

Gastón abrió la puerta y, en aquel mismo momento, se oyó un grito que al teniente le resultó familiar.

—¡Guardia Civil! ¡Tire al arma al suelo y ponga las manos en alto!

Era la voz de Coira. ¿Qué hacía allí? Dejó las esposas colgando del volante con una enorme sensación de alivio: de aquel coche podría no haber salido vivo. Ya se imaginaba a Gastón tirado en el suelo bajo la lluvia, desarmado, y tuvo ganas de pisotearle la cabeza. Cuando puso el pie en la acera, lo vio agachándose y bajando lentamente su pistola, mientras Coira y otros dos guardias civiles más le apuntaban con sus armas.

—¿Está usted bien, teniente? —le preguntó Coira.

«Sí, estoy bien», iba a contestar, pero de repente aquella escena se transformó. Sucedió todo tan rápido que, cuando vio a los guardias en el suelo y a Gastón salir huyendo, pensó que aquello no era real o, en todo caso, que se trataba de una realidad extraña, una ensoñación en la que todo transcurría de modo tan acelerado, pero a la vez tan lento, que cada movimiento de Gastón para zafarse de sus captos le pareció que duraba una eternidad, cuando Julián era consciente de que aquello estaba sucediendo en segundos. Los había desarmado y derribado de una sola patada marcial, una que los recorrió a los tres, tan

precisa y brutal que, casi al mismo tiempo que caían las pistolas al suelo, cayeron también los cuerpos de quienes las portaban. Julián volvió a preguntarse de nuevo quién era aquel individuo. ¿Dónde podía haber aprendido a derribar a tres agentes a la vez, armados y en situación de alerta? Todo esto se lo preguntó después, porque en aquel momento salió corriendo tras él, no sin antes cerciorarse de que sus compañeros estaban bien, aunque algo aturridos por el golpe que habían recibido, sobre todo el de la humillación. El teniente lo vio correr calle abajo, en dirección a la estación de ferrocarril. No había tiempo para buscar su pistola, así que recogió del suelo una de las armas derribadas y se lanzó a la carrera bajo la lluvia. Gastón podía ser un experto en artes marciales, pero Julián se consideraba un excelente corredor y en la Academia había batido varios récords, aunque hacía tiempo que no entrenaba. En pocos segundos se situó a unos treinta metros de su presa. Gastón, debía reconocerlo, también corría lo suyo, con piernas de veinteañero. Veía avanzar su figura rápida por aquella larga y angosta calle, entre la espesura del agua y bajo la incipiente oscuridad del atardecer otoñal. Temió otro golpe de efecto, que tuviera preparada su huida y desapareciera tras cualquier esquina. Y así sucedió. Tras darle el alto varias veces y cuando se disponía a dispararle, pues ya lo tenía a escasos metros, el fugitivo dobló por una estrecha callejuela y, cuando llegó el teniente, ya había desaparecido. Lo primero que se encontró fue una antigua casa abandonada con la cancela sospechosamente abierta. Alguien le había puesto nombre al chalé: «Villa María Elena», indicaba en la puerta una placa vieja y oxidada. Era un edificio con estructura de palacete, pero tan deteriorado que parecía la casa encantada de los cuentos. Pistola en mano, se adentró en el jardín, invadido por hierbajos, arbustos y, en aquellos momentos, barro. No le importó enlodarse los zapatos y recorrió el terreno con sigilo, con movimientos precisos, con los sentidos de la vista y el oído forzados al máximo, aunque la lluvia y las rachas de viento dificultaban una visión clara de las cosas. Ni rastro de su presa. Intentó adentrarse en el interior del caserón, pero la puerta y las ventanas se hallaban apuntaladas. Quizá rodeándolo pudiera descubrir una pequeña entrada al sótano, un ventanuco por donde pudiera colarse, pero lo consideró demasiado arriesgado. A lo peor Gastón le estaba esperando allí, adivinando sus intenciones, aunque sería estúpido porque aquello se convertiría para él en una ratonera, imposible escaparse de allí, por lo que dedujo que todo se debía a una estratagema muy bien planificada. ¿Por qué no llegaban los refuerzos? Salió a la calle y no vio a nadie. Recorrida por chalés adosados y con un sinuoso trazado que ascendía y descendía varias veces, se hallaba repleta de coches aparcados a ambos lados. Si Gastón no estuviera escondido en la casa, como mucho le habría dado tiempo a ocultarse bajo los cuatro primeros vehículos. Se agachó, incluso

reptó entre los charcos, pero no encontró nada, sólo el agua fluyendo sobre el asfalto. Escuchó varias sirenas de coches patrulla. Habían llegado tarde. Él también.

Durante varias horas, hasta el anochecer, Policía Municipal y Guardia Civil organizaron un operativo de búsqueda en aquella calle y las aledañas. Recorrieron varias veces el desvencijado jardín de la casa abandonada e incluso entraron en ella derribando la puerta, pero allí no encontraron a nadie, sólo suelos de madera podrida y agujereada, abandono y suciedad. En la calle examinaron los bajos de los coches, escrutaron los habitáculos a través de los cristales, fotografiaron las matrículas y cotejaron algunas con la central de datos, entraron también en los chalés, escudriñaron cada jardín, invadieron la estación de ferrocarril, visionaron las cámaras de seguridad y establecieron controles en todas las salidas del pueblo. Nada. Gastón se había volatilizado como un fantasma.

CAPÍTULO XII

Gastón Arbilar parecía no existir. Todo conducía al mismo lugar: el vacío.

—¿Cómo es posible que no figure en ningún documento en los últimos treinta años ni haya mención alguna de su nombre en Internet? Algo se nos ha escapado. Hay que empezar a buscar de nuevo.

Las palabras del capitán, pronunciadas en un tono airado inhabitual en él, no hacían sino exasperar aún más el ánimo del teniente Tresser, que veía cómo Gastón era cada vez menos una posibilidad y cada vez más un imposible. A su lado, Coira languidecía con medio rostro inflamado por la rotunda patada del fugitivo. El asunto era tan grave que Díaz Visedo se había trasladado desde la Comandancia al cuartel de Uvés, para seguir muy de cerca las pesquisas. Se hallaban los tres en el minúsculo despacho del teniente, ya eran las once de la noche, el aguacero proseguía tan monótono y perseverante como al comienzo del día y los ordenadores insistían una y otra vez en mostrar los mismos datos, que se resumían en pocas líneas: Gastón Arbilar, nacido en Orange, Francia, en 1957, doble nacionalidad española y francesa, hijo de Vicente y Gabriela, naturales de Hoyo de las Aguas, Ávila, alistado en la Legión Extranjera en 1975, licenciado con el rango de cabo cinco años después, última residencia conocida en el barrio de La Cresta, en la ciudad de Panamá, en 1984. Y ahí se acababa todo. Ni fotos, ni cuentas bancarias, ni multas, ni propiedades ni, por supuesto, antecedentes policiales. Sus pasaportes, español y francés, no se habían renovado desde hacía más de veinte años. Aquella misma noche no sólo continuaban los controles en Torrelodones y localidades cercanas, sino que también se había extremado la vigilancia en Ávila y Madrid y se estaba recabando información a través de Interpol, Europol y los servicios de inteligencia españoles, sin éxito hasta aquel momento.

—Quizá ya ni siquiera esté en España —comentó Díaz Visedo con resignación—. Debe de tener más identidades falsas que setas hay en el bosque y me temo que está ya muy acostumbrado a pasar los controles sin que salten las alarmas, por mucho que hayamos difundido su retrato robot y tengamos dispositivos de control en el aeropuerto, carreteras, estaciones de trenes y autobuses. Si se licenció en la Legión Extranjera, puede que sea un mercenario,

un paramilitar de esos que sobreviven escurriéndose como fantasmas, convertidos en agua para fundirse con la lluvia. A nosotros nos pagan para ser más inteligentes que los delincuentes, para cazarlos cuando caen en el más mínimo error, no nos pagan para cometer más fallos que ellos. ¿Cómo se nos ha podido escapar de esa forma tan estúpida? ¿Cuándo hemos visto que un fugitivo desarme y noquee a tres guardias civiles a la vez? Salimos en todas las televisiones como unos ineptos y lo peor es que tampoco podemos decir toda la verdad. ¿Qué pensaría la gente si contáramos que un criminal se ha colado en el coche de un teniente de la Guardia Civil porque quería comprarle su casa del pueblo? Me han pedido explicaciones en la Comandancia y yo también se las he tenido que dar al juez instructor. Siempre hemos sido un equipo muy felicitado, y ahora se nos ha escapado un tipo tras humillarnos durante una secuencia rocambolesca. Nos hemos enfrentado a casos más complicados y los hemos solucionado. ¿Qué ha sucedido esta vez? Sólo se me ocurre una palabra, y es *decepción*.

—Lo siento, mi capitán —dijo Coira arrastrando las palabras. La inflamación de la mandíbula le dificultaba hablar con claridad—. No tengo excusa.

—No, no la tiene. La orden era seguir al teniente, por si aparecía Gastón, y Gastón apareció y usted sólo se enteró en el último minuto. Ha sido un desastre de seguimiento, una chapuza.

—Sí, mi capitán, una chapuza.

—Y usted, Tresser, ya se lo he dicho antes y vuelvo a insistir ahora en que, hallándose usted de baja, no le estaba permitido investigar en el caso.

—Y yo vuelvo a insistir, con todos mis respetos, mi capitán, en que sólo me limité a acompañar a la doctora a visitar a la madre de Sara para recabar información sobre la paciente. Ella me lo pidió y no me pareció incorrecto hacerlo. —El teniente estaba seguro de que aquella pequeña mentira quedaría diluida entre la búsqueda desesperada de certezas—. De hecho, yo ni siquiera hablé con el responsable del geriátrico. Ella se ocupó de todo y ambos nos sorprendimos al conocer la noticia de que la madre llevaba muerta tres meses.

El teniente esperaba la réplica, pero el capitán no dijo nada y se recreó en un silencio tenso que entretuvo cuadrando distraídamente los folios de los informes que tenía sobre la mesa. Díaz Visedo nunca imaginó que un hombre ahorcado en un pinar pudiera desencadenar tal desastre en el equipo que él dirigía, con el añadido de la maldad que Gastón había desplegado sobre varias vidas, la de Sara, la del teniente y la del profesor García Huete. ¿Quién era realmente aquel hombre?

Alguien llamó a la puerta del despacho. Eran los guardias David Hernández y Lucía Brancho.

—¿Alguna novedad? —les preguntó Díaz Visedo sin darles tiempo a cerrar la puerta tras ellos.

—Sí, mi capitán —respondió Brancho—. Ya tenemos información sobre Silvia Arbilar, la hermana.

Ése era el momento que el teniente había estado esperando, porque aquella mujer quizá fuera la guardiana de muchos y valiosos secretos sobre Gastón. Pero se hallaba apartado del caso y no estaba dispuesto a suplicar para que el capitán lo incorporara. Estaba harto de suscitar compasión y de exhibir una vulnerabilidad que no le correspondía. Le daba la impresión de que no había hecho otra cosa desde que falleció su madre y los sucesos comenzaron a encadenarse, huracanados, unos tras otros. ¿Y ahora debía arrodillarse para que no le dejaran al margen del encuentro con la hermana? En algún lugar de su mente se hallaba la mejor versión de sí mismo, el auténtico Julián Tresser, y no el cenizo al que se le había escapado el sospechoso del asesinato de su padre. Tenía que recuperar al guardia civil que era y desterrar a la persona que habitaba bajo su uniforme, que nunca le había interesado demasiado.

—Silvia Arbilar, de sesenta y cinco años, vive en Lloret de Mar, en la Costa Brava —continuó Brancho—. Hasta que se prejubiló hace dos años, trabajó como gobernanta en el hotel Maritú, que ahora se halla cerrado porque sólo abre en la temporada de verano. Conocemos su domicilio, aunque no su número de teléfono. No consta ninguna línea fija o móvil contratada. Lo más probable es que tenga una de prepago.

—Sin embargo, hemos hablado con la Comandancia de Gerona —prosiguió ahora el guardia Hernández— y están haciendo gestiones para contactar con ella. Esta misma noche se ha acercado un coche patrulla hasta su casa, han llamado al timbre y no ha contestado nadie. Las luces están apagadas. La casa se halla sometida a vigilancia de forma discreta para no ponerla sobre aviso, si mi capitán no da una contraorden.

—Díganles que prosigan con el operativo y mañana nos haremos cargo nosotros. Retírense.

—A sus órdenes, mi capitán —contestaron ambos al unísono, cuadrándose ante su superior antes de abandonar el despacho.

Sonó el móvil del teniente. Era la doctora. Julián temió que un nuevo desastre se agregara a todos los de aquel día, un día que parecía no terminar nunca.

—Con su permiso, mi capitán, debo atender esta llamada. ¿Puedo ausentarme unos minutos?

—¿Tiene que ver con el caso, Tresser? —le inquirió Díaz Visedo con gesto adusto.

—No, mi capitán.

—De acuerdo, salga.

Las once y media de la noche. Las llamadas a aquellas horas nunca eran buenas, receló.

—Teniente...

—¿Ocurre algo, doctora?

—Disculpe que le llame tan tarde, pero acabo de llegar a casa y me he enterado por la televisión de lo que ha sucedido hoy en Torrelodones. ¿Está usted bien?

—Sí, lo estoy.

A Julián le alegró que alguien se preocupara por él. Recordó súbitamente que ya no tenía madre. Se había convertido en un huérfano. Ya no tendría cerca a nadie de su misma sangre a quien acudir si sobrevenía una tormenta. Al otro lado del teléfono ya siempre hallaría el silencio: cualquier conexión que hubiera existido, por mínima que fuera, se había volatilizado para siempre. No es que llamara a su madre con frecuencia, reconoció, pero le reconfortaba saber que estaba allí, en la vida, en su cotidianidad. Lamentaba no haberla visitado más, pero siempre le dio pereza, e incluso le había incomodado, conversar con aquella mujer tan áspera. Ahora que ya entendía su amargura, la que envenenó su carácter, le apenó una vez más que viviera una existencia arruinada por una mentira. La muerte se la llevó sin la gratificación de la verdad.

—Han dicho en la televisión que forzó su coche y le esperaba a usted dentro —comentó la doctora, rescatando al teniente de sus reflexiones—, y eso supongo que sucedió mientras comíamos en el restaurante, así que deduzco que nos estuvo vigilando en todo momento. Puede hacerse una idea de cómo me siento.

—Sí, me hago una idea. Siento de verdad haber arriesgado su seguridad, pero también fue una sorpresa para mí.

Julián anheló que la vida le concediera la oportunidad de cazar a Gastón. Si así ocurriera, se preguntó una vez más si sería capaz de resignarse tan sólo a colocarle las esposas o se plegaría a la venganza que le exigían los ahorcados en sus sueños. Se sentía solo ante sus dilemas, y ahora más solo que nunca: la única familia que le quedaba había desaparecido y, de un modo fugaz, deseó haber tenido una hermana a la que proteger o un hermano para comer juntos de vez en cuando, y que ambos le sobrevivieran para llevarle flores a su tumba cuando falleciera, porque en aquellos momentos Julián pensaba en la muerte más que en toda su vida. Gastón podría haberle disparado en cualquiera de aquellos intensos minutos que ambos permanecieron dentro del coche. Aún continuaba preguntándose por qué no lo hizo.

—He tenido una crisis asmática, teniente. ¿Estoy segura en mi casa? Dígame la verdad.

—Lo está. Créame que para Gastón Arbilar usted es la última de sus preocupaciones en estos momentos. ¿Vive usted sola? —Le alegró poder hacer esa pregunta sin que fuera malinterpretada.

—Sí, vivo sola, y con lo que ha ocurrido hoy he imaginado el miedo, que es peor que tenerlo. Le he llamado a usted para tranquilizarme. Me gustaría escuchar que van a lograr detenerlo, si no lo han hecho ya.

—Y a mí me gustaría decirle que ya está en los calabozos, a la espera de declarar ante el juez, pero la verdad es que eso no ha sucedido todavía. Tenemos a todo el equipo trabajando y esperamos detenerle pronto —comentó por decir algo, pues no tenía muchas esperanzas de que eso sucediera—. Pero, insisto, no tiene de qué preocuparse.

—Me tranquiliza oírle decir eso, porque nunca me había encontrado en una situación como ésta y no es agradable. También le he llamado por otra cuestión.

—¿Ha ocurrido algo con Sara?

—Ya he visto en el hospital que han reforzado la vigilancia de la habitación con un agente más, cosa que me ha extrañado en su momento, pero que ahora entiendo tras escuchar la noticia en la televisión.

—¿Entonces?...

—La foto que usted me ha dado hoy, en el restaurante, ¿se acuerda?

—Sí, claro.

—Tras consultar con mi equipo, hemos decidido colocarla en la mesilla, debajo del libro de poemas que Sara está leyendo. Lo he hecho esta misma noche, cuando ya estaba dormida. Hemos preferido hacerlo así, dejar la imagen cerca de ella, en lugar de mostrársela directamente, que es una opción más agresiva. Ahora habrá que esperar su reacción.

—¿Y cuál cree usted que será?

—Sara ha demostrado ser imprevisible. Mañana llegaré al hospital antes de que se despierte y estaré muy pendiente de ella. No tendré muchas más oportunidades antes de darle el alta. Lo máximo que he podido conseguir es retenerla un día más con la excusa de hacerle unas últimas analíticas, pero deberé dejarla ir. Supongo que ustedes le pondrán vigilancia.

—Claro que sí, doctora, pero es un riesgo que vuelva a su casa. Desconocemos los planes de Gastón y además Sara no está bien, sabiendo lo que sabemos ahora sobre ella. A lo mejor sería el momento correcto para contarle la verdad. Si ella supiera que quien la violó siendo una niña fue posiblemente la misma persona que dejó en su casa aquellos ojos y que ese individuo está libre, quizá se convenza de que debe colaborar con nosotros y permanecer en un lugar seguro como es el hospital.

—¿Decirle la verdad? Eso no puede ser, teniente. Fue una de las primeras

opciones que barajamos y desistimos en su momento porque resultaría demoledor para ella. Los psiquiatras no somos valientes y tampoco solemos saltarnos el guion, y aun así hoy he convencido al equipo para dejar esa fotografía bajo su libro. Es un modo más sutil de conocer su reacción al ver a la persona que abusó de ella, si es que fue el tal Gastón. Sara sufre un trastorno de estrés postraumático mantenido en el tiempo, demasiado tiempo ya, y lleva casi toda su existencia manejando a su antojo su propia realidad, huyendo de la verdad constantemente. Es una superviviente de sí misma y me sorprende que haya llegado hasta aquí sin ayuda psicológica. Esta tarde le he dicho: «Sara, nunca me comentaste que tu madre falleció hace unos meses», y se ha limitado a contestarme que una de las razones por las que quiere irse del hospital es para llevarle unas flores a su tumba, que es lo que más necesita ahora mismo, cuando estos días parecía convencida de que su madre estaba viva e incluso fantaseó con que la había visitado en el hospital. En fin, no le voy a dar más vueltas por hoy. Prefiero tomarme un ansiolítico y dormir de un tirón toda la noche, porque no sólo estoy asustada por ese individuo que anda suelto, sino que también me siento muy cansada de todo esto. Discúlpeme, pero tengo que colgar, teniente. Buenas noches.

Julián ya no se resistía a la idea: le gustaba aquella doctora de la que ya había recordado su nombre, Adelaida.

—Mi capitán, he recibido una llamada de la psiquiatra del hospital —informó a su superior al regresar al despacho—. Sara ha pedido el alta y pasado mañana volverá a su casa. Convendría poner vigilancia en su domicilio.

—Conviene, Tresser, claro que conviene, aunque no creo que Gastón se arriesgue a darse una vuelta por allí. O quizá sí, no será el primer asesino idiota que conocemos.

—Continúo sin entender por qué ha cometido tantas tonterías —comentó el teniente—. Durante la conversación forzada que he mantenido hoy con él en mi coche, parecía realmente sorprendido cuando le he comentado la existencia del papel con el nombre y la dirección de Sara Azcárraga, escritos por el propio García Huete. Me ha dado la impresión de que no sabía de qué le estaba hablando.

—Pues créame, Tresser, que si no hubiera sido por esas torpezas incomprensibles, estoy seguro de que el caso se habría cerrado por falta de pruebas. ¿Cómo hubiéramos podido, si no, relacionar a Sara con el profesor y tirar de la madeja que nos condujo a Playa Mansa? Creo que nos hallamos ante un ser impulsivo y de escasa inteligencia, un bruto que sabe matar, pero que no se preocupa por disimular sus crímenes porque no teme el castigo. Por alguna razón se siente impune, quizá por su pasado de mercenario, si es que realmente

lo tuvo, porque ahora mismo estamos condenados a las conjeturas. La realidad es que hoy nuestro sospechoso ha desaparecido sin dejar rastro, pero no por la habilidad del fugitivo, sino por la incompetencia de ustedes, no me cansaré de repetirlo. Vamos a probar suerte jugando con otra baraja. A ver, Tresser, mire esta foto. —Se la tendió al teniente con un movimiento rápido—. Es la de Silvia Arbilar en su documento nacional de identidad, renovado hace cinco años. ¿La reconoce?

El teniente observó la imagen con detenimiento. Aquella mujer habría sido una desconocida para él si no fuera por un cierto parecido con el hermano. No compartía con él ningún rasgo concreto, sino más bien un conjunto difuso de todos ellos, como si las facciones de Gastón habitaran bajo aquella piel femenina, ocultas para mostrarse sólo de vez en cuando, acaso en algún gesto puntual. A pesar de ser una simple foto de carné, pudo adivinar que su semblante resultaba agradable. Incluso exhibía cierta dulzura. Parecía haberse maquillado para la ocasión, porque su tez y sus imperfecciones no aparecían acentuadas por la violencia abrupta del *flash*, sino suavizadas por un velo invisible que homogeneizaba la piel y escamoteaba la flacidez de un rostro sexagenario. Su mirada era limpia, como la del joven Gastón en la fotografía, aunque no podía apreciarse el verdadero color de sus ojos. Azules, grises quizá. No, no se acordaba de ella. Habían transcurrido demasiados años desde que aquella mujer lo cuidó siendo él un niño. En realidad, no había sabido de su existencia hasta unos días atrás, cuando su madre se lo comentó mientras le cocinaba unos huevos fritos con panceta. No se le ocurrió en aquel momento, pero ahora sí: ¿tanto dinero tenían sus padres como para permitirse una niñera durante las vacaciones? Le fastidió la sola idea de haber sido un niño rico en algún momento de su vida.

—Tresser, no tenemos toda la noche. ¿La recuerda o no? —le apremió Díaz Visedo.

—Han pasado los años, claro, pero me acuerdo de ella, sí, mi capitán —mintió el teniente.

—¿Cree que se acordará ella de usted?

—Imagino que sí. Las niñeras no suelen olvidarse de los niños a los que han cuidado.

—Mañana le quiero allí, en Lloret de Mar. Si Silvia Arbilar se aviene a hablar con alguien y contar todo lo que queremos, sin duda será con usted. Al menos hay que intentarlo. —Lo miró un instante a los ojos y aguardó otro antes de seguir hablando—. Se reincorporará al caso, Tresser, pero no le entregaré su arma reglamentaria.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió, sorprendido de que todo hubiera

resultado tan fácil.

—Coira, usted le acompañará. ¿Se siente con fuerzas? Lo digo porque por poco se queda usted sin mandíbula esta tarde. Debería dar gracias por conservarla, aunque no se lo merezca.

—Por supuesto, mi capitán —contestó Coira, despertando repentinamente de su letargo.

—Que les busquen un buen coche y un hotel limpio, pero que no exceda sus dietas, porque de lo contrario ya saben que la diferencia la tendrían que pagar de su bolsillo. Ahora váyanse a casa y duerman unas horas. Les esperan muchos kilómetros por delante y mañana les tiene que cundir el día. Otra cosa: no les voy a permitir ni un error más. Si Silvia Arbilar supiera algo sobre el paradero de Gastón, no toleraré que se les escape de nuevo y habrá consecuencias. Espero que les quede claro.

Coira se sintió liberado cuando el capitán dio por finalizada la conversación. Le dolía tanto el maxilar que lo único que deseaba en aquellos momentos era colocarse sobre la zona una nueva bolsa de hielo. Ya le habían aplicado una en la ambulancia que acudió tras el suceso y otra más en Urgencias, tras la radiografía. Pero ahora necesitaba más hielo, a pesar de que le habían inyectado un antiinflamatorio. Si no fuera porque a aquellas horas de la noche ya estaban los supermercados cerrados, se habría acercado a uno para comprar una bolsa de guisantes congelados y apretarla contra su dolorida mandíbula. Aun así, consideraba que había tenido suerte, pues a uno de los dos guardias civiles que le acompañaban le quedó tan desencajada que no pudo cerrar la boca durante los veinte largos minutos que duró el trayecto hasta el hospital.

—Mi teniente, ¿le importa que vaya un momento a la cafetería de enfrente para que me den un poco de hielo?

Varias horas después de lo ocurrido en Torrelodones, Coira aún no se había atrevido a cruzar una sola palabra con su superior y éstas eran las primeras. Acababan de abandonar el despacho y resultaba inevitable hablar, al menos para organizar el viaje, pero la búsqueda de hielo no podía demorarse más.

—Es para la inflamación. Serán sólo unos minutos.

—Debería darle yo una patada en el otro lado de la cara, así su rostro de hámster ya quedaría completo. —No lamentó ser cruel. Si Coira hubiera hecho bien su trabajo, Gastón ya estaría detenido.

—Y haría bien, mi teniente. Me lo merezco —le contestó Coira, al tiempo que pensaba que a él tampoco le vendría mal en aquel momento romperle las narices a su superior, pues nada habría sucedido si hubiera mirado dentro de su vehículo antes de subirse a él.

—Pida el hielo en el bar. Aprovecharé para tomarme un bocadillo de lo que

sea. Van a dar las doce de la noche y en pocas horas salimos para la Costa Brava.

Ambos guardias civiles abandonaron el cuartel enfundados en sus anoraks tras sortear varios charcos de agua en el vestíbulo, un pequeño edificio a través del cual se accedía al principal y cuyo tejado había sido reparado varias veces, aunque lo único que se había conseguido era que las goteras eligieran lugares distintos cada vez que llovía intensamente. En Uvés, al igual que en Torrelodones, proseguía el chaparrón, vertiendo sobre el asfalto un agua que llegaba hasta allí bandeada por efecto del viento, envolviendo la noche en un velo difuso que al teniente le generó una extraña sensación de vacío. Cuando los agentes se disponían a cruzar a la otra acera para entrar en la cafetería, se escuchó un grito que a ambos les llegó como un gruñido semejante al de una bestia salvaje, pero procedía de un ser humano, pues en aquel bramido pudieron distinguir dos palabras:

—¡Teniente Tresser!

En medio de la calle, una sombra bajo la lluvia avanzaba hacia ellos. Era la figura de un hombre que caminaba con pasos lentos y erráticos. No sabían de quién se trataba y, aunque no lo manifestaron, ambos pensaron inmediatamente en Gastón. La primera reacción de los agentes fue echarse las manos al cinto para sacar las pistolas, lo cual sólo hizo Coira, porque el teniente estaba desarmado: su cartuchera estaba vacía y maldijo a Dios.

—¡No dé un paso más y ponga las manos en alto! —gritó Coira, apuntando al individuo con su arma. Su voz también sonó como un gruñido, pues apenas podía abrir la boca debido a la hinchazón.

—¡No disparen! ¡Soy yo, Gherardus! —exclamó el holandés alzando los brazos bajo el aguacero.

—¿Gherardus? Lo que nos faltaba. ¿Pero no estaba desaparecido? —murmuró Coira sin dejar de apuntarle con su pistola.

—Baje el arma —le ordenó su superior mientras el hombre se acercaba hasta ellos con pasos vacilantes y la figura quebrada.

—Tengo que hablar con usted, teniente. Es muy importante —dijo cuando llegó hasta los guardias civiles. Ahora su voz sonaba más débil, como si aquel grito inicial con el que se identificó hubiera engullido toda su energía. Estaba empapado, sin abrigo, con la camisa por fuera de los pantalones, sucia y mal abrochada. Parecía enfermo.

—¿Dónde se ha metido usted, Gherardus? Su hermana ha denunciado su desaparición, ¿lo sabía? Tiene muy mal aspecto. —El teniente observó de cerca su rostro y le recordó al de un muerto. La piel mostraba un tono macilento y los labios exhibían un intenso color morado.

—Estoy intentando morirme y espero conseguirlo. Llevo horas deambulando por las calles.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—No puedo soportar la idea de que mi hermana descubra mi relación con Tomás. Asegúreme, por favor, que no lo mencionarán en la investigación, porque nos destruiría a todos. Tomás ya no existe y yo soy un muerto en vida, pero Marija y mis sobrinos no se lo merecen. —Gherardus hablaba ahora entre susurros, como si sus pulmones se estuvieran cerrando a la entrada de oxígeno y las palabras lidiaran su última batalla contra la falta de aire—. Quizá no entienda usted el sentido de lo que le estoy diciendo, pero los homosexuales seguimos siendo para muchos unos maricones de mierda, unos apestados, aunque ahora nos perdonen la vida diciéndonos que ya nos podemos casar. No piense usted que han cambiado tanto los tiempos, teniente. —Le sobrevino un ataque de tos, profunda y húmeda, y se le llenó la boca de sangre. Luego se desplomó.

—Pida una ambulancia, Coira. No podemos arriesgarnos a moverlo. Vaya al cuartel a buscar un paraguas. ¡Vamos, rápido! —ordenó el teniente mientras se quitaba su anorak y abrigaba con él a Gherardus, ya inconsciente.

Se arrodilló a su lado, preguntándose si llegaría vivo al hospital. Observaba la extrema lividez de su rostro, su boca entreabierta, que mostraba unos dientes manchados de coágulos de sangre, y pensó en el poder devastador de la culpa, un taladro capaz de atravesar incluso lo que no existe: el alma. Llegó enseguida Coira acompañado de varios agentes bajo paraguas abiertos, grises algunos, con el color verde distintivo de la Benemérita la mayoría. Con ellos formaron rápidamente un techo protector, que más bien parecía un escarabajo gigante sobre aquel cuerpo exánime. Ya se oía a lo lejos la sirena de la ambulancia y, de repente, Gherardus abrió los ojos y atenazó con su mano el brazo del teniente. Lo hizo con una fuerza inusitada, como si aquel brazo fuera el único asidero antes de caer al abismo.

—No les he contado todo lo que debiera, lo siento. Mire en el bolsillo de mi pantalón, por favor, y dígame a Sara que Tomás buscaba su perdón.

—¿Sara? ¿A qué se refiere? —preguntó el teniente, sorprendido.

—Por fin ha dejado de llover y ha salido el sol. Oigo cantar a los pájaros.

Y sus párpados se cerraron.

Llegó la ambulancia y los agentes elevaron los paraguas para albergar bajo ellos al personal sanitario, pues la lluvia no había cesado ni un instante. «Tiene una neumonía severa. La cosa está complicada», comentó el médico. Antes de que lo colocaran sobre la camilla, el teniente hurgó en el bolsillo del pantalón de Gherardus y halló un sobre envuelto cuidadosamente en una fina bolsa de plástico. Eran tres cartas manuscritas firmadas por Tomás y dirigidas a

Gherardus.

—Tengo que hablar de nuevo con el capitán, pero antes debo informar a Marija. Espéreme en la cafetería, Coira.

Le quemaban aquellas cartas en las manos, ávido como estaba de leerlas, pero las guardó y marcó en el móvil el número de la viuda de Tomás García Huete.

—Señora Van Haalen, soy el teniente Tresser. Disculpe que la llame a estas horas.

—¿Qué ocurre? ¿Saben algo de mi hermano?

—Está ingresado en el hospital.

—¡Gracias a Dios! ¿Está bien?

—Tiene una neumonía. Lo hemos encontrado deambulando bajo la lluvia, desorientado. Es posible que haya sido víctima de un atraco en la calle y le hayan golpeado, porque no se acuerda de nada de lo que le haya podido ocurrir.

—¿Pero está bien? —insistió Marija.

—En el hospital se lo explicarán con detalle. Aprovecho para comentarle que ya tenemos un sospechoso del asesinato de su marido.

—Lo sé. Me ha llamado el capitán hace unas horas. ¿Lo han detenido ya?

—Todavía no, pero lo haremos pronto, se lo aseguro. Ahora lo importante es que vaya junto a su hermano.

—Sí, por supuesto, pero ya le he dicho al capitán, y se lo digo ahora a usted, que necesito respuestas, hallar un sentido a toda esta tragedia. Y ahora sucede esto con Gherardus. No puedo más...

El teniente iba a intentar reconfortarla cuando Marija cortó la comunicación. Si Gherardus lograra superar la neumonía, ya se lo imaginaba despertando a la vida y vomitando la verdad, incapaz de sujetar su sentimiento de culpa y asestando a la viuda, a la hermana, el golpe mortal, el definitivo. Hay verdades por las que merece la pena mentir, se dijo convencido. Julián consideraba demasiado exquisito llamar homosexuales a quienes consideraba simplemente unos maricones, naturalezas equivocadas. Detestaba a los hombres que iban con hombres. Sin embargo, aunque fuera un homófobo convencido, tenía tal capacidad de disociación que, cuando un sospechoso era objeto de investigación, su inclinación sexual le resultaba irrelevante si no estaba relacionada con el caso. Poco o nada le importaba que Tomás García Huete fuera homosexual, porque Gastón lo asesinó por otras razones. Le arrancó los ojos y ése era el ritual acostumbrado que solía aplicarse a los testigos incómodos que vieron lo que nunca debieron ver, como él mismo había avanzado cuando el profesor aún pendía inerte del árbol en el que fue ahorcado. Anhelaba que aquellas tres cartas que tenía ahora en su poder y que estaba a punto de entregar al capitán corroboraran aquella certeza. Tuvo de nuevo la tentación de leerlas mientras se

dirigía hacia el cuartel, pero temió cruzarse con su superior. Y así habría sucedido, porque cuando entró en el despacho, Díaz Visedo ya estaba de pie ante la puerta, con el abrigo puesto para irse a casa. No tuvo más remedio que volver a sentarse de nuevo, con un gesto ostensible de resignación. Tras leer la primera de las cartas, le decepcionó haber hecho el esfuerzo.

Madrid, 16 de septiembre de 2007.

Querido Gherardus:

Espero que esta carta te llegue al buque mercante y que luego la rompas y la tires al mar. No quiero que quede rastro alguno de lo que te voy escribiendo. Sé que estás enfadado porque no acudí a la cita que teníamos en Madrid. Lo siento, pero precisamente aquella tarde Marija me pidió que la acompañara con los niños a comprar un equipamiento de esgrima, pues este curso se han apuntado los dos a este deporte, mucho más interesante que el recurrente judo, desde luego, y no vi la forma de inventarme una excusa creíble. Ya sabes lo mucho que controla Marija las rutinas de la familia. Y, por favor, te ruego que no contactes nunca más conmigo por mail, y menos firmando como La Rosa Blanca. ¿Por qué se te ocurrió hacerlo así? ¿Estás loco? Cualquiera que lo leyera pensaría que formamos parte de una secta, porque no es muy conocido que fuera el nombre de un grupo de estudiantes que hicieron frente a Hitler y por ello fueron ejecutados. Creo que nunca te lo había dicho. Era nuestro homenaje a aquellos valientes. Hagámoslo a mi manera. Cuando hables con Marija por el Skype, yo te saludaré y te haré una pregunta: «¿Qué tal tenéis la mar?». Confírmame que has recibido esta carta contestándome sólo con esta frase: «En calma, todo bien». No te olvides de hacerlo así, es importante.

Te escribo porque hace unas semanas me detectaron un cáncer de vesícula por casualidad, al hacerme un TAC por una ciática que me mataba de dolor. No le he dicho nada a Marija todavía. Están haciéndome pruebas y hasta que no me digan cuál va a ser el tratamiento no quiero preocuparla. Cuando nombran la palabra cáncer, lo primero en lo que uno piensa es en la muerte. A pesar de que me han dicho que tengo buen pronóstico, mi cabeza se ha vuelto del revés y no paro de hacer inventario de mis aciertos y mis errores.

Llevamos años traicionando a Marija tú y yo, y sigo sin poderlo evitar. Añoro ahora una valentía que jamás tuve, pero al menos tengo a dos hijos por los que daría la vida. Ante Marija me siento como un delincuente y ante ti, como un cobarde. Cuando imagino el mar por el que navegas y veo en mi mente la inmensa cantidad de islas lejanas en las que podríamos haber vivido sin sentirnos unos fugitivos... Que Dios me perdone por todo el mal que he causado. Cuando me den los resultados, te vuelvo a escribir. Tomás.

—El cáncer, la relación furtiva con Gherardus, bla, bla, bla —se quejó el capitán—. No hay nada que no supiéramos ya. Páseme las otras dos, Tresser. Me da la impresión de que estamos perdiendo el tiempo, y aún más a estas horas de la noche.

Madrid, 29 de septiembre de 2007.

Querido Gherardus:

Mi tumor está en fase temprana y me van a extirpar la vesícula. Se supone que con eso acabarán mis problemas. Deberé ajustar mi dieta de por vida, pero al menos seguiré vivo. Aún no le he dicho nada a Marija, pero tendré que hacerlo, claro está. Sé que se preocupará tanto por mí, y me lo manifestará de forma tan insistente —ya sabes lo protectora que es—, que intento retrasar todo lo posible ese momento. Sigo haciendo inventario de mi vida, por si acaso, y me he sorprendido a mí mismo con un recuerdo lejano que ha vuelto a mí y me está obsesionando. Cuando fui monitor de colonias en mi juventud, viví un suceso que, aunque nunca lo he olvidado, lo había mantenido dormido. Ahora ha despertado de repente y ocupa mi pensamiento las veinticuatro horas del día. ¿Te acuerdas de que te hablé de aquella niña, Sara Azcárraga, a la que violaron en el campamento de Ávila, en Playa Mansa? Lo que no te conté es que vi a quien lo hizo, un chico joven, de no más de dieciséis años. Se lo dije en su momento a la Guardia Civil, insistí una y otra vez, pero no me hicieron caso. Culparon a otro, no voy a extenderme en la historia, pero el caso es que ese indeseable sigue suelto por ahí y ahora sólo un nombre llena mi mente: Sara. ¿Qué habrá sido de ella? La encontramos en muy malas condiciones, con mucha sangre, con el vientre casi en carne viva, una niña de sólo seis años. La vi tan mal cuando la rescatamos, con aquel rictus de terror en su rostro a pesar de que estaba ya inconsciente, que estoy seguro de que eso la habrá marcado de por vida. Necesito saber de ella y, si puedo, pedirle perdón por no haberla protegido. Deberíamos haberlo hecho. No pienso en otra cosa.

Cuánto te echo de menos, Gherardus, pero sé que si estuvieras aquí tampoco podría apoyarme en ti. Se dicen grandes cosas en torno a la soledad, pero sólo son palabras huecas y casi nadie acierta. Victor Hugo sí que atinó cuando escribió que precisamente en esa palabra, soledad, es donde reside el infierno.

Te escribiré pronto. En la próxima conversación con Marija confírmame que has recibido esta carta del mismo modo que hiciste con la anterior (gracias por hacerlo). Te diré, más o menos: «Cuidado con los piratas, que dicen que hay muchos por donde navegas». Y tú me contestarás: «Estad tranquilos, sabemos cuidarnos». Y de verdad espero que sea así. Sigo las noticias de la piratería en

el Índico. Hace unos meses intentaron abordar un pesquero coreano en las costas de Somalia. Una fragata neozelandesa y otra estadounidense consiguieron liberar a la tripulación, pero no siempre hay fragatas amigas cerca. Por favor, ten cuidado. Te quiero. Me siento libre al poder decírtelo.

Madrid, 10 de octubre de 2007.

Querido Gherardus:

Me operan dentro de un mes. Resulta que mi tumor es muy pequeño y no se ha extendido, así que me dicen que no tengo prioridad para el quirófano. ¿Y si en esas cuatro semanas se extiende? Voy a estar día tras día escuchando mis entrañas, por si oyera algún sonido extraño. Tengo unos ahorros, así que es posible que pida presupuesto a algún hospital privado por si pudieran adelantar la operación. Aún no se lo he dicho a tu hermana. No encuentro el momento, porque sé que me va a agobiar y es lo que menos necesito ahora mismo. Sigo traicionándola, no tengo perdón. Ya sabes que soy creyente y ahora más que nunca necesito creer. ¿Pero creer en qué? Ahora sólo me interesa mantenerme en este mundo, notar que piso la tierra bajo mis pies y bendecir la vida. El cielo o el infierno me parecen lugares remotos que no me consuelan.

He localizado a Sara Azcárraga en Internet. Vive en las afueras de Madrid, en Torrelodones, muy cerca de donde vivo. Qué coincidencia, ¿no? Me he apuntado su dirección y siempre la llevo encima, por si un día me atrevo a llegar a su casa y llamar al timbre. Constantemente pienso que lo haré mañana, y así día tras día, sin conseguirlo. Debe de tener ya unos treinta y muchos. Ha pasado tanto tiempo desde entonces... A veces pienso que será feliz, que estará casada, con hijos y con un buen trabajo. Otras veces lo que imagino es más sombrío, no sabría definirlo, pero me da miedo. Mi idea es llamar a su puerta y luego no sé. ¿Suplicar su perdón porque no la vigilamos cuando se alejó de la orilla, castigada por un compañero por hacer una aguadilla a otra niña? Yo la vi allí, sola bajo la encina, enfadada, y no se me ocurrió ordenarle que se acercara más a la orilla, donde pudiéramos vigilarla. No sé por qué no lo hice, por qué no lo hicieron los demás. He ensayado decenas de veces las diferentes maneras de pedirle perdón, porque la niña estaba bajo nuestra responsabilidad, pero no sé si haciéndolo actuaría correctamente. ¿Y si lo tuviera ya olvidado y por mi culpa reviviera aquella tragedia? Con el cáncer en mi cuerpo resulta todo tan difícil para mí y me siento tan distinto a como he sido siempre que incluso evito mirarme en el espejo cuando me afeito, porque estoy seguro de que al otro lado habrá otra persona que no soy yo.

La única certeza que tengo es que sólo entiendo la felicidad cuando estoy contigo o pienso en mis hijos. A Marija la he hecho desgraciada sin ella saberlo.

Si no hubiera sido tu hermana, me habría separado de ella hace ya mucho tiempo, sobre todo porque se merece a alguien mejor que yo. Y nosotros nos merecemos el uno al otro, a pesar de las veces que te he dejado y las veces que te he buscado de nuevo. Qué complicado es ser libre. Ojalá lo hubiéramos sido tú y yo. Pase lo que pase con mi cáncer —qué terrible escribir que es el «mío» y no el de otra persona ajena a mi vida, aunque también lo sentiría por ese ser anónimo, pues esto es terrible—, debes saber que siempre te querré, hasta mi último aliento.

Confírmame que has recibido esta carta en altamar cuando Marija y yo te llamemos por el Skype. Sabré que es así si nos dices: «Estas Navidades las pasaremos todos en Santander». Ojalá sea posible, aprovecho para decírtelo. Si en Nochebuena nos vamos todos a tu casa de Galizano, yo sin vesícula pero ya a salvo, cuando brindemos lo haré secretamente por ti. Gracias por quererme tanto. Sueño con poder compensarte alguna vez. Tuyo, siempre. Tomás.

Julián maldijo a Gherardus por omitir las verdades que aparecían en aquellas cartas. Si se las hubiera entregado cuando lo interrogó en el aeropuerto, al menos su madre habría muerto reconfortada por la verdad: no era la esposa de un depravado. A aquella feliz certeza se habría añadido otra más sombría, la de saber que su marido no se suicidó, sino que fue asesinado. «¿Y Gherardus nos lo ocultó sólo para mantener en secreto las mariconadas entre él y Tomás?», se preguntó, indignado. «¿De qué les sirve jalearse a sí mismos en la maldita Fiesta del Orgullo Gay si al día siguiente andan escondiéndose por los rincones y comunicándose mediante contraseñas?», fue su última reflexión sobre el asunto, sin hacer un esfuerzo más por comprender los mundos que no eran los suyos.

—Bueno, pues ahora ya sabemos qué hacía el nombre de Sara Azcárraga en el bolsillo de la víctima —dedujo el capitán mientras volvía a ponerse el abrigo—. Así que el profesor pudo perder la vida porque fue testigo de la violación de Sara. ¿Simplemente por eso? Qué muerte tan tonta e injusta. Tenía usted razón, Tresser, cuando al principio de la investigación sugirió que los ojos fueron arrancados por ese motivo, porque presenció lo que no debía. Pobre hombre. Nunca lograré acostumbrarme a las salvajadas que vemos en nuestro oficio. Y además, sigo preguntándome por qué lo ha asesinado más de treinta años después de aquello. No tiene mucho sentido. De todos modos, y no lo olvidemos, hay que probar que fue Gastón quien lo hizo. No nos bastan las conjeturas ni los indicios ante un juez, ya lo sabe. Y otra cosa: también queda probado, definitivamente, que su padre está limpio de toda culpa. Debe usted alegrarse por ello, aunque alegría no sea precisamente la palabra más adecuada.

—No lo es, mi capitán, pero sí lo será cuando logremos detener a Gastón.

—¿Detenerlo? No creo que tengamos esa suerte. Me sorprende su ingenuidad, aunque entiendo que su implicación personal en este caso... —El capitán detuvo sus palabras y enfrentó su mirada a la del teniente—. Escúcheme, Tresser, y escúcheme bien. Si Gastón fuera capturado y usted cometiera la tontería de no llevarlo vivo ante un juez, acabaría entre rejas y yo mismo le encerraría. ¿Le queda claro?

—Con todo mi respeto, mi capitán, lamento que pueda pensar que yo pudiera hacer algo así.

—¡Vamos, Tresser! —exclamó Díaz Visedo, abrochándose los botones de su abrigo con la meticulosidad de un jubilado que aprovecha las pocas rutinas de su vida para distraerse—. Usted y yo sabemos que esa posibilidad existe. Se le ha pasado por la cabeza, seguro, porque a mí me ocurriría lo mismo en su situación. Que conste que le envío a la Costa Brava porque no me queda otro remedio que utilizarle para sacarle información a Silvia Arbilar. Corro pocos riesgos, porque creo que nuestro fugitivo no cometería ahora la torpeza de refugiarse en casa de su hermana. Sin embargo, todo lo que nos cuente esa mujer nos va a resultar muy valioso y sólo va a confiar en usted, porque fue su niñera. A ver si hay suerte. Y ya basta por hoy. Me voy a casa. Esta noche, aunque sea tan tarde y me arriesgue a una indigestión, voy a cocinarme un salteado de oronjas, sin apenas sal, eso sí, porque ahora me dicen los médicos que soy hipertenso, pero llevo todo el día soñando con ese plato. No sé si sabrá usted que son unas de las setas más caras y exquisitas que existen, pero me las han enviado por Seur unos amigos navarros del valle de Ultzama y hoy me cenaré ese lujo. Le contaré algo curioso: hay una oronja, la *Amanita phalloides*, que es la más tóxica y letal que existe. Agripina envenenó con ella al emperador Claudio, para que se haga una idea. Confío en mis amigos navarros, claro está, pues son unos expertos micólogos y no les he dado motivo alguno para envenenarme. —El capitán se rio mientras recogía su paraguas, abandonado en un rincón—. Por cierto, usted también debería comer algo. Le espera un largo viaje.

—Es verdad, mi capitán —contestó el teniente, aunque, como acostumbraba a hacer, había dejado de escuchar a su superior desde el instante en que comenzó a hablar de setas. Además, acababa de caer en la cuenta de que no había pensado qué iba a hacer con su gata prestada. Debía encontrar una solución urgente para Greta y en aquel momento no sabía por dónde empezar a buscarla.

—Tresser, una cosa más —dijo Díaz Visedo—. Antes de salir, lleve usted las cartas de García Huete a Hernández y Brancho, para que las incluyan entre las pruebas del caso. Son pocas las que tenemos, desgraciadamente, pero ésta es importante.

—A sus órdenes, mi capitán. —Julián se cuadró ante su superior mientras

Greta llenaba su mente.

—Espero que Gherardus se recupere, pero si sobrevive, podría ser acusado de ocultación de pruebas, lo que además pondría al descubierto su relación clandestina. Tomás García Huete no se merece morir dos veces, desde luego, pero morirá esas dos si lográramos detener a Gastón, aunque no tenga yo muchas esperanzas. Lo siento por su viuda, por sus hijos y por su cuñado, pero nosotros buscamos la verdad y ya sabemos que tras un crimen hay... ¿Cómo se dice ahora en las guerras? Daños colaterales. Eso es.

Aquella noche de lluvia sin fin, los andamiajes más íntimos de aquel profesor de literatura, cuya vida nunca se construyó del todo, fueron clasificados con un número e introducidos en un archivador de cartón que se guardó en una estantería coja, la cual se bandeó levemente cuando el guardia Hernández encajó allí al nuevo huésped.

CAPÍTULO XIII

Gastón estaba perplejo. Repasaba una y otra vez las palabras de Julián en el coche y no lograba entender qué había hecho mal o, mejor dicho, rematadamente mal, para que pudiera relacionarle con sus crímenes. Había asesinado con pasos tan seguros y silenciosos que no acababa de creerse las torpezas que sin duda le habían convertido en sospechoso. Cuando la señora Tresser le dijo que su hijo Julián era guardia civil, es cierto que no le preocupó. Le parecía imposible que le relacionara con el asesinato de Tomás García Huete. Poco podía imaginar entonces que formaba parte del equipo que investigaba el crimen. ¿Y de dónde salía el misterioso papel que apareció en el bolsillo del ahorcado, del que no había sabido nada hasta que lo había mencionado Julián aquella misma tarde, mientras le apuntaba con su pistola? «Qué puto desastre», se lamentó.

¿Por qué todo se había complicado tanto?

En la respuesta habitaba una sola palabra, un nombre: Luba. Cuando la hija inesperada surgió aquel día de la nada, como si hubiera sido inventada en el mismo minuto en que apareció, Gastón comenzó a navegar a la deriva al pretender diseñar una nueva realidad para su vida, llevado por un entusiasmo sentimental raro en él. Ahora, la suerte, su querida Dama, lo había expulsado del camino que tantas veces habían compartido.

«No me atraen los perdedores y tú te has convertido en uno de ellos —le pareció escuchar que le susurraba al oído—. Sólo al que tenga se le dará y tú ya no tienes nada. No me busques más, Gastón».

Se había equivocado, no le costaba reconocerlo. Su vida nunca necesitó más ingredientes de los que ya tenía, pero era tarde para corregir el tremendo error de incorporar una hija a su existencia. ¿La quería? No lo sabía. Aunque le costaba identificar las sensaciones del amor, estaba seguro de que ambos tenían que seguir juntos. De algún modo, aquel destino al que debía plegarse lo consideraba una venganza de Maida, la madre. Desde algún lugar de la muerte había regresado para enredar en su vida. Si se hallara sobre su tumba, habría escupido encima hasta quedarse sin saliva. Sentía tanta rabia que, al observar cómo una rata se acercaba con desfachatez a olisquear sus zapatos mojados, la agarró del pescuezo a traición, le permitió dos chillidos desesperados antes de retorcerle el

cuello y la lanzó inerte contra el suelo.

Llevaba cerca de una hora escondido en las entrañas de un chalé en construcción, uno de los muchos que se estaban edificando a las afueras de Torrelodones. Aquella España del año 2007 seguía disfrutando con placer ciego de una gran orgía inmobiliaria y tan sólo a los viejos parecían inquietarles aquellos paisajes colonizados por esqueletos de hormigón y bosques de grúas. Había oído en la televisión que tanto ladrillo iba a hacer estallar la economía del país en mil pedazos y las noticias hablaban de una inminente crisis mundial, la peor de todas. Sin embargo, a Gastón todo aquello le resultaba ajeno. Sólo le preocupaba su propia existencia. Por vez primera se había convertido en un fugitivo de la ley y desconocía cómo saldría del embrollo. En aquella guarida de cemento no notaba en sus huesos la intensidad del frío y la humedad, ni tampoco le importaban la oscuridad ni la compañía de las ratas que merodeaban por los recovecos de la obra, porque estaba más que acostumbrado a los lugares hostiles o extremos. Lo que realmente le inquietaba era sentirse superado por las circunstancias.

Marcó un número en su móvil y activó su localizador de GPS.

—La taberna del búho está cerrada. Llevo una hora esperándote y estoy empapado por la lluvia —le dijo a su interlocutor.

—Ahora te iba a llamar. Me ha surgido un imprevisto y voy a retrasarme un poco más. Iré lo antes posible.

La operación para rescatarlo acababa de ponerse en marcha.

Julián le había complicado la vida tanto o más que Luba y no entendía el porqué, cuando lo único que quería era hacerle una oferta por la casa. Por eso le había seguido desde que el agente abandonó Aguas aquella misma mañana. Le había desconcertado ver allí a la Guardia Civil y a un equipo pericial. Tras esperar agazapado en su coche en una callejuela cercana, desde donde podía observar de soslayo los movimientos que se producían en torno a la casa, vio más tarde a Julián subirse a su coche y abandonar el pueblo. Decidió seguirle hasta hallar el mejor momento para abordarlo y enterarse de qué había sucedido en la casa para tener en la puerta a la Guardia Civil. Ya lejos de Ávila, le intranquilizó verlo entrar en una urbanización de Uvés y abrir la puerta del garaje con un mando a distancia, lo que significaba que Julián residía allí, cuando hasta aquel momento había dado por supuesto que vivía con su madre en Madrid. Las probabilidades de que se hallara destinado en el cuartel de aquella localidad y estuviera investigando el crimen de Tomás García Huete eran muchas. Demasiadas. «No puede ser», murmuró, perplejo, ante el volante.

—Idiota —le insultó La Dama.

A partir de aquel momento supo que todo se iba a complicar. Sintió vértigo al

pensar en lo mucho que se había expuesto, citándose con la madre, visitando luego en el tanatorio al hijo, simulando rezar ante el féretro, cuando en realidad estaba ideando en su mente cómo esquivar su firma en las escrituras de la casa de los Tresser en Aguas. Pero tampoco el guardia civil había sospechado de él en aquellos momentos, pues de lo contrario ya estaría en el calabozo. Todo empeoró un poco más tarde, cuando desde Uvés siguió a Julián hasta Torrelodones. Una vez allí, se sorprendió al verlo con la psiquiatra que atendía a Sara. La pudo identificar porque había hecho visitas furtivas al hospital. Aquella mujer era la única persona con bata blanca que entraba y salía de la habitación; una habitación infranqueable, debía reconocerlo, pues un agente de la Guardia Civil se hallaba día y noche ante la puerta y comprobaba incluso el nombre de las enfermeras que la atendían. ¿Qué hacían la doctora y Julián en aquella residencia geriátrica de Torrelodones? Gastón sabía que la madre de Sara había fallecido allí unos meses atrás, porque se había tomado la molestia de hacerse con la información. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero sí tenía la certeza de que acababa de perder la casa del pueblo. «O quizá aún no», pensó en el minuto siguiente. Por muchas torpezas que hubiera cometido, en aquellos momentos no le constaba aún que se le relacionara oficialmente con el asesinato. Había estado pendiente de la televisión y hacía ya días que no se mencionaba el crimen de García Huete. Tampoco cuando se halló el cadáver se aludió a algún sospechoso. Todavía tenía la posibilidad de hablar con Julián y asegurarse de que todo estaba en orden, pero no podía correr riesgos. Iría a su encuentro armado.

Al abandonar la doctora y el agente la residencia geriátrica, comenzó a desencadenarse una tormenta desde un firmamento repentinamente negruzco. Cuando Gastón vio a la psiquiatra bajo la lluvia sobre una imponente e inabarcable moto, le pareció tan ridícula como cuando la había observado a escondidas en el hospital, mimetizado con aquella masa confusa de paseantes con su gotero a rastras, corrillos de familiares, enfermeras agobiadas y celadores hastiados de su rutinario cometido. La doctora parecía sentirse diferente a todos ellos, con su mirada y su caminar de reina soberbia, denotando en cada pequeño gesto, con cada movimiento de su cuerpo, que ella se sentía aparte, o incluso por encima, de la raza humana. Sus visitas clandestinas al hospital sólo tenían como objeto constatar que Sara seguía sin recuperar su cordura. Podría haberla matado en el mismo momento en que consiguió su dirección, pero la observó tantas veces entrando y saliendo de su casa dando tumbos, borracha, que eligió el juego en vez del crimen. Otro error. Y todo se complicó un poco más.

Bajo un aguacero molesto y tozudo, Gastón observó al guardia civil y a la doctora de Sara entrando en un restaurante de Torrelodones, y pensó que al fin

se le presentaba una oportunidad para abordar a Julián. Decidió entonces forzar el coche de Tresser y esperarlo allí dentro, en el asiento de atrás, oculto tras los cristales moteados de agua y vaho. Antes había invertido su tiempo en idear un plan de huida si las cosas se torcían, como así ocurrió, cuando aquellos tres agentes le descubrieron en el interior del vehículo. Los pateó y desarmó sin mucho esfuerzo, hábil como era en las artes marciales, y cuando se lanzó a la carrera perseguido por Julián, del que aún se preguntaba cómo diablos se había zafado de las esposas, ya sabía que en la cuarta calle a la derecha se hallaba la salvación: «Villa María Elena», un antiguo palacete completamente abandonado. Acotado por vetustos muros de piedra, penetrar allí le resultó fácil. La gran puerta de hierro forjado que lo guardaba tan sólo estaba sellada por una cadena tan vieja y oxidada que no le costó nada romperla. Mientras Julián y la psiquiatra comían en el restaurante, Gastón invirtió el tiempo en estudiar aquel caserón. ¿Qué pasado inquietante albergaría para haber sobrevivido a la avidez inmobiliaria?, se preguntó mientras recorría el mortecino jardín, invadido por zarzales secos y retorcidas marañas de arbustos, algunos de los cuales ya comenzaban a reptar por la fachada para penetrar por las ventanas y hacerse dueños de la casa. Aquel lugar se iba a convertir en una maniobra de distracción perfecta para sus perseguidores, en el caso de que se complicaran las cosas. Sería el primer sitio donde mirarían, pues se hallaba justo en el punto por donde él doblaría la esquina y desaparecería como por arte de magia, porque ya no estaría en «Villa María Elena», sino agazapado bajo alguno de los vehículos aparcados en la calle. Se había arrastrado en los campos de entrenamiento militar bajo tantas alambradas a ras de suelo, que su cuerpo estaba adiestrado para reptar como un gusano bajo un coche sin sufrir un mínimo desgarrón en la ropa. Así que, mientras el teniente perdía a su fugitivo y lo buscaba entre las ruinas del viejo caserón, Gastón dispuso de varios minutos para salir de debajo del chasis de un voluminoso todo terreno y, con el ruido del aguacero silenciando sus pasos, correr calle abajo, atravesar varias más, alejadas ya del centro urbano de la Colonia de Torrelodones, y llegar al fin hasta el refugio que había elegido en su plan de huida: un chalé en obras que se hallaba a las afueras.

Luba nunca podría agradecerle todo el esfuerzo que estaba haciendo por ella, por regalarle una vida mejor, la que él no había tenido con una familia que llenó de mentiras su existencia. Sabía que vivir con su hija en el pueblo le obligaría a escolarizarla, porque allí sería imposible ocultar a una adolescente analfabeta que, en lugar de ir al instituto, permanecía en casa encerrada con llave. Pero no le importaba, ya se las arreglaría para que el proceso resultara tan normal que nadie dudara de que no lo fuera. Luba era su única posesión y también la única posibilidad que tenía de no morir solo cuando se hiciera viejo. Sentía que

estaban destinados a habitar aquella casa de Aguas, bajo aquel cielo que nunca fue azul para él y que ahora, al fin, hubiera podido serlo. ¿Por qué tuvo que morir aquella mujer justo cuando la posibilidad estaba a punto de cristalizar? Había disfrutado tantas veces matando que olvidaba que la muerte también sobreviene de forma natural. La madre de Julián fue amable con él, le invitó a un café caliente que había traído en un termo y luego se murió. Minutos antes, ella le había dicho:

—Esta casa es de las mejores del pueblo, pero no he vuelto desde hace años ni voy a volver. Cosas mías, da igual. ¿Y la tuya, la de vuestra familia?

—Hubo que demolerla. Ya no íbamos por allí y, por lo visto, una gran nevada hundió el tejado. Cuando regresé al cabo de los años, en su lugar había un solar vacío.

—Vaya, lo siento. Ya le he dicho a mi hijo que, si me haces una buena oferta, te venderé la nuestra. Pasaste muchos veranos en Aguas y entiendo que quieras volver. ¿Y tus padres?

—Están muertos.

Podría haber dicho «fallecieron», que sonaba más respetuoso, pero «están muertos» expresaba mejor la idea de lo que sentía: ya estarían bien podridos bajo tierra. Ni siquiera quedarían ya sus huesos.

—Te acompaño en el sentimiento, Gastón. Pero te queda tu hermana Silvia. ¿Cómo está?

—Hace mucho que no la veo. La verdad es que nunca nos hemos llevado bien.

—La recuerdo como una buena chica. Me ayudó en casa algunos veranos en el pueblo, porque tenía yo muchas anemias y a la mínima me quedaba sin resuello. ¿No te acuerdas? Claro, eras muy pequeño entonces. Siempre he tenido mala salud, qué se le va a hacer. A ver si te arreglas con ella, que es la única hermana que tienes.

—En las familias ocurren estas cosas, señora Tresser. En realidad, estoy seguro de que hay muy pocas en las que no pasa nada, en las que todos se quieren y son felices. —A Gastón le sorprendieron estas cavilaciones, pues nunca hasta entonces había hablado tanto, aunque fuera tan poco, de su extraña familia. Si hubiera sabido que aquella mujer iba a morir minutos después, le habría contado más cosas; eso es lo que pensó cuando falleció, e incluso estuvo tentado de seguir conversando con la muerta, desde la tranquilidad de que sus palabras ya no serían escuchadas. «Pobre ingenua —pensó—. La verdad te habría matado mucho antes si alguien te la hubiera contado».

Cuánto odiaba a Silvia, la mujer más despreciable que había conocido en su vida. Mentirosa, puta, miserable. A veces se recreaba insultándola y eso le reconfortaba. Su sola existencia le desarmaba tanto que ni siquiera había sido

capaz de segarle la vida aquel verano de 1973, el último que Gastón pasó en Aguas. Tenía dieciséis años y aquel día se convirtió en un asesino.

—¡Virgen santa, Gastón, tienes toda la camiseta manchada de sangre! ¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó Silvia, atónita, cuando lo vio llegar a casa aquel mediodía.

—Ya os enteraréis. Sois una familia de escoria, una puta basura. A partir de ahora las cosas se harán a mi modo. Preparad las maletas porque esta noche nos vamos a Francia. Pase lo que pase, si me delatáis, antes de pudrirme en la cárcel os mataré a todos, y estad seguros de que hallaré el modo de hacerlo —los amenazó mientras subía a su habitación a cambiarse de ropa. Su plan criminal todavía no había concluido.

Lo cierto es que aquella mañana ya había comenzado mal. Mientras desayunaba, les había oído cuchichear en el corral a través de un ventanuco de la cocina. Si hubiera proseguido con su zumo de tres naranjas y su tostada con mantequilla, no se habría desencadenado la tragedia, pero se acercó a aquella pequeña ventana que daba al gallinero, arrimó el oído y descubrió a su familia conspirando contra él. No era la primera vez, pero aquella fue la última.

—Se acabó, Silvia, así no podemos vivir. Lo de anoche fue la gota que colmó el vaso —escuchó quejarse al padre.

«¿Anoche? ¿Qué hice yo anoche?», se preguntó entonces el joven Gastón. «Ah, sí, la maldita sopa de sémola», recordó con indiferencia. Su madre la había cocinado para cenar y él odiaba ese plato, lo sabían todos, pero aun así se lo encontró una vez más sobre la mesa. Agarró la sopera y la estrelló contra las paredes de la cocina. Parte de aquel caldo recién llegado del hornillo cayó sobre el brazo de la madre, produciéndole una quemadura importante que le curaron en el dispensario del pueblo. «Tuve un traspíe y se me cayó encima», le mintió al médico. Hubo muchas mentiras como ésa en aquella familia.

Gastón había nacido con la ira prendida en su cuerpo. Eso era lo que le definía ante los suyos y les causaba constante temor, pues sus ataques solían ser violentos y aparatosos. Ya cuando era un bebé, agarraba entre sus pequeñas manos el dedo de su madre y lo retorció, sin dulzura ni fragilidad alguna, con la voluntad de ejercer dolor, aunque no tuviera fuerza suficiente para lograrlo. Creció como un niño perpetuamente colérico, y por cada cachete recibido para castigar su furia, él respondía con una patada o con un escupitajo. «¿Pero quién te ha enseñado a ti a escupir así, si eres un renacuajo?», se asombraba Silvia cuando Gastón no había cumplido aún los cuatro años. «Lo he aprendido del hombre del saco», le contestó en una ocasión tras un nuevo escupitajo, con una pronunciación perfecta, inhabitual en niños de su edad. Expresaba entonces sus primeras palabras en el castellano que escuchaba hablar en casa, porque en la

calle el lenguaje le sonaba tan distinto que le resultaba ininteligible. «¿Por qué no hablan como tú?», le preguntó un día a Silvia mientras ella planchaba y escuchaba la radio. «¿Quiénes no hablan como yo, cielo?», le replicó ella con aquel cariño excesivo que siempre le prodigaba y que a él le exasperaba. «¿Te refieres a los del transistor? Hablan en francés. Es que no vivimos en España, sino en Francia, una tierra extraña para nosotros».

Sí, una tierra extraña para aquella familia de inmigrantes y un país hostil para Gastón, donde bien pronto tuvo que aprender a hacerse respetar. «*Ton nom est français, mais tu es un métèque de merde*», le dijo un niño de la escuela instantes antes de recibir un tortazo. No entendía por qué le habían condenado a aquel nombre tan feo y, en efecto, tan francés, cuando él era de Ávila, de España, tierra de Vicentes, de Pacos y de Pepes.

—No le busques tres pies al gato. Con este nombre podrás integrarte mejor aquí —le aseguró un día Silvia—. *Gastón Agbilag*. Suena bien en francés, ¿no?

—Pero yo no quiero ser francés. Papá siempre dice que acabaremos volviendo a España.

—Eso es lo que queremos, volver, pero no va a ser ahora. En España no hay trabajo, Gastón. Aquí estamos bien. Yo también me hago llamar Sylvie. Tenemos que integrarnos, ¿entiendes?, y no lo estás poniendo fácil. Papá ya ha recibido tres avisos de la escuela porque pegas a tus compañeros.

—Es que los odio a todos.

—La violencia es una cosa fea.

—No tan fea como tú. Vete a la mierda.

Al llegar a la adolescencia, Gastón ya se había convertido en el matón del instituto. Si alguien le plantaba cara, él pegaba más fuerte. Eso le hizo ganar muchas batallas escolares en los recreos, donde callaba a puñetazos a cualquiera que le dijera «*putain immigrant!*». Se regodeaba ante sus enemigos de las aulas hablando un francés basto y castellanizado para luego imitar de forma exquisita el acento de París. «*Provincials de merde, on va vous apprendre le français!*», retaba a sus compañeros de pupitre mientras componía con su cuerpo la figura de un boxeador.

Gastón despreciaba Orange, una localidad del sureste francés de treinta mil habitantes, un lugar bonito, con un encanto que él no sabía percibir porque su único anhelo era regresar a España. Siendo una pequeña ciudad de provincias, le fastidiaba que se creyera poco menos que ungida por los dioses al ser heredera de la dinastía nobiliaria de los Orange-Nassau. Tampoco entendía aquella exhibición de orgullo por su pasado histórico como uno de los feudos del Sacro Imperio Romano. En el teatro construido bajo el reinado del emperador César Augusto, uno de los mejor conservados del mundo, como repetían sin cesar los

profesores en las aulas, compartía noches gamberras y furtivas con amigos ocasionales, observando con atención cómo las cervezas desinhibían sus cerebros adolescentes y cómo, sentados en aquellas gradas de piedras labradas hacía dos mil años, expulsaban por su boca secretos nunca dichos a nadie, como el trapicheo con hachís o pequeños robos en las tiendas. Él tomaba buena nota de todo lo que escuchaba, sin agotar nunca la primera cerveza cuando los demás ya habían vaciado cinco botellines cada uno, para luego, cuando le conviniera, bombardearlos con el chantaje o provocándoles para descargar su ira. En una ocasión, se colocó en el centro del gran escenario y gritó hacia las gradas, donde sus amigos borrachos disfrutaban de su juerga ética clandestina: «*La France, mon cul!*». Se bajó los pantalones y les enseñó el trasero. Con sus cuerpos ágiles de adolescentes y la fuerza rabiosa que concede el ultraje, sus compañeros de farra descendieron hacia el proscenio como jóvenes leones enfurecidos y se abalanzaron sobre él. Ellos habían bebido. Gastón, no. Y los tumbó uno a uno con violencia, placer y saña.

Francia sólo era para él la pausa inevitable entre verano y verano en Ávila. En Aguas no se sentía diferente a los demás, como le sucedía en Orange, y había practicado mucho limpiando su castellano del más mínimo acento francés para que no resultara evidente que era hijo de emigrantes, aunque todos lo sabían. Pero aquel Gastón que pasaba los agostos en el pueblo era igual de conflictivo que el que vivía el resto del año en suelo francés, y los muchachos de Aguas también le detestaban. Quería ser el amo y gobernarlos a todos. Para convertirlos en vasallos, los amedrentaba matando a los perros o a los gatos de sus familias, siempre del modo más cruel. Si alguien quería mantener vivo a su animal de compañía, debía pagarle unas pesetas. Los chavales de su edad le temían como al diablo, tanto que nunca se atrevieron a rebelarse y a darle una buena paliza en algún oscuro callejón del pueblo. Gastón era tan imprevisible en sus represalias que prefirieron no arriesgar. El día en que le colgó en la espalda a uno de los niños el cartel de «Soy un maricón» mientras ejercía de monaguillo en la misa del domingo, le respetaron y le temieron aún más. Se sentía un rey, y la tragedia llegó aquella mañana de agosto, durante el desayuno, cuando descubrió que no tenía reino porque era un bastardo cualquiera.

—Silvia, o se lo dices tú a Tresser o se lo digo yo —escuchó amenazar el padre a la hija en el corral de la casa del pueblo—. Llévate a Gastón y que Tresser os pague la vida a los dos, que para algo es su padre, ya hemos aguantado demasiado. Si te hubieras quitado el niño de encima cuando te lo dijimos, nada de esto habría sucedido.

—Padre, él se ofreció a pagar un dinero, pero usted no quiso aceptarlo.

—¡Porque nunca pidió perdón por hacerte un bombo a los quince años! ¿Qué

se pensaba, que a los pobres sólo se nos contenta con dinero? Llévate a tu hijo y comenzad una nueva vida lejos de nosotros. Bastante hemos hecho con hacerlo pasar como nuestro.

—Con mi sueldo de criada no me da para los dos, ustedes lo saben. Madre, ¿usted no dice nada?

—Ya no puedo apoyarte, hija. Gastón es el demonio. ¿Has visto la quemadura que tengo en el brazo? Y mañana, ¿qué será? Llévatelo lejos de nosotros.

«Demonio», «Tresser», «dinero», «bombo». Gastón escuchó estas palabras, y la conversación que les daba sentido, y sin saber cómo se encontró acurrucado en el suelo, convencido de que se había convertido en un insecto, uno de esos escarabajos que él solía aplastar con el zapato por el mero placer de escuchar el crujido seco de la coraza al triturar sus entrañas. Sólo volvió a sentirse un humano cuando notó en su boca el sabor salado de la sangre, tras morderse los nudillos de los dedos con la furia y precisión de una cobra. Hubiera matado a su familia en aquel mismo instante, pero su impulso criminal lo guiaba irremisiblemente hacia Julián Tresser. No recordaba cómo llegó hasta allí, pero de repente se encontró ante su casa, sintiendo su cuerpo como una tea incendiada que ni toda el agua del océano hubiera podido sofocar. Su primer impulso fue derribar la puerta, pero finalmente llamó al timbre. Nadie contestó. Eran las once de la mañana y supuso que la madre se encontraría en el mercado, el hijo con su bicicleta por alguna calle del pueblo y Tresser, el que le interesaba, tomándose un café en la cantina. Decidió que iría a buscarlo y lo sacaría a rastras del bar, pero oyó un ruido en el garaje de la casa y allí lo encontró, intentando agarrar a una gallina que se había escabullido del corral.

—Me acabo de enterar de que eres mi padre —le dijo, sin más preámbulos.

Julián Tresser dejó escapar a la gallina y miró a Gastón con cara de bobo, o eso le pareció al ver en su rostro la misma mueca que la de Paco El Mosqueta, el borrachín oficial del pueblo. La misma mirada extraviada, la misma boca abierta, los mismos labios fofos.

—Tenía que ocurrir, siempre he sabido que sucedería —musitó Julián Tresser sin abandonar su aturdimiento.

—Te follaste a mi hermana cuando ella sólo tenía quince años y la convertiste en mi madre, así que ahora los que yo creía que eran mis padres son mis abuelos. ¿Te das cuenta del lío que me has montado, cabrón? —Gastón no tenía ningún interés en pedirle más explicaciones. Ya lo había sentenciado a muerte y sólo quería ganar tiempo mientras ideaba cómo matarlo.

—Quiero a Silvia más que a nada en el mundo, la quiero como jamás he querido a nadie. Todo ha sido muy difícil para nosotros, pero ya es hora de solucionarlo. Estamos a tiempo, Gastón, si me dejas explicarte. Escúchame

aunque sólo sea un minuto.

Julián Tresser dio unos pasos y se acercó hacia su hijo, pero aquel gesto fue su perdición. Gastón lo aprovechó para abalanzarse sobre él sin darle tiempo a defenderse y lo derribó al suelo con la fuerza de un gigante. Clavó las rodillas sobre el pecho de su víctima, cercó su cuello con las manos y lo estranguló con un ímpetu desbocado. Sucedió todo tan rápido que Julián Tresser enmudeció sin darle siquiera tiempo a emitir un grito de auxilio. Gastón se sorprendió de que hubiera resultado todo tan fácil y sintió un placer tan extraño que, de haber tenido tiempo, se habría quedado un buen rato contemplando al muerto, que le miraba desde sus ojos abiertos pero ya sin vida con una serenidad que no le gustó. Hubiera preferido ver en su rostro un rictus de dolor insoportable, el mismo que sintió él cuando se enteró de que aquel individuo era su padre. «Te he matado porque no eres una persona, eres una puta cosa», le dijo al cadáver. Luego se incorporó y le dio una fuerte patada en un costado, que el cuerpo ya inerte recibió con la misma indiferencia que un saco de patatas. Le pareció oír un ruido sordo en la planta alta de la casa y pensó que había llegado la hora de huir, pero, al ver aparcado el Seat 131 de Tresser en la puerta del garaje, se le ocurrió una idea que, si la ejecutaba rápidamente, convertiría aquel crimen en una venganza perfecta. Buscó enseguida una cuerda entre los aperos que ocupaban el garaje y durante la búsqueda se encontró con los juguetes que él nunca tuvo: el triciclo, la voluminosa caja del scalextric, el cinexin, el mecano y una bolsa repleta de camiones y volquetes amarillos en miniatura. Es verdad, pensó: ahora tenía un hermanastro, Julián. Lo recordaba cuando era un bebé llorón y Silvia iba a cuidarlo y a limpiar la casa. Ahora ya sabía que allí se fraguaron los amores del señorito y la criada mientras la esposa guardaba cama por alguna de sus anemias. «¡Zorra!», exclamó pensando en Silvia, al tiempo que hallaba en un rincón una vieja cuerda de esparto, lo suficientemente fuerte y larga como para colgar a Tresser. Ya se había fijado en que allí había varios ganchos anclados al techo, que solían usarse en los pueblos para curar los productos de matanza. De uno de ellos colgaría al muerto. Aún le quedaba bastante cólera en el cuerpo para arrastrar el cadáver, calzarle la soga al cuello y suspenderlo a medio metro del suelo. Tiró a sus pies una caja de frutas vacía para que pareciera un suicidio y, antes de abandonar el garaje, echó un vistazo a su alrededor, pensando cómo habría sido su vida si hubiera nacido en aquella casa y con aquellos padres más ricos que los suyos. Posiblemente, concluyó, hubiera conocido Orange en unas vacaciones y entonces quizá le habría gustado. Le inquietaba más en aquellos momentos ser un emigrante bastardo que haberse convertido en un asesino.

Acurrucado en un rincón de aquel chalé a medio construir, con la única compañía de las ratas y la oscuridad de sus recuerdos, Gastón se sentía indefenso

ante el asalto de sus pensamientos. Le recordaban lo que pudo ser y no fue y le acechaban como soldados fantasmas que avanzaban hacia él en un campo abierto sin trincheras en las que protegerse. ¿Cuánto tardarían en rescatarle de aquella sórdida batalla? Habían transcurrido ya dos horas desde que pidió auxilio a sus compañeros y seguía sin aparecer nadie por allí. Quizá tendría que ir pensando en otras posibilidades de huida. ¿Pero cuáles? Había cometido ya tantos errores que le costaba idear un plan que no resultara ser otro estúpido plan. En aquel escondite de vigas y cemento, el tiempo se estaba alargando hasta el infinito y no podía doblegar a una mente que se aburría. Tuvo que aceptar que la casa del pueblo ya no existía como posibilidad. Nunca jamás podría habitarla, lo cual le parecía ahora el gran fracaso de su vida. En compensación por la pérdida, le animó constatar que si Julián descubriera la mentira que había sido su vida, incluso el infierno le parecería un paraíso. «Siempre tuviste la verdad delante de tus narices, imbécil, pero no la viste porque nunca te hiciste las preguntas correctas», le reprochó a su hermanastro imaginándose que lo tenía delante, mientras observaba a otra rata gorda olisqueando tranquilamente entre un bloque de ladrillos. Pensó también en otras cosas, en otros errores, y se centró de nuevo en aquel maldito papel que, según Julián, había quedado olvidado en el pantalón de Tomás García Huete. No entendía qué hacía allí, pues había vaciado todos los bolsillos del muerto antes de colgarlo del árbol. Y además, se preguntaba por qué estaban apuntados allí el nombre y la dirección de Sara Azcárraga. ¿Es que ambos se conocían, más allá de que él fuera monitor cuando ella, siendo una niña, veraneaba en un campamento infantil? Nunca valoró esa posibilidad. En realidad, nunca había valorado ninguna. Al igual que hizo en las guerras, se había limitado a eliminar vidas que le estorbaban o que suponían una amenaza, sin pensar más allá. Ése había sido su gran fallo, la soberbia de la impunidad. «Ya no importa. Si todo sale bien, mañana Luba y yo estaremos en otro país. Ya se me ocurrirá alguno».

Cuando comenzaba a repasar mentalmente los lugares del planeta donde le gustaría vivir con su hija, escuchó el ruido cercano de un motor y le inquietó que no fuera un coche amigo, así que reptó por el suelo para esconderse detrás de una hormigonera. Las farolas cercanas de la calle le permitieron ver cómo aparcaba junto a la obra un viejo Volkswagen Golf de color azul oscuro, que apagó los faros al detenerse. Transcurrieron unos intensos minutos sin que nadie descendiera del vehículo, pero resultaba obvio que había alguien en su interior. Continuaba lloviendo intensamente y el ruido del agua al caer resultaba tan ensordecedor que le descentraba y tuvo que avivar los sentidos para permanecer atento a los acontecimientos. La puerta del coche se abrió al fin y desde su escondrijo, agachado como estaba, sólo pudo ver unas botas altas con finos

tacones. Luego escuchó cómo una voz femenina mencionaba su alias entre susurros.

—Búho...

¿Me han enviado una mujer para rescatarme? ¿Qué mierda es ésta? Se sentía humillado. Su rescatadora se adentró con pasos sigilosos en la obra y Gastón pudo ver con claridad que se trataba de una mujer relativamente joven, no llegaba a los cuarenta años. Sus botas negras de tacón, muy ajustadas a los pantalones, le cubrían las piernas hasta más arriba de las rodillas y vestía una larga gabardina roja de charol que refulgía con cada movimiento, al reflejarse en ella las luces de la calle. «Y se viste como una puta, para llamar aún más la atención», se lamentó mientras salía de detrás de la hormigonera y se situaba de pie frente a ella, sin moverse, esperando a que fuera la mujer quien se acercara. Pero ella no lo hizo. Permaneció inmóvil donde estaba, a pocos metros de él.

—Soy Diana. Me envía Águila a por ti. Sube al coche —le ordenó con voz suave y firme a la vez. La mujer giró sobre sus pasos y, sin una palabra más, se dirigió hacia el vehículo.

Gastón se sentía furioso, pero aun así la siguió sin hacer preguntas. No sabía ni de quién se trataba ni qué iba a ocurrir a partir de aquel momento. Optó por la cautela.

—Sube y escóndete en el suelo de los asientos de atrás —le volvió a ordenar la mujer cuando ambos llegaron al coche.

Qué estafalaria le parecía, ahora que se encontraba frente a ella. Además de la llamativa gabardina roja, resaltaba también su larga cabellera de voluminosos rizos negros que enmarcaba un rostro de nariz pequeña y respingona y unos grandes ojos verdes excesivamente maquillados. A Gastón le recordó a una muñeca de feria.

—Te he traído ropa limpia y seca, pero póntela sólo cuando yo te lo diga. Y no va a ser ahora, lo siento. ¡Joder, Búho, pero si estás empapado! —exclamó mientras lo miraba de arriba abajo, mostrando ahora una sonrisa abierta.

—¿Por qué te ríes? ¿Es que esto te resulta divertido? —le preguntó Gastón con desprecio mientras subía al vehículo.

—¿Qué quieres? ¿Que llore? Entra en el coche y cállate —le ordenó, ahora ya sin sonreír, mientras se colocaba al volante y arrancaba rápidamente el motor—. No tenemos más remedio que atravesar una parte de Torrelozón para llegar a la A6 hacia Madrid. Todas las salidas del pueblo están cercadas por los controles policiales, pero confía en mí. No te muevas del suelo ni hagas nada, pase lo que pase. ¿Te queda claro? Di sólo sí.

—Sí.

Gastón no soportaba que nadie le diera órdenes, y menos las mujeres, a las

que consideraba seres inferiores, tanto o más que los animales. Todavía no habrían recorrido ni un kilómetro cuando Diana exclamó:

—¡Atención, Búho!

—¿Qué ocurre?

—Primer control de picoletos. Hazte invisible todo lo que puedas, no respires, ¿me has entendido?

Gastón escuchaba su voz acurrucado en el minúsculo hueco entre los asientos delanteros y los traseros. ¿A qué se refería con que se hiciera invisible? ¿Qué tontería era ésa? Su corpulencia le impedía acurrucarse como un gato en un espacio tan pequeño. Mejor hubiera sido esconderse en el maletero. Si alguien se asomara al interior del vehículo, lo descubriría enseguida. El coche aminoró la marcha. El fugitivo oculto vio reflejadas en el techo del vehículo las luces intermitentes de los coches patrulla de la Guardia Civil y escuchó a Diana hacer algunos ruidos extraños. Se aventuró a estirar unos milímetros el cuello y observó a través del espejo retrovisor cómo su rescatadora se recogía el pelo con una horquilla y se colocaba sobre los ojos unas gafas graduadas. Todo ello lo hizo con un par de movimientos precisos que duraron segundos. El vehículo se detuvo y la mujer bajó la ventanilla. Gastón sintió que un desagradable aire helado penetraba en el habitáculo y escuchó el intenso zumbido de la lluvia al estrellarse con furia contra el asfalto.

—¿Qué ocurre, agente? —preguntó Diana al guardia civil. Su voz sonaba distinta, más suave y cantarina—. Tengo que recoger a mi hija en la urbanización Las Marías y ya llego tarde.

—Pues si usted va a Las Marías, va en sentido contrario a donde están, señora.

—Lo sé, precisamente por eso llego tarde, porque con la lluvia y el atasco que hay en el pueblo he intentado coger un atajo y lo he empeorado aún más. Mi hija hace media hora que me está esperando y estoy un poco agobiada...

—Está bien. Circule y dé la vuelta donde pueda.

—Gracias, agente.

Diana subió la ventanilla, arrancó el motor y condujo unos cinco minutos en silencio. De repente, dijo:

—Atención, más picoletos en la entrada a la autovía A6. Éste es el control más importante. No te muevas ni un milímetro.

Diana volvió a detener el automóvil. Gastón sentía en tensión todos los músculos de su cuerpo, especialmente los de las rodillas, tan flexionadas que incluso notaba un dolor punzante en ellas. Aun así, hizo el esfuerzo de ovillarse un poco más sobre sí mismo y notó un crujido en las vértebras lumbares.

—Buenas noches, señora. ¿Viaja usted sola? —oyó decir al nuevo agente, que se asomó ligeramente al interior del vehículo por la ventanilla de la conductora.

—Sí, viajo sola. Vuelvo a Madrid tras dejar aquí a mi hija con su padre. En dos horas tengo que coger un vuelo a Barcelona y ya me temo que lo voy a perder. Si me va a pedir los papeles del coche, sólo le pido por favor que el proceso sea rápido. Tengo que llegar a tiempo —dijo mientras se inclinaba hacia la guantera y hacía el ademán de abrirla.

—Déjelo, señora. Puede circular. Buenas noches.

—Gracias, agente. Se lo agradezco.

Diana subió la ventanilla y arrancó el coche. No transcurrieron ni cinco minutos cuando exclamó:

—¡Somos libres, Búho! Acabamos de entrar en la A6, pero tú quédate ahí abajo hasta que te lo diga. Di sólo sí.

—Sí.

Había que reconocer que aquella mujer tenía la sangre más fría que un lagarto.

—Ahora ya puedes sentarte cómodamente y cambiarte de ropa —le conminó mientras se soltaba de nuevo su larga cabellera y tiraba las gafas sobre el asiento de al lado—. Han enviado a rescatarte a la mejor, que lo sepas.

—¡Joder, cállate!

Gastón sentía su ropa empapada y ahora sí notaba los huesos congelados. Se desvistió de sus prendas mojadas, se colocó las nuevas y empleó en ello tal esfuerzo, dado el limitado espacio del que disponía, que acabó con los músculos aún más doloridos. No reconocía al mismo hombre que pocas horas antes había derribado de una patada a tres guardias civiles. «Quizá me esté haciendo viejo sin yo enterarme», pensó fugazmente. Pero añadió: «No, lo que ocurre es que hoy mi cuerpo ha tenido un día duro».

—A ver, Búho, te explico el plan a partir de ahora. Águila te ha citado en un hospital, como otras veces, ya sabes. Al llegar allí, dame las llaves de tu coche y dime dónde lo has aparcado en Torrelodones. Lo recogeremos nosotros y lo dejaremos un tiempo fuera de servicio. Imagino que no estará registrado con tu nombre real, claro. Como no sabemos el lío en el que te has metido, tendrás que hablar con Águila para que valore la situación. Según lo que decida, tú y yo nos volveremos a ver o no nos veremos nunca más.

—¿Qué quieres decir? ¿Que si no os gusta mi lío, me vais a liquidar? Gracias por avisar. Durante el trayecto me ha dado tiempo a cogerte la Beretta semiautomática que tenías bajo el asiento, así que no hagas tonterías.

—¡Ah, la has encontrado! Pues era para ti, precisamente para poderte defender si las cosas hubieran salido mal.

—Ya... Qué bonito suena eso.

—¿Pero quiénes te crees que somos? ¿Unos vulgares matones? Me refería a que si tienes que recoger tus cosas para tu salida del país, seré yo quien te lleve a

casa a recogerlas, con lo que es posible que nos volvamos a ver esta noche. A eso me refería. Eres un poco capullo, ¿lo sabes?

Ni le contestó.

Diana le parecía una muñeca de feria, sí, pero una muñeca lista, debía reconocerlo, pues lo había puesto a salvo con bastante descaro, pero no acababa de confiar en ella. Por si acaso, se mantuvo en silencio durante los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto atravesando Madrid de norte a sur. No quería proporcionarle demasiada información. Ella tampoco abrió la boca, aunque no dejó de escrutarle a través del espejo, con aquellos ojos tan maquillados que Gastón fue incapaz de saber con qué mirada le estaban observando. La mujer conducía con temeridad por la ciudad, pasando bruscamente de un carril a otro para avanzar más rápido. Gastón no pudo reprimir el reproche.

—A ver si controlas un poco. Sólo faltaría que nos diera el alto un municipal y nos pusiera una multa.

—A mí no me des lecciones, cariño —le contestó Diana con soberbia.

—Y tú no corras riesgos innecesarios.

—¡Ja, ja, ja! —se rio abiertamente—. Me vas a dar tú sermones sobre correr riesgos, *tú* precisamente. Anda, relájate un poco.

Gastón iba a contestarle con una o varias impertinencias, pero desistió. «No me voy a rebajar discutiendo con una mujer». La lluvia iba y venía con violentas rachas de agua que se estrellaban contra los cristales del vehículo, a través de los cuales Gastón sólo alcanzaba a ver un rosario interminable de luces difusas. En aquellos momentos de incertidumbre pensó en la muerte. No la temía. La vida y sus zarpazos eran peores y se sentía tan orgulloso de haber sobrevivido a tantos que se imaginaba a sí mismo como un ser imbatible, incluso cuando la suerte, su querida Dama, le despreciaba tanto que ya ni le miraba a la cara.

Sí, no temía a la muerte, era verdad, pero sólo porque conocía muy bien la fragancia de su aliento. Siempre la había tenido cerca y su perfume era fresco, a veces con un hálito helado, aunque su olor siempre le resultó agradable. Durante varios años, Gastón había entrenado a mercenarios en las selvas latinoamericanas y en los oscuros y furtivos bosques del Cáucaso o de los Balcanes. Llegaban los novatos ávidos de dinero rápido, convencidos de que, tras la instrucción, iban a salir convertidos en dioses, inmunes a las balas y campeones de la muerte. «Muchos de los que estáis aquí celebraréis vuestros treinta años de vida sepultados bajo tierra, porque yo sólo os puedo enseñar a matar, pero únicamente vosotros aprenderéis a no morir —les advertía—. Convertiré vuestro cerebro en un misil. El misil no piensa, no se emociona, no padece. Es un pedazo de metal cargado de material explosivo, y si no sois capaces de transformaros en ese metal, caeréis fulminados». Había instruido a

varios grupos de *cachorros* que, ya convertidos en mercenarios, poco o nada tenían que envidiar a los temibles y veteranos guerreros latinoamericanos o albanos-kosovares, todos ellos auténticas armas mortíferas tanto en las guerras como, tras los armisticios, en los tiempos de paz. Si sobrevivían, casi ninguno regresaba de la sordidez de las batallas con un proyecto vital decente. No es que no pudieran hacerlo: tampoco querían. Cuando retornaban a sus casas, a sus familias, se sentían tan ajenos a la realidad que vivían los demás, repleta de leyes, obligaciones, facturas, nóminas, hipotecas y tributos, que todo aquello les parecía una pérdida de tiempo, pues para entonces no albergaban ya ninguna duda de que la vida son dos minutos, acaso uno más para despedirse de todo y de todos.

—Ya hemos llegado al hospital —le informó Diana—. Águila ha elegido uno de los más grandes, así tendréis más intimidad. Entra en Urgencias, mézclate con la gente, asegúrate de que estás fuera del ángulo de las cámaras de seguridad, mantén apagado el móvil y quédate quieto en una silla. Águila te encontrará. ¡Ah! Deja la Beretta en el coche, por favor.

—Ni lo sueñes. La pistola se viene conmigo.

Gastón descendió del Golf y ni siquiera le dio las gracias a Diana. Se despidió dando un sonoro portazo.

Al entrar en el hospital, se vio reflejado en los cristales y no se reconoció bajo la nueva ropa que le había facilitado su rescatadora. Llevaba ahora un jersey de cuello alto de lana gris, pantalón y anorak de color azul oscuro y mocasines negros. Demasiado elegante para lo que él acostumbraba. Se sintió como un cura vestido de paisano, pero en su caso con una pistola en el bolsillo. Hacía tiempo que no entraba en las Urgencias de un gran hospital. Águila lo había establecido así, citarse con sus excompañeros en aquellos lugares, porque en ellos casi nunca solían deambular la policía o los guardias de seguridad, como sí ocurría en los aeropuertos, estaciones de trenes y centros comerciales. En los hospitales las cámaras de circuito cerrado ni eran tantas ni estaban en todas partes. Se sentían allí seguros, ocultos tras los dolores de los demás, mezclados entre gentes tan absortas en sus problemas de salud que nadie se fijaba en nadie con verdadera atención. A aquellas horas, ya cerca de las diez de la noche, en la sala de espera no debía de haber más de veinte personas, lo que no era mucho para un gran hospital como aquél. Escogió una fila de sillas prácticamente vacía y se sentó a esperar. Una hora después, Gastón seguía esperando. Ahora había más gente y le soliviantaba escuchar la molesta sinfonía de toses agudas y graves, secas y húmedas. Era el mes de octubre y hacía un frío propio de enero. Comenzaban las gripes, quizá antes de tiempo. Le inquietaba más que le contagiaran un catarro que atravesar un campo de minas. Aquellas citas clandestinas en los hospitales le

ponían tan enfermo que, al llegar a casa, se sentía invadido por las bacterias y permanecía bajo la ducha un tiempo eterno frotándose con jabón Lagarto. Una mujer mayor se sentó a su lado, lo observó de arriba abajo y le debió de generar confianza su aspecto de sacerdote porque no tardó en entablar una conversación con él.

—Qué mala es la vida cuando quiere, ¿verdad? Tengo setenta y tres años y nunca he tomado medicamentos ni he sufrido un simple resfriado, y ahora me veo sin vesícula. Me la quitaron hace dos semanas y ya no soy la misma —le relató la mujer con la franqueza de quien habla a un amigo.

A Gastón le agobiaba tener que conversar con aquella abuela, pero los encuentros en los hospitales exigían discreción y buenas formas, así que le contestó con una frase recurrente:

—No sabemos lo que es la salud hasta que nos falta.

—Qué razón tiene usted. En realidad, a mí la vesícula me funcionaba bien, pero mi hijo se empeñó en que me hiciera un chequeo por lo privado, que él me lo pagaba, y me dijeron que había que quitarla, sin más. Tuve mala suerte, porque me tocó un médico que nos la quitaba a todos, por sistema, para cobrar, claro, y entonces...

Gastón ya no la escuchaba. Se había fijado en una niña de unos siete años que revoloteaba aburrida en torno a su madre. Aquel delgado cuerpecillo de sirenita, temprano e inocente, despertó en él la pulsión de poseerlo. Veía a aquella niña con sus gestos gráciles, su largo cabello negro recogido en una coleta, sus estrechos vaqueros y su ajustado jersey de cuello alto, tras el que se adivinaba una anatomía lisa y pura, y no pudo evitar una incipiente erección, que ocultó con tranquilidad bajo el anorak mientras miraba de reojo a la mujer sin vesícula, que ahora estaba entretenida marcando un número en su teléfono móvil. Gastón había violado a tantas niñas durante sus guerras, siempre de modo impune y, en ocasiones, con el placer añadido de hacerlo delante de sus familias, que no acababa de acostumbrarse a la frustración de vivir en un Estado de derecho, donde las leyes le obligaban a sujetar algo más sus pulsiones. Qué poco encajaba en la civilización, se dijo mientras intentaba sin éxito detener la erección, porque la niña seguía allí, delante de sus narices, moviéndose de aquí para allá, provocándole, como antaño hizo la pequeña Sara con su bañador rojo y su larga melena de ninfa.

Recordaba con claridad aquel 23 de agosto de 1973, cuando asesinó a su auténtico padre y luego se dejó arrastrar por el deseo de poseer a Sara. Había decidido hacerlo de tal modo que fuera Julián Tresser quien pareciera el culpable. Puesto que sabía conducir desde los doce años, algo habitual en los críos de las zonas rurales, bastaba con llegar hasta Playa Mansa con el automóvil

de su víctima y aparcarlo cerca de donde atacaría a la niña. Más tarde encontrarían al falso pederasta ahorcado en el garaje de su casa y el caso quedaría resuelto, como así acabó sucediendo. Mientras esquivaba el centro del pueblo conduciendo por caminos de tierra, latía en él la pulsión de la muerte, el aliento del crimen, pues recordaba con placer el cercano instante en el que por primera vez le había arrebatado la vida a un ser humano, aunque él no considerara como tal a Julián Tresser.

Llevaba todo aquel verano observando a Sara furtivamente desde la primera vez que se fijó en ella. Gastón solía llegar hasta Playa Mansa en su bicicleta. Oculto tras los enmarañados arbustos de la ribera, miraba cómo se movía, cómo se reía, cómo nadaba y cómo gobernaba con desparpajo a los demás niños. La chiquilla tenía vocación de líder y a él le excitaba ver cómo ejercía de mandona repipi. Fue una afortunada casualidad, o quizá un regalo de La Dama de la Suerte, encontrarla sola aquel día bajo la gigantesca encina, envuelta en su toalla azul, enfadada porque —acababa de observar la escena— uno de los monitores la había castigado por hacerle una aguadilla a una compañera. Era su momento. Se acercó sigilosamente, camuflado entre las sombras oscuras del enorme árbol. La derribó al suelo de un violento empujón y le arrancó el bañador. Al tiempo que con una mano le tapaba la boca, con la otra se abría la bragueta de su pantalón vaquero. Cuando aún no había acabado de bajarse la cremallera, descubrió que ya había eyaculado. La humillación hizo hervir su cerebro. Todos los sonidos del campo enmudecieron en su interior, los de los pájaros, los de las chicharras, los de los chapoteos infantiles en las aguas de Playa Mansa. Gastón sólo escuchaba un pitido agudo dentro de su mente, que le recordó al de la válvula de la olla exprés cuando en su casa se cocinaba un potaje. Tardó unos segundos en escuchar de nuevo la vida, que irrumpió de golpe con los gritos ahogados de Sara, que se revolvía como una pequeña gata atrapada bajo el cuerpo de su agresor. La intentó violar entonces con una rama seca que resultó brutal para la niña: la sangre comenzó a deslizarse entre sus piernas. El dolor debió de ser tan terrible que la niña hincó los dientes en aquella mano grande que le tapaba la boca y Gastón no pudo evitar retirarla impulsivamente. Al liberarse de aquella mordaza cruel, la pequeña pudo al fin emitir el grito desgarrador que se le había negado. Se acabó, no podía matarla porque ya no tardarían en descubrirle. Tenía que huir, pero antes marcó con la misma rama una equis sangrante sobre la piel del abdomen de Sara. «Así te acordarás de mí cada vez que te follen, puta». La niña nunca escuchó aquellas palabras. Ya estaba inconsciente. Había que escapar de allí, y rápido. Cuando Gastón iba a lanzarse a la carrera, vio cómo un monitor se acercaba corriendo hasta el lugar. Era Tomás García Huete. Supo su nombre una hora más tarde, al regresar a

Playa Mansa para asegurarse de que su plan había funcionado. Llegó vestido con otras ropas, ocultando el rostro bajo una gorra con visera. Se mezcló entre las gentes del pueblo que habían acudido allí al enterarse del suceso y escuchó cómo aquel monitor de colonias insistía una y otra vez ante el guardia civil Fresnedal, el comandante del puesto: «Quien la atacó era un hombre joven, un chaval, yo lo vi. Se equivocan. ¿Es que no quieren darse cuenta?». Pero no le hicieron caso. «¿Quiere usted callarse de una vez?», le ordenó Fresnedal. «¿Cómo ha dicho que se llama?», le preguntó con un tono de voz intimidatorio. Gastón pudo escuchar entonces el nombre completo: Tomás García Huete. «Pues escúcheme, Tomás —prosiguió el comandante del puesto—, déjenos hacer nuestro trabajo. Como siga insistiendo, me quejaré al padre Huidobro. Y no sólo eso, joven. Se está usted ganando una noche en el calabozo por desacato, así que cálese. El caso está resuelto. El coche del agresor estaba aquí, el criminal huyó a la carrera y se ha suicidado en su propia casa», sentenció finalmente el guardia civil.

Durante más de treinta años, Tomás García Huete vivió una vida prestada por Gastón Arbilar, justo hasta el momento en que apareció Luba y aquel préstamo llegó a su fin.

CAPÍTULO XIV

Aburrido y desanimado, Gastón no había querido entretenerse hojeando alguno de los diarios gratuitos que la gente había abandonado en la sala de espera de Urgencias. Detestaba leer, ni siquiera los periódicos. No entendía el mundo que expresaban las noticias. Lo percibía como si se tratara de un planeta desconocido. Así pues, sin nada que le distrajera la mente durante aquella prolongada espera, se resignó a permanecer como un pasmarote mirando un punto indeterminado de la pared de enfrente, encadenado a sus pensamientos. Eran ya las once de la noche. Había transcurrido una hora desde que su extravagante rescatadora lo dejó en la puerta del hospital y ahora nuevos pacientes se habían incorporado a la sala, sustituyendo a los anteriores. La mujer sin vesícula acababa de ser llamada a la consulta. Aquella niña que le recordaba a Sara tampoco estaba ya allí y con su ausencia también había desaparecido la erección. Varias veces estuvo a punto de culminarla en los lavabos, pero desistió por si justo en ese momento llegaba Águila. Debía esperar sin moverse de la silla, esperar, esperar quizá como un idiota, porque empezaba a temer que lo dejara en la estacada.

Le costaba entender por qué el asesinato de Tomás García Huete, para él uno más en su larga lista de crímenes, había desencadenado tal cúmulo de despropósitos. Cuando Luba llegó a su vida, tenía claro que quería iniciar con su hija una nueva etapa en el pueblo al que pertenecían sus auténticas raíces, pero antes debía borrar de su mente a aquel «testigo bocazas», como él lo consideraba. Le molestaba su existencia y, además, lo percibía como una amenaza latente. Un día se levantó de la cama y decidió que quería tener un encuentro con aquel antiguo monitor de colonias. Tuvo que pagar para que lo localizaran, en una búsqueda que no dejaría rastros, y en pocos días ya lo sabía todo sobre él: fotos, domicilio, rutinas, lugar de trabajo, nombre de su mujer, nombre de sus hijos. Decidió que abordaría al profesor cerca del colegio donde impartía clases e invirtió dos días en trazar su plan, que comenzó por conseguir un teléfono móvil de prepago que no requirió rellenar ningún papel. Un soleado martes de octubre, hacía ahora una semana de aquello, marcó el número de la centralita del colegio treinta minutos antes de que finalizaran las clases de la

mañana.

—Buenos días. Necesito hablar con el profesor García Huete. Es muy urgente —le dijo a la voz femenina que atendió el teléfono.

—¿Quién le llama?

—Soy un amigo. No dispongo de tiempo para explicarle. Insisto en que es urgente.

—No puedo pasarle con él ahora mismo. Será mejor que llame en unos minutos, porque aún no han terminado las clases.

—No puedo esperar. Ya le he dicho que es muy importante. Estoy intentando llamarle al móvil y está desconectado. Le repito que es urgente —insistió, simulando un tono de agobio y preocupación.

Tras unos instantes de mutismo al otro lado del teléfono, le dijo al fin:

—Espere un momento, por favor.

Mientras aguardaba, repasó mentalmente todo lo que debía hacer para que el profesor siguiera su plan. La conversación tenía que ser rápida, rotunda y, lo más importante, creíble.

—¿Sí?

—¿Es usted Tomás García Huete?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted? Me han dicho que esta llamada es urgente.

—Sí, lo es, y le pido disculpas por haberle sacado de clase, pero es que dentro de tres horas tengo que estar en Valladolid, donde vivo, y no tengo demasiado tiempo. Me ha costado mucho localizarle y no quiero regresar sin hablar con usted. Perdona, no me he presentado. Me llamo Ángel Azcárraga, soy el tío de Sara. Cuando era una niña, fue violada en Playa Mansa, en Ávila. Siento ser tan explícito, pero no hay mucho tiempo, como le he dicho. No sé si se acuerda de Sara...

Al otro lado se hizo el silencio. Tenía ideado su plan perfecto, pero la reacción de su interlocutor era una incógnita. Habían transcurrido muchos años desde aquel suceso y probablemente aquel hombre no recordara lo sucedido en Playa Mansa. Pero tenía que constatar que así era.

—Sí, me acuerdo de Sara. ¿Qué quiere? —preguntó Tomás, para sorpresa de Gastón.

—Verá, no sé si sabrá que este pasado verano se han producido dos violaciones en Playa Mansa, también a niñas de la edad de Sara, y se les ha marcado en el vientre una equis, como se hizo con mi sobrina.

—No sabía nada...

—Pues la noticia ha salido en las televisiones y en la prensa, me extraña que no se haya enterado. De todos modos, quiero que sepa que yo nunca creí la versión de la Guardia Civil. La madre de Sara, mi hermana, ya fallecida, no

quiso interponer una denuncia en aquel momento y el caso ya ha prescrito, transcurrido ya tanto tiempo, pero estas dos nuevas violaciones, tan parecidas a la que desgraciadamente sufrió mi sobrina, me hacen albergar la esperanza de capturar al criminal que lo hizo y que aún sigue libre. Y no lo puedo tolerar. He viajado hoy a Hoyo de las Aguas y he hablado con el comandante del puesto por aquel entonces, Fresnedal, ya jubilado, y el caso es que... Perdóneme, pero me cuesta mantener esta conversación por teléfono. ¿Me haría usted el favor de concederme unos minutos para hablar personalmente? No sabe usted lo importante que es para mí.

—¿Cómo está Sara?

—Nunca superó aquello, se lo puede imaginar. Es muy triste y pido justicia, por eso solicito su ayuda.

—Cuánto lo siento. ¿Dónde está usted ahora?

—Estoy a dos calles de su colegio, en la calle Tréveris, pero si quiere me acerco con el coche hasta allí y quedamos en algún café que usted conozca.

—No suelo frecuentar los bares y aquí le va a resultar difícil aparcar, porque en pocos minutos se producirá la salida de clase y la zona se llenará de coches. La calle Tréveris está al lado. Ya me acerco yo.

—Se lo agradezco muchísimo. Sólo le robaré unos minutos.

—¿Cómo le reconoceré?

—Estoy en el número quince, apoyado en mi coche, un todoterreno Suzuki de color granate. Enfrente hay un bar que se llama El Cafetín.

—De acuerdo. En cinco minutos estoy allí.

Gracias a las fotos que le habían proporcionado, Gastón reconoció fácilmente al profesor cuando lo vio doblar por una esquina y avanzar hacia él por la calle. Tomás García Huete se había convertido en un hombre elegante, muy alejado de aquel joven con camiseta, pantalón corto y cabello moreno y rizado que discutía en Playa Mansa con el guardia civil Fresnedal sobre el autor de la violación de Sara. Ahora llevaba el pelo bien cortado, pero ya poblado de canas. Su aspecto era el de un señor serio y pulcro. Gastón temió que, además, fuera inteligente, aunque pensó que no debía de serlo mucho cuando acababa de aceptar encontrarse con un absoluto desconocido que regresaba desde un pasado trágico.

—¿Es usted Ángel Azcárraga? —preguntó a Gastón cuando lo vio apoyado, efectivamente, sobre el capó del Suzuki.

—Sí, soy yo. Gracias por venir, señor García Huete.

Y le estrechó la mano. Pero cuando Tomás iba a retirar la suya, Gastón la retuvo y la apretó con fuerza. Le miró directamente a los ojos y le ordenó:

—Suba al coche ahora mismo. Si no lo hace, en quince minutos asesinaremos a sus hijos cuando salgan del colegio. Ahora mismo hay alguien, en algún lugar

cercano, apuntándoles con un rifle de largo alcance. Si me hace caso y sube al coche, haré una llamada y detendré la ejecución. No le voy a permitir ni una pregunta. Haga lo que le digo y Tomás y Óscar salvarán la vida.

El profesor, todavía anclado a la mano de Gastón, permaneció inmóvil, paralizado, en estado de *shock*.

—¿No me ha oído? ¡Vamos, entre en el coche! —le apremió, al tiempo que le abría la puerta delantera del vehículo—. No intente de ningún modo llamar la atención. Sería la sentencia de muerte de sus hijos.

Tomás no se lo pensó dos veces: entró en el coche y, con movimientos torpes, como si de repente se hubiera convertido en un anciano, se acomodó en el asiento del copiloto. Gastón cerró la puerta con brusquedad y rápidamente bordeó el vehículo, se sentó al volante y arrancó el motor.

—Apague el móvil.

—Ya está desconectado. Lo apago durante las clases.

—Muéstremelo, por favor.

Tomás lo extrajo de su bolsillo con manos nerviosas y se lo tendió.

—Vale, veo que está apagado. Para que lo esté aún más, envuélvalo en este papel de aluminio y guárdese —le ordenó mientras extraía de su bolsillo una lámina plateada—. Sólo quiero hablar con usted unos minutos y luego quedará libre —afirmó mientras enfilaba la calle Tréveris con una conducción tranquila—. ¿De verdad se acuerda perfectamente de lo que le sucedió a Sara?

—Mis hijos, por favor... —imploró Tomás, mientras con manos trémulas envolvía su móvil en papel de plata.

—No se preocupe por ellos. No les ocurrirá nada si usted se porta bien. Todavía no ha respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —le interrogó Tomás con desconcierto.

—¿Se acuerda o no de lo que le sucedió a Sara?

—No...

—Cuando hemos hablado por teléfono, me ha dicho lo contrario.

—¿Pero quién es usted?

—Las preguntas las hago yo.

—Claro, perdone —contestó con voz entrecortada—. Recuerdo que la atacaron en Playa Mansa cuando yo estaba de monitor en las colonias, pero quien lo hizo se suicidó luego en su casa —mintió el profesor. Aturdido y desesperado, prefirió ceñirse a la versión oficial que dio la Guardia Civil en su momento porque, aunque no le hallara sentido, sólo podía entenderse la terrible situación en la que se encontraba si aquel hombre fuera el mismo que atacó a Sara en Playa Mansa, aquel muchacho que huyó a la carrera cuando él lo descubrió.

—Miente.

—¿Usted cree que me atrevería a mentirle en estas circunstancias? Le estoy diciendo la verdad. Han pasado muchos años desde entonces.

El Suzuki se había adentrado ahora en una larga avenida solitaria de Uvés, bordeada a ambos lados por una sucesión de chalés tan nuevos e impolutos que parecían de juguete. Aquel mediodía de octubre el sol saludaba al frío, tanto frío que el rocío de la alborada todavía seguía pegado al asfalto, que refulgía como si fuera de metal, lo cual irritó los ojos de Gastón y comenzó a lagrimear.

—Así que eso es todo lo que recuerda, ¿no?

—Por favor, haga esa llamada —suplicó.

—Repito: así que eso es todo lo que recuerda, ¿no? El hombre que la violó no existe ya. Se suicidó, me ha dicho usted.

—Sí, así es. No recuerdo nada más. Por favor...

—Han pasado más de tres décadas, lo sé. Es lógico que no recuerde todos los detalles, pero me decepcionaría usted si no hiciera el esfuerzo.

—Le aseguro que lo estoy haciendo. Le he dicho todo lo que recuerdo.

—No recuerda nada más, pues.

—No, es algo que ya tenía olvidado, como le he dicho.

—Es lo que me imaginaba. A partir de ahora todo irá bien.

Con el terror conquistando ya todo su cuerpo, Tomás García Huete miró de soslayo a su secuestrador, intentando descubrir en sus rasgos al mismo adolescente que casi mató a Sara, aunque apenas lo vio unos segundos antes de darse a la fuga. Pero le resultó imposible: en su lugar, sólo halló a un hombre casi calvo y cincuentón.

—¿Por qué me mira? —le preguntó Gastón.

—Es que me ha parecido ver... ¿Está usted llorando? —Fue lo primero que se le ocurrió contestar al ver sus ojos acuosos. Se arrepintió de haberlo hecho casi antes de comenzar la frase.

—¿Que si estoy llorando? ¿Qué pregunta es ésa? No recuerdo haber llorado en toda mi vida. Es el maldito sol, que me está machacando los ojos porque detesto llevar gafas de ciego. Y usted, ¿va a llorar? Le acabo de secuestrar y le veo muy entero. ¿Por qué no llora usted? —le preguntó alzando la voz.

—¡Me gustaría llorar y suplicarle, pero me siento paralizado, no me salen las lágrimas! —exclamó con angustia el profesor—. Haga esa llamada, por favor se lo pido, por favor —le rogó de nuevo mientras miraba su reloj—. Ya han pasado doce minutos. Faltan sólo tres. ¿Por qué hace esto?

—¿Cuántas veces tengo que decirle que las preguntas las hago yo?

—Es verdad, lo siento.

—Cállese.

Una vez atravesada la larga avenida, Gastón dirigió el coche hacia el cerro de Las Brumas, una colina tapizada de densos pinos cuya parte más alta se hallaba casi siempre envuelta en niebla. Era una gran loma frondosa, verde y bonita, en la mejor zona de Uvés, donde se habían construido los chalés más caros. En pocos minutos el automóvil abandonó el asfalto para ascender por un estrecho camino de tierra que conducía directamente al corazón del bosque, envuelto en una lengua de bruma tan húmeda que, cuando el vehículo se adentró en ella, el cristal del parabrisas fue colonizado rápidamente por minúsculas gotas de agua. Si instantes antes el cielo lucía un intenso color cerúleo y el sol otoñal resultaba casi cegador, ahora la atmósfera aparecía plúmbea, como enfundada en humo, de tal modo que las copas de los pinos parecían flotar sobre el abismo.

—Voy a hacer esa llamada —dijo Gastón mientras detenía el vehículo en un recodo—. Espere aquí.

Descendió del coche, se alejó un par de pasos y simuló hablar por el móvil. Pero Tomás pensó que era verdad, que estaba llamando para detener el tiro fatal desde un rifle de largo alcance. Necesitaba creer que la pesadilla estaba a punto de concluir. Sin embargo, aquel individuo había demostrado la frialdad perversa de un psicópata. No podía fiarse de él. La sola idea de que sus hijos estuvieran en peligro le provocaba un terror tan inabarcable como el propio universo. Podría morir por ellos, intercambiar su vida por la de sus niños sin pensárselo ni un segundo, sin importarle la muerte, tan sólo que Óscar y Tomás estuvieran a salvo. Eso era lo único importante, y aquella certeza relajó sus músculos y le apaciguó la mente.

Gastón regresó al Suzuki y se sentó al volante.

—Ya está. Sus hijos siguen vivos y seguirán estándolo si usted no cuenta nada de lo que ha sucedido. Si se va de la lengua, volveré y los mataré. Y a usted también. Soy terrible, no me ponga a prueba. Ya puede irse.

El profesor le miró con desconfianza. No se atrevía a hacer ningún movimiento.

—¡Vamos, váyase! ¿No me ha oído? ¡Largo de aquí!

«Tengo que comprobar que están vivos, que mis hijos se hallan a salvo». Con ese objetivo urgente, vital, Tomás abandonó rápidamente el coche y se lanzó a la carrera entre la niebla, sin mirar atrás. Aún con el miedo apresando su cerebro, pues no acababa de creerse del todo que se hallara libre, zigzagueó entre los pinos buscando desesperadamente un rumbo seguro para salir de aquella ratonera, pero no oyó tras él los pasos de Gastón, que le alcanzó en pocos minutos y lo desnucó con tan sólo un preciso golpe de mano en la base del cráneo, un golpe Dim Mak, una de las técnicas marciales que Gastón había aprendido muchos años atrás para noquear al rival, o incluso matarlo, en los

combates cuerpo a cuerpo. Todo dependía de la presión del golpe. Esta vez eligió matar. «¿Así que no te acordabas de que fuiste un maldito bocazas? Pues ahora te lo he recordado yo», musitó cuando derribó mortalmente al profesor.

Tomás García Huete murió al instante, sin enterarse de que iba a morir, sin testigos que vieran cómo moría. Su asesino ya había merodeado por la zona durante los dos días anteriores, comprobando que a esa hora el lugar permanecía solitario, pues los corredores y paseadores de perros solían llegar hasta allí en las horas tempranas de la mañana o al atardecer. Hubiera sido mucha casualidad que algún paseante se colara en aquel paraje justo en el instante del crimen. En aquellos momentos Gastón aún creía que su querida Dama, la suerte, continuaba siendo su aliada. Palpó la vena yugular del cuello de Tomás y comprobó que por allí ya no fluía la vida. Entonces se dirigió a su coche y regresó con guantes de látex y una larga cuerda de nylon. El ahorcamiento del profesor cerraría el círculo de muerte que había iniciado muchos años atrás, cuando colgó también a su padre. Al igual que en aquella ocasión, le enojó el gesto dulce y relajado que exhibía el rostro del profesor. Entre el crimen de uno y de otro habían pasado por sus ojos decenas de muertos en las guerras en las que participó, y la mayoría de aquellos cadáveres se despedían del mundo con muecas de horror y dolor en sus rostros. ¿Es que se moría distinto en las guerras y en la paz?, se preguntó mientras vaciaba con celeridad los bolsillos de Tomás. Se quedó con todo lo que encontró, que era más bien poco: la cartera, un juego de llaves y el teléfono móvil. Los tiraría al fuego de la chimenea cuando llegara a casa. El látex de los guantes le impidió notar al tacto el pequeño papel doblado con el nombre y dirección de Sara Azcárraga, que se quedó donde estaba, en el fondo de un bolsillo del pantalón. Los errores de los que se creen fuertes son con los que más se divierte el diablo.

Gastón miró a su alrededor, para asegurarse una vez más de que no hubiera nadie por allí cerca, y cuando volvió la vista hacia el cadáver sintió repentinamente cómo le recorría el cuerpo una oleada de fuego. Reconocía esas brasas incandescentes que ardían en su interior, las mismas que siempre le habían impulsado, como dragones enfurecidos en las grutas de sus entrañas, a mutilar los cadáveres de los vencidos en sus batallas como mercenario. A veces les cortaba la lengua, otras, las orejas o los testículos, pero siempre se llevaba algún trofeo, que luego abandonaba en cualquier lugar para que se lo comieran las alimañas. Y así fue como, de repente, se encontró con uno nuevo entre sus manos ensangrentadas: los ojos del profesor de literatura. No recordaba haber vaciado aquellas cuencas, pero estaba claro que lo había hecho y, lejos de sorprenderle, se creyó un dios salvaje. Iba a irse de allí sin más, para que pareciera un suicidio, como hizo también con su padre, pero le divirtió haber

mutilado el cadáver y, a la vez, sintió una repentina nostalgia de la guerra, a la que ya nunca volvería. Una sensación de pérdida, de ausencia, anidó en la boca de su estómago e irradió hacia su cerebro en forma de tristeza. Guardó los globos oculares en el bolsillo de su abrigo, se enfundó unos nuevos guantes de látex sobre los anteriores y procedió a colgar de un pino a su víctima. Después de comprobar que no había dejado ninguna huella ni rastro en el lugar del crimen, se subió a su coche y abandonó el cerro de Las Brumas. Durante el trayecto de regreso, dejando atrás los abismos de niebla y de nuevo bajo el cielo otoñal frío y azul, Gastón se detuvo junto a un contenedor de basura para arrojar aquellos ojos arrancados, que aguardaban su destino final arrebujados entre una masa viscosa y sanguinolenta, pero en el último instante decidió llevárselos consigo, sin saber bien por qué ni para qué. Cuando llegó a su casa de Ávila los lavó con guantes de goma bajo el grifo de la cocina, con cuidado, para evitar que se le escaparan por el sumidero. Seguía sin saber qué hacer con ellos.

—¿Qué es eso? —le preguntó Luba al observar cómo la sangre salpicaba las paredes del fregadero.

—Son ojos de cordero. ¿Nunca los has probado? En la guerra me comí unos cuantos. Salteados con aceite de oliva, ajo y perejil están ricos. ¿Quieres cocinarlos?

—¿Cuántos hay?

—Es verdad, sólo hay dos. No merece la pena.

—No creo que me gusten, pero si quieres los cocino para ti —se ofreció la muchacha mientras los observaba bailando bajo el agua entre las manos de Gastón.

—No, prefiero esas lentejas con mermelada que haces tan bien. De momento los voy a guardar en la nevera y luego ya pensaré qué hago con ellos.

Aquella noche, mientras ambos veían un concurso de televisión, Gastón acarició de nuevo su sueño, su futuro en Aguas, en la casa de los Tresser, la que le pertenecía por derecho, una de las mejores de la localidad, con su hija escolarizada y él convertido en un hombre respetable, con un pasado inventado también respetable. Había acumulado mucho dinero y estaba dispuesto a convertirse en el benefactor del pueblo. Lo primero que haría: transformar el viejo campo de fútbol en uno de los mejores de la comarca, con césped de verdad y vestuarios de primera división. En aquellos momentos ya había obtenido información sobre Amelia Castañar, la viuda de Tresser, y estaba decidido a contactar con ella cuanto antes para hacerle una oferta sobre la casa del pueblo. Comenzaba a pensar que podría adaptarse a una vida limpia, sin crímenes, aburrida pero plácida. Estaba logrando al fin que todos estuvieran muertos, sus enemigos en las guerras y sus enemigos en la paz. Tomás García

Huete ya no existía. Sólo quedaba Sara.

A la mañana siguiente al crimen, de nuevo el *Concierto para enamorados*, la vibrante canción de Karina, inundó de música la casa. Gastón y Luba, como ya era su costumbre, la canturrearon al unísono durante el desayuno:

*Hoy yo me debo a ti,
ya siempre estaré a tu lado.
El tiempo pasará y aquí puede que volvamos
si todo es realidad.
Si es verdad tu amor, nada cambiará.*

A fuerza de escuchar la melodía cada mañana, padre e hija habían ido afinando sus voces y, mientras cada uno untaba su tostada, ambos le hacían un digno coro a la azucarada voz de la cantante.

—Estoy contento, Luba —comentó Gastón tras apurar el café—. Ayer solucioné un problema que arrastraba desde hacía mucho tiempo y, si todo sale bien, en pocos días nos iremos de aquí y viviremos en un pueblo que te gustará. Irás a la escuela y aprenderás a leer y a escribir. Todo va a cambiar y creo que ya estamos preparados para ese cambio.

—¿Qué pueblo es? —preguntó la niña sin entusiasmo.

—El pueblo donde nací. Está cerca de aquí, en la sierra de Gredos.

—Ah, vale —contestó con indiferencia.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta la idea?

—¿Por qué no nos vamos a una ciudad? A una ciudad grande, como Noruega.

—Noruega no es una ciudad, es un país. ¿Ves?, necesitas aprender a leer y escribir. Eres una analfabeta, no sé si te das cuenta. Y además, ¿por qué Noruega? ¿Qué se te ha perdido a ti allí?

—La vi en la tele y parece una ciudad de hadas, muy bonita, con mucha nieve y enormes nubes verdes que se mueven en el cielo como fantasmas gigantes. Se llaman auroras boreales, no soy tan analfabeta como dices. Voy aprendiendo cosas viendo la tele. Por ejemplo, he aprendido que hay un pájaro, el charrán ártico, que cada año vuela ochenta mil kilómetros en un viaje de ida y vuelta entre el polo norte y el polo sur, y que una de las flores más grandes del mundo, enorme, se llama rafflesia y huele a cadáver, y que...

—¡Basta ya! ¡No me cuentes más tonterías de la tele! —le gritó Gastón—. Te ofrezco una nueva vida en el pueblo de mi infancia y tú me hablas de pájaros y flores. ¿No te das cuenta de lo mucho que estoy luchando por ti?

—Lo siento, no quería enfadarte, sólo contarte cosas —contestó su hija con voz sumisa—. Me gustará ese pueblo, seguro, y te agradezco que me lles

contigo. No sé qué haría sin ti.

—Nada, no podrías hacer nada. Sin mí no eres nadie.

No dijo una palabra más. Con el semblante áspero, Gastón se levantó de la silla, abrió el frigorífico, cogió el pequeño táper donde había guardado los ojos de Tomás García Huete y abandonó la casa dando un portazo.

Ahora recordaba Gastón desde el hospital, donde Águila seguía sin aparecer, ese momento tan decepcionante que vivió con su hija. «¿Esto son los hijos, unos malditos parásitos caprichosos?», se quejó aquel día al volante mientras se alejaba de la casa, de los campos de la finca de Ávila, salpicando furiosamente los arbustos con el barro aplastado por las ruedas. Había ahorcado a un hombre para que Luba pudiera bañarse en Playa Mansa como la digna hija de don Gastón, y ella había despreciado el pueblo y quería irse a vivir a Noruega. Se temía a sí mismo, así que optó por alejar la ira de su mente. Encendió la radio del coche, subió el volumen hasta que vibró todo el habitáculo y condujo sin saber bien hacia dónde. Por el momento, enfiló hacia Madrid, desdeñando la autopista y atravesando el paso de montaña de La Cruz Verde, en la sierra de Guadarrama, una interminable sucesión de curvas muy cerradas, gloriosas para los moteros, que le permitirían una marcha lo suficientemente lenta como para ensimismarse en sus pensamientos. Sintonizó varias emisoras y se quedó con una que radiaba una canción que siempre le había gustado: *Por el amor de una mujer*, cantada por Danny Daniel, un éxito de los años setenta que sonó en sus veranos del pueblo. Coincidió el momento de la melodía con una de sus estrofas preferidas:

*Por el amor de una mujer
llegué a llorar y a enloquecer
mientras ella se reía...*

«Una mujer riéndose mientras su amante intenta suicidarse. Son unas malditas brujas», masculló mientras acometía la primera de las curvas del puerto de montaña. Fue entonces, al escuchar la canción, cuando volvió a pensar en Sara. Se encaprichó de la chiquilla mientras la observaba jugando en el agua con su balón de Nivea, pero luego ella lo oscureció todo. La culpaba de aquella primera humillación adolescente, la eyaculación a traición, sin darle tiempo a bajarse la bragueta, porque ella se resistió, no quería, y arruinó aquel momento que debería haber sido dichoso para él. A pesar de haberla desangrado por dentro y por fuera e imaginarla ya muerta, ya sabía entonces que seguía viva. Cuando se enteró en su momento, planeó acercarse a su domicilio, en una urbanización de Torrelodones. Fue un día de junio, dos meses después de que Luba apareciera en

su vida, cuando aparcó casi en la puerta de su casa, en una calle de trazado serpenteante, pequeña, silenciosa, solitaria, bordeada por chalés adosados en los que parecía no habitar nadie, pero en los que existía vida tras las ventanas, semiocultas entre pinos, arces o hiedras y desde las que se podía mirar sin ser visto. Debía tener cuidado, lo sabía, por eso no llegó hasta allí en su coche, sino en una pequeña furgoneta con un letrero exterior bien visible: «Construcciones y Reformas, S. L.». No le costó que se la prestaran unos días en los submundos con los que se relacionaba.

La primera vez que se acercó hasta allí aguardó varias horas hasta que la vio llegando a su casa, ya al atardecer. Nada de ella le recordaba a la niña que le había obsesionado hacía tres décadas: ahora iba mal vestida, con unos vaqueros viejos y un jersey tres tallas más grande que se desparramaba sobre un cuerpo que, eso sí, seguía tan menudo como antaño. Tampoco quedaba nada de su bonita melena, ahora convertida en un cabello corto y descuidado, con un color indefinido entre el moreno y el castaño, cuando antaño fue de un negro brillante. Su rostro se mostraba triste y ojeroso. Tenía el aspecto de una pordiosera. La observó llegando en un viejo Ford Orion de color rojo, liándose con el bolso y las llaves al salir del coche, que terminaron en el suelo y que recogió con movimientos torpes. Subió los peldaños hacia la puerta de su casa tambaleándose y Gastón pensó que estaba borracha. Durante los siguientes días que la estuvo vigilando no vio a nadie más en la casa, por lo que dedujo que vivía sola. Sara nunca bajaba las persianas de las ventanas, así que, desde la furgoneta, como si fuera un espectador de una obra de teatro, se dedicó a observar sus movimientos en el interior cuando caía la noche. A veces corría las cortinas, pero otras no, y en aquellas ocasiones la vio hacer cosas extrañas, como pasearse por su dormitorio de lado a lado hablando sola, beberse varias copas, una tras otra, mientras canturreaba sentada en el sofá, o permanecer en medio del cuarto de estar, de pie, inmóvil, con un libro entre las manos y leyéndolo en voz alta, a gritos. «Está zumbada», fue su deducción.

Gastón seguía pensando en la extraña Sara cuando, llegando al punto más alto de La Cruz Verde, se le ocurrió detener el coche para tomarse un café. Estaba a casi mil trescientos metros de altitud, en uno de los dos o tres bares que coronan el puerto. Eran las doce de la mañana de un día brillante y soleado como el anterior, cuando lagrimeaba en el coche y conducía a Tomás García Huete hacia el final de su existencia, pero ahora, en lo alto de aquella montaña, soplaba además un viento traidor, helado, tan helado que, en el corto trayecto del coche hacia la cafetería, Gastón pensó que se le iban a congelar las orejas. Era un día laborable y no había ningún cliente más en el establecimiento, porque aquel lugar con vistas casi aéreas sobre cerros y pastos, a pocos kilómetros de San

Lorenzo de El Escorial, sólo se llenaba de visitantes los fines de semana, así que no pudo evitar escuchar la televisión, que sonaba a un volumen atronador a pesar de que el local estaba vacío. De ese modo se enteró de que aquella misma mañana habían hallado a un hombre ahorcado en el cerro de Las Brumas. Mientras disfrutaba de un café caliente y de un pincho de tortilla de patatas, una de las cosas que más le gustaban de España, junto con los churros y el acueducto de Segovia, Gastón disfrutó viendo las imágenes de los coches policiales y las idas y venidas de los agentes y de los forenses. No podía imaginar que, entre ellos, se hallaba también el teniente Julián Tresser, el hermanastro en el que nunca pensaba. Y así, ignorando la coincidencia, cometió un error más en su cadena de errores, fruto de una mente muy preparada para la acción pero poco o nada para el cálculo y la estrategia. Continuó viendo por la televisión la información sobre el asesinato, lo cual elevó su autoestima a los valores más altos. «Todo esto lo he provocado yo», le hubiera gustado decirle al camarero, que también permanecía atento a la noticia desde una esquina de la barra, aunque a los pocos minutos desvió su mirada de la pantalla y cambió algunos vasos limpios de lugar con gesto cansino, con esa indiferencia existencial tan propia de los camareros cuando tienen el bar vacío.

En sus guerras mercenarias por medio mundo, más de una vez había desfilado Gastón ante sus compañeros con la cabeza de algún francotirador ensartada en un palo, bajo la euforia del alcohol y henchido ante el ardor de los aplausos de los suyos. Viendo por la televisión aquel despliegue policial, le dolía no poder proclamarse el asesino de Tomás García Huete y presumir de ello. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea. Aquellas órbitas oculares arrancadas a la víctima aguardaban en el coche dentro de un táper, y decidió en aquel momento, en lo alto de La Cruz Verde, regalárselas a Sara. Quizá fuera la última vuelta de tuerca para volverla definitivamente loca. Le excitaba aquella maldad. Lo primero que haría sería conducir hasta un polígono industrial del extrarradio de Madrid para hacerse de nuevo con la furgoneta de Construcciones y Reformas S. L., con la que ya había visitado varias veces la urbanización donde residía Sara. A cambio de dinero, en aquel taller clandestino se podía conseguir cualquier vehículo con la matrícula *doblada* o falseada. Dos horas después, tras atravesar la ciudad en línea recta, desde el noroeste al nordeste, llegó a su punto de destino, al callejón del polígono donde se encontraba el taller, en realidad un viejo almacén que parecía abandonado porque siempre se hallaba cerrado y al que sólo se podía acceder pulsando un timbre oculto en una grieta de la pared. Pero resultó que Damián, el dueño, se había ido a comer. Y Gastón únicamente trataba con él.

—Pero si todavía no son las dos —se quejó ante el joven que le atendió.

—¿Y qué quieres decir con eso? —le contestó con desdén.

—Pues que en este país no se come antes de las dos. —Aquel muchacho le parecía un malcarado y pensó si también sería un drogadicto, pues su voz sonaba gangosa y arrastraba las palabras al hablar.

—¿Vas a imponernos tú la hora de comer, abuelo? —le desafió el muchacho, con chulería.

—¿Pero quién coño eres tú para hablarme así? —exclamó, harto de aquel impertinente—. No te he visto nunca por aquí y estoy a punto de provocar que nadie te vea nunca más.

Lo inmovilizó agarrándole por el cuello de la camisa, presionó con su dedo pulgar la nuez de su garganta, lo aprisionó contra una de las viejas paredes de ladrillo del taller y le preguntó:

—¿Cuándo volverá?

—A las tres —murmuró sin apenas aire en los pulmones.

—Regresaré a esa hora.

Gastón dejó a aquel joven tirado en el suelo, aturdido, intentando recuperar el aire que se le había arrebatado durante largos segundos. «Pues yo también me voy a comer», se dijo, mientras sorteaba con indiferencia a la víctima, que le obstaculizaba la salida. Aquel polígono era un laberinto de calles anchas y sucias, todas prácticamente iguales, con restos de cajas de cartón tiradas por el suelo, con decenas de viejos coches y furgonetas aparcados de cualquier manera. Pensó fugazmente en los barrios demolidos por las bombas y los edificios agujereados de metralla por donde había transitado buena parte de su vida y, una vez más, sintió la añoranza. Le inquietaba no ser capaz de iniciar una vida normal con su hija. ¿Qué es lo *normal*, qué vidas tendría que imitar para conseguirlo?, se preguntaba mientras caminaba en busca de algún restaurante. Observó que había dos al final de la calle, pero antes de llegar le llamó la atención una gran tienda de muebles que animaba a entrar a los clientes con un gran letrero sobre la puerta: «¡Somos fabricantes! ¡Los mejores precios!». A él nunca se le hubiera ocurrido vender muebles en medio de aquel polígono industrial desastroso, por eso sintió curiosidad y entró. Atravesó el gran arco de cartón piedra que conducía al interior, que pretendía imitar la entrada a un castillo, y se quedó asombrado al aparecer ante él una gran nave repleta de todo tipo de mobiliario, un espacio tan enorme que no se adivinaba cuál era su final. Los muebles del fondo aparecían difusos a la vista, como envueltos en una insólita niebla. El establecimiento estaba vacío, ni clientes ni dependientes. Se divirtió pensando si aquello no sería un sueño y en realidad todavía no se había levantado de la cama aquel día.

—¿Yo ayudo a ti? —Una mujer china, regordeta y sonriente le asaltó por la espalda.

—No lo sé, de momento voy a mirar —le contestó, incómodo por tener que tratar con una persona asiática, una cultura que consideraba extraña e indescifrable. Le ponía nervioso tratar con chinos, así que decidió darse la vuelta y abandonar la tienda.

—Tú todo encontralás aquí —insistió la dependienta cuando observó su movimiento de huida—. Llevamos a tu casa glatis.

—Busco muebles para una casa de pueblo —dijo él, aunque seguía pensando que lo mejor era marcharse de allí.

—¿Pueblo? Sí, muebles de pueblo tenemos. Lústicos, plovensa, campelos, sí, tenemos ésos.

—¿Plovensa? ¿Qué es eso? —Sabía que los chinos no sabían pronunciar la erre y había entendido lo de rústico y campero, pero no lo de «plovensa».

—Plovensa, sí, Flancia, lavanda. Yo muestlo, ven —le animó con la mano, señalando el fondo de la tienda.

—¡Ah! Provenza.

—Sí, eso. Es lo que yo he dicho a usted.

—No, no quiero nada francés, sólo muebles de pueblo español. —Hasta aquel momento desconocía que La Provenza tuviera un estilo de decoración específico; aunque le apetecía comprobar cómo era, continuaba con la idea de largarse de allí.

—Español, sí, tú ven.

La mujer comenzó a andar y esta vez Gastón decidió seguirla, movido por la curiosidad de lo que un chino consideraba muebles de estilo español. Ambos se adentraron en la inmensa nave, atravesando estrechos pasillos acotados por todo tipo de muebles. Olía a un polvo viejo, como si morara allí desde hacía años, a salvo de que el aire del exterior o cualquier gamuza pudiera arrebatarle su reino. De repente, la mujer se detuvo.

—Aquí pueblo español.

Le señaló un gran espacio repleto de mesas y sillas de comedor, aparadores, cómodas, librerías y dormitorios de madera del mismo color, un marrón tan claro y luminoso que a Gastón le recordó al naranja.

—Pino miel, pueblo español pala tu casa de pueblo. Llevamos glatis.

«¿Por qué narices sigo aquí?», se preguntó mientras la dependienta farfullaba palabras que ya había dejado de escuchar. Aquellos muebles naranjas no le gustaban absolutamente nada. Consideró que sólo valían para decorar un hostel de segunda, pero no la casa del pueblo sobre la que pronto haría una oferta a la madre de Julián.

—Volveré otro día, ahora no tengo más tiempo.

—Hoy en ofelta, mañana no —le intentó persuadir la mujer.

—Pues volveré pasado.

«El mundo acabará siendo chino y entonces ya será tarde», se quejó mientras caminaba hacia los dos restaurantes del fondo de la calle. Eligió el que ofrecía en su menú cocido completo. Lo disfrutó tanto que por una vez lamentó no ser un perro para no haber dejado ni los huesos. No le importó llevarse a la boca con las manos uno de caña y sorber la médula con ruidoso placer. Luego se tomó un flan de postre y dos chupitos de vodka helado, por los buenos tiempos. Cuando estaba a punto de apurar el segundo, apareció Damián.

—¿No has visto que estaba comiendo a tres mesas de ti?

—¿En serio? Pues no me he enterado —contestó Gastón, sorprendido por su despiste. Aquel restaurante no era tan grande como para no percatarse de que estaba precisamente allí la persona que andaba buscando.

—No te has enterado porque estabas muy entretenido sorbiendo los huesos del cocido. —Y se rio con tres jajajás sonoros que disgustaron a Gastón.

—¿Y eso te hace gracia?

—¿Te ha molestado?

—Déjalo, da igual —contestó con un desdén que no se molestó en disimular—. El caso es que estoy comiendo aquí porque he ido a verte al taller y no estabas. Por cierto, tienes un empleado de mierda, un bocazas al que le he tenido que poner firme.

—Se llama Piti. Sí, es un borde, lo sé. Me está pagando con su trabajo una deuda, que tiene muchas, y eso le cabrea. Lo soporto porque trabaja bien los coches y se maneja de puta madre por los desguaces, sólo por eso. ¿De qué es el chupito que estás tomando?

—Vodka.

—Pues me voy a tomar yo uno también. —Se sentó a la mesa sin pedir permiso.

Gastón conocía a Damián desde hacía años, pero aquella era la primera vez que se encontraban fuera del taller. Le molestó que se hubiera tomado la confianza de compartir la sobremesa porque no tenía ninguna relación con él, más allá de alquilarle coches o furgonetas con matrículas falsas, llevar a reparar golpes que bajo ningún concepto podían pasar por un taller legal o encargarse de limpiezas a fondo de vehículos para eliminar rastros y huellas. Gastón lo consideraba un individuo raro, pues tan pronto lo recibía con una simpatía excesiva como se mostraba taciturno y murmuraba frases sin sentido. La última vez que lo había visto, le dijo antes de despedirse: «Si el aire no tiene color, ¿por qué el cielo es azul? Vivimos siempre en lo extraño y no lo sabemos». Detestaba a la gente excéntrica, por imprevisible, y ahora tendría que soportar a Damián quién sabe durante cuántos chupitos. De momento, el hombre ya se había bebido

el primero de un trago y había pedido un segundo.

—La furgoneta que te llevaste el otro día no la tengo disponible, me lo tenías que haber dicho antes.

—Ya, pero las cosas van como van.

—Tengo otra, con un rótulo de «Aislamientos Térmicos».

—¿Qué es eso?

—Aislar viviendas. Les inyectan algo en las paredes para que no entre el frío, o algo así.

—Vale, me irá bien esa misma. ¿Te la puedo dejar en Torreldones cuando acabe y me dejáis allí mi coche, bien limpio de todo, sin ninguna huella de nada? Ya me entiendes.

—Sin problema, cuenta con ello. Este vodka está bueno. Yo soy más de orujo de hierbas, pero éste me gusta, sí señor. ¿Tienes mucha prisa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me voy a pedir otro. Tengo que comentarte algo. Pídetelo tú también.

—¿Qué ocurre?

—Cuando lleguen los vodkas, te lo cuento. Serás la primera persona a quien me atreva a comentárselo.

Llegaron otros dos chupitos de vodka y Gastón simuló que bebía el suyo. No quería emborracharse con alguien como Damián. Además, llevaba tanto tiempo sin beber que temió que se le subiera a la cabeza y le hiciera perder el control.

—La cosa es que hace un par de semanas estaba leyendo un periódico en el bar, no sé cuál, uno de noticias, no era el *Marca*, y vi allí una foto antigua de la Guerra Civil, la de España, ya sabes. La imagen era de unos que acababan de fusilar. Estaban todos en el suelo, con las cabezas y los cuerpos manchados de sangre. No sé por qué, pero estuve mirándola unos minutos y, de repente, vi que uno de los fusilados era idéntico a mí. Mi mismo pelo, mi misma cara, mi nariz grande y arrugada, con la punta siempre enrojecida, irritada, que la tengo así desde que pasé la viruela de pequeño. ¡Me vi muerto a mí mismo! —exclamó—. Era yo, la cara y el cuerpo que se me quedarían si me tirotearan. Me impresionó tanto que se me aflojaron las piernas y por poco me caigo al suelo.

—¿Qué te habías tomado? —preguntó Gastón, decidido a armarse de paciencia ante aquel hombre al que consideraba definitivamente un pirado.

—Eran las ocho de la mañana y me había tomado un café con leche con unos churros, pero, aunque me hubiera tomado cuatro whiskys, esa imagen seguiría siendo la misma, nada la cambiaría. En la foto no se decía nada del lugar, pero nadie de mi familia, ni mis padres ni mis abuelos ni sus hermanos fueron fusilados. No sé quién era aquel hombre tan idéntico a mí y que vivió hace casi

setenta años o por ahí. Desde entonces no puedo quitarme esa imagen de la cabeza. ¿Tú crees que es posible que haya dos personas iguales sin que exista ninguna relación entre ellas? No imaginas lo fuerte que es ver a un muerto con tu misma cara.

—Son coincidencias raras, no le des más vueltas.

Gastón se bebió de un trago, ahora sí, su chupito de vodka. Era el único modo de sobrellevar aquella conversación. Él no compartía ningún rasgo físico con su auténtico padre. Cuántas veces se lo habría cruzado por la calle en el pueblo sin saber que compartían la misma sangre. Recordaba en aquel momento su rostro ya cadáver, antes de colgar el cuerpo del techo del garaje, y se reafirmó en que el parecido entre ambos era nulo. Lo mismo sucedía con Julián, el hermanastro al que nunca había considerado como tal. Eran seres ajenos a su vida, verdaderos desconocidos para él. Sin embargo, sí se reconocía en algunos rasgos de su hija Luba y también en los de Silvia, en la que algunas veces pensaba como su madre y otras, la mayoría, como su hermana. De sus abuelos, que antes fueron padres, ni se acordaba ya. «No sé cómo no me volví loco. Menos mal que me fui a la guerra», se dijo mientras apuraba el cuarto chupito de vodka y regresaba a la conversación con Damián, que seguía hablando, pero al que ya no prestaba atención.

—Y es que ya no sé qué hacer.

—Te entiendo —le dijo Gastón, sin saber a qué se refería.

Ya estaba atardeciendo cuando los dos abandonaron el restaurante. Hacía frío y se había levantado un viento aún más gélido que a ambos les despertó bruscamente del dulce letargo etílico.

—No sé cómo no se me ocurrió llevarme aquel periódico del bar. Al menos así podría llamarles para que me dijeran dónde se hizo la foto. Pero claro, no pensé, estaba paralizado. Voy a comprarme todos los libros que encuentre con fotos de la Guerra Civil. Daré con ella, la encontraré. Nuestra existencia es pura búsqueda, al fin y al cabo. ¿No crees?

—Pues sí.

Se acercaban ya al taller cuando percibieron voces y gritos que procedían del interior de la nave.

—¿Has oído eso? —preguntó Damián, mientras aceleraba el paso.

Gastón también lo aceleró. Oía una trifulca y, sin poder evitarlo, la euforia del vodka le impulsó hacia allí, a pesar de que no le convenía meterse en líos. El día anterior había asesinado a Tomás García Huete y no podía permitirse llamar la atención, pero pudo más el ardor guerrero que la sensatez. Cuando ambos llegaron a la puerta del taller, vieron cómo dos hombres chinos, armados con barras de hierro, le estaban dando una paliza a Piti, el empleado que había sido

tan impertinente con Gastón. El joven yacía en el suelo, encogido sobre sí mismo, protegiéndose de los golpes. Otros dos trabajadores intentaban alejar a los agresores de la víctima, sin conseguirlo, pues cada vez que se acercaban a ellos les gritaban palabras incomprensibles en chino y los amenazaban con las barras. Gastón se fue directamente hacia los dos asiáticos, los agarró de sus camisas por la espalda e hizo chocar entre sí sus cabezas, con tal fuerza que ambos cayeron fulminados al suelo, como dos muñecos de trapo.

—¿Dónde has aprendido a hacer cosas así? —preguntó Damián con gesto embobado, como si acabara de asistir a un espectáculo de magia.

—Eso no importa. ¿Está vivo el chaval?

—Sí, pero sangra por la boca y por la cabeza —contestó uno de los trabajadores, arrodillado junto al joven.

—Los chinos quizá estén muertos, joder, vaya mierda —murmuró Damián.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has comprobado si respiran?

—No.

—¿Y a qué esperas?

No estaban muertos, sólo inconscientes, con sus cerebros conmocionados por el choque brutal de sus cabezas. Gastón comenzó a impartir órdenes precisas: debían llevarse a los asiáticos en una furgoneta y dejarlos tirados en un vertedero lejano al polígono, cuanto más lejano, mejor. Alguien los encontraría y, si sobrevivían, no se acordarían de nada. «Son escoria. La policía pensará que se trata de un ajuste de cuentas entre clanes mafiosos», afirmó.

—En cuanto a ese borde de Piti, te voy a dar el número de teléfono de un médico que conozco y que se ocupará de él. Dile que llamas de parte de Búho. No puedes llevarlo a un hospital, obviamente. Y ahora tengo que irme. Dame la furgoneta, recógela en tres horas donde te he dicho y déjame allí mi coche. Totalmente limpio, ¿eh?

—Guárdate de los idus de marzo... —farfulló Damián, todavía pasmado, sin reaccionar.

—¿Pero qué chorradas estás diciendo? ¡Haz lo que te he dicho de una puta vez! Y otra cosa: yo no he estado aquí. Como os vayáis de la lengua, os la corto a todos. ¿Está claro?

Gastón ya había decidido que no volvería por aquel polígono. Había noqueado a dos chinos y quién sabe qué consecuencias tendría aquello. Reconocía que acababa de cometer una tontería, pero le gustaba exhibir su fuerza bruta. Tendría que buscar otro taller. Al menos se libraría de tener que seguir tratando con Damián, un chiflado sin remisión. Ya estaba anocheciendo. El cielo mostraba un color celeste ya moribundo, repleto de nubes negras que semejaban densas manchas de tinta. Ya eran más de las siete de la tarde y la circunvalación de la

M-30 de Madrid se encontraba atestada de coches. A pesar del atasco, Gastón no había renunciado a su visita a Sara. En la guantera del vehículo aguardaba el táper con los ojos de Tomás García Huete. Lo había abierto antes de arrancar la furgoneta y empezaban a oler a cadáver, a pescado podrido. Los dejaría en el frigorífico de Sara, seguro de que el frío detendría su descomposición. Seguía recreándose en la idea de volverla definitivamente loca cuando los encontrara. «La locura es peor que la muerte», musitó al volante mientras el odio alimentaba aquel lejano momento en el que intentó poseerla y ella se resistió.

Tardó más de una hora en atravesar Madrid por la colapsada M-30 y llegar a Torrelodones, cuando su plan inicial era haber ido a mediodía. A aquellas horas, más de las nueve de la noche, seguramente ella estaría en casa y quizá tuviera que desistir y regresar otro día. Pero los ojos de García Huete ya no aguantarían y acabarían convertidos en una masa informe y maloliente. No, tenía que hacerlo ahora, aunque ignoraba cómo. El vodka le animaba a la osadía, a llamar al timbre e improvisar en el caso de que ella le abriera la puerta. Pero muchas veces la realidad da sorpresas y tiende una mullida alfombra sobre el camino de piedras que agujerea los zapatos. Y así ocurrió que, cuando Gastón llegó hasta el chalé de Sara, no necesitó llamar al timbre: la puerta no estaba cerrada con llave. Primero aparcó la furgoneta de Aislamientos Térmicos S. L. a unos metros de la casa. La calle estaba desierta, pero observó que había luces tras las ventanas de las viviendas de la urbanización. Era la hora de cenar. Si alguien le estaba observando a él, nada llamaría su atención: vestido totalmente de negro, portaba un maletín de herramientas que había tenido la previsión de llevarse consigo, sus botas Magnum, el calzado que siempre utilizaba, y la cabeza cubierta con una gorra con visera de color azul, como si fuera un técnico que había sido reclamado por la dueña de la casa. En el interior del maletín, dos ojos arrancados de sus cuencas aguardaban su destino final. El viejo Ford Orion de Sara no estaba aparcado en la calle ni en el descuidado jardín, pero las luces de la casa se hallaban todas encendidas, lo cual le resultó extraño. Aun así, estaba decidido a intentarlo. Pulsó el timbre. Aguardó unos segundos y nadie acudió a abrirle. Volvió a llamar. Nada. Disimuladamente, enfundó sus manos en unos guantes de látex y accionó el pomo de la puerta. Increíblemente, estaba abierta. Ignoraba que en aquellos momentos, ya cerca de las nueve y media de la noche, Sara se hallaba con el teniente Tresser en la cafetería cercana al supermercado, curando su borrachera con un café bien cargado y a punto de sufrir una lipotimia al no poder soportar más la presión del guardia civil. En su atolondramiento etílico, había salido de casa sin apagar las luces y sin cerrar con llave la puerta.

Gastón entró en la vivienda. Inmóvil en el recibidor de la casa, esperó. Esperó y no sucedió nada. Allí no había nadie. Cerró la puerta y lo primero que hizo fue

correr las cortinas de las ventanas del salón, pues una vez más dejaban al descubierto cuanto pudiera acontecer en el interior. Ya sabía él que ésa era la costumbre de Sara, exponer su intimidad doméstica a las miradas ajenas. Siendo una mujer tan rara, tan solitaria, no entendía por qué permitía que todo el que pasara por allí viera cómo leía un libro a gritos en medio del salón. «Está rematadamente loca —volvió a repetirse—. Seguro que se atiborra de pastillas, porque a la gente le acojona la vida. ¿Es que estamos contruidos con papel de fumar? Venid a las guerras y comprobaréis de verdad el grosor de vuestras armaduras», murmuró en medio del salón, mientras observaba los pocos muebles, y además viejos, que decoraban la estancia.

Ya casi se sabía la casa de memoria, de tanto observarla desde la furgoneta. Ahí estaban los muchos libros amontonados de cualquier forma en las estanterías, con un apilamiento tan evidente que podían verse fácilmente desde la calle los dibujos torcidos de los lomos en todos los grados de inclinación posible. Ahora descubría por primera vez el ordenador, arrinconado en una esquina, sobre una mesa repleta de carpetas y folios desordenados. Ni los papeles ni los libros le suscitaban curiosidad, pero sí el dormitorio, que imaginó en la planta alta de la vivienda. Sintió interés por ver la cama donde reposaba su cuerpo cada noche y quiso imaginarla durmiendo desnuda, con aquella equis tortuosa que le había grabado en el vientre, suponía que ya cicatrizada después de tanto tiempo, pero todavía evidente, viva. ¿Qué pensaría Sara cuando se encontrara con ella cada día al enjabonarse en la ducha?, se preguntó con deleite. Sin embargo, cuando entró en la habitación y respiró el olor a cerrado, a ropa sucia, a polvo fosilizado, desapareció de modo instantáneo cualquier pensamiento erótico o malicioso. Era aquélla una fragancia tan inesperada y desagradable que, sin darse cuenta, se encontró abriendo de par en par la ventana del dormitorio para que se renovara el aire. No es que fuera un maniático de los olores, pero entró ahí pensando que olería a mujer, no a cadáver. Incluso no le hubiera extrañado encontrarse con algún ratón muerto bajo la cama, aunque no quiso comprobarlo. Con la ventana abierta, le inquietó ser observado desde el chulé de enfrente y se alejó enseguida de ella. Si el aspecto de Sara le parecía el de una pordiosera, aquella habitación era su morada perfecta, repleta de ropa tirada sobre la cama y sobre las sillas, con calcetines sucios por el suelo y zapatos por aquí y por allá. «Además de loca y borracha, es una guarra», se dijo mientras descendía la escalera.

La cocina, sin embargo, estaba limpia, tan reluciente que parecía no haber sido usada nunca, ni siquiera para hacer una tortilla. Dentro de los armarios, la vajilla y el menaje también parecían recién comprados y, esta vez sí, se hallaban perfectamente ordenados, dispuestos con el mismo cuidado que en las estanterías

de una tienda. Cogió un platito de café y, con delicadeza, pues se trataba de materia gelatinosa, colocó los ojos sobre él, con la pupila y el iris mirando hacia el techo, para que quedaran bonitos aunque olieran tan mal. Se estaba divirtiendo, para qué negarlo. Debía dejarlos bien a la vista, para que fuera lo primero que encontrara al abrir la nevera. Colocó tras ellos un par de tomates para que su color rojo contrastara con el blanco de las córneas, suponiendo que así le resultaría más fácil hallarlos. Cerró la puerta del frigorífico, satisfecho de su trofeo, despidiéndose de él con orgullo. No temía que Sara, al encontrarlos, los llevara a una comisaría. Quién iba a creer a una loca alcoholizada. Precisamente por eso también podría ocurrir que aquella mente trastornada no se fijara en ellos y acabaran podridos y reducidos casi a la nada, como un par de pasas resecas. Un día, sin saber qué era aquello, los tiraría a la basura. Pero no sucedió. Sara los encontró a la mañana siguiente, todavía frescos y turgentes, y perdió un poco más la cordura.

CAPÍTULO XV

Casi tres horas de espera en el hospital, tiempo suficiente para que Gastón entendiera el mensaje: Águila no iba a aparecer. Estaba furioso. Le había dejado abandonado en Urgencias y ese tiempo ya estaba definitivamente perdido. Perdido para planear otro tipo de huida, sin ayuda para salir del país, con la complicación añadida de llegar a Ávila y recoger a Luba, convertido en un fugitivo al que todas las fuerzas de la ley estarían buscando, con su retrato robot en las televisiones y en las redes sociales. Y además, la tensa espera le había provocado jaqueca. Cuando estaba a punto de levantarse de la silla, sin saber qué iba a hacer a partir de entonces, vio a su compañero entrando en la sala de espera. Había transcurrido un año desde la última vez que se vieron, también en un hospital, donde Águila le citó para comunicarle que ya no trabajarían más juntos, pues le habían surgido otras expectativas. Se despidieron como amigos y mantuvieron la promesa de ayudarse el uno al otro en el caso de que alguno tuviera problemas. Así había sucedido ahora: Águila estaba allí, demostrando su lealtad, a pesar de que Gastón hubiera dudado de ella. Reconoció enseguida aquel cuerpo robusto, largo y atlético, aquel rostro pequeño y aniñado, su traje tan impecable como siempre, ahora combinado con una camisa gris y una corbata de seda fucsia. A pesar de que ya superaba la cincuentena, su rictus infantil y sus ojos tristes seguían siendo los mismos, y ni siquiera sus cabellos canos, rizados y peinados hacia atrás, lograban borrarle del rostro su característico aspecto de niño a punto de estallar en llanto, aunque Gastón no lo había visto llorar jamás. Se estrecharon las manos y escenificaron la ceremonia habitual en sus encuentros hospitalarios delante de los desconocidos, que a aquellas horas eran ya pocos.

—No he podido venir antes. ¿Cómo está? ¿Se sabe algo? —le preguntó Águila, abrazando con afectación a Gastón.

—Todavía no sé nada, tan sólo sé que va a estar una hora en observación. Hay que esperar.

—Anda, vamos a tomar un café, nos sentará bien.

Pero ni uno ni otro tenían intención alguna de ir a la cafetería del hospital, porque nunca conversaban a menos de tres metros de extraños, y en los bares esa

precaución era imposible de cumplir. Abandonaron la sala de espera y se adentraron en los pasillos de la zona de Consultas y Especialidades, vacíos a esas horas. Los relojes del hospital marcaban ya las doce y media de la noche.

—Vamos, Búho, comienza a contarme de qué va todo esto.

Caminaban ambos como dos monjes en un claustro, recogidos en sí mismos, con pasos lentos, conversando casi entre susurros para que nadie que se cruzara con ellos pudiera capturar sus palabras. Se detuvieron junto a una máquina de café y fue entonces cuando Águila se acercó a Gastón, le agarró del brazo con fuerza y le preguntó sin rodeos:

—¿Te has cargado a alguien? Estoy convencido de que sí, de lo contrario no habrías activado el rescate.

—Te voy a decir lo que siempre nos hemos dicho: cuanto menos sepas, mejor —le replicó Gastón mientras se desembarazaba del brazo de su compañero—. Lo único que importa es que tengo que salir del país. Esta noche o, como mucho, mañana. Me he convertido en un fugitivo y estoy al descubierto.

—¿Al descubierto? ¿Hasta qué punto?

—¿Sabías que Halcón ha muerto?

—Sí, claro que lo sé, siempre lo sabemos todo de todos. ¿Qué has hecho? Si tengo que ayudarte, quiero saber a qué me expongo.

—¿Puedes cubrir mi salida del país?

—Depende, y te lo digo muy sinceramente. Tengo que saber la verdad, de lo contrario no hay trato. No puedo arriesgarme a ayudarte y que, al hacerlo, dejes las puertas de mi mundo abiertas de par en par, para que todo el que pase por ahí pueda ver lo que hay dentro.

—¿En qué estás ahora?

—Pues te digo lo mismo que tú a mí: cuanto menos sepas, mejor. Pero es algo muy gordo, Búho, y no puedo arriesgar.

—Súbeme a un avión. Te pagaré lo que me pidas.

—Me estás decepcionando.

—¿Qué quieres decir?

—Hubiera preferido escucharlo de ti, pero ya veo que no lo vas a hacer. He tardado en encontrarme contigo porque antes quería enterarme con detalle de todo lo que ha ocurrido. ¿Qué hacías en el coche de un guardia civil amenazándole con un arma? ¿Estás loco? La noticia sale en las televisiones y han difundido tu retrato robot. Dicen que eres sospechoso del asesinato de un profesor y de la violación de una niña y te han puesto nombre, Gastón Arbilar. ¿Ése eres tú?

—Sí, soy yo.

—Siempre has estado entre los mejores y ahora no te reconozco. La has

cagado.

Águila estaba enfurecido, aunque no lo denotara. Gastón veía en sus ojos de niño melancólico aquella calma tensa que tantas veces había precedido a sus orgías de sangre. Ambos se habían conocido en Panamá, a mediados de los años ochenta, bajo la dictadura castrense del general Noriega, cuando formaron parte de las bandas paramilitares que actuaban a sangre y fuego contra las insurgencias civiles. Gastón había llegado hasta tierras panameñas desde Brasil, con cierto prestigio profesional tras unirse a los mercenarios que aniquilaban a cualquier indígena o activista que supusiera una amenaza para los intereses madereros de los *fazendeiros* o terratenientes de la selva del Amazonas. Cuando Gastón conoció a Águila y a Halcón en Panamá, los tres conectaron enseguida. Eran jóvenes, españoles, y compartían los mismos gustos: la guerra, las armas, la tortura, la sangre. Decidieron ocultarse unos a otros sus verdaderas identidades y se bautizaron con nombres de aves rapaces, no sólo para homenajear a estos pájaros guerreros, sino también para dejar el menor rastro posible si caían los regímenes a los que habían apoyado en sus guerras sucias. Los tres querían ser un halcón, así que lo sortearon. A Gastón le tocó el búho, menos agresivo en apariencia que las otras dos rapaces pero un gran cazador nocturno, extremadamente silencioso, veloz, capaz de inmovilizar a su presa entre las garras en una fracción de segundo. Le gustó ser un búho, excelente depredador.

Tras la invasión de Panamá por parte de Estados Unidos, los tres compañeros se trasladaron a Honduras, donde decidieron unir fuerzas y formar su propia banda de mercenarios, entrenando a nuevos *cachorros*, los *rambitos*, como se los conocía en el argot paramilitar, para incorporarlos a las guerrillas contrarrevolucionarias. Recorrieron mucho mundo de guerra en guerra, siempre nutriendo la soldadesca de jovencitos ávidos de convertirse en *rambos senior*. En 1990 vieron una gran oportunidad en la guerra del Golfo y no dudaron en trasladarse hasta Irak con su tropa juvenil, donde ganaron mucho dinero protegiendo los pozos petrolíferos. Más tarde regresaron a Europa, a otra guerra, la de los Balcanes, para incorporarse a los Tigres de Arkan, la temible Guardia Serbia integrada por voluntarios paramilitares. Cuando finalizó la contienda, ninguno de los tres quiso volver ya a la batalla. Habían acumulado miles de dólares y estaban a punto de convertirse en unos cuarentones. Halcón se quedó un tiempo en Bosnia, donde montó una empresa de escoltas para proteger de los ajustes de cuentas a antiguos paramilitares serbios, aunque un tiempo más tarde decidió establecerse en Estepona, en Málaga, a donde se llevó consigo a Luba. Gastón y Águila también regresaron a España y empezaron dedicándose a la extorsión, contratados por las redes de narcotráfico, para luego dirigir la seguridad de casas de juego ilegales para gentes de clase alta. Águila se adaptó

con facilidad a su nueva vida en tiempos de paz, pero no así Gastón. Acostumbrado a la impunidad de su actividad como mercenario, le costaba convivir con la posibilidad de ser detenido y encarcelado si era descubierto en sus trabajos ilícitos. No terminaba de habituarse a actuar con tanto sigilo y su impetuosidad le llevó a cometer varios errores. Esos descuidos de Gastón fueron los que llevaron a Águila a tomar la decisión de no trabajar más con él.

—Tendrías que haber seguido en otras guerras cuando terminó la de los Balcanes. Ya te lo dije en su momento. Tal como eres tú, nunca vi claro que pudieras adaptarte a un país sin conflictos armados y sacarle provecho, como hemos hecho los demás. —Águila mantenía aquella mirada fría y colérica a la vez que siempre provocaba temor—. Estamos preparando tu salida a Nicaragua para mañana a primera hora. Dile adiós para siempre a España, porque jamás volverás. Quemarán tu pasaporte quienes te reciban en el aeropuerto de Managua. Es innegociable.

—No me lo puedo creer. ¿Me mandas a Nicaragua? ¿Por qué allí?

—Todavía eres un buen instructor de *rambitos*. ¿Dónde está el problema?

—No voy solo. ¿Te acuerdas de Maida?

—Pues no.

—Era una de mis esclavas, una de esas putas bosnias musulmanas. En fin, da igual. El caso es que tuvo a una niña, mi hija, y luego se ahorcó. Halcón la recogió y la crio, violándola cada vez que le apetecía hasta que se ha muerto, supongo que alcoholizado. En algún momento de lucidez, me la mandó a mí y me lo explicó todo en una carta. Yo no la quería, pensé incluso en matarla. Era hija de una cerda musulmana, me daba asco, pero la cosa es que al final me la he quedado conmigo y me la llevo allá donde yo vaya. No me preguntes por qué, no lo sé. Tiene unos doce años. Carece de papeles y además es analfabeta, pero forma parte de mi equipaje. ¿Entiendes ahora por qué te digo que no a Nicaragua? Lo último que me apetece ahora es entrenar a mercenarios en medio de la selva. ¿Dónde dejaría a mi hija mientras tanto?

—No estás en posición de exigir. O Nicaragua o tendrás que salir del país por tus propios medios. No soy una agencia de viajes, Búho. Todo esto lo hago por ti, por la lealtad que nos debemos, pero no abuses, te lo digo muy en serio.

Gastón no quería de ningún modo ir a Nicaragua, «ese país pobre y lleno de volcanes», lo definió con desprecio. Entonces irrumpió en su mente México. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Allí había visto en la televisión la imagen más espectacular de un atardecer sobre el mar. Contempló muchos otros muy bellos en medio mundo, pero ninguno como aquel de Acapulco. «Mira qué acojonante, Luba», le comentó a su hija aquella tarde que, como muchas otras, pasaron las horas ante el televisor. Y en aquel preciso momento lo recordó:

—Águila, mejor me voy a México, a Acapulco. Lo acabo de decidir. He reunido el suficiente dinero como para vivir allí unas vacaciones perpetuas. ¿Qué más te da? Desapareceré allí, no os crearé problemas. Seré una persona normal, un hombre viudo con una hija adolescente que pasean cada atardecer junto al mar. Llevaré una vida discreta y relajada. ¿Qué más tengo que hacer para convencerte? Cúbreme la salida y no le des más vueltas. Mañana todo se habrá acabado.

Águila pasó la mano por sus cabellos de un modo suave y tranquilo, pero sus ojos tristes fulguraban ira contenida.

—Me has decepcionado tanto que lo único que quiero es perderte de vista. De acuerdo, lárgate a Acapulco. Fuera te espera Diana para llevarte a tu casa. Dale a ella todos tus pasaportes falsos, ya decidiremos cuáles utilizamos. Yo lo organizaré todo mientras tanto.

—¿Diana, has dicho? No me fío de ella. Además, ¿cómo se te ha ocurrido enviar a una mujer para rescatarme? Lo considero un insulto, aunque te agradezco que me hayas ayudado, pero en nuestro grupo nunca hubo mujeres. Ya sé que hay guerrilleras por ahí, pero no entre nosotros. Si yo te he decepcionado, y lo entiendo, porque he cometido errores, en esta cuestión tú también me has decepcionado a mí.

—Vamos a ver, Búho, no he venido aquí a discutir sobre Diana, pero te diré que el mundo va cambiando. Ahora las mujeres son una buena tapadera y, en ese sentido, muy valiosas. Te ha rescatado, ¿no? Piensa cuántas veces registran el coche conducido por un hombre en un control policial y cuántas el de una mujer. Nosotros siempre somos más sospechosos que ellas. Diana es mi mano derecha, me ha salvado el culo decenas de veces y hace un trabajo estupendo para mí. Te he mandado a la mejor, aunque sea una mujer. ¿Nos entendemos ahora?

Claro que sí, se entendían. Tenía que aceptar a Diana en su plan de huida. No le quedaba más remedio que permitir que le condujera hasta su casa en Ávila y luego al aeropuerto, pero ya estaba convencido de que el problema no residía en la sicaria de Águila. De quien se no fiaba era de él. Lo había dicho bien claro: «Ahora trabajo en algo muy gordo. No puedo arriesgar». Gastón sabía que la lealtad no es eterna. En un instante, de repente, se convierte en nada. Águila podría traicionarle para salvar su trasero. Aquel temor incrementó aún más su dolor de cabeza, que cada minuto que pasaba resultaba más intenso. «Le diré a esa zorra que me compre paracetamol en alguna farmacia», pensó mientras su compañero se alejaba por un pasillo del hospital. «No podemos salir juntos. Guarda unos minutos a que yo me haya ido», le había dicho. Se despidieron cortésmente pero no se estrecharon la mano.

Mientras tanto, en la casa de Ávila, Luba miraba el reloj de la cocina con

inquietud. Halcón le había enseñado a leer las horas y los minutos para poder cocinar y recordaba haber sido feliz cuando logró descifrar el paso del tiempo. Las agujas marcaban las dos de la madrugada y Búho seguía sin aparecer. Nunca le había esperado hasta tan tarde y por vez primera tuvo miedo de que no regresara. Él se lo había advertido: «No eres nada sin mí». Era verdad. Si su padre no volvía, ¿qué haría ella en aquella casa, sola, sin dinero, aislada en medio del campo? No sabía a qué se dedicaba Búho, qué hacía cuando desaparecía durante todo el día sin dar explicaciones, no tenía un teléfono para llamarle y nunca le había dado instrucciones por si le sucedía algo y no aparecía por allí. Recordó cómo aquella misma mañana se había ido de casa dando un portazo, molesto porque ella prefería vivir en Noruega antes que en un pequeño pueblo de Ávila. ¿Se habría enfadado tanto con ella que no iba a volver? No se despidió cuando se fue, cierto, pero nunca lo hacía. Simplemente decía que se iba y se alejaba sin ningún adiós, no sin antes cerrar la puerta con la única llave que existía en la casa, que se llevaba consigo. Aunque todas las ventanas estaban enrejadas, la niña había encontrado una salida secreta y, gracias a ella, había construido su pequeño mundo cuando se quedaba sola. La descubrió un día por casualidad, limpiando la despensa de la cocina. Bajo los estantes inferiores, halló una trampilla hacia el exterior, una simple gatera, aunque ella ignoraba su utilidad real. No era muy grande, pero su pequeño cuerpo podía atravesarla sin problemas. La primera vez que la franqueó, correteó por el campo con tal ímpetu que trastabilló con una piedra y cayó al suelo, pero se levantó enseguida y siguió correteando, a pesar de que la caída le causó una pequeña herida en la rodilla, que limpió pasándole la lengua. Se alegró cuando comprobó que apenas quedaba rastro del araño, pues Búho no debía enterarse de aquellas salidas clandestinas. Temía tanto enfadarse, porque de algún modo intuía que se trataba de un hombre brutal, que medía cada palabra dicha en su presencia, aunque fuera la más banal.

Cuando Búho abandonó la casa tan enfadado aquella misma mañana, Luba volvió a escaparse deslizándose por la gatera, aunque el cielo anunciaba un chaparrón inminente. Disfrutó una vez más pisando la hierba, blanca y helada por el rocío, jugando a sortear las piedras de granito que emergían de la tierra, enfrentando con placer su rostro al viento, que en primavera emanaba frescor y ahora, en octubre, lo sentía gélido y punzante sobre la piel. Oteó el horizonte de colinas suaves moteadas de arbustos y vio a sus amigos corriendo hacia ella, dos perros grandes y negros, vagabundos y famélicos. Los había conocido meses atrás en uno de sus primeros paseos secretos, cuando deambulaban sin rumbo por los campos. Los llamó para que se acercaran a ella y los acarició con ternura, sin aprensión por las pupas y viejas heridas de guerra marcadas en sus pelajes, contenta de que le hicieran compañía. Desde entonces acudían a verla cada vez

que se escapaba a hurtadillas de la casa. La olfateaban desde muy lejos y se acercaban a saludarla ladrando, trotando y moviendo la cola para luego lamerle el rostro y las manos, a lo que ella correspondía acariciándoles la cabeza y piropeándoles con un «bonito» o un «guapo», porque no les puso nombre. Los acompañaba al arroyo cercano para que bebieran agua y luego les acercaba un plato con sobras de comida. Confiaban tanto en Luba que en una ocasión se acercaron a la casa y ladraron para anunciarle su llegada, pero aquel día estaba Gastón, que salió y los ahuyentó a pedradas.

—No me gustan los perros —dijo—. Como vuelvan por aquí, les pego un tiro.

A Luba se le partió el corazón al escuchar aquellas palabras. Los chuchos nunca más se acercaron cuando estaba Gastón. Ella les advertía de su presencia con un leve gesto con la mano y ellos la entendían perfectamente, porque se alejaban enseguida. Aquella mañana de octubre se acercaron sin miedo, y además les aguardaba un festín: los restos de un cocido, que ella cocinaba a su modo, añadiendo a la sopa nata y ketchup. Los chuchos permanecieron un buen rato tumbados sobre la hierba, lamiendo primero y triturando después los huesos de ternera y jamón, mientras la adolescente jugaba a saltar de piedra en piedra sin tocar la tierra. De repente, algo sobrevoló sus cabezas. No era un pájaro, sino un globo de color rojo. Flotaba en el aire a unos treinta metros sobre el suelo y era muy grande.

—¡Mirad qué bonito! —exclamó, dirigiéndose a los perros, que no le hicieron caso, entretenidos como estaban con su comida.

Persiguió su vuelo corriendo sobre la pradera, excitada con aquel visitante inesperado. De repente, un violento y contundente puñetazo de viento hizo perder altura al globo y fue entonces cuando Luba descubrió que de él pendía un pequeño artilugio. No sabía bien de qué se trataba, pero intentó atraparlo entre sus manos. Le faltó un par de metros para conseguirlo. Siguió jugando a alcanzarlo hasta que el globo pareció corregir su planeo errático y de nuevo ganó altura. Sobrevoló el tejado de la casa y desapareció tras él ante la mirada decepcionada de la niña, que no entendía por qué había llegado hasta allí para alejarse tan pronto. Cuántas veces había deseado volar, porque en sus sueños lo hacía a menudo y le parecía una experiencia bellísima. Se elevaba varios metros y planeaba sobre los edificios de ciudades desconocidas, ante la admiración de las gentes, que la saludaban desde abajo moviendo efusivamente los brazos. No recordaba haber volado sobre montañas, ni tampoco a ras del agua, en los océanos; sólo ciudades, pero ninguna de ellas parecida a Estepona, la única que conocía, y no del todo: únicamente la playa y el paseo marítimo. La mayor parte de su vida había transcurrido confinada en una casa y sólo se asomaba a la realidad exterior a través de la televisión. «No veas tanta tele, que te van a llenar

la cabeza de mentiras», le advertía Halcón. ¿Quiénes eran los que le mentían?, se preguntaba cuando era pequeña. Aquella pantalla le parecía un misterio. No alcanzaba a entender cómo llegaba el mundo hasta allí dentro ni si era real o, como afirmaba Halcón, inventado. Tenía un modo de pensar tan ingenuo que consideraba posible cualquier cosa, por muy descabellada que fuera. Si alguien le dijera que el Sol y la Luna están anclados al cielo mediante cuerdas gigantes o que la electricidad es la que ilumina las estrellas, no le extrañaría en absoluto. Incluso le hallaría cierta lógica. Tenía doce años, pero tan poca o nula información sobre las cosas que concebía la realidad como algo mágico e inexplicable.

Comenzaban a caer finos copos de nieve mientras Luba oteaba el cielo en busca del globo y los perros seguían deleitándose con las sobras del cocido. Hacía frío, pero no quería resguardarse en casa. Todavía no. Echaba de menos la calidez del clima de Estepona, donde nunca era necesario encender fuego en chimeneas. La primera vez que Halcón la llevó al mar —tendría ella unos cinco años—, se quedó asombrada al ver aquella inmensidad de agua que iba y venía sin cesar. «Esto que ves se llama mar, y le llaman olas al agua que llega y se va. Anda, báñate. Te gustará», le dijo él. «¿No se me llevarán para dentro?», preguntó ella. «Si vas más allá de la orilla, no regresarás», fue la respuesta que le dio Halcón. Quiso preguntarle también qué había más allá de aquel horizonte lejano y recto donde parecía acabarse el mar, pero temió la respuesta, porque pensó que quizá allí terminaba la Tierra e imaginó un gran agujero repleto de nada, el abismo. Volvió a la playa muchas veces más, pero nunca se alejó de la orilla. Le daban miedo las olas y sus secretos. Mientras miraba ahora hacia el cielo con la vana esperanza de que apareciera de nuevo el globo, oyó los ladridos de sus perros amigos, que llamaban su atención desde la colina más cercana. Correteó bajo los copos de nieve, que cada vez eran más densos, y se acercó hasta los chuchos. Los acarició y les dijo cosas bonitas durante unos minutos. Le dolía tener que separarse de ellos, con el frío y la nieve acechándolos. Más de una vez había pensado en dejarlos entrar en la vivienda a través de la gatera, pero dejarían las huellas de sus pisadas y su olor y Gastón los buscaría hasta matarlos. Con una sensación de inmensa tristeza, recogió los platos de las sobras, de las que no habían dejado nada, y se despidió de ellos con unas últimas caricias. Cuando vieron que ella dirigía sus pasos hacia la casa, ladraron suplicantes, pero Luba los mandó callar llevándose el dedo índice a los labios. Entendieron su gesto enseguida y se quedaron en silencio, resignados, mirando cómo su ama se alejaba con un caminar lento, con la pesadumbre en cada paso.

Al anochecer seguía nevando y los páramos se hallaban cubiertos de una fina capa blanca que rutilaba en la oscuridad. «¿Y si un día te pasa algo y no

vuelves?», le había preguntado a su padre una vez que se retrasó más de lo habitual. «Eso nunca sucederá. Tú espérame siempre», le contestó él. ¿Dónde estaba ahora, ya cerca de las tres de la madrugada? ¿Cuánto tendría que esperar? ¿Un día, dos, una semana? Si no regresaba, se vería obligada a llenar una mochila con ropa y comida y ponerse a caminar, a ver hasta dónde llegaba. Tanto si se quedaba en casa como si se iba, imaginaba un futuro terrible para ella. Sin papeles, analfabeta y sin familia, se la llevarían al orfanato, un lugar sombrío con el que siempre le amenazaba Halcón. «Nunca te alejes de mi lado. Los guardias municipales te preguntarán quién eres, y como no eres nadie, te encerrarán en un orfanato, un lugar para niños sin hogar donde te levantarán con una paliza y te acostarán con otra hasta que cumplas la mayoría de edad, los dieciocho. Entonces te devolverán a la calle y se desentenderán de ti. Créeme, en ningún sitio estarás mejor que conmigo».

El miedo la estaba atenazando frente a la ventana, de donde era incapaz de apartarse, como si permaneciendo anclada al suelo, con la nariz pegada al cristal, conjurara los malos augurios que se cernían sobre ella. Le vencía la angustia pero también el sueño. Los párpados le pesaban y no podía evitar cerrar los ojos de vez en cuando, siquiera unos segundos. De repente, le pareció distinguir los faros de un automóvil entre la nieve, acercándose. Dio un respingo, se frotó los ojos y aguzó la mirada. En efecto, un coche estaba aparcando a pocos metros de la vivienda. Ignoraba si era el de Búho, porque los potentes faros delanteros le impedían distinguirlo. Apagó la luz del salón para ver mejor el exterior desde la oscuridad y observó con alivio cómo su padre avanzaba hacia la casa, con pasos lentos sobre la nieve. Cuando se suponía que ya había llegado hasta la puerta, Luba escuchó un ruido seco, como uno de los petardos que oía en las fiestas de Estepona. Instantes después, le pareció ver un bulto sobre la tierra nívea, junto al automóvil. Pensó que era un animal y temió por alguno de sus perros, le inquietó que lo hubieran atropellado. Pero aquel bulto no era un animal, tenía piernas y brazos. Era una persona. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntó con desasosiego.

Lo que había sucedido era un desastre más en aquella noche tan adversa para Gastón.

—Entra en casa y coge todo lo que tengas que llevarte en cinco minutos —le había dicho Diana cuando aparcó frente a la vivienda—. No hay tiempo para más. El avión sale en cuatro horas.

Apenas se habían dirigido la palabra durante todo el trayecto desde Madrid. Gastón seguía con su jaqueca, que no había disminuido a pesar de haberse tomado dos paracetamoles, y Diana conducía extrañamente silenciosa, incluso pensó que disgustada, porque de vez en cuando lo miraba a través del retrovisor con gesto de reproche. Quizá Águila le había contado el desprecio que Gastón

sentía por ella, porque sabía que ambos habían hablado por teléfono aprovechando el momento en el que su rescatadora se detuvo en una farmacia para comprarle los analgésicos.

—Águila me ha telefoneado y me da recuerdos para ti. Te desea feliz viaje a Acapulco. Ya está todo preparado, me lo acaba de confirmar —le dijo ella cuando subió al coche con una caja de Paracetamol en la mano.

Llegando a Ávila, tras dejar atrás la lluvia de Madrid y conducir por la autopista bajo los copos de nieve, Diana le había dicho con una sonrisa, la primera en todo el viaje:

—Estamos a punto de llegar al destino final. Ya falta poco, Búho.

¿Por qué le había dicho eso de «destino final», si aún había que llegar al aeropuerto? Acuciado por la jaqueca y azuzado por la desconfianza, arribaron al fin a la casa de Ávila. Cuando Gastón descendió del coche, se percató de que tendría que caminar hacia la puerta con Diana a sus espaldas, vulnerable, terriblemente expuesto. Ella también había salido del vehículo y, clavando los tacones de sus botas en la nieve, se apoyó en el capó mientras él se alejaba caminando. Por si acaso, y ya durante los primeros pasos, Gastón sujetó fuertemente con la mano la Beretta que guardaba en el bolsillo del anorak, la que había cogido de debajo del asiento del coche al ser rescatado. Ya estaba a punto de llegar a la puerta cuando escuchó un ruido sospechoso tras él, un clic. Estaba seguro de que era una pistola. «Lo sabía. Me va a matar. Para ellos estoy mejor muerto», conjeturó al tiempo que, en una fracción de segundo, sacaba el arma del bolsillo, se volvía hacia Diana y le disparaba un tiro. No había mucha visibilidad, porque ella estaba a contraluz, justo delante de los faros, pero Gastón sabía apuntar y acertar en la oscuridad. La mujer cayó al suelo, fulminada, con una bala en la frente que hizo estallar su cerebro. Se acercó hasta ella, tendida ya inerte junto al coche, con un hilo de sangre que descendía desde la frente hacia su sien derecha hasta terminar en la nieve y teñirla de rojo. Sus ojos maquillados permanecían abiertos y miraban a Gastón ya desde la muerte. Parecía más que nunca la muñeca de feria que siempre fue, pensó. Le echó una ojeada al cadáver, pensando qué hacer con él. ¿Cómo iba a cavar una tumba con semejante dolor de cabeza? Porque su jaqueca era tan fuerte que incluso le pareció que veía mal por momentos, que se le estaba nublando la vista, aunque todavía no lo suficiente como para darse cuenta de un terrible detalle: junto al cadáver no había ningún arma, sino tan sólo un zippo y un paquete de Marlboro. Era el ruido de un mechero y no el de una pistola lo que había oído. «¡Joder, sólo se estaba encendiendo un cigarro! La he vuelto a cagar», exclamó, desconcertado. Pero no tenía tiempo para lamentarse. Luba se hallaba en la puerta, petrificada, con la boca abierta, pasmada.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tengo tiempo para explicártelo. Coge algo de ropa. Nos vamos de aquí inmediatamente. ¡Rápido! —le gritó, al tiempo que entraba en la casa.

Pero no llegó a dar ni dos pasos. Sus piernas se doblaron como si fueran de papel y cayó al suelo, sin saber qué le estaba ocurriendo. Vio a Luba arrodillada junto a él, llorando, y no entendió qué le estaba diciendo. Se sentía aturdido. Quería hablar, pedirle que le ayudara a levantarse, pero su voz sonaba como un gruñido. No lograba mover los labios para decir una sola palabra, pues los sentía paralizados. Poco a poco sus ojos se fueron oscureciendo y sólo vio negrura a su alrededor. No sabía si seguía vivo o aquello era la muerte.

CAPÍTULO XVI

Casi siete horas al volante en las que hubo que ir despacio, con la noche secuestrada por una niebla plomiza que aún persistía al amanecer. Llegó el mediodía y la realidad se iluminó, despertando las mentes de Tresser y Coira. Fue atravesar un pequeño túnel y aparecieron el sol, el cielo intensamente azul y el Mediterráneo. Llegaron a Lloret de Mar tras un lento y tedioso trayecto nocturno envuelto en brumas, durante el cual el teniente, al volante, se sumergió en pensamientos oscuros, pues todo lo que le había sucedido dejó sin luz su vida, mientras que Coira atravesó el viaje mecido por un largo sueño balsámico que le libró del dolor de su mandíbula pateada.

Lloret de Mar en octubre tenía el encanto y las ventajas de los lugares costeros durante los meses fríos, con escasos turistas y muchos huecos libres para aparcar. Los dos guardias civiles pensaron que les resultaría fácil encontrar el hotel que se les había asignado, uno de los pocos abiertos en aquellas fechas y con un precio que no superaba la exigua dieta asignada. Preguntaron desde el coche a la primera persona que hallaron cerca del vehículo, una simpática mujer de mediana edad con el cabello ensortijado de mechas que guiaba un carrito con un bebé.

—¿El hotel Mare Mar, dicen? Está al final del paseo marítimo, frente a la playa, debajo del castillo. Sigán recto, no tiene pérdida.

De repente, el bebé miró hacia el coche, señaló con su diminuto dedo al teniente, sonrió y balbuceó un «Ba-ba-ba-ba-ba-ba...» imparable.

—¿Qué le estás diciendo a este señor, Martí? —le dijo la mujer al pequeño con gesto divertido—. Es mi nieto, el primero que tengo. Tiene ya ocho meses. Parece que usted le ha caído bien.

—Vaya, me alegro —contestó Julián con amabilidad.

Era la primera vez que un bebé se fijaba en él y le mostraba simpatía; la mayoría de las veces le miraban con gesto hosco, sin que él supiera por qué, aunque sospechaba que se debía a su corpulencia, a que pocas veces sonreía y a que los pequeños le resultaban seres extraños con los que no sabía cómo comunicarse. Una de las razones por las que su esposa le abandonó fue su negativa innegociable a tener hijos. A Julián no le interesaba lo más mínimo

perpetuar su apellido, ni responsabilizarse de una vida y los problemas que conlleva, pues el devenir de un hijo, pensaba convencido, siempre es una incógnita. Hacía ya tantos años de aquel matrimonio fallido que durante unas milésimas de segundo no le vino a la memoria el nombre de su exmujer, Elisa. Lo último que supo de ella es que se había casado con el constructor de Oviedo con el que, más tarde lo supo, le había sido infiel. Se la imaginaba ahora cargada de niños, dedicándoles su existencia las veinticuatro horas del día, que es lo que ella siempre deseó, lo único que quería de la vida. «A la felicidad, a veces sólo es posible llegar desde un espíritu estúpido», se le ocurrió pensar.

Tal y como les había indicado aquella abuela dichosa, los guardias civiles hallaron enseguida el hotel. No podían creerse que les hubieran reservado dos habitaciones en vez de una, con vistas, frente a un mar brillante y una arena vacía sobrevolada por pandillas de gaviotas gritonas. «Esas cosas sólo son posibles en temporada baja», se felicitó Julián. Ya en su habitación, luminosa y con un mobiliario moderno y sencillo, salió a la pequeña terraza y experimentó un alivio en su ánimo cuando contempló aquel mar azul que lamía una gran playa bendecida por la soledad del otoño. En un extremo, muy cercano a su mirada, veía los torreones ocres del castillo emergiendo entre los pinos, colgados a su vez del acantilado, con sus troncos retorcidos, casi arrodillándose ante el Mediterráneo. Estaba disfrutando de un paisaje de postal y su espíritu se llenó de calma, como si sus entrañas flotaran en el aire y ninguna pesara más que una pluma. Pocas horas antes, durante el trayecto en coche desde Madrid, con la niebla lamiendo el asfalto y los ronquidos de Coira como única compañía, aferrado al timón de su mente había atravesado diversas tempestades sin que en ninguna de ellas hubiera logrado salvar de la deriva su barco imaginario. «Mi padre asesinado, mi madre muerta, el criminal libre y yo apresado en mi uniforme de guardia civil, condenado a cumplir órdenes, sin atreverme a saltarme el guion porque soy un maldito cobarde. Aquí tienes, Gastón Arbilar, mi tormenta perfecta», mascullaba Julián al volante, avanzando kilómetros entre la niebla helada de la noche. Pero ahora, a punto de darse una ducha caliente y purificadora, pensó que no todo estaba perdido; lo pensó sin mucha convicción, pero decidió plegarse al optimismo y a la paz que le llegaban del mar. No había dormido en toda la noche y, sin embargo, no tenía sueño.

Coira también estaba contemplando el paisaje marítimo desde la terraza de su habitación, exponiendo su rostro al sol y a la brisa, aspirando la fragancia del salitre, imaginando por un momento que se encontraba de vacaciones. Se sentía plenamente recuperado. La inflamación de su maxilar se había reducido de modo ostensible y ya no sentía dolor. Lamentaba no haberse turnado al volante con el teniente, pero agradecía aquel sueño tan profundo que convirtió en minutos las

largas horas de viaje desde la meseta. Cuando estaba persiguiendo con la mirada a una gaviota en su veloz vuelo en picado hacia el agua, que culminó clavando su cuerpo en el mar y ascendiendo con un pez apresado en el pico, un pitido en su teléfono móvil anunció la llegada de un mensaje. Era de Lola y era muy escueto: «Cuando quieras, pero por favor lo antes posible, recoge tus cosas de la casa. Ya las he colocado en unas cajas. Saludos». ¿Qué mensaje era aquél?, se preguntó, perplejo. Le resultó tan agresivo que podía oler su belicosidad entre las palabras. Si hasta aquel momento se había recreado con cierto deleite en los mensajes suplicantes de Lola, dispuesta a darle cuantas explicaciones fueran necesarias, permitiendo que él ejerciera el control moral sobre su decisión de abortar, ahora aquel control había dejado de pertenecerle. Tres golpes secos en la puerta de la habitación irrumpieron en su cerebro como una cristalería estrellándose contra el suelo. Era el teniente.

—Coira, le espero en la recepción del hotel —le dijo en voz alta desde el otro lado de la puerta—. Le doy cinco minutos. La hermana de Gastón no aparece.

Así era. Silvia Arbilar no había dormido en su domicilio, acababa de informar al teniente la sargento Baldellou de la Comandancia de la Guardia Civil de Gerona mediante una llamada al móvil. Durante toda la noche habían vigilado la casa y llamaron al timbre cuando amaneció, pero allí no respondía nadie.

—No hemos podido recabar hasta ahora muchos datos. Por lo visto es una mujer muy reservada y apenas se relaciona con el vecindario del edificio —le había comentado la sargento—. Lo que sí es seguro es que reside allí y que la vivienda es de su propiedad. La última vez que se la vio fue hace una semana, porque alguien recuerda habérsela cruzado en el portal.

Al escuchar aquellas palabras, Julián vio ensombrecerse el mar que tenía frente a él. Estaba recién duchado y fumando un pitillo en la terraza cuando recibió aquella llamada decepcionante.

—Sin embargo, mi teniente —prosiguió la sargento—, antes de que finalice el día sabremos más sobre su paradero.

—¿Por qué está tan segura?

—Viví varios años en Lloret y conozco a gente del pueblo. Seguro que alguien sabe algo sobre ella. Deme una hora y a ver qué consigo, si a usted le parece bien.

—En una hora nos vemos en el portal de la vivienda de Silvia Arbilar. Espero que me dé buenas noticias, sargento.

—Yo también lo espero. A sus órdenes, mi teniente.

Mientras descendía en el ascensor del hotel, a Julián le extrañó que le hubieran asignado en comisión de servicio a una mujer guardia civil. Además, por el timbre de su voz, imaginó que sería joven. Aquella seguridad que había

exhibido por teléfono le generó desconfianza. No se fiaba del entusiasmo de la juventud y de sus fuegos de artificio. Quizá, pensó, el capitán Díaz Visedo no había dejado lo suficientemente claro a los mandos de Gerona la gravedad del caso. Le preocupaba que el viaje hasta Lloret no hubiera servido para nada y tuviera que volverse como llegó, sin noticias sobre la hermana de Gastón. Lo único que reconfortaba su mente en aquellos momentos era pensar en Greta. Antes de emprender el viaje, había conseguido que un cabo de la Comandancia se hiciera cargo de su gata, pues ya tenía otras dos. A Julián ya no le costaba admitir que la echaba mucho de menos. Se había acostumbrado a su compañía e incluso ya empezaba a entender su lenguaje y a diferenciar sus maullidos, los que pedían la comida, los que exigían caricias o los que mostraban enfado, como sucedía cada vez que la encontraba dormida sobre su cama y la expulsaba del dormitorio. La quería, sí, pero no lo suficiente como para dormir con ella a sus pies. No deseaba acostumbrarla a demasiados privilegios, pues de lo contrario acabaría no reconociendo su autoridad. Pensando en Greta y en sus distintos tonos de maullido, Julián no oyó al recepcionista del hotel cuando le preguntó en qué podía ayudarle.

—¿Disculpe?

—Ha pulsado usted el timbre de la recepción y he acudido a atenderle.

No recordaba siquiera haberlo rozado. De hecho, jamás hubiera hecho algo así, pues consideraba que era una forma poco cortés de solicitar atención, en aquel hotel y en todos, sin aguardar un tiempo de espera prudencial. Él no llevaba allí ni un minuto. ¿Aquel lapsus se debía al estrés?, se preguntó. Detestaba la palabra *estresado*, pero a lo peor era lo que le estaba ocurriendo. El recepcionista le explicó cómo llegar a la calle Compositor Marià Obiols, donde había quedado con la sargento, y le indicó el trayecto hasta allí, a pocos minutos del hotel. Había tiempo suficiente para comer algo antes. Sentía su estómago vacío.

—Mi teniente, es posible que al enterarse por los medios de que se está buscando a Gastón se haya ido unos días hasta que pase la tormenta —comentó Coira en la cafetería del hotel, ante un bocadillo de pan con tomate y fuet—. No estará muy lejos, seguro.

—Usted da por hecho que no quiere involucrarse en lo que haya podido hacer su hermano, pero no ha pensado en todo lo contrario —dijo el teniente después de probar el pincho de tortilla que había pedido—. Puede que Silvia Arbilar haya desaparecido precisamente porque le está dando cobertura a Gastón en algún lugar, quién sabe si en Francia, en Orange, donde sabemos que vivieron durante años. Ni usted ni yo conocemos la relación que mantienen ambos. ¿O usted sí? Porque a lo mejor me he perdido algo.

—Tiene razón, mi teniente.

Coira ya había aprendido a leer entre líneas los estados de ánimo de su superior. En aquellos momentos estaba de mal humor. Después de un viaje tan largo desde Madrid, y con todo lo que le había sucedido en los últimos días, el cabo entendía que a su teniente le resultara frustrante no encontrar a Silvia Arbilar, pero le fastidiaba ser el blanco de sus ironías y sarcasmos, así que decidió no decir ni una sola palabra más. Él también estaba de mal humor. Lola lo había echado de casa cuando él todavía estaba planteándose si recomponer o no la relación. No había encontrado hasta entonces un momento de serenidad para decidir qué hacer, pero ahora ya era demasiado tarde. El pequeño piso que ambos compartieron durante los últimos dos años era propiedad de los padres de su novia, así que nada podía hacer contra esas cajas que le aguardaban con el mensaje final del adiós. Aquella Lola expeditiva que le había enviado el mensaje le parecía ahora una desconocida, alejada de la dulzura que le enamoró desde el primer instante, en aquella boda donde se conocieron, donde compartieron mesa y donde sólo tuvo ojos para ella. Su *princesa* había abandonado el castillo dando un brusco portazo y su orgullo de príncipe humillado le impedía montar a caballo y salir en su busca. Ni contestaría a su mensaje, ni la llamaría ni recogería por el momento las malditas cajas, decidió con resolución, con la herida supurándole y doliéndole pero sin ninguna intención de cerrarla.

—Termine el café de una vez, Coira. Se le va a fosilizar. ¿A qué planeta se ha ido usted? ¡Vamos, por Dios! —le apremió.

—Disculpe, mi teniente.

—Cualquiera diría que quien no ha dormido en toda la noche ha sido usted.

Las palmeras del paseo marítimo brillaban bajo la calidez del sol y sus copas danzaban con suavidad al ritmo que les marcaba la brisa. A pesar de la insólita ola de frío que recorría España durante aquellos días de octubre, en Lloret hacía calor, tanto que el teniente y Coira recorrieron en mangas de camisa, con las cazadoras al hombro, el trayecto hacia la vivienda de la hermana de Gastón. Caminaron un trecho junto al mar, acompañados por la agradable sonoridad de las olas y los graznidos de las gaviotas, para luego dejar el Mediterráneo a su espalda y adentrarse en las estrechas callejuelas de la localidad. Nadie diría que eran dos guardias civiles en una misión, porque caminaban con el paso lento y ensimismado de un turista, dejándose llevar por la inevitable excitación de descubrir un lugar por primera vez. Ambos se detuvieron a contemplar la iglesia de Sant Romà, sorprendidos por sus cúpulas y torretas revestidas de mosaicos de vivos colores bajo un intenso cielo azul, sin una sola nube que rompiera su armonía. Un cartel en varios idiomas les informó de que la iglesia fue construida a principios del siglo XVI, con arquitectura del «gótico catalán de transición al

Renacimiento», si bien en el siglo xx se decoró el exterior con un «estilo modernista de reminiscencias bizantinas, musulmanas y renacentistas».

—No entiendo nada de lo que pone el cartel, pero la iglesia es genial, mi teniente —se atrevió a comentar Coira, a pesar de haberse prometido no despegar los labios durante el recorrido.

—¿Ha dicho usted una iglesia *genial*? Sólo le falta añadir que es *chachi piruli*. Por favor, hable con propiedad o no diga nada.

Al menos aquel día, el cabo no iba a acertar en nada de lo que dijera. Además, se sentía especialmente torpe: Lola ocupaba todo su pensamiento. Reanudaron la marcha y se adentraron en la calle peatonal de Sant Pere, una de las más turísticas de la localidad, les había comentado el recepcionista del hotel. Julián se la imaginó en agosto, repleta de veraneantes con chanclas y sombreros mexicanos y con el aire apesado por efluvios de hamburguesas a la plancha, patatas fritas con mayonesa y crema solar. Ahora, sin embargo, transitaba poca gente y la mayoría iba vestida con colores discretos, por lo cual supuso que se trataba de lugareños. Había muchas tiendas, pero la mayoría estaban cerradas. Sólo unas pocas, con paquistaníes aburridos en la entrada, aguardaban con paciencia la llegada de algún turista. Tresser y Coira no tardaron en llegar al punto de destino. A pocos metros de la estación de autobuses, y el lógico tránsito que ocasiona, sin embargo la calle Compositor Marià Obiols y sus alledaños aparecían vacías. Cuando llegaron, apenas se cruzaron con un par de viandantes y la mayoría de los negocios, salvo un estanco, una tienda de ropa y una peluquería, también estaban cerrados. Daba la sensación de que aquel pueblo costero vivía durante los meses fríos en un limbo, a la espera de la redención del verano.

El edificio donde residía Silvia Arbilar era un bloque de cinco plantas. No tenía más de veinte años de antigüedad y estaba a pocos minutos del mar, por lo que el teniente supuso que la hermana de Gastón disfrutaba de una jubilación más que decente. Aquellas viviendas no parecían baratas. Únicamente los pisos que hacían chaflán disponían de terraza, y uno de ellos correspondía al de Silvia, en la cuarta y última planta. Las persianas, en efecto, se hallaban bajadas, pero colgaban varias flores de la barandilla, por lo que el teniente dedujo que alguien estaría regando las plantas en su ausencia. Mientras ambos guardias civiles observaban la terraza, vieron cómo una mujer se asomaba a la calle desde la del tercer piso y los observaba. Unos segundos después, sonaba el móvil de Tresser.

—Mi teniente, ¿me ve? Yo le estoy viendo a usted. Soy la sargento Baldellou. Estoy hablando con el señor Ovidio. Ahora les explico quién es. Bajo al portal, no tardo nada.

Instantes después, aquella guardia civil se presentaba ante ellos. Era una mujer

que ya rozaba los cuarenta años, pero con las facciones suaves y dulces de una jovencita, una figura delgada y grácil y una larga melena morena recogida en una coleta. Además era alta, unos centímetros más que Tresser y Coira, lo cual les incomodó.

—Creo que tengo buenas noticias —informó—. Ha dado la casualidad de que en el edificio vive el señor Ovidio, que fue comandante del puesto de Lloret hace ya muchos años y al que conozco porque es amigo de mi padre, también guardia civil jubilado. Ambos suelen jugar a las cartas en el casal, el hogar de mayores, y a veces me acerco hasta allí para tomarme un café con ellos. El señor Ovidio es una persona muy querida y respetada en Lloret y cuando he visto su nombre en el buzón esta mañana, pues no sabía que vivía en este edificio, me he dicho: bendita casualidad. No lo he localizado hasta ahora porque ha pasado la mañana en Blanes, el pueblo de al lado. Y resulta que, otra bendita casualidad, hablando con él y con su mujer, Josefina, me acaban de comentar que, aunque apenas tienen trato con Silvia Arbilar, salvo los saludos de cortesía cuando coinciden en el ascensor, sí saben que tiene una asistenta un día a la semana porque es la misma que la de su nuera. La chica se llama Ivana y trabaja también como camarera todos los mediodías en la pizzería Mamma Maria, al final del paseo marítimo.

—Vamos para allá —dijo el teniente con decisión.

—La reconoceremos con facilidad porque, por lo visto, lleva el pelo de color rosa —comentó la guardia civil.

La sargento Baldellou apenas les dejó de hablar durante el trayecto hasta la pizzería. Parecía tratarse de una de esas personas, pensó Coira, a las que les desagrada permanecer en silencio con alguien a quien acaban de conocer y necesitan mantener una conversación para rellenar un vacío que no soportan. No vestía de uniforme, sino unos vaqueros, un jersey blanco de cuello alto, botines con tacón y un abrigo largo de color negro. El conjunto le sentaba bien. A Coira le pareció una mujer atractiva, mientras que el teniente sólo se fijó en lo mucho que le molestaba su locuacidad.

—Lloret está un poco muerto en esta época —les comentó mientras se adentraban en el paseo marítimo—, pero en un par de meses vendrán los turistas navideños, aunque tampoco son muchos. Nada en comparación con lo que es esto en verano, claro. A mí me da pena que un lugar tan bonito como éste, donde yo nací, aunque mis padres son de Graus, en Huesca —recalcó—, se llene en verano de un turismo de tan baja calidad, tan tirado y tan borracho.

—Sí, es una pena —comentó Tresser por decir algo, aunque sólo fuera para cortar el monólogo de la sargento. No lo consiguió.

—Sin embargo, yo paso un par de semanas aquí cada mes de julio, en casa de

mis padres, para las fiestas, pues vivo en Gerona, y les aseguro que en las terrazas del paseo se está de maravilla, porque a los turistas de borrachera esta zona les parece cara y todos se concentran en la riera del pueblo, donde está la marcha y venden alcohol barato, la mayoría de garrafón. Así que, desde aquí, desde este bonito paseo donde ahora estamos, frente al mar, ni se les ve ni se les oye en pleno verano, es como si no existieran. Parece imposible, pero Lloret tiene estas cosas.

La pizzería Mamma Maria se hallaba a pocos metros del hotel donde se alojaban los dos agentes, a los pies del castillo, en un recoveco del paseo desde donde podía divisarse a escasos metros cómo las olas espumaban las rocas. Mientras se acercaban al lugar, Tresser y Coira alzaron la vista hacia el castillo, del que ahora tenían una bonita vista en escorzo, con sus torres almenadas y su pequeña muralla.

—No piensen que es medieval, aunque lo parezca —comentó la sargento al ver cómo los dos agentes observaban la edificación—. No tiene ni un siglo de antigüedad. Lo edificó después de la Guerra Civil un fabricante de galletas. Siempre me ha sorprendido que unas galletas dieran para tanto. No sé si sigue perteneciendo a la familia, pero en todo caso es un castillo privado y, a pesar de ello, es el emblema de Lloret. Aunque no lo podamos disfrutar, de alguna manera lo hacemos nuestro —afirmó con orgullo mientras se disponían a entrar en la pizzería.

Podría decirse que los pocos turistas que hubiera en Lloret en aquel mes de octubre estaban casi todos en Mamma Maria, pues el local se encontraba bastante lleno ese mediodía. Tuvieron suerte y hallaron una mesa en la amplia terraza cubierta frente al mar. Una familia con dos pequeños acababa de abandonarla y un camarero les indicó con un gesto que podían ocuparla. Sobre el mantel resultaba evidente que allí habían comido niños, por las manchas de ketchup, la proliferación de bolitas de miga de pan, algún trozo de *pizza* fuera del plato y dos vasos sucios y pegajosos. Los tres guardias civiles se sentaron alrededor de aquella abigarrada mesa, donde apenas quedaba sitio para apoyar los codos sobre el mantel, y buscaron con sus miradas a la camarera de cabellos rosas.

—¿Le parece, mi teniente, que me acerque a la barra para asegurarnos de que está aquí? —preguntó la sargento Baldellou.

—Hágalo, pero sea discreta. No es cuestión de asustarla diciéndole que la esperan en la terraza tres guardias civiles.

Julián continuaba desconfiando de la valía de aquella mujer pizpireta de voz aguda y cantarina. Miró a Coira, sentado a la mesa frente a él, y lo encontró con la mirada perdida en el horizonte marino. Desde que habían salido del hotel lo

notaba descentrado, ensimismado. Lo atribuyó a la cantidad de antiinflamatorios y analgésicos que estaba tomando, pero no podía permitirse tener a medio guardia civil. Necesitaba uno entero.

—Coira, no sé qué le ocurre, pero tengo la impresión de que no está aquí y entonces no me sirve para nada. Como siga usted así, le mando ahora mismo al hotel con la orden de no salir de allí hasta que abandonemos Lloret y, cuando lleguemos a Madrid, le tiraré a la basura. ¿Le queda claro?

A Coira le dolió aquel comentario de su superior. Y además, ¿tanto se le notaba que no podía expulsar a Lola de su mente, por más que lo intentara? Quería hundirla y fantaseaba con varias maneras de hacerlo, pero tendría que detener su obsesión si no quería arriesgarse a convertirse de nuevo en un chupatintas.

—No sé por qué dice eso, mi teniente. Estoy muy centrado y a sus órdenes.

—A ver si es verdad. No me ponga a prueba.

Baldellou llegó a la mesa y se sentó junto al teniente.

—Viene ahora mismo. Está en la cocina.

—Supongo que habrá sido usted discreta, sargento.

—Por supuesto. Confíe en mí.

—Ahí está —dijo Coira instantes después.

Ciertamente, ahí estaba, saliendo de la cocina y sorteando sillas, mesas y clientes con una gran *pizza* entre sus manos. En efecto, resultaba fácil identificarla: su llamativo cabello de color chicle destacaba entre todas las cabezas. El teniente esperó a que sirviera la *pizza* y le hizo una señal levantando el brazo.

—¡Ahora les atiendo! Un minuto, por favor —les contestó la mujer desde cinco mesas más allá.

—¿La interroga usted, mi teniente? —preguntó la sargento.

—Empiece usted, Baldellou, y si es necesario continuaré yo.

Una vez más, Coira era el convidado de piedra. ¿Para qué le había abroncado el teniente, si ahora ambos le ignoraban? Deseó que aquella guardia civil comenzara con mal pie, con alguna torpeza que la dejara en evidencia, pero no fue así. Cuando la camarera se acercó a la mesa, con una bandeja vacía en una mano y un bloc de comandas en la otra, Baldellou no le dejó abrir la boca ni para saludarlos.

—Usted es Ivana, ¿no?

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó, sorprendida.

Ahora que la tenían cerca, descubrieron que sus largos cabellos rosas tenían además reflejos malva. Llevaba el pelo suelto, largo y lacio, sujetado con sendas horquillas rojas a la altura de las sienes, con un rostro anguloso de boca diminuta

y carnosa, como la de un pez, una nariz tan leve que sólo destacaban los orificios nasales y unos grandísimos, enormes, ojos negros. Aunque ninguna de sus facciones era bonita por sí sola, su rostro, en conjunto, exhibía una belleza extraña. Al teniente incluso le resultó inquietante.

—Ivana, somos agentes de la Guardia Civil, pero no se asuste, no es nada contra usted. Tengo mi mano sobre la mesa y voy a levantarla ligeramente para que vea mi identificación. —Y así lo hizo—. ¿La ha visto? Esto lo hago porque no queremos comprometerla en su trabajo y vamos a ser discretos. Queremos hacerle unas preguntas, sólo serán unos minutos. Tengo entendido que usted es asistente doméstica de Silvia Arbilar, ¿es así?

—Sí, voy a su casa una vez por semana —contestó con un ligero acento eslavo—. ¿Cómo saben ustedes eso?

—Limítese a contestar a lo que yo le pregunte. ¿Hace mucho tiempo que trabaja para ella? —continuó la sargento.

—Desde hace dos años. Tiene artrosis en las rodillas y no puede ocuparse de la limpieza. ¿De qué va esto?

—Necesitamos saber dónde está, es muy importante. No me pregunte el motivo, porque no podemos informarle, pero sí le diré que Silvia Arbilar no ha hecho nada malo ni ha cometido ningún delito. Sólo queremos saber su paradero, porque en su domicilio no está. Contésteme y podrá volver a su trabajo enseguida.

—Ahora mismo se halla ingresada en una clínica de reposo. Hace una semana... —La camarera detuvo sus palabras; se notaba que le incomodaba la situación—. Ahora mismo no puedo contarles toda la historia, el restaurante está lleno y sólo estamos otro camarero y yo.

—Pues empiece a hacerlo mientras recoge esta mesa —le ordenó el teniente—. Hay suficientes platos y vasos para entretenerse unos minutos. No pierda el tiempo ni nos lo haga perder a nosotros.

La camarera clavó sus enormes ojos negros en el teniente:

—Usted lleva un infierno dentro.

—¿Disculpe?

Al teniente ya se le había agotado la paciencia antes de comenzar y aquella ocurrencia del infierno no contribuía a mejorar la situación. Además, había escuchado «clínica de reposo» y no tenía dudas de lo que era realmente. «Otra vez a pelear contra los psiquiatras», se lamentó. Debía estar preparado para afrontar negativas, más o menos las mismas que le dio la doctora Adelaida Mabrán cuando hospitalizaron a Sara. Pero no se iría de Lloret hasta lograr hablar con Silvia.

—Ivana, no estamos aquí para escuchar sus tonterías. A lo mejor prefiere que

la interroguemos en la Comandancia —terció Baldellou con un tono de voz duro y enérgico, muy alejado de aquél suave y locuaz que había mostrado ante sus compañeros.

La camarera ablandó el gesto adusto que había mantenido hasta entonces y se avino a colaborar.

—Vale, acabemos con esto de una vez. Hace una semana, Silvia tuvo un ataque de ansiedad e ingresó en la clínica Sol Viu —comenzó a relatar mientras recogía la mesa sin ahorrarles el ruido al manipular la vajilla—. Llevaba varios días sin dormir. Al final sufrió una especie de crisis respiratoria y por lo visto llamó a esa clínica y la vinieron a recoger.

—¿Y cómo sabe usted todo eso? —preguntó la sargento.

—Me llamó por teléfono una enfermera y me lo explicó. Me dijo que le llevara algunas cosas y me dieron el recado de que le regara sus plantas durante su ausencia. Ella no tiene ningún familiar vivo y tampoco tiene amigos, por eso imagino que les dio mi número a los de la clínica.

—¿La ha visitado allí?

—Le llevé sus cosas, pero no me dejaron verla ni me dieron más información sobre su estado. Sólo me comentaron lo que les he dicho y me pidieron, de parte de Silvia, que fuera discreta y no comentara nada a nadie.

—¿Dónde está esa clínica? —preguntó el teniente.

—Cerca de aquí, en una urbanización de la carretera a Tossa de Mar —respondió la joven, esta vez sin mirarle a los ojos. Con los platos y vasos ya en la bandeja, la posó sobre la mesa, cogió su libreta de comandas y comenzó a escribir.

—Les apunto la dirección y me voy. Porque puedo irme ya, ¿no?

—Sólo un minuto más —la retuvo Baldellou—. Ha dicho usted que Silvia Arbilar no tiene familia. ¿Eso le ha contado ella?

—Me dijo que sus padres murieron hace tiempo y no tiene hermanos, pero yo intuyo que no es cierto. Hay alguien que la acecha desde la oscuridad. Es una mujer desgraciada, muy desgraciada diría yo. Lleva un infierno dentro, como usted —insistió otra vez ante el teniente, mirándole de frente—. Tengo una sensibilidad especial para ver el interior de las personas.

—Limítese a contestar a lo que se le pregunta, de lo contrario va a tener problemas —le amenazó Tresser, deseando salir inmediatamente de allí para dirigirse hacia la clínica.

Ivana arrancó de cuajo la hoja del bloc y, en vez de entregársela al teniente o a la sargento, se la dio a Coira.

—Aquí tiene. —Le tendió el papel—. A usted sólo le diré que debe dejarla ir si no quiere vivir envenenado. Ya sabe de quién le hablo. Y ahora, si me lo

permiten, me voy. No me siento cómoda entre ustedes. Si quieren tomar algo, llamen al otro camarero. Buenas tardes, agentes.

Ivana cogió la bandeja y atravesó el restaurante hasta que su melena rosa desapareció tras la puerta de la cocina.

Coira era gallego y no daba la espalda a las supersticiones, aunque no creyera en ellas ni rigieran su vida, pero aquella extravagante mujer había acertado, no sabía si por casualidad: el amor por Lola lo estaba envenenando. Sin embargo, no podía dejarla ir. Se sentía incapaz de hacerlo. El teniente, por su parte, no le había concedido la menor importancia a aquel infierno que llevaba dentro, según Ivana. «Todos tenemos uno alguna vez en la vida y, cuando eso sucede, se nos nota en la cara. No me vas a impresionar con tus chorradas ni hemos venido aquí a escucharlas», le hubiera gustado decirle a la camarera, pero desistió porque tenía cosas más importantes en las que pensar. Estaba más que habituado a tratar con personas que creían tener poderes especiales y se presentaban voluntariamente en la Guardia Civil para encontrar gente desaparecida, armadas con amuletos o relatando sueños premonitorios; pero no le impresionaban, pues no hacían otra cosa que manejar lugares comunes con habilidad. Lo más importante ahora, pensó mientras se dirigía con sus acompañantes hacia el coche, es que habían salido del restaurante con una dirección escrita en un papel.

Aunque Ivana les había indicado que la clínica estaba cerca, les costó encontrar el desvío hacia la urbanización Els Belgues donde se hallaba, en la carretera de Lloret a Tossa de Mar, tras una sucesión interminable de curvas muy cerradas que bordeaban los acantilados sobre el mar. A pesar de que el vehículo disponía de navegador, por algún motivo el GPS no les avisó de que se encontraban a pocos metros del desvío y pasaron de largo. Dieron la vuelta en uno de los miradores de la carretera, con hermosas vistas pero sin tiempo para disfrutar de ellas, y, esta vez sí, encontraron el estrecho camino, cuesta arriba, que les conduciría a la urbanización, formada por no más de diez viviendas independientes en la ladera de la montaña, semiocultas entre cipreses y pinos mediterráneos.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Tresser, Coira y Baldellou entraron en la clínica, un chalé de forma hexaédrica, un enorme dado blanco que alteraba la rusticidad de los pinares que lo rodeaban. El amplio recibidor, con una gran pared de cristal que se asomaba al mar, sólo albergaba un mostrador por todo mobiliario y una recepcionista tras él, que les recibió con una sonrisa tan amable como distante. Los tres guardias civiles se identificaron y solicitaron hablar con el médico que estuviera a cargo. Aguardaron casi un cuarto de hora hasta que apareció el doctor Girard, un hombre joven de tez muy blanca y cabello pelirrojo que hablaba un español correcto con acento francés. Cuando se identificaron y le

explicaron el motivo de su visita, no retrasó ni un segundo su respuesta:

—La señora Arbilar está bajo tratamiento y nada puede alterar su estado de ánimo, que es precario ahora mismo. Lo siento, pero no puede ser.

—Pues tendrá que ser. Es testigo de una investigación policial y tiene una información muy importante para nosotros. —El teniente no estaba dispuesto a rendirse y tenía su arsenal preparado—. Si es necesario, doctor Girard, nos la llevaremos ahora mismo a declarar a la Comandancia de Gerona.

—Y yo me opondré a eso como médico, porque es una persona enferma.

—Entonces solicitaremos una orden judicial para poder interrogarla. A la espera de que llegue, no tendremos más remedio que alterar la paz y la tranquilidad de la clínica, ya que su paciente es familiar directo de alguien a quien estamos buscando por delitos muy graves y tendremos que someter a vigilancia el edificio, con coches patrulla día y noche para garantizar la seguridad de la señora Arbilar. Eso es lo que sucederá. Créame que lo más sencillo será que me deje verla. No le diga que soy teniente de la Guardia Civil, dígale, simplemente, que Julián Tresser está aquí y quiere visitarla. Eso será suficiente.

Tras recapacitar unos instantes, el doctor se avino a la petición, pero con una advertencia:

—Si la visita afecta de modo grave a la señora Arbilar, yo también les haré responsables a ustedes ante un juez, porque mientras ella permanezca en la clínica soy responsable de su estado. Es importante que lo entiendan así.

—Y así lo entendemos. Gracias —replicó el teniente con un tono de voz rutinario que no se molestó en ocultar.

El doctor aún los obligó a esperar un cuarto de hora más, el tiempo que tardó en hablar con Silvia Arbilar para informarle de la situación. Transcurridos esos minutos, Tresser y Coira, acompañados del doctor, estaban a punto de entrar en la habitación de Silvia Arbilar, mientras la sargento Baldellou aguardaba en una sala de espera. Antes, hubo que salvar otro escollo:

—Le he dicho a Silvia que sólo la visitaría usted y ahora me dice que le acompañará otro agente. Está abusando de mi confianza, teniente, tengo que decírselo —se quejó el médico.

—El cabo Coira viene conmigo para que sea testigo de todo lo que nos cuente la señora Arbilar, de lo contrario sería su palabra contra la mía en una futura declaración judicial. Y le digo todo esto porque posiblemente no pueda grabar la conversación, ya que ella tendría que dar su consentimiento y puede ser que no lo haga, dada su fragilidad emocional. Sólo hago lo correcto, doctor.

—Tienen ustedes diez minutos, ni uno más.

—Así será, gracias. Coira, espere en el pasillo hasta que le llame —le dijo

mientras abría la puerta de la habitación—. Antes quiero saludarla unos minutos a solas.

—A sus órdenes, mi teniente —contestó el cabo entrecerrando la puerta.

Una vez que lo hizo, se aseguró de que el médico no permaneciera en el pasillo:

—No es necesario que espere aquí, doctor Girard. No queremos entretenerle y seguro que tiene cosas más importantes que hacer durante los próximos minutos.

Julián imaginaba que encontraría a su antigua niñera en camión, sobre la cama o sentada frente a la ventana con la actitud lánguida y melancólica de los espíritus depresivos, pero ella le estaba esperando frente a la puerta, de pie, vestida con jersey de cuello alto y unos pantalones de tela, con la emoción de quien recibe a alguien cuyo encuentro es largamente esperado.

—Julián... —musitó mientras se acercaba a él—. Sigues teniendo tus bonitos ojos verdes, eso no ha cambiado.

Silvia no supo si abrazarle o estrecharle la mano. Finalmente optó por invitarle a sentarse en una de las dos pequeñas butacas de la habitación, desde las que se veía un mar difuminado por la lejanía. A pesar de que Julián no recordaba a su antigua niñera, tampoco su rostro le resultaba del todo desconocido, por lo que supuso que algún pequeño trazo de la memoria visual de la infancia había sobrevivido en un recóndito rincón de su mente. Sí, se parecía a Gastón. Sin embargo, como ya había observado el día anterior en la foto de carné que le mostró su capitán, no percibía en ella ningún rasgo concreto que compartiera con su hermano. Era una sexagenaria cuya edad había sido benévola con su físico, puesto que su rostro, ligeramente maquillado, mostraba una tersura fresca y vivaz.

—Me ha sorprendido tu visita. Ha pasado tanto tiempo que ya me había hecho a la idea de que no te vería más. ¿Cómo has sabido que estoy aquí? —preguntó, ya acomodada en la butaca. El tono de voz era dulce, pero sus ojos miraban con extrañeza a su interlocutor.

—Silvia, no estoy aquí de visita, sino debido a una investigación. Soy teniente de la Guardia Civil. Gastón ha cometido delitos muy graves que ahora te explicaré. —Había decidido tutearla para romper todas las barreras que pudiera haber levantado el transcurso del tiempo—. Me hago cargo de que tu estado es delicado, pero me ha parecido mejor que hables conmigo a que tengas que declarar en la Comandancia. No tenemos mucho tiempo, así que te pediría que me cuentes todo lo que sabes. ¿Dónde está?

—¿Qué ha hecho? —Su mirada se ensombreció repentinamente.

—Vayamos por partes. Primero responde a mis preguntas.

El teniente se acercó hasta la puerta y la abrió, indicando a su subordinado que

entrara, lo cual hizo enseguida.

—Éste es el cabo Coira, que permanecerá con nosotros durante toda la conversación.

—Buenas tardes, señora —la saludó mientras acercaba una silla a las dos butacas; pero ella no le contestó. Se la notaba aturdida.

Ambos agentes tomaron asiento y ella parecía no atreverse a hablar, porque se mantenía en un tenso silencio.

—Vamos, Silvia, dime dónde está —le urgió el teniente.

—Mi peor pesadilla se ha hecho realidad —musitó la mujer.

—Si por algún motivo tuvieras miedo de tu hermano, te protegeré de él, pero si no conozco la verdad, no podremos ayudarte.

—No sé por dónde empezar ni si tendré fuerzas para hacerlo.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—Hace treinta años quizá, no lo sé exactamente, pero hace mucho tiempo.

—¿Y no has mantenido desde entonces ningún contacto con él?

—Sí, por teléfono. En estos últimos años me ha llamado varias veces, sólo para que yo supiera que me tiene localizada, para intimidarme. Sabe que no deseo saber nada de él. Me cambié a un móvil de prepago y di el nombre de una amiga para que no me llamara más, y durante el último año no he sabido de él. Hasta hace una semana. Un hombre al que no conocía de nada me paró por la calle y me entregó un papel con un número de teléfono escrito. Me dijo que si antes de una hora no llamaba a Gastón, tendría problemas.

—¿Y le llamaste?

—Por supuesto. Es una persona terrible, me atemoriza. Hablé unos minutos con él y me dijo que se iba a vivir a Aguas, porque tenía una hija adolescente y quería cambiar de vida. No sé por qué me contó todo eso, porque en treinta años no he sabido prácticamente de él. Todo me resultó bastante extraño. Pero es que además me dijo que te iba a comprar la casa del pueblo y que estaba invitada a ir a conocer a la niña. ¡Que te iba a comprar precisamente a ti la casa! —exclamó con indignación—. Eso lo recibí como si me hubieran dado un fuerte golpe en la cabeza. Me quedé tan aturdida que le dije que no me encontraba bien y colgué el teléfono. Era verdad, porque inmediatamente sufrí un ataque de ansiedad, me costaba respirar y llamé enseguida al doctor Girard. Tengo depresiones desde hace años y pago una cantidad mensual a esta clínica para que me atiendan cada vez que sufro una crisis. No es barata, pero tengo mis ahorros y me merece la pena el esfuerzo económico. Es un lugar apartado y los pacientes no nos vemos nunca, así que cada uno podemos guardar nuestros propios secretos, por decirlo de algún modo.

—¿Por qué te afectó tanto que me quisiera comprar la casa familiar de Aguas?

—Entonces, ¿es verdad?

—Sí, lo es. No sé la razón de ese empeño, por qué esa casa y no otra. ¿Sabías que mi padre no se suicidó, sino que posiblemente lo asesinó él?

Julián guardaba esa pregunta para más tarde, porque había hecho un croquis mental de la progresión del interrogatorio y en aquel momento no procedía, pero su mente corrió más veloz que sus planes.

—Sé que no fue un suicidio. —Silvia cerró los ojos durante unos instantes. Al abrirlos, su rostro parecía desencajado—. Necesito beber un poco de agua. Tengo una pequeña botella en la mesilla.

—Coira, haga el favor.

—Por supuesto, mi teniente.

La mujer bebió dos sorbos y miró a Julián de un modo inmensamente triste.

—Tu padre fue la persona más extraordinaria que he conocido jamás.

—¿Lo mató Gastón?

—Sí —contestó con inesperada rapidez.

—¿Por qué?

Silvia volvió su rostro hacia la pared, huyendo de su mirada. Fue en el instante en el que ella se colocó levemente de perfil cuando una antigua imagen retornó con fuerza a la mente de Julián y otra pregunta no planeada salió de sus labios sin que él pudiera impedirlo:

—¿Eres tú Nené?

Sí, era ella, la mujer que se besaba con su padre apoyada en el fregadero de la cocina. Hasta aquel momento no supo de quién se trataba. Ahora ya tenía la certeza. Habían pasado más de tres décadas, pero al observar a Silvia en aquel preciso momento reconoció su rostro. «Nené Nené Nené Nené» había escrito su padre decenas de veces sobre un papel con una estilográfica de tinta verde. Ahí estaba, ante él, la mujer que posiblemente había desencadenado todos los cataclismos de su vida.

—Responde. ¿Eres tú Nené?

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó, de nuevo desconcertada.

—¿Erais amantes tú y mi padre?

La pregunta era pura retórica. Ya sabía la respuesta. Julián se sintió como un potro desbocado, corriendo sin rumbo, desorientado, camino de las tinieblas. Coira, por su parte, asistía perplejo a aquella revelación y casi podía percibir cómo latía la sangre en los ojos del teniente, quien miraba a Silvia con desprecio y decepción a la vez.

—Soy una muerta en vida, Julián, aunque sé que eso no te compensa. Has venido buscando respuestas y estoy obligada a dártelas, por todo el daño que he causado.

—No imaginas lo brutal que es ese daño. Mi madre murió pensando que su marido era un depravado violador de niñas, cuando sólo le fue infiel, y eso a lo mejor sí se lo hubiera perdonado. ¿Eres consciente del dolor que has causado a mi familia? —exclamó Julián mientras se levantaba de la silla y, de pie, exhibía su corpulencia frente a su antigua niñera.

Coira temió que su superior perdiera la compostura. Había elevado el tono de voz, lo cual podría alertar al doctor o a alguna enfermera. Silvia, sin embargo, permanecía sentada, empequeñecida en su butaca.

—Mi teniente, si quiere salga unos minutos para recuperar la calma.

—No es necesario —afirmó mientras volvía a sentarse, clavando su mirada hostil sobre la mujer.

—Prosiga, señora Arbilar, vamos —la apremió Coira.

Durante largos y tensos minutos, que ninguno de los tres supo o quiso cuantificar, Silvia relató:

—Tu madre siempre estuvo frágil de salud, ya lo sabes, por las anemias que padecía. Un verano me enteré de que buscaba una chica en el pueblo para ayudarla en la casa. Yo era muy jovencita, pero en aquella época era muy normal que los adolescentes trabajaran, así que me ofrecí porque era un modo de aportar dinero a mi familia. Veranear un mes en el pueblo era algo irrenunciable para mis padres, pues se vieron obligados a emigrar a Francia tras la Guerra Civil y echaban mucho de menos su tierra, pero eso costaba un dinero que yo no quería que saliera de los ahorros de toda una vida. Sucedió el primero de los veranos que comencé a trabajar con tu familia. Tú no habías nacido, Julián, por supuesto. Era el 11 de agosto de 1956, lo recuerdo como si fuera ayer mismo. Ya llevaba unos días trabajando en la casa cuando llegó tu padre desde Madrid, cargado con varias maletas que no habían cabido en el coche durante el primer viaje. No lo había visto nunca en el pueblo hasta aquel momento, o no me fijé, quizá porque me doblaba la edad. Yo tenía quince años y él, treinta y uno. Sin embargo, no sé cómo ocurrió, pero sentimos algo especial el uno por el otro. Lo notábamos los dos, no voy a entrar en detalles para no causarte más dolor, pero acabamos enamorándonos. Nunca le pregunté qué sentía por tu madre ni él tampoco la mencionó jamás, era un tema tabú entre nosotros, pero yo sabía que él la quería, que le tenía mucho cariño, aunque se trataba de un sentimiento distinto. No pudimos evitar amarnos, a pesar de lo mucho que intentamos alejarnos el uno del otro. Cortábamos la relación constantemente, escribiéndonos cartas de adiós que dejábamos enterradas bajo una piedra de una era del pueblo, pero fue inútil y el amor pudo más que la culpa. Sí, él me llamaba Nené, como la hermana de la emperatriz Sissi, la que tenía que haberse casado con el emperador. No era tan bella y fue la gran perdedora, traicionada por su propia hermana. Aquel patito

feo me inspiraba mucha ternura y Julián acabó llamándome a mí también Nené, puesto que yo insistía mucho en aquella historia. Concertaron su matrimonio, enviudó muy joven, vio morir a dos de sus cuatro hijos y hubo periodos de su vida en los que perdió la razón. Una mujer desgraciada, en fin, como otras tantas, como yo misma. En noviembre, ya en Francia, en Orange, donde mis padres trabajaban como guardeses en una finca a las afueras de la ciudad, supe que estaba embarazada. ¿A dónde iba a ir yo con un hijo a los quince años? En aquella época, los años cincuenta, el aborto estaba prohibido en Francia, y no digamos en España. Aun así, yo estaba decidida a hacerlo y Julián reunió el dinero suficiente, que era mucho. Sin embargo, me eché atrás en el último momento, sin saber por qué. Aquél fue mi gran error, me arrepentiré de por vida, porque parí un monstruo, el ser más maligno que he conocido.

—¿Me estás diciendo que Gastón es tu hijo y, por tanto, mi hermano?

—Sé que enterarte de esto te causará un daño inimaginable.

Julián, que continuaba de pie, se acercó a la ventana, donde permaneció en silencio, sin mover un músculo. Coira estaba desconcertado y no sabía qué hacer, si posponer la conversación y consultar al capitán o esperar la reacción del teniente y actuar sobre la marcha. Silvia había empezado a llorar en silencio, sin un quejido, petrificada, como una estatua sedente. En aquella habitación nadie parecía saber cómo afrontar el minuto siguiente.

—Continúa —le ordenó Julián a la mujer sin moverse de la ventana, dándole la espalda.

—¿Cómo?

—¡Que continúes, maldita sea! —le gritó.

Silvia se entretuvo unos instantes sonándose la nariz con un pañuelo que extrajo del bolsillo de su pantalón. Intentaba de aquel modo dilatar el momento de reanudar su relato, pero finalmente no tuvo más remedio que proseguir:

—Para mis padres aquello fue terrible y nunca me perdonaron que siguiera adelante con el embarazo. Como sucedía en aquella época en tantas familias, hicieron pasar a mi hijo como suyo. Julián se ofreció a pagar una manutención al bebé, pero mi padre se negó, no quería saber nada de él, porque tampoco le perdonó que me dejara embarazada. Lo entendí, claro. A pesar de todo lo que sucedió, continué trabajando en tu casa, aunque mi padre me lo había prohibido. Me inventé una excusa y le dije a tu madre que no podía seguir, pero ella insistió tanto en que me quedara que al final accedí. Seguía con su anemia y necesitaba mi ayuda, y más aún cuando cinco años después naciste tú, Julián. Tu madre siempre fue muy cordial conmigo y yo necesitaba el dinero. Dios me perdone.

—¿Continuaste la relación con mi padre cuando yo nací? —le preguntó Julián, ahora vuelto hacia ella desde la ventana, mirándole a los ojos con un

severo tono de reproche.

—No —contestó Silvia, rehuendo su mirada.

—Mientes. De pequeño os vi a ti y a mi padre besándoos en la cocina.

—Eso es imposible. Rompimos la relación antes de que yo diera a luz. Nos sentíamos tan culpables que no fuimos capaces de proseguir. Estábamos marcados desde el principio, era cuestión de tiempo.

Exactamente así le habría gustado a Silvia que hubiera sucedido, por lo que no le costó relatar algo que nunca ocurrió. Se consideraba incapaz de confesarle la verdad para no causarle aún mayor dolor. En realidad, ambos continuaron la relación, no sin tormento, hasta que Julián fue asesinado por Gastón.

—Pues insisto en que yo os vi, desde la despensa. Yo tendría unos seis años —perseveró Julián.

—Quizá imaginaste que fue así. Eras muy pequeño y a esa edad la fantasía fabrica recuerdos que nunca existieron. A mí me ha ocurrido, creo que a todos nos ha pasado alguna vez durante la niñez.

—Déjalo correr, Silvia —se rindió Julián. Por mucho que lo intentara, no lograría que le contara la verdad, que para él resultaba incuestionable: prosiguieron la relación durante años, quizá incluso hasta la muerte de su padre.

—Llevo toda mi vida pagando mis pecados, que ya ves que son muchos. Comencé a pagarlos cuando nació Gastón. Fue conflictivo ya desde que era un bebé. Apenas dormía, mamaba mi leche con una avidez y agresividad que no eran normales y apenas sonreía, siempre estaba enfadado, lo cual tampoco era normal. Cuando creció, llegaron la ira, los escupitajos y las patadas sin motivo, a mis padres y a mí, a los niños de la escuela y a los profesores. Al entrar en la adolescencia, nos tenía atemorizados, tanto que acabamos por echar el cerrojo en nuestros dormitorios cada noche. Se comportaba como un monstruo, nos amedrentaba, era muy violento y tenía una fuerza bruta. Fue aquella mañana fatídica de agosto de 1973 cuando Gastón, que ya había cumplido los dieciséis, se enteró de quién era realmente su padre. Escuchó a hurtadillas una conversación familiar, luego lo supimos, y salió corriendo de la casa, fuera de sí. Nunca imaginé que tu padre estuviera en peligro en aquel momento. Si lo hubiera sospechado, quizá podría haberlo evitado, eso me mortifica. Cuando volvió a casa, al cabo de un par de horas y con la camiseta manchada de sangre, nos dijo que había matado a Julián y violado a una niña en Playa Mansa, haciendo parecer culpable de ello a tu padre. Nos quedamos petrificados e incluso pensamos que seríamos los siguientes. Resulta difícil explicar hasta qué punto nos dominaba a través del miedo que nos infundía, pero así era. Nos obligó a hacer las maletas, nos amenazó de muerte si contábamos algo y aquella misma noche partimos hacia Orange para no regresar jamás al pueblo. Pero allí

no terminó nuestro infierno. También asesinó a mi padre, su abuelo, con el que no se llevó nunca bien. Murió dos años después, un domingo, mientras dormía la siesta. En aquel momento sólo estaban él y Gastón en casa. Cuando llegamos mi madre y yo tras dar un paseo por el campo, encontramos a mi padre muerto en el sillón del cuarto de estar. Gastón estaba a su lado, sentado en el sofá, viendo una película en la televisión. «¿Pero es que no te has dado cuenta de que tu abuelo ha muerto?», le pregunté, desesperada. «Lo he asfixiado con un cojín. Roncaba demasiado y no me dejaba ver la serie de *Starsky y Hutch*. Además, estaba hasta las narices de que me mirara mal. Ha sido una muerte natural, ¿os queda claro?», nos dijo sin inmutarse. Mi madre falleció de una neumonía cinco meses después. No pudo superarlo. Aún no sé por qué a mí me ha perdonado la vida. Poco tiempo después de aquello, Gastón se fue de casa. Se alistó en la Legión Francesa y estuve años sin saber de él. Yo aproveché para abandonar Francia y comenzar una nueva vida en España, aquí en Lloret. Empecé de camarera de habitaciones en el hotel Maritú y me prejubilé hace dos años como gobernanta. Aunque no me ha faltado trabajo, mi vida no se la deseo a nadie.

—¿Sabes que Gastón ha asesinado a otra persona hace una semana? ¿Y sabes quién era la víctima? El monitor del campamento infantil que vio todo lo que sucedió en Playa Mansa e insistió ante la Guardia Civil en que el violador de Sara no fue mi padre, aunque no le hicieron ni puto caso. —Julián, que durante todo el relato no se había movido de la ventana, se hallaba ahora de nuevo frente a Silvia—. Si lo hubierais denunciado cuando mató a mi padre y violó a la niña, que se llama Sara y hoy es una mujer rota en mil pedazos, Gastón llevaría varios años en la cárcel. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Ni siquiera cuando le quitó la vida a tu padre fuiste capaz de denunciarlo. Gastón es un asesino, pero tú eres una miserable. Ojalá no tengas un día de paz en toda tu maldita vida.

—Mi teniente...

—Coira, apunte el número de teléfono con el que *esta señora* —remarcó con desprecio— llamó a Gastón e infórmele de que se le tomará declaración cuando le den el alta. Voy a hablar con el capitán.

Sin mirar a Silvia ni de soslayo, sin despedirse siquiera con un gesto, Julián abandonó aquella habitación en la que ya no cabía ni un fantasma más.

Una hora después, tras un tenso trayecto en coche, durante el cual nadie dijo una sola palabra, Coira y Baldellou se hallaban en el paseo marítimo de Lloret, como ángeles guardianes del teniente, quien permanecía absorto en la orilla del mar, sin importarle que las olas rompieran una y otra vez sobre sus zapatos.

—No sé si tendríamos que hacer algo —comentó la sargento—. Está empezando a atardecer y la luz de las farolas no llega hasta la orilla.

—El capitán me ha ordenado que no haga nada, que espere.

—Pobre hombre. Es como un melodrama terrible, ¿verdad? —Coira ya le había relatado todo lo sucedido y ella estaba impactada—. No sé cómo podrá manejarlo. Lo más probable es que Gastón ya no esté en el país, lo sabes, ¿no? Puedes tutearme. Imaginemos que no estamos de servicio. Me llamo Marieta.

—Yo, Guillermo, aunque todos me llaman Guille. Es cierto, se nos ha escapado, tienes razón. Hay que asumirlo.

—A la Guardia Civil se nos escapan pocos, no seas tan pesimista. Y muchos de ellos, al cabo de los años, cuando ya casi se había archivado el caso, cometen un error y ¡zas!, los cazamos. En el Cuerpo nunca nos rendimos, deberías saberlo.

—Pues el teniente parece que sí se ha rendido. Míralo, ni siquiera se entera de que tiene los pies empapados de agua. Quién sabe lo que estará pasando por su cabeza. ¿Cuánto tiempo se va a quedar allí?

—Acércate, será lo mejor. ¿Quieres que vaya yo?

—No, iré yo.

Coira temía su reacción, dado su mal carácter, pero no podía dejarlo allí, con los pies plantados en el mar. Lo acompañaría al hotel, si se dejaba, que ésa era otra, y se aseguraría de algún modo de que en la habitación no guardara ningún arma, porque la reglamentaria se había quedado en Madrid. Bien sabía él que la Guardia Civil es el colectivo profesional con mayor índice de suicidios, pero no consideraba a su superior capaz de quitarse la vida. «Demasiado soberbio», pensó, insistiendo en la misma idea que tuvo cuando el teniente se refugió en la casa de Aguas tras dar por buena la versión de que su padre era un violador. Coira caminaba con dificultad sobre la gruesa arena de la playa, que más bien parecía gravilla, al estar formada por minúsculas piedrecillas. Algunas de ellas ya estaban dentro de sus zapatos. El ocaso dibujaba sobre el mar destellos azules y las gaviotas ya se habían recogido en la orilla.

—Mi teniente, ¿se encuentra bien?

—Por supuesto, ¿qué ocurre? —preguntó sin dejar de mirar hacia el horizonte.

—Es que va a anochecer.

—Gracias, Coira, es usted muy perspicaz. ¿Ha venido hasta aquí sólo para comunicármelo?

—No, por supuesto. Me preguntaba si quiere ir al hotel o bien cenar algo antes. No sé, lo que usted quiera.

—No me tome por idiota, por favor —le dijo volviendo el rostro y mirándole directamente a los ojos—. ¿Cree que me voy a adentrar en el mar para no regresar? ¿Es eso lo que le preocupa? Aunque la biología dicte que Gastón y yo compartimos la misma sangre, ese individuo es un extraño para mí, además de un asesino brutal. No me quitaría la vida por alguien así, créame, se la quitaría

yo a él si pudiera. Mi lamento es por mis padres, por los dos, pero eso ya es cosa mía y tendré que vivir con ello. *Vivir*, Coira, he dicho vivir, no morir. ¿Le queda claro?

Sin embargo, la entereza del teniente se resquebrajó algo más tarde, ya en su habitación del hotel y con el pijama puesto. Le desasosegaba meterse en la cama durante aquella noche oscura, pues sería inevitable pensar, analizar, reflexionar e incluso llorar, así que se vistió y salió a la calle. Las doce y media de la noche. La luna llena sobre el mar se veía tan pequeña que parecía un diminuto agujero de luz en medio de la negrura celeste. Corría una agradable brisa perfumada de salitre. Julián se adentró en el paseo, desierto a aquellas horas, y vio a lo lejos un par de letreros de neón que anunciaban la presencia de un bar. Cuando comenzó a caminar hacia ellos, primero se apagó uno y, unos minutos después, el otro. Poco podía esperarse de un día laborable de octubre en una localidad costera. Se adentró en las callejuelas del pueblo y anduvo bastante hasta encontrar un local abierto: Jimmy. Era una imitación de un típico *pub* inglés y la música estaba a tal volumen que se oía por toda la calle. Abrió la puerta y, en efecto, aquello era una fiesta, con gente bailando, charlando y riendo en la barra, tirando dardos a una diana o jugando al billar. Le violentó tanta alegría y le molestaba el ruido, pero posiblemente fuera el único bar nocturno abierto en Lloret. Pidió un whisky con hielo y se acodó en una esquina de la barra, intentando mantenerse ajeno al jolgorio y con las defensas en estado de alerta, por si algún borracho se le acercaba con ganas de conversación. La segunda copa le resultó gratificante. Ya no le fastidiaba la música alta e incluso tarareó en soledad las canciones que sonaban de Los Beatles. Con el tercer whisky sus músculos se relajaron e incluso le rio alguna gracia al camarero. A partir del cuarto, ya no se acordaba de nada de lo que sucedió durante los tres primeros y mucho menos de los siguientes. Aún no había amanecido cuando se despertó sobre la arena de la playa con los pantalones bajados hasta las rodillas. Las seis de la mañana en el reloj. No sabía qué hacía allí, con el culo al aire. Forzó la mente cuanto pudo y se vio a sí mismo revolcándose sobre la arena con una joven que le susurraba al oído palabras en inglés. Ni siquiera recordaba su rostro. Se incorporó y, al hacerlo, posó su mano sobre un preservativo correoso y arrugado. Se sacudió las piedrecillas de arena que se habían adherido a sus piernas y a su trasero, se subió los pantalones y caminó por el paseo hasta el hotel, aturdido por la resaca, que le pesaba tanto que le pareció que el universo se le había caído encima. Se duchó en su habitación. Las siete de la mañana ya. No le daba tiempo a echar una cabezada: había que salir ya para Madrid. Llevaba dos días sin dormir. Recién amanecido el día, y tras desayunar tan sólo tres coca-colas seguidas, ante el asombro de Coira, los guardias civiles emprendieron el regreso a Madrid sin más

dilación.

—Conduzca usted esta vez —ordenó el teniente—. No he descansado bien esta noche.

—A sus órdenes —contestó Coira, deseando que su superior durmiera durante todo el trayecto y evitar así cualquier conversación. No hubiera sabido qué decirle, con toda la tragedia que se había cernido sobre su vida.

El teniente no abrió los ojos en ningún momento del viaje y Coira pensó que, en efecto, se había entregado a un largo sueño reparador. Pero en realidad Julián estaba en duermevela, avivando en su mente el fuego de la hoguera en torno a la cual bailoteaban desatados los sentimientos de la ira, la rabia y la venganza. No hallaría la paz hasta dar caza a Gastón.

CAPÍTULO XVII

Era de noche, afuera nevaba y el aire helado penetraba en el cuerpo de Gastón con la agresividad de la metralla, porque Luba, antes de abandonar la casa, había dejado la puerta abierta. «Si la cierro, nadie que pase por aquí podrá ayudarte», le había dicho. «¡No, no lo hagas, no quiero que me encuentren!», quiso gritarle, pero no podía hablar. Las palabras, al llegar a sus labios, se transformaban en sonidos indescifrables. Se oía a sí mismo como si gruñera una bestia. «¿Quiénes? ¿Quiénes no pueden encontrarme y por qué? No me acuerdo de nada». Estaba desesperado. Pero, en medio de su angustia, sí sabía lo más importante: aquello que estaba padeciendo era un derrame cerebral. Podría salvarse si recibía atención médica inmediata, pero eso no iba a suceder. Si lo llevaban al hospital y se recuperaba, después le esperarían la cárcel, y la cárcel nunca fue una opción para él. Se hallaba tumbado sobre el suelo en el salón de su casa, con medio cuerpo paralizado y la otra mitad entumecida, un ojo completamente a oscuras, la boca descolgada hacia un lado y una baba que no podía controlar deslizándose por la comisura de los labios.

—Por favor, intenta levantarte —le había rogado Luba, zarandeándole el cuerpo, instantes después de caer fulminado al suelo—. ¿Qué te ocurre? ¿Te estás muriendo? ¡Dime algo!

Luba también estaba desesperada. Tenía ante sí un fardo, un saco de carne que no podía mover, un rostro que la miraba con ojos extraviados y una boca babeante que expelía gruñidos y la asustaban aún más. Su peor pesadilla se había hecho realidad: Búho parecía estar muriéndose y ella iba a quedarse sola. Si eso no fuera ya suficiente, fuera yacía el cadáver de una mujer sobre la nieve. Tarde o temprano llegarían los amigos de la muerta buscando venganza, o los policías, que la ingresarían en un orfanato, aquel lugar terrible del que tanto le había hablado Halcón. Su padre se lo había repetido varias veces: sin él no era nada, sin él no era nadie. La mejor decisión, aun siendo también la peor, era huir.

—Te voy a cubrir con una manta y te dejaré una botella de agua cerca. No puedo quedarme aquí, papá —era la primera vez que le llamaba así—, porque ya no puedes protegerme. Te estás muriendo y no puedo hacer nada por ti. No quieres ni policía ni ambulancias, ya me lo has dicho muchas veces. Yo tampoco

los quiero. Me llevarían a un lugar horrible y no lo soportaría. Lo entiendes, ¿verdad? —dijo ahora más calmada, con la indiferencia vital propia de los adolescentes.

En aquellos momentos, Gastón estaba tan aturdido que oía las palabras de su hija desde la lejanía, reverberantes, con eco, como si estuviera atrapado en un sueño del que no lograba despertar. Cerró los ojos y soñó con balazos que le perforaban el estómago, gases irrespirables que le dejaban ciego y minas que estallaban bajo sus pies. Soñó que caía a tierra, herido de muerte, sintiendo dolores indescriptibles. Veía sobre él un cielo intensamente gris, atravesado por hebras de nubes oscuras que se desplazaban ondulantes por el firmamento, como livianas gasas al viento. Cuando casi no le quedaba aliento para seguir viviendo, irrumpió en aquel paisaje onírico una figura femenina de largos cabellos rubios. Avanzaba hacia él vestida con vaporosos ropajes de tul negro que el aire mecía al ritmo de sus pasos.

—¿Quién eres tú, La Muerte? ¡Pues acabemos de una vez, no te tengo miedo! —le gritó Gastón, creciéndose ante aquella misteriosa mujer.

—¿Yo, La Muerte? No, Gastón, La Muerte eres tú. ¿No me reconoces? Soy Maida, la violada, la ahorcada, la madre de Luba —le dijo mientras clavaba en él sus inmensos ojos verdes, que centelleaban a través de minúsculas estrellas que pululaban erráticamente por sus iris. Aquella mirada le parecía diabólica.

—¿Qué haces aquí? ¿Me vas a seguir hasta el infierno?

—No hay suficiente infierno para alguien como tú. Te he preparado uno especial, ya lo verás —le contestó con una sonrisa que también brillaba.

—Aun muerta, sigues siendo una maldita zorra.

Maida no contestó al insulto, sino que se acercó a Gastón y le lanzó un escupitajo que le llenó de babas toda la cara.

—¡Putas asquerosas! —exclamó él.

Gastón no lo dudó y le devolvió el escupitajo, pero, en vez de saliva, su boca expulsó una papilla que olía a leche agria y con la que, además, se atragantó. No podía respirar y se despertó abruptamente de aquella pesadilla. Había vomitado y el espeso líquido se había extendido por el cuello y parte del hombro. Su consistencia era pegajosa y olía tan mal que tuvo varias arcadas. Para separarse unos centímetros de aquel potingue pestilente, se impulsó hacia un lado con la mitad del cuerpo que aún conservaba sensibilidad y el esfuerzo le provocó un violento espasmo muscular en el brazo. La mano se le disparó hacia el rostro y se dio a sí mismo una bofetada. Se sentía un despojo, y sentía también mucho frío, un frío húmedo y desconocido que jamás había experimentado. Todo resultaba tan confuso que incluso existían momentos en los que no sabía dónde estaba, mientras que en otros sí reconocía hallarse en su casa de Ávila, una casa

en la que ya no habitaba Luba. Ahora recordaba vagamente que le había dicho que se iba y su mente, cada vez más nublada, no le permitía especular demasiado sobre su paradero, aunque estaba convencido de que volvería. No podía admitir que le hubiera abandonado en aquellos momentos, justo cuando más la necesitaba. Estaba solo, más solo que nunca. La casa en silencio, ráfagas de viento helado y nieve colándose por la puerta, dolor por el frío, dolor por la desesperación, dolor por la perplejidad dentro de aquel trágico escenario.

A escasos metros de la casa, el cadáver de Diana yacía boca arriba, con aquellos ojos tan maquillados totalmente abiertos, mirando al cielo sin luna, con los mechones de su melena rizada esparcidos sobre la tierra nívica como si fueran los tentáculos de la Medusa mitológica y con un lunar de sangre coagulada en medio de la frente, por donde le había entrado la bala disparada por Gastón. El cuerpo aún no había quedado cubierto por la nieve, pero ya estaba helado y tenía el aspecto de una inquietante muñeca: enorme, blanca, como recién salida de un congelador. Así la hallaron los dos hombres que llegaron en la noche, enviados por Águila tras varias horas sin tener noticias de la mujer. La localizaron a través del GPS de su teléfono móvil, que a Gastón no le había dado tiempo a inutilizar, porque entre el disparo y el derrame cerebral sólo habían transcurrido minutos.

—Jefe, está muerta —le dijo por teléfono a Águila uno de los hombres—. Tiene un tiro en la cabeza.

—¿Que está qué?

—Muerta. Lo siento. Gastón se la ha cargado.

—¡Jodido ingrato! ¿Dónde estáis?

—En el culo del mundo. Nos ha costado llegar hasta aquí, y además está nevando. Es una finca a las afueras de Ávila. Hay una casa. La puerta está abierta y las luces encendidas. En el umbral de la entrada vemos sobre la nieve una Beretta semiautomática, la que llevaba siempre encima Diana. Quizá él se la arrebató y le disparó, no sabemos. Vamos a entrar en la casa.

—Si encontráis a Gastón, traedlo. Lo quiero vivo, pero antes arrancadle las uñas, para que el viaje hasta aquí no le resulte bonito.

Gastón había oído el ruido del motor de aquel coche acercándose en la noche. A través de la puerta abierta vio de refilón, con el único ojo que aún conservaba la visión, cómo el haz de luz de los faros se deslizaba sobre los arbustos cubiertos de nieve. ¿Habría llamado Luba a una ambulancia? No veía reflejados sus destellos de luces. «¿Qué has hecho en las últimas horas? ¡Vamos, haz memoria, estúpido!», se acució a sí mismo. Pero lo único que invadía su mente era un presentimiento: la llegada de aquel coche suponía una amenaza para él. Aunque no supiera por qué, debía protegerse. Simularía estar muerto. «Buena idea», se felicitó. Cuando los vio entrar, cada uno con una pistola en la mano, se

preguntó quiénes eran. ¿Dos ladrones? ¿Unos sicarios? Aunque no recordaba la mayoría de los sucesos acaecidos en las últimas horas, su pasado como sangriento mercenario, brutal apaleador y temible extorsionador permanecía intacto en su memoria. «Me he metido en algún lío y vienen a por mí», dedujo. Contuvo la respiración y abrió los ojos todo lo que pudo, fijando la vista en un punto indeterminado del techo, para que su mirada pareciera ausente de vida. Ambos individuos se acercaron a él y permanecieron unos momentos estudiando aquel cuerpo desparramado sobre el suelo.

—Parece que la ha palmado. Ponte los guantes de látex y comprueba la yugular —escuchó decir a uno de ellos.

Gastón notó cómo dos dedos palpaban el lado izquierdo de su cuello, el que tenía paralizado. «¡Vamos, rápido!», gritó desde el silencio. No podría soportar mucho tiempo más sin respirar ni pestañear.

—No la noto palpitar. Está muerto. Le habrá dado un infarto o algo así, porque no hay ninguna herida ni veo sangre. Y mira esa papilla, el tío guarro ha vomitado antes de morir.

—Así que ha sido una muerte natural. ¡Maldito cabrón, qué suerte ha tenido! —exclamó el otro tipo mientras le propinaba una patada en un costado, que Gastón pudo recibir sin queja, pues dio a parar en la mitad del cuerpo que estaba inerte—. Regístrale los bolsillos. Nos tenemos que llevar su móvil y destruirlo.

El individuo le palpó los pantalones bajo la manta que le cubría.

—¡Aquí está, lo tengo! —exclamó mientras alzaba un brazo con el teléfono en la mano.

—Perfecto.

—Fíjate en la manta y en la botella de agua junto al fiambre. Es como si alguien lo hubiera estado cuidando hasta que murió. ¿No nos ha dicho Águila que abandonaría el país acompañado de su hija, una adolescente?

—Pues es verdad.

—Registremos la casa. Pero con cuidado, sin dejar rastros ni huellas.

Cuando aquellos hombres se alejaron de su cuerpo, Gastón expulsó de una bocanada el aire contenido en sus pulmones. Unos segundos más y lo hubieran descubierto respirando, porque no habría aguantado mucho más. Se había olvidado de que llevaba el móvil encima, y por un momento deseó haberlo utilizado cuando le fulminó el ictus, si es que era capaz de marcar el uno-uno-dos de emergencias, pero enseguida desechó la idea al verse a sí mismo en la cárcel, caminando por los pasillos con medio cuerpo paralizado, farfullando palabras que sonarían como mugidos, convertido en un ser débil, esclavizado por los clanes más fuertes. No pasaría por eso, ya se le ocurriría algo para salir de aquel atolladero. Siempre había conseguido lo que quería y esta vez no sería una

excepción, pero ahora lo que más deseaba era que aquellos hombres se fueran cuanto antes, porque aún permanecían en la casa. Los oía abriendo y cerrando puertas y armarios y percibía otros ruidos que no identificaba, pero no tenía duda alguna de que estaban escrutando cada rincón, sin lograr recordar qué es lo que podían encontrar, porque había olvidado todo cuanto guardaba de valor en la vivienda.

—Aquí no hay nadie más —les escuchó decir—. Si tenía una hija, se ha largado. Igual la encontramos huyendo por la nieve. Vámonos.

Se fueron y no cerraron la puerta al salir, a pesar de que Gastón albergaba la esperanza de que lo hicieran, porque eso le hubiera garantizado un poco de calor. La atmósfera era tan gélida que ni siquiera la manta le proporcionaba un mínimo de confort térmico. Se sentía exhausto, mareado. Le vencía de nuevo el sueño, pero debía resistir, porque sus enemigos permanecían aún a escasos metros de la casa. Podía oír las pisadas que crujían la nieve y también sus conversaciones entre susurros. ¿Y si se les ocurría volver a entrar? No entendía por qué no se largaban de una maldita vez. Su presencia amenazante le provocaba miedo, de lo cual se avergonzó.

Lo que sucedía es que aún les quedaba un trabajo por hacer: debían llevarse a Diana, también el coche en el que llegó con Gastón y, además, no dejar ningún rastro, ni del cadáver ni de su propia presencia. Cuando terminaron su tarea, esta vez sí, se fueron. Gastón respiró aliviado cuando los escuchó alejarse. Se durmió con la tranquilidad de un bebé, arrullado por aquel *Concierto para enamorados* que tanto le gustaba. Lo sentía en su mente con tal claridad que tuvo la sensación de que Karina se hallaba junto a él, acariciándole la mano y cantándole al oído.

*Hoy yo me debo a ti,
ya siempre estaré a tu lado.
El tiempo pasará
y aquí puede que volvamos.
Si todo es realidad,
nada cambiará...*

Ya había amanecido cuando Gastón se despertó sobresaltado por un ruido seco, como si alguien hubiera estrellado una gran lata contra la pared. Tenía la puerta de la casa en su ángulo de visión y dirigió su mirada hacia allí. Le pareció ver que un teléfono móvil colgaba de finas cuerdas sobre la puerta, balanceándose suavemente de un lado a otro hasta que la inercia cesó y el objeto se quedó inmóvil. ¿Qué narices era aquello? Con la visión de un solo ojo no podía enfocar bien la imagen, pero es que además no lograba entenderla. «¿Un

móvil que ha caído del cielo? Quizá sea un sueño. ¿Estoy despierto o no?», se preguntó. Lo estaba, y hubiera preferido que no fuera así, porque le resultó desagradable, y también humillante, notar aquel líquido caliente deslizándose por la pierna, la que tenía viva, porque la otra hacía ya horas que la sentía muerta. Se había meado encima. «No puedo seguir así. Tengo que salir de ésta», decidió con firmeza.

Había escuchado en la televisión que existen pequeños derrames cerebrales que duran unas horas o incluso un día, pero no más, debido a que el cerebro recibe menor cantidad de sangre, pero sólo durante un periodo breve. ¿Y si ése fuera su caso? Si perdía la esperanza, lo perdía todo. Y trazó un plan: reptar hasta la puerta con su medio cuerpo vivo, cerrarla de una patada con la pierna que todavía le funcionaba, seguir reptando hasta el sofá para encaramarse a él y estar más cómodo, intentar mover las extremidades, insistir mucho en ello, sin cesar, y después, esperar la recuperación. Además, seguramente Luba no tardaría en regresar de donde quiera que se hubiera ido. «Por fin tengo de nuevo el control», pensó con placidez.

CAPÍTULO XVIII

Aquella misma mañana en la que Gastón luchaba por sobrevivir, Julián Tresser se hallaba a sólo cinco kilómetros de allí, en una cafetería junto a las murallas de Ávila, tomando una cerveza y una ración de chopitos. Hacía pocas horas que había regresado de Lloret de Mar y, al llegar a la Comandancia, Díaz Visedo le había dicho, antes incluso de saludarle:

—Este caso le supera, Tresser. Es demasiado. Demasiado para usted y también demasiado para mí. ¡Gastón Arbilar su hermanastro, por Dios! Concédase unas vacaciones, lo más lejos de aquí que pueda. A partir de ahora nosotros nos ocuparemos de la investigación, y esta vez se lo digo muy en serio.

La capitán psicóloga también fue tajante:

—No puede seguir operativo. Debe continuar de baja hasta que se recupere emocionalmente —le comentó tras media hora de conversación, durante la cual Julián había contestado a la mayoría de sus preguntas con síes y noes, vaguedades y lugares comunes—. En una semana nos volveremos a ver, teniente. Ahora le iría bien tomarse unos días de descanso en algún lugar agradable —le aconsejó ella, una mujer joven en la recta final de su embarazo.

—No he pensado todavía qué voy a hacer.

—Sería una mala idea volver a su pueblo de Ávila. Ahora no le conviene —le advirtió—. Sea sensato y no hurgue en sus heridas, porque no sólo le dolerán más, sino que impedirá que cicatricen.

—Seguramente me iré unos días a la costa.

—Le sentarán muy bien.

—Seguro que sí.

Pero Julián no se había resignado a dejar escapar a Gastón, en quien no pensaba como su hermanastro, sino como el asesino. Tras darle muchas vueltas durante su viaje de regreso a Madrid, tenía la corazonada de que seguía en España. ¿Por qué no incluso en Ávila? Abandonar inmediatamente el país, cuando el juez había decretado su búsqueda y captura nacional e internacional, resultaba arriesgado y motivo suficiente como para aguardar unos días y organizar un buen plan de huida. Además, posiblemente se llevara a su hija consigo, lo cual le complicaría aún más las cosas, pues la exponía al peligro de

una detención en la que los agentes que lo encontraran desenfundarían sus armas. Por otra parte —proseguía con sus deducciones—, cuando se presentó en Madrid para proponerle a su madre una oferta por la casa familiar, afirmó que residía en Ávila. ¿Y si dijo la verdad? Aquel empeño obsesivo por comprarla para vivir allí alentaba esa probabilidad. Tras la conversación con Silvia Arbilar, ahora ya sabía el porqué de aquella tozuda obstinación: Gastón sentía que aquella casa le pertenecía por derecho propio, la había convertido en un mito, un maldito mito que Julián ya había decidido destruir cuando toda la pesadilla terminara. Contrataría un par de excavadoras para reducirla a polvo. Luego vendería el solar e intentaría no recordar que existió. En cualquier caso, no iba a rendirse hasta que no quedara totalmente descartada la posibilidad de que el asesino anduviera cerca. Lo consideraba un tipo monstruoso, un depravado, pero también un idiota. ¿Sería tan estúpido como para esconderse en algún lugar de Ávila? No sabía por qué, pero lo sentía cerca. Y así, en contra de los consejos del capitán y de la psicóloga, Julián decidió viajar a la ciudad de Ávila.

Desde los grandes ventanales de la cafetería entretuvo su mirada en las murallas. Había nevado, no sabía si por la noche o al amanecer, y la cumbre de las almenas se hallaba cubierta de una fina capa blanca, tan liviana que parecía azúcar glasé. Siempre le había llamado la atención que algunas de las piedras con las que se erigieron fueran estelas y urnas funerarias de un antiguo cementerio romano. Así se lo había explicado en el colegio el profesor de Historia, un tipo gordo y un tanto desaliñado que solía relatar los hechos del pasado incidiendo en pequeños detalles curiosos o singulares como éste, para hacer más liviana la asignatura. Don Herminio, se llamaba el maestro. Rememorar sus años escolares le hizo pensar en Sara. ¿Habría visto ya la foto de Gastón? En las últimas horas habían sucedido tantas cosas que no tuvo tiempo para llamar a la doctora, a Adelaida, un nombre que cada vez le gustaba más, cuando al principio le parecía rebuscado, antiguo, propio de princesa medieval.

—¿Teniente Tresser? ¿Es usted?

El doctor Guix, el médico forense que hizo la autopsia a Tomás García Huete, estaba de pie frente a él, abrigado con un estrambótico anorak de camuflaje militar y con la cabeza cubierta por un gorro de lluvia de color granate. Le costó reconocerlo, acostumbrado como estaba a verlo siempre con la bata médica.

—¡Doctor Guix, qué casualidad! —exclamó, sorprendido, levantándose de la silla y estrechándole la mano—. ¿Qué hace usted por aquí?

—El domingo se casa mi sobrina y me he tomado un par de días libres para ayudar en lo que pueda a mi hermana, que casi está más nerviosa que la novia.

—¿No quiere sentarse y tomarse un café?

A Julián le alegraba el encuentro. Le caía bien aquel doctor menudo, nervioso

y cordial. Era de las pocas personas con las que le gustaba conversar.

—Acepto su invitación, teniente. Me sentará bien un cafelito bien caliente, con el frío que hace hoy. ¡Una ola de frío polar en pleno octubre, cuándo se ha visto eso! —exclamó mientras se sentaba a la mesa, frotándose las manos—. Esta noche ha nevado. Menos mal que aquí estamos tan acostumbrados al termómetro bajo cero como los esquimales. No sé si le había comentado que soy de Ávila.

—Vaya, pues yo también. Mi familia es de Hoyo de las Aguas. Aunque vivo en Madrid, aún conservamos en el pueblo la casa familiar —le comentó mientras imaginaba a las excavadoras demoliéndola sin piedad.

—¡No me diga! —exclamó el doctor. Ya le habían servido el café y empezó a saborearlo a pequeños sorbos; Julián se fijó de nuevo en sus uñas mordidas hasta el límite, que siempre le llamaban la atención—. Mire usted por dónde, resulta que los dos somos de aquí, aunque mi padre era catalán, de Lleida, como se dice ahora, y resulta que ahora nos encontramos usted y yo, dos abulenses, en una de tantas cafeterías de la ciudad. Es curioso, ¿no? Puede que esto sea una señal de algo. Hay que permanecer atento a las señales, ya sabe.

—La vida está llena de coincidencias, sin que eso signifique una señal de algo, pero me alegro de encontrarle por aquí.

—Yo también me alegro, teniente. ¿Quiere asistir el domingo a la boda? —le preguntó repentinamente—. Le invito. Donde caben cien, caben ciento uno. Los dos nos lo pasaríamos bien y me haría un favor, pues ya sabe que soy una persona solitaria. Me produce terror tener que hablar con desconocidos.

—Se lo agradezco, doctor, pero tengo un compromiso para ese día —se inventó Julián sobre la marcha; lo que menos le convenía en aquellos momentos era el jolgorio de una boda.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues no insisto, no se hable más. ¿Solucionó el caso del profesor ahorcado y la mujer solitaria?

—Todavía no.

—Paciencia, que todo lleva su tiempo. Si no recuerdo mal, hace sólo una semana que le hice la autopsia a García Huete. Quizá sea pronto todavía para obtener resultados en la investigación.

—No sé qué decirle. Este caso nos está planteando muchas dificultades. Hemos descubierto cosas y estamos avanzando, desde luego. De hecho, ya tenemos un sospechoso, aunque todavía no hemos logrado dar con él.

—Sé que lo tienen. He visto su retrato robot por televisión. ¿Acaso es de por aquí? —preguntó el doctor.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Ah! Entonces he acertado, es de por aquí, aunque hablaba por hablar. No crea que soy Sherlock Holmes, ya me gustaría. Soy un admirador de este detective tan genial y de su creador, Conan Doyle, un escritor extraordinario. ¿Ha leído algo de él?

—La verdad es que no.

Julián conocía a Sherlock Holmes a través del cine y la televisión y lo consideraba un tipo pedante y un investigador tan inteligente y tan perfecto que le parecía irreal.

—Debería leerlo, dada su profesión. No puede imaginar la maestría con la que Holmes resuelve los casos aplicando razonamientos deductivos. Hablando de deducciones, le confieso que lo primero que he pensado al encontrarme con usted ha sido que estaba por aquí de servicio, puesto que octubre no es un mes típico de vacaciones. Al comentarme que aún no habían encontrado al sospechoso, he supuesto que lo están buscando por Ávila. Aquí donde me ve, un forense cincuentón con una vida monótona y gris, suelo ensimismarme fabulando. ¿Qué voy a hacer, si no? Paso demasiado tiempo solo en casa o en la morgue con los cadáveres. Pero, obviamente, usted podría estar aquí por otras muchas razones, claro está.

—Estoy de baja por estrés —confesó sin que le molestara hacerlo; al fin y al cabo, pensó, todo el mundo considera natural que un guardia civil esté de baja psicológica—. Hacía mucho tiempo que no visitaba Ávila, así que he decidido darme una vuelta por la ciudad. Necesitaba relajarme y desconectar.

—No me extraña que sufra estrés, con lo duro que es su oficio, el colectivo profesional con mayor índice de suicidios, tengo entendido. ¿Es la primera vez que le sucede?

—Sí, la primera. Además, mi madre falleció hace unos días.

—Vaya, cuánto lo siento. Ahora su vida es oscuridad, claro.

Julián quería evitar que la conversación transcurriera por veredas en las que no le apetecía adentrarse. Decidió variar el rumbo inmediatamente.

—¿Así que toda su familia vive aquí, doctor?

—Sí, la poca que tengo, sólo mi hermana y mis dos sobrinos, la que se va a casar el domingo con un militar destinado en el Líbano, que puede imaginarse lo que padecemos por él, y el otro, el mayor, que es informático. Tiene una hija, Sonsoles, de diez años. Anda como loca la niña con un concurso de globos aerostáticos caseros que hacen en el colegio cada otoño. Cuelgan de ellos los móviles para lograr vistas aéreas de Ávila, y mucho mejor si nieva, como ha ocurrido ahora, porque parece que les divierte que la cámara grabe los copos en las alturas. ¿No ha observado ninguno de esos globos por el cielo? Yo ya he

visto varios. Mucho mejor estas aventuras reales que los malditos videojuegos, ¿no le parece?

—Por supuesto.

Estaba claro que la conversación no daba más de sí, o eso le pareció a Julián, a quien le espantó la idea de un inminente debate sobre los alienantes divertimentos infantiles, por lo que decidió zanjarla inventando una excusa, la primera que se le ocurrió.

—Le tengo que dejar, doctor. He quedado en pasar a saludar a un familiar.

—¡Oh! Perdóneme. A veces me da por hablar y es como si me dieran cuerda. Le voy a apuntar mi número de móvil por si le apetece que tomemos otro café, ya que estamos los dos por aquí.

Por una cuestión de cortesía, a Julián no le quedó más remedio que proporcionarle también el suyo, aunque le fastidió hacerlo. Le molestaba que alguien interfiriera en sus planes, aunque no tuviera ninguno en especial. La posibilidad de que el doctor pudiera llamarle para invitarle a un café le generaba inquietud. Tras despedirse del forense, decidió acercarse a la Comandancia de la Guardia Civil de Ávila, una idea que ya le rondaba por la cabeza cuando había llegado a la ciudad. Desde que Gastón Arbilar se convirtió en sospechoso, los guardias en prácticas Hernández y Brancho habían estado en contacto continuo con todos los puestos de la provincia, pero quizá se les había escapado algo, un detalle nimio que pasara desapercibido y que, finalmente, tuviera alguna importancia. Tenía todo el tiempo para perderlo sin que le doliera hacerlo, por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, cuando llegó al cuartel al mediodía se enteró de que el teniente coronel de la Comandancia se hallaba en un mesón cercano tomando unas raciones con otros guardias civiles, ya que aquel día era su santo.

—Acaba de irse hace cinco minutos, mi teniente —le informó el guardia de puertas—. ¿Quiere acercarse al mesón? Está a dos minutos en coche.

—No, mejor vuelvo más tarde.

—Si me lo permite, voy a llamarle para decirle que está aquí.

—No lo haga. Insisto en que volveré más tarde.

—A sus órdenes, mi teniente.

Julián se sintió frustrado y, repentinamente, cansado. En dos días no habría dormido más de cinco horas. Le sorprendía haber aguantado tanto y permanecer tan entero. Había reservado una habitación en un moderno hotel del centro. No quería ir al pueblo, a aquella casa oscura, sin luz ni calefacción, repleta de fantasmas con los que no quería hablar. ¿Qué pensarían en Aguas cuando se enteraran de que ya no era el hijo del pederasta, sino el hijo del marido infiel?, se preguntó mientras subía en el ascensor del hotel hacia su habitación. Se tumbó

en la cama vestido, porque sólo quería dormir una siesta, y en aquellos instantes pensó cuánto echaba de menos a Greta. Llevaba casi tres días sin verla, alojada en la casa del guardia civil que se ofreció a cuidarla. «No se preocupe por nada, mi teniente, que me quedo con ella el tiempo que haga falta. Es muy buena y obediente, se lleva fenomenal con mis otros dos gatos y mis niños están encantados con ella», le había asegurado por teléfono aquella misma mañana. Le molestó que Greta se hubiera adaptado tan rápido a una casa extraña, cuando él notaba tanto su ausencia. Sí, estaba celoso, cuando él nunca lo había sido. Con esa leve amargura se sumió en un sueño tan profundo que cuando le despertó una llamada a su móvil tuvo la sensación de que apenas habían transcurrido unos minutos desde que cerrara los ojos. Le pesaban enormemente los párpados cuando los abrió, pero miró la hora en su reloj y se asombró: las agujas señalaban las nueve, pero no de la noche, sino de la mañana siguiente. La luz del día dibujaba líneas blancas y destellantes en las rendijas de la persiana. ¿Había dormido de un tirón diecisiete horas, desde las cuatro la tarde del día anterior?, se preguntó, atónito, mientras atendía la llamada.

—Teniente, soy el doctor Guix.

—¿Qué ocurre? —Era imposible que el forense le llamara a aquellas horas para invitarle a un café.

—Tiene que venir cuanto antes. Estoy en una finca a las afueras de Ávila. Ya le explicaré, pero aquí hay un hombre agonizante que me parece que es el del retrato robot, su sospechoso.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando Julián ya estaba al volante de su coche, atravesando la ciudad sin preocuparse de los semáforos, haciendo sonar su bocina de modo ostentoso para que se apartaran a su paso. ¿Sería Gastón Arbilar aquel hombre agonizante? ¿Y por qué agonizaba? Exudaba adrenalina por todos los poros de su piel. «Lo quiero vivo», deseó con una intensidad que casi le nublaba los ojos. En aquellos momentos, todo en él era excesivo.

Llegó a la finca sin demasiadas dificultades, gracias al GPS de su navegador. Aquel lugar estaba a no más de cinco kilómetros de Ávila. Si Gastón había residido allí todo el tiempo, no andaba muy desencaminado cuando lo sentía tan cerca. Intentaba conducir deprisa por aquella larga pista de gravilla que atravesaba las praderas y los páramos cubiertos por la nieve, con una capa mucho más gruesa que la de las murallas de Ávila. El trazado resultaba tan estrecho que tuvo que levantar el pie del acelerador para no acabar en la cuneta. Estaba ya a pocos metros y, bajo un cielo de un color blanco brillante, Julián observó los coches patrulla de la Guardia Civil, Policía Nacional y Policía Municipal, la ambulancia y algunos vehículos más en torno a una pequeña casa

de piedra con tejado de pizarra, semioculta por álamos. Detuvo el coche y descendió de él mostrando su identificación. Atravesó el cordón policial sin siquiera saludar al doctor Guix, con el que se cruzó, pero al que no vio. El mundo no existía, sólo Gastón. Cuando iba a entrar en la casa, un guardia civil le salió al paso:

—¿Quién es usted? Le hemos dado el alto varias veces. ¿No nos ha oído? —le preguntó, enojado.

—Le pido disculpas, mi teniente coronel. —Se cuadró ante él al ver en su uniforme las dos estrellas de ocho puntas—. Soy el teniente Tresser, de la Policía Judicial de la Primera Compañía de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial, en Madrid. Formo parte del equipo que busca a Gastón Arbilar.

—¿Es usted quien se pasó ayer al mediodía por la Comandancia?

—Sí, mi teniente coronel. Quería hablar con usted precisamente sobre Gastón Arbilar, ya que tenía la corazonada de que el sospechoso se hallaba en Ávila, como parece que así ha sido. ¿Es el hombre que han encontrado en la casa?

—Todo parece indicar que así es. Su aspecto concuerda con el del retrato robot que tenemos. Ya se lo he comunicado a su capitán en la Comandancia de Madrid, pero no me ha comentado nada de que un teniente de su equipo estuviera por aquí. ¿Está usted de servicio? —le preguntó.

—No exactamente. —El teniente quería librarse cuanto antes de su superior, harto de que le pidiera tantas explicaciones—. Estoy de baja, pasando unos días en Ávila, pues soy de Hoyo de las Aguas. He venido enseguida cuando me he enterado. ¿Me permite que vaya a ver al sospechoso para cerciorarme de que es él?

—Hágalo. Luego hablamos.

—A sus órdenes —se despidió, cuadrándose de nuevo ante él.

Julián entró en la casa con pasos tan veloces que, al hacerlo, no advirtió el teléfono móvil que se balanceaba pendiendo de una tela roja desmayada sobre el dintel de la puerta y que chocó contra su cabeza.

—¿Qué coño es esto? —le preguntó a un sargento de la Guardia Civil mientras le mostraba su identificación.

—Es un globo aerostático, mi teniente, la pista que nos ha traído hasta aquí. Verá, el caso es que...

—Déjelo, luego me lo explica.

No veía a Gastón, oculto entre los sanitarios que le estaban atendiendo, y tuvo que permanecer alejado de él, aguardando un desenlace, deseando que sobreviviera para que la justicia lo machacara y, a la vez, fantaseando con reventarle la cabeza de un tiro. Sus pensamientos bullían desordenados y no hizo el menor esfuerzo por reorganizarlos.

—Lo hemos perdido. Acaba de fallecer —oyó decir a uno de los médicos.

¿Muerto? ¿Eso era todo? ¿Se acabó? ¿Así de fácil?, se decepcionó Julián cuando los sanitarios se incorporaron y pudo ver aquel cuerpo tumbado sobre el suelo, en el salón de la casa, con el pecho al descubierto, todavía con las ventosas del desfibrilador sobre su tórax. Sí, era Gastón. Tenía los pantalones manchados de orín, los ojos abiertos y la boca aún más abierta, como si la muerte le hubiera sorprendido en mitad de un grito de auxilio.

—No sabemos la causa del fallecimiento, más allá de la parada cardiorrespiratoria que sufría cuando lo hemos atendido. Tenía la tensión arterial disparada, al límite —le explicó el médico—. Hemos observado signos de congelación, mordeduras de perros en el cuello y las extremidades y anisocoria, una asimetría en el tamaño de sus pupilas, lo que podría indicar la existencia de un derrame cerebral, pero habrá que esperar a la autopsia.

El teniente coronel irrumpió en la estancia.

—¿Ha fallecido? —preguntó al observar a Gastón exánime y a los sanitarios recogiendo el material de reanimación.

—Sí, ahora mismo —contestó Julián casi en un susurro. No podía ocultar su desconcierto.

—Si no llega a ser por el globo de la niña —le comentó su superior—, lo habríamos encontrado devorado por las alimañas vaya usted a saber cuándo, porque aquí, al parecer, sólo vivía él. La finca pertenece a una familia de León que casi nunca viene por aquí y que le había cedido la casa a cambio de que ejerciera de guardés. Según me han comentado, pues acabo de hablar con ellos por teléfono, se presentó con una identidad falsa y les dijo que era un militar de la ONU en la reserva. No salen de su asombro. Yo tampoco, porque el individuo vivía a minutos de la Comandancia y ya ve usted.

—¿Qué quiere decir con eso de «el globo de la niña»? —preguntó el teniente.

—Pues que ha sido una casualidad encontrar al sospechoso. No siempre tenemos esa suerte.

Lo que sucedió, le explicó su superior, fue que se había precipitado sobre la casa uno de los globos aerostáticos caseros de las Jornadas Astronómicas Escolares que estaban celebrándose durante toda aquella semana en Ávila. El artilugio llevaba incorporado un móvil, para que grabara las imágenes del vuelo, y también un localizador por GPS. Aquella mañana, la niña que lo había fabricado, junto a su padre y otro familiar se acercaron para recuperarlo y se encontraron a Gastón ya agonizando. Dos perros vagabundos le estaban mordisqueando. Los chuchos salieron huyendo cuando los vieron llegar.

—La niña ha tenido una crisis nerviosa y su padre se la ha llevado al hospital —continuó explicando el teniente coronel—. Su tío abuelo es médico y fue el

primero que atendió al tal Gastón hasta que llegaron los sanitarios.

—¿Es el doctor Guix? —Ahora entendía Julián qué hacía allí el forense y el porqué de aquella llamada.

—Pues sí, ¿cómo lo sabe?

—Él y yo nos conocemos. ¿Sigue por aquí?

—Supongo que sí. Tengo que dejarle, teniente. Debo ordenar que contacten con la comisión judicial para el levantamiento del cadáver.

Por fin iba a permanecer unos instantes a solas con Gastón. Los sanitarios ya habían abandonado el lugar y no tardaría en llegar la Policía Científica para inspeccionar la casa. Tenía que aprovechar la oportunidad, aunque sin saber bien para qué, porque nada podía conseguir de un muerto. Lo habían cubierto con una manta térmica de un inmerecido color oro y observó que de ella sobresalía una de sus manos, de tal modo que las puntas de los dedos del cadáver rozaban su propio zapato. Iba a apartarlo, porque no soportaba el contacto, por leve que fuera, con una de las manos que ahorcaron a su padre, cuando una cólera súbita recorrió su cuerpo con un latigazo electrizante. Levantó la suela de su zapato disimuladamente, la colocó sobre aquellos dedos muertos y los aplastó con fuerza, una y otra vez, hasta deformarlos y dejarlos tan planos como un guante. Se dio la vuelta y salió de la casa, sintiendo un inmenso alivio. Si hasta aquel momento y durante toda la investigación no había dejado de percibir extraños y constantes ruidos en su cabeza, ahora habían cesado por primera vez y notaba su mente liviana, como recién estrenada.

El doctor Guix debía de estar desolado por la desagradable experiencia que acababa de vivir su sobrina nieta, puesto que fue la niña quien descubrió agonizando a Gastón, supuso Julián. Se acercó al forense, que se hallaba sentado sobre la camilla de la ambulancia, con una manta sobre los hombros y atendido por un sanitario. Tenía la mirada perdida y ni siquiera reaccionó al pinchazo cuando se le inyectó un calmante.

—Siento que haya tenido que pasar por esto, doctor.

—No sé qué me ha ocurrido, teniente. Acabo de derrumbarme. Ha sido llamar a mi sobrino para ver cómo estaba Sonsoles y, al decirme que estaba bien, me he venido abajo, supongo que por la emoción. Pobrecilla...

—Tendría que haber ido usted también al hospital. Seguro que allí estaba más tranquilo que aquí.

—Debo declarar para el atestado, pero ahora me iré para allá. Quería esperarle a usted. Imagino que querrá saber de primera mano cómo ha ocurrido todo.

—Ahora no se preocupe de eso.

—Y usted no se preocupe por mí, porque el calmante no tardará en hacerme efecto. Lo peor de todo es que he sido yo quien ha insistido esta mañana a las

ocho en venir con la niña a buscar el globo, al ver que estaba tan ilusionada por haberlo localizado, mientras que Toño, mi sobrino, no quería que ella nos acompañara porque era muy temprano, entraba en el colegio a las nueve, hacía frío y podría volver a nevar en cualquier momento. Pensábamos llegar aquí y pedir permiso a los guardeses de la finca para recuperar el artilugio, pero cuando nos hemos acercado a la casa y Sonsoles lo ha visto colgando de la puerta, ha salido disparada del coche y se ha encontrado al hombre tirado en el suelo de la casa y con un par de pobres perros sucios y flacos merodeando a su alrededor. ¿Usted cree que Sonsoles podrá olvidar lo que ha ocurrido?

—Claro que sí. Seguro que ahora mismo ya estará recibiendo ayuda psicológica en el hospital. Los niños viven todo muy intensamente, pero luego se olvidan y pasan a otra cosa —aseguró sin estar muy convencido de si esa afirmación era del todo cierta. Estaba impaciente por saber cómo fueron los últimos minutos de vida de Gastón y debía rellenar el tiempo con frases recurrentes hasta llegar al punto que le interesaba.

—Es verdad, tiene usted razón. Los niños son unos supervivientes natos. Se sobreponen a todo mucho mejor que los adultos.

—Desde luego que sí.

—Mientras mi sobrino metía a la niña en el coche y llamaba a la policía, yo me he ocupado del hombre. La cosa pintaba mal, desde luego. Apenas tenía pulso y estaba inconsciente. Rápidamente le he dado un masaje cardiaco para lograr reanimarlo. El caso es que he observado su rostro y no me resultaba del todo desconocido, lo cual me ha parecido extraño. Entonces he recordado el retrato robot del individuo al que se buscaba por la muerte de Tomás García Huete y que salió en todas las televisiones. Obviamente, su imagen debió de quedar fijada en mi mente. Además, ayer precisamente estuvimos hablando usted y yo del sospechoso, ¿se acuerda? A pesar de que llevo ya muchos años entre cadáveres y ya me había olvidado de lo que es una reanimación cardiaca, me he sorprendido a mí mismo cuando, de repente, el hombre ha vuelto en sí. Pensaba que no lo conseguiría, pero ha abierto los ojos y, eso sí, con una voz ya muy débil, me ha dicho: «Luba, ¿eres tú?».

—¿Luba?

—Sí, un nombre extraño, ¿verdad? «Soy médico —le he comentado—, estoy intentando ayudarlo». «¿Me estoy muriendo?», me ha preguntado. «Sí, usted parece ser que se está muriendo y el mundo no se perderá gran cosa», hubiera deseado decirle, porque no resulta agradable reanimar a un asesino, pero por encima de todo soy médico, así que me he limitado a manifestarle la frase habitual en estos casos: «Tranquilo, todo irá bien». Ahora me acabo de enterar de que ha fallecido.

—Así es. No sé cómo agradecerle que me haya llamado. Si no es por usted, habría tardado en enterarme de todo lo que ha ocurrido.

—No me dé las gracias. Ha sido casualidad. El que ayer nos encontráramos usted y yo era una señal de algo, como le comenté, y ya ve que nos ha resultado útil. Telefonéeme algún día en Madrid para tomar un café, con eso me daré por satisfecho.

—Cuenta con ello. ¿Se encuentra mejor?

—Lo estaré cuando abrace a Sonsoles.

Un coche patrulla de la Policía Municipal acercó al doctor hasta el hospital de Ávila, mientras que el teniente se quedó para asistir al registro de la casa e informar de todo ello a su capitán, a quien ya había llamado para ponerle al corriente sobre lo fundamental.

—¿Me está diciendo que el forense Guix es quien lo ha encontrado porque cayó sobre la casa el globo de su sobrina?

—Exacto, mi capitán.

—Así que el caso se ha resuelto por casualidad y Gastón se ha muerto solo, con dos perros hambrientos a punto de devorarlo. No deja de ser un final sorprendente.

—Es el final, y punto, mi capitán.

—Por supuesto, Tresser. Y ahora, ¿será capaz de tomarse unas vacaciones de una maldita vez?

Sí, Julián ya había decidido que iba a concederse un largo descanso junto al mar. «Ahora en otoño las playas estarán solitarias. Sólo estaremos los jubilados y yo. Un plan perfecto», se animó a sí mismo mientras entraba en la vivienda de Gastón. Resultaba evidente que alguien había estado allí en busca de no se sabía qué, porque los armarios estaban abiertos de par en par y los colchones, arrojados al suelo desde sus camas. Había dos dormitorios y uno de ellos parecía haber pertenecido a una niña. «Luba», pronunció Gastón antes de morir. ¿Sería el nombre de la hija con la que pretendía iniciar una vida en Aguas? Le impresionó el hecho de tener ahora una sobrina inesperada. Era la primera vez que pensaba en ella como alguien de su sangre y nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera ser una chiquilla.

Se escrutó hasta el último rincón de la vivienda y los agentes no sólo hallaron cerca de tres millones de euros en billetes de cien, doscientos y quinientos, envueltos en plástico y ocultos en el garaje, en el fondo de pesados sacos de leña, sino también un arsenal de pistolas, cargadores, revólveres, escopetas, rifles de asalto y cajas de munición en el arcón congelador, desconectado para albergar aquel fortín. En el interior de una caja de herramientas descubrieron diversos materiales para disfrazar la identidad: pelucas y peluquines, bigotes,

narices y numerosos tipos de gafas. Bajo todos aquellos objetos había una carpeta con pasaportes falsos. Los agentes se sorprendieron de que hubiera tantos, varios con la foto de Gastón, siempre caracterizado, y otros tantos con la imagen de una niña de unos doce años, a veces con peluca rubia, otras con cabello moreno peinado con dos trenzas, algunas con pelo corto pelirrojo.

Mientras se iban descubriendo los secretos de Gastón, Julián permanecía en el que podría ser el dormitorio de la hija de Gastón. Aunque había sido revuelto, y habría que averiguar por qué y por quién, observó la colcha de grandes flores rosas sobre el colchón tirado en el suelo, junto a un gran oso de peluche blanco y algodónoso. Fijado en la pared, un gran póster de Barbie vestida de princesa. Sobre la mesilla, un despertador de Minnie Mouse. Le costaba imaginar a Gastón comprando aquellos objetos infantiles para su hija. ¿Cómo un ser tan atroz pudo hacerse cargo de una niña? ¿Habría abusado de ella, como hizo con Sara? Sintió un escalofrío. ¿Dónde estaría ahora? Desde luego, no en la casa. Con las manos enfundadas en guantes de látex, rebuscó en el armario. Estaba prácticamente vacío. Sólo había colgados dos vestidos, uno de cuadros y otro de florecillas. La cómoda también estaba casi vacía, salvo tres o cuatro pares de calcetines. No halló ninguna maleta ni mochila. O bien había huido o alguien se la había llevado. ¿Cuándo y por qué? No lo sabía, pero empezaba a sentir un nexo con aquella niña, la única persona de su sangre que estaba viva, una sobrina a la que nunca le concedió importancia y que ahora irrumpía con fuerza en su paisaje sentimental. ¿Qué habría sido de ella?

En aquellos momentos, Luba ya estaba lejos de allí, presa de un destino incierto, quizá terrible. La noche anterior había abandonado la casa sin saber qué iba a hacer, si esconderse hasta que amaneciera o huir sin rumbo. Al salir, le impresionó observar de cerca el cadáver de la mujer con un tiro en la frente, casi congelada, una visión que le pareció atroz, pero de la que debía sobreponerse, porque estaba segura de que alguien vendría a por ella. «Alguien» suponía una amenaza, fuera quien fuera. No podían encontrarla allí. Se había llevado en su maleta casi toda su ropa, agua y algunas latas para alimentarse. Ignoraba cómo afrontar aquella encrucijada: sin papeles, sin dinero, sin nadie a quien recurrir, en un mundo del que lo desconocía todo, porque la mayor parte de su corta vida había permanecido encerrada en casa, primero en la de Halcón y luego en la de su padre, que quizá ya estuviera muerto cuando abandonó la vivienda. No tenía esperanza alguna de que sobreviviera sin ayuda médica.

La noche era gélida y oscura. No se veía la luna. Luba tenía miedo. Le costaba caminar sobre el sendero cubierto de nieve, guiada por una linterna, cubierta con un abrigo sobre varios jerséis, calzada con sus botas camperas y arrastrando la pesada maleta llena de latas de comida, de las que no debía desprenderse si no

quería morir de hambre. Se sentía extenuada. Ya había avanzado cuatrocientos metros desde la casa, reducida ahora por la lejanía a una minúscula luz en medio de la negrura, pero no podía más. Depositó la maleta sobre la nieve, se sentó sobre ella y apagó la linterna para no gastar las pilas. Percibió en su rostro el viento glacial, notaba las manos congeladas bajo los guantes, los labios casi inmóviles por el frío, las tinieblas que se cernían sobre ella. Comenzó a llorar. ¿Cómo mantener la calma en aquellas circunstancias? Le resultaba imposible. Se estaba limpiando las lágrimas que habían humedecido sus mejillas cuando vio a lo lejos una luz que se desplazaba lentamente en medio de la noche. Eran los faros de un coche. El único sendero de la finca por donde ella estaba caminando conducía a la casa. En pocos minutos, el vehículo pasaría por delante. «Seguro que vienen a buscar a la mujer muerta», temió. Agarró la maleta y corrió cuanto pudo campo a través, hasta que resbaló y cayó al suelo. El coche estaba ya muy cerca y ella permaneció inmóvil, boca abajo, con el rostro contra la nieve, hasta que el vehículo la sobrepasó. Lo siguió con la mirada y, en efecto, se dirigía hacia la casa. Debía ocultarse y esperar a que el coche tomara el camino de regreso por el sendero, un sendero que nunca supo a dónde conducía porque nunca lo había recorrido. Calculó el tiempo y, cuando pensó que el automóvil ya habría llegado a su destino, se incorporó y comenzó a andar con su pesado equipaje. Le dolía el pie derecho, se lo habría lastimado en la caída, supuso, por lo que a partir de ahora tendría que ir más lenta, pero tenía que avanzar. Oyó un crujido de ramas cerca de ella y detuvo el paso, temiendo que fuera algún zorro u otro animal hostil. Escuchó unos ladridos y los reconoció enseguida: eran sus dos perros amigos. Se acercaron y, como acostumbraban, le lamieron el cuello y el rostro. Sus lenguas calientes sobre la piel le proporcionaron un poco de calor, pero lo que más la reconfortó fue su presencia. Se sentó de nuevo sobre la maleta, les habló en susurros, los acarició y se dejó querer. Estaba tan agradecida por tenerlos cerca en aquellos momentos de incertidumbre que lloró de emoción mientras los abrazaba y los tres se daban calor mutuamente. Luba no fue consciente de que iba transcurriendo el tiempo, abstraída como estaba con sus dos amigos, los únicos que tenía en el mundo. No se percató de que los sicarios de Águila, uno en el automóvil con el que habían llegado a la casa y el otro en el de Diana, ya habían iniciado el camino de regreso por el sendero. Los faros de ambos coches descubrieron a Luba, sentada sobre su maleta en medio de la nieve. Ella sólo notó la potente luz que la cegó. Fue como si, inexplicablemente, se hubiera hecho de día. Oía ladrar a los perros, luego los oyó quejarse, quizá hubieran recibido una pedrada, y finalmente sintió un golpe fuerte y seco en la cabeza y todo fue oscuridad. Se la llevaron inconsciente en uno de los vehículos. La amenaza que tanto temía la había encontrado. ¿Quién la echaría de menos?

¿Quién la rescataría? Nadie. No era nadie, le habían repetido siempre.

CAPÍTULO XIX

A Sara le afligió que los hermosos poemas de Emily Dickinson hubieran permanecido cerca de aquella maléfica fotografía que alguien depositó bajo el libro. Seguro que había sido la doctora, con el objetivo de que se enfrentara al rostro de aquel demonio que rompió su vida un día de hacía muchos años, no sabía cuántos. No recordaba la edad que tenía cuando sucedió, pero aquel fantasma perverso estaba presente en su vida desde hacía mucho tiempo. Nunca lo comentó con su madre, que tanto insistía en que a los malos recuerdos había que darles sepultura bajo tierra, para que no pudieran respirar y murieran asfixiados. La doctora había intentado resucitarlos colocando su imagen cerca del libro. «Eso es lo que hacen los psiquiatras, intentar despertar a los monstruos. ¿Y si los queremos mantener dormidos para que nos dejen en paz?», reflexionó, airada. Jamás había conseguido traer a la memoria qué le había hecho aquel Satanás, qué terrible daño le había infligido, pero sí sabía que bebía alcohol de vez en cuando para alejarlo de su mente, que no se relacionaba con nadie por si aparecía de nuevo en su vida y no lograba reconocerlo y que le faltaba el aire cada vez que alguien rozaba inadvertidamente su cuerpo en el supermercado, en la calle, en el metro, en el autobús. Aquel demonio nunca aparecía en sus sueños, sino que invadía su cabeza cuando estaba despierta, a la luz del día, ensuciando su realidad. A lo peor era el mismo que intentaba ahogarla bajo el agua en la pesadilla recurrente donde la atacaba casi cada noche. «Un día le arrancaré ese brazo con el que me ahoga y me lo comeré a mordiscos». Se sorprendió pensando así, pero le alegró ese inédito impulso guerrero. Tenía ya la maleta cerrada, estaba duchada, peinada y vestida, lista para recuperar su vida, la misma de siempre. Ya se había acostumbrado a ella. ¿Cuándo llegaría la doctora con el alta médica? La habitación comenzaba a resultarle asfixiante, pero aún tuvo que esperar una hora más hasta ver a la psiquiatra. Entretuvo el tiempo del modo que más le gustaba, leyendo una y otra vez, casi de forma obsesiva, otro de sus poemas favoritos de Emily Dickinson:

*A una casa de rosa no te acerques
demasiado, que estragos de una brisa*

*o el rocío inundándola —una gota—
abatirán su muro, amedrentado.*

*Y atar no intentes a la mariposa,
ni escalar setos del arrobamiento.
Hallar descanso en lo inseguro
está en el mismo ser de la alegría.***]*

—¡Por fin, doctora! —exclamó cerrando el libro de golpe cuando la vio aparecer por la puerta—. Llevo esperándola toda la mañana. ¿Trae el alta?

—Sí, la traigo. No me ha sido posible gestionarla antes —se disculpó Adelaida mientras dirigía su mirada hacia la mesilla, junto a la cama. Allí estaba la fotografía, solitaria, junto al poemario. Eso significaba que Sara ya la había visto—. Antes de salir, revisa bien la habitación para no dejarte nada.

—Lo he hecho, doctora, lo he revisado todo. ¿Lo dice por esa fotografía sobre la mesilla? La he encontrado debajo de mi libro de poesía y no sé qué hacía allí. Alguien se la habrá dejado —comentó, elevando el cuerpo y mirando de frente a la doctora, desafiante.

—¿La has mirado?

—Por supuesto. Unos chicos vestidos de futbolistas. ¿Qué me importan a mí? Quiero el alta, por favor. Necesito volver a mi vida.

—No estás curada, Sara, y lo sabes.

—¿Y si no quiero curarme porque ya estoy bien así? Yo no quiero ser salvada, sólo quiero que me dejen en paz, que usted me deje en paz.

Al escuchar aquellas palabras, Adelaida decidió rendirse. No le gustaba perder, aunque Sara tampoco quería ganar. Le entregó el alta, sin más, y cuando la vio salir de la habitación, sin apenas despedirse, pues sólo levantó la mano para decir adiós, tuvo que aceptar que, en el fondo, se sentía liberada. Aquel caso le había quitado el sueño y restado energías para tratar a sus otros pacientes, además de involucrarla a su pesar en una investigación truculenta y atemorizarla por un sospechoso de asesinato y violación que andaba suelto por ahí. Nada de todo ello lo había comentado con el equipo, ni siquiera la existencia de aquella fotografía que ahora acababa de guardar cuidadosamente en el bolsillo de su bata médica. Le había mentado al teniente. Nunca consultó con sus compañeros la conveniencia de enfrenar a Sara a aquella imagen del joven Gastón. No quería reproches o, peor aún, arriesgarse a que la apartaran de su paciente y tomaran ellos la iniciativa. Adelaida no encajaba en aquel equipo médico, ni en aquél ni quizá en ningún otro. Se consideraba una persona con imaginación, amaba su profesión, estaba dispuesta a saltarse el guion pautado cuantas veces fuera

necesario si con ello contribuía a la mejoría de los pacientes, porque cada uno de ellos era un mundo, con sus peculiaridades propias, y no toleraba que a todos se les tratara de la misma manera y bajo los mismos protocolos y procedimientos. No había estudiado la carrera para convertirse en una simple funcionaria o en una suministradora de drogas legales. Más de una vez había pensado en ejercer en otro país, pero siempre pensó que se encontraría con más de lo mismo, con una especie de Ministerio de la Psiquiatría. Bajo la personalidad metódica y puntillosa de Adelaida se ocultaba otra versión de sí misma, la de una profesional idealista y entusiasta que no se resignaba a enmudecer su vocación.

Al abandonar la habitación, se preguntó qué sería de Sara a partir de entonces. La respuesta la tenía clara: tarde o temprano volvería al hospital, posiblemente lo hiciera durante toda su vida. No podría sola con sus tempestades, porque el ser humano es demasiado frágil frente a las poderosas e imprevistas embestidas de la psique contra sí misma. «Sara, mi pobre Sara...», musitó mientras avanzaba por el pasillo hacia la cafetería del hospital, con la intención de tomarse un reconfortante té y telefonar al teniente para comunicarle las novedades. El móvil del guardia civil estaba fuera de cobertura. Llamó entonces al capitán Díaz Visedo, pero tampoco lo localizó. No sabía la doctora que, en aquellos instantes, el teniente estaba regresando a Madrid desde Lloret de Mar y que muy pronto el caso iba a quedar resuelto.

Cuando llegó la noticia de la muerte de Gastón Arbilar a la Comandancia, el capitán Díaz Visedo telefoneó inmediatamente a Marija, la viuda de Tomás García Huete. De este modo se enteró de que Gherardus había superado la neumonía y que acababa de abandonar la UCI para ser trasladado ya a una habitación en planta.

—Entonces, ¿el asesino está muerto? —le preguntó Marija.

—Así es. Ha fallecido. Parece ser que de un ictus, aunque eso lo confirmará la autopsia.

—¿Pero están seguros de que era él quien me quitó a Tomás?

—Estamos seguros. Se acabó, Marija, ahora sí. Nos hubiera gustado detenerlo para que fuera juzgado y condenado, pero la muerte se nos ha adelantado y ha aplicado su propia justicia. Y usted, ¿cómo está? ¿Y Gherardus?

—¿Yo? Pues ya se lo puede imaginar, mal. Echo mucho de menos a mi marido, muchísimo. Tomo pastillas, demasiadas, pero es que no logro acostumbrarme a esta tragedia. Cuando los niños terminen el curso, posiblemente regrese a Holanda, a la casa de mis padres, e intente allí reconstruir mi vida poco a poco. En cuanto a mi querido Gherardus, ha estado dos días entre la vida y la muerte. Ha sido horrible. Pensaba que lo perdía a él también. Aún no entiendo bien qué le ocurrió, pero claro, ahora está muy débil para explicármelo.

—No se extrañe si no se acuerda de nada. Estaba muy mal y muy aturdido cuando lo dejamos en la ambulancia, pero lo importante es que se va a poner bien. Yo creo que es lo único que importa.

—Tiene razón. Cuando mi hermano se reponga del todo, necesito que usted me explique con detalle todo lo referente al caso. Únicamente me pregunto una cosa día y noche: por qué.

—No tendré ningún inconveniente en explicárselo, por supuesto, aunque le advierto que habrá muchos aspectos a los que no les encontrará sentido. Debo decirle que nosotros tampoco. Marija, me llaman por otra línea, tengo que dejarla.

En realidad nadie le telefoneaba, pero el capitán necesitaba ir urgentemente al baño. El medicamento contra la hipertensión le había convertido en «un maldito meón», como ya se calificaba a sí mismo, y lo peor es que continuaba teniéndola muy alta, a pesar de que seguía una dieta estricta que le estaba robando las ganas de vivir. Le permitían seguir degustando sus queridas setas, pero siempre sin sal y guisadas de un modo demasiado sencillo para sus habituales gustos culinarios. Su mujer ya se lo había sugerido: debería empezar a plantearse adelantar su paso a la reserva, convencida de que el estrés de su oficio era una de las causas por las que no se estabilizaba su tensión arterial. Pero el capitán no quería claudicar tan pronto y detestaba convertirse en un *caimán*, pues así se denominaba en el Cuerpo a los agentes ya mayores y desgastados físicamente. No, no quería *acaimanarse* antes de tiempo. Imaginarse a sí mismo ya ajeno a la Benemérita, acudiendo cada día con su mujer al supermercado, le provocaba ansiedad y desazón. Cuando salió del lavabo, resignado a volver de nuevo en menos de una hora, llamó al cuartel de Uvés preguntando por Coira, pues quería repasar con el cabo el atestado y los informes que estaban llegando desde la Comandancia de Ávila. No podía contar con la ayuda de Tresser. Aunque el teniente había insistido una y otra vez en echar una mano, el capitán no se lo permitió. «¿Cuántas veces he de recordarle que está usted de baja? No me obligue a reconvenirle de forma oficial», le advirtió.

—Mi capitán, Coira no está. Ha finalizado el turno a las cuatro de la tarde y usted le ha dado permiso para no prolongarlo —le recordó por teléfono la guardia Brancho—. Imagino que se le habrá olvidado con todo el revuelo que hemos tenido esta mañana.

—Es verdad, lo había olvidado —aceptó a regañadientes, preguntándose si la medicación también iba a provocarle lapsus de memoria, lo cual ya le parecería del todo intolerable.

El capitán había observado en Coira una actitud extraña desde que había regresado de Lloret de Mar. Estaba taciturno, descentrado, ausente. Incluso le

pareció que acogía con cierta indiferencia la noticia de la muerte de Gastón. Lo atribuyó al cansancio y al desgaste de los últimos días, a la intensidad de la investigación, al viaje de ida y vuelta a la Costa Brava en tan poco tiempo. Puesto que dos guardias de su equipo se acababan de incorporar tras sendas bajas, decidió mandarlo a casa cuando finalizara su turno. Tampoco le servía de mucho un guardia civil en baja forma.

Sin embargo, lo que le ocurría a Coira nada tenía que ver con lo extenuante que había resultado la investigación, sino con Lola. Aquel mensaje hostil que le había enviado su exnovia al móvil tan sólo llegar a Lloret, en el cual le apremiaba para que recogiera sus pertenencias en la casa que habían compartido, le estaba obsesionando hasta tal punto que, en vez de utilizar aquella tarde libre para descansar y reponerse, la invirtió en acercarse al bar-restaurante de Madrid donde Lola trabajaba. No pretendía hablar con ella, porque la tensión entre ellos produciría una conversación estéril, sino vigilarla, observar sus movimientos, saber cómo era su vida ahora. Él la había expulsado de su existencia cuando abortó a escondidas, y ahora ella lo expulsaba también a él de una manera tan poco amistosa que no acababa de aceptarlo. Todo se podría haber arreglado con el tiempo. ¿Por qué ella no había esperado? La aguardó a la salida del trabajo, la siguió en el metro, la esperó pacientemente cuando ella entró en la peluquería, de la que salió con el cabello más corto y las mechas renovadas, continuó vigilándola cuando entró en un bazar chino y salió con dos bolsas de compras, también cuando después volvió a entrar en el metro y, finalmente, cuando llegó a su casa. Lola no advirtió en ningún momento su presencia. El guardia civil sabía cómo hacer un seguimiento sin ser descubierto. Ya había anochecido cuando Coira observaba desde la calle la ventana con la luz encendida del piso de la que había sido su novia, su *princesa*, durante dos años. No sabía qué tenía que esperar, qué tenía que ver, por qué seguía allí, pero hasta bien entrada la madrugada no se fue, sorteando las zonas de luz de las farolas y fundiéndose con las sombras de la noche.

Al mismo tiempo que Coira ensombrecía su vida, el teniente comenzaba a iluminar la suya. Dos días después de la muerte de Gastón, Julián se hallaba disfrutando de una cerveza y una ración de quisquillas en una de las terrazas del paseo marítimo de la localidad alicantina de Santa Pola. Había alquilado un apartamento para poder llevarse consigo a Greta, quien desde su llegada pasaba las horas frente a la ventana mirando el mar o bien durmiendo sobre el sofá, arropada por el cálido sol levantino que se adentraba en la casa cada mañana. Se la veía feliz. Cuando regresara a Madrid, ya había decidido que visitaría con frecuencia a Raimundo en la residencia de Torrelodones, para que no perdiera el contacto con la que un día fue su gata. Le estaba muy agradecido por permitir

que llegara a su vida. En aquellos instantes, frente al Mediterráneo, a veinticinco grados de temperatura cuando media España vivía aterida de frío polar, pensó en cuánto quería a Greta. Aquel sentimiento de amor, tan insólito en él, le condujo a un nombre: Luba. Ya sabía entonces cómo se llamaba su sobrina.

Durante el registro de la casa se había hallado una carta donde alguien, bajo el alias de Halcón, le comunicaba a un tal Búho —ya habían deducido que se trataba de Gastón— que tenía una hija, Luba, sin documentación alguna, fruto de la violación de una prisionera bosnio-musulmana llamada Maida, quien se suicidó tras la guerra de los Balcanes. «Maldito Gastón. Aun muerto sigues manchando el mundo», le recriminó Julián con un resentimiento que no quiso sujetar. Gracias a las fotos de los pasaportes encontrados y a las tallas de los vestidos de verano que se quedaron en el armario, se calculó que la niña tendría doce o trece años y que era de complexión menuda. La habían buscado por toda la inmensa finca, a pie, a bordo de todoterrenos y con perros, en los páramos, en las colinas, en las alamedas e incluso en antiguas zorreras de los riscos más lejanos. Ni rastro de ella. El destino de aquella niña era una incógnita. La Guardia Civil de Ávila ya había iniciado una investigación y a Julián le sobrecogía pensar que en aquellos momentos pudiera estar sufriendo. Esos inquietantes alias y el pasado mercenario de Gastón, ya confirmado a través de la carta de su amigo Halcón, quizá condenaran a Luba a convertirse en rehén de posibles organizaciones criminales o, peor, a la trata de mujeres. ¿Por dónde empezar a buscarla? Estaba decidido a intentarlo con ímpetu cuanto antes.

«Me parece una estupenda idea que se haya ido al mar. Es un excelente cicatrizante de las heridas emocionales», le había dicho Adelaida. Hacía unos minutos que Julián acababa de hablar con ella y se había atrevido, por vez primera, a llamarla por su nombre, pero ella insistía en dirigirse a él como «teniente» y ambos continuaban tratándose de usted, aunque él tenía la sensación de que ya eran viejos conocidos. La había telefoneado mientras esperaba a que le sirvieran su ración de quisquillas, tras descubrir en el móvil que tenía una llamada perdida del día anterior. La doctora le comentó la indiferencia con la que Sara había recibido la foto y, con aquella seguridad en sí misma que la definía, afirmó estar convencida de que la joven había reconocido a Gastón, pero no quiso admitirlo.

—Sara camina por la vida arrastrando losas de hormigón, cuando la mayoría sólo cargamos con mochilas llenas de piedras, muchas o pocas, grandes o pequeñas, pero al fin y al cabo sólo piedras. No conseguirá llegar muy lejos sin ayuda —sentenció Adelaida—. Y lo peor es que parece estar tan acostumbrada a convivir con su precariedad emocional que luchará por mantenerla, porque cualquier cambio, aunque sea positivo para ella, le supondrá una perturbación en

su esquema mental. Es una pena, porque no le auguro un buen futuro.

—Sobrevivirá, créame.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque es muy inteligente, me da esa impresión. Además, deseo que salga adelante, se lo merece más que nadie. Por cierto, quien le hizo todo ese daño ya está muerto.

No había mucha gente en la terraza del bar en aquel momento, así que Julián pudo resumirle sin temor a ser escuchado lo que le había ocurrido en los últimos días, los secretos que habían quedado al descubierto, el impacto que le supuso conocer que Gastón era su hermanastro, su muerte tan tonta e inesperada.

—Es terrible todo lo que estoy escuchando, teniente. Lo siento muchísimo. ¡Cómo se le ha retorcido a usted la vida! —exclamó Adelaida en un tono de voz que denotaba asombro.

Julián ya estaba harto de la conmisericordia que suscitaba su trágica historia, cuando él estaba intentando relativizar e incluso reírse de sus propias miserias. De hecho, aquella misma mañana, tras el desayuno, se sorprendió al decirle a Greta, mientras la acariciaba en el regazo: «Si yo tuviera siete vidas como tú, sólo acabarían de matarme una. Aún me quedarían otras seis. Recuérdamelo si en los siguientes cinco minutos me diera por tirarme por la ventana».

—Sobreviviré a todo esto, Adelaida, como sin duda lo hará Sara. Es cuestión de no tomarse a uno mismo muy en serio.

No le comentó por qué había elegido precisamente Santa Pola para alejarse de todo y restablecerse. No quería provocar más lástima en aquella mujer que cada vez le importaba más, sin saber hasta dónde quería que llegara aquel sentimiento y si era o no recíproco. Julián había traído consigo la urna con las cenizas de su madre para lanzarlas al viento en la torre de Tamarit, en la albufera de Las Salinas de Santa Pola, donde ella y su padre posaron felices un lejano día en aquella antigua fotografía que encontró en la casa del pueblo. Qué importaba que su padre, por lo que ahora sabía, posiblemente ya le estuviera siendo infiel con Silvia Arbilar. Su madre sonreía ante la torre de Tamarit y a él no se le ocurría otro lugar mejor. Lo haría al atardecer, para homenajearla con un bonito ocaso, con el sol embelleciendo el firmamento antes de morir para renacer de nuevo al día siguiente. Dio un paseo por la orilla del mar tras degustar las quisquillas, luego disfrutó en un chiringuito de un arroz con pintarroja y de un buen vino blanco, después llegó al apartamento, dio de comer a Greta y la mimó, se vistió con traje y corbata, cogió la urna, subió al coche y en menos de un cuarto de hora ya estaba aparcando cerca de aquella antigua torre de vigilancia costera medio derruida, pero que había logrado sobrevivir a los más de cuatro siglos transcurridos desde su construcción. Su aspecto era el de un gran cubo pétreo

alzado sobre un pequeño islote, en medio de aguas mansas, con su punto más alto mordido por el transcurso del tiempo, acariciado por el aire fragante de salitre. La foto que había visto en Internet no le hacía justicia. La consideró mucho más bella al natural, como suele suceder siempre. Tuvo suerte: no había nadie a aquellas horas, las cinco y media de la tarde, porque era consciente de que aquello era un parque natural y seguramente no estaba permitido lanzar a las aguas lo que quedaba de los muertos. Tenía que darse prisa.

El sol otoñal pintaba las nubes de azul pastel y doraba las piedras de la vieja torre, sobre las que planearon algunos flamencos, la primera vez que los veía en su vida. No corría ni un leve soplo de aire. La naturaleza estaba quieta. Mientras destapaba la urna funeraria, le dijo a su madre: «Este sitio es muy bonito. Espero que aquí seas feliz, ya que en vida no lo fuiste. Antes de despedirme de ti, necesito decirte que papá no fue aquel monstruo que te amargó la existencia. Sólo te fue infiel. Quizá le habrías perdonado con el paso del tiempo. Lamento que murieras sin saberlo, pero yo sí lo sé, y confío en que eso te compense. Hasta siempre, mamá». Lanzó las cenizas a la albufera, pero un inesperado golpe de brisa las condujo no a las aguas, sino al lado opuesto, de tal modo que volaron por encima de la cabeza de Julián y desaparecieron a su espalda, entre los arbustos. Su madre no quería morir en el mar, donde todo se diluye, sino en la tierra, donde todo permanece. Así lo entendió Julián, inmerso en la espiritualidad que conlleva dar el adiós definitivo a un ser querido. «Ya está», se dijo emocionado, aunque no derramó lágrimas. ¿Cómo conduciría su vida a partir de ahora? Ya no era el mismo. O quizá sí. No quería meditarlo en aquel instante de intimidad. Cuando regresara a Madrid, una de las primeras cosas que haría, además de buscar cuanto antes a Luba, su inesperada sobrina, sería invitar a Adelaida a cenar. No sabía si telefonarla o enviarle un discreto ramo de flores con una tarjeta. ¿Se seguían haciendo todavía esas cosas? Tendría que averiguarlo.

AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud al equipo de Espasa, muy especialmente a su directora, Ana Rosa Semprún, y a mi editora, Belén Bermejo. Desde el primer momento ambas me transmitieron su gran confianza en esta novela y han llenado mi vida de luz.

Agradezco muchísimo a Narcís, mi marido, que haya soportado con paciencia y cariño el difícil proceso de escritura y, sobre todo, su objetividad en la lectura del manuscrito.

A Amparo Mendo, a la que admiro tanto, le doy las gracias de corazón por su apoyo a todos los niveles desde que comencé a escribir esta historia, un apoyo que ha resultado decisivo para mí.

Mi enorme gratitud también hacia mi querida Mar López, quien tan generosamente me ayudó en la corrección tipográfica recién finalizado el manuscrito.

Gracias afectuosas a Germán, sargento de la Guardia Civil, que con tanta amabilidad y disponibilidad me ha asesorado sobre las cuestiones técnicas y el funcionamiento interno de los miembros del Cuerpo.

Gracias, por supuesto, a una persona tan importante en mi vida como lo es mi primo José Mari Lacoma, quien al leer los dos primeros capítulos de esta historia, cuando todo eran incógnitas, me animó a seguir adelante y me dio confianza en mí misma.

A Marian Aguilera, Marga Peirón, Marta Suñol y Maite Ortega les agradezco su apoyo incondicional y entusiasta hacia mi proyecto literario. Grandes amigas mías, como lo son Amparo Mendo y Mar López, todas me transmitieron su fuerza, que es mucha, para emprender esta aventura. A ellas también les agradezco enormemente que me comentaran sus impresiones tras leer el manuscrito, al igual que a mi hermano Santi, Germán, José Mari Lacoma, Elena Luis, Terebel Vallejo, Jesús Montón, Valentín Sánchez, Saskia Rojo, Estrella del Olmo y Miguel Ángel Hernández.

A mi familia, sobre todo a mi madre, Victoria Giné, que tristemente me dejó pocos meses antes de publicarse esta novela, les doy las gracias de modo muy especial por animarme tan efusivamente desde el principio, antes incluso de escribir la primera línea.

A Ennio Morricone, cuyas partituras tanto me inspiraron durante la necesaria

soledad de la escritura, le agradezco que embelleciera mi mundo con su música.

Por último, pero no menos importante, gracias a mis perros Claus (in memóriam), Mos y Siba, que me hicieron compañía y siempre me dieron alegría durante los largos días que he invertido en escribir esta historia.

[*] Por la reproducción de fragmentos de poemas de Emily Dickinson: © Emily Dickinson, *Crónica de plata (poemas escogidos)*, sel. y trad. de Manuel Villar Raso, Hiperión, Madrid, 2001.

[**](#) Por la reproducción de fragmentos de poemas de Emily Dickinson: © Emily Dickinson, *Crónica de plata (poemas escogidos)*, sel. y trad. de Manuel Villar Raso, Hiperión, Madrid, 2001.

*** © Marià Manent, *La poesía inglesa. Románticos y victorianos*, Lauro, Barcelona, 1945

Morir no es lo que más duele

Inés Plana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2018

© de la imagen de la portada, Stephen Carroll / Trevillion Images

© Inés Plana Giné, 2018

Por la reproducción de fragmentos de poemas de Emily Dickinson: © Emily Dickinson, *Crónica de plata (poemas escogidos)*, sel. y trad. de Manuel Villar Raso, Hiperión, Madrid, 2001. © Marià Manent, *La poesía inglesa. Románticos y victorianos*, Lauro, Barcelona, 1945. Por la reproducción de fragmentos de la canción *A Lover's Concerto* (Sandy Linzer, Denny Randell): © bajo licencia de SCREEN GEMS-EMI MUSIC INC.

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-670-5176-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Mi amigo invisible](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)